ALFAGUARA

Albert Sánchez Piñol

Oración a Proserpina

Narrativa Hispánica

Traducción de Noemí Sobregués

Albert Sánchez Piñol

Oración a Proserpina

Traducción del catalán de Noemí Sobregués

ALFAGUARA

Primera parte

1

Yo, Marco Tulio Cicerón, hijo de Marco Tulio Cicerón, que he vivido la hecatombe de Roma y el Fin de la civilización humana. Yo, de quien las aventuras hicieron un Ulises de los inframundos. Yo, querida Proserpina, puedo afirmar que la causa y origen de todos los males es esta: que los hombres estemos dispuestos a cambiar el universo antes que afrontar el deber, mucho más humilde y necesario, de cambiarnos a nosotros mismos.

Pero esto no es más que una declaración pomposa. ¿Que cómo empezó el Fin del Mundo? Creo, Proserpina, que fue con la derrota de Catilina, en la batalla campal de Pistoia.

Una pirámide de espadas. Eso era lo único que quedaba del famoso Catilina y su revuelta contra la República. Los últimos catilinarios, rendidos a las legiones, desfilaban entre dos hileras de soldados y tiraban las armas a una pila. A aquel pequeño túmulo de espadas, lanzas y escudos. A eso habían quedado reducidos Catilina y sus locas ambiciones: a una suma de hombres derrotados y pirámides de hierro.

El espectáculo de ese triste desfile no me complacía lo más mínimo, así que volví al campamento del ejército. Allí el ambiente era muy diferente. Sobre todo en la magna tienda del pretorio: mucho antes de llegar, ya se oían gritos, carcajadas y ruido de vajilla rompiéndose.

Dentro de la gran tienda estaba mi amigo Gneus, y con él un puñado de jóvenes nobles, exaltados y borrachos. Todos teníamos más de catorce años y menos de veinte. Supongo, Proserpina, que puede parecer extraño que la tienda del comandante en jefe de un ejército romano estuviera llena de mocosos gritones y bebidos como faunos. Pero la explicación es muy sencilla. En Roma era tradición que los hijos de la nobleza formaran parte de la comitiva de los generales en campaña. Así aprendían el oficio de las armas, se preparaban

para ejercer las magistraturas y, más importante aún, se fomentaban los lazos solidarios entre los miembros de la casta superior romana. Por ejemplo: mi amistad con Gneus Iunni, más conocido como «Ricitos». Gneus Ricitos era rubio y frívolo, muy rubio y muy frívolo, y con unos rizos de lo más radiantes. (De ahí el apodo.)

Te decía, Proserpina, que a los hijos de la aristocracia romana todo les estaba permitido. Me acuso: éramos jóvenes, muy jóvenes y muy arrogantes, privilegiados, mimados y pretenciosos hasta el insulto. Y que nuestro comandante fuera un ceporro inútil no ayudaba, precisamente, a contenernos. Porque para la campaña contra Catilina el Senado había elegido a uno de los suyos, un tal Cayo Híbrida, y es que importaba más que formara parte del círculo senatorial que el hecho de que fuera un viejo chocho, militarmente inepto y alcohólico sin remedio. Te aseguro, Proserpina, que el mérito de la victoria fue de los legionarios y los centuriones, en absoluto del viejo Híbrida: antes de la batalla estaba tan borracho que cuando empezaron los combates no pudieron despertarlo ni sumergiéndole la cabeza en agua helada. Y así seguía en ese momento: roncando con la boca abierta, entre sollozos pestilentes y efluvios de vino.

Ricitos, tan amigo de las bromas, había sentado a Híbrida en medio de la tienda mientras los muchachos hacían tronar cánticos, brindaban y vitoreaban a su alrededor. Híbrida tenía el pecho indignamente sucio de vómitos. Sus servus domésticos no habían podido limpiarlo por un buen motivo: estaban muertos. A alguien le había parecido muy divertido poner a prueba la resistencia del casco de Catilina. ¿Cómo? Poniéndoselo en la cabeza a los servus y golpeándolos con la maza que los sacerdotes utilizaban para sacrificar bueyes. Cuando nuestro general se despertara, se encontraría con un bonito espectáculo: todos sus servus muertos a sus pies. Ah, y la cabeza decapitada de Catilina, que Ricitos había depositado en el regazo de Híbrida.

Gneus y sus rizos en bucle me dieron la bienvenida.

—Mira quién entra: ¡Marco Tulio Cicerón en persona! Creíamos que te habían matado. Ni para eso ha servido el sinvergüenza de Catilina… En fin, tendremos que seguir soportándote en las clases de retórica.

Vino y se me echó al cuello, entusiasmado.

—¡Ya hemos participado en nuestra primera batalla! Esto nos abrirá las puertas de las magistraturas.

Apestaba a vino fuerte y estaba tan feliz como borracho.

—¿Participar? —repliqué, burlón—. Pero ¡si estábamos tan lejos de la primera línea que solo oíamos los gritos!

Nos interrumpió un mensajero.

—¿Eres Marco Tulio Cicerón? —preguntó viniendo hacia mí. Había oído a Ricitos gritando mi nombre—. Te he buscado por todo el campamento. Traigo un mensaje.

Y me lo entregó. Era de mi padre, que me ordenaba volver a Roma de inmediato.

Y aquí, Proserpina, debo aclararte que mi padre, el digno y probo Marco Tulio Cicerón de quien heredo mi nombre, fue el romano más eminente del siglo.

—¿Tu padre? —preguntó admirado Ricitos—. Cuando lo veas, felicítalo de mi parte. Esta victoria es suya. Al menos, mucho más que de Híbrida —añadió con una carcajada—, eso seguro. ¿Sabes qué? Ya se habla de conceder al viejo Cicerón el título de «padre de la patria» o algo así.

Cuando pueda, Proserpina, te haré un breve resumen de la intervención de mi padre en la derrota del famoso y a la vez infame Catilina. Ahora solo te diré que yo tenía que obedecer el mensaje, y deprisa: en Roma, un padre tenía derecho sobre la vida y la muerte de sus hijos. Aunque ya era una norma en desuso, por arcaica, mi padre era de lo más conservador. Cuando vio que me disponía a marcharme solo, Ricitos me preguntó por mis servus. Le conté que había salido de Roma con un solo servus y que había desaparecido durante la batalla, muerto, fugado o vete a saber.

—¡Oh, Dioses! —exclamó escandalizado Gneus Ricitos—. ¿Cómo se te ocurre salir de casa acompañado por un solo esclavo?

Justo en ese instante los muchachos, por diversión, estaban a punto de matar al último servus de Híbrida, al que ya habían encasquetado el casco robado al cadáver de Catilina. Uno de esos granujas alzó la maza de sacrificio para estampársela en la cabeza. El servus cerró los ojos, temblando de miedo, y, justo antes del impacto, Ricitos tiró de él y la maza solo encontró el vacío. «¡Oooh!», exclamaron todos,

entre decepcionados y muertos de risa…

Ricitos se dirigió al servus que acababa de salvar de una muerte segura.

—Técnicamente estás muerto —le anunció—. En consecuencia, ya no perteneces a Híbrida. Y al mismo tiempo, según la ley, eres mío, porque te he salvado. Y como eres mío puedo hacer contigo lo que me dé la gana, como por ejemplo regalarte a quien quiera. —Empujó al servus hacia mí—. Es tuyo.

—Serás un gran abogado —le dije a Ricitos.

Ahora el esclavo me pertenecía. Era tan propiedad mía como mis sandalias.

—No puedes viajar solo —replicó Ricitos—. Los caminos hasta Roma son inseguros. Y además: ¿qué diría la gente? ¡Un patricio sin escolta ni servicio! Híbrida no lo echará de menos. Es más, cuando se despierte tendrá cosas más importantes que hacer, como escribir a Roma que Júpiter le ha depositado la cabeza de Catilina en el regazo.

Eché un rápido vistazo al regalo de Ricitos. Era un servus como cualquier otro, rapado al cero, como todos los esclavos. Llevaba una pobre túnica violeta con una franja granate en medio del pecho, y en las dos orejas lucía las iniciales de su amo, grabadas a fuego: «CH». O sea, Cayo Híbrida. Tenía el cuerpo magro y ascético. Debía de ser unos diez años mayor que yo, que por aquella época tenía diecisiete. Su rasgo facial más característico: unas mejillas largas, como de caballo, con surcos que le recorrían la piel como cauces de un río. Era el rostro de una persona que había sufrido mucho. La mejor manera de evaluar a un hombre es someterlo a un interrogatorio breve pero perspicaz.

—Dime —le dije—, ¿estás triste o contento por haberte convertido en mi propiedad?

Miró al suelo y respondió en un tono inexpresivo:

—Si tú estás contento, dóminus, yo también estoy contento.

Buena respuesta. Era lo único que se esperaba de un servus: que no tuviera ánimo, voluntad ni conciencia, y que sus intereses se identificaran con la sombra de su amo. Ricitos opinaba que un hombre era esclavo porque su condición humana, ínfima, lo había llevado a ese estado; yo, por el contrario, creía que un hombre era ínfimo porque lo habían

reducido a la condición esclava. Una diferencia de criterio importante. Como debate no tenía fin, pero esa tienda llena de jóvenes exaltados, aullando como galos, no era el lugar más adecuado para la filosofía.

En cualquier caso, querida Proserpina, no creas que Ricitos y yo diferíamos mucho respecto de nuestra actitud hacia los esclavos. Era imposible: ambos éramos patricios, ambos nos habíamos criado rodeados de servus, de muebles caros y de animales domésticos, y a ambos nos habían enseñado a tener mucho más cuidado con los muebles y a sentir mucho más cariño por los animales. Cuando salía de la tienda, acompañado del esclavo, me crucé con unos amiguetes patricios. Me advirtieron que iba en dirección contraria, que la fiesta era dentro.

—En toda la batalla no he podido ni desenfundar la espada, y eso me frustra —les expliqué—. Me han regalado este esclavo y me lo llevo fuera para desahogarme pinchándole el pecho y cortándole el estómago.

Como puedes imaginar, Proserpina, el esclavo palideció.

—Es broma —lo tranquilicé con una mueca cruel—, soy de la Suburra.

(La Suburra, Proserpina, es uno de los barrios más populosos de Roma, y sus habitantes tenemos fama de practicar un humor incisivo y muy soez.)

Antes de volver a casa, por pura curiosidad, quería dar una vuelta por el campo de batalla. Mi nuevo esclavo me acompañaba, siempre un respetuoso paso detrás de mí. Me acerqué a las filas de los caídos y él me siguió como un perro fiel.

Siempre será una de las visiones más terribles que pueda haber: un campo de batalla cuando acaba de cesar el combate. Miles de cadáveres esparcidos, una extensión caótica de miembros entremezclados. El final de todas las agonías; sudores en masa, orina y excrementos, y tribus de saqueadores que asaltan los cuerpos incluso antes de que hayan enmudecido los últimos gemidos. Algunos soldados los pinchaban con la lanza para disuadirlos, ya que el botín pertenecía al Senado, pero lo hacían con desgana.

Ese día constaté que la famosa sentencia de Plutarco es cierta: después de las grandes batallas suelen caer grandes e

intensas lluvias, como si las pasiones aglutinadas de tantos miles de hombres conmovieran al cielo. Mientras observaba aquel panorama, noté las primeras gotas. Triste lluvia, porque era una lluvia lenta y triste aunque nos hubiera acompañado la victoria. El esclavo, presto, se quitó la túnica y la extendió por encima de mi cabeza como un paraguas. Mientras yo deambulaba y examinaba los restos de la batalla, establecí un diálogo con él.

—No sufras —lo consolé—. Yo no soy como Gneus, el Ricitos. Yo solo os pego cuando es justo, no por norma. Ricitos considera que sois cosas, exactamente como lo son los cantos rodados. Yo no lo veo así. La diferencia entre tú y yo no radica en la conciencia, sino en el destino. Tú siempre serás un servus, porque tu estado servil, precisamente, te impide cambiar de estado. En cambio, como hijo de un patricio que soy, sobre mis hombros recae la dura obligación de regir mi destino. Créeme: puede que tu estado no sea un chollo, pero es mucho más descansado. ¿Cómo te llamas?

—Servus.

—¿Eres un servus que se llama Servus?

—Sí.

Aquello me hizo reír. Era el máximo nihilismo que podía esperarse de un esclavo: un nombre propio que redundaba en su condición sometida, de nula humanidad.

—¡Qué gracioso! —me burlé—. Técnicamente hablando, lo tuyo es una anadiplosis, pero no espero que sepas lo que es.

—La repetición en un poema de la última palabra del verso anterior. Por eso te ríes, porque soy un servus que se llama Servus.

Me quedé muy sorprendido. Qué tono, qué actitud, qué aplomo y qué osadía. Por primera vez desde que habíamos salido de la tienda del pretorio, me giré para mirarlo. La lluvia le resbalaba por el cráneo pelado; sus ojos grises me miraban exactamente como lo haría un lobo herido: temiéndome y odiándome. Ese hombre ni era libre ni era inculto. Y si en ese momento hubiera escuchado las emociones, y no la razón, habría entendido lo único que necesitaba saber de Servus: que era una amenaza y un peligro que acababa de entrar en mi vida.

Llovía, digo, y en el horizonte caían relámpagos. Entonces

se acercó a nosotros un soldado.

—Dóminus, seguramente estáis buscando el lugar donde cayó Catilina. Fue allí.

Y señaló un pequeño promontorio con la lanza. Me dirigí hacia allí.

A las afueras de Pistoia no hay grandes extensiones de terreno abierto. Quizá por eso al combate le había faltado una pizca de grandilocuencia, porque los ojos no podían abarcar toda la línea de batalla. Pero allí, en el promontorio, había un grupo de cadáveres arracimados. Aún no los habían saqueado y se apreciaba que llevaban ropa y armaduras más ricas. Sin duda eran la guardia personal de Catilina. Los observé detenidamente.

—Dime, Servus: de todo lo que estás viendo bajo la lluvia, de esta matanza inmensa, ¿qué es lo que te parece más revelador y significativo?

Más que a Servus había hecho la pregunta al aire, como en las prácticas con el rétor. Por eso me sorprendió la prontitud y exactitud de su respuesta.

—Que todas las heridas que ha recibido este ejército formado por esclavos, fugitivos y la gentuza más baja y variada están en el pecho, no en la espalda.

Y era cierto. Muy cierto.

Ya te he dicho, Proserpina, que mi intención es contarte el final de nuestra amada y podrida República, y más aún: lo que quiero relatar es el final de la vida, de la existencia misma tal como la habíamos conocido los seres humanos en la superficie de la Tierra. Y me ratifico: el Fin del Mundo empezó al día siguiente de la muerte de Catilina.

Pocos días después de la batalla volvía a estar en Roma. Entré acompañado de Servus. La plebe celebraba la caída de Catilina igual que mis amigos en la tienda del pretorio: bailando, bebiendo y cantando. El cinismo de las multitudes siempre me sublevaba: muchos de ellos, plebeyos pobres y mendigos pobrísimos, habían hecho de Catilina su héroe, pero eso no les impedía participar en la fiesta pública —pagada por el Senado— para celebrar su derrota. En fin, a las personas les gusta divertirse. Lo mismo les da la excusa.

Mi padre era Marco Tulio Cicerón. (En Roma, Proserpina, era muy habitual que el primogénito llevara el nombre del padre, por eso nos llamamos igual.) Y es muy importante que se entienda una cosa: Cicerón era el óptimo de los romanos; el mejor orador y servidor público. El primero de los ciudadanos y el defensor máximo de la República.

La victoria sobre Catilina, en la que tuvo un papel bastante relevante, lo llevó al cenit de la fama y la gloria. Y ahora, Proserpina, para que te hagas una idea de cómo era Roma justo antes del Fin del Mundo, debería resumirte el caso Catilina, y así quizá entiendas todo lo que ocurrió después.

Catilina era un joven patricio que lo tenía todo: ascendiente y dinero, nombre y buen nombre, buena planta, fama y buena fama, juventud y salud… Pero en Roma esta afortunada combinación no elevaba a los individuos, sino al contrario: el exceso de lujos y privilegios los hundía en un abyecto fango moral. Como decía mi padre, «quien no tiene nada quiere tener algo, pero quien lo tiene todo quiere aún más». En resumen: Catilina era ya un depravado por inclinación natural. ¿Y qué mejor lugar para depravarse todavía más que Roma? Cuanto más apostaba y fornicaba Catilina, más altas debían ser las apuestas y más caras las fornicaciones. Hasta que el juego y los genitales lo arruinaron. Del todo.

Al principio no le dio importancia. La ruina, en Roma, era un concepto de sustancia diferente según fueras patricio o plebeyo. Todos o casi todos los patricios contraían deudas millonarias. Durante un tiempo, Catilina hizo lo que hacían los de su clase: recurrir a los préstamos y a las martingalas políticas para devolverlos. El Senado de Roma era un antro más podrido que el peor tugurio de la Suburra, así que Catilina, que era senador, vendía su voto y su nombre a cambio de dinero y de favores.

Durante una buena temporada fue el crápula más famoso de la ciudad. Él y su grupito de compañeros golfantes asolaban las tabernas y los prostíbulos. ¡En una de esas juergas incluso violaron a una de las vírgenes vestales! (Debes saber, Proserpina, que las vestales eran las sacerdotisas que guardaban el fuego sagrado de Roma. Las elegían entre las niñas más perfectas de Roma, cosa que convertía ese estupro, inaudito en sí mismo, en aún más execrable.) A Catilina, que

era un loco sin escrúpulos, lo mismo le daba, claro, pero a ojos de los romanos fue un crimen horrible. Se libró de la ejecución por los pelos.

Recuerdo que por aquella época, y con motivo de la violación de las vírgenes vestales, en las clases de retórica mantuve un animado debate con Gneus Ricitos. A su modo de ver, el caso evidenciaba que la gran amenaza para la República era la falta de virtud: Catilina demostraba que el vicio era el padre de la corrupción. Yo lo contradecía: la raíz del mal, tal como nos mostraba Catilina precisamente, no era el vicio, sino las deudas, ya que sin deudas Catilina nunca habría sido una amenaza para la República, sino solo para su salud.

Porque la conducta de Catilina, agravada por la reiteración en el tiempo, hizo que su deuda alcanzara una cifra colosal. Ya no tenía crédito y nadie quería prestarle ni un as, nuestra moneda más ínfima. ¡Piensa, Proserpina, que los intereses de un préstamo podían llegar a ser del veinte o incluso el treinta por ciento! (Después de la derrota de Catilina, mi padre propuso una ley que establecía un límite más razonable, el doce por ciento.) Pero en aquel momento la cuestión era: ¿cómo podía Catilina devolver su fabulosa deuda, y con unos intereses del treinta por ciento? La respuesta era sencilla: no podía. De modo que el libertino vicioso se metamorfoseó en revolucionario loco.

En las tabernas, Catilina ya no bebía para alegrarse, sino para conspirar. Ya no se servía de los prostíbulos para fornicar, sino para reunirse en complot. Empezó a rodearse de fracasados y descontentos, al principio patricios como él, y al poco tiempo caballeros y plebeyos, muchos plebeyos. Pero todos tenían un problema en común, uno solo: las deudas.

¡Incluso permitió que los esclavos se unieran a su facción! Lo seguían porque ya no tenían adónde ir: en su casa, a los plebeyos solo les esperaba el hambre; y a los patricios, el deshonor. En las calles, a todos los asaltaban las deudas, las malditas deudas. De modo que el nombre de Catilina se convirtió en consigna: abolir las deudas, esta era su bandera y el único punto de su causa. Como programa político, no puede negarse que era tan simple como nítido. Y un desastre si alguna vez se llevara a cabo. Recuerdo que le pregunté a mi

padre qué opinaba. «La tragedia de las soluciones demagógicas, hijo mío, es que solo pueden aplicarse una vez. Si Catilina conquistara el poder y aboliera las deudas, los prestamistas, como es lógico, escarmentados, dejarían de prestar. Y si esto ocurriera, todas las finanzas de la República, públicas y privadas, se hundirían. El dinero no circularía, los sueldos dejarían de pagarse y los mercados se vaciarían de alimentos. El hambre y el caos. Y peor aún: sin dinero público, ¿cómo mantendríamos las legiones cuando nos amenazara el enemigo externo? Por repugnantes que sean esos cambistas grasientos que prestan en los foros, el primer deber de un magistrado es proteger el orden, algún tipo de orden, por imperfecto que sea. —Y concluyó—: He aquí, Marco, la gran paradoja de la vida pública: que la política, como la guerra, es una suma de males necesarios de los que se espera que salga algún bien».

Fuera como fuese, Catilina cada día tenía más éxito de prédica. A su alrededor se congregó una auténtica horda de granujas y borrachos, infelices furiosos, amargados que atribuían la causa de su amargura al Senado y los potentados. (Sin ver contradicción alguna en el hecho de que Catilina hubiera sido uno de esos potentados y todavía fuera senador.) Quien ya no tiene nada que perder deja de pensar racionalmente.

Empezaron orinando en las estatuas de los senadores contrarios a Catilina, que eran casi todos, y embadurnando las caras de piedra con excrementos. Como nadie los detenía, poco después ya no se conformaron con las representaciones de los hombres y atacaron a los hombres en persona: cuando se encontraban con un magistrado, apaleaban a los servus de su escolta y, si no huía a tiempo, también al propio magistrado.

En aquellos días, en Roma también había dos estrellas políticas en ascenso: Julio César y Marco Craso. Catilina les propuso que se unieran a su conspiración contra el Senado. Al fin y al cabo, César era casi tan pródigo y depravado como Catilina, y todo el mundo conocía sus tendencias populistas. El caso de Craso era algo diferente. Craso tenía una fortuna inmensa. Por cierto, el origen de esa fortuna, Proserpina, es tan mezquino que incluso merece una reseña.

Craso empezó comprando inmuebles romanos. Cuando los propietarios se negaban a vender, la casa sufría un incendio accidental. Digámoslo así. Mientras la casa echaba fuego por las ventanas y el propietario se lamentaba, Craso hacía como la sibila y reiteraba su oferta, pero esta vez con el precio reducido a la mitad de la mitad. ¿Qué podía hacer el pobre propietario? La casa estaba calcinándose, mejor eso que nada. El truco era que en realidad Craso no compraba el inmueble, sino el suelo urbano, que en Roma podía alcanzar precios astronómicos. Reconstruía el edificio, lo elevaba a seis plantas y lo alquilaba a tribus de proletarios, es decir a hombres cuya única posesión en este mundo era su prole. Cada vez que se quemaba una casa romana, accidentalmente o no, allí estaban Craso o sus agentes ofreciéndose a comprar las cenizas. Se hizo riquísimo.

Pero ¿por qué un potentado tan fabulosamente rico iba a aliarse con un demagogo caído en la miseria como Catilina? La respuesta es que ambos compartían la misma inquina indomable contra el Senado. Todo el mundo sabía que Craso habría financiado a un adiestrador de elefantes si hubiera tenido garantías de que enseñaría al paquidermo a sentarse en la cabeza de los senadores y cagarse.

Pero ni el uno ni el otro, ni César ni Craso, aceptaron unirse a Catilina. Tanto el uno como el otro hicieron sus cálculos. César pensó, y con razón, que Catilina no era un revolucionario, sino un irresponsable. Y Craso, que era inversor y de los buenos, entendió que Catilina sería tan malo ejerciendo de general como jugando a los dados. O sea, una mala inversión. Y también tenía razón.

Pese a su soledad política, Catilina siguió tramando el complot contra el Senado y la República. La idea era tomar el edificio con todos los senadores dentro y proclamarse tirano, dictador eterno o algo parecido. ¿Por qué no? Si se apoderaba del Senado, ¿quién lo impediría? Pero Catilina no había tenido en cuenta un obstáculo. Un hombre. Mi padre. Marco Tulio Cicerón. El mejor orador que el mundo había conocido desde Demóstenes.

Para serte sincero, Proserpina, el acontecimiento decisivo que llevó a mi padre a la gloria fue más bien prosaico, y esta definición es bastante indulgente. ¿Qué ocurrió unos días

antes de que Catilina culminara los preparativos para asaltar el Senado? Yo te lo diré.

En Roma, el vicio y la virtud estaban tan mezclados como el vino y la miel en la bebida, como demuestra el hecho de que la amante de mi padre también se acostara con Catilina. (Mi padre, tan casto él, de puertas afuera la trataba de «amiga». ¡Ja!) Esa mujer se enteró de los detalles de la conspiración por el propio Catilina, que era un intrigante pésimo. (¿A quién se le ocurre contarle a una puta tus planes para apoderarte de la República?) Ella corrió a contárselo todo a mi padre. ¿Por qué actuó así? Es fácil deducirlo: Catilina estaba loco y mi padre no. Catilina estaba arruinado y mi padre no. Mi padre tenía el Senado a su favor, y Catilina lo tenía en contra. Y las putas siempre han estado a favor del dinero, el orden y el poder. Así que, al día siguiente, Cicerón se presentó en el Senado con la lengua más afilada y puntiaguda que un cuerno de toro cretense.

El discurso que dio ante los senadores, y ante un Catilina estupefacto, le abrió las puertas de la Historia. Se enfrentaba a la crisis política más grave de la República, pero mantuvo la calma: en lugar de abalanzarse sobre Catilina, injuriarlo y escarnecerlo como habría hecho un Catón, mi padre se limitó a reñirlo como si fuera un niño malcriado. Lo era. «¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?». Con frases de este estilo conseguía dos cosas. En primer lugar, mostraba una infinita superioridad moral sobre su enemigo. Y en segundo lugar, y más importante, daba a entender que conocía todos los detalles del complot. (En realidad solo conocía las líneas generales, y aún gracias.)

A medida que el discurso avanzaba, Catilina se mostraba cada vez más inquieto. Los pocos senadores que lo seguían, ya fuera por oportunismo o por contubernio vicioso, fueron abandonando su bancada. Un gesto muy poco noble, la verdad, pero ya lo dicen los cínicos: en ciertas ocasiones la prudencia y la ignominia se confunden. Al final Catilina no pudo contenerse: estalló en un feo exabrupto y salió del Senado.

Precisamente ese era el gesto más inapropiado en un senador. La política consistía en eso, en soportar chaparrones dialécticos llenos de insultos y difamaciones como quien pilla

una tormenta que descarga rayos y truenos, y después replicar con una sonrisa hipócrita. Es lo que debería haber hecho. Pero Catilina no era un político, era un tonto.

Esa huida fue su perdición. Con el plan al descubierto, y en consecuencia abortado, escapó a las montañas. Allí había reunido un pequeño ejército de proscritos y malhechores. No eran más que una turba mal armada, sin utilidad militar alguna. Su única función debía ser entrar en Roma apoyando a Catilina en las calles y distrayendo la atención mientras el grupo principal asaltaba el Senado. Pero con el golpe desmantelado, el pequeño ejército perdió brío.

Entretanto, mi padre no desaprovechó el tiempo: el Senado le concedió plenos poderes para armar la República contra la amenaza. Cicerón dio el mando del ejército consular a un tal Cayo Híbrida, un aristócrata de segunda fila. (Así no le haría sombra; aunque mi padre fuera muy cívico, quería que el triunfo sobre Catilina y la salvación de la República se asociaran eternamente a su nombre.)

Todos mis amigos de la nobleza y yo nos alistamos, claro. Era joven, muy joven, pero ya me constaba que un patricio romano no podía dejar escapar ninguna ocasión para hacer méritos y ascender en el *cursus honorum*, o sea la carrera política tal como se entendía en Roma. Y en cualquier caso, ¿quién querría perderse una batalla que no se podía perder?

La verdad es que esperábamos más una cacería que una batalla. Los catilinarios lucharon con una pasión y una ferocidad de lo más sorprendentes, aunque no tenían la menor esperanza de victoria. ¿Qué podía hacer una pandilla de truhanes mal armados contra la disciplina legionaria? Catilina murió luchando y poseído por un coraje suicida. Eso sí que no se lo esperaba nadie: habíamos hecho apuestas, y la mayoría creía que huiría a Nubia o a algún sitio aún más remoto y abandonaría a los suyos. No lo hizo. Murió al frente de sus partidarios. ¡Quién lo iba a decir! Contra todo pronóstico, la más indigna de las vidas fue coronada con la más digna de las muertes. No te lo negaré, Proserpina: las personas pueden ser muy extrañas, sobre todo las que viven en la superficie de este mundo.

Por lo demás, el discurso que mi padre había dado en el Senado y contra Catilina se convirtió en uno de los más

famosos en lengua latina. Si nos circunscribimos a la técnica oratoria, creo que escribió otros mucho mejores. Y para serte sincero: en algunos momentos cae en la cursilería más rancia. Por ejemplo, ese indignado «¡Qué tiempos, qué costumbres!», como si la culpa de la revuelta la tuviera el calendario. O como si una insurrección armada en masa fuera una muestra de la decadencia de las costumbres. Bien, pues aunque cueste creerlo, se convirtió en una frase de lo más popular. Si, por ejemplo, el barbero le hacía un corte en la mejilla, o el inquilino no le pagaba el alquiler cuando tocaba, el damnificado alzaba los ojos a las nubes y, quejoso, emulaba a Cicerón: «¡Qué tiempos, qué costumbres!». Acabo de decirlo y lo repetiré tantas veces como sea necesario, Proserpina: en la superficie del mundo las personas son extrañas. Y nunca cambian.

Sí, él. Mi padre. Marco Tulio Cicerón. El primero y más noble de todos los romanos. Qué planta tan imponente. Alto, la corpulencia por divisa, y aquel cuello vacuno. Manos grandes, de campesino acostumbrado a la dureza del campo, y cráneo poderoso. La boca de la que salieron tantos discursos inmortales era, paradójicamente, pequeña y de labios finos. La voz, grave y profunda; las pasiones, siempre moduladas. Tenía unos ojos que miraban y también escuchaban. Y la cabeza, aquella cabeza: todo el Estado romano cabía dentro de aquella cabeza de mármol. Su presencia siempre intimidaba y coartaba, y a mí todavía más. ¿Cómo no iba a afectarme ser el hijo de Cicerón? Cruzar la última puerta que me separaba de él antes de reunirnos era como zambullirse en agua helada. ¡Qué hombre!

En fin, como he dicho antes, en cuanto recibí su mensaje volví a Roma, al barrio de la Suburra donde vivíamos. Me lo encontré en el centro de la casa, es decir, en el jardín. Meditaba contemplando los peces del pequeño estanque. Me propuso que me sentara en los triclinios que había en el mismo jardín. Nos tendimos uno enfrente del otro.

—Dejé en Roma a un padre y cuando vuelvo debo compartir esa paternidad con toda la nación.

Ya se habían iniciado los trámites para nombrarlo «padre

de la patria» en señal de gratitud por el gran servicio que había hecho a la República durante la crisis catilinaria. Se le escapó una sonrisa furtiva: ni siquiera él podía ocultar que ese honor satisfacía su vanidad. Cambió de tema para fingir modestia.

—¿Cómo fue la batalla?

Se lo conté todo. La inesperada resistencia de los catilinitas y su lucha a muerte. Había ordenado que llamaran a Servus. Lo quería como testigo, a él y sus largas mejillas.

—Hasta Servus, que es un simple esclavo doméstico —dije—, observó un detalle importante en el campo de batalla. Que te lo cuente él mismo.

Pero Servus estaba bien adiestrado y no abrió la boca, a la espera de que se lo autorizara el dueño de la casa.

—Habla —le ordenó Cicerón.

Y ahora sí, Servus le contó que a los caídos los habían herido en el pecho, que ninguno había huido. Mi padre se calló, pensativo. Bebió un par de tragos sin dejar de darle vueltas. Yo no pude contenerme.

—Padre, el Senado proclamaba que los seguidores de Catilina eran la escoria de la sociedad. Pero los rufianes no luchan, huyen. Y ellos lucharon. Yo estaba allí.

Cicerón callaba. Solo se oía el ruido del agua del estanque.

—Creían que su causa era justa —continué—. Por eso resistieron hasta el final. Muy pocos se rindieron. ¡No querían nuestra misericordia! Y lo que se deduce de todo esto es grave: que quizá no eran criminales, solo personas desposeídas. De acuerdo, su líder era cualquier cosa menos un espíritu ejemplar, pero la desesperación los había llevado a seguirlo porque nadie les había ofrecido otra alternativa.

Mi padre seguía en silencio.

—Hemos matado a miles de ellos —seguí diciendo—, pero cuando el ciclo de deudas se reinicie aparecerán miles de desarrapados más, y más aún, y otro Catilina que los acaudille. Padre —concluí—, esas heridas en el pecho proclaman una cosa: que esa gente no era nuestro enemigo; el enemigo de Roma no son los plebeyos mal encaminados, sino la usura descontrolada.

No asintió, pero tampoco me contradijo.

—Tu reflexión es tan interesante como acertada —dijo—.

Pero ahora te haré otra que juzgo más pertinente: Marco, ¿sabes qué destruyó a Catilina?

—Naturalmente —contesté sin dudarlo—: la ambición sin medida. El vicio, la malevolencia y la locura.

—No. Catilina era todo eso, pero lo que lo mató fue su incapacidad para cambiar. Roma está llena de patricios libertinos. Catilina solo era uno más. No podíamos matarlos a todos, ¿verdad? Así que le ofrecimos en secreto mil pactos y mil acuerdos para evitar la violencia. Siempre he defendido que la peor de las paces es preferible a la mejor de las guerras. Pero él no aceptó ninguno.

—¿Y por qué? —exclamé.

—Porque no podía. Se había adentrado tanto en el océano del vicio que ya no podía volver al puerto de la virtud. Si hubiera cambiado, si se hubiera corregido, ahora estaría tan vivo como tú y como yo. De hecho, solo habría tenido que intentarlo. Imagínate que hubiera venido a mí, a los senadores que más lo detestábamos, y nos hubiera dicho: «Ayudadme». ¿Crees que no lo habríamos hecho? ¡Él, el más depravado de los optimates, el peor de los mejores, habría recibido nuestra ayuda! Seguía siendo uno de los nuestros. Cualquier cosa habría sido preferible a la guerra, y la finalidad de la política es evitar la guerra civil. —Suspiró—. Pero no pudo transformarse. He aquí su perdición: no supo cambiar. Estaba dispuesto a destruir Roma antes que a asumir el reto de cambiarse a sí mismo. Así es el alma humana.

Se calló e hizo un gesto con la mano, como si quisiera alejar un hedor fétido de la nariz. Sus gestos decían: «Olvidémonos de Catilina». Y entonces, con una repentina solemnidad, me anunció:

—Marco, te he ordenado que volvieras de inmediato porque tengo una misión para ti.

Aquello me competía. Me revolví en el triclinio.

—Quiero que vayas a la provincia de África. Necesito que investigues un caso muy importante para el destino de la República, quizá del mundo.

Como puedes imaginarte, Proserpina, inquirí sobre mi misión.

—Se rumorea que en el interior de la provincia de África ha pasado algo —dijo—. Solo son rumores, pero lo bastante

vigorosos para haber llegado hasta mis oídos. Y esos rumores dicen que ha aparecido una mantícora. Estrabón definía la mantícora como una horrenda bestia con cuerpo de león, cola de serpiente y cabeza de hombre que tiene tres hileras de dientes y degusta con sumo placer la carne humana. —Se recostó un poco más en el triclinio, como si necesitara apoyar bien la espalda para acabar de contar lo que tenía que decirme—. En lo que respecta a nuestros intereses, la mantícora tiene una característica muy peculiar: solo aparece cuando un gran imperio está a punto de caer. Homero menciona la mantícora pocos días antes de la destrucción de Troya. Los persas, por su parte, supieron que el fin de su imperio era inevitable porque vieron una mantícora rondando la tienda de Darío la noche antes de la batalla de Gaugamela contra Alejandro. Incluso Cartago, nuestro gran enemigo. Mi padre todavía conoció a veteranos que habían luchado en la última guerra púnica. Todos afirmaban haber visto a ese animal monstruoso paseándose ante los muros de la ciudad pocos días antes del asalto final, una visión que desmoralizó profundamente a los que la defendían.

El respeto debido a mi padre hizo que reprimiera una carcajada, pero no pude evitar bromear.

—Me gustaría enviar una mantícora, o como se llame, a casa de Gneus Ricitos. Así perdería todos nuestros duelos gramáticos.

Mi padre me contestó con una severidad inesperada.

—¡No te rías! Puede parecer una de esas historias para asustar a los niños, pero todos los grandes autores mencionan la mantícora. Todos. Y ahora ha aparecido una al sur de las ruinas de Cartago.

—Pero padre —dije yo, contrariado—, aunque el rumor fuera cierto, ¿en qué nos afecta? No hay ningún gran imperio que rivalice con nosotros, ya solo queda Roma.

—Exacto. —Y se calló. Su silencio era el de alguien que reflexiona sobre graves cuestiones.

—Entonces, ¿lo dices en serio? —me atreví a preguntar—. ¿Me envías a África a perseguir el rumor de una fantasía?

No me lo podía creer. Mi padre quería que fuera a una provincia perdida, en un viaje inevitablemente tortuoso, solo para hacer unas indagaciones de lo más absurdas.

Lo admito, Proserpina: buena parte de mi enfado tenía que ver con mis ambiciones. Mi padre era el hombre del momento, y yo su hijo. Tras la derrota de Catilina le lloverían los halagos, los laureles y los ascensos. Si yo aparecía a su lado, por fuerza me beneficiaría. En cambio, si mientras él recogía los frutos de su triunfo yo estaba lejos, de toda esa cascada de honores no me salpicaría ni una gota.

Pero ¿qué podía hacer? No podía negarme ni oponerme, ni siquiera replicar: en Roma regía una institución sagrada, la *pater potestas* o poder del padre, que era sagrado e ilimitado. Y si el padre en cuestión era Cicerón, aún más.

—Te proporcionaré dinero para el viaje, transporte y credenciales. En esto no hay problema. Lo que me preocupa es conseguirte una buena escolta.

Todos los jóvenes ambiciosos son fanfarrones, y yo todavía estaba enardecido, así que respondí con una afirmación muy ostentosa.

—Bastará con mi espada.

A mi padre se le escapó una gran carcajada.

—Marco, eres bueno en muchas cosas, pero en esgrima no: tu instructor me dice que con la espada eres más inútil que un martillo sin cabeza. —Volvió a reírse, pero de repente se puso serio y dictaminó—: Quiero que te acompañe un aspa.

Aquí fui yo el que se rio.

—Venga ya, padre, precisamente tú me has enseñado a despreciar las creencias de magos, astrólogos y zahoríes. Los aspa no son más que una variante de esas burdas supersticiones.

Los aspa, Proserpina, eran una especie de guerreros solitarios educados en monasterios más allá de la orilla asiática. Se pregonaban de ellos unas virtudes marciales extraordinarias que los hacían prácticamente invencibles en el combate. Al menos en teoría, porque yo nunca había visto a ninguno. En realidad, su mera existencia era incierta y brumosa.

—Los hay, claro que sí —afirmó mi padre asintiendo con aquella cabeza poderosa—. Pero cuesta encontrarlos, y aún más que quieran ejercer sus habilidades protectoras.

—Dóminus, yo sé cómo ponerte en contacto con un aspa.

El que había hablado era Servus, y sin permiso, pero la

importancia de lo que había dicho excusaba su osadía.

—¿Tú? —se extrañó Cicerón—. ¿Y qué piensas hacer para localizar a un aspa?

—No funciona así. Son ellos los que te encuentran a ti, y solo si lo juzgan pertinente.

Me reí.

—¿Y cómo los llamo para que vengan? ¿Contratamos a un pregonero?

—A un aspa no se le llama con la boca —se explicó Servus —, sino con el corazón.

Mi padre y yo nos miramos, extrañados.

—Servus era uno de los esclavos del viejo Híbrida, que ya no regía mucho —le aclaré—. Quizá se sentía a gusto rodeándose de tontos.

—Solo tienes que hacer una cosa —dijo Servus como si no hubiera oído mi comentario—: encerrarte en una habitación y seguir las instrucciones que te daré.

Cicerón miró el cielo. Se hacía tarde y aún tenía asuntos por resolver.

—¿Qué pierdes? —preguntó levantándose del triclinio—. Si mañana a primera hora aparece un aspa, prémialo. Y si no, castígalo con ración doble de latigazos, por falsario e impertinente. Ahora tengo que hacer unas gestiones para terminar de preparar tu viaje. Quiero que mañana por la mañana esté todo listo.

—Entonces, ¿salgo mañana mismo? —gimoteé.

—¿Por qué ibas a retrasar algo urgente cuando puedes adelantarlo? Empiezas una misión capital, eres hijo de Marco Tulio Cicerón y espero muchas cosas de ti.

Y dicho esto, me dejó allí. Esa noche me encerré en mi habitación, indignado y silenciosamente enrabietado. Con mi frustración, una buena jarra de vino y Servus, que me lo servía.

—A ver —dije, sarcástico, entre un trago y otro—, ¿cuál es esa instrucción mágica que atraerá a un aspa hasta nuestro domicilio de la Suburra antes de que salga el sol?

—Los aspa se comunican a través de los sentimientos del mismo modo que los demás humanos nos entendemos a través de las palabras.

—¿En serio? —dije yo descreído, paladeando el vino.

—Sí. Tu pecho debe irradiar una pasión lo bastante intensa para que los sentidos del aspa la detecten.

—Te recuerdo que estamos en una urbe turbulenta de casi un millón de habitantes. ¿Crees que nadie más irradia pasiones?

—Precisamente por eso la tuya debe ser lo bastante fuerte y especial para que algún aspa la note y se sienta atraído.

—¿Y cómo demonios se supone que un aspa podrá sentir mis pasiones, si bullen encerradas dentro de mi pecho?

—Más se esconde el néctar dentro de la flor, y la abeja bien que lo huele desde distancias inverosímiles y se acerca a libarlo.

Era inútil discutir, así que la siguiente reflexión en voz alta la hice sobre todo para mí mismo.

—¿Quieres saber qué pasión me posee ahora mismo? ¡La furia!

—Eso es bueno —dijo Servus sirviéndome más vino—. Sigue.

—¡Es muy fácil de entender! Mis amigos y yo somos hijos de la nobleza más granada de Roma, somos hijos de la ciudad que ha conquistado el mundo entero; desde el mismo día de nuestro nacimiento nos educan para gobernar este mundo. ¿Y qué ha pasado? Pues que justo cuando se presenta la gran ocasión de promoverme y ascender, mi propio padre me expulsa al desierto. ¡Literalmente! —Estrellé la copa vacía contra la pared—. Cuando mi padre celebre un triunfo, o le dediquen una ovación, todos se preguntarán: «¿Dónde está Marco, el primogénito de Cicerón?». Y ellos solos, insidiosos y malévolos, se contestarán: «Poco digno debe de considerarlo su padre cuando no tolera que lo acompañe ni el día que le proclaman el primero de los romanos».

—Pero eso no es cierto —replicó Servus—. Tu padre te envía a una misión por el bien de la República.

—¡Se llama política, idiota! Hay menos magistraturas a repartir que aspirantes. ¿Sabes cuál es la parte del cuerpo que más utiliza un patricio jovencito? ¡Los codos! ¿Y quieres saber quién será el primero que difundirá rumores contrarios a mi prestigio? ¡Mi mejor amigo, Gneus Ricitos!

En la Roma de antes del Fin del Mundo, Proserpina, los nobles teníamos por costumbre desahogar nuestras

frustraciones con los esclavos domésticos. Eran como los estantes para los libros: soportaban todo el peso de nuestro conocimiento, y nunca hablaban. Esa noche, cuando ya había vaciado media jarra, rompí unos cuantos muebles.

—No basta —dictaminó Servus—. Si quieres que venga un aspa, debes emitir un sentimiento más fuerte, más intenso, más estridente. Y más sincero.

Yo ni lo escuchaba. Me senté en el suelo, borracho, en una esquina de la habitación.

—Soy muy malo en esgrima. Malo no, pésimo. Ya lo dice mi instructor ilirio: «Marco, por más que me esfuerce, aún no sabes ni por qué lado se coge un gladius». Hasta que un día lo entendí: nunca seré un buen luchador, porque no soporto la visión de las heridas. No soporto ver un hierro afilado cortando carne humana. ¿Y sabes por qué? Porque soy un cobarde. Es así y basta: las armas me dan un miedo abismal. —Cogí aire y continué—. Cuando aún era impúber, justo antes de vestirme con la toga viril, cada noche tenía un sueño recurrente: caía y caía por un pozo infinito, y las paredes, dentadas con espadas, me herían sin matarme y sin que la caída, eterna, tuviera final. Mi padre quiso tranquilizarme: era un sueño recurrente en los chicos de mi edad, y cuando me vistiera con la toga que haría de mí un hombre adulto se acabaría. Pero Cicerón también se equivoca. Las pesadillas no se acabaron. Ni mi terror a las espadas y los pozos. En absoluto. Simplemente, ya no hablo de mis miedos con mi padre para no avergonzarlo. Temo y odio las armas afiladas y los pozos insondables. Y ahora dime: ¿puedes imaginar a alguien que aspire a ser magistrado romano y tenga fobia a los dos grandes logros de Roma, la milicia y la ingeniería?

Bebí más. Me reí de mí mismo, sarcástico, borracho y derrotado.

—No hace ni cuatro jornadas —rememoré—, en la tienda del pretorio de Híbrida donde te convertiste en mi propiedad… ¿Recuerdas a esos muchachos?… Estábamos rodeados de los futuros gobernadores de Macedonia, de Hispania, de Asia… Todos esos chavales serán algún día cónsules o pretores y conquistarán tierras que aún no nos pertenecen; su nombre será inmortal gracias a monedas que llevarán su efigie, se erigirán robustas estatuas con su cara. ¿Y

yo? Yo soy un cobarde. —Levanté la vista del suelo y miré a Servus a los ojos—. En esa tienda, mira por dónde, tú y yo éramos los únicos que no seremos nunca nada. Para ti, que siempre has sido esclavo, no es ninguna novedad ni supone ningún perjuicio. Para mí es la peor de las humillaciones y la más insoportable de las cargas: yo, el hijo del hombre más heroico y valiente de toda Roma, soy el romano más cobarde de todos.

Suspiré y se me escapó un hipo lloroso.

—¡La mantícora! ¡Qué excusa tan infantil para expulsarme! ¿Qué bobo puede creerse un cuento así? ¿Y quieres saber lo peor de todo? Creo que, al fin y al cabo, las razones que difundirá Ricitos para explicar mi ausencia no serán patrañas, sino la pura verdad: Cicerón me envía tan lejos porque conoce mi debilidad y se avergüenza de su hijo.

—Ahora sí —dijo Servus con voz sosegada—. Tu clamor quizá llegue hasta algún aspa.

En este punto, Proserpina, quisiera hacer un inciso para que entiendas el tormento que significaba ser un joven patricio en la Roma de antes del Fin del Mundo.

Sí, ya lo sé: éramos un grupo de privilegiados, los receptores de mil beneficios. Después de todo, Roma había conquistado el mundo, y nuestros padres, los patricios, eran la selecta minoría que regía la ciudad.

Pero, bajo esa superficie de lujo y esplendor, nuestra vida estaba sometida a un régimen cruel, cruelísimo. He aquí cómo era nuestra infancia y nuestra primera juventud.

Hasta los trece años, los hijos de la aristocracia recibían clases particulares de un pedagogo, si podía ser griego, mejor. Pero esto era lo único que nos diferenciaba de los chicos plebeyos. De hecho, hasta esa edad yo solía jugar por las calles y callejuelas de la Suburra con los niños del barrio, sin distinciones de ningún tipo. Éramos una buena pandilla. Recuerdo que teníamos nuestro refugio en un callejón pequeño y sin salida. Apestaba a verdura podrida y era oscuro, pero era nuestro callejón. Alguien lo bautizó como Rodas, en honor a la isla de los famosos piratas. Sí, éramos piratas, y aquel callejón de mala muerte, nuestra base secreta.

Por cierto, fue allí, en Rodas, donde conocí a Ricitos. ¿Sabes lo que convierte en única la infancia, Proserpina? Que, sea buena o mala, nos acompaña toda la vida.

Pero a los catorce años se hacía la ceremonia en la que vestíamos por primera vez la toga viril, una ceremonia a través de la cual los niños romanos transitábamos a la edad adulta. ¡Adiós infancia, adiós callejón de Rodas! ¡Qué cambio! De los juegos infantiles a una vida que era una carrera en constante competencia. Así era.

A un muchacho patricio se le exigía que destacara en oratoria, equitación, gramática, canto, atletismo y gimnasia, esgrima (¡sí, esgrima!); que hablara el griego con la misma fluidez que el latín y que compusiera poesías de mil versos en ambas lenguas. Y no bastaba con sobresalir en el ámbito académico, también tenías que ganarte un lugar en el escalafón social: si tu linaje era lo bastante elevado, debías demostrar constantemente que eras digno de pertenecer a él; si, por el contrario, eras hijo de un linaje sin historia, debías demostrar que tu apellido no era digno de ti. ¿Cómo? Patrocinándote en público. En los foros, en las saunas, en el circo y en el teatro antes y después de la función, en los prostíbulos y en todas partes. Era fundamental conocer a cientos de personas por su nombre, como si los quisieras de verdad. Con los disolutos debías ser tan disoluto como ellos y participar en orgías y bacanales. En cambio, cuando tratabas con los seguidores de Catón era obligatorio aparentar sencillez de espíritu, modestia de carácter, desprecio por los lujos y odio por los extranjeros, particularmente por los escitas, que según los catonianos contaminaban la esencia de la romanidad. (Yo, Proserpina, nunca conocí a un solo escita en la Suburra, donde lo exótico era tan habitual como los adoquines en la vía Apia; pero, por si acaso, en presencia de los catonianos siempre fingía que odiaba a muerte a los escitas, fueran quienes fuesen esos malditos escitas.)

El *cursus honorum* o carrera política era exactamente eso, una carrera. Los cargos públicos romanos, es decir las magistraturas, seguían un orden jerárquico, y un noble debía aspirar a ejercerlas todas y consecutivamente, una tras otra: cuestor, edil, tribuno, pretor, y al final el premio gordo, cónsul.

Había una edad mínima para cada magistratura. La ley y la tradición prohibían que el cargo de cuestor se ejerciera antes de los treinta años; el de edil, antes de los treinta y seis. Y el cargo superior al que aspiraba todo el mundo, el consulado, a los cuarenta y dos. Y aquí entraba en juego un concepto un poco puñetero: «En su año». Un *cursus honorum* perfecto implicaba que el joven patricio accediera a las magistraturas «en su año». O sea, que fuera cuestor a los treinta, edil a los treinta y seis y cónsul a los cuarenta y dos. De lo contrario, los viejos magistrados, los senadores y el patriciado en general siempre se lo recordarían con una frase mortificante: «Oh, sí, claro, ya es magistrado, pero no lo ha conseguido en su año».

Incluso tú, Proserpina, que eres de otro mundo, puedes entenderlo: el esfuerzo que se exigía a los chavales patricios era sobrehumano. Con razón los patricios se autodenominaban optimates, que significa «los mejores entre los hombres». Quizá no lo fueran, pero te aseguro que las pruebas que debían superar para que los admitieran en ese círculo tan selecto superaban las de los espartanos en dificultad.

La competición era salvaje. Elecciones y campañas electorales en las que entraban en juego sobornos millonarios, halagos y difamaciones viles. Todo valía para acceder a una magistratura. Y si podía ser en su año, mejor. Gneus Ricitos era mi amiguito del alma. Nos conocíamos desde los tiempos de Rodas, pero ni él ni yo habríamos dudado ni lo que dura un parpadeo en sustraerle al otro una magistratura, por el medio que fuera. ¿Qué era el *cursus honorum*? La hipocresía más violenta y la violencia más hipócrita.

La noche antes de emprender mi viaje a África tenía diecisiete años. Aún me faltaban muchos para acceder al cargo más bajo, el de cuestor. Puede parecer un tiempo bastante dilatado. No lo era. Para empezar, un romano que aspirara a una magistratura debía haber servido un mínimo de diez campañas en el ejército. ¡Diez! Yo solo sumaba una, contra Catilina. Y de hecho, nadie nos aclaraba a ciencia cierta si una campaña contra esclavos contaba como tal.

¿Entiendes ahora, Proserpina, mi inquietud y mi desencanto? Roma era el centro del mundo, y si mi padre me

alejaba, y más aún en ese momento, mi carrera se iría al garete. ¿Por qué? ¿Por qué lo hacía? ¿Quería ponerme a prueba? ¿Que las penurias curtieran mi cuerpo y mi espíritu? ¿O quizá estaba implicado en alguna conjura senatorial y quería alejarme para evitarme las inevitables represalias en caso de que fracasara? Y es que en el mundo de antes del Fin del Mundo, Proserpina, la política era una actividad tan arriesgada como la guerra, con la diferencia de que en la guerra solo arriesgábamos la propia vida, y en política, la propia y la de los nuestros. ¿Acaso mi padre, nada menos que Cicerón, creía en esa bestia fantástica únicamente porque la habían mencionado dos o tres autores antiguos y de renombre? Puede ser. A veces sucede, Proserpina, que los hombres cultos, por la sobreabundancia de lecturas, tienen más fe en los libros que en los dioses.

Pero ahora, Proserpina, déjame que haga uso de mi humor suburriano, porque, visto con perspectiva, es incluso gracioso: me enviaban al fin del mundo, sin saber que el Fin del Mundo estaba a punto de empezar precisamente allí, en la región remota a la que me dirigía.

Bien, el hecho es que pasé una mala noche. No dormí nada o muy poco; volví a soñar con pozos y espadas, y al día siguiente estaba de muy mala leche. Un servus que quiso ayudarme a vestirme, Demetrio, se llevó un par de sopapos en señal de gratitud.

Mi padre me despidió con un regalo: me había comprado una lectica y cinco esclavos transportadores para el viaje. Una lectica, Proserpina, era un medio de transporte sumamente práctico. Imagínate un gran lecho, con cuatro palos paralelos al suelo. Cada palo lo levanta un esclavo andador, y si saben dar los pasos coordinados, el transporte es plácido y pueden avanzar un buen trecho cada día. Este, además, tenía un par de añadidos que lo hacían más confortable: la cama en la que descansaba el viajero estaba cubierta y rodeada de cortinas, de modo que si lo deseaba podía aislarse del exterior; y el segundo detalle es que en la parte inferior de la lectica había cajones para llevar el equipaje. Habrás observado que te he hablado de cuatro palos y te he dicho que el regalo incluía a cinco esclavos, no cuatro. Era para hacer rotaciones y que un esclavo descansara por turnos. Todo muy práctico.

Los cinco esclavos estaban terminando de cargar mi equipaje, bastante voluminoso, debajo de la lectica. Quedaba un último aspecto por resolver: mi escolta. Ciertamente, no era una precaución innecesaria. Los caminos de Italia, de todos los dominios romanos, estaban infestados de bandas criminales. Por tierra nos mortificaban los bandoleros, y por mar la piratería. Nadie se atrevía a desplazarse si no era en caravana o con una fuerte escolta. Recuerda, Proserpina, que Servus se había manifestado como un gran entendido en el tema de los aspa. Como estábamos en la calle, en la puerta de casa, y solo se veía la multitud romana habitual, lo pinché un poco.

—¿Dónde anda tu famoso aspa? Solo veo la plebe de siempre.

—Dóminus, solo dije que lo intentaras —se justificó—, que tus emociones hablaran como un faro en la noche. No podemos saber a ciencia cierta qué ha pasado. Quizá ningún aspa ha reparado en ti, o quizá se han negado a acudir.

Aquí intervino Cicerón.

—¿Qué hago con él? —dijo refiriéndose a Servus—. Pensándolo bien, es tuyo.

En casa teníamos una docena de esclavos domésticos como Demetrio, pero, como es natural, eran todos propiedad de mi padre, no mía. Hasta ese momento no me había parado a pensar que Servus era legalmente mío. No le di demasiadas vueltas.

—Deshazte de él —sentencié—. Mi intuición me dice que solo me traerá quebraderos de cabeza.

Era una condena a muerte, por supuesto. Servus, desesperado, se postró a mis pies implorando por su vida.

Y entonces apareció. El aspa.

Cicerón entrecerró los ojos, como hacía cuando intentaba ver alguna cosa a lo lejos o apreciar algo especialmente admirable. Seguí la dirección que indicaba su mirada y también lo vi.

Un individuo que se dirigía directamente hacia nosotros. Destacaban en él dos atributos. El primero, que iba por el mundo totalmente desnudo. Y el segundo, que era una mujer.

Yo de los aspa solo había oído hablar. Para mí eran como los pigmeos o los unicornios, unos seres que basculan entre la

leyenda y la fábula y cuya existencia nadie podía asegurar. Pero esa mujer era exactamente como se suponía que debía ser un aspa, salvo que yo no sabía que los hubiera femeninos.

Una mujer esbelta, muy esbelta, desnuda, sin un solo pelo en todo el cuerpo y con la piel tersa como un delfín. Llevaba el cráneo tan rapado que parecía de marfil, y no tenía ni cejas ni pestañas. Y cuando digo que iba desnuda quiero decir que no la cubría nada, ni una mínima tela. Ahora bien, tenía pintada, o tatuada, una gran cruz negra en el pecho, en aspa, que le cruzaba todo el torso y resaltaba unos pechos pequeños y compactos. Después vi que en la espalda lucía otra gran aspa en forma de ×. De ahí les venía el nombre.

Tenía una musculatura finamente trabajada, tensa y dura. Su cuerpo no se ajustaba al canon femenino: a los romanos les gustaban las matronas de caderas anchas y nalgas como cestas, pero ella era delgada, como esculpida. Igual que en los felinos, su cuerpo hablaba de una suma perfectamente equilibrada de agilidad y fuerza concentrada. Atónito por esa visión, me fijé bien: no, no llevaba ninguna prenda, solo una especie de anillo de piedra que le rodeaba el tobillo derecho. Ni un palmo de tela. Solo las × tatuadas le daban cierta apariencia de vestimenta. Se movía por la calle con los pechos y los genitales al descubierto, y lo más asombroso de todo era que nadie se escandalizaba ni le dedicaba la menor atención. Como máximo, algunos transeúntes le dirigían una mirada breve, furtiva, sin ralentizar siquiera el paso. Aquello, Proserpina, me inspiró una reflexión: me dije que aunque patricios y plebeyos habitáramos la misma ciudad, vivíamos en mundos muy diferentes. Porque lo que para mí era una leyenda incierta, para ellos era una realidad constatada, como se infería de la naturalidad con que aceptaban la presencia de un aspa en sus calles.

Ya te he contado, Proserpina, que los aspa eran, según se decía, una especie de guerreros errantes, casi invencibles. Sus habilidades marciales superaban lo prodigioso. Practicaban una extrañísima religión y no se mezclaban con nadie. Todo en ellos era un misterio. Y solo tuve que ver a uno, o una, para entender que no sería yo el que resolviera ese misterio.

Mi padre fue el primero en reaccionar.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Un aspa! ¡Bienvenida! Ya no tendré

que contratar una escolta. —Y dirigiéndose a mí—: Tu esclavo ha cumplido. No sería apropiado que lo abandonaras.

No era un consejo, claro, era una orden directa.

—Sí, padre —respondí, resignado. Y para demostrar autoridad, di un paso en dirección al aspa y dije—: Puede que seas una guerrera, o una vestal oriental, o lo que sea. Pero quiero que te quede clara una cosa: aquí mando yo.

Cicerón me tiró delicadamente del codo.

—Marco —dijo—, no es necesario, no es necesario. Los aspa hablan poco. Y su presencia voluntaria indica que te protegerá hasta que vuelvas o hasta la muerte.

Me abrazó, más formal que cariñoso, pero con la fuerza de un oso.

—Recuerda siempre que eres romano, y un Tulio. Adiós.

Y esa fue su despedida.

Y así fue, querida Proserpina, como empezó mi viaje a la provincia de África. Por toda compañía, Servus y un aspa. (Y los cinco esclavos que me transportaban, claro, pero no contaban demasiado.) Yo iba dentro de la lectica, y Servus y el aspa delante, a pie, precediéndonos y abriendo paso cuando era necesario.

En el viaje debíamos hacer unas cuantas escalas. Primero teníamos que desplazarnos hasta la costa, y para ello, una vez en el Tíber, subimos a una codicaria, un pequeño barco fluvial que debía llevarnos por el río hasta el puerto marítimo de Ostia. En el momento de embarcarnos se hizo evidente que, en efecto, el aspa vivía al margen de los rigores mundanos, porque ni pagó el pasaje ni nadie se lo exigió. Era como si todo el mundo asociara su figura a una especie de espectro sólido, alguien que ocasionalmente puede transitar por nuestro mundo pero que no pertenece a él.

Aún más sorprendentes fueron las reacciones humanas ya en el gran puerto de Ostia, al embarcar en la nave que debía llevarnos a Sicilia, la siguiente escala en nuestro viaje a África. Cuando accedimos a la cubierta, tanto el pasaje como la marinería estallaron de alegría: «¡Un aspa, un aspa entre nosotros!», exclamaban. Tenían tanta fe en sus supuestos poderes que estaban convencidísimos de que su sola presencia

nos libraría de todo asalto o violencia procedente del mar. Todos daban gracias a los dioses y proclamaban su alborozo. Yo me limité a mover la cabeza, decepcionado, y atribuí ese excesivo entusiasmo a la estulticia de la plebe.

2

El mar y el desierto son vacíos de diferente calidad. En las soledades desérticas, los hombres tienden a pensar en sus dioses; en las oceánicas, en sus desesperaciones.

¿Qué puede haber más monótono que una travesía marítima? En una nave no hay nada que hacer, aparte de abrigarte los hombros y contemplar horizontes de agua gris. Las olas son tan estúpidamente iguales como las dunas del desierto. No, rectifico: las olas son peores, porque, dotadas de movimiento, parece que se ríen y se burlan de nosotros cuando empujan y mecen el casco de la nave.

El viaje por mar implica una combinación nefasta: mucho tiempo libre y poco espacio. Para distraerme, escribí un par de poemas, demasiado largos y muy malos, que no aliviaron mi tedio. De modo que a falta de otras ocupaciones me dediqué a observar al más singular de los pasajeros: el aspa.

Ya he dicho que su cuerpo era fuerte. No se trataba de la musculación burda y voluminosa de los gladiadores tracios, sino de un torso y unos miembros definidos, sin una pizca de grasa bajo la piel. Su actitud vital hacía pensar en un gato. Se acurrucaba en cualquier rincón de la cubierta, en posición fetal, y dormía buena parte del día y de la noche, aunque la palabra «dormir» no es la más apropiada. Siempre te daba la sensación de que, incluso dormida, estaba más atenta que toda la tripulación despierta. Su insensibilidad a la temperatura era admirable. Nunca dio muestras de sufrir el frío nocturno o el calor diurno.

Aparte de eso, despreciaba olímpicamente las necesidades del cuerpo. No tenía posesiones, ni una. Su religión las desdeñaba por superfluas. Cuando tenía hambre o sed, se limitaba a hacer un gesto sencillo y elemental: extendía la mano. Pasajeros y marineros se apresuraban a llenársela con sus humildes donativos alimentarios. Algunas mujeres, más

sensatas, le molían un poco de avena en un pequeño mortero, añadían agua caliente y lo mezclaban bien hasta que el conjunto adquiría una consistencia de moco. Ese era todo el alimento que ingería y que necesitaba. Ese y alguna verdura cruda, como los conejos. Comía poquísimo.

Cuando salía el sol, solía hacer unos ejercicios que yo nunca había visto hacer a nadie, a pesar de que en el gymnasium teníamos a los mejores maestros físicos. Y debo decir que el control que mostraba sobre sus articulaciones me maravilló. Se retorcía con una habilidad sobrehumana y un estilo único, hasta el punto de que dudabas de si estabas viendo a una bailarina que guerreaba o a una guerrera que danzaba. Pero eso solo era el prolegómeno de los auténticos ejercicios. Para trabajar la musculatura, la coordinación de los miembros y otras habilidades, se ataba a una cuerda y se descolgaba popa abajo. Y allí abajo, atada a la cuerda, se ejercitaba entre la borda y las olas, que la embestían tan violentamente que la espuma aterrizaba en la cubierta.

Más extraordinarias aún eran las carreras. La falta de espacio la obligaba a saltar por un lateral del casco y, una vez allí, recorrer todo el perímetro exterior. Se agarraba con manos y pies a los salientes y contrafuertes de madera y daba vueltas a la nave a una velocidad portentosa. Era un espectáculo que rozaba lo increíble. Yo ni siquiera habría sido capaz de sujetarme, y ella corría por esa superficie vertical, literalmente, como una mezcla perfecta de araña y mono.

En cuanto a las relaciones con los humanos, prácticamente no las tenía. Retraída, indiferente y muda, mantenía una extraña distancia vital con todos. A veces algún pasajero se acercaba a ella humildemente y le dejaba a los pies alguna pequeña ofrenda, monedas o incluso minúsculas estatuillas votivas. Ella ni lo agradecía ni se ofendía; ni lo devolvía ni lo aceptaba.

Un día, observándola con detalle, volví a fijarme en esa especie de argolla de piedra que le rodeaba el tobillo derecho. Era un aro duro y rugoso, de color gris oscuro, más parecido a un mineral que a un metal. En cualquier caso, no parecía una reminiscencia de antiguos grilletes. Quizá, me dije, eran votos de la religión Gea que profesaban los aspa, pero con esa criatura no podías tener ninguna certeza.

Durante todo el viaje por mar, que tuvo varias etapas, y hasta que pisamos tierra africana, solo mantuvimos tres conversaciones, y de lo más breves. He aquí, Proserpina, la primera.

Yo:

—¿Cómo te llamas?

Ella:

—Sitir. Sitir Tra.

Fin de la primera conversación.

La segunda, al día siguiente.

Yo:

—De acuerdo, Sitir, lo que atrae a los aspa son las emociones poderosas. Pero esa noche, excitado y frustrado como estaba, no recuerdo que me moviera otro sentimiento que la ambición más descarnada y la frustración más egoísta. ¿Entonces? ¿Qué viste de elevado en un sentimiento así para merecer que arriesgues tu vida por protegerlo?

Ella:

—Si no sabes la respuesta, de nada te servirá que yo conteste a tu pregunta.

Aquí debo decir que Servus hizo una limitada aportación a nuestro diálogo.

—Nadie sabe por qué una abeja liba una flor y no otra, dóminus, pero seguro que hay un motivo.

Pensé que ahí terminaba nuestra charla, pero no pude evitar añadir un comentario suburriano, algo así como «pues a esta mujer no la libaría nadie, por más que vaya por el mundo con la vagina al aire». Y entonces ella, Sitir, se me encaró. Casi tuve miedo cuando oí que me decía:

—Tienes razón, esa noche solo desprendías emociones malévolas y pueriles. Pero los maestros Gea nos enseñan a leer no solo las emociones, sino también lo que hay debajo de ellas.

—¿En serio? ¿Y qué viste debajo de las mías?

—Un pollito que quiere salir del huevo. Estoy aquí para ayudar a ese pollito a romper el cascarón. Pero no me defraudes. —Y añadió—: ¿Sabes qué es el mundo? Un silo colosal que contiene dolor en lugar de grano, y la mayor parte de ese dolor no lo causan la muerte ni las enfermedades, sino la injusticia. Y habiendo tanta injusticia

viva, y tantos oprimidos a los que socorrer, estoy gastando mi tiempo en ti. —Colocó la palma de la mano en la parte más alta de mi pecho, me miró con unos ojos más verdes que las algas de la laguna Estigia, sí, qué ojos, y dijo—: Solo te lo diré una vez, pollito: si defraudas a la diosa Gea, te romperé el cuello.

Me amenazaba en el mismo tono indiferente al que habría recurrido para decir: «Esta noche mataré un conejo para cenar».

Y, por fin, la tercera conversación.

Yo:

—Hablas muy poco, Sitir Tra.

Ella:

—Y tú demasiado, pollito.

Antes he dicho, Proserpina, que los plebeyos se alegraron mucho de compartir pasaje con un aspa. Aun así, no la buscaban. Todo lo contrario. Aunque la cubierta estaba bastante llena de gente, alrededor de Sitir siempre se creaba un espacio vacío, como si todo el mundo la evitara. Se lo comenté a Servus.

—Que la plebe adora a los aspa es obvio. Ahora bien, ¿los quieren como a salvadores o se trata de temor reverencial?

—Ya veo, dóminus, que no conoces el dicho.

—No.

Y entonces declamó:

—Si ves una cabra, no te acerques por delante; si ves un caballo, no te acerques por detrás; si ves un aspa… no te acerques. —Y concluyó—: Son ellos, los aspa, los que se acercan al individuo al que han decidido proteger, algo muy poco frecuente. Creo, dóminus, que no acabas de entender lo afortunado que eres por tener a un aspa que te guarde.

En fin, así era Sitir Tra, el aspa.

El viaje hasta África fue largo y cansado. A ti, Proserpina, que habitas una cueva subterránea más grande que la isla de Córcega, te resultaría muy difícil entender la importancia que para nosotros, los romanos, tenían los mares. En la superficie del mundo, los océanos no están formados por agua dulce, lava o mercurio, sino, por extraño que pueda parecerte, por

agua salada. Y esas grandes masas de agua imbebible no separaban los dominios de Roma, los unían.

En Mesina embarcamos en otra nave que nos llevó a Lilibea, en el extremo occidental de la isla siciliana, y allí aún tuvimos que subir a un tercer barco que nos conduciría, esta vez sí, a la costa africana y a la capital de su provincia, Útica.

Durante esta última etapa marítima hice una cosa que debería haber hecho antes: interrogar a Servus sobre su pasado y descubrir por qué conocía tan bien a los aspa. Y lo que me narró fue la historia de una vida triste, gris y vacía como el mar que ese día nos rodeaba. Servus había nacido huérfano, y en el mundo de antes del Fin del Mundo, Proserpina, la orfandad era la vía más directa a una vida de sometimiento, dolor y desgracias. Así que, antes de continuar, y para que lo entiendas, permíteme que te haga un breve resumen de esa magna institución, rectora de nuestra vieja y podrida República: la esclavitud.

En la Roma anterior al Fin del Mundo había básicamente cuatro formas de convertirse en esclavo. La primera, por las deudas. Un ciudadano incapaz de reembolsar sus deudas solía acabar pagándolas con su libertad. La segunda, nacer hijo de una esclava, lo que te convertía en propiedad del dóminus de la madre. Pero estas dos modalidades apenas engrosaban la cantidad de esclavos. La tercera, en cambio, sí suponía una auténtica avalancha humana: la guerra.

La primera ley, causa y motivación de toda guerra es el beneficio de sus promotores. Y puedo asegurarte, Proserpina, que para los patricios romanos los esclavos eran la fuente de riqueza más grande, efectiva y segura que podía haber. Mucho más que el oro o la plata. Sin embargo, el flujo de prisioneros era variable: dependía del resultado de guerras que nadie sabía exactamente cuándo empezarían ni si serían siempre victoriosas y suficientemente provechosas.

Así pues, si la magna, omnipresente y queridísima institución romana de la esclavitud podía mantenerse era gracias a la cuarta modalidad, los huérfanos.

En Roma y sus dominios nacían incontables hijos no deseados. Miles y miles de criaturas abandonadas por sus padres. La inmensa mayoría solo encontraba acogida en el régimen esclavista.

Se abandonaba a los bebés a las puertas de unos establecimientos que no eran otra cosa que un negocio a gran escala. El techo y el alimento (bastante escaso) que se proporcionaba a los huérfanos solo se entendía como una inversión futura: en cuanto eran capaces de levantar una azada o empujar un arado, los vendían como trabajadores agrícolas. Y voy a callarme los aspectos más obscenos del negocio, Proserpina, para no ofenderte. Servus era uno de esos niños anónimos. Uno de tantos. Aun así, fue de los afortunados: lo acogieron los monjes Gea.

Los monjes que adoraban a la diosa Gea eran una extraña orden religiosa de raíces orientales. De hecho, era una creencia muy curiosa: que yo sepa, era la única religión atea que ha existido. No creían en ningún dios. (¡Y mira que en nuestro panteón había para elegir!) Se limitaban a identificar Gea con una mujer para poderla representar en estatuas y en su imaginario religioso. Pero, para ellos, Gea, más que una entidad divina, era una idea, un concepto difuso. Gea era un principio, el estado natural del cosmos, es decir, el equilibrio. (¡Qué risa! ¡El equilibrio como estado natural de las cosas! ¡Los seguidores de Gea deberían pasearse un rato por los foros de Roma, entre vendedores gritones, patos y cerdos medio muertos, putas y ladronzuelos!) En realidad, los seguidores de Gea no negaban drásticamente la existencia de ninguna divinidad, simplemente aseguraban que a los seres humanos, en su pequeñez, les era negado saber a ciencia cierta si los dioses inmortales existían verdaderamente o no; y si algo era imposible de discernir, concluían, era una pérdida de tiempo preocuparse por ello. Pero según la religión Gea sí que había dos cosas que los humanos podían llegar a entender y discernir: el sentido de la justicia y el sentido de las emociones. Para los creyentes de la diosa Gea, la vida solo tenía dos finalidades legítimas: instaurar la justicia humana y entender los sentimientos humanos.

Todo esto te lo contaba, Proserpina, porque a Servus lo abandonaron a las puertas de un monasterio Gea. Los monjes Gea tenían fama de dar un trato más benigno a los huérfanos, por lo que ante sus puertas siempre aparecían cestas con bebés. Servus fue uno de los afortunados, lo acogieron. Había monasterios Gea por toda la provincia de Asia, Judea y

Egipto. Que yo sepa, no había ninguno más al oeste de la costa de Anatolia, de modo que los padres de Servus debían de ser del este. En cualquier caso, las facciones de Servus, incluidas las mejillas de caballo, podían ser de cualquier dominio romano.

La cuestión es que los monjes Gea criaban a los huérfanos y, cuando cumplían diez añitos, llegaba la primera selección: a los más aptos, o sea, los más listos, más sanos y más dotados, los enviaban a su monasterio principal, al oeste de Damasco. Era un monasterio muy grande en la frontera del desierto que tenía mucha fama: podía albergar hasta a dos mil niños. Allí, durante cinco años llenos de rigores, los formaban en los misterios esotéricos de la religión Gea. Cuando cumplían quince, pasaban la segunda criba: seleccionaban a uno de cada cien (¡solo uno de cada centuria!) y lo enviaban a otro monasterio, en este caso mucho más pequeño y en una ubicación secreta. Solo se sabía que estaba en el desierto asiático, aislado del mundo.

Allí sometían a los chicos y las chicas a ejercicios marciales y espirituales tan duros que, en comparación, los antiguos espartanos nos parecerían unos blandengues. Los llevaban a la frontera de todos los límites, tanto del cuerpo como del espíritu. Aprendían a matar y a amar. Debían sufrir con amor y debían amar con dolor. Purificar el espíritu, agudizar los sentidos y fortalecer el cuerpo. Y a los que soportaban todos estos dulces martirios todavía les esperaba la prueba decisiva.

Servus había sido uno de esos jóvenes selectos y era muy reacio a contarme en qué consistía ese rito tan importante. Lo obligué, porque un dóminus era amo del cuerpo del esclavo, sí, y también de su pasado. Habló. He aquí lo que me dijo.

A los pies de ese monasterio secreto había un cráter gigantesco que, según dictaba una tradición inmemorial, era el resultado de una gran roca caída del cielo. (Más creencias propias de memos: ¿cómo van a caer piedras del cielo, si todo el mundo puede ver que es etéreo y no puede sustentar nada más sólido que las nubes?) La cuestión era que, llegado el gran día, los chicos y las chicas se reunían a orillas del Gran Cráter. Tenían ante ellos una gran hondonada vacía, de mil pasos. La gran prueba era de lo más sencilla: atravesar la hondonada reseca caminando lentamente. Nada más.

Los chicos y las chicas, con el cuerpo desnudo y depilado, avanzaban por una tierra desértica que tenía una particularidad: estaba llena de unas piedras oscuras, esparcidas aquí y allá, del tamaño de una manzana grande. Y resulta que a veces, muy pocas, una de esas piedras oscuras se adhería al tobillo del joven que pasaba a su lado.

Cuando Servus me contó el fenómeno, me pegué un hartón de reír.

—Las piedras no caen del cielo ni se mueven solas, y mucho menos se enroscan.

—No son piedras —replicó—. Nadie sabe lo que son, pero no son piedras.

Los monjes Gea las llamaban simplemente «piedras oscuras». Según Servus, a veces las «piedras oscuras» del Gran Cráter elegían a alguien. Durante un breve instante, mientras el chico o la chica pasaba a su lado, la piedra adquiría la flexibilidad y la presteza de una lengua de camaleón. Saltaba, se enroscaba como una serpiente alrededor del tobillo joven, se solidificaba y ya nunca se desprendía. Nunca. Llevar esa piedra oscura en la parte inferior de la pierna era el signo distintivo de los aspa. Ese mismo día, a los afortunados beneficiarios de aquel regalo les depilaban todo el cuerpo, genitales incluidos, con una técnica y unos ungüentos que hacían que nunca más volviera a crecerles un solo pelo, les tatuaban una × inmensa en el pecho y otra en la espalda, y a continuación los obligaban a abandonar el monasterio secreto para siempre para que dedicaran toda su vida a detectar emociones notables, gracias a la especial sensibilidad adquirida, y a cumplir tantos actos justicieros como les fuera posible, provistos de su pericia guerrera. Así se creaban los aspa.

—¿Y tú? ¿Qué pintas tú en ese escenario de monjes y guerreros? —pregunté a Servus cuando vi que interrumpía su relato.

No quería hablar, pero le exigí que lo hiciera bajo amenaza de tirarlo por la borda. Al final confesó, avergonzado. Esto fue lo que me dijo.

Servus siempre había querido ser aspa. Y los monjes, en efecto, lo seleccionaron en todas las cribas. Con un inconveniente: que los monjes veían grandes cualidades en

Servus, sí, pero no para ejercer como aspa. En el gran monasterio, Servus mostró una capacidad intelectual fuera de lo común. Enseguida aprendió a hablar y leer en cinco idiomas, y los monjes Gea le encargaron la administración de la biblioteca. (Por eso sabía lo que era una anadiplosis, ¿recuerdas, Proserpina?) Pero, como te decía, Servus aspiraba a ser un guerrero aspa. Los monjes, indulgentes, accedieron a que entrara en el monasterio secreto y se sometiera a los durísimos entrenamientos, con la esperanza de que tarde o temprano se diera por vencido y admitiera que su auténtica misión en la vida era servir a la secta como maestro o administrador de la orden, dos ocupaciones en las que podría desarrollar su auténtico talento.

Pero Servus no lo veía así. Él quería ser aspa. Se sometió a todos los tormentos disciplinarios y a todas las pruebas, físicas y espirituales. Pero siempre le faltaba algo: una piedra oscura.

Solo los chicos y las chicas mejor adiestrados por los monjes, con el cuerpo más fuerte y el alma más limpia, cruzaban el Gran Cráter. Pero nadie sabía exactamente por qué una piedra oscura se adhería, o no, al tobillo de un individuo en concreto. La tragedia de Servus: que año tras año participaba en la ceremonia de cruzar la hondonada del Gran Cráter, y nunca, nunca, una piedra oscura se dignó a adherirse a su tobillo.

Se le fue agriando tanto el carácter que al final lo expulsaron del monasterio. Su última noche fue patética, en el sentido más hondo del término. Se la pasó entera en el interior del cráter gigantesco y desértico, desnudo y suplicando a todas las piedras oscuras que lo acogieran. No hubo manera. Maldijo a los monjes, las piedras y la vida. Solo le replicaba el silencio nocturno; el frío y la oscuridad de un desierto sin luna. Sí, qué rechazo tan cruel, qué terrible desencanto.

Pero yo era de la Suburra, y él mi esclavo, así que reaccioné en consecuencia: partiéndome de risa. Le pedí que terminara su relato, pero ya no tenía mucho más que contar: expulsado del monasterio, deambuló por el mundo, solo y sin rumbo, hasta que se topó con unos bandoleros, el tipo de chusma (¡qué ironía!) que los aspa solían combatir. Lo

capturaron y lo vendieron a un esclavista de Halicarnaso, que lo maltrató, lo marcó a fuego y lo revendió a buen precio, porque había descubierto que era un hombre culto. Acabó como servus pedagogo de los hijos de la aristocracia romana. Su último dueño ya sabemos quién era: el borrachito de Híbrida. Lo demás también lo conocemos: cuando mis amiguetes estaban a punto de matarlo por diversión, Ricitos lo salvó en el último instante para entregarlo a mi imperio. Pero ¡qué vida! ¿Valía la pena vivirla?

—Tu existencia —observé cruelmente— es una especie de chiste ridículo. ¡Por los testículos redondos de Júpiter! ¿No lo ves? Los monjes Gea tenían razón. Tú no valías para el combate, sino para la administración. Las inclinaciones de tu espíritu te abocan a la sabiduría, no a la guerra; perteneces al mundo de Minerva, no al de Marte —aseguré riéndome—. Cualquiera se daría cuenta de que eso de las piedras que daban saltitos era un truco orquestado por los monjes Gea. Por eso nunca se te adhirió ninguna, porque no querían perderte; a ti te reservaban un destino superior como magistrado de la orden Gea. ¡Qué despropósito! ¡Habrías podido ser el pontífice máximo de una de las religiones más poderosas del mundo, y aquí estás, reducido a la triste e ínfima condición de esclavo doméstico de un jovencito! ¡Menuda pareja hacemos tú y yo! —exclamé—. Es posible que yo sea el hijo más cobarde del hombre más valiente. Pero tú me superas. Porque tú querías prosperar en una secta dedicada al culto del cuerpo y de los sentimientos. ¡Tú, que eres el hombre más dotado para el cultivo de la mente y del espíritu! Eres irrisorio y deplorable, y te mereces tu destino.

Me reí aún más fuerte, con una crueldad que hoy no me perdonaría, mientras él, acatando y dándome la razón, me miraba con ojos de pez muerto.

Y así fue, Proserpina, como divisé por fin la luminosa costa africana. Era la cuarta nave en la que me embarcaba desde que había salido de la casa de mi padre.

Cuando la línea costera se volvió lo bastante nítida, todo el pasaje se concentró en la proa señalando tierra y expresando su alegría. Lejos aún, una bahía se recortaba en un horizonte

bastante claro.

Yo estaba distraído, pero me di cuenta de que, de repente, aquellas expresiones de alegría se transmutaban en gritos de horror. Piratas. Nos esperaban allí, emboscados bastante lejos de la bahía, pero en la vertical de la bocana del puerto, para vislumbrar toda nave que se acercara. El suyo era un barco pequeño pero esbelto, largo y estrecho, con la proa puntiaguda como un pez espada. Y lo más importante: era mucho más rápido que el nuestro, que llevaba la bodega cargada de mercancías y la cubierta abarrotada de pasajeros. Se acercaba a una velocidad de tiburón.

Ya te he contado antes que Sitir solía dormir en posición fetal, con los sentidos alerta y al mismo tiempo ajena al mundo. Y eso era lo que estaba haciendo cuando aparecieron los piratas: dormía acurrucada en la madera de la cubierta. Como si fueran un solo hombre, los pasajeros se reunieron espontáneamente a su alrededor, postrados, gimiendo e implorándole que los amparara. Pero ella se limitó a girarse y siguió durmiendo hecha un ovillo como un gato junto al fuego.

Los piratas estaban tan cerca que ya oíamos sus aullidos, y ella seguía adormecida, ausente y ajena a las peticiones de auxilio. No le afectaban ni las súplicas de los hombres ni las lágrimas de las mujeres ni los lloros de los niños.

Los piratas eran una jauría marina de lo más espantoso. Se situaron en paralelo a nuestro barco blandiendo picas y hachas de abordaje. Llevaban pañuelos y turbantes, pero iban medio desnudos. Aullaban como lobos para intimidarnos. Debo decirte que en ese momento me sorprendió que lo feroz estuviera tan cerca de lo libidinoso, como si para esos bandidos el asalto armado fuera una especie de cópula violenta. Me dije que para las personas como ellos la cópula no debía de ser más que un abordaje carnal. Comprendí que estaba todo perdido. Pensarás, querida Proserpina, que, como yo era el pasajero más rico, era también el que tenía la vida más preservada, ya que los piratas preferirían cobrar un rescate por mí antes que quitarme la vida. Y así habría sido si mi padre no hubiera sido quien era: no, el hijo de Marco Tulio Cicerón no podía sufrir la humillación de la rendición y la captura, y menos a manos de gente tan inferior. Antes, la

muerte.

Toda tragedia tiene su contrapunto cómico, porque, a pesar de mi desesperado furor, no era lo bastante valiente para clavarme la espada, así que entregué el mango a Servus, con la punta contra mi pecho, y clamé, melodramático:

—¡Mátame! ¡Es la última orden que te doy!

Pero Servus, pausado y prudente, bajó el arma con cuidado.

—Dóminus —dijo—, si quieres clavarte una espada, sería muy conveniente que antes le quitaras la funda. Pero no será necesario, dóminus, no será necesario —añadió enseguida, con mucha calma, antes de que yo hubiera tenido tiempo de digerir el ridículo.

Porque cuando ya nos creíamos perdidos, sucedió. Sitir se desperezó con gestos de gatito que ha dormido demasiado, estirando brazos y piernas al límite de sus tendones. Entonces dio tres zancadas rápidas y se subió a la barandilla de la borda agarrándose con una mano al cordaje.

Toda su esplendorosa y musculada desnudez se exponía allí arriba, casi como si flotara en el aire. Los pasajeros le veíamos la gran × de la espalda, y los piratas, la que le cruzaba el pecho. Y de repente enmudecieron.

El griterío salvaje se apagó de golpe, asfixiado. No apartaban los ojos de la gran aspa, con una expresión de desconcierto que incluso podría haber hecho reír.

Nunca he visto un timón girar más deprisa. Su nave viró en redondo y se alejó de nosotros. Todo el mundo estalló en un clamor de alegría. Pero el aspa les infundía tanto respeto que no se atrevieron a abrazarla, ni siquiera a darle palmadas en los pies.

Y bueno, Proserpina, ¿sabes qué hizo Sitir? Nada. Volvió a acurrucarse en un rincón seco de la popa. Con esa carne joven y resplandeciente al sol, como si se la hubiera untado con aceite, y esa piel pálida parecía un feto de delfín.

Al poco rato desembarcamos en el puerto de Útica.

3

Debe de haber pocos lugares en el mundo más feos y apestosos que Útica. Durante el trayecto entre los muelles y la residencia del propretor, solo me asaltaba una pregunta: ¿por qué en Útica proliferaba el doble de moscas que en el resto del mundo?

Las calles por las que transitábamos nos hablaban de una ciudad provinciana, sucia y sin interés. Pero estaba cansado de ver agua por todas partes, y antes de presentarme ante el gobernador quería hacer un alto para remojar la garganta y comer algo más suculento que las raciones de la nave.

Entramos en la taberna más digna que supimos encontrar, que no pasaba de tugurio oscuro. Y cuando digo «entramos» me refiero a Servus y a mí, porque a Sitir simplemente no le plació y siguió su camino, vete a saber adónde. A esas alturas ya me constaba que mi autoridad sobre el aspa era puramente nominal, así que tiré de ironía suburriana.

—Al menos podrías decirnos dónde pararás —grité mientras se alejaba—. Básicamente para que te avisen si sufro algún asalto mortal.

No se dignó ni a girar la cabeza.

—Dóminus, no te preocupes —me consoló Servus—. Si la necesitas, acudirá.

Incluso dentro de una taberna, Útica nos hacía saber que era una ciudad de provincias, vulgar y destemplada. El plato más exquisito que me sirvieron fueron unas codornices en escabeche, y muy mal cocinadas. Mientras comía, además, un muchacho me ofreció sus servicios de sodomita, y para siempre. ¡Quería regalarme la propiedad sobre su persona! Como lo desprecié, intentó birlarme la bolsa. Servus, atento, pegó un grito, entraron los cinco porteadores de la lectica y lo agarraron. Toleré que lo apalearan un poco. Después, sin dejar de comer codornices y beber vino malo, como no tenía

nada mejor que hacer, mantuve un breve diálogo con él.

—¿Cómo te llamas?

—Qal.

Tenía el pelo muy fino y negro, como los ojos, y la piel del color del barro. Parecía una de esas caricaturas de los pergaminos egipcios.

—En tu lugar, Qal, cambiaría de oficio; como ladrón te apalean, y como sodomita te ignoran —le dije.

—En realidad soy pastor, pero perdí el rebaño —me explicó.

—¿Cómo puede un pastor perder un rebaño entero? —se interesó Servus.

—Huyó.

—¿Huir? —dije yo—. Si los corderos huyeron de ti es que tampoco servías como pastor.

—¡Déjame ser servus tuyo! —exclamó de repente, volviendo a su oferta inicial—. ¡Dóminus! ¡Quiero que seas mi dóminus!

—¿Por qué quieres perder tu libertad? —pregunté con un interés fugaz.

—¡Para salir de África!

—Lárgate.

Entonces vivimos una escena destacable, sobre todo por imprevista: Qal cayó de rodillas llorando y gimiendo, y me besó los pies.

—¡Dóminus, dóminus! —gritaba—. ¡Vuelve a Roma y embárcame contigo! ¡Huye de Útica! ¡Tú no sabes lo que está pasando aquí!

Los cinco porteadores lo alejaron de las proximidades de mi cuerpo a palos. «¡Oh, tiempos, oh, costumbres!», que diría mi padre. En el mundo romano había desposeídos tan desposeídos que para ellos la libertad era una carga. Pero la pasión inesperada de ese chico moreno y la sinceridad de sus aspavientos me conmovieron. ¿Qué le producía ese terror? Me fijé en él antes de que saliera: lo único que tenía en este mundo eran unos labios carnosos y un taparrabos deshilachado que apenas le cubría un palmo del cuerpo a la altura de los genitales. Casi me dio pena.

Poco después me presenté ante el gobernador provincial, el propretor Silo Nurcio. No será necesario que te diga,

Proserpina, que el nombre de Cicerón abría muchas puertas: Nurcio me abrazó como si fuéramos familia y, como muestra de deferencia, me atendió en las habitaciones privadas del edificio.

—Ante todo —proclamó en cuanto estuvimos acomodados— quiero que transmitas a tu padre mi más efusiva enhorabuena por haber salvado la República y por su gran victoria en Pistoia.

Por lo que respecta al relato de la confabulación de Catilina, la figura de mi padre había adquirido tanto protagonismo que Nurcio creía que Cicerón en persona había dirigido las tropas en la batalla. Mi padre me había enseñado a amar la verdad, así que repliqué amablemente:

—Creo, propretor Nurcio, que la distancia tergiversa los hechos.

Y le hice un resumen más exacto de los acontecimientos que en modo alguno disminuía los méritos de mi padre. Después abordamos la cuestión que me había llevado hasta África: le pregunté sobre la mantícora y los rumores al respecto. Y aquí Nurcio manifestó una sorpresa de lo más genuina.

—¿Una mantícora? ¿Aquí, en mi provincia? —dijo—. Mira por dónde, eres tú el que me da la primera noticia. Esto es África, aquí pueden encontrarse todo tipo de animales extraños. Pero ¿una mantícora? ¿Y por qué debería ser tan importante ese bicho en concreto?

—Bueno —me defendí—, según todos los mitos y leyendas, la aparición de una mantícora anuncia el fin de un gran poder político.

—Pero los mitos y leyendas no son más que eso, mitos y leyendas que la razón humana tolera para su disfrute y distracción, no porque sean verídicos.

No podía contradecirlo por un motivo de lo más simple: estaba perfectamente de acuerdo con él.

—¿Estás seguro de que ha aparecido un animalillo de esos? —insistió él por pura cortesía—. ¿Y en mi provincia?

—Mi padre está convencido de que lo han informado bien.

—Verás, Marco —me dijo, indulgente, y me devolvió mi apreciación de hacía un momento—: a veces la distancia distorsiona los hechos.

Y aquí acabó básicamente nuestra reunión.

Nurcio insistió en que me alojara en una lujosa villa de su propiedad, a las afueras de Útica. Acepté. Gracias a los porteadores de la lectica, realmente bien adiestrados, llegamos enseguida.

Era como todas las villas romanas, una gran casa de campo rodeada de olivos y sembrados de trigo, pero más lujosa y magnificente. Nurcio apenas la utilizaba. Solo para alguna fiesta o ceremonia privada, o para alojar a invitados de honor. Como yo.

Esa noche, mientras cenaba, apareció Sitir. No había tenido ningún problema para localizarme. Ni para acceder al comedor y llegar hasta mí. Como es natural, Nurcio había dispuesto un par de guardias a la entrada de la villa para garantizar la seguridad del hijo de Cicerón, pero ninguno de ellos tuvo el valor de prohibir el paso a un aspa.

Sitir entró sin saludar ni anunciarse. Sin abrir la boca, de hecho. Se arrodilló delante de la mesita, llena a rebosar de manjares exquisitos, y se sirvió libremente, sin pedirme permiso.

—¡Oh! No te prives de nada, amiga Sitir —ironicé—; come y bebe cuanto quieras.

Servus, atento a mi comodidad y dignidad, quiso tranquilizarme.

—Los aspa son hombres y mujeres libres, y en puridad ciudadanos de todas las ciudades, porque en todas partes son bienvenidos. No es ningún deshonor que cene contigo.

Pero esa noche lo que menos me preocupaba eran las cuestiones ceremoniales. Servus lo notó.

—Y bien, dóminus, ¿qué piensas hacer?

—Volver a Roma, naturalmente —contesté—. El gobernador en persona desmiente la noticia sobre la mantícora. ¿Y qué voz podría encontrar más acreditada que la suya?

—Si vuelves tan pronto, tu padre tal vez considere que no has puesto celo suficiente en la misión que te ha encargado.

No me gustaba nada que un esclavo se tomara la libertad de opinar y aconsejarme sin permiso y como si fuera mi igual.

Cambié de tono.

—¿Sabes qué lema aplica mi amigo Gneus Ricitos a los servus que hablan demasiado?: «El pene amansa más que el látigo». Él opina que a los esclavos deslenguados hay que sodomizarlos en público, para que aprendan. ¿Es esto lo que quieres?

—Dóminus, toda Roma conoce el pensamiento de tu padre —se defendió él.

Aquí, Proserpina, para que entiendas lo que intentaba decirme Servus, debería contarte un par de cosas sobre el régimen de gobierno provincial.

Cuando a un magistrado se le adjudicaba una provincia para que la gobernara, toda su voluntad se centraba en un objetivo, y solo uno: saquear todo lo que pudiera, desde el primer día en el ejercicio de sus funciones hasta el último. Nueve de cada diez gobernadores provinciales no eran más que magnos lobos con forma humana, que utilizaban todo el poder que les confería el Senado para extraer hasta la última moneda a los infelices provincianos. ¿Que si Roma escogía como gobernantes a los peores hombres de su especie? No, no era eso. Y aquí es donde yo discrepaba del diagnóstico que hacía mi padre. Para Cicerón, el problema era la virtud, o la falta de virtud, de los grandes hombres; desde mi punto de vista, la causa del mal era el sistema de gobierno.

Cuando la República empezó a conquistar territorios y a enviar procónsules y propretores para administrarlos, estos tardaron muy poco en descubrir lo que era evidente: que, como principal autoridad local que eran, podían hacer prácticamente lo que quisieran. Y me refiero al expolio más premeditado, intensivo y perverso del que la madre Historia haya sido nunca testigo.

En teoría había mil leyes en vigor pensadas para moderar los excesos de los gobernadores. Pero, como bien decía mi padre, «cuanto más corrupto es un Estado, más leyes decreta contra la corrupción». Te resumiré, Proserpina, la esencia del sistema. El Senado adjudicaba a los gobernadores provinciales dos grandes misiones: mantener el orden público y obtener una determinada suma anual en impuestos. ¿Cuál era la trampa? Que si el gobernador obtenía más dinero, nadie le preguntaba por la diferencia, que iba a sus bolsillos

particulares. A su vez, los gobernadores delegaban la función recaudatoria en empresas privadas: los publicanos, que iban a comisión.

No puedes ni imaginar, Proserpina, la voracidad fiscal de los publicanos. Estaban apoyados por la fuerza armada de Roma, y para obtener el máximo beneficio exprimían a ricos y pobres, foros y municipios, sin dejar impune ningún sitio, civil o sagrado. Inventaban impuestos y exacciones de mil tipos, y el que no pagaba era brutalmente azotado y reducido a la esclavitud. Él y toda su familia hasta el tercer grado. Lo habitual era que los gobernadores desempeñaran el cargo durante cinco años, y cada día de ese mandato exigían a los publicanos más ingresos que el anterior, con una única y obsesiva meta en mente: volver a Roma lo más ricos posible, aunque detrás dejaran un auténtico desierto, una provincia tan arruinada y devastada como si hubiera transitado por ella un ejército bárbaro. Pero ¿qué digo? Puedo asegurarte, Proserpina, que todo provinciano que hubiera tenido que elegir entre un procónsul con sus publicanos y una horda escita, habría elegido a los escitas, fueran como fuesen. Dinero, dinero y más dinero… Cuando llegó el Fin del Mundo, el dinero ya había carcomido el principio y el alma civilizadores.

Cuando los gobernadores volvían a Roma, al final de su mandato, no era infrecuente que se enfrentaran a causas por corrupción ante el Senado. Aquí permíteme, Proserpina, que aclare la cuestión: estas causas judiciales no estaban impulsadas por el afán de justicia —¡en absoluto!—, sino por el lucro. Los enemigos políticos del encausado aspiraban al cargo que este había dejado vacante, y por eso intentaban denigrarlo todo lo posible y presentarse como una alternativa virtuosa a su predecesor. Pero mi padre me contaba que en esos casos no era nada raro que el acusador, mientras ponía el pleito contra el exgobernador, estuviera ya contratando los servicios de los mismos publicanos que habían trabajado a las órdenes del acusado. En cualquier caso, normalmente el antiguo gobernador, gracias a la fortuna que había amasado en la provincia saqueada, se libraba del castigo sobornando a los senadores que debían juzgarlo.

¡Senadores! ¡Los nobilísimos y adustos descendientes de los

primigenios padres de la patria! ¡Mira cómo me río, Proserpina! ¡Ja! ¡Y más ja! En Roma siempre se ponían como ejemplo de corrupción máxima las antiguas satrapías asiáticas. Puedo asegurarte, querida Proserpina, que el peor de los sátrapas orientales no daría crédito a los desaforados niveles de insania de espíritu, putrescencia y depravación moral que imperaban en el Senado de Roma. «Llego a la ciudad más grande del universo —dijo uno de nuestros enemigos cuando vino a visitarnos—, y en toda esta fenomenal urbe no hay ni un hombre, ni uno solo, que no esté en venta». De acuerdo, quizá no había conocido a mi padre. Pero el sentido de la afirmación era correcto.

Y en resumen, querida Proserpina, así se administraba el mundo romano, mi mundo, justo antes del Fin del Mundo. El saqueo como norma; la hipocresía como estandarte.

Pero volvamos a mi cena africana, a la villa de las afueras de Útica.

—Ya lo sé: el gobernador Nurcio es un degenerado, no mucho mejor que Catilina —admití a Servus—. Aun así, esto no tiene nada que ver con el asunto de la mantícora. Si hubiera aparecido un monstruo así, él lo sabría.

—Los patricios viven en un mundo diferente del de la plebe —alegó él—. A los nobles os pasan inadvertidas muchas cosas que para la gente inferior son habituales y comunes.

—¿A qué te refieres?

—Tú, por ejemplo, no creías en los aspa. Y mira, estás cenando con una.

Tenía razón: en el otro extremo del triclinio, Sitir comía, sentada en el suelo y masticando lentamente, como si no nos oyera.

Servus tenía una mente ágil y preclara. Y aunque demasiado a menudo rozaba la insolencia, yo no quería desaprovechar su buen criterio. En la sala había un par de servus de la casa de Nurcio, ahora dedicados a mi bienestar. Me dirigí a ellos:

—A ver, vosotros —les dije—. ¿Habéis oído hablar alguna vez de una bestia mítica llamada mantícora?

Yo esperaba que manifestaran una ignorancia total, y así desacreditaría el razonamiento de Servus. Pero, para mi sorpresa, la respuesta de ambos, y casi a la vez, fue:

—¡Oh, claro que sí, dóminus!

Uno de ellos añadió:

—Todo el mundo sabe que un chico vio una mantícora no hace mucho.

—Fue en el sur, dóminus, en el desierto —precisó el otro.

—¿En el desierto?

—Aquí consideramos «desierto» todo erial deshabitado fuera de la ciudad —me aclaró—. Una bestia abominable de cuatro patas, cuerpo negro y cabeza de hombre. Y por piel, escamas de serpiente. Y tres hileras de colmillos en la boca.

Por un momento, atónito, no supe qué decir. Me molestaba que Servus tuviera razón. Pero contraataqué.

—¡Disparates y tonterías! —exclamé, y me dirigí a los dos servus de Nurcio—. A ver, ese chico que vio la mantícora… es amigo de un amigo, ¿no? Típico de los rumores. ¡Todo el mundo habla del testimonio, pero nadie conoce al testigo! Sí, los rumores son como una fuente. Todo el mundo bebe, pero nadie sabe decir de dónde brota el agua.

Aquí intervino Servus. Se dirigió a los dos esclavos con una pregunta muy sencilla:

—¿Es así?

—Todo el mundo conoce al chico que vio la mantícora —me contradijeron los servus, para mi ridículo—. La visión lo horrorizó tanto que huyó de aquella región, pies para qué os quiero, y desde ese día ronda por el puerto. Es un pastor muy jovencito que se llama Qal.

—¡Qal! —salté yo.

—A lo mejor no fue tan casual que nos abordara —dijo Servus—. Recuerda, dóminus, que busca a viajeros para embarcarse con ellos y huir de África. Fuera lo que fuese lo que vio en el desierto, está aterrorizado.

Me hice una reflexión rápida: no perdía nada interrogando más a fondo a ese andrajoso. Señalé a Sitir.

—Tú, ve al puerto, o a las tabernas del puerto, busca a ese Qal y tráemelo.

Su respuesta fue tan clara como lacónica:

—No.

—¿Cómo que no? —me sulfuré—. ¿Por qué no?

—Porque él no te ha hecho ningún daño, pollito, y tú no quieres ningún bien para él.

—¡Ni me acatas ni me obedeces! —bramé—. ¡Espero que algún día pueda entender qué haces conmigo!

—Quizá algún día —dijo ella, indiferente, sin mirarme ni dejar de masticar.

—Dóminus —intervino Servus, conciliador—, este par de servus de la casa lo conocen bien, a él y los tugurios que frecuenta. Quizá sería más práctico enviarlos a ellos.

—Id y volved con Qal, a las buenas o por fuerza —les dije —, y sabréis lo generoso que puede llegar a ser un Tulio.

Después me lamenté.

—¡No puedo fiarme de los ricos y poderosos, porque son unos corruptos mentirosos, ni de los pobres y débiles, porque son unos crédulos cretinos! Así pues, ¿en quién puedo confiar? ¡Extraña situación la mía, sin amigos ni enemigos! ¡Fuera todos de la estancia! —bramé—. ¡Dejadme solo!

Esa noche toleré que mi cuerpo se sometiera al vino africano, famoso por ser demasiado fuerte. Estaba en el extranjero, apático y aburrido. Y como no tenía cerca a ningún enemigo del que protegerme, ni a ningún amigo que me contuviera, me emborraché como la boca de Baco.

Borracho, maldije la República y el Senado. Y a mi padre y sus absurdas teorías políticas. Por un lado, era el hombre más lúcido y veía el inmenso desastre en el que se había convertido la autoridad romana sobre el mundo; por el otro, propugnaba la solución más ingenua imaginable: una República en la que el gobierno estuviera reservado a un selecto grupo de espíritus virtuosos. ¿Lo has oído bien, Proserpina? ¡El remedio que Cicerón promulgaba era un gobierno platónico! ¡Qué fenomenal tontería! Y yo me preguntaba: ¿cómo podía una criatura humana ser tan inteligente y a la vez tan cándida?

Porque debes saber, Proserpina, que yo había discutido esa cuestión con mi padre mil veces, y no había nada que hacer. Él, que antes de partir me había dado un discurso sobre Catilina y su incapacidad para cambiar, él, precisamente él, nunca cambiaría. Por más que Cicerón criticara las instituciones romanas, nunca emprendería una reforma profunda de esas instituciones. ¿Y sabes por qué, querida Proserpina? Porque él, por mucho que criticara el Senado, paradójicamente había acabado convirtiéndose, gracias a sus

éxitos, en una institución romana. En el fondo, él era el monolito más inamovible. Él era Roma.

¿Y yo? Mi padre habría podido cambiar Roma, pero no quería. Yo quería, pero no podía. Ya sabemos qué me lo impedía: mi profunda y sustancial cobardía, tanto de cuerpo como de espíritu. Creo, Proserpina, que la causa última de mi miedo real no eran los pozos profundos y los cortes de los hierros, sino Roma, el Senado y, más aún, mi padre. Me sentía incapaz de replicar ni la más insensata de las órdenes paternas: la que me había llevado hasta un rincón perdido de África. Y por eso estaba tan lejos de casa, y tan borracho.

¡Oh, Proserpina, amiga mía! ¡Cuánto me odié esa noche, en Útica! ¡Y qué inmensidad de vino consumí! Había ordenado a todo el mundo que me dejaran solo, pero un patricio nunca está solo, no se le permite. Cuando caí al suelo, medio desmayado, con hilos de baba resbalándome por las comisuras de los labios, vinieron a recogerme. Los cinco porteadores de la lectica, y Servus dirigiéndolos. Recuerdo que, mientras un montón de manos me levantaban y me transportaban a la cama, yo insultaba y maldecía a mi padre, a los senadores y a todo el mundo; incluso las tetas de la loba que había amamantado a los fundadores de Roma.

Y entonces, Proserpina, oí esas palabras.

Mientras me llevaban, Servus hablaba a los cinco esclavos. Creía que yo estaba tan borracho que había perdido la conciencia y el oído. Pero, entre los efluvios de alcohol, oí, y entendí, unas palabras que me pusieron en alerta. La voz de Servus decía a los demás:

—¿Es que no lo oís? Incluso este mocoso petulante, que es uno de ellos, lo admite: ¡Roma es el mal, ellos son el mal! ¡Los patricios son el enemigo! ¡Roma, Roma, Roma!

Al día siguiente me sentía como si mil tambores escitas repicaran dentro de mi cabeza. Demasiado vino. Recordaba perfectamente lo que le había oído decir a Servus, pero no lo mencioné. Porque me dolía demasiado la cabeza y porque enseguida apareció un asunto más importante: Qal.

Habían encontrado al chico la noche anterior, pero habían preferido no perturbar mi descanso nocturno. Y habían hecho

bien. Yo estaba de muy mal humor, y cuando trajeron al chiquillo a mi presencia, no fui precisamente amable: le exigí que me contara todo lo que sabía de la mantícora, el encontronazo que había tenido con el monstruo y cualquier detalle útil. He aquí, querida Proserpina, la versión de los hechos según Qal.

Qal era un pastorcillo misérrimo. Se ocupaba de un rebaño muy pobre en los secarrales del sur de Útica. El pasto era una tierra árida de color ocre, agreste y casi yerma. Las cabras eran el único ganado que prosperaba entre la triste vegetación de ese paraje, cuatro hierbas y unos cuantos arbustos espinosos.

Lo único que daba beneficios en esa región estéril era una mina excavada más allá de los límites de la civilización humana. Al estar en un lugar tan remoto, los plebeyos que la gestionaban le compraban leche y carne de cabra a Qal, que vivía en una choza de adobe cercana, donde también elaboraba unos quesos pésimos.

Todo empezó un día cualquiera. Qal estaba sentado bajo una acacia, contemplando aburrido las cabras, que pastaban, cuando le pareció oír un ruido distante. Una extraña mezcla de sonidos. Un movimiento de grava acompañado de unos ruidos de succión. «De muchas narices de toros soplando arena», dijo él. No supo precisar su origen, el rumor era lejano y no le dio más importancia.

Pero al día siguiente el fenómeno se repitió. Esta vez el sonido era más nítido, más fuerte y más cercano. Las cabras se mostraban inquietas. Qal, que como todos los pastores tenía poco que hacer, quiso indagar la fuente de esos ruidos misteriosos. Mientras deambulaba por el paisaje reseco, por un momento experimentó una sensación curiosa: que los sonidos provenían del subsuelo. Incluso se arrodilló y pegó la oreja al suelo. Y sí: aquel rumor incalificable llegaba de algún sitio allí abajo. A medida que iba avanzando el día, las cabras parecían cada vez más inquietas.

Y el tercer día apareció. El monstruo. La mantícora.

Primero fue la niebla azul. Qal estaba en el campo, con las cabras, cuando de algún lugar salió un vapor nebuloso y pestilente, azulado, que se extendía a ras del suelo y apestaba a azufre quemado. El rebaño, muy alterado, tuvo una

reacción insólita: las cabras, los animales más gregarios del mundo, huyeron cada una por su cuenta, tan cerval era el miedo que las agitaba.

Qal intentó contener la desbandada con el cayado, pero no lo consiguió. Dice mucho de la rectitud de Qal (y muy poco de su inteligencia) que en lugar de sumarse a la fuga de los animales optara por seguir la dirección contraria, es decir, hacia el núcleo de esa neblina siniestra y azulada.

Al acercarse, el joven descubrió que no se trataba de una nube baja, sino de gases que salían de la tierra. Para ser exactos, de un agujero no mucho mayor que un pozo de dimensiones normales. Se acercó, curioso e imprudente. Al principio no vio nada. Solo un agujero oscuro y sin fondo. Metió más la cabeza. Y a punto estuvo de ser el último movimiento de su vida.

Un rostro, emergiendo de las profundidades. Una cara grisácea, un cráneo alargado y sin pelo. Dos ojos, grandes como puños. Y una boca enorme, larga, armada con tres hileras de dientes afilados. Por instinto, Qal reculó y cayó de espaldas. La bestia emergió toda ella del agujero entre las últimas emanaciones gaseosas. Un cuerpo felino, negro y con escamas. La mantícora dio un salto leonino y se abalanzó sobre el pobre Qal, que no había tenido tiempo de levantarse. Pero el chico no quería morir. Armado con el cayado, le dio un golpe con todas sus fuerzas justo entre los ojos.

El pánico es la fuerza de los desesperados. El golpe había sido tan contundente que la mantícora se dobló de dolor bramando de cólera y fundiéndose entre los vapores azules. El pobre chico aprovechó para correr más deprisa que un Mercurio de cuatro piernas. No miró atrás y no se detuvo hasta que el corazón se le salía por la boca. Cabe suponer que la alocada carrera y el bastón le habían regalado una ventaja sobre la bestia. Qal estaba tan aterrorizado que solo pensaba en huir lejos, muy lejos del Agujero de la Mantícora. A los pocos días llegó a Útica con una única idea en la mente: poner un mar entre él y lo que había visto en el desierto, fuera lo que fuese.

Cuando terminó su relato, nos quedamos todos mudos mirándolo fijamente. Servus, los cinco porteadores y yo. Incluso Sitir Tra, siempre tan displicente, observaba a Qal con

los ojos abiertos y sin parpadeos. Por lo que a mí respecta, no sabía qué pensar. Todo aquello parecía un cuento delirante. Pero, por otra parte, era un chico demasiado simple para inventarse una historia tan compleja. Tamborileé con los dedos en la mesa, pensando.

—Está bien —sentencié por fin—. O existe un monstruo o existe una explicación. Si queremos encontrar cualquiera de las dos cosas, solo tenemos una opción: iremos al sur, a ese lugar, el Agujero de la Mantícora.

—¡Mala decisión tomas, dóminus! —gimió Qal—. El monstruo que se me apareció es obra de algún dios que odia a los hombres. ¡Cada noche sueño con esa boca y esa triple hilera de dientes de tiburón! ¡No vayas, dóminus! ¡Será tu perdición y la de todos los que te acompañen!

—No lo has entendido —lo interrumpí—. Tú irás en cabeza, porque nos harás de guía. ¿Quién si no?

Al oírlo, Qal dio un grito y un bote, ambos espontáneos, y echó a correr hacia la puerta. Fueron necesarias muchas manos para retenerlo. Chillaba, negaba, renegaba y pataleaba como un loco. En el miserable taparrabos que le cubría las partes pudendas apareció una mancha húmeda. Estaba tan alterado que incluso temí que acabara lesionándose. Sitir debió de pensar lo mismo, porque se acercó a él con toda la calma y, con dos dedos de hierro, le presionó la base del cuello. Qal cayó en un desmayo instantáneo y dulce.

—¿Por qué me miráis? —grité—. ¿Tengo que azotaros? ¡En marcha!

Nunca afirmaré que viajar en lectica sea un placer, pero sí que es el menos desagradable de los transportes. Podía tumbarme en un lecho blandísimo mientras los porteadores me llevaban a un paso perfectamente acompasado, tanto si el camino era llano como si era abrupto. El techo me protegía de las inclemencias, y en los laterales tenía unas cortinas de gasa, por si quería filtrar la luz, y otras de lana, más gruesas, por si quería dormir a oscuras. En general solía dejarlas abiertas, aunque ese paisaje rural y provinciano ni me admiraba ni me conmovía. Servus, Sitir y Qal iban a pie, por delante de la lectica.

Qué asco de sitio. Y qué calor. La mejor arma era el abanico. Cuando volviera a Roma, ni siquiera podría contarle a Ricitos que había estado en un desierto de verdad, con dunas y palmeras. No. Los servus del gobernador ya me habían advertido que los autóctonos llamaban «desierto» a cualquier paisaje que no fuera una ciudad, y aquello no tenía ningún encanto ni se parecía remotamente a lo que los romanos entendíamos por un auténtico desierto. Allí solo había espinas, sequedad, plantas sin flores y cauces de arroyos muertos.

—Ya sé lo que estás pensando —le grité a Qal desde las cómodas alturas de la lectica—: huir de mí a la menor oportunidad. Pero mira a quién tienes al lado: un aspa. Si te escapas, la enviaré a atraparte. Y ya sabes cómo son los aspa: infatigables e invencibles como Aquiles. Y además pueden oler el miedo a más distancia que cualquier lobo. Te pillará y te traerá ante mí. Y te lo advierto: haré que te corten un dedo del pie por cada intento de fuga.

En ese camino africano castigado por el sol, el cuerpo desnudo de Sitir brillaba aún más: la musculatura nervuda, tensa como el cuero de un tambor, y los glúteos duros como el mármol.

Así avanzábamos, sin novedades, cuando llegamos a un cruce. El propio Qal nos hizo saber que el desvío a mano izquierda llevaba directamente a Cartago. ¡Cartago! Todo escolar romano había oído mil historias de esa ciudad, de sus grandes personajes y su terrible final. No hacía ni dos generaciones que los habíamos exterminado, y no pude resistir la tentación de hacer una visita fugaz a las ruinas. Me dije que así, al menos, podría contarle algo a Ricitos cuando volviera a Roma.

Llegamos, pues, a los restos de la antigua ciudad de Cartago. Los únicos habitantes que salieron a recibirnos fueron unos cuantos perros desconfiados y esqueléticos que caminaban con el hocico bajo. Yo quería adentrarme solo. Por eso, cuando me di cuenta de que Sitir me seguía, quise detenerla.

—No hace falta que vengas. Aquí dentro la única amenaza con la que podría encontrarme son los lémures de los cartagineses, y no creo en ellos.

Para los romanos, Proserpina, los lémures eran los fantasmas de los antepasados. Pero si Sitir quería entrar en Cartago no era para garantizar mi seguridad.

—No voy por ti, pollito, sino por mí.

Ella también quería contemplar el espectáculo de una inmensa urbe en ruinas, así que nos adentramos juntos.

Hacía casi un siglo que Cartago era un cadáver urbano. Recorrí sus calles muertas con la intención de gozar y sufrir con esa visión. Sitir y yo ascendimos por avenidas espectralmente desiertas; circulábamos entre ruinas y más ruinas de piedras blanquecinas como leche agria. Llegamos al punto más alto, la colina donde se erigía el templo a su dios superior, Baal. Solo quedaban unas cuantas columnas desnudas, mutiladas, sin techo alguno que aguantar. Miramos en dirección al mar. Incluso un siglo después, todavía podía distinguirse la forma circular, artificial, de su famoso puerto. Pero eso era todo. Y lo más terrible fue cuando giramos para mirar tierra adentro: ruinas, y ruinas, y más ruinas, casi hasta el horizonte.

Es imposible, querida Proserpina, que te describa aquí todo el pesar y la aflicción que me causaron los restos de Cartago. Allí estábamos, en el centro de lo que un día había sido una metrópoli grandiosa, ahora convertida en un inmensísimo cementerio de piedras. La destrucción había sido absoluta, radical. No se mantenían en pie ni las paredes más gruesas de los templos más altos. No había sobrevivido tejado alguno. Solo quedaba la base de los edificios, miles de paredes desmoronadas y montañas de escombros. Y el silencio. No oíamos pájaros, ni siquiera insectos. En los restos pétreos siempre viven lagartos y otros animales pequeños. En Cartago, ni eso. Ninguna vida se movía ni se expresaba. Me dio un escalofrío. A Sitir también: con ese cuerpo tan lampiño era fácil ver cómo se le erizaban todos los poros de la piel.

El puerto era una bahía natural que no podía compararse con ninguna otra. Por eso, poco después de la destrucción de la ciudad, el Senado estableció una colonia romana sobre las ruinas, junto a la playa. Cualquiera habría podido entender que no era una buena idea, por tétrica y por sacrílega. Los lémures de los cartagineses acosaron a los nuevos habitantes latinos: los picaban y perseguían abejas invisibles y, por más

líquidos que bebieran, siempre tenían una sed insaciable; la mitad de los niños nacían sin manos o sin pies, y la otra mitad sin párpados. Los colonos no tardaron en abandonar la ciudad con el espíritu desquiciado, y las casas romanas pronto se convirtieron en ruinas indistinguibles de las cartaginesas. De hecho, cuando Sitir y yo contemplamos los restos de la ciudad, fuimos incapaces de diferenciar la parte romana de la púnica. Yo, Proserpina, no creo en los lémures. Pero en este caso sí que creo.

Empezó a caer una lluvia lenta. El sonido de gruesas gotas cayendo sobre minerales calientes y el olor a humedad eran bienvenidos, pero nos afligían. Mojado, el entorno nos parecía un lugar aún más inhóspito, más desvalido, si eso era posible.

Me fijé en que de una montaña de piedras sobresalía el brazo de una estatua. Se alzaba hacia el cielo, como si alguien enterrado implorara rescate; a la mano solo le quedaban tres dedos. Ese brazo era el único signo de vida visible; el único rastro inteligible que las multitudes de Cartago habían dejado atrás. Ellos también habían tenido poetas y juristas, canciones y dramaturgos. Y de todos ellos, de todos esos siglos de historia, ya no quedaba nada. Nada.

Compungido, pesaroso, no soporté mucho rato esa visión de extinción y de olvido. Catilina solo había dejado una montaña de hierro; Cartago, montañas de piedra.

De repente, un sonido, leve como una piada de pajarillo, rompió el ominoso silencio que nos rodeaba: era Sitir, que lloraba en voz muy baja. Recordé que a los aspa los adiestraban para fortalecer el cuerpo y también para agudizar los sentidos y la sensibilidad. Podían percibir las emociones ajenas hasta límites inverosímiles para el resto del género humano. ¿Cómo no iba a sacudirla un espectáculo tan devastador como ese?

Estrechos riachuelos de lágrimas resbalaban por las mejillas de Sitir. Por una vez desde que nos habíamos conocido (¡por lo menos una!), mi alma y la suya, tan diferentes y distantes, comulgaron. Le puse una mano en el hombro.

—Lloras por todas las generaciones de hombres y mujeres que durante tantos siglos de vida en común impregnaron estas ruinas de sentimientos; todavía están ahí y los percibes.

—No —me contradijo ella, tristísima—; lloro,

precisamente, porque ya no las impregnan. Lloro porque no noto nada, no siento nada.

«Lloro porque no siento nada.» Nunca he oído una definición tan perfecta de la muerte.

Nada más salir de Cartago, cuando aún no habíamos dado ni dos pasos fuera de la ciudad de los muertos, volvimos a tropezar de golpe con el ruido y las bajas pasiones de los vivos.

En el punto donde habíamos dejado la lectica nos esperaba un pequeño tumulto: Servus y los cinco porteadores discutiendo a gritos, e incluso a palos, con otro grupo de esclavos igual de numeroso que había aparecido de vete a saber dónde.

El motivo de la disputa era Qal. Los recién llegados querían llevárselo, y mis porteadores querían retenerlo. No por defender al pobre chico de un secuestro, en absoluto, sino porque su obligación era proteger el patrimonio de su amo. Así, el pobre Qal parecía sometido al tormento desmembrador, con muchas manos tirándole de los brazos en direcciones opuestas. ¡Y qué tirones! En realidad era una escena de lo más graciosa, porque, si lo pensábamos bien, el único de los contendientes que no estaba rapado al cero, es decir, el único hombre libre, era el propio Qal. Pero parecía que ese detalle no le importaba a nadie. Y así, una docena de servus estiraban y estrujaban a un hombre libre. ¡Y a qué pasión combativa se entregaban! Te sorprendería, Proserpina, la fidelidad y el vigor con que los esclavos humanos podían defender sus cadenas. O los intereses de sus amos, que venía a ser lo mismo.

Mi aparición (o, mejor dicho, la de un aspa, que intimidaría a una cohorte entera) impuso una tregua entre los contendientes. Pedí que alguien me contara la causa de semejante tumulto, allí, en un camino en medio de la nada.

—Dóminus, estos sinvergüenzas han aparecido por el camino mientras te esperábamos, han visto a Qal y aseguran que pertenece a su amo —respondió Servus.

Pero antes de que yo hubiera podido decir nada, unos y otros reanudaron el griterío, los empujones y los tirones al

pobre Qal. Grité, pero no me hicieron caso. Entonces Sitir entró en acción: levantó los brazos y dio una palmada. Todos se callaron. Me dirigí a los recién llegados en el tono de un juez imparcial.

—¿Conocéis a este muchacho? ¿Es eso cierto?

—¡Naturalmente que sí! Se llama Qal y es un gamberro —aseguraron.

—La cuestión no es si es un gamberro —dije yo—, la cuestión es si pertenece a alguien.

—Ni es esclavo ni es libre.

—Curiosa condición. —Me reí, pero ellos eran demasiado simples para entender la ironía.

—Trabajaba para nuestro amo, Quinto Ergaster, pero huyó ignominiosamente, incumpliendo el contrato al que estaba sujeto.

Por lo que nos dijeron, el tal Ergaster era un centurión licenciado que habitaba una villa al sur. Era la dirección que llevábamos nosotros, así que pensé que la mejor manera de arreglar las cosas era hacerle una visita. Ya decidiría la suerte de Qal cuando me entrevistara con él.

Dicho y hecho. Nuestra comitiva se puso en marcha de nuevo, ahora con el doble de integrantes. Qal, que, por si fuera necesario decirlo, no sentía la menor simpatía por los que se habían añadido a nosotros, caminaba lejos de ellos, junto a la lectica. Yo me reí.

—Tu destino es de lo más cómico: hagas lo que hagas, tu suerte empeora a cada paso que das.

Esta vez su respuesta fue muy agria.

—Ríete. Ríete todo lo que quieras ahora que puedes, que cuando lleguemos al Agujero de la Mantícora se te quitarán las ganas de golpe.

Tardamos dos días en llegar a los dominios del tal Ergaster, siempre avanzando hacia el sur. A diferencia de la lujosa casa en la que nos había alojado Nurcio, pensada para el lucimiento, esta era una villa auténtica y tradicional, una gran casa rodeada de campos de trigo, viñedos y sobre todo olivos, muchos olivos. Los hombres de Ergaster entraron en la villa asegurándonos que enseguida volverían. Aquello no me gustó.

Quinto Ergaster se hacía de rogar. Nuestra pequeña

caravana llevaba rato esperando en el límite exterior del recinto de la villa. Y te confesaré, Proserpina, que mientras duraba esa espera, me inquietaban los temores: lo ignoraba todo de las élites locales. No sabía si se mostrarían hospitalarios conmigo o si los poseería algún furor hostil. En cualquier caso, la incertidumbre no duraría mucho.

Tal como dictaban las antiguas costumbres, salió a recibirnos el propio Quinto Ergaster. ¡Y qué hombre, Proserpina, qué romano!

Ergaster era la senectud personificada. Viejo, muy viejo. ¡Enseguida supimos que había alcanzado la admirable y provecta edad de noventa y cinco años! Estaba sordo de un oído y para andar tenía que apoyarse en un bastón y con el otro brazo en un servus. Aparte de eso, y de unas manchas negras en la piel de la cara y los brazos, tenía la cabeza clara y la mirada corta pero limpia. Nos saludamos.

—Me dicen que tu apellido es Tulio.

A través de ese vozarrón grave y firme todavía hablaba el centurión primípilo que había sido años atrás.

—Sí, señor. Me llamo Marco Tulio, hijo y primogénito de Marco Tulio Cicerón —respondí intentando ser lo más simpático posible.

Me miró como si me juzgara.

—Dime, joven Tulio: ¿eres auténticamente romano? ¿Un verdadero romano de Roma?

—¿Que si soy romano? Mi padre procede de Arpino, cierto, pero yo nací en la Suburra, y todo el mundo sabe que nuestro barrio es más antiguo que la propia Roma.

Y ahí se acabaron sus reticencias: fue oír esa palabra y sentir una oleada de melancolía y emoción.

—¡La Suburra! —El centurión receloso se había convertido en un simple anciano nostálgico—. Dime, joven Tulio, ¿qué hay de nuevo en la vieja Roma?

—Roma ya no es lo que era —dije, no tanto por convicción como por complacerlo.

Él me sorprendió con una observación filosófica.

—Roma nunca fue lo que era.

Y como para desahogarse, le dio un golpe en el lomo a un esclavo con el bastón.

Vino hacia mí, apoyó una mano abierta en mi pecho y

acercó mucho sus ojos defectuosos a los míos para ver mejor mis rasgos faciales. Sonrió. Seríamos amigos.

Ergaster era un soldado viejo y afortunado. ¡Más que viejo! A la tierna edad de ocho años se había sumado al ejército romano que debía destruir Cartago. Para mí, que en ese momento tenía diecisiete, oírlo hablar era como viajar en el tiempo.

Al viejo Ergaster le temblaban una mano y la mandíbula inferior, y ya he dicho que estaba medio ciego. Pero mantenía la mente fresca y un carácter de mil demonios que pagaban sus servus con gritos, insultos y latigazos gratuitos. Tanto era así que me atreví a preguntarle:

—¿Por qué eres tan severo con los esclavos?

—¿Por qué? Son el enemigo —dijo con una sorpresa genuina.

El tiempo, esa dimensión tan huidiza como incomprensible, nos situaba a Ergaster y a mí en dos puntos de vista distintos de la misma realidad. Para mí los autóctonos eran simples provincianos a los que una capa de romanidad había borrado toda identidad propia desde hacía generaciones; para Ergaster, que había combatido contra sus abuelos y tatarabuelos, seguían siendo «cartagineses de la puñeta».

El caso de Ergaster, reclutado con ocho años, no era tan infrecuente como podría parecer: a menudo las legiones adoptaban a niños como mascotas, preferentemente a los hijos más pequeños de las proles más numerosas y pobres de Roma y del Lacio. O sea, hacía más de ochenta y cinco años (¡se decía pronto!) que el viejo Ergaster había salido de Roma, y desde entonces no había vuelto. Gracias a su valor y buen juicio, había alcanzado el grado máximo al que podía aspirar un plebeyo en el ejército: centurión primípilo, es decir, el centurión de la primera centuria, de la primera cohorte, de una legión. Cuando se retiró tenía buenos ahorros que había reunido con su paga y el producto de los saqueos acumulados en treinta campañas, casi todas victoriosas. Se sumaba además la generosidad de la poderosa familia de los Escipiones, de la que siempre se había mantenido cerca. Habían sido ellos los que le habían aconsejado que adquiriera

esa gran finca en el sur de la provincia de África presidida por una villa de estilo romano. Como el hombre nunca había vuelto a Roma, era natural que tuviera esa impaciencia por preguntar por las novedades a los pocos, poquísimos, latinos que recalaban por esa tierra perdida.

Por la noche cenamos al aire libre. Hacía una temperatura agradabilísima y nos habían preparado una mesa bajo una gran parra que trepaba por encima de nuestras cabezas. Ergaster atribuía su increíble longevidad al clima seco de la región.

—En Roma, las miasmas húmedas del Tíber ya me habrían matado.

Pero a mí lo que me interesaba de ese hombre era que había presenciado el fin de Cartago. Le conté mi visita a las ruinas.

—Impresionan, ¿verdad? —dijo—. Pues deberías haber visto esa poderosa urbe todavía viva y armada, cuando la abatimos.

Tenía ante mí a un hombre que probablemente era el último testigo vivo de esa trágica página de la Historia, así que le pregunté por ellos, por los cartagineses; una civilización entera desvanecida en la nada.

—¿Por qué crees que desaparecieron?

—Los mató la arrogancia —fue su respuesta fulminante—. Y cuando digo «arrogancia» me refiero a su incapacidad para adaptarse.

Le pedí que profundizara un poco más.

—Como seguramente sabes, Marco, Roma y Cartago dirimieron sus diferencias en tres cruentas guerras. En la primera teníamos todas las de perder, y te diré por qué. Fue un conflicto por Sicilia y un par de islas, es decir, una guerra marítima. En aquella época Cartago era un auténtico emporio marítimo. Los cartagineses eran descendientes de los fenicios, los mejores navegantes del mundo. Se decía que por las venas no les corría sangre, sino agua salada. Tenían a los mejores marineros y las mejores naves de guerra jamás construidas. ¿Y nosotros? ¿Qué éramos nosotros? Yo te lo diré, Marco Tulio: éramos una tierra de patanes de campo que a duras penas habían visto el mar. ¿Y por qué? Pues porque siempre teníamos la espalda doblada sobre el arado. Como

Cincinato…

»Al principio nos pegaban unas palizas de miedo —siguió Ergaster—. Hundían nuestras flotas como si fueran de juguete. Pero ¿cuál era el valor supremo de Roma? Nuestro carácter. «Lo correcto es aprender aunque sea del enemigo», nos repetían siempre nuestros magistrados…

»En cierta ocasión, una nave púnica encalló en las costas italianas. Nuestros ingenieros no solo la copiaron, sino que superaron el original adaptando los nuevos barcos para que nuestras legiones pudieran abordar las naves enemigas y convertir así las batallas navales en terrestres. ¿Ves lo que te decía? Roma venció porque supo cambiar.

Después de una pausa prosiguió:

—La segunda guerra tuvo un nombre propio: Aníbal. El mejor general de todos los tiempos. Sí, Marco, él. Algunos dicen que fue Alejandro, el macedonio. Falso. Los que defienden la candidatura de Alejandro alegan que su ejército era muy pequeño y que derrotó ejércitos mucho más grandes, muchas veces. Pero olvidan un aspecto importante: que el ejército macedonio era el mejor de su época, y que enfrente solo tenía a los persas, cuyas tropas eran poco más que multitudes de servus armados con escudos de mimbre. En cambio, ¿contra quién luchaba Aníbal? Contra las legiones romanas, el ejército más disciplinado y homogéneo del mundo. Y al frente de la tropa más exótica y mezclada que puedas imaginarte: falanges cartaginesas, caballería númida, infantería hispana, honderos baleares, guerreros celtas y desertores italianos. ¡Más que un ejército parecía una asamblea de naciones! ¿Cómo se las arregló para convertir esa banda díscola en un ejército coordinado y derrotarnos una y otra vez? ¡Por todos los dioses, si se hablaban quince idiomas! Ese tío era un genio de cojones…

»Pero al final vencimos. ¿Sabes cómo, Marco? Cambiando, aprendiendo de él, del propio Aníbal; adoptando sus mismas tácticas y estrategias. En nuestra peor derrota, en Cannas, la caballería púnica rodeó nuestras legiones. Años después, en la derrota final cartaginesa, la caballería romana rodeó el ejército de Aníbal. Nos adaptamos a nuestro enemigo, y lo superamos.

»Y por fin, mucho tiempo después, la tercera guerra.

Cartago había quedado reducida a los dominios de una ciudad costera. Y además habíamos impuesto a los cartagineses un tributo anual de lo más oneroso. Estaban arruinados y reducidos a un territorio diminuto. Pero este no era el problema real de los cartagineses.

—¿Ah, no? —me interesé—. ¿Cuál era?

—Que no habían aprendido nada. Después de dos magnas derrotas seguían sin conocer a su enemigo, Roma. Dime, Marco: ¿cuál es el defecto que más odia un buen romano?

—La arrogancia, sin duda. Ya lo dice nuestro lema: «Humilla al arrogante y apiádate del humillado».

—Exacto. Odiamos al presuntuoso, al soberbio y al fanfarrón. Bien, pues, años después, enviamos una comisión a Cartago a cobrar el último plazo del tributo. La lógica más elemental les ordenaba pagar y callar, y jurar amistad eterna al pueblo y al Senado de Roma. Bien, pues ¿sabes qué hicieron? ¡Todo lo contrario! Orgullosos ellos, mostraron a los comisionados campos de trigo amarillos y prósperos, y los astilleros militares a punto. Mostraron su opulencia y se rieron de Roma. ¡Ellos, a los que habíamos zurrado no una sino dos veces! Simplemente eran así: unos fenicios avariciosos que solo ansiaban riqueza. Creían que quien tiene dinero lo tiene todo y puede vivir tranquilo. ¡Ja! ¿Se puede ser más estúpido?

Antes de continuar tuvo que detenerse a coger aire.

—Los comisionados volvieron a Roma y, como es lógico, contaron al Senado que los púnicos seguían siendo un peligro. Lo que sucedió a continuación era previsible: nosotros ya éramos un poder mundial, y ellos una ciudad africana, muy grande, pero solo una ciudad. Y los aplastamos. ¿De qué les sirvió todo su dinero cuando les llegó el fin del mundo, de su mundo? Ya has visto lo que queda, un montón de piedras blancas.

Sí, un montón de escombros. En eso se convierten, Proserpina, los que se niegan a cambiar. «¡Transfórmate! —le había dicho Cicerón a Catilina—. Deja el vicio y vivirás». Pero Catilina optó por el vicio y murió. «¡Transmútate! —le dijo el mundo a Cartago—. Sé humilde o morirás». Pero Cartago prefirió el dinero a la humildad, y desapareció.

Cuando Ergaster se calló, se hizo un silencio muy largo. En

el cielo, las estrellas también parecían haber escuchado el relato de ese hombre. Le pregunté:

—Y dime, Quinto Ergaster, tú que estabas allí: ¿es cierto lo que dicen de que el último día del asedio apareció una mantícora paseándose ante los muros condenados de Cartago?

Ergaster frunció el ceño y me miró severamente con sus ojos diezmados.

—¿Una mantícora? —exclamó—. ¿Qué mantícora ni qué puñetas?

—Sí, ya me entiendes. Esa bestia mitológica que según dicen anuncia la caída de los reinos más poderosos.

—Mira, Marco —dijo un poco irritado—, yo te diré quién derribó Cartago: los cien mil grandullones que integraban el ejército romano. ¡La peor panda de homicidas que se haya reunido nunca! Sí, yo participé en treinta campañas militares. ¡Treinta! Cada legión, cada campaña, tiene un carácter diferente, como los hombres. Y nunca, nunca, he vuelto a ver un ejército tan ansioso por matar como el que Roma envió a Cartago. Incluso, todavía hoy, me siento un poco culpable por lo que hicimos… Pero ¡se lo habían buscado esos púnicos fanfarrones! No, yo no vi ninguna mantícora, ni recuerdo que nadie dijera que había visto una.

Aspiró el aire fresco de la noche. A nuestro alrededor cantaban legiones invisibles de grillos. La mirada medio ciega de Ergaster retrocedió cada vez más en el pasado, cada vez más, rememorando la gran tragedia.

—Me adoptó Escipión Emiliano en persona, el destructor de Cartago. En su tienda siempre tenía dos monitos y a mí, el pequeño Quinto Ergaster. Siempre se refería a sus «tres monitos». Yo era el tercero, claro. Éramos su única distracción y alegría.

Aquella descripción podía interpretarse de muchas maneras, pero me callé, por supuesto. Él continuó.

—Sí, Emiliano solo era feliz jugando con nosotros —rememoró—. Porque esa campaña fue un horror, joven Marco, un horror sin gloria. Cinco años de asedio. Medio millón de muertos. ¿Eres consciente de la barbaridad que puede ocultar una simple cifra? ¡Medio millón de seres humanos asesinados! Al final solo perdonamos la vida a unos

cincuenta mil desgraciados, o menos. Y los esclavizamos, claro.

Hizo una pausa. Yo la aproveché para resolver una duda que me había atormentado durante mis estudios: todos los estudiantes romanos debíamos aprender de memoria las palabras que Escipión pronunció ante la Cartago incendiada. Nos hacían escribir redacciones y elaborar discursos reflexionando sobre el sentido profundo de ese gran momento. Por eso aproveché la ocasión para preguntar a Ergaster:

—Por favor, Quinto, resuélveme una duda: ¿es cierto que Escipión Emiliano pronunció aquellas palabras mientras las legiones saqueaban Cartago, o es una fabulación posterior?

—¡Por supuesto que las pronunció! —bramó su vozarrón marcial—. Entiendo que lo dudes, porque la mayoría de los historiadores suelen ser dramaturgos frustrados. Pero por una vez las crónicas no mienten. Lo sé porque yo estaba allí. Justo a su lado. Estábamos en un punto elevado desde donde podíamos ver perfectamente los mil incendios y oír el millón de gritos; gritos de hombres, de mujeres, de niños… Sí, una ciudad inmensa, toda ella convertida en pira funeraria. Emiliano tenía los ojos encendidos como brasas, de la emoción. Y entonces lo dijo, rodeado por sus oficiales y amigos. Declamó los famosos versos de Homero: «Llegará un día en que la sagrada Ilión perecerá, mientras la contempla el grandísimo viajero». Y lloró. Te lo aseguro: Escipión lloró como un niño.

»Entre los optimates que lo acompañaban había un cronista, un tal Plutarco. Extrañado al ver en el rostro del vencedor lágrimas desoladas, le preguntó: «Amigo mío, hoy es el día de la victoria: ¿a qué vienen esos versos y esa tristeza líquida que te corre por las mejillas?». Y la respuesta de Emiliano fue: «Porque temo que algún día alguien contemple Roma como yo estoy contemplando hoy la caída y destrucción de Cartago».

Ergaster golpeó el suelo con su bastón y se hizo el silencio. Incluso los grillos nocturnos se callaron.

(De acuerdo, todos los grillos quizá no. Tolera, Proserpina, alguna figura retórica en esta larga oración que te dirijo.)

4

Al día siguiente, de buena mañana, proseguimos nuestro viaje hacia el sur. Ergaster, hospitalario como un Filemón, madrugó aún más que nosotros para poder despedirse, como dictaban las viejas costumbres. Cuando hubimos desayunado, y mientras los servus terminaban de preparar la lectica y el equipaje, me abrazó y habló así:

—Te lo dije anoche y ahora te lo repito: te desaconsejo vivamente que vayas más al sur. Mi villa es la última puerta humana. De ahora en adelante no verás ningún olivo plantado. A partir de aquí ya no hay gente civilizada. Peor aún: solo hay una mezquina mina de plata que sufre un goteo continuo de esclavos que huyen y que después se unen a bandas de asesinos. Pululan por los eriales, enloquecidos de hambre, odio y desesperación. Apuñalarían a su madre por un bocado de pan, y hay más que moscas en el culo de una mula. Marco Tulio —concluyó moviendo la cabeza—, quizá crees que tu elevado linaje te protege la vida. Y, ciertamente, cualquier asaltante te apreciaría por lo que vales y antes de herirte un dedo te canjearía por un buen rescate. Pero esta chusma púnica es diferente. Se han vuelto tan salvajes que se han asimilado a las fieras con las que conviven. No conocen los usos comunes, ni siquiera los del bandidaje, y cuando atrapan a un incauto se limitan a robarle, desnudarlo, apuñalarlo y enterrarlo vivo. Su cabecilla se llama Torques y es el terror de los desiertos.

¡El tal Torques apuñalaba y enterraba a la gente viva! O sea, puñales y profundidades, ¡mis terrores predilectos! Lo cierto es que oír a Ergaster no me animaba a seguir mi viaje tierra adentro. Pero aunque su argumento estaba lleno de lógica, mi réplica también lo estuvo.

—¿Crees que en Útica no nos hablaron de Torques y de esa cohorte de bandidos que campan por estas tierras desoladas?

—Suspiré, resignado—. Pero mi padre es Marco Tulio Cicerón. Un hombre como él simplemente no admitiría que su hijo se echara atrás por miedo a un puñado de salteadores de caminos.

Un hombre como Ergaster podía entender mi razonamiento. Sus brazos viejos y escuálidos me dieron un segundo abrazo, aún más intenso y cariñoso que el primero. El afecto mutuo que había surgido entre nosotros, su relato sobre Cartago y la fatalidad que cae sobre los hombres y las polis que no cambian casi habían eclipsado el motivo que me había llevado hasta los dominios de Ergaster: Qal.

Pedí que lo trajeran y los esclavos de la villa lo obligaron a postrarse a nuestros pies.

—Tengo entendido que conoces a este granuja —le dije a mi anfitrión—. Si lo que dicen es cierto, tienes muchos más derechos sobre su persona que yo.

Al ver al chico, el antiguo primípilo levantó el bastón gritando:

—¡Qal! Pero ¡si es el sinvergüenza y traidor de Qal!

Era obvio que lo conocía, porque yo aún no había tenido tiempo de revelarle su nombre. Los llantos y gemidos de Qal, arrodillado, eran la prueba definitiva, si es que hacía falta alguna más. Ergaster se explicó:

—¿Que si lo conozco? —dijo, enfurecido—. Contraté a este chico como pastor. Más al sur tengo una cabaña, un corral y un rebaño de cabras que, al estar la mina de plata cerca, me dan algún beneficio; es magro, pero en los tiempos que corren no se puede despreciar ningún ingreso. Confié en este chico, le encargué que vigilara a los animales y que hiciera nata y quesos. Era un indigente, y yo le di un trabajo y una responsabilidad. ¿Y cómo me lo pagó? ¿Con la fidelidad y la obediencia debidas a un jefe? ¡No! A la primera ocasión se escapó de mis dominios. Cobró el primer salario y al día siguiente huyó a Útica y lo abandonó todo: ¡cabaña, cabras y corrales!

En su relato, Qal había omitido que la supuesta aparición de la mantícora había coincidido con el cobro del sueldo. Pero aquí, Proserpina, me gustaría matizar la versión del viejo Ergaster. No porque fuera falsa, sino porque era parcial y solo tenía en cuenta sus intereses.

En el mundo que existía cuando llegó el Fin del Mundo, los dóminus tenían que pagar, al menos, la vestimenta, el techo y los alimentos de sus esclavos. A los hombres libres, en cambio, había que pagarles un salario. Ahora bien, en algunas regiones, como en la periferia de una provincia asolada y reprimida como África, se pagaban unos salarios tan bajos que resultaba más provechoso contratar a trabajadores libres que mantener a esclavos. De hecho, lo único que impedía a Ergaster tener más trabajadores y menos esclavos era su conservadurismo. Su villa habría obtenido mayores beneficios contratando a más temporeros como Qal. Allí vivían hasta un centenar de esclavos, entre servicio doméstico y trabajadores agrícolas. Eran muchos, demasiados, al menos en términos de rendimiento económico. Pero a Ergaster le parecía bien, porque así se había hecho siempre y porque los esclavos debían a su dóminus una fidelidad y una obediencia ciegas, y a él, un militar acostumbrado a vivir en la disciplina, le gustaba.

Pero ahora veamos la cuestión desde el punto de vista del chico. Como trabajador ajeno no sufría los abusos físicos a los que estaban sometidos los servus, ni la anulación total de la personalidad. Eso es cierto. Pero cobraba una miseria, un sueldo ridículo. Encima, tenía que restar lo que le costaba alimentarse y vestirse. De hecho, trabajar de pastor y de quesero le ocupaba prácticamente todas las horas del día, más que a un esclavo. No me extraña que se hartara, y enseguida, de ese régimen de vida.

Mientras Ergaster le daba bastonazos en las costillas, Qal, arrodillado en el suelo, imploraba compasión. Servus se acercó a mí.

—Bueno, esto lo explica todo. Este gamberro se largó a Útica, a pulirse el sueldo, sin despedirse siquiera de su jefe y abandonando el rebaño. La historia de la mantícora es un cuento que se ha inventado para justificar su huida y hacerse popular en las tabernas. —Suspiró, decepcionado—. Todo cuadra, puedes volver a Roma dignamente, dóminus.

Miré a Servus. Había algo en el tono en que me había hablado que no acababa de entender.

—Hablas como si lamentaras que no tengamos que adentrarnos en esa región incivilizada e infestada de

criminales —le recriminé—. ¿Por qué quieres ir? ¿Qué demonios se te ha perdido al sur de esta villa, si solo hay reptiles y montañas resecas?

Servus no respondió y a mí me asaltó una duda. Qal no era el típico muerto de hambre que se dedica a estafar y trapichear. No. Era un joven sin malicia. Cuando le pedí que me contara la historia de la mantícora, ni siquiera se le ocurrió poner precio a su información. Solo había una manera razonable de salir de dudas.

Me acerqué al viejo Ergaster, cuyos brazos nonagenarios todavía mortificaban la espalda del muchacho, e interrumpí el castigo.

—Honorabilísimo Quinto Ergaster, no se puede pedir más hospitalidad de la que me has ofrecido tú. Nunca lo olvidaré. Por eso me sabe mal abusar pidiéndote un último favor. Es el siguiente: te agradecería muchísimo que me prestaras a tu pastor, que puede servirme de guía.

—¿Prestártelo, Marco Tulio? —replicó—. ¡Te lo regalo! ¿Para qué quiero yo a un granuja como este? ¡Más me valdría poner de guardián de mis rebaños una jauría de hienas hambrientas!

O sea, que cogí a Qal del brazo y me lo llevé aparte.

—Qal, te has comportado como un ser indigno. Ante la ley no es un argumento suficiente para reducirte a la esclavitud. Ahora bien, no he visto a muchos jueces ni magistrados por estos parajes. El hecho irrevocable es que tu suerte bascula entre dos amos, y solo dos: Ergaster y yo. Y ahora, en mi magnificencia de espíritu, quisiera plantearte un dilema bastante importante para ti.

Me detuve, le liberé el brazo y miré de hito en hito aquellos ojos tan negros.

—Plantéate la siguiente cuestión retórica: puedes elegir, o Ergaster o yo. O vienes conmigo, que te prometo que no te castigaré sin causa justa, o vuelves con él, su bastón y sus azotes, su carácter intemperante y la vesania mortificadora.

Lo más revelador de todo fue que Qal ni siquiera esperó a que acabara de hablar. En cuanto sintió que era libre de elegir, corrió tan rápido que tropezaba consigo mismo y se lanzó a los pies de Ergaster. Le agarraba los tobillos con las dos manos, lloraba y gritaba que lo readmitiera a su servicio.

Yo, a distancia, miraba la escena flanqueado por Servus y Sitir.

—Si la historia de la mantícora es una fábula, decidme: ¿por qué está tan aterrorizado que prefiere el bastón del viejo Ergaster a viajar a un lugar donde solo nos espera una criatura imaginaria? No, este chico vio algo. Lo necesitamos como guía. —E hice un gesto con la cabeza a Servus y a mis porteadores, que se apresuraron a obedecer. Cogieron al chico y se lo llevaron a rastras mientras él, desesperado, suplicaba aún más fuerte y se orinaba encima.

Sitir me miró con rencor, porque a su entender había utilizado el engaño. Yo me encogí de hombros, indiferente.

Y así fue, Proserpina, como continuamos nuestro viaje hacia el sur adentrándonos en una tierra cada día más reseca y menos viva. Poco después de abandonar la villa nos cruzamos con el último vestigio de cultura romana: cuatro cruces que, pese a que las maderas estaban podridas, aún tenían viejos esqueletos humanos clavados. Ergaster nos había contado que era él quien las había plantado allí, como advertencia para los bandidos de Torques que rondaban a partir de ese punto.

Desde mi lectica solo vislumbraba un paisaje sin alicientes. El terreno era una sucesión de gargantas y ondulaciones habitadas por árboles esqueléticos y arbustos de diferentes tipos, pero todos igual de feos, con hojas duras y esmirriadas. Algunos parecían cabelleras de bruja y otros recordaban a una mata de romero, pero puntiaguda, como si estuviera hecha de clavos. La tierra, de un tono tirando a crema, parecía descolorida. Cada día nos sobrevolaban menos pájaros, y todos de especies carroñeras. El sol abrasaba y hacía un calor seco insoportable. Aunque nos movíamos por parajes abiertos, circulaba tan poco aire como en el interior de un ánfora sellada.

Cada tarde, cuando el sol nos abandonaba, seguíamos la misma ceremonia: los cinco porteadores montaban un sencillo campamento en torno a una pequeña hoguera y reconvertían la lectica, que pasaba de vehículo en movimiento a tienda de campaña. Era muy sencillo: la depositaban en el suelo y

extendían unas telas gruesas por encima de las ventanas para que pudiera dormir aislado de los demás. Sin embargo, como incluso de noche hacía mucho calor, les ordenaba que me abrieran el techo, que podía doblarse. Nos habíamos quedado cortos de provisiones de agua y resultó muy útil contar con una aspa y sus sentidos sobrehumanos: cogía a un par de servus, olía el aire, los llevaba hasta el cauce seco de algún antiguo río, se detenía en un punto concreto y les ordenaba: «Perforad aquí». Los servus empezaban a agujerear el suelo donde les había indicado Sitir, y no tenían que profundizar más de tres palmos para que brotara agua tan limpia y pura como la fuente Gaminia.

En cuanto a Qal, tres días y tres noches después de nuestra partida de la villa de Ergaster, seguía inconsolable. Lloraba de noche y de día, convencido de que avanzábamos hacia una muerte segura. Yo, por si acaso, cada noche dejaba una guardia doble. Por miedo no a la mantícora, sino a los bandidos del tal Torques, aunque no habíamos visto presencia alguna, indicio ni rastro.

La cuarta jornada empezó como las anteriores: el mismo aire sofocante, el mismo avance monótono, hasta que a media mañana tuvimos una visión de lo más inesperada. Y alarmante: una pequeña columna de hombres que viajaban en paralelo a nosotros. Estaban bastante lejos, pero, pese a la distancia, podíamos discernir a ocho individuos —solo uno menos que nosotros—, un caballo, un asno y dos mulas, muy cargados de equipaje y provisiones.

—¿Quiénes son? —pregunté a nuestro experto en cuestiones locales, o sea, Qal.

—No lo sé. La mina necesita reponer mano de obra constantemente, pero no parece una caravana de condenados: ninguno de los hombres camina maniatado ni lleva grilletes en los tobillos.

Desde la distancia, intentamos observarlos mejor. ¿Torques? Esos individuos desprendían rudeza, pero no me habría atrevido a calificarlos de bandoleros. Al anochecer acampamos prácticamente al unísono, separados por menos de mil pasos. Ellos veían nuestra hoguera y nosotros la suya. En esas soledades tan poco habitadas, que dos grupos de hombres no se saludaran era muy indicativo. Pero me dije

que quizá lo que nos hacía mantener las distancias no era tanto la hostilidad como la desconfianza mutua.

Al día siguiente, la escena se repitió: dos caravanas moviéndose en paralelo. Sus ocho perfiles humanos y los de sus animales de carga se recortaban contra el horizonte. El sol calentaba sin piedad. Desde la lectica veía los cráneos rapados de mis porteadores delanteros, rojos como pulpos escaldados. A mediodía ordené un alto.

Nos detuvimos en una pequeña depresión del terreno en la que cuatro árboles raquíticos daban una sombra esmirriada. Me senté debajo de uno que parecía medio muerto. Servus me pasaba un pañuelo mojado por el cuello y por la frente para refrescarme, pero yo estaba acalorado y cansado, y ya se sabe que la suma de fatiga y calor tiende a agriar el carácter. Me fijé en Sitir, que parecía perfectamente fresca y descansada, y me dio rabia.

—¡Mira nuestra amazona! Todos los hombres parecemos más estrujados que unas alpargatas viejas. Y ella, en cambio, tan impasible como un espartano en las Termópilas.

No me hizo ni caso. Estaba meditando, sentada en una postura extraña, con las piernas cruzadas y un pie encima de cada muslo. Insistí:

—No puede decirse que seas muy femenina. Supongo que será por el entrenamiento al que te sometieron los monjes Gea. ¿Cómo te enseñaban a matar? ¿Con lanzas, espadas o hachas?

—Con las manos —replicó por fin.

No supe si lo decía en serio o se reía de mí.

—¿De verdad? —dije yo siguiéndole el juego.

—Sí. Primero nos traían unos lagartos del tamaño de un niño.

Yo no lo entendía.

—¿Y qué hacíais con lagartos tan largos?

—Estrangularlos.

Se me escapó un chillido incrédulo.

—Es cierto —intervino Servus, que seguía remojándome el cuello y la papada.

—Solo era el primer paso —continuó Sitir en un tono de voz neutro—. Cuando habíamos matado quince, nos traían cocodrilos.

—¿¿¿Cocodrilos???

Servus tuvo que volver a añadir una aclaración.

—En efecto, dóminus; los aspirantes a aspa deben aprender a estrangularlos. Cocodrilos.

—Pero ¡yo he visto cocodrilos del tamaño de tres hombres! ¡Y con el cuello más grande que el de un buey y encima fortificado con escamas! ¡Un cocodrilo nunca dejará que lo estrangulen! Antes devorará al pobre incauto que lo intente.

Aquí, Sitir, harta de mi insistencia, suspendió su intento de meditación, dio dos pasos hacia mí y replicó:

—Ningún cocodrilo se ha comido nunca a un aspa. En todo caso, a algún novicio de aspa.

—En efecto —corroboró Servus—. Es la disciplina más dura jamás practicada: muchos aspirantes a aspa pierden la vida antes de que puedan entrar en el Gran Cráter con la esperanza de que los adopte una Piedra Negra.

¡Estrangular cocodrilos! Ni yo mismo sabía si estaba admirado o escandalizado.

—Pero ¿por qué? —exclamé—. ¿Por qué os exigían pruebas tan imposibles como estrangular cocodrilos?

Sitir me colocó una mano alrededor del cuello.

—Porque después de eso romper cuellos humanos es facilísimo.

Lo admito, Proserpina: me recorrió un escalofrío. Servus entendió que la discusión estaba adquiriendo un tono peligroso y propuso a Sitir:

—Ya no nos queda carne fresca. ¿Por qué no vas a cazar algo?

Como el aspa asintió, me reí.

—¿Sin armas ni redes? Si ves una liebre, ¿cómo piensas atraparla?

Me contestó con el laconismo propio de un aspa:

—Corriendo con los pies y cogiéndola con las manos.

Y se fue. Yo me giré hacia Servus, algo aliviado por perderla de vista.

—¡Venga ya! ¿De verdad tengo que creerme que los aspa son guerreros tan famosos? ¡Desde que la conozco nunca la he visto coger un arma!

—No quieres entenderlo, dóminus. El arma es ella.

Lo dijo con una media sonrisa de suficiencia que me

molestó, pero hacía demasiado calor para azotar a nadie.

Así que me quedé con Servus, Qal y los cinco esclavos porteadores. El sol era un disco incendiario, un tormento candente. Los chirridos impertinentes y metálicos de las cigarras me exasperaban. Empezaba a odiar esa región tórrida.

—Debería estar en Roma. ¡En Roma! —protesté en voz alta, amargado—. Me llamo Marco Tulio Cicerón, mi destino debería ser labrar el honor, sembrar la fama y cosechar la gloria. Y mira dónde estoy: ¡en el culo del mundo, persiguiendo el espectro de una bestia imaginaria!

Estaba cada vez más irritado. Me puse de pie señalando a los porteadores, y especialmente a Servus, con un dedo amenazador.

—¡Y tú, Servus, ten cuidado, monje de mierda fracasado! ¿Crees que no sé lo que piensas de mí y de los patricios romanos? La primera lección que mi padre me enseñó es que dentro del Senado siempre debes parecer menos borracho de lo que estás. Y fuera, mucho más de lo que lo estás en realidad. ¡Esa noche, en la villa del gobernador Nurcio, oí todo lo que decías! —Empalideció—. No sé qué tramas, pero déjame decirte una cosa: antes de partir he entregado una carta lacrada al gobernador Nurcio en la que le hago saber que si no vuelvo de esta absurda expedición, tú serás el responsable. ¡Que te considere un homicida! ¡A ti, Servus! ¡Y a vosotros os considerarán cómplices necesarios! —grité señalando a los cinco porteadores—. ¡Antes de la ejecución os aplicarán unos tormentos tan indignos y dolorosos que daréis gracias a todos los dioses cuando por fin os suban a la cruz!

Servus, habitualmente tan locuaz, ahora tartamudeaba. Y así estábamos cuando una visita inesperada interrumpió nuestra acalorada discusión: dos hombres, que aparecieron por sorpresa.

Se plantaron delante de nosotros mirándonos con las cejas fruncidas y gesto hostil. Eran, no tuve ninguna duda, los dóminus de la caravana rival. Y lo que más sorprendía, Proserpina, es que eran dos gotas de agua, dos hermanos gemelos prácticamente idénticos en todo: el cuerpo, la expresión e incluso la vestimenta. Uno llevaba una barbita desaliñada, como de macho cabrío, y el otro llevaba el pelo

recogido en un moño, pero no había más atributos que los diferenciaran. Ambos eran de complexión baja pero fuerte, como los jabalíes. Vestían ropa práctica, áspera y dura, pero se apreciaban en su cuerpo los gustos orientales de los provincianos de África, porque, a pesar de su aspecto agreste y las mejillas mal afeitadas, no ahorraban en brazaletes y pendientes. Muchos pendientes.

Se detuvieron cautelosamente a unos pasos de mí y de los servus, nos escrutaron con ojos inquisidores y al final uno de ellos me señaló.

—¡Eh, tú, muchachito rico! Supongo que eres el sufete.

«Sufete» era un término de los antiguos cartagineses que quería decir «jefe» o «magistrado». En África se utilizaba popularmente para designar a cualquier persona que ostentara un mando.

No esperó a mi respuesta para exigir:

—¿Por qué nos seguís? ¡Contesta, muchachito!

«¡Muchachito!» Hablaban un latín atroz, repleto de africanismos y chasquidos labiales. Eso hacía aún más difícil juzgar sus intenciones, si querían ofenderme o si solo tenían un dominio torpe del vocabulario. En cualquier caso, la primera lección sobre la vida pública que aprendía un patricio era que debía sentirse superior a cualquier interlocutor, sobre todo si era un truhán con más pendientes en las orejas que dedos en los pies.

—Ante todo, las presentaciones: me llamo Marco Tulio Cicerón.

—Y nosotros somos los hermanos Palusi: Adad y Baltasar Palusi —replicó, descarado—. Pero eso da igual. Te hemos hecho una pregunta: ¿por qué nos sigues?

—¡Mira por dónde! —exclamé, burlón—. ¿Y no se os ha ocurrido que yo podría haceros la misma pregunta?

Pero ese par no había venido a razonar, solo a intimidarme. Uno de ellos, Baltasar, se acercó a uno de mis porteadores, lo miró de hito en hito y, de repente, se sacó una daga de la cintura y se la clavó hasta el mango en el bajo vientre. En cuanto la hubo clavado, deslizó la hoja de derecha a izquierda y le abrió el estómago igual que un cazador destripa a un ciervo que acaba de cazar. El esclavo cayó de rodillas con un alarido escalofriante. Las tripas se le salían y el pobre

intentaba retenerlas con el brazo, como si cogiera a un bebé. Déjame añadir una nota, Proserpina: el que una agresión tan cruenta fuera tan inesperada la hacía aún más vil.

El tal Baltasar Palusi vino hacia mí con la daga ensangrentada en la mano. Yo debía de tener la cara más blanca que las nubes de agosto. Pero no me atacó. En lugar de eso, dejó caer tres buenas monedas a mis pies. Era una especie de indemnización. Y después se retiraron, sin prisa. Mientras los dos hermanos desaparecían por los recortes del terreno, les grité:

—¿Habéis dicho que os llamáis Palusi? ¡Pues sois unos desconsiderados, hermanos Palusi! ¿Lo oís? ¡Unos desconsiderados!

La verdad, Proserpina, es que en esos momentos no se me ocurrió ningún comentario mejor, entre otras cosas porque me resultaba difícil juzgar una acción tan peculiar.

Sitir volvió al cabo de un rato. Y no venía con una liebre, sino con un antílope entero. Pero yo, aún bajo la impresión que nos había causado el destripamiento, le eché la bronca. Le señalé al servus agónico y le reproché su ausencia.

—¿Así me proteges? ¿Dónde estás cuando te necesito? ¿Estrangulando cocodrilos?

Como ya era habitual, Sitir resolvió la polémica de la forma más sencilla: sin discutir. Se acurrucó como un feto a la sombra y se ausentó del mundo.

—No la riñas, dóminus —me aconsejó Servus—. Muy probablemente nos acechaban valorando nuestras fuerzas, y antes de presentarse han esperado a que Sitir, una poderosa aspa, se alejara.

—¡Poderosa! —bramé—. ¡Mira que sois crédulos los orientales!

Las tripas del servus estaban llenándose de moscas y ordené que lo alejaran de mis fosas nasales.

Pensé un buen rato en mi situación, sentado en un tronco. Los cobardes, o sea, los individuos de valor atrofiado, solemos ser más inteligentes que el común de las personas, aunque solo sea porque tendemos a compensar con el intelecto el coraje físico que nos falta.

Cuando me calmé un poco, hice este razonamiento con Servus como interlocutor:

—No creo que esos hermanos Palusi sean mis enemigos.

—¿En serio? —se extrañó.

—Me han perjudicado arrebatándome un esclavo, de acuerdo, pero si en lugar de viajar en lectica fuera en carro, seguramente solo me habrían roto una rueda.

—No lo entiendo, dóminus.

—Unos tipos que damnifican tu patrimonio y a continuación te compensan por la pérdida no están pensando en asesinarte. Solo pretendían advertirme y dejarme atrás.

—¿Dejarte atrás? Pero ¿por qué?

—Buena pregunta. Y solo hay una respuesta: si quieren dejarme atrás es que me consideran su competencia. En otros términos: los hermanos Palusi buscan lo mismo que yo.

—La mantícora… —reflexionó Servus—. ¿Qué interés pueden tener un par de plebeyos provincianos en una mantícora?

—¿Y yo qué demonios sé? —dije—. No conozco a muchos plebeyos. La última vez que traté con uno fue hace diez años, cuando aún jugaba con ellos en Rodas, el callejón de la Suburra.

El esclavo herido murió mientras cenábamos el antílope, que habíamos cocinado con unas hierbas aromáticas recogidas allí mismo y sorprendentemente sabrosas. (Sí, ya lo sé, Proserpina: es una descripción un poco cruda de la muerte de un hombre, pero así era el mundo anterior al Fin del Mundo.) Al día siguiente reanudamos la marcha, y al mismo ritmo. Recuerda, Proserpina, que antes de la visita de los Palusi tenía a cinco porteadores. O sea, que todavía me quedaban cuatro, uno para cada palo de la lectica.

Los Palusi y sus hombres nos llevaban algo de ventaja, pero los encontramos en un pozo donde se habían detenido a coger agua.

Nos acercamos sin escondernos ni tomar precauciones. Abrían la marcha Servus y Sitir, con Qal al lado. Yo iba detrás, en la lectica. Los hermanos gemelos y sus hombres se pusieron en guardia y nos esperaron con la mano en la empuñadura de la daga o el machete, pero sin desenfundarlos.

—¡Hermanos Palusi! Soy yo, Marco Tulio, y me gustaría aclarar un malentendido.

No abrieron la boca ni a favor ni en contra de iniciar un coloquio, así que lo interpreté como un sí. Bajé de la lectica utilizando la espalda de Servus como escalera y me acerqué a los hermanos Palusi.

—Ahora mismo no recuerdo si el del moño es Baltasar y el de la barbita Adad, o al revés —susurré a Servus, que me había seguido.

—Lo importante no es quién es quién —me advirtió—, sino quién manda.

Tenía razón. Les pregunté:

—¿Cuál de los dos es el primogénito y por lo tanto ejerce de sufete?

—¡Habla! —me contestaron, casi al unísono.

¡Qué modales! Pero yo buscaba concordia, así que me sinceré.

—Escuchad, hermanos Palusi: yo no voy detrás de la mantícora. Solo estoy persiguiendo la verdad. Si descubro qué hay de cierto en todo esto, volveré a Roma sin disputar vuestro imperio sobre estas regiones y sus productos, que no me interesan nada.

Pero solo conseguí de ellos unas sonrisas jactanciosas. El de la barbita de cabrón, Adad, dijo:

—Nosotros tampoco perseguimos a ninguna mantícora —dijo con cierto desprecio—, básicamente porque no solemos cazar cosas que no existen.

Entonces, un gesto. El del moño, Baltasar, se me acercó. Su mirada era más dura que la tierra que pisaba. Pero hizo lo siguiente: ofrecerme una cantimplora de piel de cabra.

—Quizá quieren envenenarte —me susurró Servus en la oreja derecha.

—Si bebes —me advirtió Qal en la oreja izquierda—, estarás admitiendo que aceptas su hospitalidad y tendrás las obligaciones propias de cualquier huésped.

Una duda. ¿Qué debía hacer? Al final bebí de aquella cantimplora, donde, por cierto, no había agua, sino un licor local con sabor a meados de mono.

Ese gesto tuvo un efecto de lo más beneficioso. Los integrantes de las dos caravanas nos sentamos junto al pozo

miserable rodeado de piedras y hablamos. Los Palusi no tuvieron inconveniente alguno en contarnos el motivo de su presencia en tierras tan salvajes.

A ellos también les había llegado el rumor de la mantícora. Es decir, el relato de una criatura negra y feroz que había aparecido en esa región yerma. Pero las conclusiones a las que los hermanos Palusi habían llegado eran mucho más realistas que las de mi padre: a su juicio no se trataba de ninguna mantícora, sino de una pantera negra. Y por las panteras negras se pagaba un precio muy alto. Más que alto: superlativo.

Para que lo entiendas mejor, Proserpina, permíteme que, llegados a este punto, te haga una breve descripción de cómo eran el ocio y las costumbres romanas vigentes antes del Fin del Mundo.

En nuestra civilización existía algo llamado «circo», un espectáculo público en el que se sacrificaban todo tipo de animales (y de personas) para el disfrute popular. Los circos italianos, con Roma a la cabeza, eran una continua fuente de ingresos para los traficantes de animales. Los magnates de Útica y otras ciudades africanas financiaban expediciones al interior de la provincia para cazar elefantes, leones, hipopótamos, cocodrilos y cualquier animal que berreara, rugiera o embistiera; y cuanto más feo, más grande y más exótico, mejor, porque más se cotizaría cuando llegara al otro lado del Mediterráneo. (Piensa, Proserpina, que en Roma teníamos una frase hecha que utilizábamos para referirnos a toda novedad apasionante y a la vez desagradable: «Y ahora ¿qué nueva monstruosidad viene de África?».)

Pero esas expediciones eran caras, muy caras, y logísticamente de lo más complejas. ¿Te imaginas lo difícil que era capturar una manada de elefantes, vivos, y transportarlos por tierra y por mar de manera que llegaran indemnes a Roma?

Los hermanos Palusi eran el último eslabón de esa larga y sofisticada cadena. Los cazadores más avezados sobre el terreno. Los que corrían más riesgos y sufrían más penurias. Y, como suele pasar, los peor pagados. Pero conocían bien el oficio y la lógica de lucro que regía ese emporio comercial: los mercaderes pagaban una miseria a los Palusi, y en cambio

se hacían de oro cuando revendían los animales en Italia. Ahora, por una vez, los Palusi tenían la esperanza de ganar una pequeña fortuna, porque su idea era vender la pieza no a un mercader circense, sino directamente al mercado final. Una pantera negra era un objeto de ostentación muy codiciado por los romanos más ricos, que pagarían una fortuna por una viva.

Y debo decir, Proserpina, que no iban mal encaminados. Tras derrotar a su último gran rival, Cartago, todas las riquezas del mundo habían empezado a fluir hacia Roma. Sus máximos beneficiarios, los patricios, habían caído en el lujo y la ostentación. Nuestros catones, por supuesto, vilipendiaban esos excesos porque eran contrarios a la moral romana tradicional. Pero los ricos se reían de sus sermones. Los propios César y Craso, y otros como ellos, rivalizaban por ver quién podía lucir más refinamientos; y cuanto más exóticos, raros y caros, mejor. Por una pantera negra, un sibarita romano podía estar dispuesto a pagar una auténtica fortuna. ¿Y para qué? Pues simplemente para lucirla en sus magníficos jardines y que las visitas la admiraran. En la política romana el prestigio personal lo era todo, o casi todo. Y ahora, Proserpina, imagínate lo que podía significar para dos africanos tan pobres como Adad y Baltasar Palusi, salidos de una perdida aldea africana, una suma como esa.

—No sé si os dais cuenta —dije yo—, pero vuestros objetivos nos convierten en aliados.

—Explícate —dijeron los dos, recelosos.

—Vuestro gran problema siguen siendo los intermediarios entre la pantera y el rico romano que os la compraría. Sois un par de cazadores de provincia que no sabéis nada de Roma; de las sendas legales y de los sobornos que os pedirán lictores y ediles para poder desembarcar y vender el animal. No sabéis qué precio puede pedirse por un animal así, ni qué individuos concretos estarían dispuestos a pagarlo. Por eso soy vuestro hombre.

—¿Tú?

—Conozco Roma, a los romanos ricos y a los romanos poderosos, que vienen a ser los mismos: si ponéis la pantera en mi mano derecha, mi mano izquierda os regalará una fortuna. Es tan simple como eso.

Adad se frotó la barbita con dos dedos.

—Supongamos que sea así —dijo—. ¿Qué pedirías por tus servicios?

—Yo no estoy aquí por el dinero, y es un insulto decirle a un optimate que actúa movido por el lucro financiero. No. Yo he venido a buscar algo mucho más digno y elevado que un saco de monedas: una explicación.

No acababan de entenderme.

—Lo único que os pido —añadí—, es que, una vez en Roma, y antes de vender el animal, llevéis la jaula a casa de mi padre para que la vea. Así podré decirle: «Padre, no era una mantícora, era una pantera. Aquí la tienes». Y podré presumir. —Y seguí—: De esta forma me ganaré el respeto de mi padre, la admiración de mis amigos y la fama entre los senadores. Así, en unos años, cuando se elabore la lista de futuros candidatos a las magistraturas, todo el mundo dirá: «¡Ah, sí, Marco Tulio, el joven león que capturó una pantera viva!». ¿Entendéis ahora que para mí hay cosas infinitamente más importantes que el dinero?

Vi un brillo en los ojos de los dos. Su mundo era muy diferente del mío, pero —¡qué paradoja!— era quizá esa gran disparidad de orígenes lo que hacía que nuestros intereses fueran complementarios. Les ofrecí una mano tendida y abierta.

—¿Trato hecho?

Estaban a punto de asentir, se notaba, pero entonces una voz, a mi espalda, dijo:

—Pero, dóminus, toda esta discusión se basa en un error más grande que la vagina de Venus. Porque la bestia sobre la que negociáis no es una pantera.

—¿Y ese quién demonios es? —graznó Baltasar.

El que había hablado había sido Qal. Hacerle callar habría generado suspicacias entre los Palusi, que habrían creído que les ocultaba algo. Quería actuar como un aliado sincero, y la mejor forma de hacerlo era tolerar que contase libremente su experiencia.

Así que el chico relató la historia. Aunque mi caravana ya la conocía, hicimos todos un corro para escucharla: mis servus, Sitir y Servus, los hermanos Palusi y sus seis hombres. Incluso el pozo parecía estar atento.

Qal hizo hincapié en los detalles discordantes con la hipótesis de los Palusi, que no eran pocos: las panteras no tenían escamas en la piel; en la cara del monstruo que él había visto se perfilaban facciones casi humanas; el cráneo era un óvalo gris, sin pelos; cuando abría la boca exhibía tres hileras de dientes —¡tres!—; antes de que apareciera se había oído un sonido de succión muy fuerte, como si un rebaño de bueyes del tamaño de Apis olfatearan todos a la vez. Más aún: la bestia que él había visto había surgido, entre vapores azules, de un agujero en el suelo, que él llamaba el Agujero de la Mantícora. ¿Cómo podía salir de debajo de la tierra una pantera?

—Porque no salió de ese agujero, solo se había escondido —dijo Baltasar, el hermano del moño, de carácter más vehemente.

—¿Y aseguras que surgió entre unos vapores azules que exhalaba ese agujero? —preguntó Adad.

—Lo afirmo porque así fue.

—Si fue como dices y había ese obstáculo gaseoso entre la fiera y tus ojos, ¿por qué estás tan seguro de que tenía escamas en la piel? —inquirió Adad.

—Bueno —dudó Qal—, me pareció verlas.

—¿Te lo pareció? Déjame que te cuente una cosa: a las panteras negras les brilla la piel. Si esos vapores que dices eran húmedos, seguramente el reflejo hacía que la piel brillara todavía más. Como escamas.

Los hermanos gemelos siempre parecían tan perfectamente coordinados como dos ruedas de un mismo eje.

—¿Puedes asegurar que la cara de tu monstruo era humana? —continuó Baltasar, tomando el relevo de Adad.

—¡No! ¡Era mucho más horrible!

—Naturalmente —exclamó Adad—, ¡porque era un felino! Qal, yo he mirado los ojos de esas bestias a menos de un palmo de su cara, y son terroríficos. ¿Y sabes por qué dan tanto miedo, Qal? Porque llevan mil generaciones comiendo seres humanos. El miedo te hizo ver más que un animal.

—¡Magnífica exposición! —intervine—. ¿Lo ves, Qal? Los Palusi son cazadores expertísimos. Ahora puedes conducirnos sin temor hasta ese famoso Agujero de la Mantícora, donde nos espera una pantera negra. Ellos la matarán.

Qal no parecía nada convencido. Pero no era él quien tomaba las decisiones. Me giré hacia los Palusi.

—¿Y bien? ¿Trato hecho?

Seguían dudando. Los dos hermanos y sus hombres se retiraron unos veinte pasos del pozo para parlamentar entre ellos de espaldas a nosotros, formando un círculo cerrado. Al poco rato los dos gemelos vinieron hacia mí.

—Trato hecho —dijeron los Palusi—. Siempre que te comprometas a llevarnos contigo a Roma y hacer las gestiones que nos has prometido hasta que se venda el animal.

¿Por qué no? Volver con un cortejo púnico haría lucir aún más mi persona. Asentí de inmediato. Ellos me ofrecieron su mano abierta, en público, para sellar el acuerdo. Extendí la mano y se las estreché, pero añadí un tejemaneje típicamente patricio: a continuación los abracé, primero a Adad y después a Baltasar, y les besé las dos mejillas.

Puede parecerte, Proserpina, una simple fórmula amistosa. Era mucho más que eso. En nuestra vieja y podrida República, era la fórmula ritual por la que un patricio aceptaba que unos plebeyos se convirtieran en sus clientes; es decir, individuos bajo su protección. A cambio, ellos le debían obediencia y fidelidad. Y los Palusi lo sabían perfectamente. Por eso abrieron los ojos con desmesura, como quien de repente descubre que le han birlado la bolsa.

De acuerdo, perdidos en el sur de Útica, ¿qué validez podía tener una filigrana como esa? Pero ya estaba hecho. Era una manera de escenificar, frente a las dos caravanas, que allí el optimate era yo, no ellos. Durante el resto del día estuve de un magnífico humor.

Como puedes ver, Proserpina, en el mundo de antes del Fin del Mundo ser patricio era como jugar con dados marcados: gracias a mi posición, había convertido a los hermanos Palusi en clientes, mis expectativas de éxito y promoción social aumentaban vertiginosamente, y encima me harían ellos el trabajo. O sea, cazarían la pantera. ¿Y todo a cambio de qué? De un esclavo muerto al que podía sustituir fácilmente, porque todavía me quedaban cuatro. ¡Era magnífico! Lo sé, Proserpina: mi euforia era propia de una mentalidad descarnada. Pero así pensaba un patricio romano.

Sin embargo, mi alegría era prematura. Olvidaba que aquello era África, y en África el destino de los individuos siempre estaba sometido a un péndulo de movimientos repentinos y brutales. Allí la suerte de un hombre basculaba del *Africa felix* al *Africa atrox* en un abrir y cerrar de ojos. Fue así.

Por la noche acampamos en una llanura desde la que se veían, todavía lejos, muy lejos, los picos más altos de la imponente cordillera del Atlas. Cuando yo era niño, los pedagogos nos planteaban esta adivinanza: «Soy el Atlas; él es tan alto como yo y lo tengo cerca, pero nunca nos vemos. ¿Quién es?». Respuesta: el Anti-Atlas, es decir, la vertiente sur del Atlas. Y recuerdo que cuando jugábamos en Rodas, el callejón de la Suburra, decíamos que el Anti-Atlas era el lugar más lejano que unos pies humanos podrían pisar jamás. (Teniendo en cuenta todo lo que me pasó después, no deja de ser el mayor sarcasmo desde la fundación de Roma.)

Pero te decía, Proserpina, que la euforia no me duró mucho. Esa noche, cuando ya me había retirado a la lectica, Qal me pidió permiso para hablar conmigo. Entró, corrió la cortina y me dijo:

—Dóminus, los hermanos Palusi, como ya habrás notado, hablan entre ellos en lengua púnica. Como todos tus servus son itálicos y yo me comunico con vosotros en latín, olvidan que yo también hablo púnico.

—Estamos en África. ¿Qué tiene de raro que los púnicos hablen púnico?

—Entonces supongo que no quieres saber lo que dicen de ti.

Arqueé las cejas con súbito interés.

—Baltasar, el del moño —continuó—, le ha dicho a Adad, el de la barbita: «Deberíamos haberlo matado cuando el aspa estaba lejos». Y Adad le ha contestado: «Aún puede servirnos; después ya te ocuparás de él. Le cortas el cuello y lo entierras en algún hoyo perdido del desierto».

5

Durante tres días más seguimos avanzando hacia el sur guiados por Qal. Ahora las dos caravanas avanzaban juntas. Durante esas jornadas, en esencia aburridas, tuve la ocasión de conocer un poco más a los hermanos Palusi.

A mí, un patricio romano que estaba al corriente de las modas más refinadas del momento, me hacía gracia el mal gusto que podían tener los africanos vistiendo: les gustaban los colores chillones, como a los orientales. A mis ojos no podía haber combinación más inadecuada que llevar ropa de cazador, agreste y práctica, adornada con vistosas franjas doradas y carmesí. Ahora que podía observarlos más de cerca, se confirmaba que los colgantes que lucían en los brazos y las orejas eran bisutería barata. Aparte de eso, los seis cazadores que iban con los hermanos los respetaban: cumplían las órdenes de los Palusi con la diligencia de quien obedece por voluntad propia; no a tiranos, sino a prínceps o «primeros entre iguales», como decíamos los romanos.

Aun así, Proserpina, lo que verdaderamente definía a los hermanos Palusi era que fueran gemelos. Nunca he conocido a dos personas tan clavadas. Si Adad no hubiera lucido esa barbita y Baltasar no hubiera llevado el pelo recogido en un moño, habría sido imposible diferenciarlos. Lo tenían todo idéntico: la cara y la expresión; el cuerpo y la gestualidad. No consideraban esa similitud tan radical ni una suerte ni una desgracia. Se limitaban a convivir con ella asumiendo que eran dos individuos en los que la fraternidad había decidido manifestarse de la forma más extrema.

Siempre estaban igual de cansados o de descansados; siempre les apetecía beber o comer en el mismo instante; todos los días se despertaban en el mismo momento. Y lo más gracioso de todo: muchas veces, sin que fuera premeditado, empezaban a hablar simultáneamente y decían exactamente

las mismas palabras. Baltasar era más procaz.

—A veces se nos escapa a la vez un pedo o un eructo.

—Ojalá los cónsules romanos estuvieran tan compenetrados como los sufetes púnicos —decía yo riéndome.

(No puedes entender la broma, Proserpina, si no te cuento que, por ley, los cónsules romanos siempre eran dos, como los Palusi.)

La simbiosis entre los dos llegaba a extremos difíciles de creer, pero te aseguro que son verídicos. Cuando dormían, por ejemplo, a menudo soñaban lo mismo. Y esto no era lo más inverosímil: desde el día en que nacieron solo habían estado separados una noche. ¡Solo una noche, Proserpina! Esa noche Adad estaba lejos, de cacería, y sucedió algo notable: recibió una cornada bajo la tercera costilla del costado derecho. En el mismo instante, Baltasar, que se había quedado en el pueblo natal de los Palusi, sintió un dolor fortísimo en el lugar exacto en el que su hermano tenía la herida. De los seis cazadores que los acompañaban, cuatro eran también de aquel pueblo misérrimo y corroboraban la historia como testigos presenciales.

¿Qué eran los hermanos Palusi? ¿Una misma identidad duplicada en dos cuerpos, o un cuerpo repetido en dos identidades diferentes? Difícil decirlo. Como el viaje era monótono, incluso me interesé por los aspectos legales: en una fraternidad compartida de forma tan estricta, ¿quién tenía más derechos de herencia? Según ordenaba la tradición púnica, que ellos todavía seguían, en esos casos el primogénito era Adad, el de la barbita, porque había sido el primero en salir, aunque la cabeza de Baltasar iba enganchada a los pies de su hermano. Pero ni el uno ni el otro otorgaban la menor importancia a ese detalle.

—Si yo soy él y él es yo —me dijeron—, ¿por qué debería importarnos a quién pertenecen las cosas, el dinero o el patrimonio? Todo es de los dos.

—¿Opináis de igual manera respecto a las mujeres? —bromeé yo al estilo suburriano.

Pero mi pregunta no les pareció graciosa ni ofensiva.

—Lo compartimos todo menos las hojas de oplonga —respondieron como si fuera lo más natural.

(La oplonga, Proserpina, era la única planta que crecía en

esas regiones secas con hojas lo bastante suaves para tener cierta utilidad después de purgar el vientre.)

Fuera como fuese, concedí todo el crédito del mundo a las anécdotas que me contaban sobre esa especial sincronía entre ellos. Narraban tales fenómenos con una convicción tan serena que ningún interlocutor podía dudar de su sinceridad. Por otra parte, ¿por qué iban a molestarse en mentir a una persona, un tal Marco Tulio, a la que ya habían decidido asesinar?

Pero la convivencia, Proserpina, hace que nos fijemos más en lo que diferencia a los semejantes que en lo que iguala a los diferentes. Y por eso, a medida que pasaban los días, fui descubriendo que no, no eran iguales. Al menos en el carácter. Por ejemplo: vi que Adad era más religioso. Cada noche, cuando acampábamos, erigía una especie de altar minúsculo, una chocita de solo un palmo de altura con las paredes de barro y unas cañas delgadas como vigas. Allí depositaba ofrendas votivas, miga de pan y dedales llenos de licor para un muñequito de arcilla que representaba al viejo dios de los púnicos, Baal. Por la tarde y por la noche podías ver que el interior de ese templo minúsculo, un juguete precioso, refulgía con las llamas de pequeñas velas. Mientras tanto, Baltasar prefería afilar palos y poner trampas para cazar pajaritos que al día siguiente enriquecían nuestro desayuno. Los púnicos consideraban una exquisitez para el paladar los ojos de determinados pájaros.

Como te decía, Proserpina, tres días después llegamos a un lugar cualquiera, muy plano y de vegetación bastante casta.

—Fue allí, sí, allí apareció la mantícora —dijo Qal señalando un punto de esa llanura de color crema salpicada de arbustos sin nombre.

El dedo con el que señalaba no podía contener los temblores. Cuando lo instamos a seguir adelante, se negó, muerto de miedo. Baltasar Palusi se enfrentó a él.

—¿Tan cobarde eres, que incluso amparado por una docena de hombres temes lo que no existe? —le reprochó empujándolo sin contemplaciones.

Avanzamos. Todos. Los últimos cien metros los hicimos en

silencio, tensos. Solo se oían nuestros pasos, los de mis esclavos y los de los cazadores de los Palusi. Los de Sitir no, tan silenciosa como siempre.

Nos congregamos por fin en torno a un agujero en el suelo. No era más que eso, una boca oscura, nada espectacular, de forma oblonga. No se veía gran cosa. Solo que descendía en espiral tierra adentro.

—¡Este, este es el Agujero de la Mantícora! —gimoteó Qal.

No nos engañaba. Mientras señalaba el pozo me fijé en que tenía los pelos del brazo de punta. Fuera como fuese, no había ni rastro de ninguna pantera ni de ninguna mantícora; ni siquiera de un miserable topo ciego. Manifesté mi decepción.

—¿Y qué querías? —renegó Baltasar—. ¿Que la pantera nos esperara aquí, tumbada? Puede vernos desde una distancia diez veces más lejana que nosotros a ella, y cuando todavía no nos ve, ya puede olernos.

Después de esos días en común, las diferencias de carácter entre los hermanos eran muy obvias: Adad y su barbita tendían a ejercer el mando, y en cambio Baltasar era más espontáneo y visceral.

Adad inició los preparativos para atrapar al animal. Porque teníamos un plan: emplear el cadáver del esclavo asesinado por el propio Palusi como señuelo. Con este propósito, y no otro, lo habíamos arrastrado con nosotros todos esos días. (Ya sé que no te hace mucha gracia el humor macabro, Proserpina, pero déjame contarte que, para que no apestara, le habíamos llenado la boca y la túnica de manojos y manojos de plantas aromáticas. Nos referíamos a él como el «Corcillo», porque uno de los platos romanos más deliciosos es el cachorro de corzo relleno.)

De modo que dejamos al Corcillo junto al Agujero de la Mantícora. Como puedes imaginar, Proserpina, los cuatro porteadores supervivientes miraron a su compañero muerto muy compungidos.

—No os preocupéis —bromeé—. Si funciona a la primera, no será necesario que os utilicemos también a vosotros como carnaza.

Los Palusi y los cazadores se dieron un hartón de reír. Eran pobres pero libres, y llamaban a los esclavos «peladitos», por

la costumbre de que fueran rapados para identificarlos como tales. A los porteadores y a Servus no les hizo tanta gracia.

Nos instalamos a una distancia prudente del Agujero de la Mantícora y del Corcillo. A unos cien pasos, detrás de una hilera de arbustos, levantamos un pequeño campamento para todos: los nueve hombres que éramos más Sitir Tra y mis cinco esclavos, contando a Servus.

Los porteadores prepararon la lectica para pasar la noche. Por su parte, los Palusi y los cazadores tenían unas pequeñas tiendas de piel de cabra en las que podían dormir de dos en dos.

Para disimular nuestra presencia, los hombres de los Palusi cortaron ramas de acacia, recogieron varios troncos muertos y los colocaron a modo de pantalla delante de donde estábamos. De hecho, rodearon casi todo el perímetro del campamento con una pequeña muralla vegetal en forma de herradura. La única parte que no estaba protegida era la que quedaba en la dirección contraria al Agujero de la Mantícora. Después reforzaron toda la estructura con grandes arbustos espinosos que servían de coraza por encima de las ramas y los troncos. Muy ingenioso: como las espinas eran de un dedo de largo, ninguna fiera se atrevería a acercarse. En cuanto al caballo, el asno y las dos mulas que llevaban con ellos, los cazadores los amordazaron con trapos para evitar ruidos y relinchos indiscretos que pudieran alertar a la pantera y les calzaron las pezuñas con pequeños sacos que amortiguaban el sonido. Por si acaso, los metimos con nosotros dentro de la herradura, que era como empezábamos a llamar a nuestro campamento.

De acuerdo, puede que los Palusi hubieran decidido asesinarme, pero empezaban a caerme bien: eran diligentes y previsores, y en un santiamén habían construido un campamento fortificado y seguro.

Y después, a esperar.

La espera que practica el cazador es un gran ejercicio de paciencia y conformidad con el destino. El cazador aprende lo insignificante que es su voluntad: en cuanto pone el espíritu, el cuerpo y las armas al acecho, ya nada está en sus manos. Todo depende de la conducta de otros seres vivos. Pasó la mañana, y la tarde, y llegó el anochecer sin novedad. Mi

impaciencia juvenil maldijo a todos los dioses: había perdido un día entero agachado detrás de un muro vegetal de pinchos y ramas, espiando, y no había pasado nada, salvo que un par de cuervos estaban pegándose el festín de su vida picoteando los ojos del pobre Corcillo.

Yo estaba en medio de los dos hermanos Palusi.

—¿Creéis que la pantera aún estará por los alrededores de este agujero en el que la vio Qal?

—Son animales territoriales —explicó Adad frotándose la barbita y sin dejar de observar el Agujero de la Mantícora—. Normalmente proceden de las montañas del Atlas. Cuando encuentran un terreno propicio, se quedan.

—En realidad, una pantera negra solo es un leopardo oscurecido —me aclaró Baltasar—. Como los hombres, que los hay de piel más clara y más oscura. Lo que pasa es que los leopardos negros son excepcionales, y por eso son tan valiosos.

—Pero en todo el día no hemos visto ni rastro de la fiera —insistí—. ¿Es normal?

—Sí —dijo Adad—. Los leopardos y los leones cazan de noche.

Resoplé, más enfadado que un fauno al que le acaban de afanar la flauta.

—¿Y no podríais habérmelo dicho por la mañana, y no ahora? Habría preferido pasar el día en la lectica leyendo algo. ¡Al menos habría estado protegido del sol, y no tirado por el suelo!

Servus me acompañó hasta la lectica.

—Dóminus —me dijo entonces—, quizá deberías darme permiso para acercarme a la mina de plata. Qal dice que no está ni a un día de distancia.

—¿Y qué demonios tienes que ir a hacer a esa mierda de mina? —pregunté sin detenerme.

—Los esclavos necesitan un par de utensilios, y puede que encuentre a alguien que nos venda algún producto para cocinarte platos más decentes.

—Pues a mí no me parece buena idea.

—Pero dóminus…

—¡No!

Yo estaba de mal humor y lo amenacé con veinte latigazos

si insistía. Entré en la lectica y cerré las cortinas.

No quería que Servus se ausentara tanto tiempo. En la Herradura, al menos, podía controlar sus movimientos. Recuerda, Proserpina, las palabras que le había oído decir mientras me arrastraban borracho a la cama, en la villa del gobernador Nurcio. Hice llamar a Sitir y, encerrado con ella en la soledad de la lectica, me desahogué.

—¡Tú amenazaste con asesinarme si desairaba a Gea, Servus me quiere muerto, a mí y a todos los patricios, y los Palusi quieren apuñalarme y enterrarme en un hoyo del desierto! ¿Hay alguien en África que no quiera matarme? —clamé—. ¡Y para protegerme solo tengo a una mujer desarmada que por toda vestimenta lleva un anillo de piedra alrededor del tobillo! —La miré a los ojos—. ¡Ni siquiera sé por qué deberías ser fiel a un Tulio! Pero necesito saber si puedo contar con alguien que me cubra las espaldas. Y ahora dime: ¿buscas mi muerte?

—Si así fuera, pollito —contestó ella con su tono de voz aspa, inalterable, suave y duro a la vez—, haría mucho tiempo que habrías dejado de respirar.

Al día siguiente me despertaron de buena mañana unas voces al otro lado del lienzo de la lectica. Era Servus. No gritaba, pero estaba muy cerca de la cortina, y por eso pude oír la conversación que mantenía con Sitir.

El tono de Servus rozaba la exasperación.

—Desde hace mil años los aspa recorren los caminos del mundo auscultando los sentimientos más nobles que emanan de los pechos humanos. Los aspa defienden a los débiles llevando a cabo actos de justicia. ¿Quién lo sabe mejor que tú? —Aquí hizo una pausa; Sitir no dijo nada—. Pero ¡lo que hacéis no es justicia, es caridad violenta! Y la caridad no sirve de nada. La prueba es que, mil años después de que las Piedras Negras escogieran al primer aspa, los pobres siguen siendo pobres y oprimidos, y los ricos son más ricos y más opresores. ¡El mundo es más injusto ahora que nunca!

No era la primera vez que oía a Servus dirigiéndose a Sitir, que lo ignoraba educadamente. Por lo que me parecía entender, Servus discrepaba del uso que hacían los aspa de

sus extraordinarias facultades marciales. (Supuestamente extraordinarias, porque a esas alturas de mi viaje africano yo aún no había visto a Sitir en acción.) En cualquier caso, las diferencias doctrinales entre Servus y los monjes Gea, que le habían costado la expulsión de la orden, eran las siguientes:

Los aspa vagaban por el mundo armados con sus habilidades extraordinarias, tanto físicas como de espíritu. Cuando sus sentidos, agudísimos, detectaban emociones agitadas y a la vez nobles, defendían a los propietarios de esos sentimientos. Si, por ejemplo, unos bandoleros asaltaban la casa de un campesino, y un aspa detectaba el terror del hombre, acudía y mataba a los criminales. Pero los sacerdotes Gea también consideraban que sus creencias religiosas no debían inmiscuirse en los asuntos mundanos; o al menos que no debían bajar a la arena política. ¿Cuál era el problema? Pues que si esa misma familia campesina a la que el aspa había salvado la vida y la casa era expulsada de su granja por un publicano al que no podían pagar unos impuestos del todo abusivos, el aspa no movía ni un dedo en su defensa. Y si ese mismo campesino, desesperado, mataba al recaudador publicano de un golpe de azada, según las normas Gea el aspa no podía hacer otra cosa que contemplar cómo lo crucificaban. Por eso cobraban sentido las palabras recriminatorias que Servus dirigía a Sitir.

—¿Acaso las emociones que emite un pecho angustiado son diferentes cuando lo asalta un bandolero que cuando lo expolia un publicano? —le decía.

Pero Sitir Tra callaba. A este respecto, permíteme que te cuente un detalle muy significativo, Proserpina: ningún aspa siguió a las tropas catilinitas ni formó parte de ellas, aunque, como supe después, Catilina incluso ofreció a los monjes Gea el cargo de pontífice máximo de Roma a perpetuidad y que el culto a Gea se convirtiera en la religión oficial de la República.

Cuando aún estudiaba en el monasterio secreto de Gea, Servus ya vio esa contradicción. Recuerda, Proserpina, que era un hombre culto. Dirigía la biblioteca del monasterio y tenía acceso a todo el pensamiento de nuestra época. Como el monasterio estaba ubicado al oeste de Damasco, allí confluía todo el conocimiento, el de Oriente y el de Occidente. Las

lecturas habían ido forjando en él un espíritu crítico, y la contradicción con la línea oficial de la religión Gea se hizo inevitable. En opinión de Servus, los aspa debían combatir toda injusticia, sin distinciones. También los abusos amparados por las leyes. Pero ya sabemos cómo son los altos sacerdotes de cualquier religión, la de Gea incluida: nunca quieren enfrentarse a los magistrados locales. Si los aspa empezaban a matar publicanos, era cuestión de tiempo, de muy poco tiempo, que la República declarara la religión Gea como enemiga del pueblo y del Senado de Roma. Por eso los monjes expulsaron a Servus, por díscolo y por hereje.

Aparté la cortina y salí de la lectica. Servus, sorprendido por mi aparición, se dio cuenta de que lo había estado escuchando.

—Tu argumentario en defensa de los pobres y los desvalidos, Servus, es perfecto —alegué—. Solo obvias un detalle: la mezquindad humana. —Como vi que no me entendía, seguí—: Tus esfuerzos por convertirte en aspa fueron simultáneos al proceso que te hizo cambiar de opinión sobre la religión Gea. Y ahora dime: si el día de tu iniciación una Piedra Negra se te hubiera adherido al tobillo y por tanto te hubieras consagrado aspa, ¿ahora pensarías así? ¿No crees que, una vez satisfecho el sueño de tu vida, jamás habrías parido estas herejías que tan exaltadamente defiendes?

Enrojeció, sofocado por la ofensa. Me miraba con odio, pero a un joven patricio el odio de un esclavo no le daba miedo ni le dolía.

—Como no pudiste ser aspa, odias a los monjes Gea, y como eres un servus, odias a los dóminus. La raíz de tu odio no es el afán de justicia, sino solo tus frustraciones. Pero, como eres un hombre culto, lo disfrazas con principios nobles y elevados.

Me fijé en Sitir. ¿Qué pensaba de ese debate? Era imposible saberlo. Estaba sentada en una roca, meditando con las piernas cruzadas y los ojos medio cerrados, ajena al mundo, o quizá auscultando emociones invisibles que flotaban por el aire del desierto como nubes en el cielo.

Nos interrumpió una agitación: de repente, los cazadores que estaban dentro de la Herradura, alertados, empezaron a moverse, deprisa pero sigilosos. El que estaba haciendo

guardia en el murete de troncos situado frente al Agujero de la Mantícora había visto algo y les advertía con gestos de la mano y chasquidos labiales. Los Palusi fueron hacia allá, y yo también. Nos tumbamos en el suelo, escondidos tras la barrera de ramas espinosas, para poder observar el agujero que teníamos a cien pasos. Y lo que vimos, Proserpina, nos heló la sangre.

Allí, en la distancia, se movía algo. Una criatura que devoraba el cuerpo de nuestro anzuelo humano, el Corcillo. Una bestia de cuatro patas. De color negro. La cabeza gris. Estaba mordisqueando el cráneo del muerto, e incluso a esa distancia oíamos los crujidos estremecedores de los huesos rompiéndose.

Había que reconocer una cosa: la descripción que había hecho Qal era bastante exacta. Tenía el lomo lleno de pequeñas escamas negras y la cabeza era un óvalo gris y pelado. Como estábamos lejos, nos resultaba difícil distinguir más detalles. Solo había una cosa fuera de toda duda.

—Eso no es una pantera —dije a los Palusi en un susurro para que la bestia no me oyera.

Pese a la distancia, era imposible no sentir un temor difuso. Porque aquello, Proserpina, no era una mantícora ni era una pantera. Y fuera lo que fuese, no era de nuestro mundo. Justo cuando había acabado de decirlo, clavó los dientes con más ganas aún en el cráneo del Corcillo. El chasquido de huesos se extendió por toda la Herradura mientras el cuerpo del esclavo muerto, sacudido por aquellas mandíbulas implacables, se revolvía como si aún estuviera vivo.

No quise seguir mirando. Adad tampoco. Tenía los ojos fijos en el suelo, preocupado y pensativo.

—¿Habíais visto alguna vez algo parecido? —pregunté.

—No —respondió sin levantar la vista—, pero, sea lo que sea, supongo que valdrá aún más dinero. Los romanos ricos se mueren por las novedades.

—¿Y ahora qué? —preguntó Baltasar.

Estaba claro que Adad ejercía de sufete. Propuso un plan.

—Utilizaremos las redes —dijo—. Enviaré a nuestro hombre más alto y fornido, Usbaal, al otro lado del Agujero de la Mantícora. Una vez allí, saldrá haciendo aspavientos. El animal, asustado, o por lo menos sorprendido, correrá en la

dirección contraria, es decir, hacia nosotros. Entonces le lanzaremos un par de redes grandes por encima, y será nuestro.

Contado así, parecía sencillísimo. El tal Usbaal, en efecto, era un pedazo de púnico más alto que el coloso de Rodas. Para darle más envergadura le pusieron un casco de cuero plomado que le añadía tres palmos de altura.

Voluminoso, pero silente, Usbaal inició un largo rodeo escondiéndose detrás de las irregularidades del terreno para que la bestia no lo viera. Los demás sufríamos por si el animal acababa su festín y se marchaba antes de que Usbaal hubiera llegado a la posición idónea. No fue así. Entretanto, los cazadores de los Palusi desenrollaron unas redes inmensas y de trama bastante apretada. Ciertamente, solo había que ver cómo las manipulaban para constatar que eran buenos reciarios. Se situaron formando dos parejas. Cada una sostenía una red. Salieron de la Herradura: dos fueron hacia la derecha, y los otros dos hacia la izquierda, muy discretamente. La idea era que cuando el animal viniera hacia nuestra posición, le cayera encima una red por cada lado.

No tardamos en ver la señal acordada: el asta de una lanza moviéndose arriba y abajo detrás de unos matorrales al otro lado del Agujero de la Mantícora. Quería decir que Usbaal estaba preparado.

—Es él. Todo el mundo atento —ordenó Adad cogiendo una jabalina y levantándola también para confirmar que habíamos entendido el mensaje.

Entonces Usbaal salió de su escondite aullando, con el casco en la cabeza, los brazos abiertos, una lanza en una mano y un pequeño escudo redondo en la otra.

—Las bestias, por fuertes y temibles que sean —explicó Adad—, siempre prefieren huir antes que luchar, porque saben que una herida podría incapacitarlas. Por eso solo combaten cuando no tienen alternativa. A diferencia de los hombres, que deben defender el honor y la dignidad.

—Eso lo dices porque nunca has estado en el Senado de Roma —ironicé.

Se rio. Pero su lógica era correcta. La aparición repentina y ruidosa de Usbaal sin duda la ahuyentaría. Por instinto, echaría a correr hacia nosotros y, cuando ya estuviera cerca,

los reciarios la atraparían. Bien, pues lo que pasó, querida Proserpina, es que habíamos cometido el más elemental y al mismo tiempo imprevisible de los errores: no era un animal.

Habíamos visto a una criatura cuadrúpeda, en efecto. Pero solo la habíamos visto de lejos y mientras comía en el suelo. Cuando Usbaal y su casco plomado aparecieron, se puso de pie. ¡Erguida! ¡Sobre dos piernas! Era un ser de medidas prácticamente equivalentes a las de los humanos. Quizá tenía las extremidades más largas que nosotros en proporción al tronco, pero eso era todo. Y lo que nos habían parecido escamas, Proserpina, era una cota de malla de color negro sobre una piel de un gris cenizo. El cráneo, desnudo y ovalado, resplandecía, orgulloso, bajo el sol africano. Ahogamos todos un grito.

Pero el que se enfrentaba al monstruo no era ninguno de nosotros, sino Usbaal. Porque esa cosa no huyó. ¡Después de levantarse, se abalanzó sobre el gran Usbaal!

Antes de que el pobre hombre pudiera reaccionar, ya le había arrancado un trozo de cara con los dientes. Se movía con la agilidad de una araña y la ferocidad de un tiburón. Entendimos que estaba matándolo, que nadie podía resistir el dolor de una mordedura así ni recuperarse de una herida como esa.

En un acto de valor que lo honraba, Adad dio un grito y saltó el modesto muro de troncos y espinas para correr a salvar a su hombre. Baltasar lo siguió de inmediato y, detrás de él, los demás cazadores.

Como todo el mundo había corrido a ayudar a la víctima, me sentí obligado a participar en el rescate. Grité a Servus:

—¡Mi espada! ¡Deprisa!

No era una cuestión de valor, sino de honor: o me sumaba o perdería todo el respeto que esos hombres pudieran tenerme.

Estábamos demasiado lejos del Agujero de la Mantícora y de Usbaal. Fue una carrera inútil. Nadie habría podido sobrevivir a un ataque como ese. Tres hileras de dientes puntiagudos ensañándose con una cara. Lo que más recuerdo, Proserpina, es la actitud de esa criatura, su mirada inteligente. Cuando vio a todos esos hombres furiosos cargando contra ella, no perdió los nervios. En absoluto. Se

quedó plantificada, como si calculara cuántos éramos y midiera nuestras fuerzas. Sus ojos eran el doble de grandes que los nuestros; nos miraron con una mezcla de odio y disgusto, como quien observa un estorbo impertinente. Pero lo peor era la boca: un agujero sin labios que chorreaba sangre. Entreabrió dos mandíbulas flexibles como las de una serpiente y, a pesar de la distancia que todavía nos separaba, pudimos ver las tres hileras de dientes superpuestas. Después, con la lenta dignidad propia de los reyes y de los gatos, se sumergió en el Agujero de la Mantícora y la perdimos de vista.

Cuando llegamos, Usbaal ya estaba más que muerto, con la cara triturada por cien caninos. Sus amigos se echaron a llorar. Los Palusi maldijeron el cielo y la tierra e invocaron al dios Baal.

Yo, una vez más, me di cuenta de que había incurrido en un marcial ridículo: no habría podido blandir el gladius contra ese monstruo ni aunque hubiera querido, porque con las prisas me lo había llevado con la piedra amoladora todavía clavada en la punta.

Y así fue, querida Proserpina, nuestro primer encontronazo con el tectón o tectónico.

6

Ese mismo día, y coincidiendo con un bello crepúsculo, los hermanos Palusi y sus cazadores incineraron a Usbaal en una pira funeraria en la que no ahorraron troncos. No podían ofrecer a su compañero muerto más honores: en ese paraje perdido, el único bien que abundaba era la madera muerta.

Dispusieron el cadáver encima de la gran pira, con la cara tapada con una gasa para que no se vieran las escalofriantes heridas, y depositaron al lado todas las pertenencias del difunto: me emocionó que fueran tan pocas y pobres, pobrísimas. Encendieron el fuego cuando el día llegaba a su fin. En esa región, Proserpina, los ocasos eran intensos, porque así suelen ser las cosas en los límites olvidados del mundo: un horizonte vasto y un cielo violeta, que se mezclaron con el azul y el granate de las llamas. Y mientras el difunto se consumía, los cazadores lloraban y se echaban puñados de tierra en la cabeza.

Sitir lo contemplaba desde una roca algo apartada. Estaba sentada como una rana, con los brazos en medio de las piernas, y era imposible saber si sentía curiosidad o estaba compungida.

—¡La culpa es mía! —gritó Adad cuando todo se hubo reducido a cenizas. Y después de decirlo corrió a esconderse en su pequeña tienda de piel de cabra.

Lo que pasó entonces, Proserpina, me causó la más admirada de las sorpresas. Porque en Roma los competidores de un magistrado utilizaban inmediatamente todo error, fracaso o debilidad para acusarlo, con o sin razón, y a continuación desbancarlo y reemplazarlo. Pues bien, la reacción de esos cazadores púnicos fue mucho más propia de guerreros macedonios. Corrieron todos hacia la puerta de la tiendecita de piel caprina y suplicaron a Adad que saliera de allí, insistiendo una y otra vez en que él no tenía la culpa.

(Uno de los héroes más reconocidos en el mundo de antes del Fin del Mundo, Proserpina, era un rey griego, un tal Alejandro que durante cierta discusión etílica mató sin querer a un amigo suyo. Se recluyó en su tienda real, atormentado por los remordimientos, y solo salió cuando su ejército se lo exigió por aclamación.)

Digo, Proserpina, que entre los patricios de Roma, que nos considerábamos los óptimos de entre los hombres, era habitual derribar al más fuerte, tanto si estaba justificado como si no, cada vez que se presentaba la oportunidad. Esos hombres reunían los tres atributos insidiosos que todo el patriciado romano despreciaría: pobres, plebeyos y provincianos. Sin embargo, su conducta era mucho más noble que la nuestra: amparaban como a un amigo al sufete al que habían otorgado la potestad de mandar. Baltasar era el único que había entrado en la tienda, porque no cabía nadie más y porque era su hermano, pero los demás no se movían de allí, como si el dolor los uniera con un vínculo tan fuerte como la sangre.

En cualquier caso, yo empezaba a entender que los africanos se tomaban mucho más tiempo para vivir el dolor y las pasiones, y cuando se hizo de noche decidí recluirme en mi lectica. Mientras me dirigía a ella pasé por delante de la modesta peña desde la que Sitir contemplaba a los púnicos. Seguía en esa actitud de observación afligida.

—Si es verdad que lees las emociones como los demás hombres leemos los libros, debes de estar disfrutando de lo lindo con esta escena —comenté, sarcástico.

No me contestó. De hecho, ni me miró.

Al día siguiente Adad seguía tozudamente recluido en la tienda, con la cara escondida debajo de una tela fina que le cubría toda la cabeza, sordo a los reclamos de su hermano y de sus hombres para que saliera y volviera a dirigirlos como sufete del grupo.

Yo me impacientaba. Si quería apoderarme de la criatura necesitaba la experiencia de los hermanos Palusi. Y es que mi propósito de volver victorioso ante mi padre (y que otros hicieran el trabajo por mí) se mantenía incólume. De hecho,

que no se tratara de una simple pantera, sino de un ser extraordinario, no haría sino incrementar el eco de mi triunfo. Pero mientras Adad seguía recluido, su hermano Baltasar, que era más impulsivo, salió de la tienda y se entregó a una serie de aspavientos vehementes: furioso, juraba a Baal que mataría al monstruo y rubricaba sus juramentos haciéndose cortes en los antebrazos. No será necesario que diga, Proserpina, que a mí no me interesaba que Baltasar convirtiera nuestro negocio en una venganza privada.

—¡Reflexiona! Nadie te pagará ni un as por un cadáver —alegaba yo para disuadirlo—. Además, no tenemos salmuera para conservarlo. Con este calor, cuando lleguemos a Útica solo será un trozo de carne podrida.

—Esto ya no es una cuestión de dinero —bramaba Baltasar —. ¡Mataremos a esa bestia, o lo que sea!

Resultaba difícil mantener una discusión con un hombre que acababa de perder a un amigo. Pero yo, sencillamente, no podía tolerar sus propósitos. Fuimos subiendo el volumen de la voz hasta el punto de pelearnos. Detrás de Baltasar empezaban a tomar posiciones sus cazadores, preparados para intervenir si había bronca. Y yo entendí que sí, que Baltasar se atrevería a agredir a un noble romano, cuando me di cuenta de que Sitir se colocaba detrás de mí. Pero entonces alguien intervino.

—Tiene razón.

Era Adad. Por fin había salido de la tienda de piel de cabra. Baltasar no daba crédito a lo que oía. En efecto, Adad rebatió todos sus argumentos pasionales.

—Usbaal tenía cinco hijos. Y ahora dime: ¿qué crees que preferirá su viuda? ¿La cabeza del monstruo o una bolsa llena de oro?

Baltasar se indignó.

—Si me hubiera matado a mí —gritaba—, ¿también cambiarías mi vida por un puñado de monedas romanas?

Pero Adad fue lo bastante hábil para pedir su opinión a los demás cazadores, uno a uno. Antes de responder todos miraron al suelo, avergonzados, pero uno tras otro dieron la razón a Adad. Todos tenían familia, y todos antepusieron el bienestar de los suyos a cualquier honor.

—¡Tratar con este romano está haciéndote perder el oremus! —bramó Baltasar dirigiéndose a Adad, vencido—. ¡Estarás contento, Marco Tulio! —añadió mirándome con los ojos encendidos—. Has conseguido algo más prodigioso que cualquier bestia mítica, algo que nunca había pasado: ¡que me pelee con mi hermano!

Y, dicho esto, se alejó de la Herradura, sulfuradísimo, soltando exclamaciones en púnico. Como Qal estaba cerca, le pedí que me lo tradujera.

—Maldice a nuestros bisabuelos por haber perdido la guerra contra Roma —explicó.

Yo me burlé, con aires de suficiencia romana.

—Más le valdría maldecirlos por haberla empezado.

A partir de ese instante, en la Herradura no se habló de otra cosa que del asesino de Usbaal. Y es que los cazadores púnicos, querida Proserpina, habían empezado a referirse al monstruo como Caputfaba. Sí, en latín. Era una expresión que quería decir más o menos «cabeza de haba», en referencia a su cráneo pelado y alargado. En fin, la plebe es así. Supongo que poniéndole un apodo coloquial, ofensivo e irrisorio querían expulsar el miedo que nos causaba. El problema, Proserpina, es que los hombres inevitablemente tienden a simplificar, y «Caputfaba» fue acortándose tan deprisa que a la hora de cenar ya se había quedado en «Caput», que aún era más intimidador, porque *«caput»* significa «cabeza», y cada vez que alguno de nosotros pronunciaba esa palabra teníamos la sensación de que una gran mente nos acechaba desde algún lugar invisible y cercano.

Y así llegó la noche, y con ella los horrores de las tinieblas. Porque era luna nueva, y la oscuridad cayó sobre nosotros como una ceguera. La noche refrescó las pasiones dentro de la Herradura. La ira y la tristeza de los cazadores fue transmutándose en recogimiento. Mis servus se habían apiñado como un rebaño humano alrededor de su hoguera: aunque disimularan bromeando, tenían miedo. Y yo aún más que ellos. Porque el Caput estaba en algún sitio, muy cerca, rondando por esa noche negra y espesa como un océano. Y lo único que nos separaba de él era una barrera inconsistente de

ramas y pinchos de arbustos.

Fue la primera vez, Proserpina, que me hice la eterna pregunta de los viajeros involuntarios: «¿Qué hago yo aquí?». Y la respuesta es que el viajero a la fuerza nunca, jamás en la vida, debe hacerse esa pregunta. «¿Qué hago yo aquí?» Preguntárselo pone en cuestión nuestro pasado y hace que se tambalee nuestro futuro. Nos aboca y nos empuja a la desesperación.

Ordené a los esclavos que encendieran un par de hogueras más para que al menos estuviera iluminado todo el recinto de la Herradura. Acababan de encender un fuego junto a la entrada cuando vimos aparecer a alguien, una figura antropomórfica. Yo estaba muy cerca de ese flanco desprotegido y recuerdo que el miedo me heló como si hubiera llegado un frío repentino. Pero no era el Caput. Era Baltasar, que volvía. El paseo solitario por los páramos había apaciguado su ira, al menos un poco. Me miró. Yo, estúpido de mí, dejé traslucir mis miedos intentando justificar la orden de encender todos esos fuegos.

—Los bandoleros, la banda de esclavos fugitivos de Torques que ronda por el desierto… —me justifiqué tartamudeando—. Así los veremos si se acercan…

Se limitó a hacer una mueca de desprecio.

—Sí, claro… bandoleros… —dijo sin detenerse siquiera al pasar por mi lado.

Se burlaba de mis temores, y eso me sulfuró, pero me contuve. No quería más broncas con él.

Al poco rato estábamos todos reunidos alrededor de la hoguera más grande, lo más cerca del fuego que podíamos. A mi derecha estaba sentado Servus; y a la derecha de Servus, Qal. Y, por increíble que parezca, ¡hacían manitas! Qal jugaba con los dedos de Servus, que rechazaba discretamente los intentos de Qal de rodearle la cintura y apoyar la cabeza en su pecho. Es cierto que el amor es como las arañas, Proserpina: ambos pueden habitar los lugares más recónditos.

Entonces, más inquietudes: unos relinchos animales, nada discretos, al otro lado de nuestra precaria murallita vegetal.

—¿Lo oís? —me alarmé, poco digno de mi linaje.

—Solo son hienas —dijo Baltasar, tan tranquilo. Miraba las llamas masticando ese pan sólido y redondo de los púnicos.

Debes saber, Proserpina, que la hiena es el único animal que se ríe. Los cazadores estaban acostumbrados a las hienas, pero yo no. Esas risas bestiales me hacían estremecer. Y a juzgar por el volumen debía de haber un buen grupo rodeando la Herradura.

—Pero ¿qué hacen aquí?

—La culpa es tuya —dijo Baltasar.

—¿Mía?

—A los muchachitos de Roma quizá os cuenten que el fuego aleja a los animales salvajes, pero es al revés. Los atrae. Sobre todo a las hienas. Suelen cazar a los animales que huyen de los incendios. Por eso vienen. Porque has encendido fuegos por todas partes.

Baltasar hacía que me sintiera como un idiota. De repente, las risas animales enmudecieron. De golpe. Y eso aún me asustó más: ¿por qué se habían marchado las hienas? ¿Qué podía ahuyentarlas a ellas, las reinas de la noche? No podía disimular mi inquietud: sin separarme ni un centímetro del fuego, giraba la cabeza a derecha e izquierda buscando inútilmente con los ojos, porque más allá del triste círculo protector de ramas no se veía nada. Nada de nada. Recuerda, Proserpina, que Servus estaba sentado entre Qal y yo, y que Qal lo miraba con ojos de miel y le hacía carantoñas. Ahora Baltasar chupaba el tuétano de un antílope y sonreía con expresión burlona.

—¿Se puede saber por qué te ríes? —le pregunté, ofendido.

—Porque ahora mismo estaba pensando que Servus está sentado entre el miedo y el amor —me contestó, socarrón.

Todos los cazadores presentes estallaron en una carcajada espontánea, grosera y casi bárbara. Pero yo era el hijo de mi padre, no podía tolerar la burla. Por otra parte, Proserpina, todavía era un chaval, y los chavales actúan sin pensar. Sí, se puede ser cobarde y a la vez impulsivo. La prueba es que me puse de pie berreando «¿Qué os habéis creído?», o «¡Ahora veréis!», o alguna imbecilidad por el estilo, cogí mi espada y salí de la Herradura, decidido a matar al Caput, o vete a saber a qué. Ni yo mismo lo sabía. Y esa noche, Proserpina, aprendí una gran lección: que si un hombre está al frente no puede hacer ninguna tontería, porque si la hace, no hay nadie que pueda detenerlo.

Antes de haberme dado cuenta ya estaba fuera de la Herradura, perdido en una oscuridad abismal, en medio de una neblina casi aceitosa. Mi único contacto con el mundo eran las suelas del calzado, que pisaban un suelo duro y seco. No veía nada. El furor me había llevado lo bastante lejos para que el terreno me ocultara el resplandor de nuestras hogueras. Y allí en medio, solo, perdido en un desierto sin luces, lo percibí. A él. Al Caput.

Estaba allí, muy cerca de mí. No, no podía verlo. No me preguntes por qué sabía que estaba allí, por qué lo notaba. Pero lo sabía, sabía que estaba allí. Muy cerca. En algún punto de esa oscuridad.

Nunca, Proserpina. Nunca había sentido un terror como ese. Corté el vacío con la espada. Él me observaba. Estaba fuera del alcance de mi arma, pero allí mismo. Recordé sus ojos, grandes como manzanas: seguro que por la noche veían más que los de las panteras. Y yo, perdido en medio de la nada, a merced de sus colmillos triples. ¿Cómo podía ser tan estúpido? Y lo peor de todo, Proserpina, aún no había llegado: su voz.

—Maaaarrrrccccoooo…

Si los cuervos hablaran tendrían esa voz. Un sonido arrastrado, como si hablara con la boca llena de clavos. Era él. Nos había espiado. Incluso me conocía por mi nombre. Lo pronunciaba mal, pero no había ninguna duda: el monstruo decía mi nombre.

—Maaaarrrrccccoooo…

Me duele confesarlo, Proserpina, pero me oriné. Así fue.

Solo me salieron unos chillidos de ratón. Ni el terror ni la cobardía me hicieron perder la lucidez: sabía, me constaba, que en mi situación toda defensa sería inútil. Si el Caput había asesinado a un gigante como Usbaal en un abrir y cerrar de ojos, ¿qué no haría conmigo? Me dejé caer al suelo y me enrosqué sobre mí mismo. Gemía como un viejo y lloraba como un niño. Moriría solo, de noche, en un desierto sin nombre.

Hasta que oí esa voz.

—Dame la mano.

Era Sitir.

—Suelta la espada o te herirás a ti mismo, y dame la mano.

Levanté la cabeza. Los átomos de luz que desprendían las estrellas nocturnas me permitieron ver sus dedos, su perfil desnudo. Obedecí. Extendí la mano, tiró de ella, me levantó del suelo y me guio como habría guiado a un ciego.

Cuando ya casi estábamos entrando en la Herradura oímos los chillidos. Un griterío atronador.

Durante mi ausencia se había consumado la desgracia: el monstruo había excavado un túnel por debajo de la triste murallita de ramas y, escondido en la oscuridad, se había llevado a uno de mis porteadores. Al oír los gritos del esclavo, los Palusi y sus hombres reaccionaron de inmediato y corrieron hacia allí. Al verse acosado, el monstruo dejó a su víctima, pero el daño ya estaba hecho.

Imagínate, Proserpina, un pozo lleno de cocodrilos hambrientos. Imagínate que sumergimos a una persona un momento y la volvemos a izar. Así estaba ese pobre diablo. Donde se habían clavado las tres hileras de dientes, la carne estaba arrancada hasta el hueso. Agujeros de un palmo, de dos palmos de ancho. Tenía mordiscos en los muslos, las nalgas y el pecho. Le faltaba un pie entero, y el otro le colgaba de un hilo de piel ensangrentada. Al saberse perseguido, el monstruo había deducido que no podría comerse tranquilamente a su víctima y había tenido que conformarse con unos cuantos bocados apresurados. Nuestro entendimiento no podía asimilar esa avaricia de carne, esa ansia devoradora; era demasiado terrorífica para nuestros ojos.

—Por los sagrados testículos de Baal… —clamó Adad mirando el cuerpo mutilado del servus—. Se levanta y camina como un hombre y devora como una fiera. ¿Qué es?

Y quizá había algo aún peor que el instinto asesino del monstruo: que su ferocidad estaba guiada por una sabiduría calculada. Era demasiada casualidad que el ataque hubiera coincidido con la ausencia de Sitir de la Herradura. (Recuerda, Proserpina, que en ese momento había salido a buscarme.)

El servus sufrió una agonía espantosa. Murió de madrugada, su vida acabó justo cuando empezaba el día. Creo que era ilirio, o de algún sitio así.

Esa mañana, cuando estaban todos alrededor del fuego preparando el desayuno, salí de la lectica y anuncié:

—Me vuelvo a Roma.

Lo ocurrido la noche anterior me había hecho tomar la determinación. Había llorado de miedo y me había rescatado una mujer. ¡A mí, un optimate! (¡Una mujer! No puedes entender, Proserpina, la humillación que significaba para un hombre romano.) No, ciertamente, no bastaba con vestir la toga viril para dejar de ser un muchachito. Ni podía soportar mi vergüenza, ni podía culpar a nadie.

—Emprendí este largo viaje para ascender en el escalafón del honor, pero solo he conseguido hundirme en la ignominia más baja —dije en un arrebato de sinceridad.

Mi decisión cogió a los Palusi y los suyos por sorpresa.

—No os preocupéis —los tranquilicé—, mantengo mi promesa. Si conseguís cazar al Caput, poneos en contacto conmigo, en Roma, y haré las gestiones necesarias para que podáis venderlo al mejor precio. Adiós.

Servus protestó. Por algún motivo (que tardé años y años en entender), no quería abandonar esos eriales asesinos. Yo volqué mis frustraciones en él.

—Es obligación de un esclavo secundar y acompañar a su dóminus; ¡hasta la muerte, si es necesario! ¡Y no recuerdo que anoche movieras el culo de la hoguera para seguirme y ampararme!

Estaba a punto de azotarlo cuando Adad dio un paso hacia mí y dijo:

—Quédate, por favor. Te lo rogamos. —Como era habitual en él, hablaba en plural, incluyendo a su hermano. Pero Baltasar callaba; seguía resentido conmigo. Adad añadió—: A los hombres no les gusta que les mande alguien que no sea un noble.

Era una frase de Lisandro. Un plebeyo de provincias como Palusi, naturalmente, no sabía ni quién era el gran Lisandro, pero eran palabras muy adecuadas en esa situación.

A ti, Proserpina, te costaría entender cómo funcionaba el mundo de antes del Fin del Mundo. Pero así era el orden de las cosas, que los hombres asumían como algo tan inmutable y natural como las madrugadas o los atardeceres: si los

esclavos eran menos que muebles, los patricios éramos mucho más que dirigentes. Cualquier empresa de magnitud debía estar presidida por un aristócrata. Una cosa era salir a cazar panteras, y otra muy distinta enfrentarse a un monstruo. Necesitaban a alguien de renombre que apadrinara una gesta tan grande, a un noble que la validara a ojos de la ley y de los magistrados romanos. Y por los alrededores solo había un noble: el hijo de Marco Tulio Cicerón.

Apoyé una mano abierta en el pecho de Adad. Aunque tenía pensado matarme, ese individuo tan capaz me caía bien.

—Eres un buen sufete para tus hombres —dije—. Has cazado muchas piezas sin mi apoyo. Y además, contra esto, sea lo que sea, yo no puedo ayudarte.

Unos pasos más allá, Sitir. Pese a su habitual contención gestual, cualquiera podía ver que no estaba satisfecha con mi decisión.

—No pongas morros —dije—. Mi padre te recompensará por haberme salvado la vida.

—En efecto, te he salvado, pero no ha servido de nada. No te he acompañado hasta aquí para que ahora vuelvas a Roma.

—¡Y yo qué demonios sé por qué vienes detrás de mí! ¡Dímelo tú!

—No lo sé. Cuando el hecho ocurra, lo sabré.

—¡Bravo! —exclamé aplaudiendo con acritud—. Desde que nos conocemos es la primera vez que me diriges más de cuatro palabras seguidas.

Era inútil perder el tiempo con ella: las personas se guían por una lógica racional, mientras que ella seguía una lógica de emociones traducidas que yo no entendía. Subí a la lectica. Qal reemplazaba al último porteador muerto. Cerré las cortinas, sin despedirme, e iniciamos la marcha.

Poco después de salir de la Herradura hice detener el vehículo. No, no había cambiado de opinión. ¿Quieres que te diga qué me detuvo, Proserpina? Dos cosas. La primera y más importante: mi padre.

Simplemente, no podía volver con las manos vacías. Sobre todo porque, cuando te miraba con esa cabeza poderosa, con ese cuello de toro, era imposible mentirle. ¿Qué le diría? ¿Que una mujer desnuda, con una × en el torso y otra en el pecho, era más valiente que su primogénito?

Y el segundo obstáculo que me impedía irme era precisamente ella, la propia Sitir.

Justo cuando salíamos de la Herradura, había abierto un poco la cortina y la había visto en una gran peña. Tenía el sol detrás: sus caderas lo eclipsaban. Me miraba frustrada, irritada, con los puños apretados.

Sus poderes bélicos, que de momento no había tenido ocasión de comprobar, tal vez fueran un fraude, pero le debía la vida. Era irrefutable. Ahora su figura, sus perfiles desnudos, femeninos y guerreros a la vez, destilaban una grandeza imposible de definir. Creo, Proserpina, que fue en aquel momento, observando cómo me miraba, decepcionada, desde el horizonte, cuando sentí por primera vez algo intenso y sincero por ella. Sí, qué belleza, de cuerpo y de espíritu.

Sitir Tra no tenía nada que ver con ninguna mujer a la que hubiera conocido; estaba, de hecho, en las antípodas de la típica matrona romana, púdica y de carnes abundantes. Y mira por dónde, Proserpina, esta inversión total de nuestro canon era precisamente lo que empezaba a hacerla atractiva a mis ojos.

Ordené a los porteadores que dieran media vuelta. Volvimos a la Herradura, salí de la lectica y me coloqué delante de los Palusi y los cazadores.

—Está bien, me quedo —anuncié con un resoplido, como quien hace una gran concesión—, pero con una condición: a partir de ahora, y hasta que esto acabe, aceptáis públicamente ser mis clientes, y en consecuencia me obedeceréis en todo.

Manifestaron su alegría y su aprobación, con Adad a la cabeza. Baltasar no. Tampoco se opuso; simplemente se mantuvo al margen. Y para rebajar un poco la tensión, añadí una nota de humor suburriano.

—Cumpliréis mis órdenes fielmente. Ahora bien, si vuelvo a adentrarme en el desierto, a media noche y solo, os lo advierto: crucificaré a todo aquel que no me detenga.

Se dieron un hartón de reír. Pero ahora se reían conmigo, no de mí.

Quedaba Sitir. No tenía ninguna obligación de manifestarme su opinión, pero lo hizo. Se fue acercando al estilo aspa, en línea recta y mirándome a los ojos. Se detuvo a solo un palmo de mi nariz, y por primera vez no me trató de

«pollito».

—Marco Tulio: me alegro.

Nada más. Y se alejó. Yo me reí.

—¡Tanta efusión me desconcierta!

El resto del día, los Palusi y los cazadores se dedicaron a fabricar y poner trampas por los alrededores del Agujero de la Mantícora. Era la nueva estrategia que habíamos decidido seguir. Yo había dado el visto bueno, porque los entendidos en cacería eran ellos, aunque no tenía mucha fe.

—No caerá en ninguna trampa, es tan inteligente como nosotros —le decía a Adad.

Pero él no lo veía así. Seguía considerándolo un simple animal.

—Camina sobre dos patas —argumenté—. Lo viste tan bien como yo.

—Y los osos también, y los avestruces, y solo son bestias.

—Por la noche, en el desierto —insistí—, oí que pronunciaba mi nombre. El Caput habla; y si habla, piensa.

—No, no puede ser: creías que estaba todo perdido y te imaginaste cosas. Cualquiera diría que las hienas ríen, y solo son relinchos. Con el monstruo viene a ser lo mismo.

Estuvieron muy atareados toda la mañana. Al mediodía hicieron una pausa para comer un bocado. Estábamos todos reunidos en el centro de la Herradura cuando uno de los cazadores preguntó, alarmado:

—¿Dónde está Urnyul?

No estaba. Después del desconcierto inicial llegaron las carreras: todo el mundo gritaba el nombre del desaparecido y lo buscaba en las tiendas de piel de cabra. Sitir detuvo esa conmoción inútil. Se dirigió al cazador que compartía tienda con el tal Urnyul, levantó una mano y le exigió:

—Tú. Tráeme algo de Urnyul.

El hombre obedeció con presteza. Al momento, Sitir tenía entre las manos uno de esos pañuelos que utilizaban los púnicos para protegerse el cuello y la cabeza de las inclemencias del tiempo. Se acercó la miserable tela al cuerpo. Recuerda, Proserpina, que los aspa debían su nombre a la gran × que tenían dibujada en el pecho y la espalda.

Bien, pues Sitir se colocó la tela, agarrándola aún con las dos manos, justo en el centro de la ×, entre sus pequeños pechos. Se quedó así un rato, con la cabeza gacha, y al final levantó la mirada y, en un tono de voz que sería la envidia de cualquier maestro estoico, anunció:

—Urnyul está muerto.

Los Palusi y sus hombres soltaron un gemido colectivo. Como todos los plebeyos, tanto si eran italianos como si eran africanos, los cazadores creían ciegamente en los poderes de los aspa, y ni por un instante dudaron de que su dictamen pudiera no ser cierto.

Sitir levantó el brazo izquierdo con la mano abierta. Los cinco dedos empezaron a moverse como si bailaran una danza caótica, cada uno por su cuenta. Parecía que se movían al margen de su voluntad. Pero enseguida se agruparon juntando las puntas, como si formaran un pico, y señalaron hacia un punto en concreto, una especie de duna sólida.

Todos los cazadores corrieron hacia allí. Sitir, Servus y yo, también. Escalamos la duna, muy muy inclinada, y cuando llegamos a la cima nos detuvimos en seco: el monstruo estaba a unos trescientos pasos, devorando el cadáver del pobre Urnyul.

Baltasar no pudo reprimir el impulso de saltar hacia delante para cargar contra el monstruo con su pobre machete. Adad, Sitir y yo lo tiramos al suelo agarrándolo por las piernas, los pies y las caderas.

—¡Por el culo de Baal! —lo riñó su hermano—. ¿Se puede saber qué te pasa últimamente? ¡Contrólate!

—¡El Caput está allí, nosotros aquí! —se desesperaba Baltasar—. ¡Ataquémoslo y quitémoslo de en medio para siempre!

—Lo correcto es aprender, aunque sea del enemigo —dije yo recordando las palabras del viejo Ergaster—. Ahora podemos espiarlo sin que nos vea, y quizá así descubramos la mejor manera de atacarlo.

Verdaderamente, Proserpina, el monstruo estaba regalándose el más tétrico de los festines. Como creía que estaba solo, disfrutaba devorando su pieza. Y lo hacía de forma ordenada, sistemática: toda la carne, desde el cráneo hasta la cintura, ya había desaparecido. Solo quedaban

huesos pelados, algunos triturados. Era una visión espantosa. Como el Caput comía a cuatro patas, como una fiera, Adad insistió en el carácter animal de la criatura. No tardó en tener que admitir su error: en determinado momento el monstruo se puso de rodillas. Expuestos al sol, el mentón, el cuello y el pecho brillaban con el rojo de la sangre. Sostenía en una mano el corazón de la víctima, y en la otra el cerebro, perfectamente enteros, y se deleitaba mordisqueándolos alternativamente mientras emitía un ronquido ominoso de gato satisfecho.

—¿Conoces algún animal que tenga platos preferidos y los deguste con sumo placer? —pregunté a Adad—. ¿Has visto alguna vez una bestia que sea un sibarita de la antropofagia?

Escondimos la cabeza detrás de la duna y celebramos un consejo. Yo propuse un plan sencillísimo: dividirnos en dos grupos, rodearlo y atacarlo por ambos flancos. Todo el mundo estuvo de acuerdo.

Una vez decidida la estrategia, seguimos observando al Caput un rato, horrorizados y fascinados a la vez. ¿Qué era ese ser? Sus formas y su carácter escapaban a nuestra comprensión. No era solo esa mandíbula flexible que se abría como un cepo para permitir que las tres hileras de dientes trituraran con ímpetu estremecedor. Lo que resultaba realmente espantoso, Proserpina, era un detalle que revelaba su carácter: la glotonería. Urnyul, la víctima, era un hombre de complexión normal. El monstruo no había tenido suficiente con la carne y seguía mascando los huesos.

Por desgracia, cuando ya estábamos ultimando los detalles de nuestro plan de ataque, apareció él, Qal. Caminaba por la cresta de la duna, medio bailando y medio haciendo equilibrios.

—¿Servus? ¿Servus? ¿Dónde estás? —Y con vocecita melosa—: ¡Seeeervuuuussss!

Me escandalicé.

—¿Y ahora de dónde sale este idiota?

Como es lógico, el Caput advirtió nuestra presencia. Se levantó, con la espalda erguida y todos los sentidos alerta. Ya te he dicho, Proserpina, que estaba lejos de nosotros: unos trescientos pasos. Esa distancia hacía inútiles las flechas y las jabalinas. Y entonces me di cuenta de que Sitir tensaba toda

su musculatura.

—¿Qué quieres hacer? —pregunté—. Está demasiado lejos.

Pero ella no me hizo caso: salió disparada, duna abajo. Al verla llegar, el Caput soltó un bramido indignado y echó a correr en dirección contraria.

Una vez, un rico romano nos invitó a mi padre y a mí a una de sus lujosas fincas para lucir su última y exótica adquisición: un par de guepardos. El talento de esas bestias, Proserpina, era la velocidad. Los esclavos liberaban ágiles y veloces corzos, y los dos guepardos los alcanzaban a una velocidad fulminante. Bien, pues Sitir parecía un guepardo. Yo nunca había visto correr así a un ser humano. Incluso costaba seguirla con la mirada. Por desgracia, el Caput demostró que no era menos hábil en la carrera. Tenía unas piernas largas que de rodilla para abajo parecían las de un avestruz: unas tibias como barras de hierro cilíndricas que acababan en unos pies que solo tenían tres dedos. La persecución se convirtió en un espectáculo. Esas tierras muertas nunca habían visto a dos corredores tan increíblemente rápidos.

Pero Sitir lo era más. Cuando se hizo evidente que recortaba distancias, que se acercaba al monstruo, los cazadores se pusieron de pie y la animaron con sus voces púnicas y roncas. El monstruo intentaba llegar al Agujero de la Mantícora. No lo conseguiría. Ni siquiera yo, que se suponía que debía mantener la digna *gravitas* de un patricio, pude evitar gritar como el populacho animando a su gladiador preferido: «¡Mátalo, mátalo!». Sí, Sitir lo pillaría como un guepardo atrapa a una gacela. Pero no contábamos con lo que pasó entonces, Proserpina.

Yo ya me había fijado en unas extrañas protuberancias que el monstruo tenía en la cintura. Creía que eran irregularidades del cuerpo. Me equivocaba. De repente, cuando Sitir ya lo tenía casi al alcance de la mano, el monstruo dejó caer una retahíla de bolitas oscuras y peludas, más o menos del tamaño y la forma de una castaña grande. Todo fue tan rápido que costaba entender lo que estaba pasando. Vimos que Sitir tropezaba, se caía y rodaba. Como iba a tanta velocidad, tardó un trecho en frenar levantando una polvareda. Recuerdo el chillido de rabia y frustración de

Sitir, un sonido entre felino y femenino. El monstruo se detuvo un momento junto al Agujero de la Mantícora, miró hacia atrás, vio a Sitir en el suelo, soltó un gruñido triunfal y se zambulló en la abertura subterránea.

Corrimos todos a reunirnos con ella. Estaba tan enfadada que no nos atrevimos a acercarnos demasiado, y menos a ofrecerle ayuda. No dejaba de maldecir en un idioma incomprensible mientras intentaba despegarse unos bichos repugnantes que se le habían adherido a las piernas. Lo que el monstruo había dejado caer, Proserpina, esa especie de castañas peludas, eran unas criaturas repulsivas que al tocar el suelo habían desplegado unas patitas de dos palmos de largo. Se habían clavado en los pies y las piernas de Sitir y, por la expresión de su cara, le hacían daño. Frustrada, renegaba como un tabernero suburriano mientras se arrancaba esas cosas vivas y las aplastaba con los talones desnudos.

Nos miramos entre nosotros. Los hermanos Palusi, Servus y yo. Y en todos los rostros leía lo mismo: una mezcla de duda y terror, el sentimiento de alguien que acaba de constatar que se enfrenta a una dimensión ignota de la existencia.

Esa tarde Sitir Tra decidió hacer guardia delante del Agujero de la Mantícora. Se sentó al lado en una postura muy poco militar y muy religiosa, por así decirlo. Con el culo en el suelo, los tobillos juntos y el mentón tocando el pecho. No sabías si escrutaba la boca del pozo o meditaba sobre la diosa Gea. Su cuerpo, desnudo e inmóvil, parecía talmente una roca.

Yo la observaba desde una distancia respetuosa. Servus estaba conmigo.

—¿Y ahora qué hace? —le pregunté—. ¿Reza o vigila?

—Las dos cosas. *Ora et vigila.*

Se acercaba el atardecer.

—¿Piensa pasar la noche ahí, lejos de la Herradura, junto a la madriguera del monstruo? —quise saber.

—Es muy probable. Los aspa son perseverantes, sobre todo cuando han sufrido un fracaso.

—¿Toda la noche?, ¿y sola? ¿Y las hienas?

—Las hienas son demasiado inteligentes para acercarse a un aspa.

El crepúsculo caía sobre nosotros. Cuando me retiré a la lectica, convoqué a los hermanos Palusi y a Servus. A nadie más. Ordené a Servus que cerrara bien las cortinas y nos apiñamos todos alrededor de una lámpara de aceite. Quería hablar con ellos sin que nos oyera nadie.

—He estado reflexionando —dije en voz muy baja—, y hay algo que no me gusta nada. —La lámpara nos iluminaba la cara. Tenían todos el torso inclinado hacia mí para oír bien mis susurros—. No sé qué es esta criatura, pero ya ha matado a tres hombres.

Adad y Baltasar se miraron en silencio.

—Lo que intento decir —me expliqué— es que hemos venido aquí a cazarlo, pero es él quien nos está cazando.

Servus tragó saliva. Los Palusi no parecían intimidados. Solo dijeron:

—Más merecidos serán los laureles.

Adad quería matarlo para obtener beneficio; Baltasar, para vengarse. En cualquier caso volvían a estar unidos, como los gemelos que eran. Yo, en realidad, estaba sondeándolos para ver si podía abandonar la empresa y volver a casa. Porque un alma cobarde como la mía, Proserpina, a esas alturas ya había visto muchas más atrocidades de las que podía soportar. Sin embargo, como bien sabes, les había dado mi palabra de que me pondría al frente de la empresa, y ahora no podía echarme atrás si ellos se quedaban. Y ellos no tenían intención de marcharse.

—Te necesitamos, Marco Tulio —dijo Adad—. Si se tratara de jirafas o avestruces, no habría ningún inconveniente. Pero este ser tan fuera de lo común implica demasiado lucro. Cuando lleguemos con él a Útica se creará una expectación enorme. No tendremos forma de embarcarlo, porque mucho antes la noticia ya habrá llegado a oídos del gobernador Nurcio. Y Nurcio es un ladrón, lo sabes perfectamente. Como somos simples plebeyos provincianos, se inventará alguna triquiñuela para apropiarse del mérito y la mercancía. Solo puedes evitarlo tú. Ni el propio Nurcio se atrevería a robar la bolsa y la gloria al hijo de tu padre. Tenemos razón y lo sabes.

A veces sucede que no es que los generales sean valientes, sino que los mílites no les permiten ser cobardes. Para ocultar mi cobardía, respondí con un cinismo extraordinario incluso en un aspirante a magistrado romano.

—¡Bravo! —Aplaudí—. ¡Esto es lo que quería oír! Por eso os he reunido, para asegurarme de que vuestro ánimo se mantiene intacto.

Y se retiraron. Yo apagué la lámpara y me acosté entre esas paredes de tela. Estaba demasiado tenso para conciliar el sueño. Cualquier crujido, por leve que fuera, me asustaba. Oí un restregón. Me medio incorporé, alarmado. Una de las cortinas era lo bastante translúcida para dejar entrever una sombra al otro lado de la tela. Era Servus, que dormía hecho una bola a la puerta de su amo, como le correspondía. Todo estaba en orden. Volví a cerrar los ojos. Formas conocidas empezaron a habitar mi vagabunda mente: Sitir, ella y su cuerpo único, finamente musculado.

Adormilado como estaba, las imágenes sinuosas del aspa se paseaban bajo mis párpados como actores en un escenario. Veía su feminidad marcial: la nariz fina y estrecha, los glúteos duros como el mármol y los brazos delgados pero poderosos. Mi raciocinio quería alejar la concupiscencia: «Ni es matrona ni es meretriz —me decía a mí mismo—, no te conviene». Ni podía entender el deseo que empezaba a sentir por ella, intensísimo, ni podía rechazarlo. Y al fin y al cabo, ¿qué hay más inútil que querer domesticar la libido con la razón? Querida Proserpina: he sido espectador de infinitos debates sobre los poderes de los dioses, pero no he oído a ningún filósofo, ni a uno solo, negar el poder del falo.

Así estaba, dejándome caer dulcemente en la inconsciencia, cuando un rumor lejano e indefinible empezó a acompañar las imágenes danzantes de Sitir; una vibración, como si un ratón se hubiera quedado atrapado debajo de mi almohada. Presté atención un momento, sin molestarme en abrir los ojos.

Y entonces los oí. Eran como lejanos resoplidos de un rebaño de búfalos. Qal nos había contado que esos sonidos habían precedido la aparición del monstruo. Pero mi mente ya no razonaba con lucidez. Me asaltó un pensamiento infantil: «No puede pasarme nada, porque Sitir vigila el

Agujero de la Mantícora». Creo que me dormí, no estoy seguro, y entonces oí unos ruidos más cercanos, como si rascaran madera. Me volvió el mismo pensamiento: «El Agujero de la Mantícora… Sitir lo vigila». Y, de repente, un estallido de lucidez: «Pero ¿y si no es la única salida? ¡Incluso los conejos saben que las madrigueras deben tener más de una abertura!». Justo mientras me asaltaba esta idea, noté un contacto, un roce. En la cara. En la mejilla que tenía apoyada en la almohada de seda. Un tacto áspero, como la lengua de un gato.

Y aquí sí que abrí los ojos de golpe. Lo que vi, Proserpina, fue el horror: una garra, una mano inhumana de dedos largos, muy largos, y sin uñas.

El Caput había perforado un túnel que iba a parar justo debajo de mí y había atravesado la base de la lectica: el compartimento para el equipaje, el colchón y la almohada. Era una criatura del inframundo, y como tal dominaba las rutas y geografías del subsuelo de una forma incomprensible para nosotros. Estaba allí, justo debajo de mi cama. Su brazo emergía a través del colchón rajado. Yo, estúpido de mí, me pregunté: «¿Dónde estará el otro brazo?». La respuesta era: rodeándome el cuello como una serpiente. Y qué fuerza tenían esos miembros, delgados pero nervudos. Ahora ya no podía moverme. Pero te aseguro una cosa, Proserpina: ¡pegué un grito que debió de llegar hasta la Suburra!

La lectica se convirtió en un remolino de maderos rotos que me succionaba hacia el fondo. Imagínate, Proserpina, que alguien hace un agujero en una mesa, mete una mano desde abajo y tira de los manteles. Así era. A mi alrededor todo se agitaba y me arrastraba a las profundidades. El colchón, convertido en un boquete, esparcía por los aires miles de plumas. Cautivo por el cuello, no podía hacer otra cosa que gritar mi horror. Oí la voz de Servus.

—¡Dóminus, dóminus! —gritaba—. ¡Ayuda, ayuda!

El Caput me arrastraba por el cuello. ¡Quería llevarme bajo tierra con él! Aquello era peor que el pozo de todas mis pesadillas. Servus chillaba, pero era demasiado pusilánime para hacer nada más.

Me salvó ella, claro. Sitir.

Sentí una mano que me agarraba la rodilla. Si hacía eso

mientras el monstruo me tiraba del cuello, solo conseguiría dejarme malherido. Grité con el poco aire que me quedaba:

—¡Dale golpes!

Sitir entendió mis razones. Servus también. Y fue lo bastante sensato para depositar una estaca en la mano libre del aspa, que la levantó y la proyectó como un arpón. Cualquier otro me habría dejado tullido. Pero Sitir era un aspa: la estaca pasó rozándome la oreja y acertó el monstruo, que me liberó con un aullido gutural de frustración. Yo di un salto, medio ahogado y boqueando como un pez fuera del agua.

Toda la lectica era un caos de destrucción. Los Palusi y los cazadores también habían acudido, armados con machetes. Los púnicos apuntaban chillando al agujero con sus jabalinas, preparados para atacar. Los hermanos Palusi esperaron a que recuperara el aliento. Y créeme, Proserpina: los temblores tardaron un buen rato en desaparecer. Después examinamos la obra del Caput.

Por debajo del colchón había un túnel que era casi una réplica del Agujero de la Mantícora, aunque más simple y estrecho. Maldije a todos los dioses, y eso que no creía en ellos.

—¡Un poco más y el Caput se me lleva con él! —grité—. Vosotros poniendo trampas ahí fuera, y mientras tanto ese monstruo excavaba debajo de mi lecho. ¡Os lo dije! —advertí a los dos hermanos Palusi—. ¡Es él quien nos caza a nosotros!

Me miraron, avergonzados como perros apaleados. El corazón me latía tan fuerte como un ariete batiendo una muralla.

Por si fuera necesario decirlo, Proserpina, no pude dormir en todo lo que quedaba de noche. La madrugada me sorprendió fuera de la Herradura, meditando sobre lo que había que hacer.

Contemplaba la salida del sol abrigado con una manta fina, indeciso y cavilante. Nunca me había sentido tan solo. Mi padre me quería, de eso no tenía ninguna duda. Pero ¿allí debía conducirme el amor de un padre? ¿A las regiones más desérticas para el corazón y más peligrosas para el cuerpo?

Los demás me observaban desde la Herradura: los hermanos Palusi, Servus y Qal, los cuatro cazadores y los tres porteadores supervivientes. Noté que alguien se adelantaba y venía hacia mí. Ella, Sitir.

—¿Y tú qué demonios quieres? —refunfuñé, malhumorado.

Pero ella, como siempre, no contestó a las palabras que salían de mi boca, sino a las emociones que emanaban de mi pecho.

—Vas bien, pollito. Sigue así.

Y se marchó.

Al rato decidí que ya había reflexionado lo suficiente, me reuní con los demás y hablé de esta manera:

—No dejará de acosarnos y matarnos. Uno a uno. Y después continuará. ¿Quién sabe cuándo y dónde emergerá la próxima vez? Si lo ha hecho debajo de mi lectica, puede hacerlo debajo del culo de cualquiera de nosotros.

Adad me interrumpió, de buena fe.

—Tenemos pensadas algunas trampas —dijo.

—¡Hasta ahora vuestras trampas no han servido de nada! —grité—. ¡Y nosotros hemos caído en todas las suyas!

Los Palusi quisieron saber lo que proponía.

—Romper su lógica —dije—. Hacer lo último que espera que hagamos.

—¿Qué? —preguntó Adad.

—Bajar por el Agujero de la Mantícora y capturarlo o matarlo.

Vi tan claramente el espanto en sus ojos como se ven las manchas del sarampión en las mejillas de un niño. Los cazadores púnicos dijeron que ni hablar.

—¡Me cedisteis el mando sobre todos vosotros! ¡Me implorasteis que lo aceptara, de hecho! —alegué yo—. Ahora debéis acatar mi criterio como buenos clientes, os guste o no.

Baltasar y su moño eran los que estaban más exaltados: me acusó de loco, de suicida y de temerario.

—No —lo interrumpió al final su hermano Adad—. Marco Tulio tiene razón.

—¿Estás loco? —exclamó Baltasar.

—El Caput nos tiene donde quería y está haciendo con nosotros lo que quería —admitió Adad frotándose la barbita —. Nos ha espiado, conoce nuestras habilidades y

limitaciones, y puede atacarnos por donde quiera y cuando quiera. Nosotros, en cambio, no sabemos prácticamente nada de él.

—¡Precisamente! —argumentó Baltasar—. Ni un aspa a la carrera, y en el mundo que conocemos, fue capaz de pillarlo. ¿Y pretendéis bajar a su mundo y capturarlo?

—Reconozco, Baltasar Palusi, que no te faltan razones —intervine yo—, pero debemos correr el riesgo. Aníbal hizo lo que nadie esperaba: cruzar los Alpes. Por eso sorprendió a Roma. Vosotros sois púnicos, así que lo sabréis.

—Aníbal perdió —me recordó Baltasar, con razón.

Aun así, Adad hizo frente común conmigo. Señaló con el dedo a los cuatro cazadores púnicos que aún le quedaban y dijo a Baltasar:

—¿A cuántas viudas más consolarás?

Después de esto, solo me quedaba hacer la gran pregunta.

—Bueno, ¿quién va a bajar? No puedo obligar a nadie. Y si somos demasiados, en las estrecheces de una gruta tampoco serviremos de mucho.

Los miré uno a uno, inquisidor, y señalé a Servus con un dedo.

—¡Servus! ¡Tú! ¡Tú y Qal! Bajaréis juntos, y cuando volváis con el monstruo bendeciré vuestro amor.

Al pobre Qal poco le faltó para desmayarse del susto.

—Era una broma suburriana —aclaré—. Iré yo.

Sí, ya lo sé, Proserpina, no era muy congruente que Marco Tulio, una gallina sin plumas, se prestara a una empresa tan llena de peligros como una porquera de barro. Pero ¿qué podía hacer? Simplemente no podía no ir. Era yo el que había querido el imperio sobre esos hombres; era yo el que había propuesto ese plan. Si no me ponía en cabeza perdería todo ascendiente sobre ellos, perdería la dignidad y quizá perdería la vida, porque siempre es más fácil enterrar en un agujero perdido a un cobarde que a un valiente. Empezaba a entender un gran principio: que el auténtico valor no procede del espíritu, sino de las circunstancias.

—No irás solo, pollito.

Sitir no fue la única que habló así.

—Y yo. Yo también iré —dijo Adad.

Al oírlo, Baltasar cogió a su hermano por el brazo y se lo

llevó unos pasos más allá. Puede que quisiera mantener una conversación privada, pero la excitación lo hacía hablar a gritos y yo tenía a Qal, que me hacía de traductor del púnico.

—Baltasar dice que lamenta más que nunca no haberte apuñalado y enterrado en un hoyo del desierto cuando tuvo ocasión.

—Al menos es sincero —ironicé.

—Adad le contesta que no tiene más remedio que bajar contigo, porque si triunfaras sin ayuda de los Palusi, ya no tendrías ningún motivo para repartir el botín.

—¿Qué más? —pregunté.

—Baltasar quiere acompañarlo. Adad se niega. Dice que no pueden arriesgarse a morir los dos y dejar desamparados a unos padres demasiado viejos y a unos hijos demasiado jóvenes. Adad dice que, al fin y al cabo, él es el primogénito, y por tanto tiene derecho a imponer su criterio.

Entendimos que la decisión de Adad era irrevocable por un gesto: se alejó de su hermano y se sentó frente al templo de adobe diminuto y entrañable que había erigido dentro de la Herradura. Dio un beso al muñeco que representaba a Baal, encendió un pequeño cirio, rezó unos instantes y vino hacia nosotros.

Y así fue. Los tres expedicionarios nos dirigimos hacia el Agujero de la Mantícora, seguidos por los demás. Íbamos equipados con lo mínimo: Adad y yo llevábamos cuchillos, una manta fina, algunas cuerdas, una calabaza que hacía de cantimplora y poco más. Sitir, ni eso. Solo llevaba su cuerpo desnudo y la Piedra Negra alrededor del tobillo.

—¿Tú no te preparas? —le pregunté.

Servus contestó por ella:

—Los aspa siempre están preparados.

El Agujero de la Mantícora era una simple grieta en el suelo, un agujero que parecía una boca de labios retorcidos y que descendía en espiral por unas paredes estrechas. Nada más. Pero los Palusi, estirpe cazadora, olían algo malo: se miraron en silencio con gesto preocupado. Yo tragué saliva. Adad se ofreció a bajar el primero. Consentí encogiéndome de hombros con indiferencia: en cuanto estuviéramos bajo tierra, al Caput le daría igual quién hubiera entrado antes.

—¡Espera! —exclamó Baltasar.

Y abrazó a su hermano. Pocas veces he visto un abrazo tan sentido. Eran gemelos. No, eran más que eso: estaban unidos como lo están las ramas y las raíces de un árbol. Y ahora la tierra los separaría.

Baltasar me miró con ojos de pantera.

—Si Adad no vuelve, te mataré y tiraré tu cuerpo por este mismo agujero. Quiero que lo sepas.

Adad quiso acallarlo diciéndole muy serio:

—Si no vuelvo, cásate con mi mujer. —Y añadió con cara de pícaro—: Apenas notará la diferencia.

Todos soltamos una carcajada sincera, también triste y contenida. Adad empezó el descenso. Se agarraba a los salientes de la pared con manos y pies, como si bajara por los escalones de un pozo de piedra.

Me tocaba a mí. Me senté en el borde del agujero con los pies colgando dentro, como un niño indeciso en la orilla de un lago. Me costaba iniciar la bajada. Sitir se arrodilló a mi lado, con la cabeza muy cerca de la mía.

—Siempre me han causado un gran horror dos cosas —le confesé—: la imagen de un puñal entrando en mi estómago y, sobre todo, caer en un agujero sin fondo.

—Ya lo sé. Pero no caigas en la trampa que siempre nos pone el miedo.

—¿Qué trampa es esa?

—El miedo quiere hacernos creer que a la hora de enfrentarnos a él estamos solos. —Sonrió. Era la primera vez que la veía sonreír, compasiva. Y entonces dijo—: Dime, pollito: en esas pesadillas en las que caes apuñalado o caes en un pozo sin fin, ¿hay alguien contigo?

—No.

—¿Lo ves? Lo hace el miedo. Y ahora dime, pollito. ¿Hoy estás solo?

—No. Adad y tú bajáis conmigo.

Asintió con la cabeza. Y eso, Proserpina, me reconfortó hasta un extremo difícil de expresar, porque el aspa tenía razón: no estaba solo. Así era.

Y entramos. Adad, yo y después Sitir. Las paredes del pozo desprendían un inesperado calor. Las voces de los demás, arriba, fueron apagándose y la luz se eclipsó. Caímos en un rellano. Ante nosotros se abría un túnel. Adad encendió una

pequeña antorcha. Estábamos dentro, estábamos abajo.

De lo que pasó bajo tierra, Proserpina, me permitirás que no hable aquí. Solo te diré que estuvimos dos días enteros con sus noches, y nada más. Porque si tuviera que contarte nuestra peripecia por el submundo necesitaría el doble de las páginas que he escrito hasta ahora, o más. Permíteme, pues, que haga una elipsis más que justificada. Y en cualquier caso, el resumen es este: que bajamos tres y volvimos tres, en efecto, pero no los mismos tres.

Como puedes imaginar, Proserpina, mientras estuvimos allí abajo, los que se habían quedado en la superficie sufrieron mucha angustia. Sobre todo Baltasar y los cuatro cazadores púnicos. Creían que nuestra inmersión sería cuestión de horas o menos. Como no volvíamos, se tiraban del pelo, desesperados. Debatían qué hacer, indecisos. De todos los presentes en la Herradura, el único que no tenía obligaciones con los sumergidos, ni legales ni morales, era Qal.

—No vuelven —le decía a Servus—. Vámonos, huyamos a Útica.

Pero Servus se negaba.

—Es tu dóminus —insistía Qal—. Para él eres menos que un perro. Huyamos ahora, querido mío. Nunca nos encontrarán.

—¡Ja! —se rio Servus—. Cuando a Tulio Cicerón le convino, te encontró en menos de un día, ¿recuerdas? ¿En serio crees que es un muchachito patricio el que me retiene en estas desolaciones? —le dijo gritando—. Si es así, no has entendido nada, nada de nada.

Todo esto lo supe mucho después. En esos momentos estaba bajo tierra. Pero, como te decía, Proserpina, al tercer día volvimos a la superficie del mundo. A la luz. A la vida. Aparecimos por el mismo Agujero de la Mantícora. Sitir, el Caput, al que el aspa cargaba a la espalda, bien atado y amordazado, y yo. Volvíamos, en efecto. Pero sin Adad.

Los cazadores se me abalanzaron. Sobre todo Baltasar. Me cogía por los hombros y me sacudía conminándome a hablar.

—¿Dónde está? —exigía—. ¿Dónde está Adad?

Miré a Sitir, después a Baltasar, y le contesté lo único que

podíamos contestarle:

—Adad no volverá.

Baltasar enloqueció de dolor. Los cazadores estallaron en lamentos púnicos. A nadie parecía importarle la pieza extraordinaria que Sitir llevaba a sus espaldas, el Caput. Baltasar, a gritos, violento, me pedía explicaciones.

—Lo siento —repetía yo—, pero tu hermano no volverá.

—¡Lo sabía! ¿Cómo murió? ¿Con dolor o sin él? ¿Con dignidad o sin ella?

—Por favor, te lo ruego —decía yo, sinceramente afligido y comprendiendo su dolor, pero firme—: no insistas. No hay nada que contar.

Desesperado, Baltasar alternaba las amenazas con las súplicas: quería detalles de la muerte de su hermano, y yo me negaba a darle ninguno. La máxima concesión que hice a sus ruegos fue levantar los hombros, resignado, y decirle:

—Lo que pasó no lo entenderías, porque sencillamente no puede entenderse. Eso es todo.

Pero no se conformaba. Era su hermano. Era más que su hermano. El dolor y la furia hicieron que empuñara un machete y lo blandiera ante mí entre llantos y amenazas. Levanté una mano.

—¡Ahora eres el único sufete que tienen tus hombres! ¡Compórtate como tal!

Pero no se calmaba. No sé qué habría pasado si no hubiéramos tenido al lado a Sitir. El aspa se acercó a Baltasar, pausada, y le quitó el machete con la misma facilidad con que se lo habría arrebatado a un niño de cinco años. Dejó caer el arma, le pasó diez dedos amorosos por la nuca, y dijo:

—No volverá.

Y se lo llevó un poco más allá, entre los arbustos. Vimos cómo Sitir se arrodillaba y hacía arrodillarse a Baltasar. Entonces, delicadamente, el aspa se acercó la cabeza de Baltasar al pecho y se la colocó justo en el centro de la cruz en forma de aspa. Baltasar se echó a llorar desconsoladamente, como un recipiente roto se vacía del líquido que contiene. Abrazaba a Sitir sollozando entre convulsiones. Servus dijo algo bastante sensato:

—Dejémoslos.

Mientras tanto habían atado al Caput en el interior de lo

que quedaba de mi tienda-lectica. Durante mi ausencia, los porteadores la habían reparado como habían podido. Lo manteníamos tumbado, boca arriba, con los brazos y las piernas sujetos al suelo con una especie de argollas que los cazadores llevaban para inmovilizar a las bestias.

Era una estampa inquietante, Proserpina, aunque el Caput estuviera atado y cautivo. Los vientos cálidos de la región sacudían las paredes de lona de la lectica, que temblaban como si la mirada de ese monstruo las atemorizara. Sí, esos ojos redondos de color ámbar, esa cabeza oblonga sin pelo… Y después la boca: le quitamos la mordaza, y en el acto empezó a gruñir y escupir como un lémur maligno mostrándonos la triple hilera de dientes puntiagudos. Estábamos todos absortos por la visión y a la vez inquietos. Si eso era una victoria, no lo parecía.

De repente entró Baltasar. Se fijó en aquella boca gritona y, con el reverso de un hacha, le pegó un golpe en el centro de la dentadura. Pequeños proyectiles de marfil salieron volando.

—¡Maldita sea la flauta de los faunos! —bramé—. ¡Si no puedes contenerte, sal de mi tienda!

—Ha sido él quien ha matado a Adad, ¿no? —gritaba Baltasar—. ¡¿Quién si no?!

Los cuatro cazadores contuvieron a su sufete e intentaron calmarlo. Yo, por mi parte, hice callar al Caput: fueron necesarias todas las manos de los porteadores para inmovilizarle el cráneo, llenarle la boca de grava y amordazar esos labios sin carne.

Enmudecido el cautivo, nos tranquilizamos todos un poco. Qal era el que miraba al Caput con ojos más atentos. Él, que había sido el testigo de la aparición de ese horror en el mundo, ahora lo tenía atado a sus pies.

—¿De dónde puede haber salido esta cosa? —preguntó hablando por todos.

—Eso deberías decirlo tú —lo retó Baltasar, que había recuperado cierta compostura—, que eres de esta zona.

—No, no —dijo Qal, rotundo—, por aquí no hay nada de eso, te lo puedo asegurar.

—Ha venido del inframundo —afirmé yo.

—¡Tonterías! —saltó Baltasar—. Bajo tierra no vive nadie.

—¿Y cómo lo sabes? —replicó Servus—. Tampoco deberían caer piedras del cielo, que es etéreo y no puede sustentar nada sólido, pero caen.

Baltasar seguía negando esa idea. Suspiré y dije:

—Tú no has estado allí abajo. El túnel no tiene fin, se adentra cada vez más hacia las profundidades. Y mirad lo que llevaba el Caput con él.

Sitir había vuelto con algo más que el monstruo. Ella misma deshizo los nudos que cerraban un saco. Del interior surgieron dos criaturas de cuerpo cilíndrico y del tamaño de un brazo. Hacían pensar en una especie de calamar grande. Pero en la boca, donde los calamares tienen unos pequeños tentáculos, esos animalitos lucían unos miembros en forma de pala. En cuanto Sitir los liberó del saco, buscaron la tierra y empezaron a succionarla. Les entraba por la boca y les salía vomitada por unas aberturas en la parte lateral del cuerpo. Hacían un ruido muy peculiar, que Qal y yo reconocimos enseguida: era el sonido de narices de buey gigante que él había oído antes de que apareciera el monstruo, y yo la noche que me había atacado en la lectica.

—Nuestro amigo tenía con él casi un centenar de estos animalitos domesticados —añadí—. Los utilizaba para perforar y excavar. Y, como podéis ver, van bastante deprisa.

En el rato que yo había tardado en decir un par de frases, los dos «calamares» ya habían desaparecido tierra adentro. Volvimos a centrar la atención en él, en la criatura cautiva. Despertaba multitud de incógnitas. ¿Quién era? ¿De dónde provenía exactamente? ¿Por qué había venido? ¿Y por qué nos asesinaba? Solo sé, querida Proserpina, que cuando un grupo humano se hace demasiadas preguntas no contesta ninguna.

Me arrodillé al lado del Caput para observarlo mejor. Le pasé una mano por el pecho con mucho cuidado. Ese tacto duro no lo producían escamas, como parecía a primera vista, sino las piezas perfectamente entretejidas de una cota de malla. A diferencia de las nuestras, que solían estar hechas de pequeños aros entrelazados, las piezas de esta cota eran como minúsculas tejas solapadas entre sí. Intenté arrancar una con dos dedos, pero se me resistía. Estaba soldada. Tuvo que ayudarme Baltasar con un pequeño cuchillo. Le costó mucho,

pero al final la extrajo. Me la entregó. Yo la observé sosteniéndola muy cerca de los ojos y constaté, estupefacto:

—Pero ¡esto no es cuero ni metal!

No, no lo era. Imagina, Proserpina, nuestro estupor al descubrir que esa «teja» estaba viva. Era un insecto. Una especie de escarabajo diminuto, con la espalda en forma de coraza plana. Movía las patitas mientras yo lo sostenía boca arriba con dos dedos. O sea, que la coraza del monstruo era una suma de pequeños insectos, adheridos unos a otros como una ínfima pero disciplinada cohorte en formación.

Volvimos a fijar los ojos en el Caput y su cuerpo anómalo, inaudito y exótico. Tenía la estatura de una persona no muy alta, y los brazos y las piernas más largos que los humanos, al menos en proporción al tronco, enjuto. Los dedos de las manos tenían una falange más que los nuestros, cuatro, y el pulgar era casi tan largo como los demás. Llevaba pantalones, pero no como los de los galos, que llegan hasta los tobillos, sino hasta las rodillas, como nuestros soldados. Palusi tiró de ambas perneras para quitarle los pantalones: eran de una materia extraña y elástica que recordaba la piel mudada de una serpiente.

Había quedado desnudo de cintura para abajo y observamos todos la entrepierna con una curiosidad insana. Donde deberían haber estado los genitales solo se veía una superficie tan aburrida como una rodilla pelada.

—¿Veis lo que yo veo? —pregunté, azorado.

—Lo que yo veo es que no veo nada —dijo Baltasar.

Servus manifestó un interés más naturalista.

—Pero entonces, ¿cómo procrean?

A mí la cuestión me interesaba muy poco. El suburriano que siempre he llevado dentro se rio de Qal.

—Si todos tus clientes fueran así te morirías de hambre.

Pero nadie tenía ánimo para reírse.

Ya te he contado antes que los pies del Caput recordaban a los de un avestruz, pero ahora, observándolo de cerca, descubrimos un detalle: a diferencia de lo que nos había parecido, no iba descalzo. Llevaba una especie de calcetines ajustadísimos a la piel. Baltasar tiró de ellos y, para nuestra sorpresa, ¡esa prenda gomosa se liberó de la mano del púnico por voluntad propia! Los dos calcetines se tiraron al suelo y

empezaron a arrastrarse con los torpes movimientos de un pulpo fuera del agua.

—¡Por los pedos apestosos de Júpiter! —grité.

Nos apartamos todos, por instinto. Sitir, sin miedo ni asco, levantó uno de esos «calcetines» con una mano. Tenía forma de bolsa alargada y se retorcía y enroscaba sobre sí mismo. Miré dentro: en las paredes interiores de esa pieza viva se movían unos diminutos tentáculos, como piececitos de gusano.

—¡Póntelo! —le ordené a Servus.

Pero Sitir le ahorró el mal trago calzándoselo ella misma.

El pulpo-calcetín se ajustaba al pie y al tobillo como si se fusionara con ellos. Sitir lo corroboró.

—Tiene un tacto suave y amoroso, y se me adapta solo al pie, mucho mejor que cualquier calzado.

Yo no salía de mi asombro. Un escalofrío: ¿quién era esa gente que adiestraba los insectos y las bestias igual que nosotros domábamos el cuero y el metal?

—Quitadle la mordaza —ordené—. ¡Hacedlo!

Me obedecieron. El monstruo debió de entender que quería hablar con él, porque me miró en silencio mientras yo me tocaba el pecho con la mano abierta y repetía: «Marco, Marco Tulio».

—Ya sabes que me llamo Marco. Dijiste mi nombre la otra noche. ¿Recuerdas? ¿Y tú? Di tu nombre. ¡Preséntate!

Entonces dijo «tectón», o algo así, y se echó a reír. Te lo aseguro, Proserpina. Se reía con ganas mientras repetía «tec-tón-tec-tón-tec-tón», como si rezara o quizá como si impartiera una orden; era difícil interpretarlo. Y así continuó, insistente y despectivo, hasta que me vi obligado a volver a amordazarlo.

—Dame tu hacha —le pedí a Palusi.

—¿Qué pretendes? —me preguntó.

—Necesitamos descubrir de qué está hecho este tectón, tectónico o como se llame.

—¿Y para saberlo piensas abrirle la cabeza a hachazos? —protestó.

—¡Oh, no! Solo quiero cortarle una mano para saber si, llegado el caso, podemos matarlo como a cualquier ser vivo.

Palusi me bloqueó el paso.

—¡Ni hablar!

—¡Mira por dónde! —ironicé—. Hace un rato querías verlo muerto, y ahora no quieres ni que derrame un poco de sangre.

—Mutilarlo sería diezmar nuestra mercancía.

—¿Nuestra? —Me reí—. Todos habéis visto que era Sitir la que cargaba el monstruo a la espalda. Y el aspa viene conmigo, no con vosotros.

—Y yo creo que conoces muy poco las costumbres de los cazadores de África. Cuando dos partidas se unen, todo lo que cazan va a medias.

Me dirigí a Qal:

—¿Es eso cierto?

El chico asintió.

—Sí, Baltasar Palusi tiene razón. Es la costumbre del país.

—Bien, pues en ese caso no discutamos más —me rendí—: me han enseñado a ser respetuoso con las tradiciones locales.

Todo el mundo se relajó. Yo aproveché que se distraían para coger el hacha del cinturón de Baltasar con un gesto rápido y asestar un golpe seco, en la muñeca izquierda del tectónico que se la seccionó completamente. El muñón se convirtió en el acto en una fuente de la que manaba un asqueroso chorro de sangre azul oscuro. ¡Cuánta sangre, qué espesa y qué azul tan turbio!

Baltasar Palusi se llevó las manos a la cabeza y Servus soltó un chillido de frustración. El Caput gritaba y sacudía la cabeza de un lado a otro, enardecido de dolor.

—En la Suburra, la costumbre es que si algo va a medias, cada uno sea dueño de una mitad —dije—. Visto así, una de las manos del tectón es mía.

Pero antes de terminar la frase noté que habían dejado de mirarme y que todos los ojos estaban clavados en la mano amputada. ¡Había empezado a correr como una araña! Los dedos le hacían de patas, ¡y qué velocidad! Iba alocada, sin saber adónde. ¡Imagínate, Proserpina, qué susto! Cada vez que estaba a punto de chocar con un pie, la persona afectada tenía que dar un saltito para dejarla pasar. Al final la mano encontró una salida y corrió hacia el exterior. Fuimos detrás de ella. Solo había que seguir el rastro de sangre azul. Recorrió una distancia de treinta o cuarenta pasos, como un

pollo sin cabeza, y por fin se quedó quieta, con la palma hacia arriba, definitivamente exangüe. Baltasar, enfurecido, le dio una patada que la hizo volar como una paloma.

Después, furioso, volvió al interior de la lectica, seguido por los cuatro cazadores púnicos. Contempló al monstruo prisionero, clavó los ojos en esa mirada turbia y declaró:

—Con dos manos o con solo una, este maldito Caput nos hará ricos. Es lo que quería Adad y así se hará.

Era cierto, nos enriquecería a todos. A los púnicos los haría ricos de oro y plata, y a mí de fama y de gloria. Pero Baltasar enseguida se olvidó de las cosas prosaicas y reanudó sus lamentos.

—¿De qué le sirve al hombre todo el oro del mundo si pierde a su hermano? —clamó abriendo los brazos y mirando al techo.

Y salió de la lectica conteniendo las lágrimas. Los cazadores le abrieron paso, respetuosos con su dolor. Nunca he visto a hombres tan tristes el día que encuentran un gran tesoro.

7

Y en realidad ahí debería haber terminado todo. Al menos eso creíamos. Solo pensábamos en el largo viaje de regreso a la costa. Primero a Útica y después a Roma, llevando al Caput como tesoro y como trofeo. Le vendamos el muñón de la mano amputada.

Pero antes de levantar el campamento de la Herradura teníamos que hacer los preparativos para transportar al tectón con garantías de que llegara vivo y entero a nuestro destino. Y no era sencillo. Para transportarlo necesitábamos una jaula segura y con ruedas. Y después estaba la cuestión de los alimentos: desde que estaba cautivo, el Caput no comía nada o casi nada. Le habíamos acercado todo tipo de carnes, grano y verduras, y se lo habíamos dejado al alcance como quien deja comida a una fiera salvaje. (¿Quién era el valiente que se atrevía a acercar una cuchara a esa boca?) Pero nada. Ese monstruo siempre hambriento solo consintió en comer un par de lonchas de cerdo ahumado.

—¡Se constata con seguridad! —comenté jovialmente a Baltasar y a Servus—: al Caput solo le gustan la carne de cerdo y la humana. Lo que, como afirma el filósofo, dice mucho de la proximidad de ambas naturalezas.

Por increíble que parezca, era exactamente así: el tectónico solo degustaba carne de cerdo y de personas. Nada más.

—Ríete si quieres —me replicó Baltasar con expresión seria —, pero ya me dirás qué haremos cuando se acabe el jamón.

—Está claro, ¿no? Sacrificaremos a los esclavos, primero a los más gordos y después a los más flacos.

Lo dije porque en ese momento tenía cerca a mis porteadores, que se echaron a temblar como gatitos frioleros.

—Es broma, tontos. —Tuve que tranquilizarlos.

Me fijé en Sitir. Solitaria por naturaleza, había salido de la Herradura y estaba sentada en una roca con las piernas

cruzadas, contemplando el horizonte. Como me interesaba mucho más que la dieta del tectónico, me dirigí a ella. Desde que habíamos vuelto del Agujero de la Mantícora no habíamos hablado. Intenté hacer uso del tono más cordial posible.

—Tú y yo sabemos lo que pasó allí abajo. Y ahora dime: ¿admites que el pollito ha roto el cascarón?

Se limitó a hacer una leve concesión, y nada admirada.

—Que un pollito salga del huevo —dijo— no hace que deje de ser pollito; solo que empiece a serlo.

En el mundo de antes del Fin del Mundo, Proserpina, las jerarquías humanas eran muy nítidas, y las mujeres solo estaban un escalón por encima de los esclavos. Es muy difícil amar lo que nos enseñan a despreciar. Quizá por eso precisamente me atraía Sitir: porque no era como ninguna de las mujeres a las que conocía. Y también, naturalmente, por una experiencia en común: todo lo que nos había pasado bajo tierra, esos dos días y dos noches recorriendo los túneles excavados por el Caput. Los riesgos vividos en común crean vínculos, y los vínculos generan cariño.

Me atreví a apoyarle una mano en el muslo. Pero ella, con su estilo indefectible, me impidió avanzar.

—Vete —me soltó—. Tengo que meditar.

Y así acabó mi gozo amoroso: antes de haberlo empezado. Servus, servicial pero inoportuno, vino hasta la roca en la que estábamos reunidos Sitir y yo.

—Dóminus, he pensado que podríamos acercarnos a la mina de plata a comprar carne de cerdo para alimentar al tectónico.

Por algún motivo que yo no conseguía entender, Servus tenía una especie de fijación con esa mina. Me exasperaba: a un patricio de Roma no lo presionaba nadie, y menos un esclavo doméstico.

—¡Es posible que mi amigo Gneus Ricitos tenga razón y haya que azotaros por rutina y por costumbre, no por justicia o merecimiento!

Él y el rechazo de Sitir me habían puesto de mal humor. Cogí una rama dura y, cuando ya estaba a punto de cumplir mi amenaza, Sitir empezó con sus temblores: los ojos en blanco, la piel erizada y unas diminutas convulsiones que le

recorrían todo el cuerpo.

—¿Y ahora qué le ha dado? —dije, asustado.

Servus me lo explicó.

—Como sabes, dóminus, los aspa meditan para auscultar las emociones que flotan en el aire. Así te encontró en Roma.

—Pues lo que está percibiendo ahora mismo no parece muy agradable —observé.

—Reacciona como nosotros cuando olemos una pestilencia. Si la carne pútrida huele mal, ¿por qué no deberían desprender miasmas fétidas los espíritus podridos por la maldad?

Los labios de Sitir se humedecieron. Los ojos sin pupilas daban miedo. Musitó algo en un idioma antiguo y extraño. Articulaba las palabras con chasquidos violentos. Servus acercó la oreja a su boca y la retiró de golpe, como si se hubiera dado un gran susto.

—¿Qué dice? ¡Habla! —exigí.

Servus tragó saliva, afectado.

—«El horror…, el horror…». Eso dice.

Yo no entendía a los aspa y no creía en la mayoría de los poderes que se les atribuían. Pero había aprendido a respetar a Sitir, sobre todo después de esas dos jornadas bajo tierra. Me dije: «Quizá ha escuchado al Caput». Pero al Caput lo teníamos en mi lectica, atado y bien atado. Ya no era un peligro. Entonces me asaltó una duda: «¿Seguro que el Caput está bien vigilado?». Por si acaso, volví a la Herradura, y con el paso cada vez más acelerado, como quien intuye una catástrofe. No ralenticé el ritmo ni cuando pasé junto a Palusi y sus cazadores, que trabajaban afanosamente en el vehículo-jaula. En la puerta de la lectica no había ningún vigilante.

—¡Baltasar! —grité—. ¡Te he dicho que pusieras un guardián con el Caput!

—Necesito todas las manos. No te preocupes, está más esposado que una Perséfone raptada —fue su respuesta.

Pero yo no me fiaba. La tela de la puerta de la lectica se agitaba como una pequeña vela. Entré, nervioso.

Allí estaba, sí. Sentado, con los brazos en la espalda y amarrados a una estaca que Baltasar, previsor, había hecho clavar en el suelo. Todo parecía en orden. Por si acaso, repasé que estuviera todo bien atado, por si escondía algún truco.

Me aseguré de que no hubiera aflojado las cuerdas. No. Respiré más tranquilo. Él me miraba con ira y odio, y yo lo miraba con disgusto y con interés. Le hablé.

—Me gustaría saber mil cosas de ti. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes exactamente? ¿Cómo naciste, si los tuyos no tienen miembro? ¿Qué ideas oculta tu cabeza alargada? ¿Qué esperas de esta vida? ¿Y de la otra? —Suspiré—. En cualquier caso, sangras. Como nosotros. Aunque tu sangre sea de un azul sucio.

Sus ojos, enormes en comparación con los nuestros, eran dos lagos de ámbar. Y se rio. Se reía, sí, con unas mandíbulas que podían abrirse en un ángulo que duplicaba el de una boca humana. Y al hacerlo dejó más al descubierto que nunca las tres hileras de dientes.

Yo respondí con el sarcasmo típico de la Suburra:

—¡Oh, sí, ríete, ríete, amigo cabeza de haba! Ya verás lo divertido que es el circo. Cuando se cansen de ti, cuando ya no seas una novedad, te harán cosas divertidísimas. Quizá te liberen delante de un toro con los cuernos en llamas, o quizá te aten a la trompa de un elefante y después dejen que te ataquen osos y rinocerontes. ¡Sí, te darás un hartón de reír!

Y nos reímos de lo lindo el uno del otro. Debes convenir conmigo, Proserpina, que era una situación de lo más absurda: ambos creíamos que el idiota era el otro. Hasta que en determinado momento me dije: «Estando en la situación en la que está, ¿qué le hará pensar que el imbécil soy yo?». Recordé las convulsiones de Sitir. Y pensé: «¿Por qué se ha alterado tanto?». Ni siquiera cuando había percibido al Caput merodeando por la Herradura había reaccionado de esa manera. Así pues, ¿qué justificaba esa inquietud extrema?

Giré la cabeza. Y ahí los tenía. Detrás de mí.

En la puerta de la lectica. Dos tectones.

Blandían unas extrañas espadas. La hoja parecía una sierra doble. Llevaban un casco semiesférico y la misma cota de malla que el Caput. Me escrutaban cuatro grandes ojos amarillos. Y no se reían.

De repente me quedé helado. Solté un chillido muy poco guerrero y alargué el brazo para coger mi espada, que estaba desenfundada y encima de un baúl, pero siempre he sido un espadachín pésimo: asustado, la cogí por el filo. La solté

enseguida, ridículamente herido en la mano por mí mismo. Caí de rodillas. Pedí auxilio, aunque sabía que no serviría de nada. Pero entonces, cuando los dos tectónicos ya se abalanzaban sobre mí, un prodigio: cayeron fulminados.

Sitir les había atravesado el torso con dos jabalinas de caza púnicas, por la espalda y simultáneamente. No podía creerme mi suerte: el corazón me latía como el de un conejo. Sitir, en cambio, me habló con una voz sin sentimientos, como si matar a tectones de dos en dos fuera lo más natural del mundo:

—Pollito, sal —se limitó a decirme—. Tienes que ver una cosa.

Para salir tuve que pasar por encima de los dos cadáveres, que ya estaban manchando el suelo de la lectica con ríos azules. Sitir me llevó hasta la murallita de ramas y troncos de la Herradura, a la parte que quedaba justo frente al Agujero de la Mantícora. Había docenas de tectónicos, como hormigas alrededor de un hormiguero. Unos acumulaban piedras y más piedras para levantar una tosca muralla circular que rodeaba el agujero por el que habían emergido. Los demás afilaban troncos largos y los clavaban entre las piedras con la punta hacia fuera, formando una especie de coraza erizada. Lo vi y me derrumbé.

Me senté en el suelo, cabizbajo y de espaldas a esa visión horrible. Baltasar Palusi no entendió mi reacción.

—¿Qué te pasa? Estos no nos han visto —dijo—. Nos podemos marchar sin problemas.

El púnico insistía en que nos marcháramos lo antes posible. Al final me puse de pie, airado.

—¡No vuelvas a decirme lo que puedes hacer y lo que no puedes hacer! ¡No estamos hablando de eso! —le grité—. ¡Piensa mejor en lo que debes hacer, en lo que debemos hacer!

Pero Baltasar no me entendía. Ni él ni los demás.

—¡Los plebeyos sois como los insectos! —me indigné—. ¡Solo pensáis en comer, copular y huir! Y ahora vuelve a mirar ese maldito agujero: antes solo estaba el Caput, y ahora hay treinta, quizá cuarenta monstruos con cabeza de limón. ¿No os parece que algo así merece que todos hagamos alguna reflexión?

Se quedaron todos callados. Solo Servus tuvo la sensatez de contestar:

—Sí. Sí que merece una reflexión. Si han ascendido cuarenta —continuó mientras todos los demás lo escuchaban atentamente—, ¿por qué no van a venir cuatrocientos más?

—¡Exacto! —salté yo—. ¡O cuatro mil!

—¡Más motivo para que salgamos de aquí volando! —exclamó Baltasar.

—¡Baltasar Palusi! —lo interpelé—. ¿De verdad no entiendes las consecuencias de lo que está pasando en este rincón del mundo?

—Atención —nos avisó Sitir.

Todos los ojos se giraron hacia el Agujero de la Mantícora. Un grupito de cinco tectones se había separado de los demás. Se alejaba del Agujero de la Mantícora en dirección este.

—Forrajeadores —sentenció Baltasar.

—Seguramente. Se han dado cuenta de que ese par no volvía —dije señalando a los dos tectónicos muertos— y ahora envían una partida más fuerte, de cinco mílites en lugar de dos.

—Pero ¿a buscar qué? —preguntó Servus.

—Comida —dijo Baltasar—. Lo primero que hace un grupo cuando llega a tierra extraña es buscar provisiones. Y más ellos, que tragan cuerpos enteros.

Servus nos miró a Baltasar y a mí con ojos cobardes.

—Eso de que el Caput, y por extensión todos los tectones, solo comen carne humana y de cerdo era una broma, ¿verdad?

Ordené que siguiéramos a la partida de cinco tectones a una distancia prudente. No me fiaba de dejar al Caput en la lectica, así que también nos lo llevamos, amordazado y con los brazos atados a la espalda. Sitir era la encargada de arrastrarlo por la nuca. Fuimos Sitir, Servus, Qal y yo, y naturalmente los cazadores, con Baltasar dirigiéndolos.

Nos manteníamos agachados, lejos de los cinco tectónicos, ocultos tras los desniveles del terreno. En determinado momento nos situamos detrás de una gran roca y pudimos observarlos detenidamente. Avanzaban en una formación

dispersa, como una estrella de cinco puntas. Llevaban cota de malla y pantalones de serpiente como los que ya conocíamos, y también casco y un escudo. Baltasar y yo estábamos hombro con hombro parapetados detrás de la gran roca.

—¿Qué piensas? —le pregunté.

—Que no tengo la menor intención de ir a saludarlos.

La única razón para la esperanza que se me ocurría era la envergadura de esos monstruos, ligeramente inferior a la humana. Ahora faltaba saber el alcance y los límites de las capacidades guerreras tectónicas. Me dirigí a Sitir, medio en broma.

—Eh, tú, gran guerrera de la diosa Gea: has matado a dos tectones por la espalda, pero ¿podrías con cinco, y cara a cara?

Sitir no movió ni un músculo. Como si no me hubiera oído. Servus habló por ella.

—Verás, dóminus, la diosa Gea es contraria a ejercer la violencia contra ningún ser vivo, humano o no humano, que no haya ejercido violencia previamente.

En cualquier otra situación le habría dado un buen guantazo a Servus, pero me pareció que en ese momento complicaría las cosas, así que recurrí al humor suburriano.

—Si alguien intenta devorarte vivo, a ti y a todas las personas de la república en la que vives —repliqué, absolutamente serio—, ¿se considera motivo suficiente para ejercer algún tipo de violencia defensiva?

Servus palideció.

—Supongo que sí, dóminus.

Hice un gesto de impaciencia al aspa, como diciendo: «Venga, ¿a qué esperas?». Sitir salió de detrás de la gran roca y, al descubierto, se dirigió en línea recta hacia los cinco tectones, paseando con ese aire altivo con el que caminaba. Desde nuestra posición veíamos cómo se alejaba la × que le cruzaba la espalda desnuda. Servus me susurró:

—Dóminus, prepárate para lo que estás a punto de ver.

Cinco tectónicos. Todo en ellos nos hablaba de otro mundo. Los gestos y la manera de andar. El armamento. Llevaban un arsenal de infantería pesada: lanza, escudo, cascos, espadas… Ninguna de esas armas era como las nuestras. Las lanzas, con la punta dentada, parecían más bien arpones. De los cascos

emergían unas raras protuberancias, como granos de metal. Los escudos eran rectangulares, como los de nuestros legionarios, pero con un pliegue en el centro que les daba una forma similar a un tejado de dos aguas. Y el olor. El Caput era un solo individuo. Ahora que había cinco, nos llegaba una peste parecida a la que desprendían las hienas que rondaban la Herradura por las noches. Sí, un olor intenso a bestias salvajes, un olor ajeno a lo humano. Pero lo que más nos angustió, lo que más estupor nos causó, fue su actitud hacia Sitir.

Al ver por primera vez a una criatura desconocida que además se le acerca, cualquier ser vivo reacciona poniéndose en alerta máxima: su piel y sus nervios se movilizan, sus ojos solo miran a esa rareza que se aproxima y el cuerpo entero se prepara para defenderse. Los tectónicos no. Ni siquiera le dedicaron una atención especial, al menos en apariencia. Siguieron avanzando en formación de cinco puntas. Cuando el aspa estuvo bastante cerca, y solo entonces, la rodearon, como cinco dedos contrayéndose sobre la palma de la mano. Pero Sitir seguía caminando con actitud indiferente. No pude evitar una exclamación alarmada.

—Pero ¡¿qué hace esa loca?! ¡Al menos podría haber cogido mi espada! ¡No lleva ningún arma!

—No sufras, dóminus.

Y entonces, Proserpina, sucedió. El grillete del tobillo.

Cuando los enemigos iniciaron el ataque, ese anillo de piedra empezó a expandirse por la pierna de Sitir, como si se licuara, y a cubrirle la piel. El grillete se había convertido en una especie de aceite espeso que le recubría buena parte del cuerpo, como una melaza protectora.

Baltasar, los púnicos y yo ahogamos un grito de asombro. Servus estaba muy satisfecho de poder ofrecernos una explicación.

—Fijaos en que la Piedra Negra no le ha cubierto todo el cuerpo. Buena señal. Significa que no percibe suficiente peligro para ofrecer a su portadora una protección total.

Antes te he contado, Proserpina, que los ejercicios marciales de Sitir eran armoniosos y danzarines. Bien, pues lo que pasó a continuación no tuvo belleza alguna. La violencia nunca es bella.

Se abatieron sobre ella. Sitir, con una facilidad que aturdía, arrebató la espada al primer tectónico que se acercó a ella y se la clavó en la base del cuello. Ya he mencionado que las espadas tectónicas eran armas dentadas. Un instrumento así no estaba hecho para la estocada y para pinchar, como los gladius del ejército romano, sino para rasgar la carne. Y créeme, Proserpina: el gladius tectón hacía unos cortes espantosos.

Con esa arma en las manos, Sitir repartía golpes a derecha e izquierda sorteando a sus enemigos con giros, saltos y volteretas. Pero lo más difícil de describir, Proserpina, no es la habilidad de Sitir, sino el carácter brutal, desaforado y vertiginoso de su estilo de lucha. Hazme un favor, querida Proserpina, y lee esta breve frase latina: *«Sitir quinque tectonicos occidit»*. Pues sí, eso es lo que hizo: asesinó a cinco tectones fuertemente armados en lo que tú has tardado en leer estas cuatro palabras latinas.

Baltasar y yo, estupefactos, nos miramos mutuamente, como si esperáramos que los ojos del otro confirmaran lo que acabábamos de ver.

Los cazadores, felices y aliviados, corrieron hacia el escenario de la matanza. Recordaban a aquellos espartanos que se presentaron tarde a una batalla que habían librado sus aliados y, una vez en el campo del honor, se pasearon por él como si la victoria fuera suya. Pero el más extasiado era el joven Qal.

—¿Lo habéis visto? ¿Lo habéis visto? —clamaba—. ¡Los aspa son aún más increíbles de lo que dice la gente!

En cuanto a Sitir, no le interesaba ni el botín ni la victoria de esa brutal escaramuza. Se había alejado un poco y respiraba hondo. No parecía un guerrero victorioso. Más bien recordaba a un corredor después de haber competido en una carrera vertiginosa.

Nadie se atrevía a tocar los restos. Y con razón, ya que el uniforme de los tectónicos todavía escondía muchas incógnitas y maravillas. Los cascos, por ejemplo, estaban tan vivos como los calcetines del Caput. Huían de nosotros arrastrándose por el suelo como una especie de medusas inútiles fuera de su elemento. Baltasar Palusi fue el primero en coger uno de los cascos vivientes. Incluso tuvo el valor de

ponérselo en la cabeza.

El animalito, que en el suelo deambulaba desorientado como un pollo sin cabeza, pareció aliviado de encontrar un lugar donde enroscarse y solidificarse. ¡Y qué dureza! Palusi se golpeaba la testa con una mano, como quien golpea una puerta, y el bicho resonaba como si fuera de metal.

—Te queda la mar de bien —dije riéndome.

La parte más graciosa vino después, porque una cosa era ponerse ese casco viviente, y otra quitárselo. El bicho se había petrificado en el cráneo y se había agarrado tan firmemente que no había manera. Si seguía intentándolo se arrancaría el cuero cabelludo. La situación era tan absurda que los demás no podíamos parar de reír, incluidos los cazadores de Baltasar. Cuanto más se enfadaba y se debatía su sufete, más se reían. Desesperado, Baltasar fue hasta nuestro prisionero y le exigió, a puñetazos y patadas, que lo liberara de esa corona grotesca. Pero habíamos atado y amordazado al Caput tan a conciencia que poco podía ayudarlo.

—Desátale el brazo que todavía tiene mano —dije entre risas.

Y así, el mismo Palusi que unos instantes antes apaleaba al prisionero, ahora se apresuraba a liberarle un brazo. Nos hacía tanta gracia que algunos cayeron de rodillas partiéndose de risa. Al final resultó que la solución era de lo más simple: el Caput se limitó a pellizcar con dos dedos largos y huesudos unas protuberancias del casco que parecían pezones carnosos, y el bicho se desprendió solo, como dormido.

Pero descubrimos que lo más asombroso de todo el uniforme tectónico eran los escudos. Los escudos militares pueden ser de lo más variados tanto en la forma como en las proporciones, el peso y los colores que los adornan. Entre los bárbaros pueden ser pintorescos, y entre los orientales bastante exóticos. Ahora bien, ninguno está vivo. Y esos lo estaban, y mucho.

Los hombres de Palusi, que habían empezado a saquear los cadáveres, se llevaron un buen susto: ¡los escudos también se marchaban! Habían tardado un poco más en reaccionar que los cascos, pero ahora se arrastraban lentamente en todas direcciones. Si te fijabas bien, en los bordes de los escudos se

veían cientos de patitas, al estilo de los ciempiés.

Los hombres de Palusi le dieron la vuelta a una de esas criaturas, que quedó boca arriba como un escarabajo gigante. La parte exterior era un caparazón durísimo, pero por dentro era un cuerpo blando y carnoso. En la parte de arriba tenía tres bocas en forma de ventosas de pulpo que soltaban unos ruidos desagradables, unas veces de succión y otras de exhalación. El sonido recordaba el de una bandada de patos.

Mientras los cazadores de Palusi se recreaban en la exploración del botín, yo me apoyé en una triste acacia a reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo en ese rincón perdido del mundo.

Servus se acercó a mí. No pudo resistirse a cerrar una vieja polémica que mantenía conmigo.

—Después de ver lo que has visto, dóminus —dijo, burlón—, ¿crees por fin en los poderes de los aspa?

Hice como si no hubiera oído su comentario impertinente. Lo único que me interesaba era calibrar las posibilidades del aspa.

—Contesta: ¿Sitir podría matar a la treintena de tectones que debe de haber ahora mismo en el Agujero de la Mantícora? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Incluso los aspa tienen límites. Sitir Tra puede matar a cinco o seis, lo acabas de presenciar. Una docena ya rozaría el límite de sus posibilidades, y atacar a tres decurias sería un suicidio. Sitir es de carne, como tú y como yo. La Piedra Negra que le recubre toda la piel le ofrece una protección extraordinaria, pero no infinita. Una suma de cortes y estocadas acabarían por herirla y abatirla. Es un aspa —concluyó—, pero es humana, no un Hércules inmortal.

Servus comprendió que yo estaba sumido en una reflexión decisiva y dijo:

—Dóminus, ¿puedo hacerte saber mi opinión?

Era un esclavo, pero era un hombre leído, y en mi situación toda opinión con criterio era bienvenida.

—Mi consejo —dijo Servus— es que pidas consejo.

Yo no lo entendía.

—Tu padre es Marco Tulio Cicerón, el romano más sabio del mundo, y Roma gobierna el mundo. ¿Quién mejor que él

para indicarte cómo proceder?

—Por si no te habías dado cuenta, Roma es la cabeza y el corazón del mundo, y nosotros estamos en el culo. Más abajo del culo, de hecho: en el sur de la provincia de África.

—Dóminus —insistió Servus—, Palusi tiene un caballo. Si un mensajero cabalga noche y día sin descanso, llega a Útica en tres jornadas. Una vez allí puede embarcarse en una *rauda*. Y las *raudae* llegan a Ostia en tres días y medio. En total siete días, como mucho. La respuesta tardará otros siete días. En menos de dos semanas puedes tener en tus manos una misiva de tu padre. ¡Piénsalo!

Debes saber, Proserpina, que las *raudae* eran unas naves pequeñas y velocísimas que unían puertos para comunicarse en caso de urgencia. Normalmente se reservaban para que los gobernadores provinciales informaran a los cónsules y al Senado de situaciones graves. Que las *raudae* estuvieran al servicio exclusivo del procónsul de África no era problema: en un mundo tan corrupto como el de antes del Fin del Mundo, el dinero lo compraba todo, y yo tenía dinero.

Qal nos había oído.

—¡Puedo ir yo! —se ofreció—. Aprendí a montar en la villa del viejo Ergaster, cuando hacía de mozo de establo. Dóminus: fija una fecha, la que sea, y antes de que llegue habré vuelto. ¡Lo juro por Baal, por Júpiter y por sus felaciones mutuas!

—¿Tú? —dijo Servus riéndose—. El dóminus nunca enviaría a un prostituto de provincias a una misión tan capital. Desaparecerás con el caballo y el dinero que te confíe para alquilar la *rauda*.

—¡No! —se ofendió Qal —. Querido, ¿por qué me acusas de ladrón, precisamente tú, que me has robado el corazón? —Y girándose hacia mí, suplicó—: ¡Dóminus! ¡Envíame!

Servus me miró. Tenía tantas dudas como yo.

—Quizá sí, dóminus, quizá no tienes más alternativa que enviar a este sodomita de piel oscura. ¿Quién si no? En cualquier caso, el mensajero da igual; lo que importa es que llegue.

Yo dudaba. Para añadir más confusión a mi mente, ya bastante nublada, vino Sitir y habló así:

—Pollito, el que está aquí ahora eres tú. Tú, no tu padre.

Decide tú. Un pollito que siempre depende del gallo nunca dejará de ser un pollito.

Y por si faltaba alguien, se añadió también Palusi.

—Bueno, nosotros nos vamos —anunció—. Adiós.

Con las redes y mantas que llevaban habían hecho unos buenos fardos para transportar el botín. Esperaban vender los escudos, las armas y las armaduras tectónicas al mejor postor. No era la pantera negra que habían ido a buscar, pero era algo. Y se conformaban. Sobre todo en esas circunstancias.

—No puedes irte, Baltasar, te necesito —repliqué.

Palusi se desentendió.

—¿De qué me estás hablando, Marco Tulio? Has visto tan bien como yo a los amiguitos del Caput. —Giró un momento la cabeza—. Tenemos que largarnos de aquí —continuó—, y no podemos llevarnos al Caput porque no tenemos ningún medio eficiente para transportarlo ni tiempo para construirlo. Así es la vida —sentenció con una resignación muy africana —. Te aconsejo que vengas con nosotros y te alejes de aquí.

Después de decir esto, Baltasar miró al Caput y me ofreció una daga.

—Vamos, Marco Tulio, mátalo. Mátalo y vayámonos de esta región condenada por todos los dioses. Venga.

¿Qué debía hacer? ¿Marcharme con los púnicos? ¿Escribir a mi padre? ¿Actuar por mi cuenta? Pocas veces, querida Proserpina, he sentido tanta angustia.

Le cogí la daga de las manos y, furioso, la tiré al suelo.

—¡Tienes que rendirme obediencia! —grité a Baltasar Palusi—. ¡Tú me pediste que me quedara! Y mi condición fue que me cedieras el imperio sobre ti y tus hombres.

Baltasar se limitó a reírse de mi despropósito.

—El Caput y sus amiguitos lo cambian todo. Solo un loco se quedaría.

Invoqué el más elemental de los principios humanos.

—¡La palabra dada es sagrada!

Se le encendió la cara, como cada vez que pensaba en su hermano.

—¡Pues te recuerdo que juré a Adad que adoptaría a sus hijos y a su mujer! ¿Qué promesa crees que me importa más?

Palusi y los suyos se marchaban, y la urgencia me obligaba a tomar una decisión.

—¡Espera, espera! —dije—. Te pagaré en condición de mercenario. Solo te pido que os quedéis hasta que mi padre responda.

Mostró una expresión incrédula.

—Pero ¿qué pretendes? —exclamó—. ¿Es que no lo has visto? ¡Se comen a la gente!

—¡Por eso mismo debemos retenerlos aquí, donde no puedan hacer ningún daño, hasta que la República actúe! —grité, desesperado.

Todos se callaron, y yo también. No tenía ningún plan, simplemente dejé que mis palabras le dieran forma, cuando dije:

—Los acosaremos, no podrán salir de su mierda de agujero. Los mortificaremos con una guerrilla, como hacen los lusitanos. Si envían pequeños grupos de forrajeadores, los atacaremos. Si envían grupos demasiado numerosos, los despistaremos y cuando estén lejos lanzaremos rocas para obturar el Agujero de la Mantícora. El aspa no puede hacerlo todo. ¡Te necesitamos, Baltasar Palusi!

Le ofrecí trescientas monedas de oro, una fortuna, a repartir entre sus hombres como le placiera. Se negó, indignado.

—¡No nos quedaríamos ni aunque nos regalaras todas las vírgenes vestales de Roma, tres carros ceremoniales hechos de oro, desde las bridas hasta las ruedas, y suficiente seda para hacer un puente de tela entre África y Roma!

Le ofrecí seiscientas. Las aceptó de inmediato, cómo no. ¡Ay, el dinero! Tú, Proserpina, no conoces su poder.

—Está bien —refunfuñó—. Pero el mismo día que vuelva el mensajero quedaremos libres de todo compromiso. Y debes prometerme que no expondrás a mis hombres. Que luche el aspa. Nosotros no somos soldados. Ni siquiera tenemos espadas de verdad, solo machetes. ¿Lo prometes?

—Lo juro —mentí descaradamente—. Nunca arriesgaré vuestras vidas.

Y digo que mentía, Proserpina, porque era imposible saber cómo irían las cosas. Y porque, como dijo Platón, los magistrados son los únicos con derecho a mentir.

—Y una cosa más —exigió Baltasar—. Antes de marcharnos, tolerarás que me vengue de mi hermano muerto

matando al Caput.

—Lo creas o no —respondí—, el Caput no mató a Adad.

Y en esta ocasión no mentía.

Por una vez Sitir Tra intercedió por mí. Dio un paso adelante y se dirigió a Baltasar.

—Ya te dijimos que no preguntaras más por lo que pasó allí abajo. Y ahora honra tu palabra y cumple tu parte del trato.

Después volvimos a la Herradura para desmontar el campamento y desplazarnos a un lugar más seguro. Mientras los demás recogían los pertrechos que todavía quedaban allí, yo escribí dos cartas. Una para mi padre y otra para Quinto Ergaster, el veterano legionario que nos había acogido en su villa. Entregué ambas misivas a Qal y le dije:

—Ahora sube al caballo de Baltasar y cabalga hasta reventarlo. ¡Mátalo si es necesario, pero no te detengas! Haz una única parada en la villa de Ergaster y entrégale mi escrito. No temas: no te castigará, porque le ruego que te ayude con provisiones y caballos. Continúa hasta Útica. ¡Corre como Mercurio! En el puerto, paga lo que sea por un pasaje en la *rauda* del gobernador; sin regatear y con un suplemento para que zarpe de inmediato. Sobórnalos a todos y sé generoso. Una vez en Roma, entrega la carta a mi padre. En persona. Y este pequeño cesto. No te muevas hasta que te dé una respuesta. ¿Lo has entendido? ¿Lo has entendido?

En el cesto estaban la cabeza decapitada de un tectón y una mano de dedos largos y siniestros. Qal lo cogió y asintió, trémulo de emoción.

—¡Date prisa! ¡Corre, cabalga! ¡Embárcate y navega! ¡Que ningún remo ni ningún viento te parezca lo bastante rápido!

Y con estas palabras lo despedí. Se subió al caballo y se alejó con el cesto en la alforja.

—Qué sorpresa se llevará tu padre cuando abra el cesto —comentó Palusi—. Si los tectones ya son feos vivos, imagínate dentro de una semana, podrido por los vientos del desierto y el salitre marino.

Sitir me desaprobaba y corregía.

—Estás perdiendo el tiempo. Un padre solo puede ayudarte en asuntos paternales, y los tectónicos no lo son —se limitó a sentenciar.

Servus, por su parte, desconfiaba de Qal.

—Ese chico es un rufián. No volverá.

—Volverá —repliqué—. Y antes de lo que crees.

Servus negó con la cabeza.

—No tiene buena opinión de ti, dóminus, ni te debe ningún tipo de fidelidad. ¿Por qué no iba a embolsarse la enorme cifra que le has dado para pagar sobornos y alquileres, y desaparecer?

—No lo entiendes —insistí—. No volverá por mí, sino por ti. Quiere lucirse ante ti para demostrarte que merece tu amor.

Al rato ya habíamos levantado el campamento de la Herradura. Estaba demasiado cerca del Agujero de la Mantícora. Ahora había muchos tectónicos merodeando por allí, y eso sin contar el peligro que significaba el pozo que se abría bajo los restos de mi lectica y que comunicaba con su mundo. Nos desplazamos un trecho más allá, a un lugar más recogido, detrás de una pequeña colina que nos ocultaba y que al mismo tiempo nos permitía observar la posición de los tectones. De momento seguían llevando piedras a la pequeña muralla circular que estaban construyendo, que cada vez tenía alrededor más estacas afiladas como picas. Lo último que hicimos antes de dejar la Herradura fue liberar al Caput.

Sí, Proserpina, como lo oyes: lo liberé.

Tuve que imponer mi autoridad ante Palusi y sus cazadores, que protestaban con mil aspavientos. Recuerda, Proserpina, que el Caput había asesinado a dos de los suyos. Mientras discutíamos si lo soltábamos o no, uno de los púnicos estuvo a punto de seccionarle el cuello. Tuve que interponerme físicamente para impedirlo. En esos momentos el Caput parecía un penoso fardo, con los brazos atados a la espalda, maltratado y manco.

—¡Cuando vuelva con los suyos —alegó Palusi—, les hará saber que solo somos siete hombres y una mujer!

(Palusi, Proserpina, no contaba a mis porteadores como hombres, por el hecho, meridiano, de que eran esclavos.)

—¡Es precisamente lo que quiero que haga! —repliqué—. El Caput ha visto cómo uno de los nuestros, uno solo, mataba a cinco tectones. Se lo contará. Y ellos no saben que todos no

somos como los aspa. ¿No lo ves? Serán mucho más cautos, y eso nos regalará un tiempo precioso hasta que mi padre reaccione.

Pero no había nada que hacer, no me escuchaban. Al final comprendí que los púnicos no querían razones ni argumentos, sino venganza. Solo se me ocurrió una cosa: de un tirón, le bajé al tectónico el pantalón apretado y gomoso como piel de serpiente. No tenía genitales, pero tenía esfínter. Y le dije a Palusi:

—Vamos, sodomízalo. ¡Venga!

Mi propuesta era tan imprevista que frenó su agresividad.

—¿Quieres su muerte o quieres hacerle daño? —argumenté —. ¿Qué lo herirá más? ¿Un fin instantáneo o volver con su gente humillado hasta el infinito?

Y lo hicieron. Primero Palusi y después los cuatro cazadores que habían sobrevivido a los ataques del Caput.

Deberías haber visto cómo me miraba, Proserpina, mientras los cazadores lo montaban, uno tras otro. Sí, me miraba fijamente, fabricando odio con sus ojos redondos como un molino hace harina. Fue un acto sórdido, detestable y repulsivo, lo admito. Pero la estrategia no es una cuestión de ética, sino de metas. Y en cualquier caso, el Caput no merecía nada mejor.

Cuando lo desatamos y le indicamos por gestos que se marchara, no podía creerse que estuviéramos regalándole la vida y la libertad. Empezó a caminar en dirección al Agujero de la Mantícora. Había quedado tan dañado y dolorido que iba cojo y muy lento. Por la parte interior de los muslos le resbalaban chorros de sangre azul. A los pocos pasos se detuvo. Se giró. Levantó el brazo izquierdo, me señaló con el muñón cubierto de vendas, ahora manchadas de sangre azulada, reseca y coagulada, y pronunció algo parecido a mi nombre, como aquella noche en el desierto.

—Maaaarrrrccccoooo. —A continuación se golpeó el pecho con el muñón y dijo—: Nestedum.

Por fin me hacía saber su nombre. Era una presentación y una proclama de odio eterno. Y también una amenaza. No supe qué decir. Solo sentía el miedo atravesándome el pecho como una lanza. Palusi habló por mí.

—¡Lárgate de aquí, cabeza de haba asquerosa! —gritó.

Y le lanzó una pedrada. Los púnicos lo imitaron, y el Caput, al que ya debería llamar por su verdadero nombre, Nestedum, huyó bajo una lluvia de piedras.

—Es curioso —dijo Palusi cuando el tectónico se hubo alejado—, en lengua púnica *«neste dum»* tiene un significado.

—¿En serio? —pregunté sin mucho interés por esa coincidencia fonética—. ¿Cuál?

—Bebesangre.

8

Al día siguiente, los tectónicos hicieron uso de una táctica nueva. Un grupo de ocho mílites salió del Agujero de la Mantícora, y al poco lo siguió un segundo grupo de otros ocho soldados. Las dos patrullas avanzaban bastante cerca la una de la otra para poder ayudarse mutuamente. Así, si atacábamos a un grupo, el otro podría acudir en su auxilio. Y dieciséis tectónicos armados eran demasiados, incluso para nuestra Sitir.

Iban recorriendo todo el terreno que circundaba el Agujero de la Mantícora en un amplio movimiento en espiral, una maniobra de rastreo sistemática y perfectamente ejecutada. Como es lógico, no tardaron mucho en encontrar a sus cinco compañeros de armas, desnudos, muertos y con el cuerpo expoliado. Recogieron los cinco cadáveres y los llevaron hacia el Agujero. Lo que hicieron a continuación, Proserpina, excedió lo imaginable.

Mis pedagogos me habían impuesto lecturas de Heródoto, Ptolomeo y Estrabón. Los tres citan costumbres remotas y extrañas, ritos fúnebres incluidos. Pero, sean cuales sean el origen y las creencias de los humanos, siempre tienen alguna manera de honrar a sus difuntos. Incluso los griegos más ateos practican algún tipo de ritual funerario. Bien, pues no era el caso de los tectónicos.

Se llevaron a sus congéneres muertos al Agujero de la Mantícora. Los colgaron en un andamio de troncos, como si fueran terneros muertos, y empezaron a cortarles trozos de carne. Y se los comieron. A sus compañeros. Crudos. Ni siquiera parecían especialmente hambrientos. Los manipulaban y masticaban como un alimento cualquiera.

Recuerdo, Proserpina, que al contemplar aquello me hundí en una especie de horror primordial. ¿Quiénes eran esos seres que se comían entre ellos sin necesidad? ¿Quién podía

esperar piedad de alguien así? Ese día descubrí, Proserpina, que el auténtico salvajismo no es la práctica de ritos más o menos extraños, sino su ausencia.

Sí, desde la cima de nuestra modesta colina pudimos verlo todo. La elevación nos permitía observar perfectamente la muralla de piedras acumuladas. Formaba un círculo bastante amplio que rodeaba y protegía la posición del Agujero de la Mantícora. En la parte interior del círculo habían montado un campamento. Los trípodes en los que habían colgado los cuerpos de sus congéneres estaban hechos con ramas muy largas. Los tectónicos eran muy disciplinados: hacían cola estricta, a la espera de que un carnicero les sirviera una porción bien grande de carne. Cogían la ración que les habían dado con las dos manos, se sentaban en el suelo con las piernas cruzadas y masticaban con las tres hileras de dientes. Lo que más apreciaban eran el cerebro y el tuétano; y lo que menos, las tripas y otras vísceras menores.

—Esto desbarata mis planes —dije a Baltasar—. Esperaba que el hambre los obligara a salir del Agujero de la Mantí…

Servus no me dejó terminar.

—Si siguen comiendo a este ritmo, sus amiguitos muertos no les durarán mucho. ¡Cómo tragan!

—Por el culo mojado de Neptuno, ¿es que nunca tienen bastante? —exclamó Palusi.

Era sorprendente la cantidad de comida que podía llegar a consumir cada tectón. Parecía que necesitaran comer el triple, o el cuádruple, que los seres humanos. Durante los días siguientes los tectónicos siguieron una rutina de lo más estricta. Cada madrugada, al salir el sol, los dos grupos de ocho mílites abandonaban el recinto amurallado para recorrer los alrededores. Si lo hacían en busca de alimento, como simple medida de protección o para familiarizarse con el terreno, era difícil decirlo. Yo los observaba atentamente, buscando cualquier detalle que nos fuera útil a la hora de combatirlos. ¿Y quieres saber, Proserpina, qué fue lo que más me sorprendió? Pues precisamente que los tectónicos no manifestaban interés ni sorpresa por nada. Tal cual. Por ejemplo: no mostraron el más mínimo interés por el sol. Unas criaturas que provenían de un mundo subterráneo, que tenían la cabeza eternamente cubierta por techos de roca, no

dedicaron ni una sola mirada, estupefacta, sobresaltada o admirada, al cielo o al sol. Ni una.

Los tectónicos que no integraban esas limitadas expediciones se dividían para realizar dos tareas diferentes. Unos se apostaban en la tosca muralla, como vigías. Los demás se sumergían en el Agujero de la Mantícora. Trabajaban en algo. Oíamos golpes y retumbos, como si hubiera una fragua, y de fondo los bufidos monstruosos de esos animalitos en forma de calamar que ya conocíamos. A veces el agujero exhalaba un humo extraño, azul, gaseoso y fétido. El hedor de esas nubes, que recordaba a los huevos podridos, nos llegaba hasta la colina, bastante alejada.

—¿Qué estarán haciendo?

Servus formuló en voz alta la pregunta que nos hacíamos todos.

—¿No lo hueles? —contestó Palusi—. Deben de ponerle el orinal a Vulcano.

Solo podíamos especular.

Por la noche se reagrupaban en la murallita de rocas y utilizaban sus escudos vivientes como tiendas individuales. Los colocaban en el suelo en forma de lambda (λ) y se resguardaban debajo. Así el escudo les servía de techo, de abrigo y de amparo. Su relación con ese escudo animado era tan estrecha como la de un buen jinete con su montura: en toda la noche el escudo no cambiaba de posición ni se movía; ni los destapaba ni los descubría. Al día siguiente, cuando se levantaban, los tectónicos solo tenían que chasquear la lengua para que esas bestias escalaran por su espalda y se quedaran allí, perfectamente aferradas al cuerpo de su amo con sus patitas de ciempiés. Creo que los escudos vivos experimentaban placer cuando estaban en contacto con las espaldas tectónicas, porque las tres boquitas en forma de embudo que tenían esas extrañas bestias hacían más ruido que nunca. Ese sonido grave y sostenido tan escandaloso. Sí, por las mañanas el campamento tectón resonaba como si se hubiera despertado un rebaño de ocas en celo. ¿Cómo podían adiestrar los escudos hasta ese punto? Nunca desentrañamos aquel misterio.

Palusi y sus cazadores, en cambio, no conseguían que los cinco escudos capturados los obedecieran en nada, ni en la

más simple de las maniobras. Al contrario. Debían atarlos a un árbol, e incluso así huían en cuanto podían. Eran lentos como tortugas y los atrapaban enseguida, pero ellos, tozudos, volvían a intentarlo. En cualquier caso, era una imagen de lo más peculiar: cinco criaturas rectangulares atadas a un tronco, moviendo con desazón cientos de patitas mientras las tres bocas en forma de ventosa de pulpo sorbían como un pato chupando un líquido.

Pocos días después, los tectones reunidos en el Agujero de la Mantícora habían devorado hasta la última pizca de carne de sus compañeros de armas muertos. Debían de tener hambre, porque enviaron una partida de forrajeadores mayor de lo habitual: cuatro grupos de siete individuos cada uno. Servus dijo:

—No me puedo creer que solo coman carne humana o de cerdo. Sencillamente no, me niego a creer que existan seres así.

—Pues ahora tenemos la ocasión de confirmarlo o descartarlo definitivamente —repliqué.

Les dejamos cerca una de las dos mulas para que la descubrieran, con la idea de observar su reacción. Bien, pues cuando el primer grupo tropezó con el animal, ninguno de ellos se detuvo a examinarla. La miraron un momento sin ningún interés y siguieron adelante. La mula los correspondió con una inquietud igualmente irrelevante: giró un par de veces una oreja, y ese fue todo el temor que manifestó. Créeme, Proserpina: nunca ha existido una mula tan envidiada por unos humanos.

Los tres grupos de tectónicos que seguían al primero actuaron exactamente igual. Pasaron junto a la mula como si no estuviera allí. Veintiocho tectones hambrientos, y ninguno consideró que la mula fuera comestible.

Servus habló con un escalofrío en la boca.

—Por la diosa Gea. —Suspiró—. Así que es cierto. ¿Qué harán cuando descubran que en la superficie del mundo hay urbes llenas de gente?

Servus tenía la mala costumbre de pensar en voz alta. Se lo recriminé.

—Servus, ¿sabes lo que es una pregunta retórica? ¡La que incluye la respuesta! ¡Cállate!

Fuera como fuese, en los diez primeros días pasaron pocas cosas realmente dignas de mención. Durante las noches, para intranquilizarlos, lanzábamos al interior de sus defensas una pequeña lluvia de flechas incendiarias. Sin mucho éxito, esa es la verdad.

Por incomprensible que fuera, los tectónicos no manifestaban alarma o inquietud alguna. Su única respuesta era el silencio y la indiferencia. Los centinelas ni siquiera se molestaban en despertar a sus compañeros. No lo entendíamos. Palusi nos leyó a todos el pensamiento.

—¿Son tan listos que ocultan su miedo, o demasiado estúpidos para temer el fuego? —preguntó.

Aparte de eso, querida Proserpina, y siento decirlo, esos días fueron muy poco épicos. Lo que pasaba era que no pasaba nada. Solo los ruidos y los gases azulados que salían por ese agujero. Eso, y partidas ocasionales de tectones, demasiado numerosos para que pudiéramos atacarlos. Eso era todo. Ellos, por prudencia o por la razón que fuera, tampoco se alejaban mucho del Agujero de la Mantícora, así que de alguna manera podía decirse que estábamos en tablas. Pero un atardecer ocurrió algo que me consumió el ánimo.

El sol se ponía en el desierto. Unos intensos tonos granates y violetas conquistaban con magnificencia el horizonte. Yo lo contemplaba, extasiado, cuando desde la posición tectónica se elevó una voz colectiva.

—Marco… ¡Maaaarco! ¡Marrrrrco!

Eran ellos. Los treinta o cuarenta tectones, al unísono. Me llamaban. A mí. Un coro de voces inhumanas. Me arrebujé un poco más en la manta que me había colocado sobre los hombros. «Esto ha sido idea de Nestedum», pensé. Y, en efecto, al rato ese monstruo apareció sobre su parapeto de piedras. Era inconfundible: él, sí, Nestedum y su antebrazo sin mano. «¡¡¡Marco, marcomarcomarco!!!»

Tuve miedo, Proserpina, mucho miedo. Porque esa criatura estaba convirtiendo una pugna entre el mundo y el submundo en una cuestión personal. Y lo personalizaba en mí.

De pie en su murallita, Nestedum blandió su brazo intacto, como pidiéndome que me acercara al Agujero de la

Mantícora. «Venga, ven.» Eso era lo que me decía. Me proponía un combate singular. Él, con una sola mano, contra mí.

Palusi y los demás tenían los ojos fijos en mi persona. ¿Qué podía hacer? Era demasiado cobarde para aceptar ese duelo, pero si me negaba, los púnicos y Baltasar me menospreciarían. En casos así, no hay nada como haberse criado en la Suburra. Allí aprendías que el humor tiene muchos usos.

Salí de nuestro escondite. Me mostré (a una distancia prudente, claro) y grité como si hablara en serio:

—¡Mira que eres rencoroso! Solo te corté la manita. ¡Lo siento! ¡Prometo no volver a utilizar un hacha para la manicura!

Los púnicos y los porteadores de la lectica se echaron a reír como locos. Incluso Servus, siempre tan serio. Y mira que el chiste era malo. Pero por algo dicen que el humor y el miedo hacen frontera.

Nestedum saltó, ágil, parapeto abajo. Llevaba una espada tectona con la hoja de sierra. Una vez en el suelo, avanzó unos pasos en dirección a mí. Era obvio que me exigía un combate singular.

—¿Quieres que vaya yo? —se ofreció Sitir.

—Me quiere a mí. —Suspiré—. Yo le corté la mano y yo hice que lo sodomizaran. Me odia y cree que será una victoria fácil, porque piensa que soy un cobarde. Y tiene razón —añadí para mi vergüenza—: me vio llorar en el desierto, ¿recuerdas? —Di un paso adelante y grité a Nestedum—: ¡Todos sabemos por qué estás tan enfadado! ¡Porque no tienes verga y no puedes hacerte la mano!

(En la Suburra, Proserpina, «hacerse la mano» quería decir «masturbarse»; pero las groserías siempre son la parte más universal de los idiomas, como lo demuestra el hecho de que los púnicos, detrás de mí, se morían de risa.)

Palusi se animó, se colocó a mi lado y mostró impúdicamente sus genitales a los tectones.

—¡Venga, ven! —gritó—. Te gustó, ¿verdad? ¡Te has quedado con ganas!

Todos se reían. Nestedum, al ver que yo rechazaba el duelo, volvió atrás, victorioso a medias: tal vez había demostrado su

valor y mi cobardía, pero ese aluvión de risas parecía desconcertarlo. Esa noche los tectones se pasaron todas las horas de oscuridad entonando un rítmico «¡Marco, Marco, Marco!» lleno de erres. Treinta gargantas ominosas, no, más de treinta, hacían subir a un cielo negro ese símil de tonadilla. «¡Marcomarcomarcomarco!» Fue una noche fría. Los tectones no se callaban. Yo me ceñí bien la manta y me senté al lado de Sitir. Le pregunté a ella, gran guerrera aspa, qué podía hacer para controlar mi miedo. Sitir, inefable, se encogió de hombros, como si le hubiera dicho que me molestaban los mosquitos.

—Ponte tapones de barro en las orejas —me recetó.

No podía dejar de pensar en el Agujero de la Mantícora. Esa comunicación entre dos mundos. Puede parecerte extraño, Proserpina, pero ese vacío, esa boca negra, me repelía y me atemorizaba aún más que los propios tectones, incluso más que Nestedum. Todos tenemos nuestros terrores privados. Y el mío era caer, una caída sin final conocido ni retorno posible. Quizá ellos eran monstruos, pero eran reales. Criaturas palpables con las que podíamos luchar, y por lo tanto vencibles. Pero un agujero se define por lo que no es; es un vacío. ¿Y cómo se lucha contra un vacío?

Oíamos cómo trabajaban en ese vacío. Recuerda, Proserpina, que habían rodeado el Agujero de la Mantícora de una burda muralla de rocas. No podíamos ver qué hacían al otro lado, solo percibíamos esa sucesión de ruidos y olores, y veíamos emerger esos vapores fantásticos. Lo que realmente me alteraba el ánimo eran las preguntas que ese vacío generaba. ¿Qué hacían y con qué propósito? ¿Qué había al fondo del todo?

Al día siguiente, uno de los cazadores nos advirtió: un grupito de solo seis tectónicos se adentraba por un collado menor. Conocíamos el lugar, un pasadizo entre grandes rocas. Era una posición muy favorable. Habíamos planeado tenderles una emboscada si alguna vez entraban en ese pequeño desfiladero. Y así lo hicimos.

Tomamos posiciones en lo más alto, en un roquedal voluminoso. Mientras los tectónicos circulaban por el camino

natural, abajo, los atacamos con todo lo que teníamos: arcos y flechas, hondas, jabalinas y rocas que caían rodando con un gran estruendo.

Por desgracia, la reacción de los tectónicos fue instantánea y admirablemente disciplinada. Adoptaron una formación perfecta: tres de pie y tres de rodillas. Unieron los escudos entre sí y construyeron una pantalla solidísima. Algo parecido a la tortuga de nuestros legionarios, pero mucho más efectiva, más firme y sin rendijas. Porque esos escudos vivientes, al sentir la proximidad de sus congéneres, entrelazaban las patitas laterales. Así formaban una muralla compacta. Los propietarios de los escudos solo sacaban la punta de la espada y la lanza dentada, y ni un solo proyectil, piedra o flecha conseguía herirlos, ni siquiera levemente. Frustrado, di la orden de redoblar el bombardeo. Ya que no podíamos matarlos, al menos provocaríamos que huyeran o rompieran la formación. Después Sitir caería sobre ellos y causaría estragos. Pero nada salió como estaba previsto.

Los tectones se mantuvieron firmes, protegidos por sus escudos, por sus cascos como pulpos sólidos y por las armaduras pectorales de insectos acorazados. Las piedras rebotaban en esas criaturas-escudo y solo conseguían arrancarles unos bramidos de oca del Hades. Pero no conseguimos ni que se soltaran.

Al ver que nuestros proyectiles no servían de nada, Sitir saltó sobre los tectónicos. Yo ordené un alto el fuego para que nuestra andanada no la hiriera. El aspa se abalanzó sobre esa coraza colectiva. Golpeaba aquí y allá con el puño buscando algún punto débil. Entre los escudos emergían puntas de espada y de lanza que intentaban pincharla. Sitir arrebató una lanza y se la clavó a su antiguo propietario. Lanzamos un alarido de entusiasmo. Fue nuestro único triunfo. Porque entonces oímos un ruido detrás de nosotros.

Estábamos bastante arriba del desfiladero, pero un poco por debajo de la cima. Y ahora, por encima de nosotros, y por detrás, nos atacaba una veintena larga de tectónicos. Iban muy ligeros, solo llevaban una espada en una mano y un puñal en la otra, y sus pies de avestruz resultaban ser de lo más ágiles en ese paisaje abrupto y rocoso. Daban unos gritos de guerra espantosos. Sus bocas se abrían, separando al

máximo las mandíbulas, y mostraban tres hileras de dientes que nos daban más miedo que cualquiera de sus armas. ¡Y con qué facilidad se movían por aquel terreno casi vertical!

Habíamos caído en la más vieja de las trampas: el emboscador emboscado. Los seis tectones del valle eran el anzuelo. Habían esperado a que Sitir se alejara de la parte alta, donde estábamos, para atacarnos por la espalda.

Echamos todos a correr. El terreno era tan abrupto que huíamos como cabras cojas. Hay un proverbio latino, querida Proserpina, que asegura que en la guerra suelen morir los más valientes y los más prudentes. Ese día les tocó a los prudentes. Es decir, a los que se habían posicionado más atrás y, en consecuencia, sufrieron antes el asalto de los tectones que nos atacaban por la espalda. Un cazador de Palusi y uno de mis porteadores cayeron en manos de esos monstruos subterráneos. Podrían haberlos matado, pero prefirieron capturarlos vivos. Los dos hombres imploraban y lloraban, desesperados. Pero ¿qué podíamos hacer? Eran demasiados y demasiado horribles. Nadie volvió atrás. Solo Baltasar Palusi se detuvo un instante para gritar a su amigo, que se debatía entre cuatro tectones:

—¡Hazlo, hazlo!

El cazador sacó una pequeña daga que llevaba atada a los cordajes de la sandalia y se la clavó en la tráquea. Hizo bien.

El recuerdo que tengo de lo que siguió a esta escena, Proserpina, es de derrota: los supervivientes reunidos bajo una acacia vieja y rechoncha de ramas muy largas que se proyectaban horizontalmente y creaban una gran sombra a su alrededor. Era el único árbol que destacaba en esa zona, y por eso lo habíamos bautizado como la Gran Acacia.

Aún resoplábamos todos, abatidos. Todos menos Sitir, que volvió la última. Tenía un brazo manchado de azul oscuro, como si lo hubiera sumergido en una tina de sangre tectónica. Más allá del árbol solo se veía una gran llanura, yerma y desnuda.

Cuando recuperó el aliento, Palusi se puso de pie y dijo:

—Hasta aquí hemos llegado, Marco Tulio. Se acabó, nosotros nos largamos.

Lo más sorprendente no era que se marchara, sino que no me recriminara el fracaso, la derrota y la muerte de otro de los suyos. Aun así, yo tenía que intentar que se quedara.

—Juraste seguirme y obedecerme hasta que mi padre respondiera —repliqué sin demasiada convicción—. Y Qal todavía no ha vuelto.

—¡Tenía que volver en catorce días, o menos, y ya hace dieciséis que se fue! Vine con Adad y seis hombres, y he perdido a tres. ¡Además de mi hermano! Fui un loco por aceptar tu oro. ¡Quédatelo!

El hombre estaba tan furioso que tiró el machete al suelo, a mis pies, y se dio media vuelta renegando al cielo en púnico.

Fue un día de derrota y de muerte. Pero hubo otras novedades añadidas: por la llanura que se extendía al norte de la Gran Acacia apareció una comitiva. Era el viejo Quinto Ergaster, en una silla de manos, al frente de una pequeña y heterogénea tropa de casi un centenar de servus. Sentado en ese palanquín con toldo, Quinto me vio, levantó el bastón y gritó, perfectamente gozoso:

—¡Por las sagradas pelotas de Júpiter, Marco Tulio! ¡Cuánto me alegró leer tu mensaje! —proclamó con una voz tan firme que temimos que lo oyeran desde el Agujero de la Mantícora.

Veía tan poco que cuando estuvo delante de mí tuvo que cogerme los brazos para asegurarse de que yo era yo.

—Disculpa mi retraso, Marco. Mis esclavos son una tropa de granujas. He tardado mucho más en movilizarlos de lo que habría sido necesario. No son más que una pandilla indócil y mugrienta —dijo girándose hacia sus servus para que lo oyeran bien—, pero si podemos servirte de algo, aquí estoy. —Acercó los labios a mi oreja y añadió en tono confidencial —: Me costaba creer lo que me decías en la carta. Por eso me permití la libertad de abrir el cesto que enviabas a tu padre. Vi la cabeza decapitada y la mano cortada. O, mejor dicho, la garra. Dime, Marco, ¿es cierto? ¿Nos invaden bárbaros que han cruzado el mundo subterráneo como si cruzaran el Rin?

Negué con la cabeza.

—No son bárbaros, Quinto. Es peor, mucho peor.

—¿Y entonces?

—No son la barbarie —continué—. Son la muerte.

Y para que lo constatara él mismo, ordené que lo guiaran hasta una pequeña elevación desde donde podría contemplar el Agujero de la Mantícora y a los tectónicos devorando a sus dos cautivos.

Así estábamos, entre despedidas y recepciones, cuando lo vimos: un jinete, a lo lejos, cabalgando por la llanura que señalaba el norte.

Primero fue la nube de polvo que levantan las pezuñas. Cuando todavía estaba a quinientos pasos, el caballo se desplomó. El jinete abandonó la montura, muerta, y vino hacia nosotros, en línea recta, corriendo como si lo persiguieran cien lémures invisibles. Tenía la ropa sucia y rasgada, el cuerpo tumefacto y la cara flagelada. Era un hombre que volvía de una odisea agónica. Era Qal. Sí, él, Qal.

Vino hasta nuestra acacia y se dejó caer a mis pies, como quien pide amparo en un recinto sagrado. Se agarró a mis tobillos y me besó los pies gimiendo de felicidad. Era difícil imaginar las peripecias que había vivido, y al mismo tiempo muy fácil comprender su emoción: lo había conseguido.

Me ofrecía un pequeño pergamino enrollado. Lo cogí. Me aparté unos pasos para leerlo.

—Es de mi padre, en efecto —anuncié, embargado por la emoción.

Todo el mundo se había reunido bajo la Gran Acacia, a mi alrededor: Servus, Sitir, Qal, los tres porteadores supervivientes… Pero también Baltasar y los pocos cazadores que le quedaban. La carta había levantado la suficiente expectación para que retrasaran un momento su marcha. Enseguida se sumaron el centenar de servus de Ergaster, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, y el propio Quinto Ergaster, que volvía de contemplar el Agujero de la Mantícora tan excitado como escandalizado por la escena de antropofagia. Sí, todos, todos los seres humanos que había en ese páramo se habían reunido en torno a un pedazo de papel.

Llevábamos mucho tiempo esperando esa carta, los consejos y directrices que emanarían del hombre más sabio de la República, quizá del mundo. Por lo tanto, tenían derecho a conocer su contenido, así que inicié la lectura en público. El encabezamiento era un «Querido hijo» que casi hizo que se me saltaran las lágrimas. No, no podían verme

llorar. Un patricio no llora. Me detuve y cedí la misiva a Servus para que la leyera en voz alta. Así lo hizo.

Querido hijo:

He recibido tu carta, y el cesto que adjuntabas, con estupor máximo. Al parecer, tu viaje te ha llevado hasta el África *atrox*, cuando yo esperaba que te acogiera el África *felix*. Discúlpame.

Marco, hijo mío, me resulta muy difícil aconsejarte sobre cómo proceder en tan insólita situación. Lo único que puedo hacer es recordarte quiénes somos. Somos romanos. Somos la República de Roma. La palabra «república» viene de *res publica*, la cosa pública. «República» significa «bien general». Esto es lo que nos diferencia de todos los reyes y reyezuelos y sus tiranías: que nuestro sistema de gobierno no está pensado para satisfacer los intereses de un solo individuo, sino los de todo el pueblo de Roma, representado en el Senado. Los déspotas nos recriminan que nuestra forma de gobierno roza el absurdo. Y tienen razón: en Roma siempre gobiernan dos cónsules a la vez. Así se vigilan mutuamente para que ninguno de ellos ostente el poder absoluto. En la práctica, ¿puede imaginarse un sistema de gobierno más imperfecto? Pero eso no importa, Marco, porque la más imperfecta de las libertades siempre será superior a la más eficiente de las tiranías.

Marco, hijo, quiero sincerarme contigo. Cuando te pedí que emprendieras este viaje, lo último que me importaba era la mantícora. No. Mi objeto de interés eras tú, tú, y no un animal estraboniano. Desde tu pubertad he visto cómo progresaba un joven lleno de salud y de entusiasmo vital. También he visto cómo crecía tu ambición. Y no te lo recrimino. La ambición, que consiste en querer algo y merecerlo, es buena, a diferencia de la envidia, que consiste en querer que otros no tengan lo que ya tienen y merecen. Pero todo exceso es malo, y tú, Marco, ambicionabas demasiado los honores, el poder y las magistraturas.

Catilina no murió por su ambición, sino porque no supo cambiar. Te envié a África con la mejor de las intenciones: para que cambiaras. Sabía, me constaba, que el rastro de

esa fantasmagórica mantícora te llevaría al desierto. No hay mejor lugar en el mundo para meditar, para pensarnos y repensarnos. El desierto nos despoja de todo. No hay espejo más nítido de nuestra alma que sus soledades. ¿Cuántas religiones han nacido en el desierto? Muchas. Y es allí, en los desiertos del alma, donde nuestra alma muta.

Pero ¿cómo podía imaginar yo, hijo mío, que ese vacío estaría habitado por el peor de los horrores? Te envié a luchar contra el egoísmo y la vanidad, y he aquí que el azar te expone a una monstruosidad aún mayor que pretende devorar tu cuerpo humano y el cuerpo del mundo.

Marco, hijo, mi consejo solo puede ser uno: actúa pensando en el bien de la República.

Adiós.

Cuando Servus terminó la lectura, la pequeña multitud me miró esperando mis palabras. Pero yo había perdido momentáneamente la facultad del habla. Me costó muchísimo articular un par de ideas.

—¿Y esto es todo? No entiendo nada, nada de nada —conseguí decir por fin, decepcionado—. ¡Le pregunto qué debo hacer y me responde con un sermón!

—Porque es un buen padre —intervino Sitir—. Te considera un hombre, y en consecuencia no puede decidir por ti.

—¡Pues yo esperaba algo más que una disertación de filosofía política! —grité, frustrado.

Y para rematarlo, el servus que había acompañado a Ergaster hasta el Agujero me pidió permiso para hablar.

—¡Dóminus! ¡Los tectónicos! ¡Han subido más! Hemos visto perfectamente cómo los recibía Nestedum en persona. ¡Si antes eran una treintena, ahora ya son más de una centuria fuertemente armada!

—¡Pollito! Olvida a tu padre. ¿Qué hacemos? ¡Tienes que decidir!

—Esta mujer desnuda tiene razón —dijo Ergaster—. Me has hecho venir y aquí estoy. ¿Qué hacemos?

Palusi anunció que se marchaba, esta vez sí.

—Los míos y yo nos vamos —dijo dirigiéndose a todos los presentes mientras nos señalaba con el machete—. Y mi

consejo es que nos sigáis. El romano ya lo dijo: las cabezas de haba son la muerte. Huid de aquí.

—Espera —le pedí—. Déjame retirarme a reflexionar un momento. Cuando vuelva te pagaré lo que te debo; es justo que cobres el oro que te prometí. Después podrás irte adonde quieras. Pero ahora necesito pensar.

Y dicho esto, me alejé un poco. No fui muy lejos. No era necesario. Allí todos los lugares eran igual de solitarios. Piedras, pinchos y lagartos, esa era toda mi compañía.

Pensar, decidir, pero ¿qué? No se me ocurría ninguna idea, ninguna solución. De hecho, Baltasar Palusi tenía razón. Quedarse era morir. Y ya sabes, Proserpina, que Marco Tulio era un cobarde. Tenía miedo y no quería morir con diecisiete años. Por otro lado, ¿cómo podía irme sabiendo que hacerlo podía condenar a muerte a todo un planeta? He aquí la paradoja que me retenía en el desierto: el peligro era tan universal, tan pavoroso, que ni mi cobardía era excusa para rehuirlo. ¿Quieres saber la verdad, querida Proserpina? Estaba hecho un lío. Entonces apareció Sitir.

—Una vez me preguntaste por qué aquel día, en Roma, decidí protegerte, y yo te dije que cuando llegara el momento te lo haría saber. Y resulta que ese momento es ahora. —Hizo una pausa y continuó—: Aquella noche, cuando paseaba por la Suburra, capté tus sentimientos, sin forma pero muy poderosos. A los aspa nos adiestran no solo para captar emociones en el aire, sino también para intuir si tendrán alguna trascendencia futura. Y lo que sentí, pollito, es que un día te traerían hasta este punto. Hasta un instante en el que deberías tomar una decisión que afectaría a millones de vidas ajenas. No nos defraudes, pollito.

—¿Es esto lo que has venido a decirme? —Me sulfuré—. ¿A cargarme aún con más peso?

—No. He venido a decirte que si tomas la decisión correcta no estarás solo.

Y volvió con los demás.

En realidad no estuve meditando mucho tiempo. Es curioso constatarlo, pero en el desierto, donde siempre nos sobraba el espacio, siempre me faltaba el tiempo.

Cambiar. Lo más difícil siempre es cambiar. ¿Cómo se

cambia? Mi padre solía repetirme un principio: «Todo el mundo sabe qué debe hacer para ser feliz; lo difícil es hacerlo». Pero, al mismo tiempo, ese hombre me había educado para que triunfara en el *cursus honorum*, y nada más. Sí, todo era un gran lío. Lo que tenía que hacer, decidí, era encontrar la pregunta correcta. Si la encontraba, la respuesta llegaría sola. El desierto me ayudó a dejar caer ese peso, la ambición, y me hice la más simple de las preguntas: «Marco: de todas las acciones que están a tu alcance, ¿cuál beneficiará más al resto de la humanidad?».

Volví con los demás bajo la Gran Acacia. Sus ramas alargadas nos protegían la cabeza, algo insólito en un desierto sin techos. La mirada de Ergaster era diferente de la que me dedicaba Sitir, que a su vez no me miraba igual que Servus o que Baltasar. Pero todos estaban pendientes de mis labios. Había un centenar de personas delante de mí en un silencio turbador. Inspiré profundamente el aire puro del desierto.

—Esto es lo que he decidido —empecé a decir—: debemos atacar el Agujero de la Mantícora con todas las fuerzas que seamos capaces de reunir.

Ni ovaciones ni recriminaciones: se hizo el silencio. La primera voz, discordante, fue la de Palusi.

—¿Atacarlos? ¿Estás loco, Marco Tulio? ¡Nos acaban de dar una buena paliza! Y ahora son muchos más que hace un rato. ¡Nos matarán y se nos comerán!

—No se trata de quién ganará esta batalla, sino de quién ganará la guerra. De si prevalecerá nuestro mundo o el suyo.

La expresión de Palusi era más de incredulidad que de disconformidad. No acababa de entenderlo.

—Lo que importa no son nuestras vidas —aclaré—, sino lo que deduzcan los tectónicos después de la batalla. Y eso sí que está en nuestras manos.

Servus lo había entendido.

—Una abeja es infinitamente más débil y pequeña que un oso —explicó—. Pero las abejas no huyen de los osos, sino al revés.

—Después de la batalla harán un cálculo —seguí—. Lo que debemos conseguir es que la invasión no les salga rentable. Obtener un poco de comida no les compensará por todo el dolor que les infligiremos.

—Como la colmena y el oso —concluyó Servus.

—Exacto. Aunque muramos todos, si ellos se retiran, si suspenden la invasión de la superficie, habremos ganado. Por eso debemos atacarlos, aquí y ahora, con toda nuestra furia y hasta el último aliento. Poneos en su lugar —dije paseando la mirada entre todos los presentes—: después de un largo viaje que sin duda habrá sido arduo, excavando y apartando miles de rocas, llegan a la superficie. Y nada más salir de su agujero, los atacan cien hombres y mujeres violentos que luchan hasta la muerte, y solo por proteger un pedazo de tierra árida. Debemos matar o herir a tantos como podamos. Si les hacemos bastante daño, los tectónicos concluirán que invadir un sitio así no vale la pena. Pero si huimos, será inevitable que tarde o temprano lleguen a la costa. Y descubran una tierra llena de ciudades ricas y personas indefensas. Tendrán a su alcance la más apetitosa de las despensas: la Humanidad.

El Fin del Mundo comportaba situaciones del todo impensables, como que un optimate preguntara a un esclavo por su parecer.

—Servus, ¿te comprometes a morir conmigo mañana? —le pregunté.

—Mal que me pese, no veo alternativa —contestó con su habitual racionalidad—. Tu deducción es la más acertada. La más penosa, pero justa y necesaria.

—¿Estás diciéndome que eso es lo mejor que se le ha ocurrido a tu magnífica cabecita aristocrática? —saltó Palusi levantando la voz—. ¿Que mañana, a estas horas, todos acabemos en la boca de alguno de esos monstruos con tres hileras de dientes?

Suspiré.

—O luchamos, o dentro de esas bocas también acabarán tu mujer y tus hijos, y todas las mujeres y todos los hijos de este mundo.

No lo convencía.

—Hasta ahora creía que lo que te movía era la búsqueda de prestigio —dijo Baltasar—, pero ¿de qué te servirán todos los honores cuando te hayan devorado unas mandíbulas tectónicas? Lo que pasa aquí no nos incumbe.

—¡Nos incumbe porque detrás de nosotros está todo el

mundo! —grité—. ¿Es que no lo entiendes? Por desgracia, lo que hay aquí y ahora no son diez legiones aguerridas, sino solo nosotros, los pobres hombres y mujeres a los que el azar ha decidido reunir en el sur del sur. Pero ¡debemos intentarlo!

Algunos todavía se resistían a entenderlo. Se alzó un murmullo bajo la acacia. Abrí los brazos en cruz, en un intento por acallarlo.

—¡Si nadie los detiene, será el Fin del Mundo!

—Estoy contigo, pollito.

Era Sitir, por supuesto. Me dedicaba una ligera sonrisa, contenida pero inmensamente significativa. Añadió:

—Valía la pena protegerte para que vivieras el día de hoy. —Se volvió hacia el centenar de personas que teníamos delante y dijo—: Yo lucharé en primera línea.

Aquello causó una profunda impresión entre esos hombres y mujeres. Veneraban a los aspa, y ahora uno de ellos les decía que no los abandonaría, que combatiría a la cabeza de todos. La decisión de Sitir marcó el final del debate.

—¡Se acabó la charla! —saltó Ergaster blandiendo sus brazos de viejo centurión primípilo—. El joven tiene razón, cualquiera puede entenderlo. Y si mañana queremos presentar batalla, debemos preparar muchas cosas. ¡Todos al trabajo! ¡Venga, muchachos!

Y así fue. Establecimos el nuevo campamento allí mismo, bajo la Gran Acacia. Ergaster se erigió espontáneamente en centurión supervisando todos los preparativos, con Sitir y Servus como capataces. Y es que no te imaginas, querida Proserpina, la cantidad de trabajo que implica preparar a un centenar de hombres y mujeres para que maten y mueran.

Entretanto, entregué a Baltasar Palusi las monedas de oro que le había prometido. Era justo que cobrara. Pero, antes de que él y los tres cazadores que todavía le quedaban vivos partieran, dije:

—Espera, te olvidas algo.

Puede que recuerdes, Proserpina, que Adad Palusi era más religioso que su hermano gemelo. Llevé a Baltasar hasta el pequeño y entrañable altar que Adad había construido con cañitas y barro. Metí la mano y saqué el delicado muñequito de terracota que quería representar al dios Baal.

—Te dejabas esto.

Baltasar cogió el muñeco con los ojos llorosos.

—Marco Tulio —me imploró—, te devuelvo mi parte de las seiscientas monedas. Solo te pido que me cuentes qué pasó con Adad.

—No puedo. Sitir y yo nos juramos que no intentaríamos explicarte lo inexplicable, porque estamos convencidos de que solo añadiríamos incomprensión a tu dolor.

Ignoré sus protestas. Pero cuando ya se iba, hice un último intento por retenerlo.

—Dices que te vas para cumplir con tus obligaciones con la viuda y los hijos de tu hermano. Pero ahora, Baltasar Palusi, contesta a una pregunta: ¿qué habría hecho Adad? ¿Habría huido como tú? ¿O habría entendido que es aquí donde realmente defendemos a los que más queremos?

No cayó en mi trampa sentimental. Los tres púnicos supervivientes y él se marcharon. Lo lamenté de todo corazón. Para un patricio de antes del Fin del Mundo como yo, Proserpina, los esclavos no contaban para nada. Desde esa perspectiva, aparte de Sitir y Ergaster, no tenía otro brazo para combatir que fuera digno de ese nombre. Bueno, tal vez Qal. A mi modo de ver, la misión cumplida lo redimía, pero era demasiado joven y frívolo. Por cierto, intentaba sacar todo el rédito posible de su proeza: cuando volví de despedirme de los púnicos, oí que contaba animadísimo sus aventuras y desventuras yendo y volviendo de Roma, como si, comparado con él, Ulises hubiera dado un tranquilo paseo por los campos elíseos.

Busqué a Quinto Ergaster, que estaba adiestrando a sus esclavos como había adiestrado a los legionarios en los viejos tiempos.

—¿Podemos confiar en que tu gente no se desbande al primer envite?

—No son soldados. Y el instinto de vivir siempre es muy fuerte. Pero creo que aguantarán. Al menos un asalto. Después, ¿quién sabe? En cualquier caso, yo ya no estaré para verlo.

Los contemplé. ¡Qué tropa! Más de la mitad eran mujeres u hombres demasiado viejos para blandir un arma. Y la verdad: Ergaster no se había distinguido por haberlos alimentado muy bien. Me dirigí a ellos.

—Quiero recordaros que vuestra obligación no es seguir a vuestro amo hasta que muera, sino hasta la muerte.

Después ordené que separaran a las mujeres. Las situaríamos en segunda línea, para que proveyeran de bebida y municiones a los combatientes y se ocuparan de los heridos. Cuando se dio cuenta, Sitir vino corriendo, sulfurada.

—¿De verdad quieres convencerme de que solo servirán para aplicar emplastos? —Y entonces, dirigiéndose a las mujeres, ordenó—: Venid conmigo. ¡Todas!

Se las llevó sin esperar mi respuesta y les enseñó maniobras simples pero prácticas. Por ejemplo, a sostener una lanza con la punta contra el enemigo y el otro extremo firmemente apoyado en el suelo, como una pica. Agrupadas, creaban una falange bastante densa, y al menos era una barrera puntiaguda. Las dejé hacer: no sería yo el que desdeñara una iniciativa que casi duplicaba nuestra fuerza de combate. El que sí mostró su indignación fue Ergaster.

—Quizá soy de la vieja hornada, Marco Tulio, pero esto supera toda iniquidad. ¿Permites que una mujer desnuda y tatuada dirija a mis esclavas como si fueran amazonas? —Era evidente que el viejo Ergaster no sabía nada de los aspa, como yo mismo antes de empezar el viaje. Ahora su ignorancia me parecía casi cómica—. ¡Yo de ti le daría una buena paliza! Por insolente y por revoltosa. ¿Quieres que me encargue yo?

—Créeme, buen amigo —le recomendé—: es mejor dejarla.

Por la noche, y gracias a la aportación humana de Ergaster, nuestro campamento bajo la Gran Acacia había aumentado. Cuando el sol se puso ya ardían una docena larga de hogueras. Ordené a Qal que viniera a sentarse a mi lado. Le pregunté por su viaje y por mi padre. Pero en el fondo no lo había llamado por eso.

Qal me daba pena. Legalmente hablando, mis esclavos y los de Ergaster tenían la obligación de morir por nosotros y con nosotros. Él no. Era pobre y plebeyo, pero libre, como los púnicos de Baltasar. Y cuando les había dado la opción de elegir, Baltasar y los suyos se habían marchado. ¿Por qué debería morir Qal? Gracias a él habíamos descubierto a Nestedum, se había comportado con heroicidad para llevar mi mensaje a Roma y volver. Y era tan jovencito como yo, o más.

—Vete —le dije—. Mañana moriremos todos. Ve a hacer de Apolo de alquiler a Útica, o lo que quieras, pero vive la vida.

Su respuesta me dejó de piedra.

—La vida ya no me interesa. He pasado mil peligros por Servus, por ganarme su amor, pero él solo quiere mi cuerpo.

Aquello me sulfuró.

—¡Ignora a ese esclavo pedante! Eres un joven valiente y bello como un antiguo egipcio. Donde vayas encontrarás mil amantes, todos más dignos, estimables y poderosos que Servus.

Pero él estaba obcecado en su dolor y ni siquiera me escuchaba.

—Vuelvo y descubro que quiere a otro. Alguien con quien nunca podré competir.

Y dicho esto, se tapó el rostro con las manos y lloró ante las lentas llamas de nuestra hoguera nocturna. «¡Vaya con Servus!», me dije. Tenía planes secretos y amantes secretos, y todo delante de mis narices. Como intrigante era un genio.

Sitir se acercó y abrigó a Qal con sus brazos consoladores.

—No llores, Qal, querido —le susurraba al oído.

Me sorprendió que Sitir pudiera ser tan tierna cuando quería. Pero Qal seguía inconsolable.

—Haré azotar a Servus —refunfuñé.

—En ese caso —sentenció Sitir—, serás el primero que consiga resolver una disputa de amor a latigazos.

Los miré a los dos y tuve envidia de Qal y de su abrazo con Sitir Tra. A la luz de la pequeña hoguera, y ahora que se mostraba cariñosa con alguien, Sitir me parecía más deseable que nunca. Intenté disimular mis sentimientos, aunque sabía que para un aspa yo era un libro abierto.

—Bueno, al fin y al cabo ya no importa nada —dije por cambiar de tema—. Mañana a estas horas ya estaremos todos muertos. Solo lamento que no seamos más —añadí más para mí que para ellos.

Me sorprendió que por una vez Sitir me diera la razón.

—Eso es muy cierto. Somos muy pocos.

Se puso de pie y fue hasta una gran roca en forma de cesta. Una vez allí, se sentó en una postura extraña que hacía que su cuerpo pareciera una prolongación de la roca. Estaba observándola desde la hoguera cuando apareció Servus.

—¿Y ahora qué hace? —le pregunté.

—Está llamando a todos los aspa que pueda haber por la región —dijo.

—¿En serio? —Me reí—. Pues yo no oigo los gritos.

—Tú no, pero los aspa puede que los oigan. Eso suponiendo que haya alguno por aquí.

Yo ya sabía que era inútil discutir con él de estas cosas, así que no lo hice. Aun así, no podía dejar de mirarla. Su cuerpo, bañado por la luna, me fascinaba. «Vamos, Marco, tienes el imperio sobre todos los presentes y mañana morirás. ¿Qué te impide hacer uso de tus prerrogativas?», me dije al cabo de un rato. Me puse de pie y fui hacia la roca en la que estaba Sitir.

Empecé con un circunloquio.

—Espero que aparezcan muchos aspa, convocados por tu llamada. Supongo que durante tu formación y a lo largo de tus aventuras has conocido a grandes guerreros. —Me senté a su lado, como quien no quiere la cosa, y proseguí—: Y, dime, ¿cuál de todos ellos era el mejor luchador?

—La paciencia —fue su filosófica respuesta.

—Ahora te besaré —dije—, y será muy placentero para los dos.

¡Ja! ¡Y ja y ja! ¡Todavía me río de mí mismo, Proserpina! ¡Mira que pensar que podría acostarme con ella, un aspa, solo porque yo se lo ordenaba! ¿Cómo se me pudo ocurrir una tontería así?

Cuando mis labios estaban a punto de rozar los suyos, me detuve en seco. Algo me decía que esa mujer era capaz de arrancarme la lengua de un mordisco. Y a la vista de todos. Porque levanté los ojos y me di cuenta de que, desde el campamento de la Gran Acacia, todo el mundo estaba pendiente de mi gesto. El centenar de esclavos de Ergaster, Qal y Servus. Todos contemplaban mi beso momentáneamente suspendido en el aire.

¡Qué compromiso, Proserpina! ¡Y qué ridículo! Si la besaba, me jugaba la integridad; y si me retiraba, el prestigio. Por fortuna, me había criado en el barrio más canalla de Roma.

Levanté una mano bien alto, como si implorara paciencia a Júpiter, y grité melodramáticamente y muy fuerte, para que todos me oyeran:

—¡No, mujer, no! Yo también querría consumar nuestro deseo, pero mis obligaciones con la República me lo impiden. ¡Refrena tu pasión!

Me levanté y volví hacia el campamento caminando a grandes zancadas.

En fin, Proserpina, el amor, como el humor, puede ser muy cínico. Pero estaba enfadado, muy enfadado, y cuando pasé al lado de Servus grité, indignado:

—¡Deberían enseñar a las aspa a contener el furor uterino!

El Fin del Mundo, Proserpina, lo hacía todo más trágico. Y también más cómico.

Me refugié en mi lectica y releí cien veces la concisa carta de Cicerón. A veces, Proserpina, las mentes más poderosas tienen por compañeras de viaje a las más insustanciales y fútiles. Porque, aprovechando el correo, mi padre me adjuntaba una segunda carta. Era de mi buen amigo Gneus Iunni Ricitos. Leyéndola allí, en aquellas circunstancias, se diría que me había escrito desde un mundo aún más remoto e incomprensible que el de los tectónicos.

«No pongas nombre a los esclavos y caballos que compres en la provincia —me aconsejaba, con toda su buena intención —. Si después tienes que sacrificarlos, te darán pena». También me contaba que había perdido diez mil sestercios a los dados en una sola noche (¡diez mil!), aunque le importaba un rábano, porque había apostado a la jugada de Venus y estaba seguro de que tarde o temprano la diosa le recompensaría la confianza con magníficas fornicaciones. En previsión de ese momento, había comprado los testículos de un gladiador muerto para cocerlos en infusiones y así tener erecciones de elefante. Por último me preguntaba, con mucho interés, si era cierto que en África había mujeres con dos vaginas.

Yo estaba en el último rincón del mundo, dispuesto a sacrificar mi vida por salvar ese mismo mundo. Pero ¿qué era el mundo? Tal vez no era mucho más que eso, que la carta de Gneus: una ingente montaña de frivolidades y tonterías sin sustancia. Y yo moriría por defender ese cúmulo de sinrazones. Aun así, cuando acabé de leer ese papel, no me

sentí molesto ni ofendido, solo indolente y distendido, como después de fumar una pipa digestiva de láudano. Quizá porque yo ya no era el Marco Tulio que había empezado ese viaje. Incluso Sitir podía constatarlo. Sí, el mundo era también eso: nuestras mutaciones.

Un hombre se adentra en los desiertos del alma. Ese hombre cambia. Ese hombre muere, pero salva el mundo.

No. Demasiado bonito. Demasiado fácil.

Ay, Proserpina, ojalá hubiera sido así. Ojalá hubiera muerto.

9

Al día siguiente, de buena mañana, Ergaster, que había madrugado aún más que yo, me preguntó cómo me sentía.

—Extraño —dije mirando un cielo azulísimo—. Es una sensación muy peculiar levantarte sabiendo que será tu último día de vida.

—Nunca se sabe, Marco Tulio, nunca se sabe —replicó para consolarme—. Cuántas veces, el día antes de una batalla, me he ido a dormir convencido de que al día siguiente moriría. Y resulta que el viejo Quinto Ergaster todavía mueve la cola.

Distribuimos los pocos escudos, cascos y armaduras capturados a los tectónicos entre los esclavos más fuertes de Ergaster. Habíamos descubierto algunas cosas sobre el equipamiento de los subterráneos, como que esa cota de malla hecha de pequeños escarabajos se abría al friccionarla con los nudillos, de manera que cualquiera podía ponérsela. En cuanto se encajaba en torno a un torso, ella misma se ajustaba a las medidas del nuevo propietario. Eran unas corazas ligeras y al mismo tiempo increíblemente duras. Lástima que tuviéramos tan pocas. Y que los tectones tuvieran tantas.

Elaboramos lanzas y escudos de fortuna con los escasos materiales que ofrecía ese secarral. También construimos un ariete, como si pretendiéramos agujerear una muralla. Y en realidad así era. Si los tectónicos se atrincheraban en el Agujero de la Mantícora, detrás de su barrera de piedras, tendríamos que atacarla igual que se ataca una fortificación. Si, en cambio, optaban por presentar batalla fuera, su formación de escudos vivos sería casi equivalente a un muro. Los servus reunieron los troncos más largos y sólidos que encontraron y los unieron con cuerdas para formar una sola pieza, larga y contundente. Todo el mundo trabajaba.

A ti, Proserpina, que formas parte de un mundo tan

diferente, quizá te sorprenda que los esclavos de Quinto Ergaster estuvieran dispuestos a morir por el mismo individuo que les robaba la libertad. Si lo piensas, querida, es solo porque ignoras el poder de la institución esclavista.

Éramos romanos, y Roma se lo debía todo a la esclavitud. Era el pilar máximo sobre el que se asentaba nuestra civilización y nuestro concepto del mundo. Roma tenía a los mejores y más grandes filósofos, y su pensamiento irradiaba todo el orbe. Pero si esos hombres podían dedicar su vida a pensar en la vida era porque disponían de muchísimas horas de ocio. ¿Y por qué tenían tanto tiempo libre? Pues porque alguien se lo proporcionaba: los esclavos.

Siempre había sido así. Los romanos contábamos el tiempo a partir de la fecha de fundación de la ciudad, y la esclavitud existía desde mucho antes de que se fundara Roma. Nuestra historia, nuestra fuerza de trabajo y nuestra fuerza de intelecto reposaban sobre el lomo de los esclavos. Los mejores pensadores latinos consideraban que ese era el orden natural del universo. Y nunca, nunca, ni una sola de nuestras mentes, ni uno de nuestros padres de la patria, manifestó el menor escrúpulo o reticencia contra la esclavitud. Al fin y al cabo, ¿acaso no éramos herederos de una tradición mucho más antigua y respetable que la nuestra? ¿Acaso no fue el propio Aristóteles el que calificó a los esclavos de «propiedad que respira»? Durante siglos y siglos, nuestras plumas, nuestras leyes y nuestras cruces habían transmitido a los esclavos los valores que debían mostrar: fidelidad y sumisión infinita a su dóminus. Y la inmensísima mayoría no se rebelaba. Todo lo contrario, estaban dispuestos a acatar el orden hasta el extremo de defender con las armas sus barrotes, cadenas y ataduras.

Por lo tanto, Proserpina, que los esclavos pudieran negarse a luchar por su amo era lo que menos me preocupaba. Pero incluso la fidelidad más abnegada retrocede ante el horror: yo temía que, frente a tan monstruoso enemigo, el instinto pudiera más que el deber y las órdenes, y se desbandaran. Para evitarlo me valdría de dos recursos.

El primero, la formación militar que adoptaríamos. Todos los jóvenes patricios teníamos nociones del arte militar. Piensa, Proserpina, que nuestra República no distinguía entre

lo civil y lo militar. Se daba por supuesto que todos los magistrados eran buenos generales, y a la inversa. Por lo tanto, a los nobles nos educaban en los rudimentos de las tácticas y estrategias militares. Lo primero que nos enseñaban era que cuanto peor fuera una tropa, más apretadas debían ser las filas. (Y esta, Proserpina, era una verdad que también se aplicaba a la política.) El mal soldado venía a ser como el ganado: solo se sentía seguro en rebaño. Por eso teníamos que espesar la formación; juntar hombro con hombro y codo con codo para que los hombres sintieran la proximidad, el contacto con sus compañeros de armas. Sería una ilusión, claro: que los individuos se apiñaran no alejaría ni reduciría el peligro. Pero esa ilusión evitaría que huyeran. O al menos en eso confiaba yo.

Mi segunda esperanza radicaba en los aspa. Todos los esclavos eran devotos admiradores de ellos. Los consideraban una especie de héroes casi míticos o semidivinos: si delante tenían la × de un aspa, no huirían.

Ah, sí, Proserpina, se me olvidaba: si hablo de los aspa en plural es porque las invocaciones de Sitir habían obtenido respuesta, y ahora teníamos a un segundo aspa con nosotros.

Había aparecido con el sol. Me había puesto en guardia un clamor: el centenar de hombres y mujeres del campamento habían empezado a señalar a una figura que se acercaba. Era un hombre. Era un aspa. ¡Y qué tipo! Con una × en el pecho y otra en la espalda. Tan desnudo y depilado como Sitir. Era un compendio de músculos que parecían cincelados por un orfebre de cuerpos. Imagínate una magnífica montaña humana, Proserpina, pero de mármol.

Todos se apartaron a su paso, dibujando una «O» de admiración con la boca. El aspa avanzó directamente hacia Sitir, que estaba entrenando a las mujeres e interrumpió la lección para ir a recibir a su compañero de secta. Se abrazaron sin palabras, como dos grandes y viejos amigos que se reencuentran. (Aunque, como supe después, era la primera vez que se veían.) Eran dos aspa, no necesitaban presentarse ni decirse nada.

Por más fraternal que fuera ese abrazo, me generó una oleada de celos, envidia, rencor, ira, rabia, impotencia y otros tres o cuatro sentimientos, todos innobles y detestados por el

filósofo. Quizá ese aspa masculino era un aliado. Pero, créeme, Proserpina: el amor puede hacer que odiemos a los aliados mucho más que al enemigo.

Me acerqué intentando disimular mi animosidad.

—Me llamo Marco Tulio Cicerón, y mientras estés aquí estarás a mis órdenes. ¿Cómo te llamas?

—Urf.

—¿Estás cansado y resoplas? ¿O realmente te llamas Urf?

—Urf.

—Urf, nos enfrentamos a una amenaza abominable.

—Lo sé.

—Vienes a luchar y a morir. No hay la menor esperanza de victoria.

—Lo sé.

No era muy charlatán, la verdad.

—Necesitamos tu fuerza y tus habilidades, Urf. Ahora ve con Quinto Ergaster, que te adjudicará alguna tarea.

A Ergaster no lo impresionaban los hombretones. Se lo llevó a gritos mientras lo dirigía con el bastón, como si Urf fuera un buey tirando de una carreta. Pero no lo era: entre las piernas le colgaba un miembro de caballo, incluso flácido. Las mujeres que estaban entrenando con Sitir soltaban risitas. Todas menos Sitir, tan seria como siempre.

—Tu amigo Urf ingresó en el monasterio de los Gea cuando todavía era un feto, ¿verdad? —la pinché—. Tiene musculatura incluso en los ojos.

Pero ella nunca entraba en el juego de las bromas suburrianas. Su mundo era otro. Antes de darme la espalda para volver a entrenar a las mujeres, me dijo:

—¿Sabes por qué sientes las emociones que sientes, pollito? Porque todavía eres un pollito.

Y me dejó allí.

Servus la reemplazó enseguida.

—Debes estar contento, amo. El número de aspa se ha duplicado.

—Ha sido una buena noticia —admití—, pero no será suficiente.

—Tienes razón. Si consiguiéramos más hombres podríamos matar a más tectones. O incluso vencer y salvar nuestra pobre vida.

—¿Hombres? —Me reí—. ¿Y de dónde quieres que los saquemos? Esta región está desierta. Y lo que define con más precisión un desierto no es la falta de agua, sino la ausencia de humanidad.

—Sí, pero no es una ausencia total. Muy cerca hay un núcleo de hombres fuertes que quizá lucharían si alguien les contara lo que pasa aquí.

Lo miré frunciendo las cejas para exigirle que se explicara mejor. Servus hizo una reverencia, consciente de que lo que estaba a punto de decir me disgustaría.

—La mina de plata.

Hasta entonces no me había dado cuenta de hasta qué punto podía ser manipulador ese hombre. Era la tercera vez que insistía en que visitáramos la mina, vete a saber por qué. Y la verdad era que en esa ocasión no podía negarme: todo hombre armado nos sería muy útil. Por una vez tuve que darle la razón: estaba a punto de hacer lo que Servus quería que hiciera, y eso me irritaba. Muchísimo.

Antes de salir hacia la mina cedí provisionalmente el imperio a Quinto Ergaster, mientras durara mi ausencia, que no debía dilatarse.

—No despliegues a la gente para la batalla ni hagas nada hasta que vuelva —le dije.

Me saludó como un primípilo al frente de una legión.

Me acompañaron Servus y Sitir. Y Qal, que conocía la ubicación exacta de aquella maldita mina. Hacía poco rato que habíamos salido del campamento cuando sufrimos el asalto.

Debes recordar, Proserpina, que en Útica ya nos habían advertido sobre los famosos bandoleros que vivían en las periferias yermas de la provincia. Se suponía que eran hombres tan temibles como desesperados, y que toparse con ellos implicaba una muerte segura. Bien, pues lo que pasó se parecía, y mucho, a una comedia atelana, es decir, de las que se representaban en la ciudad de Atella, que tenían fama de ser las más hilarantes y grotescas de todo el arte dramático.

Recuerdo que yo caminaba flanqueado por Servus, a la derecha, y Qal, a la izquierda. Sitir se había quedado un poco atrás, no sé por qué. De repente, por encima de una elevación cercana aparecieron cuatro individuos. El que mandaba,

supongo que para atemorizarnos, llevaba por corona un cráneo descarnado y pintado de colorines llamativos. Eso duplicaba la altura de su cabeza, sin duda, pero en conjunto los cuatro bandoleros causaban más lástima que espanto. Tenían el cuerpo delgado como una caña, la ropa estaba tan desgarrada y deshilachada que a duras penas se aguantaba sobre esas carcasas huesudas, y solo uno de ellos, el del casco-cráneo, iba calzado. Nos amenazaban con cuchillos desgastados y lanzas cortas que no eran otra cosa que un palo con la punta endurecida por el fuego.

Nos detuvimos los tres, más sorprendidos que asustados. Piensa, Proserpina, que unos hombres que ya se habían enfrentado a los tectónicos no se arrugaban por cuatro granujas. Y cuando vieron que con nosotros venía Sitir, un aspa, los que salieron huyendo, despavoridos, fueron ellos, nuestros presuntos atacantes. Pero el esperpento no acabó aquí, porque yo exclamé:

—¿Habéis visto? ¡Hombres armados!

Eso era exactamente lo que íbamos a buscar, así que inicié una persecución seguido por Servus, Qal y Sitir, mientras los conminaba a detenerse y los amenazaba con la cruz si no me obedecían. O sea, que la farsa cómica atelana debería titularse «El asaltante asaltado» o algo así.

Como era previsible, unos sinvergüenzas como esos no podían ir muy lejos, y menos si los perseguía un aspa. En un santiamén Sitir los había hecho rodar por el suelo con la facilidad con que un felino abate un corzo. Caídos y postrados, se juntaron los cuatro como cuatro dedos de una mano implorando por su triste vida y jurando y perjurando que nos habían confundido, que no tenían ninguna animosidad contra nosotros.

Servus le espetó al que parecía el sufete:

—Ah, ¿sí? ¿Por eso te adornas la cabeza con una calavera pintada y nos amenazas con un machete? ¿Para mostrar tus pacíficas intenciones? ¡Sois unos canallas, y además unos mentirosos deplorables!

—¿Cómo te llamas? —le pregunté yo.

—Torques, gran dóminus.

¡Era él! ¡El famoso Torques sobre el que tanto me habían advertido!

¿De verdad esas ratas del desierto eran el terror de la provincia? Costaba creerlo. Tal vez, me dije, al gobernador le convenía inflar la importancia de esos pobres demonios para poder exigir un triunfo a Roma el día que los derrotara. Ya ves, Proserpina, era muy típico de nuestros magistrados: habían convertido a ese desgraciado de Torques en una amenaza por interés y pasaban totalmente por alto las amenazas reales.

Les exigí que me llevaran a su campamento y, en la situación en que se encontraban, no pudieron negarse. No tardamos mucho en llegar.

El campamento, si podía llamarse así, era la estampa de la miseria, el dolor y el desamparo. La banda se escondía en una hondonada del terreno para que no pudieran verlos de lejos. El poblado no era más que unos cuantos toldos hechos con cuatro telas pobres y medio desgarradas atadas a ramas torcidas, y poco más. Mujeres escuálidas y niños llorones, la mayoría con el vientre hinchado. ¡Y qué niños, Proserpina, qué llagas y qué costras! Había muchas moscas. Y dos cabras con las costillas tan marcadas que en lugar de barriga parecían tener un fuelle.

Torques y sus tres hombres usaron a su parentela para conmovernos. Solo asaltaban las caravanas que iban y venían de la mina para llevarse algo de comida. Al menos eso alegaban. Inquirí si eran esclavos huidos de esa mina. Lo admitieron, alegando malos tratos.

—Puede que tengan razón —intervino Servus.

—¡Nunca he conocido a un servus que no se quejara de su amo! —exclamé.

Me di cuenta de que Sitir observaba aquel panorama con una compasión creciente en los ojos y le dije:

—Tú no lo entiendes: todos los esclavos saben que hay dos crímenes supremos e imperdonables que nunca pueden cometer: matar al dóminus y huir. Ellos han admitido el segundo, y vete a saber si también han cometido el primero.

—Tienes razón —replicó—, no lo entiendo.

¿Cómo debía proceder? Esa gente estaba demasiado desvalida para hacerle entender conceptos como el del Fin del Mundo. Por fortuna, Sitir intervino por mí y habló a esa triste congregación.

—Id hacia el este. No muy lejos de aquí veréis una gran acacia que da mucha sombra. A su alrededor se ha levantado un campamento. Allí os proveerán de comida y otras cosas buenas. Decid que vais de parte de Sitir Tra.

Me pareció una buena solución. Una vez instalados, sería más fácil reclutar a Torques y sus esbirros. Si no luchaban por defender el mundo, quizá lo hicieran por su familia. Solo añadí una enmienda a las palabras de Sitir.

—Hacedlo, pero tenéis que decir que vais de parte de Marco Tulio.

Seguimos en dirección a la mina de plata guiados por Qal. Nos separaba más un terreno abrupto que una distancia larga. Al poco rato vimos aparecer un grupo de cabañas de adobe y ramas de palma. Las paredes, cubiertas de barro agrietado, parecían muy viejas y sencillas. Qal nos informó de que eran los habitáculos de los mineros y de los demás trabajadores. En la primera choza encontramos una estampa de lo más desagradable.

Dentro, entre claroscuros, vimos un batiburrillo de cuerpos tumbados y apáticos, la mayoría sin conciencia. El aire de la pequeña estancia estaba viciado por los vómitos y las toses. Insectos aéreos pululaban sobrevolando esa carne caída, fétida y llena de llagas. Eran esclavos enfermos. O, mejor dicho, agónicos. A los cuatro nos conmovió esa visión que sumaba dolor y dejadez. Porque no había ni rastro de cuidados o atenciones; ni un triste vendaje, una tina de agua fresca, una tisana o un amuleto de Esculapio o del dios local de la salud, fuera quien fuese. Nada de nada. Simplemente los habían dejado allí, como tablones rotos.

Una voz, nada amable, nos interpeló por la espalda.

—Eh, vosotros. ¿Quiénes sois?

Parecía el capataz. Iba armado con un sombrero de paja y una vara larga. Cuando me identifiqué, el hombre no supo cómo comportarse. En parte porque tenía pocas luces y en parte porque le costaba entender (esto era más comprensible) que alguien de mi augusto linaje pisara esos lugares. Lo espoleé:

—Llévame ante tu dóminus, venga. Y date prisa o haré que te corten la nariz.

Mientras se lo decía, iba cambiándome ya de vestimenta.

En el mundo de antes del Fin del Mundo, Proserpina, la presencia lo era casi todo. No bastaba con anunciarme como optimate; debía parecerlo. Por eso había hecho que Qal y Servus empaquetaran ropa a toda prisa y la cargaran hasta allí. Me vestí de patricio, con una tela adornada con generosas franjas púrpura, y me puse en el dedo el anillo que certificaba mi alta condición.

Debes saber, Proserpina, que todos los patricios romanos llevábamos un anillo de oro que anunciaba nuestro estatus y que abría muchas puertas. Todo el orbe sabía qué quería decir uno de esos anillos. (Después de una de sus victorias, Aníbal había ordenado enviar a Cartago tres almudes llenos de anillos arrebatados a los patricios muertos para que los sufetes cartagineses entendieran el alcance de nuestra derrota. ¡Tres almudes!)

El capataz comprendió que yo no era un cualquiera y su tono cambió.

—No puedo llevarte, dóminus —se excusó—. Mi amo está abajo, en la mina, reunido con sus socios. Y yo tengo órdenes de quedarme aquí, a vigilarlos.

Se refería a esos pobres desgraciados que agonizaban en una cabaña inmunda.

—¡Naturalmente! Tienes que impedir que huyan —repliqué, sarcástico.

No entendió la ironía, aunque no esperaba que lo hiciera. Lo que tampoco me esperaba era la reacción de Sitir. Porque los aspa, que tan fácilmente leían las emociones ajenas, raramente mostraban las propias. Por eso me extrañó que avanzara hacia el capataz y le dijera en tono amenazante:

—Están enfermos.

—No soy médico —se excusó el capataz.

—Claro que no —dijo Sitir apretando los dientes y mirándolo con ojos de lobo—. Eres un carnicero.

¡Qué carácter! El hombre, atemorizado, se retiró. Sin nadie que nos guiara, pero tampoco que nos impidiera el paso, dejamos las cabañas atrás y entramos en un túnel excavado en la pared de roca que se adentraba en las profundidades de la tierra.

Al principio no vimos nada que nos llamara especialmente la atención. En la galería principal nos cruzamos con mineros

provistos de cascos y rodilleras de esparto. Les preguntamos por el dóminus de la mina.

—Habéis tenido suerte, porque hoy ha venido de inspección.

Teníamos que continuar bajando, nos dijeron.

—Seguid las luciérnagas triples.

Las luciérnagas, como las llamaban ellos, eran unos cirios que ardían en las rendijas de la pared. Como las galerías se ramificaban formando un laberinto, las luciérnagas servían de luz y de guía: las había de un solo cirio, de dos y de tres, para indicar la ruta a cada veta. Si seguías las de tres luciérnagas acababas tres pisos por debajo de la superficie.

En algunas cavidades de los túneles, los mineros habían colocado unas entrañables estatuillas de cerámica que representaban la versión púnica del dios Plutón. A los pies del dios depositaban delicadas ofrendas: pequeños cuencos de licor, migas de pan e incluso collares.

En determinado momento tuvimos que bajar por un pozo a través de un curioso montacargas de tracción humana, una plataforma de madera que ascendía y descendía mediante cuerdas y poleas. Y cuando llegamos al fondo de ese pozo, Proserpina, el paisaje humano cambió. Era cualquier cosa menos entrañable.

Los esclavos que nos habían bajado en el montacargas, y todos los que habitaban allí, ya no eran mineros libres, sino *damnati ad metalla*, «condenados a las minas». O sea, reos que purgaban la pena bajo tierra. Muchos eran antiguos esclavos, como atestiguaban las iniciales de sus antiguos amos que llevaban tatuadas en la oreja.

¡Y qué hombres, Proserpina! O mejor dicho: ¡qué no-hombres! Filas y filas de esclavos flaquísimos que solo llevaban un sucio taparrabos y cargaban capazos llenos de tierra bajo la amenaza del látigo. Ya no eran humanos tal como se entiende esta palabra, solo una suma de músculos consumidos y tendones desgastados. Ya estaban más allá del dolor. Era inexplicable que esos cuerpos sin fuerza, sin grasa y sin voluntad todavía fueran capaces de cargar peso y obedecer órdenes. Pero no fue allí donde topamos con la visión más insoportable, sino en la cámara más recóndita de esa mina.

Había un cañón pestilente y, siguiendo el curso del cañón, tres enormes ruedas de molino de agua encajadas entre hondas paredes de roca. El alumbrado mostraba poco más que perfiles y siluetas tenebrosas, pero pudimos ver que en lo alto de las grandes ruedas había hombres. Reptaban a cuatro patas sobre las palas para que se movieran. Entonces lo comprendimos: allá abajo no había un río, no había caudal de agua. La función de esas grandiosas ruedas de molino era arrastrar tierra y rocas, y los que movían esas grandes ruedas eran los reos, en la parte más elevada. Lo más peculiar era el régimen de su cautiverio: no estaban atados. No hacía falta: si dejaban de mover manos y pies, de empujar con brazos y piernas, simplemente se despeñaban entre las palas, y al llegar abajo el molino los trituraba y su cuerpo se fundía con la tierra que arrastraban.

Iluso de mí, siempre había creído que la *damnatio ad metalla* equivalía a una especie de trabajos forzados. No. Se trataba de una muerte diferida, más cruel que cualquier ejecución. Enseguida me di cuenta de que ni la suma de todos los criminales de la provincia podía abastecer esas ruedas infernales. Entonces me vino a la cabeza un manual de economía doméstica que había escrito el viejo Catón, en el que asesoraba a los propietarios sobre cómo sacar el máximo rendimiento de los esclavos. Entre otras cosas, les aconsejaba venderlos al final de su vida útil para obtener un último beneficio. Recuerdo que aquel consejo me hizo reír: ¿quién iba a comprar un despojo humano? Porque todo el manual catoniano era una suma de instrucciones que forzosamente conducían al aniquilamiento físico de los servus. Pero he aquí que ahora tenía la respuesta: las minas. Los propietarios vendían sus esclavos viejos o inútiles a precio de saldo a los emporios mineros. Esos hombres eran piezas de un engranaje que tenía un objetivo, y solo uno: el lucro. Un lucro que se obtenía triturando huesos: uno de los esclavos no pudo más y fue deglutido por la gran rueda de molino. Al cabo de un momento su cuerpo ya se había disuelto del todo, arrastrado con el resto de material pedregoso. Huesos y músculos reducidos a simple grava, como si ese hombre nunca hubiera existido.

Sitir, Servus, Qal y yo, en la penumbra, presenciamos esa

muerte ignominiosa con una sensación de irrealidad. En un momento dado, me giré y vi que Sitir y Qal ya no estaban.

—Han salido de la mina —dijo Servus—. Sitir ha dicho que quería matar a alguien, pero que no sabía exactamente a quién.

Me vino a la memoria el debate teológico que había expulsado a Servus de la comunidad Gea. En su lucha contra la injusticia terrenal, los aspa tenían el imperativo de respetar la ley. Y he aquí que Sitir, gracias a esa visita circunstancial a una mina de plata, descubría que las peores y más crueles injusticias, y a mayor escala, se cometían al amparo de la legalidad republicana. Servus me miraba con la expresión de los ganadores de los concursos de retórica cuando recibían la palma del premio. Como puedes imaginar, Proserpina, tardé mucho tiempo en entender el plan de Servus. (Cuando llegue la hora, te contaré cuál era.)

Porque en ese momento no estaba pendiente de él, solo estaba a lo que tenía delante y su vasta ignominia. Siempre me había rodeado de esclavos domésticos, que recibían un trato infinitamente más benigno. El escriba que transcribía las palabras de mi padre, por ejemplo, había intimado hasta tal punto con él que Cicerón lo consideraba un alma cercana. De hecho, cuando el hombre murió, mi padre escribió a su amigo Ático: «Ya sé que cuesta entenderlo, pero, por fuera de lugar que esté, la muerte de un simple esclavo me genera una pena de lo más sentida». O Demetrio, nuestro viejo esclavo de la casa de la Suburra, que todavía vivía con nosotros y al que Cicerón apreciaba más que a su orinal. ¿Cómo podía imaginarme que una misma institución, la servidumbre, pudiese tener otra cara tan cruelmente extrema?

Entre aquellas tinieblas, Servus me indicó un punto que parecía más iluminado: una especie de puerta que daba a una habitación excavada en la pared de roca. Nos dirigimos a ella. En el interior, una mesa, muchas luciérnagas en las cuatro paredes y tres hombres: uno era un púnico gordo de aspecto oriental que resultó ser el propietario de la mina, y los otros eran dos ingenieros. El dueño llevaba los dedos llenos de anillos, olía a pachuli y hablaba a gritos con los otros dos. Al verme no pudo ocultar su sorpresa. ¿Qué demonios hacía un patricio romano dentro de esa madriguera en ese rincón del

mundo? Yo no tenía tiempo que perder. Abrevié al máximo las presentaciones y le resumí el motivo que me había llevado hasta sus dominios.

Le advertí del peligro infinito que nos amenazaba. Le narré los horrores tectónicos, sus canibalismos y antropofagias, sus intenciones devastadoras y exterminadoras. Y, para terminar, lo urgí a que me prestara a todos los hombres que tuviera capaces de blandir un arma, libres o esclavos. Era eso o el Fin del Mundo, sentencié. Y te aseguro, Proserpina, que hablé con la cabeza y con el corazón, con palabras apasionadas y un discurso claro y ordenado. Pero su respuesta me sumió en el desconcierto. ¿Que por qué me dejó tan desconcertado lo que me respondió? ¿Porque no se creía lo que le decía? ¿Porque tenía demasiado miedo para actuar? ¿Porque desconfiaba de mí o me tomaba por loco? No. Lo que vino a decirme ese individuo era mucho más bajo, de una mezquindad que abrumaba: que todo aquello no era cosa suya.

No me lo podía creer. ¿Cómo no iba a ser cosa suya el Fin del Mundo? Yo era un personaje de posición elevada, y mi crédito venía dado por mi estirpe. ¡Era el hijo de Marco Tulio Cicerón! Una persona así no baja hasta las últimas profundidades de una mina apestosa por una necedad.

—¿Acaso no entiendes lo que te estoy diciendo? —insistí—. Te hablo de la destrucción total. Y «total» es una palabra muy grande. Tu mina, tu vida y tu descendencia. Tus hijos y los hijos de tus hijos. ¡Todo perecerá! ¡Todo!

Cogí una luciérnaga triple y se la acerqué a los ojos para asegurarme de que ese hombre estaba mentalmente sano. Y por fin lo comprendí: no era que no lo entendiera, no era que no me creyera. Era mucho peor que eso, Proserpina, porque el hombre era sincero: la cuestión no le incumbía.

Vivía en un mundo tan estrecho como esa sala subterránea. Se limitaba a repetir excusas y evasivas, como que de eso debería ocuparse el gobernador. Y yo me dije que la avaricia lo había convertido en el hombre más esclavo de esa maldita mina. Los tectónicos estaban ascendiendo para devorarnos. A todos: ricos y pobres, libres y esclavos. Pero, por más que insistiera, nunca le haría entender que vivía en unas profundidades más oscuras que las de los tectones. ¡Incluso los esclavos de Ergaster lo habían comprendido! Pocas veces

me había sentido más irritado. Y lo que más me irritaba era que mi irritación no servía de nada.

—Dóminus, vámonos —me susurró Servus.

Sí, era lo más sensato que podíamos hacer. Y así, por una vez, el dóminus obedeció al servus.

Sitir y Qal nos esperaban fuera, en las cabañas de los enfermos. Ella les daba agua de una calabaza y acompañaba ese acto compasivo con una cancioncilla como de cuna, un cántico antiquísimo, primordial, en la lengua arcaica de la diosa Gea. Allí dentro el sol se filtraba entre las cañas y el barro seco de las paredes, y pensé: «Qué belleza de mujer». Tal vez porque no podía haber más contraste entre el cuerpo de ella, desnudo, poderoso y lleno de vida, y el de esos despojos moribundos. El esfuerzo de Sitir era inútil, porque esos individuos ya estaban más fuera del mundo que dentro.

Yo estaba tan decepcionado por el fracaso en la mina que no pude evitar que mis palabras dejaran traslucir mi frustración.

—¿Qué harás cuando el agua de tu calabaza se acabe y la mina siga vomitando seres agónicos? No hay pozo en el desierto que pueda saciar tanta sed.

Extrañamente, Servus me apoyó.

—Tiene razón —dijo—. No será un gesto compasivo el que acabe con el sufrimiento que genera esta mina, sino un régimen justo. Todos los esclavos adoran a los aspa. Pero los aspa, que se supone que velan por la justicia, no pueden hacer nada contra los emporios mineros, porque la ley los ampara. ¡Qué fácil y provechoso es para los magistrados de Roma tolerar a unos paladines de la libertad y la justicia como los aspa —le recriminó— sabiendo que nunca cuestionaréis el origen de su beneficio, que es de donde brota toda injusticia y toda opresión! Y qué triste es que los pobres y plebeyos os adoren, cuando en realidad nunca haréis nada más allá de desarmar a cuatro bandoleros de caminos.

Creo recordar que Sitir le replicó algo. Yo no estaba atento. Tenía otras cosas en la cabeza, como reflexionar sobre cómo debía proceder para salvar el mundo. Pero sabiendo lo que pasó después, quizá debería haberlos escuchado con más interés.

Emprendimos el regreso al campamento de la Gran Acacia,

tristes y cabizbajos. Estábamos a medio camino cuando nos topamos con una fila de hombres.

Era una cuerda de presos. Imagínate, Proserpina, una larga viga de metal de la que emergen cadenas y grilletes. En cada grillete había un hombre sujeto por las muñecas. La viga avanzaba penosamente, sostenida por el mismo número de presos a cada lado. En total debían de ser una veintena, custodiados por cuatro guardianes. El de delante iba a caballo. Enseguida entendimos cuál era su destino. Esos presos eran carne destinada a consumirse en la mina de plata. Como íbamos en dirección contraria, nos los encontramos de frente. En ese momento me sentía más lleno de ira vengativa que una Tisífone.

—Tú eres el sufete, ¿verdad? —le dije al del caballo. Y, sin esperar respuesta, añadí—: Libéralos. Y no me repliques, porque hoy no me sobra la paciencia: no toleraré ni una sola palabra tuya.

Lo hizo, abrió la boca. La verdad, Proserpina, es que ni siquiera tuve que dar la orden: Sitir se moría de ganas. Hizo una acción propia del arte aspa: clavó cinco dedos en el morro del caballo con tal presión que la bestia se desplomó, inconsciente pero ilesa. Yo cogí el bastón del jinete caído y lo apaleé con más furia de la que quizá se merecía. Al ver el panorama y las grandes × que Sitir llevaba tatuadas en el pecho y la espalda, los otros tres guardianes huyeron como pájaros cuando ven al gato.

Qal y Servus liberaron a los presos de los grilletes. No podían creerse esa repentina fortuna. Unos bailaban en solitario y otros se abrazaban entre lágrimas como hermanos que acababan de reencontrarse, mientras que la mayoría se dejaba caer de rodillas, con las palmas de las manos hacia arriba, los ojos cerrados y la cara al cielo, dando gracias a una variada panoplia de dioses en una oración a gritos. ¡Eran la viva imagen de la alegría! Y con razón: los habían rescatado a las puertas de un Hades terrenal.

Hasta aquí la parte generosa del episodio. Por desgracia, Proserpina, te he dicho que esa incursión en la mina de plata fue una especie de comedia atelana. Bien, pues la función aún no había terminado.

Me subí a una roca para utilizarla de estrado.

—El único defecto humano que ofende a todos los dioses es la ingratitud —proclamé ante los prisioneros liberados—. Escuchadme bien, porque ahora os haré saber qué uso podéis dar a esta vida que os acaban de regalar los dioses.

Les expliqué el peligro mortal al que se enfrentaban África y el mundo y les exigí que nos siguieran hasta el campamento de la Gran Acacia.

Lo más desalentador, Proserpina, fue que no aprobaron ni desaprobaron mi propuesta: ni siquiera la escucharon. Vieron al sufete en el suelo, caído del caballo y magullado por su propio garrote, se abalanzaron sobre él a golpes de palos y de piedras, lo dejaron desnudo y se vistieron con sus ropas. Los hombres que iban atados a esas cadenas no eran esclavos viejos, sino criminales de la peor especie. Cuando quise intervenir, se volvieron los veinte en mi contra.

«¡Qué guerra contra legiones subterráneas ni qué cagarruta de Baal!», bramaban los menos malhablados.

Y como yo insistía en alistarlos, se armaron con el arma más antigua de todas. Ese desierto solo era rico en piedras, pero eso sí, muy rico. Cayó sobre nosotros un auténtico diluvio rocoso. Servus y Qal huyeron atemorizados. Sitir vino y me abrazó haciendo de escudo humano. Pero a esas alturas mi corazón ya se había rendido al aspa, y el honor de patricio exigía que fuera yo el que protegiera a una mujer víctima de una agresión.

Con demasiada frecuencia, Proserpina, la indignidad hace frontera con la comicidad. La Piedra Negra de Sitir Tra se activó y esa melaza oscura empezó a extenderse por su piel. La protegía sobradamente de toda pedrada, pero yo insistía en ampararla a ella, y ella a mí, de modo que hicimos un lío de brazos mientras la artillería pétrea, incesante, seguía cayendo sobre nosotros.

—¿Qué haces? —exclamó—. ¡Déjame que te ampare!

—¡No! —repliqué—. ¡Mi dignidad viril me obliga a ser yo el que te ampare a ti!

Y mientras tanto llovían tantas piedras que habría sido necesaria una cohorte de escudos para protegernos. Al final Sitir tomó la decisión más razonable: me agarró de la nuca con una mano y me obligó a correr delante de ella. Y así huimos, perseguidos por las iracundas piedras de unos

hombres que nos debían la libertad y la vida.

Al poco rato volvíamos a estar bajo la Gran Acacia.

Los peripatéticos son «los que pasean». Se llaman así porque escuchaban las lecciones del filósofo mientras deambulaban por el patio de la academia. Aquellos hombres daban vueltas por un patio en busca de la verdad; yo había dado una vuelta por el desierto buscando el principio necesario de toda verdad: los hombres. Inútil decir que, como expedición de reclutamiento, había sido un fracaso.

Los únicos nuevos combatientes a los que habíamos atraído era la penosa tropa de Torques. Ellos y sus familias estaban sentados alrededor del fuego, felices de consumir nuestras magras provisiones. Patéticos refuerzos. Al verme, Ergaster me preguntó si debíamos iniciar el despliegue de nuestro minúsculo ejército. Pero yo llegaba con la mente agotada, el espíritu decepcionado y el cuerpo lapidado. En esas condiciones, ¿cómo se suponía que iba a encabezar y dirigir una tropa, por pequeña que fuera?

—Aplazamos la batalla hasta mañana —dijo alguien, no recuerdo si Servus o el propio Ergaster—. Al mundo no le va en un día que lo salven.

Yo estaba tan baldado que me limité a asentir. Pero no tuve tiempo ni de retirarme a la lectica.

La novedad era Baltasar Palusi. ¡Había vuelto! Me alegré tanto que lo abracé como a un igual; como quien abraza a un amigo.

—¡Por los tiernos muslitos de Minerva! —exclamé—. Pero ¡si es Baltasar Palusi!

Él aceptó mis efusiones pasivamente, sin corresponderme, pero allí estaba. Por lo que nos contó, a medio camino se lo había pensado y había dicho a sus hombres que siguieran sin él, que volvía.

El sol se puso y acabó el día. Todo el mundo estaba o muy inquieto o muy ensimismado, los dos grandes estados del alma que invaden a los hombres la noche antes de una batalla. Ordené que llevaran el altar de juguete que Adad había construido en la Herradura hasta nuestro nuevo campamento de la Gran Acacia. Al ver la deliciosa miniatura

de barro y cañas, Baltasar no pudo ocultar su emoción, por descreído que fuera. Y he aquí que esa noche Baltasar Palusi y Marco Tulio, un agnóstico y un escéptico, se sentaron juntos ante un templo; minúsculo, pero un templo, al fin y al cabo.

Hacía frío, mucho frío. En el cielo, las estrellas también temblaban. Fue un momento de recogimiento. Baltasar metió un cirio encendido en el templo, más en honor de Adad que de Baal.

—Nunca me lo contarás, ¿verdad? —me preguntó—. Lo que ocurrió con Adad.

Entendía sus sentimientos.

—Como bien sabes, durante dos días y dos noches recorrimos el subsuelo —empecé a contar a regañadientes—. Había una galería excavada por Nestedum que desembocaba en una gruta natural. Pero ese era su mundo y estábamos en inferioridad de condiciones: nosotros lo buscábamos, y él nos encontraba. Lo cierto es que solo sobrevivimos a los ataques y las trampas de Nestedum gracias a la pericia de Sitir, sus habilidades y sentidos extraordinarios. Allí abajo, el tectónico tenía todas las ventajas a su favor. Recuerdo que Sitir yacía inconsciente y Adad y yo estábamos tumbados boca arriba, derrotados. Nestedum sonreía, triunfante.

—¿Y qué pasó entonces? ¡Cuenta! —exclamó Baltasar cuando vio que me callaba.

Pero yo comprendí que había ido demasiado lejos.

—Déjalo correr —dije pasándome una mano por los ojos—, no lo entenderías. El mundo de abajo es otro mundo. Venga, sincérate, Baltasar Palusi. Los dos sabemos el motivo real por el que has vuelto —dije intentando cambiar de tema, aunque fuera haciendo uso del humor más zafio.

Me miró perplejo.

—Según vuestros usos y costumbres —dije—, el sufete de una partida de caza debe casarse con todas las viudas de los hombres muertos durante la expedición, ¿verdad? Tal como han ido las cosas, te toca la mujer de tu hermano más las de los tres cazadores muertos. ¡Cuatro mujeres! ¡Soportarlas de por vida! No me extraña que prefieras enfrentarte a los tectones.

Aún tardó dos parpadeos en entender que era una broma. Nos reímos juntos.

—Si he vuelto, Marco Tulio, es por otro motivo —replicó todavía con una sonrisa—. En el camino estuve pensando qué podía llevaros a ti y a Sitir a mantener un silencio tan obstinado sobre lo que pasó con Adad allí abajo. Y solo encuentro una explicación. —Antes de continuar hizo una pausa y soltó un suspiro—. Tú mismo dijiste que Nestedum no había matado a Adad. Es imposible que lo matara Sitir, porque un aspa nunca hiere a un inocente. En consecuencia, solo queda una explicación. —Me miró un momento a los ojos en silencio y después dijo—: Que, por alguna causa que me ocultáis, lo mataras tú, y Sitir guarde silencio porque está a tu servicio. Tú eres el asesino de mi querido hermano. —Me clavó los ojos de nuevo—. He vuelto para matarte.

Sacó un cuchillo. ¿Qué podía decir? Pensé en cómo reaccionaría mi padre en una situación así.

—Te entiendo muy bien, Baltasar Palusi —dije estoicamente—. Pero ¿podrías esperar hasta mañana? Tengo muchas cosas que hacer.

Esta salida lo desconcertó.

—Ahora, si me disculpas, tengo que hacer la ronda para supervisar que está todo en orden —añadí mientras me ponía de pie.

Y lo dejé allí, sentado delante del pequeño altar y el cirio encendido. Todo el mundo dormía o dormitaba. Algunos rezaban. Otros formaban pequeños corros alrededor de las hogueras y hablaban de un futuro inminente que no podían controlar y cuyo resultado final todo el mundo sabía. La mayoría callaban o hablaban consigo mismos. Pregunté por Sitir. Me dijeron que estaba haciendo guardia, más allá. Cogí una lámpara de aceite y fui a buscarla.

La encontré detrás de una pared rocosa. Estaba apareándose con Urf.

No sé qué me hizo más daño, si los celos naturales de alguien que ve a su amada con otro hombre, o la perfección de esos dos cuerpos, que me empequeñecía y me reducía hasta la insignificancia. ¡Qué estampa!: los aspa se libraban con la misma pasión a la batalla contra el mal que a la batalla de la carne. Dos cuerpos perfectos, mezclados y unidos de tal modo que parecían uno solo. Cada gemido de placer de ella era una punzada que me hacía enloquecer de dolor.

Al día siguiente moriría, a manos de mis enemigos o de mis amigos, y de una cosa estaba seguro: no me despediría de la vida con un beso de mi amada. Ya lo decía el griego: «Forma parte de la naturaleza del deseo no encontrar nunca la satisfacción». Yo no pedía saciarlo; me habría conformado con empezarlo.

Me retiré a mi lectica, ahora sí. ¡Y qué jornada acababa! La humanidad me apedreaba, mis amigos querían asesinarme y mi amada prefería a otro, uno de los suyos. Ah, y al día siguiente moriría asesinado por hileras triples de caninos carnívoros.

Como buen centurión primípilo, el viejo Ergaster me esperaba a la puerta de mi tienda para recibir las últimas órdenes del día.

—¿Lo ves, Marco Tulio? —me dijo—. Nunca se sabe.

No entendí a qué se refería.

—Esta mañana estabas seguro de que sería la última de tu existencia. Pero las cosas nunca son tan previsibles como parecen. El día ha terminado, y vivirás para ver cómo vuelve a salir el sol.

Solté un largo resoplido.

—Y yo aún diría más, apreciado Quinto Ergaster: ha sido un día de lo más provechoso —repliqué con sincero sarcasmo —, porque, después de haberlo vivido, créeme: ya no me importa tanto abandonar este mundo mezquino.

A veces, Proserpina, la gran pregunta que deben formularse los héroes que quieren salvar el mundo no es si lo conseguirán o no, sino si vale la pena impedir la extinción de un insecto cósmico conocido como género humano.

10

Y sí, Proserpina, sí: el día siguiente sí fue el de la gran batalla.

Al amanecer salí de la lectica. Baltasar me abordó con una petición.

—Si no te parece mal, te seguiré un paso por detrás.

Quería asegurarse de que podría matarme cuando lo considerara conveniente. A esas alturas yo me había reconciliado con la idea de mi muerte, así que me permití una respuesta que sería la delicia de los cínicos y también de los estoicos.

—Me parece una magnífica idea que me secundes la espalda —dije perfectamente serio—, así todo el mundo creerá que has vuelto para protegerme.

En ese momento llegó Ergaster.

—Tengo una noticia pésima que me causa deshonra y vergüenza, Marco Tulio, pero que estoy obligado a hacerte saber: durante la noche ha desertado una veintena larga de mis esclavos. —Y dicho esto, se rasgó la túnica—. ¡Me alegra mucho pensar que moriré tan pronto! —se lamentaba—. ¡¿Quién quiere vivir en un mundo donde los servus se niegan a morir con su dóminus?! ¡¿Dónde iremos a parar?!

Baltasar opinó así sobre las palabras de Ergaster:

—Para ti, que ya has vivido tu vida, es muy fácil pedir a los demás que sacrifiquen la suya. Cualquiera puede regalar lo que ya no tiene.

Empezaron una discusión que fue subiendo de tono. Solo nos faltaba eso, que todo el campamento nos viera pelearnos entre nosotros justo antes de enfrentarnos al enemigo. Los separé. Felicité a Ergaster por que casi ochenta de sus servus hubieran optado por quedarse y fuimos los tres juntos (Baltasar no se separaba de mí para nada) a echar un último vistazo a los preparativos.

El armamento y el ariete ya estaban a punto. Bueno, suponiendo que ese montón de troncos medio podridos, afilados y atados entre sí con cuerdas de esparto pudiera llamarse ariete, y que esa pila de porras, lanzas y escudos de mimbre construidos a toda prisa pudiera considerarse un arsenal.

Alineamos a los hombres y las mujeres que empuñaban esas armas de fortuna. Mientras los contemplaba me dije que a lo mejor siempre era así, que cuando llegaba el momento decisivo, a la civilización humana solo la defendían unas cuantas docenas de individuos. Pero permíteme, querida Proserpina, que te relate mi desazón y mi desesperanza. Porque ¡qué personas y qué tropa! No llegábamos a la centuria, y prácticamente nadie había cogido jamás un arma, entre otras cosas porque la ley amenazaba a los servus con la cruz si lo hacían. Y con ese ejército de desarrapados debíamos enfrentarnos a una civilización de asesinos natos, a un mundo capaz de domesticar hasta los gusanos para dedicarlos a la guerra. Menos de cien hombres y mujeres, la mayoría esclavos malnutridos, contra unos monstruos inteligentes, armados con tres hileras de dientes, corazas vivas, espadas y arpones dentados.

Había llegado el momento. Nos pusimos en marcha hacia el Agujero de la Mantícora. Nadie hablaba. Lo único que rompía el silencio eran nuestros pies. Nos detuvimos a unos cien pasos de la murallita de piedras erigida por los tectones. Era un terreno llano, firme, seco y claro. Apenas unos cuantos matorrales esparcidos llenaban la vista. Ergaster, Palusi, los dos aspa, Servus, Qal y yo nos adelantamos a nuestro patético ejército para insuflarle valor con nuestra presencia. Y qué septeto tan peculiar formábamos, Proserpina.

Ergaster era tan viejo que con una mano empuñaba el gladius legionario y con la otra el bastón. En cuanto a Baltasar, le ofrecí que se marchara y salvara su vida. Como podía ver, la batalla era inminente, y mis posibilidades de supervivencia, nulas. Hizo una mueca.

—Creo que me quedaré un rato. Así mato a un par de tectones y vengo a mis cazadores muertos. Y me aseguro de que los amiguitos de Nestedum te maten a ti.

Al menos era sincero.

Los dos aspa: no había personas más extrañas en el mundo que los aspa. Miré a Sitir. ¡Y cómo lamenté, Proserpina, no haber tenido más tiempo, aunque solo fuera un día más de vida, para dedicárselo a ella! Suspiré.

Y Servus tenía alma de consejero, no de guerrero. Tanto era así que ni en ese momento supremo se le había ocurrido empuñar un arma. Temblaba. Se lo recriminé con una expresión que habría enorgullecido a mi padre.

—¿Qué te pasa? —lo reñí—. Solo vas a morir.

—Había pensado hacer algo grande con mi vida —me confesó conteniendo las lágrimas.

Su respuesta me enfureció y me hizo reír a la vez. Aun así, seguía siendo un patricio, y contesté como tal.

—¿Tú? ¿Hacer grandes cosas? ¿Tú, un insignificante servus doméstico? —Y entonces grité—: ¡Era yo el que estaba predestinado a hacer grandes cosas! ¡Yo, no tú! ¡Estaba llamado a ser cónsul una vez, cinco, diez veces! Y mira dónde estoy: la fatalidad se ha cruzado en mi camino, moriré en un páramo perdido y reseco. ¿Y me quejo? ¡No! Así es la vida. Lo que importa no es cuánto dura, sino hacer con ella lo adecuado y correcto, y que en los momentos decisivos no se te escape la orina.

—A ti puede que te esperara la gloria —replicó sin encogerse—, pero yo estaba incubando algo aún más grande: una idea.

No lo entendí. Tampoco me importaba demasiado. Sitir me miró. Yo a ella. Me dije que solo una persona rematadamente idiota se enamora el último día de su vida. Entonces los tectónicos aparecieron y ahí terminaron nuestras insignificantes polémicas.

Por lo que parecía, habían decidido salir y presentar batalla fuera de su chapucero muro de piedras. Pasaron por encima de la murallita. Sus escudos y armaduras eran aún más grises que su piel, y cuando se movían todos a la vez y tan sincronizados, formaban una ola sólida y oscura que sobrepasaba el muro como un monstruoso insecto colectivo y articulado. Avanzaron unos pasos y se detuvieron en una línea frente a la nuestra, con los escudos unidos por los tentáculos de los bordes formando una barrera impenetrable que mugía en tres tonos diferentes. Nunca ha existido un

ejército tan disciplinado y a la vez tan salvaje. Su formación militar era increíblemente uniforme, y al mismo tiempo sus guerreros eran las bestias más feroces: para intimidarnos abrían y cerraban esas bocas horripilantes con esas mandíbulas enormes. Y qué visión, Proserpina. Nuestra línea no era más que una cuadrilla de hombres y mujeres esmirriados y temblorosos, mal armados, mal vestidos y medio famélicos. Ellos, en cambio, nos parecían firmes y arraigados en el suelo como una hilera de robles.

Al ver esa estampa monstruosa y ensordecedora, los soldados de nuestro penoso ejército se apretaron un poco más. Yo estaba de espaldas, pero aun así percibí su estremecimiento, el pavor que exudaban.

—¡Dioses! —exclamó Quinto Ergaster, que tenía mala vista pero aún veía bastante—. ¡Ahora son más! ¡Han subido más por el agujero! ¡Ayer eran unos doscientos, y hoy quizá son cuatrocientos! ¿Qué decimos ahora a la tropa?

Menos de cien humanos contra cuatro centurias de tectónicos. Pensé lo más deprisa que pude. Levanté la espada al cielo y grité a los míos:

—Lo veis, ¿verdad? ¡Son menos que ayer! ¡Muchos de estos monstruos, al vernos tan firmes y decididos, han huido por el agujero por el que habían venido! ¡Como las ratas!

Y todos, hombres y mujeres, levantaron las armas y me ovacionaron. Todas esas lanzas y jabalinas alzadas parecían un bosque tembloroso.

—Serás un gran magistrado —me dijo Quinto Ergaster sin un deje de ironía—. Ojalá sobrevivas, Marco, y el Senado te conceda la Corona Gramínea.

Debes saber, Proserpina, que la Corona Gramínea era el máximo galardón militar de la República romana. Solo se concedía a los generales que habían salvado un ejército de la destrucción. Suspiré: nosotros debíamos salvar algo mucho más importante que un ejército. Catilina había acabado convertido en una pirámide de hierro; Cartago, en una montaña de piedras, y yo solo sería un montón de huesos. Pero con una diferencia: Catilina no había cambiado; Cartago no había cambiado. Por eso se habían extinguido, inútilmente. Yo sí, yo había cambiado. Estaba poniendo el destino de millones de desconocidos por delante de mi

ambición, y esperaba que sirviera para algo. Miré a Sitir: ella tenía razón; cuando luchamos por el prójimo, nunca estamos solos. Ella y los demás estaban a mi lado. Y gracias a ellos estaba dispuesto a dominar mis miedos. Sí, eso, eso era lo que realmente podía ofrecer a los míos: mis mutaciones.

Y ahora, Proserpina, permíteme que te cuente las vicisitudes de la batalla.

Yo tenía intención de hacer uso de una vieja estratagema: aprovechar el sol. Incluso el más casero de nuestros estrategas sabía que siempre conviene empezar una batalla con el sol a favor. Es decir, situar tu ejército de tal manera que el sol ciegue al enemigo. En este sentido contábamos con un elemento a favor: que los tectónicos poco podían conocer de la superficie y sus peculiaridades. Como la llanura en la que se situaba el Agujero de la Mantícora era un secarral desnudo, me había podido acercar desde donde nos convenía, desde el este. Pero no quería que la batalla empezara todavía. Quería dar un poco más de tiempo al disco solar para que se alzara por completo y hostigara esos ojos redondos y claros como el ámbar, que seguramente sufrirían más que los nuestros con el exceso de luz. Para ganar el tiempo que necesitaba, le dije a Urf:

—Urf, estoy aburriéndome. ¿No te gustaría distraernos un poco?

El aspa se adelantó hasta colocarse a medio camino entre nuestras filas y las de los tectónicos.

Debes saber, Proserpina, que los duelos singulares eran una costumbre muy humana, aunque arcaica y en desuso. En los tiempos antiguos, antes de empezar una batalla campal, uno de los bandos podía adelantar a un campeón para que desafiara a cualquier enemigo que quisiera enfrentarse a él. Los dos luchaban hasta la muerte ante los dos ejércitos en formación. Como puedes suponer, Proserpina, el bando del vencedor recibía una prima de moral, mientras que el del derrotado se hundía en el desánimo. Recuperé ese viejo uso porque teníamos a los aspa. Me parecía una apuesta segura. Ah, y si no salía bien, si Urf caía muerto, lo descuartizaban y se lo zampaban, bueno… ¡tampoco era ninguna desgracia! (Debes saber, Proserpina, que desde el inicio de los tiempos ha sido prerrogativa de los generales colocar en primera línea

a los amantes de su amada.)

Así que Urf se plantó a medio camino de las dos tropas. Tan recto y quieto allí en medio, bajo el sol brillante, parecía una magnífica estatua de carne. Al principio los tectónicos no reaccionaron. Nosotros dudamos. No eran humanos: ¿y si no conocían la vieja costumbre de los duelos singulares antes de la batalla? Días antes, Nestedum me había retado. Pero ¿quién podía saber cómo y qué pensaban los tectónicos? ¿Qué usos y costumbres seguían? Hasta que notamos algo. Un ruido que provenía de más allá de sus filas. Y entonces apareció. Un gigante. Apartando a sus congéneres a manotazos.

Ya te he comentado, Proserpina, que la estatura media de los tectones era algo inferior a la humana. Pero entre ellos también había excepciones: el ser que avanzaba hacia Urf hacía por dos de él. Era un tectón gigante. Se abría paso a empujones entre las filas de tectones con ademán prepotente. Y menudas piernas: un paso suyo avanzaba el doble de terreno que el de un humano, y esos pies con tres uñas tan grandes lo hacían más animal aún que sus congéneres. Por arma llevaba una lanza corta tectona, blanca y con ganchos laterales, que hacía pensar en un arpón de marfil.

Créeme, Proserpina, si te digo que era una visión estremecedora. El gigante se sabía temible, y para intimidar a Urf abrió una boca grande como un tambor en un largo, larguísimo, aullido de guerra. Y ese fue precisamente su error.

Urf se dio cuenta de que mientras tenía la boca abierta de par en par se le reducía el ángulo de visión, y aprovechó ese largo bramido para iniciar una carrera fulgurante contra su enemigo. Valiéndose del impulso, escaló el pecho de ese cuerpo gigantesco casi como si flotara. Y allí, suspendido en el aire, proyectó el puño hacia atrás, un puño compacto como un diamante, y golpeó al tectónico precisamente en la boca.

Es muy difícil, Proserpina, describir toda la violencia que un aspa podía insuflar a sus golpes. Yo no había visto jamás un golpe tan seco, tan intenso y tan contundente. Primero el puño y después todo el antebrazo perforaron esa boca abierta rompiendo todos los dientes que encontraron a su paso. El tectónico cayó hacia atrás como un grandioso árbol abatido. Antes de tocar el suelo ya estaba muerto.

La victoria fue tan inesperada, tan instantánea, que durante

unos segundos ninguno de los dos bandos supo reaccionar. Nuestros hombres y mujeres tardaron un momento en comprender lo que habían visto y lo que había pasado, porque la lucha había terminado antes de empezar. Y después del silencio, la ovación a Urf y los gritos de euforia.

Los dientes habían estallado en docenas de fragmentos de marfil que habían salido volando en todas direcciones y habían aterrizado aquí y allá. Parecía ciertamente que alguien hubiera roto un montón de platos y bandejas. Como era habitual en mí, disimulé mi asombro bajo una capa bromista.

—Toma nota de la lección, Servus: nunca dejes la vajilla en manos de un aspa.

Servus no supo qué decir: siempre le costaba entender que los suburrianos hiciéramos chistes de todo, el Fin del Mundo incluido.

Mientras los demás ovacionaban a Urf, yo dedicaba todos mis sentidos a observar las filas enemigas. ¿Cómo les había afectado la muerte de su Hércules? ¿Les afligía la pérdida? ¿Nos temían un poco más? Y la verdad, Proserpina, es que no supe juzgar su reacción. No eran de nuestro mundo, no eran humanos. ¿Qué denotaban esas bocas inmensas entrecerradas? ¿Miedo? ¿Resolución? ¿Solo hambre? ¿Y cómo se interpretaba esa quietud colectiva? ¿Era desánimo por la muerte de uno de los suyos, disciplina o indiferencia? Imposible decirlo. La inmovilidad de los tectónicos contrastaba con el ruido de los escudos, que mugían como patos, y los resoplidos de aquellos cascos como pulpos sólidos que ahora, como los espiráculos de las ballenas, expulsaban un chorrito líquido. Incluso las cotas de malla de miles de insectos entretejidos emitían un ruido de cigarra excitada. ¡Imagínate la estampa, Proserpina! Solo nos dejaron clara una cosa: que no se conformaban con una derrota. Enseguida apareció un segundo campeón, y esta vez el tectónico iba montado. Horror de los horrores.

Para describirlo con una imagen comprensible para los humanos, Proserpina, te diré que la bestia que el tectón montaba era una especie de lagarto de las dimensiones de un caballo pequeño. Tenía un aspecto reptiliano en todo, menos a los lados del cuello, larguísimo y guarnecido con una melena que parecía de pelos de jabalí. Las riendas y el arnés

estaban hechos de finas cadenas que tintineaban animadamente con cada sacudida. El animal desprendía un hedor que a mi nariz le recordó a los elefantes del circo. El jinete blandía un arpón muy largo y nos conminaba a atacarlo con sus gritos. De repente, nuestros hombres y mujeres empezaron a hablar en púnico.

—¿Qué dicen? —pregunté a Qal.

—Dicen «¡tritón, tritón!», porque el pequeño caballo del tectónico se parece a un tritón.

Para los romanos, los tritones eran una especie de dios marítimo, pero con ese nombre los púnicos se referían a un lagarto de los lagos que recordaba vagamente a la montura del tectón. Servus se pasó la mano por la cara.

—Oh, buena diosa Gea —gimoteó, angustiado—, cabalgan tritones del tamaño de un poni. ¿Cuántos espantos más nos reserva esta gente?

Ahora se entendía el ruido constante que salía del interior del Agujero de la Mantícora: los tectónicos habían ampliado el túnel haciendo rampas o lo que fuera para subir a la superficie su caballería tritona. Sí, ¡qué gente tan metódica! ¡Con qué cuidado y minuciosidad planificaban sus invasiones! Al principio habían enviado a un explorador solitario, Nestedum; después, un grupo numeroso y poderosamente armado, y ahora la primera montura para saber si se adaptaba a las condiciones del terreno.

Sin que yo le dijera nada, Sitir se adelantó. Debió de considerar que Urf ya había luchado y que ahora le tocaba a ella. Caminó, confiada, hasta que estuvo a unos veinte pasos del jinete. Ergaster, que aún no la había visto en acción, vaticinó:

—Se la comerán con nabos. Las amazonas solo existen en las fantasías de algunos griegos locos.

—Los tectónicos también parecen una fantasía, y existen de verdad —lo contradijo Servus.

—¡Oh, Dioses! —exclamó Baltasar, que por una vez estaba de acuerdo con Ergaster—. No puedes dejar que una mujer desarmada se enfrente a la caballería del inframundo, por muy aspa que sea. ¡Ordénale que se retire!

Yo me limité a encogerme de hombros.

—Los aspa tienen el oído más fino que nadie, pero son

sordos a las órdenes que no quieren obedecer. A estas alturas ya deberíais saberlo.

En cualquier caso, a Sitir no parecía afectarle ni poco ni mucho esa novedad de cuatro patas y cuello largo. Se quedó quieta como una estaca mirando fijamente al animal, no al jinete.

El tectónico inició la carga. Su lanza apuntaba justo al pecho de Sitir. Y lo peor de todo: cuando ese lagarto cogió impulso, se le abrieron en los flancos una especie de ostras gigantes (no puedo definirlas de otra manera) que llevaba adheridas: cuatro, cinco, seis. Mientras se abrían soltaban un chirrido agudo, interminable.

Nuestras filas temblaban. Porque era un ruido realmente espantoso, Proserpina. Algunos incluso dejaron caer su triste lanza y huyeron corriendo.

—¡Agarrad a esos hombres! —grité.

Entretanto el jinete ganaba velocidad, con la lanza firme, increíblemente estable, apuntando al centro de la × del pecho de Sitir, que se mantenía quieta como una piedra. Todos creíamos que la atravesaría. Pero en el último instante hizo algo.

Sitir saltó. El tectón blandió la lanza a la derecha de la montura y ella se desplazó a la izquierda del animal. Con los dos brazos cogió el largo cuello del lagarto y lo retorció como si fuera una cuerda, hasta que la bestia fue a parar al suelo.

Sitir hacía fácil lo difícil. El cuello de esa monstruosa lagartija, Proserpina, tenía las formas y las dimensiones de un tiburón, y ella la había abatido con una facilidad que parecía irreal.

Las piernas del jinete habían quedado atrapadas bajo la montura muerta. Sitir extrajo una especie de hacha de una alforja del tritón y lo decapitó con la misma tranquilidad con que se habría cortado las uñas. Después, con un movimiento pendular del brazo, lanzó la cabeza a las filas tectónicas, como si fuera una pelota.

¡Cómo bramaban los nuestros, Proserpina! Los rugidos rozaban el delirio. ¿Y qué hizo ella? Volver a nuestras posiciones caminando como esas damas nobles que se paseaban por el foro mirando con indolencia las joyas en venta.

Busqué el sol. Sí, ya estaba bastante alto. Observé al enemigo. En efecto, todos esos ojos de manzana parpadeaban molestos. En el lugar de donde venían el sol no existía; no podían conocerlo. Ni el sol ni las molestias que ocasionaba. Esa jornada sería nuestro aliado: los deslumbraría y, con un poco de suerte, los cegaría, al menos parcialmente.

Ya solo me quedaba cumplir con un último trámite antes de la batalla. La noche anterior el viejo Quinto Ergaster me había solicitado que le concediera un último deseo: ser el primero en morir.

Los sacrificios antes de la batalla, Proserpina, eran otra de las tradiciones marciales de nuestros ancestros. Consistían en que algunos individuos buscaran premeditadamente la muerte abalanzándose sobre el enemigo sin eludir las heridas y antes de que empezara la batalla propiamente dicha. Así mostraban resolución y desprecio al dolor y la muerte. Dejaban admirada a la tropa enemiga y enardecían a sus compañeros de filas. Era una costumbre periclitada. Extinta, de hecho. Pero los romanos conservadores, como Ergaster, amaban todo lo antiguo, y yo no había tenido ánimo para negarle su deseo. Por otra parte, ¿por qué iba a decirle que no? Tenía más de noventa años, y no era una mala manera de poner fin a una vida dedicada a la milicia.

El caso es que ese anciano venerable empezó a avanzar con paso pausado, aunque constante y sin titubeos. En una mano llevaba el bastón que le servía para andar y en la otra su vieja espada legionaria. La misma que, cuando todavía era un crío, había empuñado en el sitio de Cartago. Supongo que los tectones, al principio, debieron de pensar que era el tercer campeón que les enviábamos. Hasta que vieron que, en lugar de detenerse a esperar a un oponente, seguía adelante. Pasó junto al gigante muerto, el tritón muerto y su jinete decapitado, y siguió caminando hacia el enemigo sin reducir el paso. Por primera vez percibimos una reacción colectiva entre los tectónicos: incredulidad y maravilla. Sus filas se movían, inquietas. Notábamos cómo se impacientaban sus cuerpos, sentíamos cómo crepitaban las armaduras pectorales hechas de insectos: ¿qué pretendíamos enviándoles a un hombre solo, viejo y cojo? ¿Dónde estaba la trampa? Quinto Ergaster, impasible, mantenía su paso rítmico y la cadencia

imperturbable de su bastón. Llevaba en los pies las antiguas sandalias legionarias y el mentón muy alto, con un rictus grave en la cara.

Cuando estuvo a solo tres pasos, dos, de aquella muralla de escudos vivos que resoplaban como ocas nerviosas, se detuvo. Si avanzaba medio palmo más lo matarían, y antes quería pronunciar unas últimas palabras.

Lástima, sin embargo, que lo banal tienda a interferir en lo heroico, querida Proserpina. Porque Ergaster, en efecto, levantó su gladius al grito de:

—¡Así muere un romano!

Era el momento supremo de su existencia, el cenit de una vida consagrada a Roma, a Marte y a la gloria. Pero entonces, justo en ese instante, cuando estaba de puntillas con la espada alzada, se le escapó una ventosidad. Un pedo largo y sonoro, como un bramido de vaca pariendo. Era comprensible: el hombre tenía más de noventa años y avanzaba hacia una muerte segura. No es de extrañar que no controlara los esfínteres. Ahora bien, las cosas como son: qué mal momento eligieron sus tripas para liberar aire, la verdad.

Nuestra tropa, que hasta ese momento lo animaba a avanzar, enmudeció. Incluso los tectones se quedaron muy quietos, recelosos. El pobre Ergaster estaba paralizado, con el brazo que sostenía la espada en alto. Su angustia era extrema; su turbación, aún mayor. Giró la cara hacia nosotros como pidiendo ayuda. Yo di un paso al frente y grité haciendo trompeta con ambas manos para que pudiera oírme:

—¡Así muere un romano!

Él me miró y asintió gravemente con el mentón. Dio un paso adelante, y su espada cayó sobre un escudo y cortó un pedazo. Se oyó un chillido de dolor y, entonces sí, media docena de arpones perforaron ese cuerpo viejo y reseco.

Fue la señal. Alcé la espada y dije estas palabras. Como discurso de antes de la batalla no pasará a la historia, eso seguro.

—¡Mirad lo que le han hecho esos caníbales del inframundo a un pobre anciano! —rugí—. ¡Venguemos a Quinto Ergaster, vengad a vuestro padre!

Te preguntarás, querida Proserpina, cómo se las arregló un cobarde como yo, que siempre había tenido un miedo cerval a

los cortes y las caídas abismales, para avanzar contra un ejército armado que precisamente defendía un pozo insondable. La respuesta, en realidad, es muy simple: avanzaba porque me empujaban. Me habían empujado desde que había salido de nuestra casa de la Suburra. Primero mi padre, después Servus y Sitir. Y más adelante Baltasar y los otros. Y allí nos tenías a todos.

Gritamos para envalentonarnos. No fue una carga desbocada, sino un avance lento, al unísono, reservando fuerzas para cuando topáramos con la línea tectónica. Sí, hacia allí íbamos. Y ahora sí, ahora empezaba la batalla.

He aquí nuestra disposición para el combate: el centenar de servus, hombres y mujeres avanzaron en un frente unido y compacto sosteniendo escudos de mimbre y lanzas simples. Un poco más adelante, los dos aspa, Sitir a la izquierda y Urf a la derecha de la formación. Qal también estaba por allí: había insistido en quedarse al lado de Servus, al que todavía amaba. Recuerdo que tuve un pensamiento muy poco épico. «¿Habrá descubierto Qal quién es el amante de Servus o morirá sin saberlo?», me pregunté.

Yo iba justo detrás de la tropa, un poco a la derecha. Y, por favor, Proserpina, no confundas este detalle con un exceso de prevención: en una batalla, el comandante siempre se situaba allí, por detrás del ala derecha. Baltasar Palusi no se separaba de mí. Ese hombre era una paradoja con patas: me protegería de los tectónicos, sí, pero para poder matarme con sus manos. Los aspa eran nuestra mejor arma. A medida que nos acercábamos a los tectónicos, el grillete que tenían en el tobillo empezó a licuarse y a extenderse por todo el cuerpo de esos dos guerreros como una segunda piel.

Como iban a la vanguardia, los aspa fueron los primeros en llegar al enemigo. Y, como siempre, desarmados. Pero eso no tenía ninguna importancia: Sitir capturó la primera espada que intentó herirla y mató al tectón que la empuñaba. Por su parte, Urf se apropió del primer escudo que se le opuso y lo utilizó como una especie de maza plana: repartía unos golpes fenomenales a derecha e izquierda, barriendo a los enemigos y descalabrándolos. La tropa, animada por ese vigor, seguía a los aspa pinchando con las lanzas como un puercoespín colectivo. Yo intentaba seguir a Sitir con la mirada. Sí, Sitir,

mi amada. Sufría por ella. Incluso a las puertas de la muerte, estaba bellísima, recubierta de esa brea fina y oscura licuada por la Piedra Negra. Imbuida de la tensión del combate, desprendía un aura de espíritu pletórico; estaba donde quería estar. Por desgracia, en la confusión de la lucha, la perdí de vista muy rápidamente.

Lo que más sorprende en una batalla, incluso en una de pequeñas dimensiones como la nuestra, Proserpina, es cómo los cuerpos se agrupan y se prensan; amigos y enemigos forman un todo casi compacto, mezclados en la polvareda que levantan tantos pies agitados. Se generó un tumulto, las pobres lanzas humanas enfrentadas a los escudos y arpones tectónicos. Los tectones luchaban en silencio, pero sus escudos, cascos y cotas de malla mugían, graznaban y aullaban en un concierto pavoroso. Palusi y yo empujábamos, literalmente, a los hombres y los enardecíamos repartiendo gritos y órdenes.

A medida que la lucha avanzaba, ocurrió algo muy natural. Instintivamente, los hombres y las mujeres empezaron a agruparse detrás de nuestros dos magníficos campeones, Sitir y Urf. Era lógico que los servus buscaran seguridad y amparo detrás de la espalda de tan extraordinarios combatientes. Pero como Urf luchaba al frente del ala derecha, y Sitir a la izquierda, el centro de nuestra línea quedó despoblado.

A nuestro favor, Proserpina, te diré que eso ya estaba previsto. Eran esclavos, no soldados entrenados para mantener una formación militar, y lo sabíamos. Cuando se creó ese agujero en nuestro centro, di la señal.

—¡Ahora, ahora! —gritamos Baltasar y yo.

El ariete que habíamos construido, sostenido por ocho de nuestros hombres más fuertes, estaba situado justo allí, detrás de nuestro centro, listo para atacar. Guiados por Servus y Qal, levantaron el ariete los ocho a la vez y embistieron con todas sus fuerzas contra la línea tectona. La punta del ariete, hecha con cuatro troncos puntiagudos, atropelló un montón de cuerpos y escudos y siguió adelante, con tanto impulso que no se detuvo hasta impactar contra la murallita de piedras del Agujero de la Mantícora.

Habíamos partido en dos la línea tectónica. Era lo que queríamos.

—¡A la brecha, a la brecha! —grité.

Obligado a dar ejemplo, me adentré en el boquete, espada en mano. Y conmigo, Baltasar, Servus y Qal. Pasamos por encima de una docena de tectones pisoteados y malheridos, y los fuimos rematando con una satisfacción cruel. Durante un rato que no podría medirse en tiempo, luchamos allí. Entre el ariete caído y la murallita. Ya había muertos por todas partes, humanos y tectones. El griterío lo impregnaba todo.

Debes saber, Proserpina, que en una batalla campal el objetivo siempre es romper la formación enemiga. Quien lo consigue normalmente vence. Y por un momento incluso me hice ilusiones. Los aspa mataban a los tectónicos por decenas. Exaltados, enfervorizados, nuestros servus blandían lanzas y jabalinas con todas sus fuerzas. En este punto observé un fenómeno que azuzó mi optimismo: los tectónicos, que cuando integraban su formación eran más que titanes, cuando tenían que luchar en solitario eran menos que hombres. Eran menos pesados y menos voluminosos que la mayoría de los humanos, y cuando se enfrentaban a una persona mínimamente corpulenta tenían las de perder. Recuerdo a un esclavo bastante forzudo de Ergaster que rompía esas cabezas tectónicas en forma de limón como si fueran huevos. Yo gritaba: «¡Adelante, adelante!», con la esperanza de llegar hasta el Agujero de la Mantícora y obturarlo. Si dividíamos la tropa enemiga y les cortábamos la conexión con su mundo, por fuerza se hundirían moralmente.

Por desgracia, los tectónicos nos demostraron que eran un engranaje de guerra implacable. Ellos también herían y mataban a muchos de los nuestros, demasiados. Veías sus grandes escudos y cómo, de repente, por los laterales aparecían las puntas de sus espadas, se proyectaban a la velocidad de una cola de escorpión, pinchaban y volvían a esconderse. Aun así, mientras pudimos contener el impulso, los hombres ignoraron a los caídos. Hasta que los tectones empezaron a cerrarnos por las alas.

Era una respuesta típica: como nosotros penetrábamos por el centro, ellos cerraron los dos flancos como dos mandíbulas. Pude verlo a pesar de la polvareda y el alboroto. Fue una maniobra tan perfecta, tan coordinada, que se diría que una sola mente guiaba todos sus cuerpos. Grité a Baltasar al oído

para que me oyera:

—¡Coge a una docena de hombres y llévatelos a la derecha para impedir que nos encierren!

Así lo hizo, generoso y diligente, aplazando su venganza contra mi persona. Su machete se convirtió en un estandarte, y un puñado de hombres lo siguió.

Creo, Proserpina, que todavía habríamos podido resistir un buen rato. ¿Qué pasó? Ahora te lo diré.

Afirmaba el Gran Persa que en una batalla puede haber cobardes, pero que no están, porque no cuentan. Yo aún diría más: un cobarde puede hacer más daño a su ejército que una legión enemiga entera. Sobre todo si además de cobarde es bocazas. Porque si yo hubiera tenido más experiencia guerrera, habría sabido que siempre hay algún imbécil que al mínimo percance brama: «¡Estamos rodeados!».

Y así fue. Una voz cualquiera gritó «¡Nos están rodeando!» y, por increíble que parezca, Proserpina, todo el mundo la oyó. Por encima del estrépito de las armas, de los gemidos de los heridos y del rumor del arsenal viviente de los tectónicos. Así es en todas las batallas: algún imbécil grita «¡Rodeados!», y el pánico se extiende más rápido que cualquier epidemia.

Muchos, demasiados, sucumbieron a la tentación de vivir. Dejaban caer las armas y huían. Servus, Qal y yo intentábamos contenerlos. Los devolvíamos al combate de malos modos, a base de insultos y empujones. Pero la hemorragia de fugitivos no tardó en convertirse en una desbandada. Y entonces los tectones espolearon a los desertores que aún dudaban con un contraataque desde su centro.

De repente me vi en primera línea. Mis golpes de espada eran tan torpes como ineficaces. Recuerdo la inmensa superficie de un escudo tectón golpeándome frontalmente. Salí despedido hacia atrás y me caí de culo. Me arrastré. A mi alrededor todo era polvo, pugna, gritos de dolor y una espantosa mezcla de sonidos. Me llegaba claramente el olor de los tectones, de su sudor corporal, agrio como una carne macerada en vinagre. El monstruo que me había derribado levantó el arpón. Me traspasaría el pecho. Era el final.

Bien, pues ¿quieres saber quién me salvó, querida Proserpina? Él, precisamente él: Nestedum.

Todos los tectones se parecían, pero a él era muy fácil distinguirlo porque le faltaba una mano. (Se la había cortado yo, ¿recuerdas?) Ahora llevaba un vendaje más decente, una tapa de metal sobre el muñón. Fue ese metal lo que se interpuso entre el arpón y mi persona. Él también me había reconocido. Y dijo:

—Marcccooo. Marcccooo.

Lo decía con esa «c» tectona, un sonido que salía de la parte de atrás de la lengua contra el paladar. Nunca había imaginado que oír mi propio nombre pudiera causarme una parálisis de horror. Nestedum impartió unas órdenes secas, y dos de los suyos empezaron a arrastrarme por los tobillos. Ahí sí que supe lo que era el miedo, el miedo de verdad.

Grité como un cerdo. Se me saltaban las lágrimas, me debatía exactamente igual que un pez en el anzuelo. Era inútil. Y, de repente, me di cuenta de lo que estaban haciendo: se me llevaban al Agujero de la Mantícora.

Me debatí con todas mis fuerzas, grité con una voz ronca, una voz que ya no era la mía. Pero nada podía hacer contra esa fuerza que me arrastraba, que me succionaba a un mundo inferior. En el último instante me aferré con los brazos a un saliente de piedra que había en el borde del pozo. Juro, Proserpina, que estaba dispuesto a permitir que me arrancaran las piernas antes que soltar esa piedra.

Alcé los ojos. Ahora veía el campo de batalla a ras del suelo. Parece mentira que en un momento así mi mente pudiera ser tan lúcida y mis ojos tan exhaustivos. Recuerdo las estampas de la derrota que vi agarrado a aquella roca. Mi miedo era tan intenso, tan extremo, que mis ojos veían esa escena como si una repentina lentitud hubiera poseído a todos los actores.

Recuerdo a los caídos, muertos y agónicos. Recuerdo los pies de tres dedos de la infantería pesada tectona cerrándose delante de mí. Y recuerdo haber visto, más allá, a Qal, sacudido por las convulsiones y con la cabeza abierta. Y a Servus de rodillas, abrazándolo, entre llantos. Pensé: «Yo he matado a Qal». Recuerdo esa fuerza poderosa que me estiraba de las piernas, pozo abajo. Recuerdo que tuve un pensamiento fugaz, pero intenso: pensé en Rodas, el viejo callejón sin salida de la Suburra donde jugaba con Gneus

Ricitos. Y cuando ya envidiaba a Qal y su rápida muerte, la esperanza.

Sitir, abriéndose paso entre una docena de tectones. Me había visto, venía a salvarme. Mató o malhirió a los enemigos que nos separaban. ¡Qué guerrera! Un día, en la Suburra, había jurado protegerme, ¿recuerdas, Proserpina?

—¡Sitir! —gritaba yo—. ¡Sitir!

—¡Pollito!

Extendí una mano hacia ella implorando el rescate. Sitir ya estaba muy cerca. Se lanzó al suelo como quien se zambulle en el agua, en un esfuerzo supremo por llegar a mis dedos.

Y lo consiguió. Su mano aferró la mía. Pero no podía haber quedado en una posición más indefensa, tendida en el suelo y con solo una mano libre. Una multitud de tectones le golpeaba y le pinchaba la espalda. La protección de la Piedra Negra no era infinita, no resistiría. Noté, oí cómo le rompían dos costillas del flanco derecho y vi su expresión de dolor. Con los pies y el brazo libre aún fue capaz de abatir a dos adversarios. ¡Y sin soltarme! Pero la situación era imposible, incluso para un aspa. Un héroe le habría gritado que se retirara mientras todavía pudiera. Yo, Proserpina, solo imploraba:

—¡No me dejes, no me dejes! ¡Sitir!

Entonces sentí que tiraban de mí con una fuerza inimaginable que me oprimía los tobillos y que me comprimía los muslos. Manos, muchas manos invisibles, me tiraban de las piernas, los pies y las caderas. Nunca había experimentado un espanto igual: la certeza absoluta de que no podrás oponerte a una fuerza que se te lleva pozo abajo.

Mi última visión del mundo terrestre, mientras me hundía en las tinieblas, fueron los ojos verdes de Sitir, frustrados, tristes y rabiosos por su fracaso. Unos ojos líquidos, tan llenos de amor y de tristeza como una clepsidra de agua y de tiempo.

Caer. Saber, con todo tu corazón, que la salvación no existe. Un horror sin fondo. El fin, el fin de todo. ¿La muerte? No. Ojalá. Lo que me esperaba allí abajo era algo mil veces más terrible. Porque si hay algo peor que un final espantoso, Proserpina, es un espanto sin final.

Segunda parte

En el año 62 a.C., Marco Tulio Cicerón se retiró de la vida pública. El vencedor de Catilina y salvador de la República, el romano más virtuoso y más culto, lo dejó todo para refugiarse en una villa en el campo en su pueblo natal, Arpino. Muchos dijeron que se trataba de un gesto de rechazo y desprecio hacia las tres figuras emergentes de la política republicana: Pompeyo, Craso y César. Para Cicerón, Padre de la Patria, las ambiciones y el egoísmo de esos hombres eran incompatibles con los principios republicanos que siempre había defendido. Para él la política debía ser como una matrona, «recta, fiel y honesta», y Cicerón consideraba que los triunviros solo eran fieles a sí mismos.

Para otros, el auge del triunvirato solo fue la excusa que esgrimió Cicerón para justificar su ostracismo voluntario. Creen que el motivo real que lo empujó fue otro: la desaparición de su querido primogénito, Marco, en el sur de África. Cicerón siempre se sintió culpable de haberlo enviado al interior salvaje de esa provincia. Cayó en una profunda melancolía de la que no conseguían rescatarlo ni la lectura, ni los amigos, ni el jardín.

Hasta que siete años después, siete, Cicerón recibió una carta de su buen amigo Ático.

Ático a Cicerón. Salud.

Querido amigo, pocas veces he cogido el estilo con más diligencia y alegría, porque en Estrómboli, donde estoy, acaba de pasarme algo excepcional que te concierne y que paso a referirte a continuación.

Mis aficiones naturalistas me han traído hasta esta islita ínfima frente a la costa de Neápolis, tan ínfima que prácticamente solo hay sitio para un volcán que siempre atrona y una aldea de pescadores. El ambiente sulfuroso —periódicamente el volcán exuda unos gases no muy agradables para el olfato que la grosería local, orgullosa, llama «pedos de Júpiter»— y la dieta de pescado crudo me

sientan bien.

El caso es que hoy mismo los pescadores me han traído a un hombre. Estas pobres gentes no sabían qué hacer con él y confiaban en que un patricio supiera obrar con buen juicio. Porque la verdad es que se trata de un asunto bastante misterioso: por increíble que resulte, el individuo no ha salido del mar, sino de las interioridades del volcán. Lo han traído en litera hasta la casa en la que me alojo, tan desfallecido que no ha podido moverse de este pobre transporte, y yo no he querido forzarlo.

Según afirman los aldeanos, la primera visión que han tenido de este hombre ha sido cuando bajaba por la falda volcánica. Más que bajar, se dejaba caer, sin fuerzas ni equilibrio. Estaba todo él tan ennegrecido que al principio han creído que era un tizón que rodaba. Cuando se han dado cuenta de que era una persona, los pescadores han corrido a rescatarlo casi a pesar de él: se debatía sin fuerzas, gruñía más que hablaba, miraba como un ciego y parecía que no oyera ni voces ni gritos. Cuando lo han lavado, el hollín ha huido junto con una costra antiquísima de suciedad. Debajo ha aparecido un cuerpo cubierto por miles de cicatrices, más escandalosas a la vista que profundas en la carne, como si un titán cruel se hubiera divertido revolcando a este pobre individuo en un mar de zarzas.

Debes saber, amigo querido, que estoy atendiéndolo lo mejor que puedo y que sé. Pero ha recalado en mi casa tan exhausto que de momento, como te decía más arriba, no puede ni moverse de la litera, postrado. Solo hemos mantenido un breve diálogo, que reproduzco a continuación.

—¿Eres un náufrago?

—En cierto modo. Pero en el significado de esa palabra debes sustituir los mares de agua por océanos de piedra.

—¿De dónde vienes?

—De las profundidades de la profundidad de la profundidad, y aún más abajo.

—¿Cómo te llamas y quién eres?

—Me llamo Marco Tulio Cicerón, y soy hijo de Marco Tulio Cicerón.

11

He empezado esta humilde oración a ti, venerada Proserpina, con una afirmación: que los hombres se resisten tanto al cambio que prefieren transformar el mundo antes que a sí mismos. Y que esa inercia de alma es el origen de todos los males.

En sus *Diálogos sobre las metamorfosis del espíritu humano*, Apio Celer escribe un debate imaginario entre dos filósofos. El primero afirma que el cambio vital es inevitable, tal como se constata por el hecho de que todos los viejos son diferentes de como eran de jóvenes. El segundo filósofo refuta esta afirmación. Las personas, como las naciones, afirma, solo son profundamente transformadas por acontecimientos externos a ellas, fortuitos y a menudo imprevisibles. Si un hombre, o un pueblo, no sufre ningún suceso poderoso y trastornador, nunca cambia. Solo envejece.

Yo, que sufrí siete años, siete, de reclusiones, huidas y odiseas por los inframundos, puedo afirmarlo con conocimiento de causa: el segundo filósofo tenía razón. Sin esos siete años de epopeyas y de horrores impensables, yo nunca habría cambiado. Aún sería un hijo de las élites romanas, un jovencito presuntuoso, con el espíritu y el cerebro demasiado llenos de ambición para albergar la piedad y el amor.

Esos siete años hicieron que mi alma mutara. ¿Cómo no iba a transformarme todo lo que vi y sufrí? Conocí un cosmos entero de civilizaciones —la más violenta, la de los tectónicos —, siempre cautivo o perseguido. Mi destino dependía de mis pies y de los escasos amigos benevolentes que el azar decidía poner en mi camino, ninguno de ellos con forma humana. En efecto: después de padecer mil formas de tormento y persecución, de ignominia y sumisión, y de conocer miles de maneras diferentes de vivir la vida —todas más exóticas que

el exotismo—, un hombre se convierte en otro. Y para siempre.

Pero una persona que vuelve a casa así, transfigurada hasta la raíz de su ser, se encuentra con un problema tan previsible como irresoluble: que su casa ya no es su casa.

Pedí a Ático que me trasladaran a Roma lo antes posible. Durante la corta travesía por mar, los marineros me tomaron por loco: mi mirada, pasmada, perdida entre las nubes, era la de una persona que no puede entender las cosas más simples y vulgares. ¿Qué podía tener de especial el cielo para que alguien le dedicara esa mirada posesa, extasiada, más propia del seguidor de un rito báquico? El cielo no tiene nada de especial, porque, por definición, siempre está ahí, sobre nosotros. Eso pensaban los marineros. Pero ellos no habían pasado los últimos siete años bajo tierra.

Gracias a ti, Proserpina, había vuelto a la superficie del mundo. No me lo podía creer. ¿Quieres saber, querida, cuáles son las tres palabras más bellas de la lengua latina? Estas: *Caelum caeruleum est*. El cielo es azul.

Cicerón me esperaba en la puerta de nuestra casa de la Suburra. Me recibió sin palabras. Solo un largo, intenso y acogedor abrazo. Ambos hicimos esfuerzos sobrehumanos por no llorar. Un patricio romano no llora. El hijo de un patricio tampoco. Los servus velaron por mí. Me bañé y me vestí decentemente. Después nos sentamos en los triclinios del patio y comimos huevos rellenos.

La primera pregunta que me hizo Cicerón la dictaba menos el amor paternal que el deseo de conocimiento.

—Desapareciste por un agujero africano, lo sé. ¿Qué hay allí abajo?

—Muchas cosas —dije, abrumado por la magnitud de la pregunta—. Las vastedades geográficas del submundo son inimaginables. Nosotros solo somos la piel de la manzana.

—Creo que lo entiendo —dijo él.

No, no lo entendía. Se interesó por mí, ahora sí.

—¿Estuviste a punto de morir?

—Morí muchas veces.

Tampoco lo entendió. Pero yo quería hablarle de algo más

importante que mi dolor.

—Padre —dije, serio—, lo que tengo que decirte es urgente, muy urgente.

Asintió con la cabeza para conminarme a hablar.

—Vendrán —proclamé—; ya están viniendo, de hecho.

—¿Venir? Pero ¿quién? —me preguntó dulcemente.

—¿Quién? ¡Ellos! ¡Los tectones o tectónicos!

Me miró con cara de no entender de quién le hablaba.

—Entonces… ¿no habéis oído hablar de ellos? —insistí.

—En absoluto. No sé de qué o de quién me hablas.

Pensé unos instantes. Después de que me deglutiera el Agujero de la Mantícora, nunca supe cómo había acabado nuestra batallita contra la vanguardia tectónica.

—Tú simplemente desapareciste. Envié hasta a cinco esclavos de confianza a África, a buscarte, o al menos a averiguar cómo había sido tu fin. Solo volvió uno, con una historia de tercera mano, fragmentada y del todo incomprensible. Lo torturamos, claro, pero apenas quedaba claro un punto: que se te había tragado un agujero del desierto. Por eso te preguntaba qué hay debajo de nuestros pies.

—¿Y los otros cuatro esclavos?

—Marco, en estos últimos siete años han pasado muchas cosas. Poco tiempo después de que te esfumaras estalló una sangrienta revuelta de esclavos en la provincia de África. Por eso solo pude enviar a servus en tu búsqueda, porque los sublevados crucificaban a todos los romanos libres. De hecho, los otros cuatro se unieron a los rebeldes, dirigidos por un tal Libertus. —Mi padre prosiguió—: Al principio los sublevados eran pocos y estaban circunscritos al desierto y sus alrededores, pero fueron engrosando sus filas y al final reunieron fuerzas y valor suficientes para tomar al asalto la propia capital de la provincia, Útica.

—No puede ser.

—Al frente de esa tropa de indigentes estaba el tal Libertus. El hombre tiene el don de la palabra y exaltó a los esclavos de la provincia. Miles de servus se sumaron a su causa. Esclavos agrarios, mineros y domésticos. Y no se andaban con demasiadas contemplaciones: cuando Útica cayó, crucificaron al gobernador, Silo Nurcio, y a toda su familia.

—Conocí a Nurcio —recordé.

—Nadie lloró por él —continuó Cicerón—. Pero un levantamiento servil, y de esa magnitud, no podía pasarse por alto. Por desgracia, y como es habitual en el Senado, los debates no tuvieron por objeto responder a la amenaza, sino dirimir quién tenía la culpa. ¡Típico de ellos!

—¿Y qué pasó?

—Lo más impensable: después de tomar Útica no se conformaron con entregarse al saqueo y las bacanales, como sería propio de tan indigna tropa. Ni mucho menos. Útica era un puerto concurrido: requisaron todas las naves y cruzaron el mar. ¡Atacaron Sicilia!

—Increíble.

—Cruzaron la isla como una horda de langostas. Y con bastante éxito, porque derrotaron a las tropas destacadas allí, poco numerosas pero fiables.

No me lo podía creer.

—¿Cómo pudo una turba de desarrapados derrotar a los legionarios?

—Verás, Marco, se trata de una revuelta atípica. Alzamientos serviles los ha habido siempre. En este caso, lo que marca la diferencia es el ejército de esa escoria humana: al parecer, además de los esclavos, el tal Libertus ha convencido a unas cuantas docenas de aspa para que se sumen a su causa. ¡Aspa! ¡Como lo oyes! Son ellos los que entrenan a los hombres y las mujeres de Libertus. Además, puedes imaginarte lo que supone para una multitud de esclavos tener a unos aspa como compañeros de armas. Siempre los han venerado, y tenerlos en su bando los motiva y los exalta.

No tenía que imaginarme nada: yo mismo había visto a un aspa, a dos, en acción. Sin Sitir, sus habilidades sobrehumanas y su prestigio terrenal, los servus que me acompañaban en el desierto jamás se habrían enfrentado a los tectones. El recuerdo de Sitir fue como una punzada en el cerebro: Sitir. Sí, ella. Tú me habías indicado el camino de salida del inframundo, querida Proserpina; pero lo que me había mantenido vivo esos siete años de infierno había sido ella, su recuerdo. Sitir, sí.

—¿Marco?

Mi padre reclamaba mi atención. Le pedí disculpas por haberme distraído.

—Veo que el mundo ha cambiado bastante durante mi ausencia —observé—. ¡Los aspa involucrados en una causa terrenal! Continúa, padre, te lo ruego.

—Como te decía, en Sicilia nadie pudo detener al loco de Libertus, sus aspa y su ejército de descontentos. Llegaron a Mesina. Si habían cruzado el mar desde África, ¿qué era para ellos el estrecho de Mesina? Una balsa. Así que se plantaron en la punta de Italia.

—Como Espartaco.

—No, al contrario —me corrigió Cicerón—. ¡Libertus más bien actúa como un Aníbal sureño! Espartaco siempre quiso salir de Italia. Al tal Libertus, en cambio, lo mueve un propósito estratégico pero también religioso: destruir Roma. ¡Como lo oyes! Va proclamando que Roma es la raíz del Mal, con mayúscula, y que la Humanidad, también con mayúscula, no vivirá en una Fraternidad mayúscula hasta que la ciudad, sus leyes eternas y sus patricios sean purificados por los más mayúsculos de los fuegos. —Y soltó uno de sus sarcasmos ciceronianos—: ¡Un hombre mayúsculo, ese Libertus!

—¿Y entonces? ¿Qué pasó?

—Bueno, todos estos acontecimientos ocuparon muchas campañas. Hace unos meses, ante la inminencia del peligro y la proximidad del ejército de esclavos, el Senado hizo por fin algo útil, aunque nada sensato: ordenó a Julio César que comandara un ejército consular y destruyera el de Libertus.

Yo conocía a César. Aunque cuando África se me había tragado solo era una promesa política, ya lo había visto más de una vez en el foro, rodeado de amigos y admiradores. Vestía ropas de seda cara y llevaba el cinturón flojo. (Debes saber, Proserpina, que en esos tiempos llevar la ropa floja era la moda habitual entre sodomitas.) Pero con ese gesto, más que mostrar la inclinación de sus gustos, lo que César quería proclamar era su inconformismo y su capacidad provocadora. Sí, en aquella época César tenía un extraño carisma: nunca estabas seguro de si era un genio o un demagogo. Probablemente las dos cosas. Lo que yo ignoraba era que tuviera cualidades militares. Pedí a Cicerón que continuara con su relato.

—César, que es más listo que el peligro, reforzó su ejército con sus propios aspa. Con eso contrarrestaba la ventaja de Libertus. Porque debes saber, Marco, que el alzamiento de Libertus generó una especie de guerra en el seno de la religión Gea. Más o menos la mitad de los aspa están a favor de Libertus y su causa delirante, mientras que la otra mitad se ha mantenido fiel a las instituciones legales de su religión, a la República y al orden civil.

—Supongo que hubo una gran batalla y que debía de ser la primera vez que los aspa se enfrentaban entre sí.

—Exacto. Fue una batalla tremenda, al sur de Roma. Legionarios y aspa contra esclavos y aspa. Terrible.

—¿Quién venció?

—César. Tú no lo conoces. Es un magnífico general. El mejor.

—En cualquier caso —dije—, supongo que eso fue el fin de Libertus.

—No. Te he dicho que ganó César, no la República.

No acababa de entenderlo.

—César derrotó a Libertus y al ejército de esclavos —precisó Cicerón—, pero no los destruyó totalmente, y además se abstuvo de perseguirlos. Libertus y una parte de su chusma se refugiaron en las montañas, muy cerca del Vesubio. Y allí siguen. Naturalmente, desde su refugio siguen extendiendo y fomentando la revuelta servil. Sí, Libertus tiene el don de la palabra, porque, pese a la derrota, un flujo de descontentos se les une cada día. Se esconden en las montañas, como animalejos, y no son un peligro serio ni para la ciudad ni, por descontado, para la República. Pero también es cierto que cada día son más.

—¿Y por qué motivo César no consumó su victoria persiguiendo a Libertus y exterminando a sus seguidores?

—¡Porque la República se ha convertido en un estercolero mórbido y decadente! —exclamó de repente mi padre, exaltado—. Debes saber que quien gobierna Roma es un triunvirato en la sombra, tres hombres poderosos: Pompeyo, César y Craso. La suma de sus partidarios controla el Senado. Por eso me retiré de la política: los senadores ya no piensan en la República, solo en su facción. Vivimos un equilibrio inestable e hipócrita: los tres triunviros recelan y se odian

entre ellos. Su prioridad no es el bien de la República, sino la destrucción de sus rivales. En los viejos tiempos un general solo habría pensado en el bien común y no habría descansado hasta colgar a Libertus en la cruz. Pero el triunvirato lo ha pervertido todo. César necesita dinero y solo quiere enriquecerse. ¿Qué ganaba matando chusma? Alegó que inicialmente el Senado le había confiado el ejército con la misión principal de salvaguardar la frontera con la Galia, ¡y se ha ido al norte! Allí conseguirá botín saqueando los ricos territorios galos, no luchando contra una horda de desarrapados medio locos. Además, yéndose al norte mientras Libertus y la revuelta todavía respiran, de paso endosa el problema a Pompeyo y Craso.

—¿Y ese par de hombres fuertes? ¿Pompeyo y Craso?

Cicerón se pasó la mano por la cara, como quien quiere olvidar una pesadilla.

—Deplorables ejemplos de insania pública. Ya sabes que hace muchos años Craso derrotó a otro ejército de esclavos, el de Espartaco. ¿Y qué beneficio obtuvo? Ninguno. Vencer a esclavos, de naturaleza infrahumana, no reporta gloria. En cambio, si por alguna fatalidad accidental te derrotan, sufres una gran ignominia. Bien, pues Craso, que recuerda muy bien el difícil trance por el que le hizo pasar Espartaco, temía que el episodio se repitiera con Libertus. Así que, para evitar que el Senado le ordenara enfrentarse a él, ¡se ha ido a Asia!

—¿Asia?

—Sí. Craso es conocido por ser el hombre más rico de Roma. Es decir, del mundo. Pero en realidad él aspira a la gloria. Con su fortuna ha levantado un ejército propio y se ha ido a Oriente a derrotar a nuestros viejos enemigos, los partos. Quiere volver con la aureola de un nuevo Alejandro y reclamar el poder. Ese era su plan. Y ahora, a causa de Libertus, lo ha adelantado y ya está allí, en la frontera oriental.

—¿Y Pompeyo?

—Flojo y decadente. Es un hombre cansado y envejecido. Sus mejores días ya han quedado atrás. En ausencia de César y Craso, uno en el norte y el otro en Oriente, se supone que es el hombre fuerte de la ciudad. Pero en el fondo no le importa nada. Se pasa el día bebiendo vino de Falerno, fornicando con

furcias caras y fumando pipas de láudano. —Suspiró—. No entiendo nada —continuó—. La verdad es que mi instinto político, siempre agudo, no me dice lo que está pasándole a Roma: ya no sé si nos gobiernan tres tiranos o, peor aún, no nos gobierna nadie. Así están las cosas.

Nunca había visto a mi padre tan indignado y tan abatido. Pero yo tenía la necesidad, y la obligación, de hablarle de los tectónicos, y lo hice. Le conté quiénes eran. Le relaté su maldad infinita y su furor destructivo. Le hice saber que la próxima vez ascenderían miles, docenas de miles. Tenían un ejército imponente que ya estaba camino de la superficie. Ahora ya conocían la ruta. Y tenían hambre, mucha hambre.

Intenté contarlo todo con un discurso lúcido y sereno para que no me tomara por loco. Me escuchó atentamente, pero no sé si me creyó. Cuando le convenía, sabía muy bien cómo ocultar sus pensamientos. Al fin y al cabo era un político; y mi historia, increíblemente fantástica.

Aun así, lo que me dolió no fue la duda de si me creía o no me creía, sino otra cosa. ¿Quieres saber qué me hizo daño, Proserpina? No fue lo que dijo, sino lo que no dijo. En ningún momento me preguntó qué me había pasado durante aquellos siete largos años. No quería saberlo. Es más, creo que prefería no saberlo. Solo al final de ese esperado reencuentro, cuando ya nos llamaba la cena, dijo:

—Los servus que te han ayudado a bañarte me han dicho que tienes una gran cicatriz en la ingle.

Me subí la ropa para mostrarle la larga cicatriz que me recorría la parte izquierda del abdomen, debajo del ombligo.

—Fueron ellos, los tectones. Hay uno en concreto que me odia: se llama Nestedum. Cuando un tectón captura a un enemigo al que odia especialmente, suelen mantenerlo con vida semanas, meses incluso, mientras unos individuos que son expertos en eso, medio médicos y medio carniceros, van cortándole partes y más partes del cuerpo sin matarlo. Créeme: los tectones sobresalen en este arte flagelador, y un prisionero puede seguir consciente y respirando hasta que prácticamente ya no le queda ninguna parte del cuerpo. Cuando yo era cautivo de Nestedum, hizo que para empezar me extirparan un riñón.

A Cicerón se le escapó una exclamación compungida.

—Pero ¿por qué?

Puse la cara que pone todo el mundo cuando le preguntan cosas obvias.

—Son así, te lo acabo de contar —dije—. Cocinaron un trozo de mi hígado y Nestedum se lo comió mientras me obligaba a mirar cómo lo hacía.

Después de eso Cicerón no volvió a mostrar el más mínimo interés por mi vida subterránea. Tuvo miedo. Sí, de eso se trataba. Tenía miedo de los horrores que aún no le había relatado. Intuyó que había viajado más allá del Hades. Que su hijo volvía de una sima inimaginable y que lo menos profundo de ese abismo era la profundidad. Tuvo miedo de las obscenidades vividas por su hijo, de las vilezas del alma y las humillaciones de cuerpo y espíritu; de tener que oírlas, afrontarlas y consolar. Él era el romano más grávido de todos.

Se limitó a decir:

—Marco, no es la cicatriz, es otra cosa… Pareces otro.

Yo dije:

—Tú, en cambio, no has cambiado nada. Sigues igual.

En los días siguientes, mi padre me aplicó, digámoslo así, una especie de convalecencia forzada. No me permitía salir de casa. La excusa era que tenía que recuperarme: todos los médicos coincidieron en que nunca habían visto un organismo tan agotado. Y tenían razón. Pero yo era lo bastante lúcido para ver la verdad: Cicerón temía que recorriera las calles de la Suburra, de Roma, difundiendo historias fantásticas y delirantes que podían desacreditar el apellido Tulio.

Para compensar mi confinamiento, mi padre toleró un par de visitas bien escogidas. La primera, mi amigo Gneus Iunni Ricitos, al que no veía desde la batalla contra Catilina. Estaba espléndido: imagínate, Proserpina, a un joven con una melena de león rizada y rubia como el oro. Entró en mi habitación como si nos hubiéramos despedido la noche anterior.

—Mira quién está aquí: pero ¡si es el plomo de Marco Tulio! ¿Quieres saber una cosa? Yo nunca me creí que estuvieras muerto. ¡Aposté por ti mil sestercios! Que lo sepas. Pero estoy cabreado: ni siquiera contestaste a mis cartas. ¿Tan

ocupado estabas que en siete años no encontraste el momento de escribir ni una línea? Bueno, venga, ¿qué me cuentas de África? Dicen que allí todo funciona al revés. ¿Es verdad que hay negros que tienen dos pichas y solo un testículo? Mira, te traigo un regalito de bienvenida.

Incluso el dios Pan criticaría a Ricitos por demasiado frívolo: el regalito era una especie de ungüento a base de cuerno de unicornio molido. Si se aplicaba sobre el pene, generaba una erección inmediata y descomunal.

—¿Te gusta? El ungüento vale una fortuna, pero cuando lo hago con la nueva esclava siria tengo unas erecciones que ni Hércules.

—¿Y cómo sabes que el mérito es de la pomada y no de la chica siria?

Se rascó la nuca.

—La verdad es que no me lo había planteado.

La visita de Gneus fue una gran lección, Proserpina: mis años bajo tierra me habían transformado a mí, no el mundo. Él se dio cuenta. Su mano, amistosa, me cogió un brazo y me preguntó con sentimiento:

—¿Cómo estás?

Intenté salirme por la tangente.

—Me alimentan bien. Mucha avena, como a las mulas. Pronto estaré recuperado.

Pero Gneus replicó:

—No me refería a tu salud, sino a tus ojos. Me miras de una forma extraña.

Yo dudé.

—Ricitos, he vuelto para contar una cosa al mundo, una cosa muy importante. Pero cuando hablo no recojo más que incredulidades. Sea el último esclavo de la casa o el hombre más sabio de Roma, todos hacen lo mismo: primero abren los ojos como platos y después me tratan de loco.

—¿Y por qué afirmas que yo no te creo? ¡Somos amigos!

—Es lo que dicen todos, pero no piensan lo mismo en cuanto oyen lo que tengo que decirles.

Curiosamente, esto ofendió a Ricitos.

—¿Pensar? ¡Yo nunca pienso! Lo de pensar lo dejo para los caballos, que tienen la cabeza más grande.

En ocasiones la frivolidad puede ser deliciosa.

—Yo estaba allí cuando tu padre abrió el cesto que enviaste —continuó—. Vi la garra monstruosa y el cráneo descarnado. ¿Por qué no iba a creerte?

Me emocioné. Nos abrazamos. Se me ocurrió una idea.

—Ricitos —dije—, convencer al Senado de que las negras noticias que traigo son ciertas quizá no esté a tu alcance. Pero sí hay algo que podrías hacer por mí.

Le hablé de Sitir. Sitir Tra. La suya había sido la última cara humana que había visto antes de que los tectones me arrastraran mundo abajo. Durante esos siete años de cautiverio y tormentos, de aventuras y desventuras, su recuerdo era de las pocas cosas que me insuflaban deseo de vivir. Le pedí que buscara a Sitir y le hiciera saber que había vuelto, vivo y relativamente entero.

Ricitos dio un bote.

—¡Un aspa! ¡Una mujer aspa! ¿De verdad te has acostado con un aspa, o estás buscando la manera de hacerlo?

Me enfadé.

—¿Cómo puedes estar tan vacío y ser tan vacuo? —protesté —. Estoy diciéndote que se acerca el Fin del Mundo ¿y lo que más te exalta es la entrepierna?

—¡Naturalmente! —bramó—. ¡De hecho, si el mundo se acabara mañana, hoy no pensaría en nada más!

Ricitos era así. Antes de que se marchara le di este consejo:

—Nunca conseguirás encontrar a un aspa si él o ella no quiere. Funciona de otra forma: son ellos los que nos buscan, si quieren. Y si quieren buscarnos, siempre nos encuentran. César alistó a algunos aspa, ¿verdad? Ve y háblales de mí y de mi regreso. Aunque los aspa estén inmersos en una guerra civil interna, seguro que los sacerdotes Gea mantienen canales de comunicación abiertos, y Sitir recibirá la noticia.

Me prometió que me ayudaría y se despidió guiñándome un ojo.

La segunda visita, más importante, fue la de un amigo de mi padre. Un patricio viejo y sabio con aire de senador antiguo: pelo y barba largos y blancos, y túnica más blanca todavía. Me hizo saber que las inclinaciones de su espíritu lo acercaban más a la filosofía que a la política. Todo él desprendía serenidad, pulcritud y plenitud de espíritu. Y, ciertamente, manifestó un interés filosófico por mi cautiverio.

—Y dime, Marco, ¿qué dioses tienen esos tectónicos? —me preguntó.

—¿Dioses? No creen en los dioses. En ninguno.

Me miró muy sorprendido.

—¿Son criaturas racionales y no creen en los dioses?

—No tienen dioses. Te lo puedo asegurar.

—¿Cómo puede ser? ¿Son incrédulos al modo griego?

—No. Simplemente no se hacen preguntas cosmogónicas. Ninguno dedica un instante de su pensamiento a los dioses o a la inmortalidad del alma. Les importa un rábano. Solo comen. Matan y comen. Para ellos conquistar significa consumir. Su única adversidad y preocupación es su estómago, que es muy peculiar: solo admite carne, pero no todo tipo de carne, y además necesita devorar muchísima. Sus ejércitos pueden vaciar provincias más populosas que toda Italia en un mes o dos. Cuando digo vaciar me refiero a vaciarlas de habitantes. A devorarlos a todos.

El hombre le ponía interés, pero no me entendía. Lo reducía todo a una cuestión puramente intelectual.

—¿Se organizan en tribus, como los romanos? —me preguntaba—. ¿Cuáles son sus linajes principales?

—Ni tribus ni linajes. No mantienen parentesco alguno entre ellos.

—¿¿¿Cómo??? —exclamó con un asombro genuino.

—Entre los tectones solo hay individuos, individuos solitarios que no mantienen relación alguna de parentesco entre ellos.

—Pero ¡tendrán padre y madre, abuelos y nietos!

—No. Ni padre ni madre. Pero contarte ahora cómo nacen y se reproducen sería demasiado largo. En cuanto a la fraternidad, no la conocen porque no tienen hermanos. Y como no tienen mujer ni hijos, no quieren a nadie. El propio concepto de amor, incluso de amistad, les es perfectamente ignoto; y, de hecho, incomprensible. Yo les conté que los humanos dedican ingentes esfuerzos vitales y crematísticos a criar a sus hijos. Ellos, desconcertados, me preguntaron sin ironía alguna: «¿Y por qué no os los coméis? Sacaríais más provecho de ellos».

—Esto parece contradictorio con la propia existencia de un pueblo —observó el viejo filósofo—. Si tienen tanta hambre y

no quieren ni al más cercano de sus congéneres, ¿qué impide que se devoren unos a otros?

—El puro interés y un egoísmo vital extremo —contesté—. Los tectónicos saben que un ejército disciplinado necesita una suma de esfuerzos individuales, y en este punto son prodigiosamente eficaces.

—Sacia, al menos —insistió—, mi interés por la política tectónica: ¿qué debates rigen su sociedad? ¿Son monárquicos o republicanos?

—No tienen reyes ni cónsules. Son demasiado individualistas para tolerar ningún tipo de gobierno que busque el bien común. La única figura rectora que conocen es un título que podría traducirse, salvando las distancias, como «guía». Un «guía» es un tectón que lidera, y solo provisionalmente, una expedición en busca de botín. Quizá porque tiene un especial prestigio militar o porque conoce la región o a los enemigos a los que pretenden conquistar y comerse.

De repente me harté de la conversación.

—Discutiré contigo —dije, irritado— todos los matices de la república tectónica, que son muchos y bastante retorcidos, cuando te plazca y cuando sea posible, pero ahora hay otras urgencias. Ya te lo he dicho: conquistan, comen y matan, matan y comen. Solo tienen un debate político: qué regiones inexploradas del submundo deben descubrir, recorrer y asaltar para matar y comer más. ¡Y ahora vienen hacia aquí! —grité—. Los tectónicos son el mal, el mal en estado puro. Una maldad inconcebible para todo el que no haya vivido en sus abismos. ¡Y vienen a comérsenos! ¿Lo entiendes?

Era desesperante. Yo había sobrevivido al infierno del infierno; había vuelto para advertir a mis congéneres de que la peor amenaza del universo se cernía sobre ellos. ¿Y qué me encontraba? Que no querían escucharme.

Pero entonces la esperanza: ese viejo filósofo, esa barba blanca, inclinó el torso amablemente hacia mí y me puso una mano tranquilizadora en la rodilla.

—Marco, yo te escucho, pero si tú no me ayudas a mí, yo no podré ayudarte a ti.

Durante otros cinco días, ese viejo y honorable sabio vino a visitarme puntualmente cada mañana. Paseábamos por el

patio a la manera peripatética o nos sentábamos delante del estanque lleno de peces. Me pidió que lo ilustrara con mis conocimientos adquiridos sobre los tectones y el mundo bajo tierra. Yo no tenía ningún inconveniente en desgranarle todo lo que sabía sobre las naciones inferiores si eso servía para aligerar el destino de los romanos. Esas conversaciones crearon un vínculo entre nosotros. Cada vez que el viejo filósofo se marchaba, nos despedíamos con un abrazo. Empezaba a quererlo.

Pero al sexto día ya estaba harto de sus amables interrogatorios.

—Lo que no quieres entender —me desesperé— es la urgencia de la cuestión. ¡Sus legiones están en camino hacia la superficie!

Intenté serenarme. De alguna manera, entendía que ese viejo sabio era la única esperanza de que mi padre, Roma y el Senado me escucharan y dieran crédito a mis palabras. Pensé que si le contaba una de las experiencias que había tenido durante mi cautiverio entendería la gravedad del peligro que nos amenazaba.

—A ti, que amas la filosofía y el debate moral sobre el Bien y el Mal, te contaré solo un episodio de mi estancia en los mundos subterráneos. Es un episodio insignificante, pero que revela la esencia del carácter tectónico. Quizá así te des cuenta de que los tectones nos amenazan con la extinción.

Hice una pausa para tomar aire y empecé.

—En el inframundo hay una variedad infinita de paisajes. Allí abajo también hay bosques y regiones selváticas, o algo parecido; lagos más grandes que nuestros océanos, llenos de agua o de otros líquidos menos amables, y pozos y cordilleras, por contradictorio que resulte el concepto de montañas subterráneas. Del mismo modo, hay miles de pueblos y naciones, de cuerpos inverosímiles pero de lucidez y entendimiento mental similar al nuestro. Esas gentes pueden estar tan distantes unas de otras como Roma de Escitia o de la Transbactriana. Bien, pues una de esas regiones inferiores está habitada por unos seres llamados ogodic, que yo latinicé como ogodicus.

»Los ogodicus son los seres más adorables de todo el universo. El más alto no nos llega al ombligo. Son peludos

como cachorros de oso y amorosos como gatitos. Tienen los ojos redondos y grandes como una manzana, y unos labios que siempre sonríen en forma de uve o dibujan una lambda griega (Λ). Su estado de ánimo va de un extremo al otro: o están tristísimos, o disfrutan de alegrías pletóricas. Su alimento principal son las carantoñas, unos vegetales que recuerdan a espárragos rojos, y una miel elaborada con huevos de una especie de arañas gigantes y domésticas que los ogodicus apacientan como nosotros hacemos con los corderos. Se diría que viven en una especie de infancia eterna, pero se diferencian de nuestros niños en que ellos son mucho más cándidos.

Aquí recordé un detalle de los ogodicus que me hizo sonreír.

—Como filósofo, quizá te interese saber que su texto más sagrado habla de un ogodicus que pisó a otro ogodicus. Durante mil años sus sacerdotes han debatido la cuestión.

—¿Un pisotón? —se intrigó el viejo filósofo—. ¿Qué importancia puede tener?

—Que fue deliberado.

—No lo entiendo.

—Los ogodicus tampoco. No podían entender que un ogodicus hiciera daño a otro ogodicus expresamente. ¿Por qué lo había hecho? ¿Cómo pudo llegar al extremo de querer perjudicar a un congénere?

Naturalmente, la república de los ogodicus era un poco más compleja, eso solo era un esbozo. Enseguida me vinieron otros recuerdos que me cortaron la sonrisa.

—Durante esos siete años fui cautivo de los tectones, aunque conseguí huir de su yugo en más de una ocasión y durante mucho tiempo vagué libremente por las profundidades buscando una ruta de vuelta a la superficie. Los tectones, como nosotros, tienen naciones clientelares. Unos habitantes de una de esas naciones me capturaron y me devolvieron al dominio de sus amos tectónicos. Me encerraron en una celda esférica de piedra. Era muy angustioso. No sabía lo que harían conmigo. Mi única compañía era un gusano luminiscente del tamaño de una langosta grande que iluminaba esa esfera pétrea con una luz violeta. Y entonces trajeron a un ogodicus.

—¿Por qué juntaron a ese ogodicus contigo?

—Bien formulado: esa es la pregunta justa y precisa. Sí, ¿por qué hicieron que entrara en mi esfera? Te lo diré: para que lo quisiera. A veces los tectones capturaban a algún ogodicus. Querían que le hiciera carantoñas y lo consolara, cosa que, en efecto, hice. Encerrados los dos en una celda de masivas paredes de roca, a miles y miles de leguas de casa, yo me sentaba en el suelo con la cabeza de él en mi regazo, lo acariciaba, y el pequeño ogodicus se dormía feliz.

La emoción me obligó a hacer una nueva pausa en mi relato. Inspiré aire y seguí:

—Cuando un ogodicus se siente querido, su cuerpo libera unos aceites interiores. Para los tectónicos, esos aceites son un placer gastronómico refinadísimo. Por eso lo habían encerrado conmigo. Lo entendí enseguida. Se lo llevaron y se lo comieron vivo. Lo ataron a un palo horizontal, y los comensales iban devorándolo lentamente, procurando no morder órganos esenciales para que el cuerpo, en su agonía interminable, siguiera vertiendo esos deliciosos aceites.

Volví a hacer una pausa para recomponerme.

—Y ahora intenta ponerte en mi lugar —le dije al viejo filósofo—. ¿Cómo debía proceder cada vez que la puerta convexa de mi mazmorra se abría y empujaban dentro a otro pequeño ogodicus? ¿Debía quererlo sabiendo que así el destino de esa pobre criatura sería aún más horrible? ¿Debía mostrarme hostil? Si me decantaba por esta opción, si lo ofendía y maltrataba, la falta de cariño bloquearía esos aceites tan apreciados por los tectones y al menos se lo comerían más deprisa. Pero ¿cómo crees que me sentía después de golpear a una criatura más buena y candorosa que un niño? Los ogodicus, pobres criaturas, no entendían qué movía mi feroz hostilidad. No, no lo entendían. Eso era lo peor. Recuerdo sus bocas tristes y sus ojos enormes. Y las lágrimas de ámbar que derramaban. Tú no has visto llorar a un ogodicus. Enternecerían a cualquier ser vivo, a cualquiera, porque sus llantos son un mecanismo de defensa diseñado para obligar a los depredadores a desistir de su propósito. —Y después de decir esto, me corregí a mí mismo—: Excepto si el depredador es un tectón.

—Perdona la curiosidad —me interrumpió el filósofo—,

pero ¿qué hiciste? ¿Cómo procediste? Porque supongo que los tectones siguieron enviándote ogodicus a la mazmorra.

Suspiré.

—Estrangularlos —respondí—. Cada vez que un ogodicus cruzaba la puerta, lo estrangulaba inmediatamente. Para no tener que sufrir su adorable compañía y sus llantos; y sobre todo para que no me enviaran a más.

Nos quedamos callados. El viejo filósofo dijo:

—Lo que quieres decir es que nos amenaza un enemigo temible, porque es su propia naturaleza lo que le impele a hacer el mal.

Me levanté, indignado.

—¡No! No lo entiendes. Si yo afirmara eso, exculparía a los tectones de sus actos. Sería como decir que hacen lo que hacen porque son como son, y nadie es responsable de ser como es. Pero es que hay dos preguntas que no me has hecho.

—Ilústrame —dijo el viejo filósofo—. Hazlas tú por mí.

—La primera: si estaba encerrado en una esfera de paredes de piedra, sin aberturas ni miradores, ¿cómo podía conocer el destino de los ogodicus? La respuesta es que me obligaban a ser espectador. Los tectones me ataban a la vista de los ogodicus que estaban comiéndose para que presenciara el festín. Querían que contemplara las consecuencias de mi amor. Mi dolor formaba parte del festín y de su gozo.

El filósofo echó hacia atrás el torso, aterrado.

—Y la segunda pregunta que no has hecho es esta. Te he dicho que estrangulaba a los ogodicus para que no me enviaran a más. No te he dicho cómo reaccionaron los tectones a mi decisión. —Antes de continuar hice una pausa para coger aire—. Sabían que los mataría, y aun así siguieron enviándome ogodicus.

—Pero ¿por qué? —exclamó—. ¿Cuál era el sentido? No obtenían ningún beneficio: cuando estrangulaste al segundo ogodicus, era obvio que seguirías haciéndolo para evitar los tormentos a las desgraciadas víctimas y que ellos se perderían la delicia de los aceites. Entonces ¿por qué?

—Porque sí.

No era el momento de explicar al viejo filósofo el insondable y aterrador alcance moral de ese «porque sí». Me limité a continuar.

—He aquí su maligna originalidad. Hacen el mal sabiendo que lo hacen. Hacen el mal por el mal, y solo por hacer el mal, sin causas ni motivos añadidos que los disculpen o los justifiquen. —Respiré hondo y concluí—: En el mundo tectónico no hay arte. Lo único que podría parecerse un poco es su manera de hacer el Mal. Si un tectón preguntara a alguno de nuestros poetas o escultores por qué hace poemas o esculpe, al artista le extrañaría la pregunta. Y un buen artista, un artista de corazón, se limitaría a contestar que porque sí. El arte como finalidad del arte.

Sí, el mal entendido como un arte superior a todos los demás. Por eso habían seguido enviando ogodicus a mi celda. Les constaba que ya no obtendrían sus suculentos aceites, pero sí otro placer que les resultaba igualmente irresistible. Una parte de los muros de mi cárcel estaba hecha de un mineral que por el otro lado era transparente y permitía a los tectones observarme sin que yo los viera a ellos. Les satisfacía observar mi consternación, mi desesperanza y el dolor sobrevenido. Ese nuevo tormento, mi desolación, era obra suya. Y, como creadores que eran, sentían el gozo del artista ante su obra.

Los tectónicos estaban a punto de atacar al género humano. Los movía un apetito insaciable, ciertamente, pero podían buscar comida en otros muchos lugares menos arriesgados. En su determinación de atacarnos había un factor añadido. ¿Y cuál era? No estaban pensando en la gloria o el honor; ellos no pensaban en esos términos. Ni siquiera en términos de poder o dominio. En absoluto.

Nestedum y los tectónicos invadirían la superficie del mundo porque hacerlo era bonito. Ellos, república del subsuelo, asaltarían sus cielos porque era un gesto grande y bello. Y cuanto más dolor infligieran, cuantos más humanos lo sufrieran y más nuevos y originales fueran esos tormentos, más voluptuosamente satisfechos se sentirían. El dolor ajeno los elevaba.

Yo los odiaba. No podía no odiarlos. No odiarlos, de hecho, habría sido un acto vil e inmoral. Y a Nestedum lo odiaba aún más. Por lo que me había hecho y por lo que quería hacer a la humanidad toda. Sí, porque estaba convencido de que él sería el «guía». ¿Quién si no?

Cuando terminé de narrar el episodio de los ogodicus, el viejo y venerable filósofo me dedicó una larga e inquisitiva mirada. Yo no podía saber a ciencia cierta qué pensaba de mí y de mi relato. Creo, Proserpina, que la balanza de su criterio, en principio de lo más escéptica, se inclinaba lentamente a favor de darme la razón. De confiar en mí. Pero entonces se produjo uno de esos incidentes retóricos que pueden derribar imperios. Cuando concluí la exposición de ese cúmulo de horrores, conmovido, soltó una expresión de estupor del tipo. «¡Por Júpiter y por todos los dioses!». Y entonces yo cometí un error que echó a perder casi una semana de diálogos y confidencias.

—Oh, no, los dioses no existen —se me escapó sin querer.

—¿Cómo?

—No existen porque solo hay uno. Y no vive en el Olimpo ni en ninguna montaña.

—Ah, ¿no?

—Vive en el centro de la Tierra.

—Claro…

Aquí yo debería haber captado su repentino escepticismo. Pero estaba cansado, muy cansado. Por los seis días de interrogatorio y, sobre todo, Proserpina, porque no bastan seis días de reposo para recuperarse de siete años de exilios, viajes y cautiverios en la vastedad del submundo.

—Yo he hablado con él —dije—. No es tan difícil.

—¿En serio? ¿Y de qué hablasteis?

—Bueno, como comprenderás, mi situación era muy desesperada. Tal vez habría podido plantearle alguna de las cuestiones eternas que sacuden el espíritu y el intelecto humanos, pero en esos momentos solo pensaba en volver a casa. Y eso es lo que le pregunté, qué ruta debía seguir para llegar a la Suburra.

—¿Y qué te contestó ese dios de todos los dioses?

—Bueno, pues… pues… —balbuceé—. Me dijo: «Marco, tira hacia arriba».

Cuando lo pienso, Proserpina, me doy cuenta de que fue una escena irrisoria, apoteósicamente ridícula. Estaba intentando convencer a un gran pensador de la capital del mundo de que el panteón romano era íntegramente falso y de que solo existía un dios supremo, cosa que solo afirmaban

algunos pueblos excéntricos, como el judío; un dios supremo al que yo había visitado como un cliente plebeyo visita a su patrón. Y lo más sensato que había sabido decirme esa conciencia, omnisciente y superior, era que para salir de la profundidad más honda lo que tenía que hacer, mira por dónde, era subir.

Comprendí que haberle relatado esa escena solo había servido para desacreditarme. Y cuando intenté arreglarlo, lo estropeé todavía más.

—Para serte sincero —dije—, y ahora que lo mencionas, ese consejo divino no me sirvió de mucho.

Ahí se acabaron nuestras sesiones. Al día siguiente el venerable filósofo volvió a nuestra casa de la Suburra, en efecto, pero para departir no conmigo sino con mi padre. Los sorprendí en el jardín. Charlaban coloquialmente dando vueltas al atrio. Yo estaba escondido detrás de una palmera y no me veían. De esa guisa descubrí que mi interlocutor de todos esos días no era ni senador ni filósofo, como yo suponía, sino un médico contratado por Cicerón.

—Sufre una especie de trastorno poco frecuente —le decía a mi padre—. He conocido algunos casos. En el trasfondo está la vergüenza.

—¿La vergüenza?

—Sí. Allí, en el desierto, debió de capturarlo algún grupo de bandoleros nómadas. Imaginémonos las humillaciones que habrá sufrido. Se ha inventado unas fantasías de lo más elaboradas para poder enterrar y esconder su vergüenza.

No pude contenerme y salí de detrás del árbol.

—¡Padre! ¿Por qué no me crees? ¡Te envié una garra tectónica, una cabeza tectona decapitada!

Me miraron sin molestarse siquiera en replicarme. Fue muy humillante que el médico concluyera su diagnóstico como si yo no estuviera allí.

—Deberías alegrarte —le dijo a Cicerón ignorándome completamente—: es una enfermedad propia de la nobleza. Los esclavos y plebeyos, que no tienen moral o tienen muy poca, no necesitan ocultar su desvergüenza.

Habría querido morirme. ¿Para eso había sobrevivido a tantas peripecias mortales? ¿Para volver y que ni mi propio padre me creyera? ¡Roma! Era como intentar avisar a un

escarabajo de que están a punto de pisarlo: por más que te esfuerces, un escarabajo nunca entenderá qué es un pie.

Me encaré con el médico. Lo cogí del cuello y apreté. Él me miró con horror.

—Vengo de un lugar donde el enemigo desayuna testículos. Vengo de un lugar donde no existe la palabra «abajo», porque no se puede ir más abajo. Vengo de un lugar donde el miedo tiene miedo de ese lugar. —Apreté con más fuerza todavía—. ¡Y tú dices que miento porque me avergüenzan secretitos de niña asustada!

El hombre soltó un gemido agudo. Cicerón salió en su defensa.

—¡Marco!

Mi propio padre me miraba como si fuera un ladrón sorprendido en pleno robo.

Nos interrumpió un servus doméstico, el viejo y fiel Demetrio. Salió al jardín tan rápido como se lo permitían sus huesos deteriorados y cayó de rodillas.

—¡Dóminus, dóminus! ¡Noticia pésima! Ha ocurrido algo gravísimo. ¡Roma entera está sobrecogida! —Nos quedamos los tres patitiesos, pendientes de sus labios—. La noticia se ha extendido desde una nave que ha llegado de África. ¡La provincia ya no existe! ¡África ya no existe!

—¡Demetrio! Pero ¿de qué estás hablando? —preguntó mi padre, alterado.

—¿De qué quieres que sea? —dije yo—. De los tectónicos. Ya están aquí.

Deberías haber visto, querida Proserpina, la cara que pusieron. Sobre todo el médico.

Los tripulantes y pasajeros de un pequeño barco que había llegado de África habían difundido la noticia: un ejército de monstruos había atacado Útica y había masacrado a sus quince mil habitantes. Se los habían comido, de hecho.

En este punto, permíteme, querida Proserpina, que retroceda un poco. Dejemos por unos instantes a los tectones y la destrucción de Útica para que pueda narrarte lo que había ocurrido en esa misma provincia de África unos años antes. Volvamos, por un momento, a la revuelta africana del

misterioso Libertus. Porque, tal como me había hecho saber Cicerón, pocos años antes Libertus y su tropa de desarrapados se habían plantado frente a los muros de Útica, entonces bajo dominio romano.

La revuelta se había gestado en los campos, en las villas agrícolas, en el interior de la provincia. El tal Libertus apelaba directamente a la destrucción del orden republicano. No era el típico cabecilla de facinerosos al frente de una tropa más o menos numerosa de miserables. No. Por las noticias que nos llegaban, Libertus era más bien una especie de iluminado místico al servicio de un proyecto redentor: Roma debía ser destruida por la simple y rotunda razón de que Roma era el Mal.

Quisiera que entendieras, querida Proserpina, la originalidad de este pensamiento. La República siempre había sufrido revueltas de esclavos. Pero ni siquiera el líder más carismático de la rebelión más exitosa, Espartaco, había condenado la esclavitud. Ni siquiera tímidamente. Él solo aspiraba a trasladarse a algún lugar remoto fuera del alcance del poder romano, ya fuera al Pontus Euxinus o más allá, y vivir como un reyezuelo. Un rey, naturalmente, propietario de una multitud de esclavos. Porque nuestros esclavos solo odiaban serlo, no la esclavitud en sí misma, al igual que los pobres no odiaban la riqueza, sino solo ser pobres. Bien, pues Libertus hacía un planteamiento tan original como radical: según su pensamiento, la esclavitud era la fuente de la infelicidad humana. En consecuencia, se imponía abolir la institución de la única manera posible: yendo a la raíz del problema y destruyendo la propia Roma.

El caso es que había conseguido hacerse popular clamando primero en los desiertos, y después en los grandes latifundios africanos. Había ido reuniendo cada vez más seguidores y devastando con ellos las villas norteafricanas. Asesinaba a los dóminus y liberaba a los esclavos. Muchos de ellos se sumaban a la causa de Libertus. (Recuerda, Proserpina, que en África imperaba un régimen especialmente duro para los esclavos.) Cuando tuvo a sus órdenes un contingente bastante numeroso, atacó la capital de la provincia, una ciudad que ya conocemos: Útica.

Al principio, el gobernador, Silo Nurcio, se mostró

confiado. Los esclavos no tenían aparato de sitio ni ingenieros poliorcéticos que supieran construirlo. El segundo método para conquistar una ciudad sitiada era hacerle pasar hambre. Pero en este caso era imposible, ya que Libertus no tenía una flota para bloquear el puerto, y Nurcio esperaba que la salvación, en forma de provisiones y refuerzos, le llegara precisamente por allí. De modo que dormía tranquilo, a la espera de que Roma le enviara tropas que levantaran el sitio.

Pero Nurcio olvidaba el tercer método para tomar una fortaleza: el engaño y los golpes de mano.

Útica estaba llena de simpatizantes de la causa servil, que se confabularon con Libertus. Y una noche pasaron a la acción.

Los de dentro conocían un tramo de la muralla poco protegido. Lo único que tenían que hacer era esperar a una noche sin luna y dejar caer una cuerda desde las almenas. Desde los inicios de la rebelión, las tropas de Libertus contaban al menos con un par de aspa. No tuvieron dificultad alguna en escalar la cuerda, matar a los centinelas con los que se toparon y abrir una de las puertas. Lo que siguió es imaginable: esa noche una horda de servus entró en Útica en tromba y asesinó a todos los romanos y a todos los propietarios de esclavos. Nurcio incluido.

Libertus no se quedó mucho tiempo en Útica. Lo guiaba una misión suprema: destruir Roma. De modo que, después de requisar los barcos anclados en el puerto, su ejército y él siguieron el camino que marcaba su ira sagrada. Ya sabemos la ruta: primero Sicilia, que conquistaron para abandonarla al año siguiente, y después Italia subiendo desde el sur. No se detuvieron hasta que César los derrotó. Entonces se quedaron estancados en la falda del Vesubio.

Déjame decirte, Proserpina, que entre el asalto de Libertus y el de los tectones, Útica vivió un paréntesis de dos años muy extraño. Porque Libertus no buscaba crear un imperio, ni siquiera se molestó en afianzar su autoridad antes de irse. Les soltó un sermón sobre la necesidad de vivir como hermanos y se marchó. Los uticenses que habían sobrevivido no sabían lo que tenían que hacer, a quién debían fidelidad ni quién se la exigiría en un futuro cercano, si Roma o Libertus. De modo que se limitaron a esperar el curso de los acontecimientos. En

la ciudad solo había una pequeña milicia urbana cuya única función era mantener el orden público.

El ataque tectónico llegó sin previo aviso, dos años después del de los esclavos. En otras circunstancias los habría precedido algún rumor, habrían llegado voces de que algo estaba pasando en los desiertos del sur; alguien les habría advertido que un ejército monstruoso avanzaba hacia la costa. Pero el alzamiento servil había devastado la provincia. El interior simplemente se había vaciado de gente: las villas y sus explotaciones agrícolas habían quedado calcinadas, y los esclavos que no se habían sumado a Libertus se habían desplazado a la franja costera en busca de alguna forma de vivir. Nadie vio llegar a los tectones porque simplemente no quedaban ojos para ver nada. Emergieron por el Agujero de la Mantícora, ahora ampliado y habilitado para permitir el paso de sus cohortes, y esta vez no encontraron a nadie que les cerrara el paso hacia la costa.

Y así, una madrugada, los uticenses despertaron con la visión más terrorífica jamás vista sobre la capa de la tierra: un ejército tectónico acercándose a sus murallas. No podían creer lo que sus ojos les mostraban. Y esta vez no eran los pocos cientos que yo había combatido en el Agujero de la Mantícora. Eran miles y miles. Una línea interminable en perfecta formación. Con sus corazas de escarabajos trenzados y sus grandes escudos como tortugas de caparazón rectangular. Las monturas aberrantes. El ruido gutural, polifónico, de todas las bestias que conformaban su equipamiento militar.

Para asaltar los muros llevaron a cabo una maniobra imposible para los humanos: sus mílites, con el escudo a la espalda, se agruparon formando una especie de pirámide escalonada que se apoyaba en el muro. En un abrir y cerrar de ojos habían construido una torre de asalto integrada por legionarios tectones. La ciudad sucumbió al pánico desde el primer momento. La única oposición llegó de las almenas, desde donde un puñado de hombres hicieron lo que pudieron, muy poco. Y después, el fin.

Los tectónicos invadieron la ciudad tan fácilmente como pulgas la lana de un cordero. Desbordaron las murallas y se dispersaron por las plazas públicas más abiertas y por las

callejuelas más estrechas. La gente no sabían adónde ir. Muchos, por puro instinto, se dirigieron al puerto, pero no había prácticamente ninguna nave. (Recuerda, Proserpina, que dos años antes Libertus las había requisado todas para transportar a su gente hasta Sicilia, y desde entonces nadie había restablecido el tráfico marítimo.) El caos y la muerte se propagaron por la urbe. Los pocos testigos que habían podido contarlo coincidían en un punto: cuando la débil resistencia se derrumbó, la estricta disciplina marcial de los tectones también se esfumó. Deshicieron las hileras y las formaciones militares y se entregaron, cada uno por su cuenta, a su desazón devoradora, arrancando grandes porciones de carne de sus víctimas con los dientes. Se dejaron llevar por el ansia de devorar. Sí, el Ansia. Cuesta encontrar el término preciso para definir la súbita debilidad que se apoderaba de los tectónicos cuando el deseo de comer desbordaba su autocontrol. *Impetus*, quizá.

Sí, así llamo a la fiebre posvictoria de los tectones: *Impetus*. El Ansia. Lo que movía a los tectónicos era la voracidad, la voracidad y nada más que la voracidad. No conocían la gloria ni el lucro, no luchaban por el oro ni por el prestigio. El deseo de comer y deglutir era tan intenso, tan desaforado, que cuando el enemigo estaba claramente vencido perdían el control y la disciplina: *Impetus*. El Ansia. Rompían la formación y cada individuo iba por libre en busca del preciado botín: carne. Necesitaban tragar carne, desesperadamente, como tiburones en ayunas. *Impetus*. Se comieron a los quince mil uticenses. A la gran mayoría, vivos: andaban cortos de provisiones, y era tan desaforado el afán por hincarles las tres hileras de dientes que no tenían tiempo de matarlos antes.

Como suele suceder en las grandes hecatombes, los pocos supervivientes debían agradecer la salvación al azar. Aparte de cuatro barquitas de pesca, el único barco que quedaba en el muelle era uno que se había librado de la requisa de Libertus porque en aquel momento estaba en proceso de reparación. El afortunado propietario zarpó con sus amigos, familiares y pocas personas más. Podrían haberse dirigido a Sicilia, pero estaban tan aterrorizados que no se detuvieron hasta que estuvieron en Roma. En total no recalaron en

nuestro puerto de Ostia ni un centenar de uticenses. Sin embargo, la historia de los afortunados supervivientes tuvo un triste epílogo.

Su relato era tan vívido y cruento, los detalles del frenesí, del *Impetus*, tan escabrosos, que el Senado ordenó que los encerraran en la cárcel Mamertina a fin de mantener la pública quietud. Como sucede siempre en estos casos, la medida solo sirvió para fomentar rumores aún más extremos y catastrofistas. Cicerón intercedió para que los soltaran.

Pero la Mamertina, Proserpina, era una prisión terrible. Cuando llegó el día de devolverles la libertad, una cuarta parte de ellos ya estaban muertos o condenados a morir debido a las condiciones de reclusión en la Mamertina.

12

Por extraño que parezca, querida Proserpina, Cicerón no se sintió especialmente afligido por la tragedia de Útica.

—Todo tiene su parte buena —me dijo casi contento.

Yo no lo entendía.

—Una amenaza tan grande acallará las divisiones y fomentará la unidad patria —me explicó—. Ni siquiera almas tan ambiciosas y egoístas como las del triunvirato podrán ignorar a tus amigos tectónicos. Sí, he aquí la parte buena del caso: el veneno tectón se convertirá en el antídoto contra la guerra civil.

Pocos días después tuve ocasión de conocer al tercero de los integrantes del triunvirato junto con César y Craso: Pompeyo.

Como ya he dicho antes, Proserpina, era el único de los tres que no se había marchado de Roma, así que sobre él recaía la obligación de actuar. Pidió consejo a sus asesores, y ahí es donde apareció mi nombre. Mi padre estuvo encantado de llevarme en presencia del magno triunviro. (Aunque nadie, ni los hombres de Pompeyo ni yo, le había pedido que me acompañara.) Quizá era llevar demasiado lejos los derechos que le confería la *patria potestas*, pero Cicerón, admitámoslo, siempre pecó de un exceso de vanidad. Necesitaba sentirse imprescindible.

Pompeyo nos recibió en su domicilio particular, en el lujoso barrio del Palatino. Era una simple casa civil, pero diseñada para que te sintieras en un palacio desde el mismo instante en que cruzabas el umbral. Desbordaba lujo y ostentación en las paredes, los techos y los suelos. Todo el entorno desprendía una especie de pátina asiática. Mientras atravesábamos las estancias, Cicerón me dijo:

—Estuvo demasiado tiempo en Oriente. Nadie sabe a ciencia cierta si conquistó Asia o Asia lo conquistó a él. —

Suspiró—. Ya lo ves, Marco, esto es lo que le espera a la pobre Roma si este hombre llega a ostentar el poder en solitario: un tirano del este.

Todo el mundo conocía las proezas guerreras del magno Pompeyo en Asia. Pero desde esas victorias ya había pasado mucho tiempo. Cuando por fin accedimos a la estancia en la que nos esperaba, nos encontramos ante un hombre maduro, gordo y de cuerpo poco militar. Tenía el pelo muy rizado, la cara redonda como una moneda y una boquita diminuta. En cuanto a los ojos, que también eran pequeños, sufrían de un mal muy peculiar: los músculos de los párpados no tenían suficiente fuerza y los tenía siempre medio cerrados, como si estuviera medio dormido. El labio inferior, hacia fuera y caído, le daba ese aire de los necios. Las cejas, demasiado altas, le conferían una expresión de sorpresa petrificada. En conjunto, la expresión de estupor de su rostro hacía pensar en un niño que acaba de ver una vaca o cualquier cosa inesperadamente grande. Lo que más destacaba en ese hombre era su naturaleza abúlica, carente de intereses. Al principio incluso creí que era imbécil. No, simplemente le gustaba fingir que se mantenía al margen de las cosas. Su actitud indolente y apática, su desgana por todo, solo era una estrategia para cuando tenía que navegar entre océanos de polémicas y no quería que le salpicaran las olas de los debates.

Ese día lo rodeaban cuatro consejeros. Dos esclavos bastante cultos, un liberto y un centurión primípilo. Los que realmente me interrogaron fueron ellos. Yo respondí con sumo placer y profusión de detalles. Describí la infantería tectónica, su caballería y su artillería. Me preguntaron por el número de invasores.

—No creo que sean menos de cien mil —dije.

Al oírlo, todos los presentes contuvieron un berrido de espanto. ¡Cien mil! El centurión puso en duda mi afirmación.

—Joven Tulio, creo que aquí obvias un detalle esencial. La guerra es mucho más que escudos y espadas. Para nuestros magistrados, el gran problema no es armar una legión, sino moverla. Los hombres comen todos los días. ¿Sabes cuántos carros repletos de provisiones siguen a un ejército consular? Más de trescientos. Y en comparación con los tectónicos, los

cuerpos humanos son casi ascéticos. Para poder marchar, lo único que necesitan nuestros legionarios es un poco de harina mezclada con agua. Aun así, ni el rey asiático más rico, como el persa Darío, podía mantener ejércitos de más de cincuenta mil hombres. No es posible. Los límites del forraje lo impiden. Y tú vienes a decirnos que los tectónicos solo comen carne, todo un lujo, y que necesitan el triple que nosotros. ¡Y que no son cincuenta mil, sino cien mil! Un ejército así se disolverá solo.

—Tendrías razón —repliqué— si no fuera porque los tectones han estudiado los problemas que implica movilizar una tropa así y han encontrado la solución. —Hice una pausa para observar la reacción de mis interlocutores y continué—: En Útica los testigos hablan del frenesí devorador, del furor, del *Impetus*. Pero los tectones solo se entregan al Ansia devoradora cuando acaban de derrotar a sus enemigos. Después, una vez alimentados, administran su victoria.

—¿Cómo?

—Avanzan arrastrando las provisiones a la cola de su ejército, como nosotros. Pero con una diferencia: sus alimentos están tan vivos como su equipamiento. Capturarán ciudades enteras, todas las que encuentren a su paso, pero solo se comerán a los hombres y los cerdos necesarios. A los que sobren se los llevarán con ellos, como rebaños, los sacrificarán a conveniencia y se los comerán cuando lo necesiten. Hombres y cerdos por igual.

Se hizo un silencio en la sala para digerir tanta crueldad.

—¿Y ahora? —me preguntó el liberto de Pompeyo—. ¿Qué crees que harán?

Inspiré y dije:

—A ese respecto tengo una noticia buena y otra mala.

Cicerón, muy afectado por lo que había oído, me rogó:

—Por favor, empieza por la buena. La necesitamos.

—La buena —dije— es que los tectones odian el mar. El contacto con el agua salada no los mata, pero les corroe la piel y les resulta no solo molesto, sino también doloroso. Eso significa que no se embarcarán ni llegarán por mar hasta Italia. No pueden.

Se les escapó a todos un suspiro de alivio. A todos menos a Pompeyo, que mantenía una expresión impertérrita. (Fingía:

era muy propio de nuestros dirigentes aparentar un aplomo que no tenían). Cicerón incluso se atrevió a exclamar:

—Gracias a los dioses, al menos Roma no está en peligro.

—Sí, sí que lo está —repliqué—. Porque la mala noticia es que conocen nuestra geografía. Saben que Roma es la urbe más populosa del mundo, y en consecuencia es su objetivo principal. Recorrerán la costa africana, en dirección oeste, hasta las Columnas de Hércules. Una vez allí, encontrarán la manera de cruzar el estrecho entre Mauritania e Hispania. Luego solo habrán de seguir la ruta de Aníbal. No tendrán demasiadas dificultades para superar los Pirineos y los Alpes. Y después, Italia.

Me callé. No era necesario que contara lo que pasaría a continuación.

Cicerón se levantó de golpe e interpeló a Pompeyo:

—¡Llama a Craso inmediatamente! ¡Que abandone sus absurdos planes de conquistar Partia y que vuelva con sus legiones! ¡Convoca a César, y que vuelva él también de las Galias con sus tropas! ¡Formad el ejército más formidable que se haya visto jamás para defender Roma y el género humano! —Y añadió, ahora implorante—: Pompeyo, viejo amigo, acepta mi consejo.

Pompeyo lo miró con esos ojitos entrecerrados y al final abrió su boquita de piñón.

—¿Dónde está la famosa calma de espíritu del gran Cicerón? —Entonces giró el torso hacia mí y dijo—: Apreciado Marco Tulio, hay un extremo que no logro entender. Los tectónicos son seres del mundo inferior. ¿Cómo pueden tener datos tan precisos sobre la geografía terráquea?

Tardé un momento en reunir fuerzas para responder. Me dolía demasiado decir esas palabras.

—Porque se los proporcioné yo —confesé—. No resistí los tormentos.

Consideré que la situación era tan grave que no podía permitirme maquillar mis actos. Porque aquí debes saber, oh, Proserpina, que entre los patricios se daba por sentado que nuestra estirpe superior nos hacía inmunes a la tortura. Según esta visión, los esclavos y los plebeyos no la resistían porque eran seres inferiores. Si de un patricio se predicaba que no podía ni llorar, ¿cómo se le iba a consentir que traicionara a

la patria por una banalidad como el dolor? Diré algo en favor de Pompeyo: a pesar de su lasitud de espíritu, su aparente cretinismo y su soberbia aristocrática, sabía que todo eso eran tonterías, que bajo el hierro al rojo vivo todas las carnes son iguales. Y tú sabes, querida Proserpina, que los horrores tectónicos eran inimaginablemente peores que cualquier hierro. Pompeyo obvió mi confesión, como si no la hubiera oído, y me preguntó:

—Dime, Marco, ¿puedes asegurarnos que el ejército tectónico seguirá esta ruta?

—No hay otra. Seguirán la costa porque allí se concentran la mayoría de nuestras ciudades, o sea, los suministros de alimento que necesitan para mantenerse en marcha. En cuanto a cómo piensan cruzar el estrecho entre África y Europa solo puedo hacer especulaciones, pero creedme: lo conseguirán.

—Entonces, si nadie los detiene, tendrán que pasar necesariamente por la costa oriental hispana y por el sur de la Galia Cisalpina.

—Sí, claro —dije sin entender adónde quería ir a parar.

En lugar de contarnos lo que le rondaba por la cabeza, se limitó a decir:

—Gracias, Marco; quiero que estés a disposición del Senado por si volvemos a necesitar tu experiencia.

Cuando salimos de la casa de Pompeyo, Cicerón estaba la mar de contento, casi eufórico. Para él esa entrevista significaba su vuelta al mundo político. Los tres grandes hombres del triunvirato lo habían expulsado de la palestra, pero ahora se veía capaz de mediar entre los tres, unificar los intereses de todos, encabezarlos y volver a salvar la República. Más o menos como si los tectónicos fueran un segundo Catilina.

Pamplinas. Incluso para mí, que hacía tan poco que me había reintegrado a la vida de la ciudad, era obvio que los tres, Pompeyo, César y Craso, lo consideraban una figura periclitada. No me había dado la sensación de que Pompeyo contara con mi padre para nada. Pero él no lo había visto así, o no había querido verlo, y en los días siguientes desplegó

una actividad social realmente portentosa.

Durante dos semanas se le vio en todos los foros y en todos los debates. En todas las cenas. (Antes del Fin del Mundo, querida Proserpina, buena parte de las decisiones más importantes de la vida política romana se tomaban en las cenas de las casas más ricas y patricias.) Su voz regresó a los pasillos de la política republicana. ¡Y qué voz! Era Cicerón, y cuando Marco Tulio Cicerón exigía que se debatiera una cuestión, se debatía. ¿Y qué cuestión debía debatirse si no era la de los tectónicos y la salvación de la República? El enemigo venía de África, como en los viejos tiempos de Aníbal. ¿Qué debían hacer los romanos?

La cuestión, naturalmente, llegó al Senado. Pero no decidieron nada. Te recuerdo, Proserpina, que el Senado estaba en manos de los triunviros. Es decir, Pompeyo, Craso y César. La suma de las tres facciones tenía el control de la sagrada cámara. Lo que pasaba era que la aparición de los tectones había pillado a todos por sorpresa, y la ausencia de César y Craso ralentizaba y distorsionaba los debates. Estaban lejos, muy lejos, y aunque ambos tenían representantes en Roma y mantenían una correspondencia continua (especialmente César), la amenaza tectónica era tan irreal y extravagante que los desconcertaba. Era lógico que desde la Galia o desde Oriente costara entender qué estaba pasando realmente y cómo proceder. ¿Y Pompeyo? Pompeyo contemplaba los acontecimientos con sus párpados medio caídos y su boquita de piñón.

Y así, mientras el triunvirato dudaba, Cicerón llevó al Senado una propuesta clara y firme: enviar un ejército a África, afrontar aquella hórrida amenaza y destruir a los tectónicos. Fuerza, determinación y patriotismo. Todo típicamente romano.

En cuanto a la plebe, en ese momento no se tomaban muy en serio a los tectones. Aún estaban lejos, muy lejos, y el único romano que había visto a alguno era un humilde servidor.

Supongo que el chiste salió de la Suburra, como casi siempre. Alguien empezó a referirse a los tectónicos como «topos» o «topitos», porque vivían bajo tierra. La expresión tuvo fortuna, y cuando Cicerón expuso su plan en el Senado

ya todo eran topitos por aquí y topitos por allá. En las tabernas y los tugurios empezaron a llamar «topitos» a los muchachitos que se prostituían ofreciendo felaciones bajo la mesa. Cuando un vecino acusaba a otro de haberle robado las acelgas y las zanahorias del huerto, el señalado se defendía diciendo que habían sido los topitos de Cicerón. El día en que el Senado discutía la moción ciceroniana, ya no se sabía si las legiones debían ir a combatir una amenaza mortal o una plaga hortelana. Pero aprobaron la propuesta, por supuesto.

El Senado ratificó por unanimidad, o casi, el plan de mi padre. Los senadores, de pie, le aplaudieron como en los buenos tiempos. Allí estaba mi padre, rodeado de togas blancas que sonreían y aclamaban al «padre de la patria». Yo también estaba allí y vi su cara de satisfacción y su vanidad mal disimulada. Y entonces me asaltó una pregunta incómoda. La siguiente, Proserpina.

Cicerón era un buen hombre y era un gran hombre. Como hombre de Estado, siempre había actuado procurando el bien de la patria. Pero la pregunta es: sin la recompensa narcisista, ¿también lo habría hecho? Sin el alimento ególatra y la vanagloria por recompensa, ¿habría actuado igual? ¿Qué impulsa realmente las acciones humanas? En fin, dejémoslo aquí. El engranaje republicano había entrado en acción, y eso era lo importante. Esa noche, por primera vez desde hacía siete años, dormí un poco tranquilo.

Hasta que supe los detalles de la expedición, Proserpina, y se apoderaron de mí el desencanto y la desolación. Qué espanto incrédulo, qué desmayo del espíritu.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, el único tema de conversación con mi padre, como es natural, era la inminente campaña contra los tectónicos. Había que transportar un ejército entero a África, con su bagaje y su caballería, y era una operación de lo más compleja.

—Oh, no te preocupes —me dijo Cicerón—, Pompeyo me ha asegurado que hay tonelaje más que suficiente para transportar un ejército consular.

Tuve que escupir la comida que tenía en la boca. ¡Un ejército consular!

Debes saber, Proserpina, que un ejército consular normal estaba formado por dos legiones y dos alas de caballería. Una

legión completa constaba de unos cinco mil hombres, a lo sumo; y un ala, de unos trescientos jinetes. O sea, que el Senado pensaba enviar poco más de diez mil hombres a África. ¡Diez mil legionarios contra cien mil tectónicos!

No me lo podía creer. Me puse en pie de un salto.

—¿Solo dos legiones? ¡Debe ser un error!

Mientras Cicerón intentaba calmarme, lo entendí: el desastre de Útica los había convencido de la existencia real de los tectones, pero seguían sin entender la magnitud de la amenaza. Creían que mi cautiverio bajo su yugo, y los suplicios que había sufrido, me hacían exagerar el grueso de su ejército y el peligro que suponía. Grité:

—¡Más que combatirlos se diría que queréis alimentarlos!

Me marché, airado. Me pasé el día dando vueltas sin rumbo por la Suburra. Los pies me llevaron hasta el viejo callejón de mis juegos infantiles. Hasta Rodas. Me senté en la escalerita que llevaba a la puerta de un almacén. Todo seguía más o menos igual. Los pasajes angostos, las paredes heridas por mil rascaduras e inscripciones obscenas que el tiempo lamía sin prisa… Me dejé invadir por la melancolía, y la memoria me transportó hasta la extraña pandilla que habíamos formado en los desiertos africanos. Sí, pensaba en ellos. En Servus y su destino frustrado. Seguro que se había incorporado a las filas del tal Libertus. Seguro que le hacía de escribano o algo así. Pensé en el pobre Qal, que no había podido salir de aquel desierto que tanto odiaba y temía. Pensé en Baltasar Palusi. Aún me quemaba no haberle podido contar lo que había ocurrido realmente con su hermano Adad en las profundidades del Agujero de la Mantícora. Pero sobre todo pensaba en ella. En Sitir.

Recordaba sus ojos verdes, la infinita tristeza y frustración que desprendían cuando no pudo seguir sujetando mi mano y los tectones se me llevaron abajo, al infierno de los infiernos. Es curioso, Proserpina, pero, por mucho que la quisiera y la deseara, lo que necesitaba por encima de todo era consolarla. Hacerle entender que ninguna fuerza humana, ni un aspa, habría podido evitar mi captura.

Volví a las calles principales y su bullicio urbano. Me fijé en una lectica muy cara. El pasajero llevaba las cortinas cerradas, pero por el estilo oriental y las iniciales grabadas lo

identifiqué enseguida: Pompeyo.

En las concurridas calles de Roma, Proserpina, era habitual que un servus armado con un bastón precediera la lectica de su amo gritando «¡Abrid paso a mi dóminus!». Si le parecía que la aglomeración era excesiva, el servus no dudaba en utilizar el bastón. A veces los ofendidos replicaban y se armaban auténticos tumultos urbanos. Era precisamente lo que estaba sucediendo en ese momento. Mientras los servus de la lectica y un grupo de viandantes discutían a gritos y golpes, grité:

—¡Pompeyo! ¡Soy yo, Marco Tulio!

La cortinita se corrió un palmo. Por detrás aparecieron los párpados medio caídos de Pompeyo.

—¡Ah, Marco! Sube.

Me instalé dentro y poco después retomábamos la marcha. Hablé francamente y con el vigor juvenil de un hombre que sabe que tiene razón y no está para historias.

—¡Los matarán a todos! —dije—. ¡Con dos legiones los tectones no tienen ni para desayunar!

Pero Pompeyo se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y qué querías que hiciera? El Senado apoyó a tu padre.

—Entonces, ¿eres consciente de ello? ¿Sabes que un simple ejército consular no tiene nada que hacer contra esos monstruos?

—Claro. Puedo presumir de haber dirigido más de treinta campañas militares. Y tú me lo contaste todo de los tectones. ¿Lo recuerdas?

Pompeyo gobernaba Roma de facto. Y estaba a punto de permitir que dos legiones enteras fueran masacradas y aniquiladas. Yo no entendía nada.

—Un buen político —se explicó— no contradice lo que dice la mayoría; lo apoya.

—En ese caso, al menos toma el mando del ejército consular que zarpará hacia África. Si lo diriges tú, el Senado no podrá negarte nada. Recluta un ejército como es debido, y así salvarás esas legiones y toda Roma.

—Bueno —se excusó con esos ojitos ausentes y esa boquita diminuta—, ya sabes que el loco de Libertus y sus desarrapados rondan por los campos. Alguien tiene que vigilar la ciudad. Craso está en Partia; César, en las Galias. No

puedo abandonar Roma. —Y a continuación añadió una frase bastante brillante que, como supe después, no era suya, sino de uno de sus consejeros—: Cuando la casa se quema, nadie sale a apagar las llamas del establo.

Mentía. Libertus no era una amenaza tan grande como él decía. Desde que César lo había derrotado, se quedaba en las montañas lamiéndose las heridas. Puede que hubiera reclutado algún centenar o incluso algún millar de fugitivos más, pero eso era todo. No tenía ni fuerza ni ánimo para atacar Roma. Y entonces, ¿por qué toleraba Pompeyo un desastre tan previsible como innecesario? Yo no entendía nada.

Ese mismo día recibí la visita de mi frívolo amigo Gneus Iunni Ricitos. Se había alistado en el ejército consular. Como los nobles podían pagarse un caballo, solían servir en las alas de caballería. Se presentó en casa para despedirse con un magnífico uniforme completo de caballero romano.

—Por favor, Gneus, no vayas —le rogué.

—Pero ¿por qué? —dijo con su habitual candor—. Será la mar de emocionante. ¡Matar topitos en África! Seremos los primeros romanos que derroten un ejército no humano.

Esa era la principal motivación para coger las armas: el exotismo de la campaña. Si el Senado hubiera levantado un ejército para exterminar a Libertus, las personas como Ricitos nunca se habrían presentado voluntarias. Para ellos los servus eran como los perros: bien adiestrados podían ser muy fieles, pero era inevitable que algunos se volvieran rabiosos. ¿Y qué provecho o qué emoción había en matar perros locos?

Sabía que no lo convencería, así que cambié de tema. Le pregunté si había hecho alguna diligencia para localizar a Sitir Tra.

—¡Oh, claro que sí! —dijo—. Hablé con un aspa al servicio del Senado. Bueno, quizá a su servicio exactamente no; digamos que acepta las órdenes de nuestros magistrados circunstancialmente, y solo hasta que Libertus sea derrotado. Esta gente solo es fiel a Gea.

—¿Y qué te dijo? —pregunté, ansioso por saber.

—Bueno, dice que no le suena de nada, que entre los aspa partidarios del Senado no hay ninguno con ese nombre. Pero que no te preocupes. A estas alturas esa Sitir ya sabrá que has

vuelto, y será ella la que te busque y te encuentre. Si quiere.

Pensé que muy probablemente Sitir estaba muerta. Recuerda, Proserpina, que mi última visión de ella había sido en la boca del Agujero de la Mantícora, rodeada de enemigos tectónicos por doquier. Aun así, ese «Si quiere» me dolió. Pero Ricitos tenía razón: así eran los aspa.

—Pase lo que pase, Gneus, no te quites el anillo.

Era lo único que podía hacer por mi amigo Ricitos, cogerle una mano y decirle que nunca se quitara el anillo. Debes saber, Proserpina, que los patricios romanos llevaban un anillo de oro que los identificaba como tales. Regalar esa advertencia a Ricitos significó un dilema moral insufrible para mí. Pronto entenderás por qué.

Si creyera en los dioses, Proserpina, opinaría que son unos seres retorcidos y de lo más caprichosos. Su manera de comunicarse con los humanos, por ejemplo: un dios romano nunca utilizaba su vozarrón divino para decirte «Eh, tú, detente o te caerás por el barranco», o «No te cases con esa mujer porque es la más cochina del barrio». No. Siempre hablaban mediante señales, y eran unos signos tan abstrusos y retorcidos que ni los sacerdotes los interpretaban bien. Muy a menudo, las divinidades enviaban los mensajes a través de pájaros. (Por favor, Proserpina, no te rías). Los especialistas en la cuestión eran los augures. Según qué tipo de aves se vieran en el horizonte, la cantidad y el punto cardinal por el que aparecieran, las cosas irían bien o mal.

Los augures acompañaban a nuestros ejércitos, y antes de cada batalla pronosticaban el resultado. A veces utilizaban pollos. (Te lo vuelvo a pedir, Proserpina: no te rías.) Les dejaban grano en el suelo, y si comían era un signo de victoria; si no, de fatalidad y derrota. Antes de cierta batalla naval, unos pollos no quisieron comer el grano. Publio Claudio, el almirante de la flota romana, gritó, furibundo:

—¡Pues si no quieren comer, que beban!

Y los lanzó al mar.

Te cuento todo esto, Proserpina, porque, el mismo día en que el ejército consular se embarcaba, los sacerdotes hicieron sus augurios en una sala del templo de Júpiter Máximo. Esta

vez usaron otro método, también muy habitual: la hepatoscopia o adivinación a través del hígado. (Sí, sí, ya lo sé, cuesta entenderlo: ¿por qué diantres los dioses tenían que esconder sus mensajes en el hígado de patos, ocas y perdices? Pero así éramos los hombres civilizados de antes del Fin del Mundo.) Bien, pues nunca, nunca, se habían visto presagios tan nefastos.

Los sacerdotes destriparon un ave, examinaron el hígado, la vesícula y los lóbulos, y contuvieron el aliento: el hígado estaba negro, como cubierto de una brea repugnante, y su interior plagado de gusanos grandes como dedos. No había que ser un gran adivino para entender su significado. Sacrificaron otra ave. Vuelta a empezar: el hígado era tan pútrido y maloliente que hubo que purificar el templo con incienso y mirra.

Cicerón estaba allí, presenciando el rito. Era un hombre sensible y volvió realmente conmovido. Ahora bien, cuando me describió los augurios nefastos solo pude reírme.

—Cuando los pollos del viejo almirante Claudio se negaron a beber, los lanzó al mar.

—Sí. Y perdió la flota.

—Estaba convencido de que no creías en los dioses.

—No creo en los dioses —fue su respuesta—, pero los temo.

En esos días la relación con mi padre era un poco tensa. La expedición del cuerpo consular era un suicidio, y yo le recriminaba que no la detuviera, mientras que él me reprochaba, veladamente, que de las profundidades le hubiera vuelto un hijo diferente. Que yo no era yo. Como disputa no tenía solución: yo estaba exigiendo que cancelara el ataque a África a su propio impulsor. En cuanto a su crítica de que yo ya no era yo, no podía contradecirlo. ¿Por qué? Porque tenía razón. Cuando, por ejemplo, nuestro viejo Demetrio, el servus más antiguo de la casa, intentaba calzarme, vestirme o frotarme la espalda en el baño, yo lo apartaba a gritos y empujones. Ni mi padre ni Demetrio entendían esa reacción airada. Después de siete años reducido a la ignominia del presidio tectónico o huyendo, sufriendo un estado civil mil veces peor que la esclavitud, simplemente no toleraba ningún servicio esclavo.

Durante ese interludio, Proserpina, solo hubo un episodio

que valga la pena reseñar: la llegada a Roma de un visitante ilustre: Bogud «el Justo», rey de Mauritania.

Mauritania era el reino que ocupaba la franja más occidental de la costa mediterránea de África, hasta las Columnas de Hércules. Sus habitantes eran los moros o mauros, de ahí el nombre.

En teoría era un aliado de Roma, aunque el término «aliado» solo era jerga diplomática: en la práctica, la República era demasiado poderosa para reconocer aliados, solo toleraba clientes. Y así era: Mauritania no era más que un estado débil y clientelar. Pero su rey hacía muy bien el papel de amigo fiel y exótico de los romanos.

Bogud era un tipo inteligente. Por esa época debía de rondar la treintena. Tenía la piel muy oscura y los ojos muy grandes, y se adornaba la cara con una barbita negrísima y triangular que le confería carácter. Se maquillaba los ojos y, hecho insólito para un romano, se pintaba las uñas en diez colores diferentes, uno para cada dedo.

Lo alojaron en nuestra casa, lo que era un gran honor y al mismo tiempo una gran molestia, ya que su séquito no incluía menos de cien personas. (Debes saber, Proserpina, que cuanto más débil era un estado, más numeroso era el séquito de su príncipe. El espíritu humano tiende a intentar suplir con la cantidad lo que le falta en fuerza.) La mayoría de los integrantes de ese séquito eran mujeres. Bogud era un hombre muy viril que trataba a sus amantes como a reinas y a sus reinas como a amantes. Y la verdad, Proserpina, es que no podría decirte cuál de las dos categorías de mujeres era más feliz.

Sin embargo, cuando hacía poco que Bogud había recalado en nuestra casa, Cicerón tuvo que intervenir para mitigar la diferencia de costumbres. En la casa romana tradicional las mujeres eran matronas que cautivas y sometidas al poder jupiteriano de su marido; pero en cuanto salían a la calle, al hombre romano le gustaba lucir su poder y riqueza a través de las mujeres de la familia, a las que enjoyaba sin límites. Bogud procedía exactamente a la inversa: sus mujeres eran reinas dentro de la casa, donde lucían todos sus encantos con poquísima ropa, y esclavas en la calle, donde, para evitar la envidia y la lujuria ajenas, las hacía ir tapadas con sábanas

hasta la nariz. Para mí era la mar de divertido ver la cara de escandalizado de mi padre, tan casto él, cuando se cruzaba con alguna de esas bellezas medio desnudas por los pasillos de la casa. El hombre tuvo que advertir diplomáticamente a su huésped: quizá estaría bien que reservara las desnudeces de sus mujeres a las habitaciones privadas, le dijo. Bogud lo acató por no ofenderlo, pero no entendió nada: su idea de la hospitalidad lo obligaba a compartir sus mujeres con el anfitrión. Por eso preguntó a Cicerón, el hombre más grávido y ponderado del universo:

—¿Cómo vas a elegir una si no puedes verlas desnudas?

Mi padre no sabía dónde meterse. Era para morirse de risa.

La provincia de África era vecina de Mauritania por su parte oriental. Y no será necesario decir, Proserpina, que Bogud vino a Roma porque sabía muy bien lo que estaba pasando allí, tenía miedo y necesitaba ayuda.

Antes, mientras Libertus había hecho estragos por África, Bogud no había movido un dedo. Era un problema de los romanos y ya se las arreglarían. Pero la aparición de los tectónicos lo alertó.

A la hora de explorar, los mauritanos tenían una gran ventaja: la caballería númida. Los númidas eran unos jinetes habilísimos, la mejor caballería ligera del mundo. (Al menos de la superficie del mundo.) Cabalgaban unos caballos norteafricanos pequeños, veloces y resistentes. Cuando le llegaron aquellos rumores tan extraños, Bogud envió un destacamento de númidas a echar un vistazo. El relato de esos expedicionarios lo hizo palidecer, y eso que tenía la piel más negra que una hormiga.

Los jinetes númidas habían divisado el ejército tectónico, que después de asaltar y tomar Útica avanzaba hacia el oeste siguiendo la costa. Los habían seguido a una distancia prudencial para informar detalladamente a su rey.

La vanguardia tectona estaba encabezada por unos veinte mil jinetes tectónicos que montaban esas lagartijas de tamaño equino que yo ya conocía. Detrás iba el grueso de la tropa: unos ochenta mil mílites a pie. Según Bogud era una visión interminable: una larguísima columna negra, debido al color oscuro de las armaduras tectónicas, que se movía a una velocidad muy respetable tratándose de simple infantería.

Eran tantos que todos los caminos paralelos a la costa iban llenos, y muy llenos. Y no solo avanzaban mílites a pie: entre ellos había también unos gigantescos animales que yo conocía y que habían dejado a los númidas boquiabiertos: los erugomos. (El nombre original en lengua tectona venía a ser algo así como «oooohorogogommmms». Yo lo adapté como «erugomos».) Los erugomos podrían describirse como una especie de orugas a una escala desaforadamente gigantesca. A diferencia de nuestros diminutos insectos, un erugomo podía llegar a medir dos estadios y medio. O sea, quinientos pasos de largo. ¡Quinientos, Proserpina! Tan grandes eran. Unas criaturas tubulares, anchas como una calle y más altas que un elefante. En lo alto del lomo tenían una gran concavidad, como una zanja que la naturaleza había querido abrir en la espalda de esas bestias. Los tectones aprovechaban esa larga cavidad para meter todo el bagaje que debía transportar el ejército.

Desprendían una pestilencia extraña y odiosa, como de ajo frito en vinagre. Su piel era de una tonalidad leonina, pero resbalaba como un pez mojado. Por eso los costados de su inmenso cuerpo siempre estaban cubiertos de redes, poleas, estribos y correas de mil tipos que permitían al pasaje subir y bajar, y al mismo tiempo cargar y descargar el material. A veces había tanto cordaje que apenas se veía la piel amarronada de los erugomos.

Aparte de eso, los erugomos tenían una característica que los hacía óptimos para conducirlos en recua, y es que eran capaces de adherirse con la boca, por succión, a la parte posterior de otro congénere. He aquí la similitud con nuestras pequeñas orugas: esas criaturas, por otra parte perfectamente estúpidas, podían formar filas de docenas e incluso cientos de ejemplares. La visión de tantas bestias, y tan enormes, en rigurosa fila y ocupando más terreno del que los ojos podían abarcar, era verdaderamente chocante. Los erugomos se movían en cadena, con mílites tectónicos caminando a ambos lados en densas columnas o cómodamente sentados en la parte superior del lomo, dentro de la zanja de carne que he mencionado.

Pero si, a ojos de los espías númidas, la vanguardia y el centro del ejército tectónico fueron un espectáculo imponente

por magno y por vasto, la retaguardia fue sobrecogedora. Eso sí que los dejó aterrorizados y compungidos.

Porque a la cola del ejército iban las provisiones: un grandioso rebaño formado, a partes iguales, por cerdos y seres humanos. Miles y miles de cautivos, hombres, mujeres y niños, corriendo junto con los cerdos: los tectones no diferenciaban en absoluto entre las personas y esos indignos animales. Avanzaban emparedados entre gigantescos erugomos, que los encajonaban por la izquierda y por la derecha. Y detrás de todo, tectónicos que los arreaban pinchando nalgas humanas y porcinas con sus arpones de combate. Humanos y cerdos tenían un buen motivo para mantener el paso: los que perdían el ritmo y los que se caían al suelo eran devorados allí mismo; y si no, los mataban y los descuartizaban para distribuirlos entre la tropa tectónica.

Esto fue lo que vieron los númidas. Durante un día entero, el que tardó en pasar ese ejército interminable por delante de sus ojos, los exploradores de Bogud el Justo contemplaron atónitos ese espectáculo aterrador.

Bogud nos contó el relato de sus hombres una noche, después de cenar con mi padre y conmigo.

—¿Y su general? ¿Quién los dirige? —se interesó Cicerón.

Yo sabía que el concepto de liderazgo entre los tectónicos era muy distinto del nuestro. No tenían reyes, cónsules ni generales tal como nosotros los concebíamos. Pero también sabía, me constaba, que solo había un tectón que pudiera dirigir esa campaña.

—Según mis jinetes —dijo Bogud—, los comanda un tectónico mutilado y bastante fácil de reconocer, ya que le falta la mano izquierda. Va sentado delante del erugomo que va en cabeza, y desde allí arriba imparte órdenes a sus legiones, que las acatan sin titubeos.

—Nestedum —solté con una especie de suspiro ofendido.

Él. ¿Quién si no? Venía a exterminar el género humano. Y a capturarme. Pero obviemos aquí mis sentimientos y volvamos al relato de Bogud el Justo.

Cuando los jinetes númidas ya se retiraban, de vuelta a Mauritania, los descubrió una patrulla de la caballería tectona. (Recuerda, Proserpina: los tectones montaban unos animales que se parecían a las lagartijas, pero del tamaño de

un poni o un caballo pequeño, que llamamos «tritones».) Se produjo un encontronazo. Pese al horror que generaban los tritones, los exploradores los derrotaron sin demasiada dificultad. Los númidas eran, muy probablemente, la mejor caballería del mundo. Y los tritones, aunque infundían pavor, eran torpes y maniobraban mal, muy mal. Los númidas los mortificaron desde la distancia con sus pequeñas y pérfidas jabalinas, mataron a una docena de enemigos y después se desvanecieron con una agilidad que era un insulto. Bogud contó este último suceso como una anécdota, un detalle sin importancia. Yo le pedí que se recreara: aunque hubiera sido una escaramuza sin importancia, significaba que los tectónicos no eran invencibles. Fue la única alegría de todo su relato.

Si toda la relación fue espantosa, el epílogo lo fue aún más. Del testimonio de sus númidas, Bogud el Justo no podía quitarse de la cabeza una imagen: los niños.

Entre la masa de prisioneros que los tectones llevaban a la cola de su ejército también estaban, claro, los bebés secuestrados con sus madres. Cuando una madre estaba a punto de rendirse al desfallecimiento, transfería a alguien el hijo que llevaba en brazos. Es decir, antes de morir confiaba su hijo a otra persona. Tarde o temprano, el sobrepeso hacía que ese segundo portador también cayera al suelo, y antes de que lo devoraran cedía el pequeño a otro. Y así sucesivamente, en una frágil cadena de supervivencia que se prolongaba mientras duraba la generosidad de los cautivos. Porque no todos aceptaban esa carga. Muchos preferían vivir un rato más, aunque fuera una porción de vida radicalmente indigna: vivir tropezando mientras los pinchaban en las nalgas y los riñones; vivir a la espera de que los sacrificaran; vivir corriendo entre cerdos. Al final, cuando ya no había ningún brazo que quisiera acogerlo, el niño caía al suelo. Y nadie lo recogía. Solo ellos. Los tectones.

Bogud se calló. Un silencio pesado se abatió sobre la mesa. Cicerón era un alma muy sensible, y el horror y la infamia de esa escena lo dejaron consternado hasta el extremo. Se le habían humedecido los ojos. A mí no. Ya te he hablado, Proserpina, de sus veladas críticas hacia mí; de sus quejas disimuladas sobre el hijo tan distinto que había vuelto del

mundo subterráneo. La animadversión de mi padre hacia mi persona era cada vez más evidente, y esa noche la elevó un punto más.

—¿Qué te pasa, Marco? ¿Es que una escena así no te conmueve? —me preguntó con dureza.

No quise contestarle que allí abajo había vivido cosas peores. Tormentos del cuerpo y del corazón que él nunca podría llegar ni a comprender. Pero sus lágrimas me irritaban sobremanera. ¿Y sabes por qué, Proserpina? Pues porque no las hacía brotar la compasión humana, sino la eficiencia sentimental de un relato.

—Claro que lloro por todos esos cautivos, y en especial por los niños —dije—, pero en definitiva este caso dramático no supera, en absoluto, nuestras prácticas habituales.

—Explícate mejor —rogó Cicerón, tan asombrado como Bogud.

—De hecho, los tectones solo se comen la carne de sus cautivos, mientras que nosotros deglutimos el cuerpo y el alma de nuestros servus. ¿O no es eso la esclavitud?

Me miraron sin entender.

—Si hubieras estado dentro de una mina, padre, me entenderías. Consumimos la carne de nuestros esclavos así como su dignidad.

—Siempre he sido partidario de castigar a los capataces crueles y limitar los excesos de los amos.

—¿Cómo quieres evitar los excesos cuando un hombre es dueño legal de otro hombre?

—¡Fíjate en Demetrio! —dijo Cicerón señalando al viejo servus de la casa—. ¿Te parece infeliz en su estado? ¿Puede testimoniar que haya sido alguna vez víctima de un abuso? ¡No!

—Insisto: ¿por qué te emociona tanto lo que nos cuenta nuestro amigo Bogud, y en cambio no derramas ni una lágrima por los millones de hombres y mujeres a los que diariamente les robamos la vida? Yo te lo diré: porque a toda esa masa de desgraciados nunca los ves, y nadie te cuenta ningún relato que afecte a tus sentimientos.

—¿De verdad querrías destruir la esclavitud? —Cicerón se rio—. ¡Qué idea tan pintoresca! Entiendo que un hombre como Libertus piense así. Pero ¿tú? ¿Destruirás la esclavitud?

¿Y después qué vendrá? ¿Los templos, el Senado, la poesía? —Cogió aire y, con un tono mucho más calmado, se dirigió a nuestro invitado—: Disculpa a mi hijo, rey Bogud. Es propio de la juventud querer aniquilarlo todo y empezar de nuevo. —Se giró hacia mí, más severo—: Pero debes saber, Marco, que Roma se ha convertido en el faro del mundo porque cada generación ha mantenido lo bueno y mejor del legado de sus padres y lo ha enriquecido con su propio genio. ¡Eso es ser un buen ciudadano! ¡No borrar un pasado heroico, sino construir encima de esta herencia y hacer de Roma una idea aún más grande que la que encontramos! —Levantó los ojos al cielo y clamó—: ¡Ah, si te oyeran nuestros antepasados! Entonces sí que nos regían hombres virtuosos.

—Ese es tu problema. Que confundes las bondades y los defectos de un sistema de gobierno con los vicios y las virtudes de sus magistrados. —Y rematé, en tono amargo—: Solo un ingenuo pedante confundiría Roma con la polis ideal de Platón.

Al oír esto, Cicerón se levantó y se retiró, visiblemente molesto. Bogud estaba atónito.

—En Mauritania —me dijo—, si un hijo hablara así a su padre, este no tendría más remedio que exiliarlo o matarlo.

—En Roma también —repliqué—. Pero mi padre no se tomará la molestia porque cree que ya morí en mi exilio en África.

13

La estancia del rey Bogud en nuestra casa hizo que intimáramos. Lo cierto es que resultó ser un tipo de lo más divertido. Y mucho más que eso.

Tenía un espíritu de zorro, siempre atento y dispuesto a aprender. Era consciente de la pequeñez de su reino y la magnitud de la amenaza tectónica. Por eso había venido a Roma. Porque sabía que el destino de Mauritania no se decidiría en su pequeña capital, Tingis, sino en la capital del mundo. Desde el primer día se entregó a una frenética actividad diplomática. Estuvo en todos los foros, asistió a todos los debates e incluso al Senado, donde ocupaba un asiento de invitado de honor. Fue a fiestas, a banquetes, a las orgías más desenfrenadas y a las bodas más castas. Siempre era bien recibido, y en todas partes solicitaban su presencia. Te preguntarás, Proserpina, cómo consiguió introducirse tanto en la romanidad un elemento tan exótico como Bogud el Justo. Y la respuesta es: gracias precisamente a su exotismo. La gente ardía en deseos de verlo aparecer con su ropa de seda, carísima y colorida, sus anillos de oro y sus perfumes intensos. Se convirtió en una especie de atracción humana, él y su desmedido séquito femenino, su manicura en diez colores, su barba repeinada y su sonrisa falsa y feliz. Era un extranjero tan extranjero que ni siquiera nuestros catones más xenófobos lo consideraban una amenaza, solo un adorno.

Lo más gracioso, Proserpina, lo más divertido de todo es que Bogud en realidad era tan poco exótico como una jarra de agua del Tíber. Su educación había sido perfectamente helenística y tan latina como la mía. Su vestimenta y su actitud eran pura actuación, una simple estrategia para integrarse en la vida romana. Incluso su acento africano era falso, porque en casa nos hablaba en un latín tan límpido que podría pasar por un vendedor de perfumes de la Suburra.

Bogud accedió a todos los núcleos de poder, y, en su honor, diré que solo le interesaba una cuestión: qué pensaba hacer el Senado respecto a la amenaza tectónica, cómo se enfrentaría a esas legiones monstruosas y cómo pensaba hacer valer los pactos contraídos con la casa mauritana, según los cuales la República romana se comprometía a proteger a su socio y aliado, el reino de Mauritania.

Y ahí su desamparo no tuvo límites. Nadie le aseguraba nada, nadie le concretaba nada. A lo sumo, le recordaban que el Senado ya había enviado un ejército consular a África, a matar topitos. Bogud replicaba que había sido una medida loable, sin duda, pero ¿qué pasaría si la victoria no era total y una fracción de los tectones se internaba en Mauritania? Y, por último, su principal tribulación: ¿qué previsiones hacía el Senado para exterminar la amenaza tectónica de raíz? Pero todas esas cuestiones superaban el horizonte político del Senado, y todo el mundo se encogía de hombros.

—Estoy en la ciudad que gobierna el mundo —se lamentaba Bogud en privado—, pero ¡resulta que nadie gobierna la ciudad!

Yo intenté consolarlo. Así era la política romana, le decía. Y cada noche, después de cenar, le contaba los detalles de nuestro sistema. Al principio solo me escuchaba por interés, pero el interés suele llevar al compañerismo y después a la simpatía.

Bogud venía de una familia más que conflictiva. Se decía que, para alcanzar el trono, había matado a su propio padre. Un día le pregunté cómo había conseguido el poder.

—Reino porque supe cambiar —fue su respuesta—. Conservé el trono porque supe alterar el rumbo de la política de mi padre. Él solo pensaba en contentar a cuatro familias aristocráticas. Creía que con eso bastaba. Era un error. El pueblo sufría más agravios cada día, y si no hacíamos algo, la turba acabaría matándonos a todos. A mí, a mis mujeres y a mis hijos, que, como puedes ver, son muchos. Así que hice un pacto con mi pueblo: ellos mataron a los aristócratas, y yo a mi padre. Fue algo equitativo. Por eso me llaman Bogud el Justo, y no Bogud el Parricida.

¡Su padre! No pude evitar preguntarle si se sentía culpable.

—En absoluto —dijo—. Mi padre me inculcó un principio

máximo: que conservara el trono al precio que fuera. Matándolo, pues, lo obedecí y conservé el trono para su estirpe.

Era una forma de verlo. Y no me sentí capaz de criticarlo. Cambiar o morir. Yo había cambiado en el mundo de las profundidades (como Cicerón había observado), y él había cambiado en el mundo de la política. Los dos estábamos vivos y transformados. ¿Quién podía juzgarnos?

Una noche, Bogud el Justo volvió a casa mirándome de una manera diferente: alguien le había hablado de mi reclusión en el mundo subterráneo. ¿Era eso cierto? Le dije que sí, claro. Soltó un «¡oh!» muy admirado y me hizo esta petición:

—He venido hasta Roma para saber qué van a hacer mis amigos y mis enemigos. Me es imposible saber qué harán mis amigos, porque ni ellos lo saben, pero tú puedes ilustrarme sobre cómo son nuestros enemigos. Dime: ¿qué te pasó allí abajo?

Me negué a contárselo. Mi padre, Cicerón, ¡mi padre!, no había querido saberlo, lo que me afligía infinitamente. Y si mi padre no quería escucharme, me parecía impropio confiarme a cualquier otro.

Bogud me puso una mano en el antebrazo.

—Donde no llega el padre llega el amigo. Explícate.

Dudé. Insistió.

—Por favor. Hazlo, Marco. ¿Qué hay allí abajo? ¿Qué te pasó? Dímelo.

Al final me abrí. Se lo conté. Todo. Todo, sin guardarme nada. Fue excesivo. Estuve vomitando tres días y tres noches.

Pero me recuperé, claro. Y a partir de entonces nuestra amistad se hizo más estrecha. Bogud me obligó, o casi, a compartir a sus mujeres. (Siempre a espaldas de mi padre, como comprenderás.) Ya he dicho, Proserpina, que por casa, y a instancias de mi padre, iban completamente tapadas, cara incluida, y yo no podía apreciar sus encantos. Pero Bogud me susurraba «esta» o «aquella» y, por las noches, cuando Cicerón se había metido en la cama, entraban discretamente en mi habitación. ¡Y qué mujeres! Aun así, Proserpina, debo decir que esas bellezas, sus abrazos y placeres, solo hacían crecer mi melancolía por otra: Sitir. Sí, ella. Sitir Tra.

No podía quitarme de la cabeza sus ojos verdes, su mano

tendida aquel día, cuando la violencia de los tectónicos me succionó. Hacía siete años que vivía con ese recuerdo y gracias a ese recuerdo.

Allí abajo, sin algo que amar, sin asidero para mi espíritu, nunca habría sobrevivido. Tal vez mi amor por ella solo era un artificio, una entelequia y una construcción del alma. Pero ¿qué amor no lo es? Sí, Proserpina, sí: las personas son extrañas.

¿Qué habría sido de Sitir Tra? Vete a saber. Desde un punto de vista realista, lo más probable era que los tectones la hubieran matado durante el combate, poco después de arrastrarme por el Agujero de la Mantícora. Sitir, sí, ella.

Un día que me vio especialmente melancólico, Bogud quiso paliar mi tristeza. Sus mujeres le prepararon una pipa, que me ofreció gentilmente. Yo ya conocía el cáñamo. Nuestros médicos lo recomendaban porque cura las orejas doloridas y mitiga las inflamaciones, pero su abuso lleva a un extraño aturdimiento de los sentidos, así que lo rechacé. Él insistió.

—Pruébalo —dijo tendiéndome la pipa—. Esto no es solo cáñamo, del mismo modo que el vino no es solo uva.

Estábamos en una habitación de la casa que el séquito de Bogud había habilitado a la mauritana, con grandes cojines en lugar de sillas y alfombras chillonas a modo de mesa. Éramos amigos y accedí. Los efectos, querida Proserpina, se hicieron notar enseguida.

Hilaridad. No podía parar de reír. Y no se trataba de humor suburriano, sino del humo que me había tragado. De repente, el mundo entero me parecía un chiste. El universo entero no era mucho más que la ocurrencia de un dios aburrido, y yo lo sabía muy bien (quizá lo cuente más adelante). Quería detener las carcajadas, pero no podía. Al contrario: cualquier cosa que dijéramos me hacía reírme aún más. Compartía la pipa con Bogud, que era un tipo de lo más divertido.

—Roma odia a los reyes —me dijo entre calada y calada—, por eso un día los expulsaron de la ciudad. Pero ahora vengo yo de visita, una mierda de moro, y además negro, ¡y en Roma me tratan todos con honores de rey!

De tanto reírme, el pecho me dolía como si me hubiera tragado un cactus y tenía la sensación de que se me desencajaban las mandíbulas. Me revolqué por las alfombras,

tan debilitado por la risa que se me doblaban las rodillas. Y entonces oímos el ruido.

Estruendo y gritos. Quejas y aullidos lastimeros. Toda la casa era un griterío. Yo no podía ni moverme de la alfombra. Alguien abrió la puerta. Era mi padre. Él, su gran cuerpo, el cuello de toro. Tenía los ojos enrojecidos de dolor. Y anunció:

—¡El ejército de África! ¡Ha sido exterminado!

Bogud me miró, repentinamente sobrio y pálido. Yo lo miré a él y miré a Cicerón.

Estallé en carcajadas. Simplemente no pude evitarlo.

Deberías haber visto, Proserpina, la cara que puso Cicerón.

El relato del exterminio del ejército consular podía ser escalofriante, pero no tenía nada de sorprendente. Por lo menos para mí, que conocía a los tectones. Los pocos, poquísimos supervivientes nos contaron lo siguiente. (Una narración, por otra parte, bastante breve teniendo en cuenta que se trata del asesinato de casi diez mil personas.)

Como te he contado, la flota había partido de Ostia en dirección a África. En concreto hacia Útica, la capital provincial y víctima del asalto tectónico. Cuando el ejército consular llegó solo lo esperaban ruinas. Nada más. En toda catástrofe, por devastadora y absoluta que sea, siempre hay supervivientes. En Útica no. Ni en la ciudad ni en los alrededores encontraron a ningún ser humano. Ni uno solo. Nadie había conseguido esquivarlos escondiéndose detrás de un tabique o huyendo a los espacios abiertos. Sí, era muy típico de los tectones. Así procedían, como un hambriento que no deja ni una migaja en el plato. Se habían comido a los muertos y se habían llevado a los vivos. Hombres y cerdos.

El comandante romano, un tal Paulo, no se recuperaba de su desconcierto. Habían ido a Útica para salvar a los humanos y destruir a los topitos, y allí no estaban ni los unos ni los otros. Ni humanos ni tectones. Paulo tenía instrucciones del Senado: si no localizaba al enemigo, debía seguir la costa en dirección oeste hasta encontrarlo. (Recuerda, querida Proserpina, que había sido yo el que les había proporcionado la ruta tectona.) Así lo hizo. La flota se desplazó hacia poniente, y cada dos o tres días desembarcaba una patrulla de

caballería. Unos diez días después, los jinetes más avanzados encontraron la cola del ejército tectón moviéndose hacia Mauritania, siguiendo la costa.

Paulo celebró un consejo de guerra con sus oficiales. ¿Qué debían hacer? La visión que le describieron los exploradores era, sin duda, aterradora: ochenta mil infantes tectones con sus armaduras vivas y veinte mil jinetes montados en tritones de largas colas reptilianas. Y, por si no fuera bastante, esa fila de erugomos de casi quinientos pasos de largo, con su interminable cuerpo tubular. Y el inmenso rebaño de cerdos y prisioneros a la cola. Se trataba del mismo ejército que te he descrito antes, Proserpina, y que ya habían visto los númidas. A Paulo solo le quedaba dictar una orden razonable: volver a Roma, informar de la magnitud de la amenaza, y que el Senado creara un ejército extraordinario para enfrentarse a los tectones.

Pero no fue lo que hizo Paulo.

Paulo no era el mejor ni el peor de los comandantes romanos. Era, sencillamente, un producto típico del *cursus honorum*, un sistema que tendía a promocionar antes a los ambiciosos que a los capaces. Y que tenía un gran defecto. Porque el gran problema de las magistraturas romanas, Proserpina, era que duraban lo que dura un suspiro. Tanto si ejercía de cónsul como si hacía de general, un hombre sabía que solo tenía un año o una campaña militar para obtener éxitos inmortales. En este aspecto, la República era estúpidamente inflexible. Se habían dado casos en los que un buen general había vencido a un enemigo de Roma pero había perdido la ventaja militar en el tratado de paz. Y el motivo era muy sencillo: si las negociaciones con el enemigo derrotado se alargaban mucho, el general llegaría al final de su mandato, sería sustituido y la gloria se la llevaría su sucesor, que sería quien volvería a Roma con la victoria aunque no la hubiera conseguido él. Los enemigos de Roma lo sabían, de modo que prolongaban las negociaciones de rendición para obtener mejores condiciones, ¡y a menudo lo conseguían! Porque el general debía elegir entre firmar un tratado de paz indulgente o malgastar el triunfo, y naturalmente elegía la primera opción. Las personas son extrañas, Proserpina, y algunas instituciones políticas aún

más.

Así que Paulo había caído en el clásico dilema de los generales republicanos. Los informes de los que disponía apuntaban a que lo más prudente era dar la vuelta. Pero esa expedición a África era el momento culminante de su vida política y militar. Cuando volviera a Roma debería entregar el mando de la flota y del ejército consular. Era muy probable que no tuviera más oportunidades de conseguir la gloria. Convocó a sus comandantes para deliberar sobre cómo debían proceder.

El gesto puede parecer ecuánime. No lo era tanto. La mayoría de sus oficiales eran hijos políticos de Paulo, con sus mismos intereses y la misma cultura de patricio ambicioso. Paulo no buscaba que lo asesoraran, solo que ratificaran su voluntad y, como era de prever, la mayoría se manifestó a favor de presentar batalla y barrer a los topitos. No faltaron las voces sensatas, porque es cierto que en el ejército había también otra clase de oficiales, tipos experimentados y resueltos que no eran imbéciles. Estos le dijeron lo que era obvio: que se dejara de tonterías, porque el ejército tectónico era una enormidad. Que un buen comandante debía saber valorar cuándo la victoria no estaba a su alcance. Y, por último, que el sentido común y la más lógica de las precauciones dictaban que las legiones no podían luchar, tan lejos de sus bases, contra un enemigo tan numeroso. Según supimos, la votación estuvo tan igualada que decidió el resultado el voto de calidad de Paulo. ¿Adivinas, querida Proserpina, en qué sentido votó? En la historia de Roma hay muy pocos casos de generales cobardes, pero está repleta de imprudentes, locos y temerarios.

El plan fue el siguiente: como la flota era más veloz que el ejército de infantes tectón, las naves seguirían por mar hasta encontrar y superar la marcha de los tectónicos, que avanzaban paralelos a la costa. Los adelantarían para elegir un terreno de batalla favorable, desembarcarían y esperarían a que aparecieran para derrotarlos. Y así lo hicieron.

A partir de ese momento, Proserpina, el ejército estaba condenado. Y la pregunta es: ¿cómo pudo un general en sus cabales llevar a diez mil hombres a luchar contra cien mil tectones? Seamos un poco indulgentes con Paulo, porque su

error tiene algunos atenuantes.

En primer lugar, lo más seguro es que no diera crédito a sus exploradores. Una de las primeras lecciones que nos inculcaban nuestros maestros de táctica y estrategia era que los exploradores siempre tendían a inflar las cifras del enemigo: el miedo multiplicaba lo que veían sus ojos. «Un buen general —nos decían— siempre divide por dos la infantería que les ha parecido ver a los exploradores; por cuatro la caballería, y por diez los elefantes.» (Cuando las primeras noticias de que Aníbal había atravesado los Alpes llegaron a Roma, se decía que venía acompañado por mil elefantes. En realidad, no habían sobrevivido al paso por las cimas ni diez pobres paquidermos.)

Además, Paulo nunca se habría creído que los tectones eran cien mil, por la sencilla razón de que ninguna logística podía soportar una cifra similar: era simplemente imposible alimentar durante mucho tiempo a más de cincuenta mil hombres en movimiento. Lo que Paulo ignoraba, o no quería creer, era que los tectones comían gente, que nosotros éramos su forraje y su apoyo, y que arrastraban con ellos sus provisiones y las aumentaban cada vez que abordaban un lugar habitado y desprevenido.

Y la tercera consideración que exculparía a Paulo es que por esa época nadie conocía muy bien a los tectones. (Si exceptuamos a un tal Marco Tulio Cicerón, claro.) Habían aniquilado la ciudad de Útica, de acuerdo. Pero ¿cuántas ciudades provinciales no habían sido destruidas alguna vez por bárbaros extrañísimos, pintados de azul o de cualquier otro color chillón? En la periferia del mundo siempre pasaban cosas que no le importaban a nadie. El único que los conocía de verdad era yo, y Pompeyo no se molestó en compartir mis informaciones con el Senado —o se guardó muy bien de hacerlo, como supe después—. O sea, que la primera noticia fidedigna que tuvo Paulo de los erugomos, de los tritones montados y de los escudos que mugían fue la que le llevó su caballería, y todo ello quizá le hizo pensar que los tectónicos solo eran una amalgama de bichos más o menos extravagantes. Al fin y al cabo, África era la patria de los animales más grandes y feos que se exhibían en el circo, ¿no? En el fondo, más que una batalla, Paulo estaba dirigiendo una

cacería al por mayor, y con esa mentalidad dispuso las operaciones. «Topitos.» El propio apodo anulaba la sensación de peligro que todo enemigo debe concitar.

Antes del desastre, la flota vivió una escena extraña e inquietante. Fue cuando las naves romanas adelantaron al ejército de los tectones. Ambos bandos se movían hacia el oeste, los unos por mar y los otros por tierra. Esa parte de la costa era un poco escarpada, y el camino quedaba a la altura de la borda de los barcos, de modo que hombres y tectones podían mirarse a los ojos. Solo los separaba un brazo de mar. Las naves llenas de remeros y legionarios se cruzaron con la larguísima, interminable columna tectónica. Con sus mílites y tritones, y con los erugomos: los hombres no podían creerse que existieran seres vivos tan grandes, tan largos y tan oscuros. Esos gusanos gigantes tenían el cuerpo lo bastante flexible como para girar en las curvas más pronunciadas. Era una visión tan insólita que los remeros aflojaron el ritmo y nadie pensó en espolearlos. De esta forma, durante un buen rato, humanos y tectónicos avanzaron en paralelo y a la misma velocidad. Al ver esas filas infinitas de monstruos bípedos, esos cráneos oblongos y las pieles de color gris, incluso los soldados más procaces enmudecieron.

Pero ese silencio no era propio de los soldados romanos. Después de la primera impresión, hicieron lo que siempre hacía la tropa romana antes de una batalla: se armaron con sus escudos y los hicieron repicar con la espada. Fue una decisión espontánea de los hombres, nadie les dio la orden de hacerlo. Primero un barco, y después otro, y otro. En todos los navíos, los romanos entrechocaban las armas y levantaban un fragor de hierro contra hierro.

Y pese al estruendo, la reacción de los tectones fue la más desconcertante para las legiones: no hicieron nada. Ni un grito de réplica, ni un gesto. Nada. De los cien mil tectónicos, ni uno solo aflojó el paso, ni siquiera se dignaron a girarse hacia el mar, como si los gritos de los romanos fueran un despreciable canto de sirenas.

Los legionarios, en sus naves, dejaron de repicar los escudos y bajaron la espada, derrotados por ese desprecio olímpico. Se hizo el silencio, solo roto por las olas que las proas separaban. Y aprovechando ese silencio, los prisioneros

humanos que se encontraban en la retaguardia tectónica elevaron un clamor:

—*Homines, homines!*

Gritaban para atraer la atención de los romanos. Eran hombres, mujeres y niños que se movían entre cerdos. Levantaban los brazos y gritaban:

—*Homines sumus!*

Al principio, desde los barcos no veían a los cautivos porque avanzaban encajonados entre erugomos, de manera que todo el rebaño de prisioneros quedaba escondido detrás de esos monstruos. Pero al oír el repique de armas proveniente del mar, la multitud humana, instintivamente, se detuvo. Los erugomos siguieron avanzando y, como si fuera una cortina que se abría, dejaron a los cautivos al descubierto. Fue solo un instante: los tectones que cerraban la marcha empezaron a empujarlos y a pinchar con los arpones. Pero al menos tuvieron tiempo de que los vieran desde los navíos y de gritar:

—*Homines sumus! Homines sumus!*

Incluso los legionarios más rudos sintieron compasión por esa multitud reclusa y apiñada entre lomos monstruosos. Vieron su triste estado, mezclados con los cerdos; vieron cómo los más rezagados caían y eran descuartizados por unos tectónicos encargados de esa función. Y vieron cómo repartían los trozos entre la infantería tectona en marcha, que comía sin aflojar el paso. Paulo, de quien se decía que era hombre religioso, no fue el menos conmovido. Al parecer dijo:

—¿A qué dioses puede haber ofendido Roma para que nos envíen por enemigo unas criaturas sin alma?

Y ordenó que los remeros incrementaran el ritmo para adelantar a los tectónicos y que el ejército se alejara de esa visión tan desmoralizadora.

Después de tres días de navegación, la flota divisó un lugar óptimo para enfrentarse a los tectones. Una pequeña bahía que, tierra adentro, daba a una explanada sin vegetación.

Paulo ordenó a la flota que desembarcara el ejército. Los únicos habitantes de por allí eran unos cuantos pescadores

que vivían en una aldea minúscula. Puedes imaginarte, Proserpina, el susto de esa gente al ver que un ejército consular entero invadía su pequeña bahía. Debían de vivir medio aislados de todo, porque esos pobres aldeanos no tenían ni idea de la existencia de los tectones o topitos. (No te figuras, Proserpina, la cantidad de gente de mi mundo que vivió al margen del mundo hasta el mismo día en que llegó el Fin del Mundo.) En cualquier caso, los norteafricanos siempre han sido personas de espíritu comercial, así que, cuando empezó el desembarco, los hombres y las mujeres de la villa, y sus hijos, ya iban arriba y abajo por la playa vendiendo pescado fresco, huevos y vino malo a las tropas.

Hacer bajar dos legiones de los barcos, y en una playa tan estrecha, no era una operación fácil ni rápida. Mientras hombres, abastecimientos y caballos desocupaban las naves, Paulo se adelantó con un pequeño séquito a examinar el lugar.

Era un lugar perfecto, ciertamente. Detrás de la bahía se abría una llanura no muy ancha que se alargaba hasta unas elevaciones del terreno. Esas colinas cerraban el espacio, de manera que los tectones no podrían eludir, bordear ni rodear el ejército consular. Es más, la llanura hacía una ligera pendiente en ascenso, lo que obligaría a los tectones a cargar de subida, maniobra casi siempre destinada al fracaso.

Paulo estaba satisfecho. Por lo que supimos, su única preocupación era que el enemigo rehuyera el combate. Si se negaban a atacarlo, la falta de provisiones pondría a Paulo en un aprieto y se vería obligado a reembarcar. Por increíble que parezca, Proserpina, esta era la mentalidad romana del momento.

El ejército desembarcó con el tumulto habitual en estos casos. Aún no habían bajado las últimas tropas cuando las primeras ya estaban construyendo un campamento o buscando materiales para levantarlo. Era una costumbre inmemorial de los ejércitos romanos: construir un campamento en el lugar en el que pasaban la noche. Muchos hombres se desperdigaron por los alrededores. A Paulo esa dispersión no le preocupaba en especial; el enemigo estaba lejos.

—Aún están a tres días de marcha —parece que dijo.

Fueron sus últimas palabras.

Los tectónicos no estaban a tres días de marcha. Estaban allí.

Al menos su caballería: veinte mil tectónicos montados en sus tritones, que aparecieron de repente y se abatieron sobre Paulo y sus indefensas y aún desarmadas tropas. Veinte mil jinetes agrupados contra diez mil infantes dispersos y desprevenidos. Tres días antes, al cruzarse con los tectónicos, los romanos habían confundido su indiferencia con ceguera; y su monstruosidad con necedad. No. Los tectones simplemente no eran humanos, a ellos los guiaban otros instintos y otras razones. El tectón común nunca movía un músculo inútilmente. ¿Por qué reaccionar a un insulto, un alboroto o un ruido? ¿Por qué sucumbir a las bravatas enemigas, si hacerlo no era necesario ni proporcionaba beneficio alguno? Yo habría podido contarle todo eso a Paulo. Pero yo no estaba allí. ¿Y quieres saber una cosa, querida Proserpina? Me alegro mucho de no haber estado allí. Porque lo que siguió fue una matanza horrible, una carnicería a orillas del mar.

Los romanos seguían pensando en los topitos como una masa monstruosa y confusa, un todo indiferenciado. A lo mejor por eso ni a Paulo ni a nadie se le ocurrió que los topitos podían adelantar la caballería al cuerpo principal de su ejército. Una caballería de tritones que, como todas las caballerías, podía avanzar el triple de rápido que cualquier infantería. Habían estado siguiendo la flota desde el interior, ocultándose a sus ojos. Y cuando desembarcaron, cuando vieron su oportunidad, naturalmente, cayeron sobre los humanos. Y lo hicieron en el momento más conveniente para ellos y más perjudicial para Paulo: cuando casi todos los hombres ya estaban en tierra, pero no había prácticamente ninguno listo para el combate.

Los primeros en morir fueron Paulo y los oficiales de su séquito. Eran los que estaban más tierra adentro, y por tanto más cerca de los tectones. Ni siquiera tuvieron tiempo de desenfundar la espada. Los veinte mil jinetes simplemente pasaron por encima de ellos como ruedas por encima de sapos, cargando en dirección a las tropas desembarcadas que todavía se acumulaban en la playa.

Los tritones los aplastaron. Ya he mencionado, Proserpina,

que los tritones eran unas monturas más pequeñas que un caballo, quizá dos tercios de su volumen. Pero para el que los veía por primera vez eran una estampa terrorífica, con las cuatro patas y la larga cola de serpiente. Y la verdad, Proserpina, es que para esos romanos la primera vez que vieron un tritón también fue la última.

Los hombres se vieron comprimidos entre la caballería tectona y las olas del mar. Solo tuvieron tiempo de entrever la monstruosidad que les caía encima en una carga atronadora, un aullido masivo y ululante. Recuerda, Proserpina, que los tritones llevaban insertas en los flancos unas grandes ostras, que se abrían y gemían como Polifemos heridos en el ojo cuando los tritones aceleraban sus movimientos. Y ahora imagínate a veinte mil tritones, con tres, cuatro y hasta cinco ostras abiertas cada uno, cargando contra la playa. Ese estrépito infernal quedó fijado en la memoria de los escasísimos supervivientes, sin excepción. Antes de que se dieran cuenta ya tenían a los tectónicos encima.

El caos. Los tectones pasaron sobre ellos cortando cuerpos con las espadas dentadas y atravesándolos con sus largos arpones. Los esfuerzos de los centuriones por formar la tropa fueron inútiles. Los aldeanos que había por allí, más los servus y otro personal no combatiente, añadieron aún más confusión. En especial los remeros, que, como es costumbre en esos casos, habían bajado a tierra a descansar. En contra de lo que se cree, los legionarios no se pasan el día con la espada en la mano. Durante los viajes y transportes, su espada reglamentaria, el gladius, así como el escudo, el casco e incluso la armadura suelen viajar aparte, en trenes de carros. Cuando el viaje es por mar, el hombre y las armas están aún más separados. La mayoría de ese bagaje ni siquiera había bajado de los navíos cuando los tectones atacaron.

Al momento la playa se había convertido en una alfombra de gemidos. Algunos habían arrancado ramas de las palmeras locales y las blandían por encima de la cabeza, el signo universal de sumisión. Creían que, si se rendían, los tectónicos respetarían al menos su vida. ¡Qué equivocados estaban! Yo habría podido contarles que el mundo tectónico ni siquiera conocía el concepto o la idea de rendición.

Impetus. Cuando los legionarios amontonados cesaron en su

pobre resistencia, cuando empezaron a huir, a meterse en el mar o a rendirse en masa, los tectónicos dejaron de luchar y empezaron a morder. Saltaron de las monturas para abalanzarse sobre los hombres clavando pavorosas dentelladas en cuellos, caras y pechos. Muslos y costillas. *Impetus*: los tectones se entregaron, como cada vez que veían a un enemigo indefenso, al Ansia de masticar y tragar carne y sangre. Los legionarios no podían entenderlo: era la primera vez que se enfrentaban a los topitos, y no les cabía en la cabeza que no respetaran la vida de los vencidos. Aunque solo fuera porque un prisionero siempre significa dinero, ya sea porque se convierte en esclavo o porque reporta un rescate. Para los tectónicos todo eso no existía: su bolsa era su estómago.

Miles de hombres amontonados en una playa, indefensos, y sobre ellos veinte mil bocas con tres hileras de dientes despedazándolos, literalmente, en vida. Y a ese horror se sumaron los tritones.

Creo que no te he contado, Proserpina, que la caballería tectónica, sus tritones, también comían carne. Por un lado, eso siempre era motivo de quebraderos de cabeza logísticos para los tectones, pero, por el otro, una montura que come seres humanos siempre será más feroz que otra que come avena. Libres de sus jinetes, sin riendas que los gobernaran o dirigieran, los tritones también atacaron a los rendidos.

Cientos de soldados, a la desesperada, entraron en el mar intentando subir a las naves. Muy pocos lo consiguieron. De hecho, si los tectones no hubieran sufrido el ataque de *Impetus* que rompió su formación, creo que ni uno solo de esos hombres habría podido llegar a las rampas de acceso.

Ya te he contado que quedaban muy pocas naves con remeros a bordo. Al ver esa atrocidad multitudinaria, los pocos que aún quedaban optaron por retirar las rampas y adentrarse en el mar. Fue una actuación no demasiado heroica, pero comprensible. Lo más triste es que era innecesario: los tectones no soportaban el agua salada; su piel sufría una tremenda urticaria cuando se bañaban en agua salada, que quemaba y requemaba. De hecho, si el contacto se hubiera prolongado, la piel se les habría deshecho como la cera. Por eso nunca habrían perseguido a los pocos

legionarios que nadaban. Como mucho, algún jinete se habría atrevido a entrar a caballo de su tritón para clavar la lanza a los indefensos náufragos, y cuando el agua le hubiera llegado a la rodilla se habría echado atrás. Pero los romanos no lo sabían.

Y en resumen, este fue el horrible fin del ejército consular enviado a África. Los pocos supervivientes, todos marineros, sufrieron la vergüenza de volver a Roma con las naves vacías. Su última visión mientras se alejaban fue inolvidable: la línea costera parecía una olla hirviendo, con cientos, quizá miles de hombres agitando los brazos mientras se ahogaban a poca distancia de la playa: ni podían volver atrás ni tenían adónde ir mar adentro. Los gritos de dolor y las llamadas de auxilio subían a las nubes. Pero ninguna nave, Proserpina, volvió atrás.

En Roma la noticia causó tanto dolor como desconcierto. Plebe y patricios, libres y esclavos, por fin, abrieron los ojos: los topitos no eran un enemigo lejano, caricaturesco y casi gracioso. No. Eran una monstruosidad ambulante que se arrastraba hacia Roma de forma lenta pero segura. Aún estaban lejos. Pero venían hacia nosotros. A comerse el mundo. Ellos eran, de hecho, el Fin del Mundo.

Por mi parte, busqué a los pocos supervivientes del drama para hablar con ellos. Mi interés era mi amigo Gneus Iunni. Recordarás, Proserpina, que Ricitos se había embarcado contra mi consejo. Pude localizar a un marinero que tenía información sobre Gneus. Me cobró veinte sestercios por el relato; y, para redondearlo, un plato de los más caros, por exótico: gachas con rodilla de jirafa.

—Sí, Gneus Iunni, lo recuerdo muy bien. Iba en mi nave —me contó el hombre mientras mordisqueaba el hueso de jirafa —. Un tipo con rizos rubios. Y muy divertido. Se pasó el trayecto contando chistes y bromeando. ¿Sabes por qué los sátiros tienen una verga tan desmesurada? ¡Pues porque en este mundo tiene que haber algo un poco más largo que un discurso de Cicerón!

Y el hombre se daba un hartón de reír. (Como supondrás, Proserpina, no le dije quién era mi padre).

Por lo que me contó ese marinero, Gneus tuvo muy mala suerte. El día del desembarco en esa maldita playa estaba

enfermo, tumbado en un jergón del camarote. O sea que habría podido salvarse fácilmente: si hubiera tenido un poco más de fiebre no habría salido de la nave. Pero al saber que el ejército desembarcaba, nuestro entusiasta, despreocupado y frívolo Gneus Iunni no quiso perdérselo.

Estaba tan débil que tuvo que bajar sostenido por dos servus. Durante el ataque tectónico el marinero lo perdió de vista, pero cuando llegó el desastre, cuando la nave ya se alejaba lentamente de la playa, volvió a verlo de lejos. Miles de cuerpos caídos, tantos que ocultaban la arena; tectones y tritones pisando a los muertos y los vivos, mordiendo carne y triturando huesos. En un extremo de la playa, los cadáveres romanos formaban una pequeña pirámide de cuerpos. Los tectones, *et insidia*, rodeaban el montón de muertos y se los iban comiendo a mordiscos fulgurantes e incontinentes. De repente, entre los cuerpos acumulados, muertos, apareció un brazo erecto: era Ricitos. Estaba vivo. Les mostraba su anillo de patricio. Y ¡oh, sorpresa!, el marinero vio cómo lo arrancaban de debajo de los muertos y se lo llevaban. Magullado pero vivo. ¡No se lo comían! Esto fue todo lo que pudo ver.

Esa noche, en casa, me emborraché. No tenía ganas de hablar con nadie. En esa época sentía tanta impotencia ante la imposibilidad de cambiar las cosas que me embrutecía con vino con demasiada frecuencia. (Para disimular el aliento alcohólico masticaba hojas de laurel. Mi padre era demasiado listo para dejarse engañar, claro, y a menudo preguntaba irónicamente a Demetrio si Marco había vuelto a beber laurel.) Pensé en Gneus. Antes te he dicho, Proserpina, que los tectónicos no conocían la idea de rendición, pero aceptaron la de Gneus. Puede parecer contradictorio. No lo es.

La verdad es que los tectónicos ni se rendían ni capturaban prisioneros. (Con la única excepción de los que mantenían vivos en los rebaños que seguían a sus ejércitos o los que se llevaban para alimentar sus granjas de carne viva a escala gigantesca, respecto de las cuales lo más piadoso que puedo hacer, Proserpina, es no describírtelas.)

Sin embargo, durante mi cautiverio les hice una relación completa de los usos bélicos humanos, a mi pesar. Nestedum

dirigió el interrogatorio que me obligó a hablar. Él mismo me aplicó, felicísimo, los suplicios. (Tampoco los describiré aquí.)

Sí, Proserpina: fui un libro abierto. Lo confieso: les di todo lo que querían, todos mis conocimientos sobre la raza humana. ¿Quién habría soportado esas inmersiones en aguas que quemaban, en fuegos que asfixiaban y más? ¡Y qué metódicos podían ser en su adquisición de conocimientos! En aquel momento Nestedum ya estaba planeando la invasión, y los tectónicos querían saberlo todo de sus futuros enemigos. Hasta el más ínfimo detalle. Les conté que nuestros aristócratas llevaban un anillo patricio que los identificaba como a tales. Y el hecho de que hubieran capturado a Gneus Ricitos demostraba que Nestedum había aleccionado a los suyos. ¡Nestedum! Sabían, pues, que podrían canjear a Gneus Iunni (y debíamos suponer que a otros patricios capturados como él) por algo que en su momento les interesara. Pero ¿qué podía ser del interés de una república tan egoísta, tan poco proclive al pacto como la de la raza tectónica? Preferí no pensarlo. De hecho, ahogué mis pensamientos en vino.

Desde que habíamos tenido noticias del desastre, Cicerón vestía de luto. En apariencia era una actitud tan casta como patriótica. Yo lo veía de otra forma. Mi propio padre empezaba a parecerme una criatura insufriblemente débil e hipócrita. ¿Por qué manifestaba tanta angustia? ¿Por la muerte del ejército consular o por la de su carrera política? Porque él había sido el impulsor de la desastrosa expedición africana, y en consecuencia se lo consideraba tan culpable como a Paulo. Y ahora que su propuesta de acción se había extinguido, aniquilada, se mostraba tan indeciso como abstraído. Él, el gran Cicerón, no sabía qué hacer.

¿Y yo? ¿Qué debía hacer yo? Lo más obvio habría sido recriminarle sus actos con un merecido «¡Te lo dije!». Pero no podía: son los padres los que dicen eso a sus hijos y no al revés. Y así, como ni podía callarme la verdad ni podía verbalizarla, hice lo que suele hacerse en estos casos: me emborraché como un animal.

Esa noche estaba tan borracho que iba tambaleándome por la casa. Quería meterme en la cama, sí, pero con alguna de las mujeres de Bogud que pululaban por nuestras habitaciones y pasillos. Por desgracia, veían mi lamentable estado y me

eludían. Recuerda, Proserpina, que la casa estaba llena de las mujeres de nuestro huésped, todas rigurosamente tapadas de pies a cabeza. Y todas me rehuían. Al final cogí a una cualquiera por la muñeca, una que extrañamente no hizo el gesto de escaparse, y me la llevé. Pero una vez en mi habitación pasó algo extraordinario.

Me tumbé en la cama, tan mareado que veía a dos mujeres. Le exigí de malos modos que se desnudara. Y lo hizo. Pero la que se me apareció bajo esa ropa, Proserpina, fue ella. Sitir. Sí. ¡Ella! Sitir Tra. En mi habitación.

Quizá no era la primera noche que rondaba por la casa. Con tantas mujeres tapadas hasta los ojos, podría haber estado recorriendo las habitaciones y los jardines disfrazada de una de ellas y no me habría dado cuenta. Ahora, despojada de su disfraz, no había ninguna duda: era ella, Sitir. Su cuerpo desnudo; sus pequeños pechos separados por el tatuaje en × que le recorría el torso. Su sexo, tan rasurado como el cráneo. Era ella, sí, ella y sus ojos de un verde estigio. Ojos que esa noche me miraban severos, sin una pizca de indulgencia.

Intenté decir algo. El vino me lo impedía. Ella se adelantó.

—Te traigo un mensaje de Libertus —dijo—. Es el siguiente.

En la oscuridad nocturna, Sitir parecía una estatua que me hablaba desde un rincón tenebroso. Su voz me sonaba lejana, impersonal. De hecho, recitaba un texto aprendido de memoria.

—Libertus conoce tu historia —me dijo—. Sabe que hace siete años fuiste el primer romano en encontrarte con los primeros tectones. Libertus sabe que entonces tuviste una actitud ejemplar, espoleando a los hombres a combatir a los monstruos que habitan el Hades subterráneo. El día de la batalla caíste en la lucha, tragado por un pozo insondable y arrastrado hacia los infiernos. Por un prodigio has vuelto a la tierra y a la vida, como esos muertos resucitados por la diosa Proserpina. ¿Y ahora? ¿Qué haces ahora con tu vida? Nada.

Sitir hizo una pausa antes de terminar de transmitirme el mensaje que le había dado el tal Libertus.

—Hace siete años eras un niño y te comportaste como un hombre. Ahora eres un hombre y te comportas como un niño.

Intenté levantarme de la cama. Me importaba un rábano ese Libertus, el interés que manifestaba por mi vida y su discurso pomposo. Solo me importaba ella, ella. Tenía que decirle que la amaba, que ese amor me había salvado allí abajo, entre horrores imposibles de describir. Pero estaba tan borracho que no podía ni hablar, y cuando me levanté de la cama tropecé y caí todo lo largo que era. Ella hizo una mueca sarcástica. A los aspa no les gustaban los borrachos. Y lo que dijo a continuación ya no fue un dictado de Libertus, sino palabras propias.

—Fíjate: ni siquiera sabes andar. Como los niños.

Solo tuve ánimo para tenderle una mano implorante desde el suelo. Ella se sentó en cuclillas a un palmo de mi cara y me miró como quien observa un bicho curioso.

—Sitir…

Eso fue todo lo que conseguí articular. Sitir se marchaba. Se dirigió a la ventana. Yo apoyé la frente en el suelo, derrotado. Me puse a llorar. Un patricio no llora. Pero lloré, con el rostro escondido en el hueco del codo. Entonces, el consuelo: ella, desde el marco de la ventana, volvió atrás. Me tocó la mano con la suya y sus dedos se doblaron sobre los míos. Exactamente igual que aquel día, cuando los tectones me succionaron hacia el Agujero de la Mantícora y ella no pudo rescatarme. La miré.

—Todo eso te ha mandado decírmelo Libertus —dije—. Pero ¿qué dice Sitir Tra?

Vi su expresión de impotencia triste, tristísima, mirándome como aquel día en el Agujero de la Mantícora, siete años atrás. Y me dijo algo amoroso, pero terrible.

—Vuelve, pollito. Todavía estás allí abajo.

Y salió por la ventana con un salto felino.

A la mañana siguiente tenía un dolor de cabeza espantoso, como si me hubieran golpeado con un yunque. En la cabeza, y también en el corazón. Sitir. Estaba viva. Pero ¿qué significaba esa visita intrusa? No entendía nada.

Me puse a desayunar en el jardín solo, con mi dolor de cabeza y mi mal humor por única compañía, pero el rey Bogud se unió a mí. Quería saber mi opinión sobre un asunto.

El hombre estaba más que preocupado, y con razón: habían exterminado el ejército consular, y las legiones tectónicas avanzaban directamente hacia su reino. De acuerdo, su objetivo último era Roma, pero antes de llegar cruzarían Mauritania y la devastarían. Nada se interponía entre su pueblo y los caninos tectónicos. ¿Qué podía hacer?

—Eres rey —le dije—. No tengo por costumbre decirle a un rey lo que debe y lo que no debe hacer.

—En ese caso, amigo Marco —insistió—, dime qué harías tú.

Era mi amigo, así que le expuse mi opinión más sincera.

—Rey y amigo Bogud: yo exhortaría a mi familia a huir de inmediato de vuestra casa, por más que se aferren a ella. Exhortaría a mi pueblo a abandonar la capital de tu reino, Tingis, por mucho que la queráis. Les diría que cargaran solo los bienes más esenciales, huyeran hasta la cima más alta del Anti-Atlas y se quedaran allí escondidos hasta que todo hubiera acabado. Si el género humano vence, podrán volver cuando quieran; y si nos derrotan, la única vida posible después del Fin del Mundo será en la periferia, lejos del ojo monstruoso y los túneles tectones, es decir, en las montañas más altas.

Antes de continuar dejé que Bogud digiriera mis palabras.

—Y una vez hecho todo esto, en cuanto mi pueblo y mis parientes estuvieran a buen recaudo, me pondría al frente de mi ejército, o al menos de la parte de mi ejército más útil en esta guerra por la supervivencia del género humano: la caballería númida. Reúnelos, rey Bogud; equipa y sustenta a hombres y caballos. Y únelos a las legiones de la República. Eso haría yo.

Me escuchaba atentamente. Aún añadí:

—Y no te olvides de los aspa. Recluta a todos los que haya en tu territorio. No serán muchos, ya que Mauritania es un país pequeño, pero los hay. A día de hoy, como sabes, los aspa están divididos en dos bandos por culpa de una especie de guerra civil religiosa. Pero tanto los unos como los otros lucharán contra los tectónicos. Y sería mejor que combatieran dentro de una estructura militar y no en solitario y a su libre albedrío como suelen hacer. Sé amable con ellos. No conseguirás que se unan a ti por la fuerza, trátalos con cariño

sincero y, sobre todo, sé justo con ellos y con todo el mundo, ya que lo único que los mueve es implantar la justicia en este mundo. Al fin y al cabo te llaman Bogud el Justo. Sí, quiere a los aspa y utilízalos contra los tectones. Porque los aspa son los únicos seres humanos a los que los tectónicos respetan, admiran y temen, y con razón.

Partió hacia Mauritania ese mismo día.

14

Cuando llegaron a Roma noticias de erugomos muertos en las playas, supe que los tectones habían cruzado las Columnas de Hércules. (Así llamábamos, querida Proserpina, al estrecho que separa Mauritania de Hispania.) En lugares tan alejados de las Columnas como Sagunto, Tarraco, Massilia e incluso algunas playas de Liguria se habían avistado una especie de ballenas inmensas varadas en las costas. Eran erugomos.

Te preguntarás, Proserpina, cómo consiguieron los tectónicos que un ejército tan imponente cruzara de un continente a otro. Y más si pensamos que los tectones no soportaban el agua salada. La verdad es que les resultó bastante fácil.

Los erugomos flotaban como botas y se impulsaban con sus patas de insecto gigante. Cada erugomo medía unos quinientos pasos de largo, o sea dos estadios y medio. El estrecho, en la parte más corta, medía setenta y siete estadios. Es decir, para unir las dos orillas con un puente viviente solo tuvieron que alinear a una treintena larga de erugomos. Recuerda, Proserpina, que estos animales se movían con la boca adherida a la parte posterior de otro congénere. El que los precedía a todos se internó en el mar. (Conducido y guiado, por cierto, por mi amigo Nestedum.) Así establecieron una cadena de erugomos entre las dos orillas.

Una vez creado el puente, los tectones entarimaron la parte superior del lomo de los erugomos. El ejército tectónico, sus tropas y tritones, incluso los cerdos y los cautivos, tardaron un día y medio en cruzar ese extraño y monstruoso pontón. Pero lo hicieron. Cierto: después no pudieron recuperar a todos los erugomos. En la maniobra de izarlos del mar, muchos se desengancharon —una pequeña catástrofe— y fueron arrastrados por las corrientes marítimas. De ahí la aparición de erugomos muertos y varados en algunas playas

de nuestras ciudades costeras.

Y por si hubiera alguna duda diré que un testigo presencial vino expresamente hasta Roma para contármelo. Los hechos sucedieron así.

Mientras navegaba frente a la costa hispana, un diminuto pesquero vio aparecer el fenomenal espectáculo: un puente larguísimo que cruzaba el mar, formado por enormes criaturas de piel amarronada, articuladas y flotantes, que unían las dos orillas continentales. Arrastrada por el oleaje y presa del nerviosismo, la pobre embarcación se estrelló contra los flancos de los erugomos como si fueran arrecifes. Los tectónicos izaron a los náufragos y, naturalmente, se los comieron vivos allí mismo. A todos menos a uno, al que Nestedum hizo que condujeran ante su presencia.

Imaginemos la escena, querida Proserpina: el pobre pescador, mojado de pies a cabeza, temblando, despavorido y de rodillas. Detrás de él, la magna estampa del ejército tectónico entero, desembarcando en Europa y poniendo rumbo al norte. Y delante un tectónico con una mano mutilada.

Los romanos teníamos la costumbre de cubrir los miembros cortados con tapas de metal. Los tectones eran mucho más sofisticados: ellos incorporaban al muñón un bicho que parecía un gran erizo de mar, pero provisto de seis repulsivas patas peludas y puntiagudas como las de una araña y el doble de largas que un dedo humano. El erizo se adhería por la boca a la parte cortada y allí se quedaba para siempre, nutriéndose de la sangre violeta de su huésped. Con el tiempo, la simbiosis entre el tectón y el erizo acababa siendo tan perfecta que el individuo llegaba a controlar las seis largas patas como si fueran sus propios dedos. (No me preguntes cómo lo hacían, Proserpina, pero así era.)

Esas patas largas y delgadas, articuladas y llenas de pinchos negros, acariciaron las mejillas del pobre pescador. Nestedum le dijo en un latín casi perfecto:

—Hombre, ve a Roma, busca a Marco Tulio Cicerón y dile que Nestedum ya está aquí.

A partir de ese momento se hizo evidente que ningún

obstáculo natural los detendría. Ascendieron por Hispania, por la ruta de Aníbal. En Roma, las noticias del paso de los Pirineos se siguieron con especial inquietud. En cuanto atravesaran el sur de la Galia ya solo les quedarían los Alpes, y después el descenso por las amables llanuras italianas que llevaban a Roma. O sea a nosotros.

Entonces, y solo entonces, comprendí las palabras de Pompeyo aquel día en su casa: «Dime, Marco, ¿puedes asegurarnos que el ejército tectónico seguirá esta ruta?». Los tectones estaban aproximándose a la Galia inferior. Y allí estaba César. He ahí el quid de la cuestión.

¡Política! ¿Quién necesitaba inventar esta palabra habiendo ya otras como «incesto», «traición», «mezquindad» o «corrupción»? Me di cuenta de que a Pompeyo siempre le habían importado un rábano mis informes sobre los tectónicos. Lo único que buscaba era destruir a sus adversarios políticos. Cuando supo que los tectones atacarían Roma, solo pensó en utilizarlos contra César. Porque cuando ese tren de monstruos insaciables llegara a la Galia, César se vería abocado a un dilema imposible: enfrentarse a los tectones y morir o retirarse con ignominia y perder todo prestigio ante el Senado y el pueblo de Roma. Por eso Pompeyo no había querido reforzar el ejército que habíamos enviado a África. ¡Qué cinismo! Para tener la opción de perjudicar a su enemigo, Pompeyo había estado dispuesto a sacrificar todo un ejército consular. Ya lo ves, Proserpina: el peor enemigo de Roma siempre fue Roma. Al menos hasta que aparecieron los tectones.

Pero a Pompeyo le salieron mal los cálculos. César era listo, muy listo. Cuando los tectones todavía estaban lejos de la Galia Cisalpina, su olfato le dijo que algo estaba cociéndose. Y antes de que el destino lo sometiera, movió los hilos en Roma.

Ya te he contado, Proserpina, que en ese momento el Senado estaba dividido en tres grandes grupos: los partidarios de César, los de Pompeyo y los de Craso. La alianza entre los tres era frágil. César estaba en la Galia, y Craso en Partia. Muy lejos, ciertamente. Como desde allí Craso no podía dirigir el día a día de la política romana, había dejado una consigna a sus senadores. Esta: «Apoyad a los cesarianos contra toda iniciativa de los partidarios de Pompeyo, y a los

pompeyanos contra toda iniciativa de César». El objetivo de Craso era bloquear toda política hasta que volviera triunfante de la campaña asiática. Entonces, con el prestigio y la riqueza adquiridos, le resultaría fácil apartar a César y a Pompeyo.

En cuanto a César, todavía estaba reprimiendo la última resistencia de los galos, pero tenía que volver a Roma de inmediato. ¿Por qué, Proserpina? Muy sencillo. Me remito al plan de Pompeyo: porque cuando los tectones aparecieran en el horizonte ya no podría moverse. Debería enfrentarse a ellos con un ejército insuficiente o huir como un cobarde y dejar desprotegida la puerta de Italia. Necesitaba una excusa para volver a casa. Y esa excusa solo podía ser una: que el Senado se lo pidiera. Pero ¿cómo conseguirlo?

César conocía la consigna de Craso de votar no a toda iniciativa legal, viniera de donde viniese. Sabía, por lo tanto, que si sus senadores hacían la propuesta de que César volviera a Roma, los senadores pompeyanos votarían en contra por principio, y los de Craso por la consigna recibida. Dos tercios contra uno. Perdería la votación. Así que obró de otro modo.

Los agentes de César se acercaron discretamente a Cicerón. Le pidieron que fuera él quien presentara la cuestión al Senado. El argumento que le dieron fue que César estaba cansado de la guerra y la pugna política. Y que había pensado en Cicerón como persona libre y desvinculada de las tres facciones. Así sería él quien cimentara la paz y blablablá. Todo mentira, claro. Lo único que querían los cesarianos era no aparecer como promotores de la idea. Pero mi padre, siempre tan ingenuo cuando le halagaban la vanidad, mordió el anzuelo y fue al Senado apelando a la concordia. ¿Qué mejor gesto para fomentar la paz y evitar la más cruenta de las guerras, la guerra civil, que ver a los triunviros volviendo a Roma y abandonando sus ambiciones de conquista por voluntad propia? Eso debería servir para reagrupar las fuerzas de la República y derrotar a las hordas del submundo que amenazaban al género humano.

Los pompeyanos sospecharon (con razón) que había alguna trampa y se opusieron frontalmente al regreso de César. De hecho, los senadores de Pompeyo lo rechazaron con tanta vehemencia, con tantos aspavientos, que los partidarios de

Craso llegaron a la conclusión de que vetar el regreso de César era una iniciativa pompeyana, de modo que siguieron la consigna dada —oponerse a toda iniciativa legal— y votaron a favor de que César volviera.

Era exactamente lo que él pretendía. No será necesario que diga que sus senadores también votaron a favor del regreso de César y sus legiones. Dos tercios contra uno. César ya podía volver a casa, legalmente y con dignidad. Las personas son extrañas, Proserpina. Y los políticos aún más.

Todo esto solo te lo cuento para que entiendas lo retorcida que podía llegar a ser la política romana. Al fin y al cabo, fue esta forma de actuar lo que nos llevó al Fin del Mundo. Pero no quiero adelantarme a los acontecimientos.

Estaba diciéndote que César volvió a Roma. Había evitado que Pompeyo lo pusiera entre la espada y la pared. (Aunque sería más correcto decir entre los tectones y su honor.) Aun así, se había visto obligado a volver sin el prestigio de la victoria y sin el botín que comportaba. Por lo que supe, su disgusto era tan grande como su ira. La falta de dinero era lo que más odiaba y lo que más temía. Y por un buen motivo: en esa época los ejércitos romanos ya habían dejado de ser públicos y se habían convertido en milicias privadas. Pompeyo, César y Craso eran tan ricos, o tenían tanto crédito financiero, que podían permitirse el lujo de pagar y mantener legiones enteras. En teoría esos ejércitos estaban al servicio de la República. En la práctica, los legionarios solo eran fieles a su general, que era quien pagaba, y no al Senado. El razonamiento inverso también era válido: si un general dejaba de pagarles, los soldados dejaban de serle fieles. Por eso a César le dolió tanto dejar la Galia, porque allí podía obtener un botín lo bastante grande para pagar, e incrementar, su ejército personal. Él mismo lo decía: «Sin soldados no hay dinero, y sin dinero no hay soldados».

En honor de César debo decir, Proserpina, que una de las primeras cosas que hizo cuando hubo vuelto a la ciudad fue pedir mi presencia. Alguien le había hablado de mí. Los tectónicos eran nuestra amenaza principal y César, como buen comandante que era, quería estar informado sobre el enemigo.

Lo más gracioso del caso fue que Pompeyo, al conocer las

intenciones de César, también quiso estar, con el argumento de que ningún dato relevante para la seguridad de la República debía ocultarse a los ojos públicos. (Es decir, exactamente lo que él había hecho con mis informes sobre el mundo subterráneo. ¡Qué cinismo!) Para complicarlo aún más, Cicerón insistió en estar como *pater familias* que era de mi persona. En cuanto a mí, me presté al encuentro con energías renovadas.

Sitir Tra y el tal Libertus me habían abierto los ojos. En el desierto mi misión había sido luchar contra los tectónicos. En Roma —ahora lo veía claro— consistía en lograr que Roma luchara contra ellos. ¿Y qué mejores interlocutores que Pompeyo y César? Acordamos un encuentro en el espacio más neutral para todos: el propio Senado, al final de las sesiones, cuando los demás senadores hubieran abandonado el edificio.

Julio César. Por aquella época estaba en el apogeo de sus facultades. En la Galia había obtenido un triunfo tras otro, y solo la repentina aparición de los tectones le había impedido consumar sus conquistas. Esto lo frustraba enormemente. Tenía un cuerpo bien formado y un rostro enjuto y nervudo. Sus ojos, muy negros, tenían justa fama de implacables y escrutadores. Estaba quedándose calvo. Quién sabe si por eso se peinaba hacia delante el poco pelo que le quedaba. Esta circunstancia lo mortificaba vivamente, no sé si porque era presumido por naturaleza o porque la calvicie se asociaba a los esclavos domésticos, que iban siempre rapados. Tenía los laterales del cráneo abombados, tal vez por culpa de un parto difícil.

César, sí. Siempre fue un portento humano. Y seamos justos: también un demagogo. Ni tenía principios ni tenía escrúpulos: era un patricio de estirpe nobilísima y a la vez se erigía en representante máximo de la plebe. Lo movían todos los intereses: le gustaban los hombres tanto como las mujeres; o, como decían sus soldados, «César es el rey de todas las reinas y la reina de todos los reyes». Político, militar, poeta, narrador, orador (¡el propio Cicerón admitía que César lo igualaba!), jurista, gran jinete, gran escritor y gran estratega. Ah, y como todos los grandes políticos, un gran cínico, ya que se adscribía a los principios de la filosofía epicúrea, que se burlaba de toda trascendencia, y aun así había ostentado, sin

rubor alguno, el cargo de pontífice máximo de la religión romana. ¡Qué hombre! ¡Oh, sí, César!: no había talento que se le resistiera, arte que no dominara, riesgo que lo frenara o ambición que no lo tentara. Por cierto: se había criado en la Suburra.

Cuando nos quedamos los cuatro solos, se sentaron todos en la grada más baja del Senado. Yo de pie, ante hombres tan graves. Me sentí como un escolar en un examen, esa es la verdad, y mis examinadores eran nada menos que César, Pompeyo y Cicerón. Desde el primer momento, César tomó la iniciativa. Me preguntó por los tectónicos, claro, pero sus preguntas fueron mucho más hondas, incisivas y pertinentes que las de Pompeyo.

—Los tectónicos —dije para saciar su curiosidad— son la única nación en la que los hermanos no son hijos de ninguna madre.

—Explícate —replicaron César y Cicerón. (A Pompeyo estos extremos más intelectuales del tema lo aburrían, y no lo disimulaba: sus ojitos de párpados caídos se cerraban casi por completo.)

—Es así porque no nacen —dije yo—. No paren, se parten.

Cicerón y César intercambiaron una mirada de estupor. Pompeyo dormitaba. Yo les conté todo lo que sabía.

A veces, más o menos de improviso, de la espalda de un tectón aparecía otro. Al principio era un tumor, un bulto, una especie de malformación. La espalda empezaba a ampliar su volumen, cada vez más. Hasta que poco a poco esa protuberancia adquiría forma: un segundo tectónico. El proceso no duraba mucho, un rato más o menos largo según el individuo. Al final, el segundo tectón se desprendía del primero y adquiría vida propia. Una existencia, capacidad e individualidad propias.

Ni los mismos tectónicos sabían cuándo o por qué ocurría el fenómeno del nacimiento espontáneo. Un tectón podía dividirse cientos de veces a lo largo de su vida o no hacerlo nunca. Pero, en cualquier caso, no mantenían ningún lazo con su nuevo congénere, al que llamaban «calco», por motivos obvios. (Aunque el nuevo tectón no era exactamente idéntico a aquel del que provenía.) Ahora bien, sentían la misma indiferencia moral y la misma desafección por ese ser surgido

de su cuerpo que por los demás individuos de su nación. Al menos yo, en siete años bajo tierra, nunca había conocido a un tectón que quisiera a otro, pero ¡sí a unos cuantos que se habían comido a sus calcos! Lo hacían justo cuando se desprendían. En ese momento los nuevos individuos todavía tenían la debilidad indefensa de los terneros que acaban de nacer y eran muy vulnerables.

La práctica caníbal no estaba muy extendida (habría llevado a la extinción de la raza tectónica), pero tampoco merecía la repulsa colectiva de los tectones. Me preguntas, Proserpina, si a sus legisladores nunca se les ocurrió promover leyes contra el canibalismo. Aquí solo te diré que los tectónicos sentían una auténtica fobia por el propio concepto de ley. Como su norma suprema era el egoísmo, consideraban que toda ley limitaba este principio básico. En fin, su república era una mera suma multitudinaria de egoísmos individuales que solo se mantenían unidos por el propio egoísmo.

En cualquier caso, el fenómeno reproductivo de los calcos era del interés de la república tectónica, ya que dependía de ellos para perpetuarse como tal. Pero sus filósofos y naturalistas solo constataban un hecho: que a veces, después de las grandes victorias militares y poco después de que sus ejércitos devoraran la carne de miles y miles de seres derrotados en la batalla, tenían lugar reproducciones en masa de calcos. Casi por mimetismo, unas horas o un día después del gran festín el ejército empezaba a generar calcos. Imagínate el espectáculo, Proserpina. Un campamento militar tectónico en el que treinta o cuarenta mil guerreros empezaban a desprender calcos simultáneamente. ¡En solo una mañana, un día, el número de tectones se había multiplicado por dos!

Aún no había concluido mi exposición sobre la naturaleza de los tectónicos cuando entró un servus del Senado. Debía de ocurrir algo urgente para que se atreviese a molestar a personajes tan ilustres. Cicerón empezó a leer los papeles que le tendía y le cambió la cara de golpe.

—¡Craso! —gritó consternado—. ¡Marco Licinio Craso! Su ejército. Ha sido exterminado por los partos. ¡Oh, dioses inmortales!

—¿Y el destino de Craso? —se interesó Pompeyo, que por primera vez levantaba los párpados.

—Peor que la muerte —dijo mi padre—. Los partos lo capturaron vivo y lo interrogaron diciendo: «Así que tú eres Craso, el hombre más rico del mundo. Te gusta el oro, ¿verdad?». Y le echaron oro hirviendo por la garganta.

Cicerón se quedó mudo, absolutamente estremecido, una reacción muy diferente de la de César y Pompeyo. Ni siquiera se pusieron de pie en señal de respeto. Siguieron sentados en el banco de mármol. Al principio contuvieron la respiración, como si estuvieran bajo el agua, y de repente estallaron en carcajadas.

Te lo puedo asegurar, Proserpina: se partían de risa. Les brotaban lágrimas de los ojos de la gracia que les hacía y se daban palmadas en los muslos. Yo estaba perplejo. Para mí, para el común de los romanos, era una desesperanzadora catástrofe. Primero el ejército consular de África, y ahora esto. Roma iba de hecatombe en hecatombe. ¿Cuántos ejércitos perderíamos antes de que los tectones nos exterminaran? Pero, claro, así pensaban los romanos normales. Pompeyo y César eran más que ciudadanos, eran triunviros, y Craso, su enemigo político. Lo único que les importaba era que antes de la muerte de Craso tenían cada uno dos enemigos mortales, y ahora solo les quedaba uno: el que se reía a su lado.

Ellos se morían de risa mientras Cicerón se lamentaba en un susurro:

—Pobre Roma, pobre Roma…

—¿Sabes por qué los partos han matado a Craso? —preguntó César, repentinamente serio. Hizo ademán de filósofo pensativo y él mismo se contestó—: ¡Porque ha cometido un craso error!

Y redoblaron las carcajadas. Lo peor de todo fue que yo añadí leña al fuego sin querer. Les rogué que dejaran de reírse, les dije que los tectones amenazaban al orbe entero, que la humanidad era una sola y que ese era el momento oportuno para pedir una alianza a los partos. Puede que entre ellos hubiera gente lo bastante lúcida para entender que los tectónicos amenazaban a la humanidad entera, no solo a los romanos. Cicerón me apoyó con toda su energía.

Lamentablemente, nada podía demostrar con más claridad que Cicerón era una gloria periclitada que lo que ocurrió entonces. Ni Pompeyo ni César se molestaron en replicar, solo se rieron. Pompeyo hizo un gesto de desprecio, soltó un resoplido que hizo que le temblaran los labios, como los burros, y dijo:

—Pues ve tú a pedir una alianza a esos malditos partos. Eso sí, en tu lugar me llevaría una garganta de repuesto, por si te la llenan de oro fundido.

César no tuvo inconveniente en secundar el sarcasmo de su adversario.

—¡Aliarnos con los partos! ¡Claro que sí! Y ya puestos puedo enviar embajadas a los galos a los que acabo de encular para que se alíen conmigo.

Y volvieron a estallar en carcajadas.

Me supo mal por Cicerón, muy mal: los dos hombres más poderosos de Roma, del mundo, riéndose de mi padre, y delante de mí. Me sentía culpable, como si fuera yo el que lo había abocado a esa situación. Quería detener las burlas de algún modo, y dije:

—Adoran los fetos.

La vaguedad de la frase los intrigó un poco y dejaron de reírse.

—¿A qué te refieres? —preguntó Pompeyo.

—A los tectónicos. Adoran los fetos.

—¿Ellos? ¿La gente subterránea? —dijo César—. Creía que habías dicho que no quieren a nadie, que ni siquiera se quieren entre ellos. ¿Por qué iban a querer a los fetos?

—Ellos no. Sus cocineros. Los fríen con la placenta de la madre. He visto cenas de cinco mil fetos. Y no estoy hablando de fetos de ternera.

César y Pompeyo eran los hombres más encumbrados de Roma, pero recordé a Sitir, lo que me había dicho sobre mi responsabilidad en esa guerra entre el mundo y el submundo, y me atreví a levantarles la voz.

—¿Entendéis lo que os estoy diciendo? ¿Lo entendéis? ¡Y vienen hacia aquí! —grité—. ¡No creo que tarden ni un par de meses en pisar tierra italiana!

César y Pompeyo se pusieron serios. Pero incluso a esas alturas, cuando los tectones ya habían exterminado un

ejército consular y cruzado el estrecho de África, Pompeyo menospreciaba el peligro.

—Daré una patada en el suelo —dijo levantando un pie, fanfarrón— y aparecerán legiones por toda Italia.

—¿Y de qué te servirán? —replicó César en tono agrio—. En Italia hay hombres y en Roma hay forjas de armas, en efecto. Pero hay algo que nos hace aún más falta y no tenemos: ¡tiempo! —Estábamos todos pendientes de él—. Un legionario es mucho más que la suma de una espada y la mano que la sostiene. Necesita instrucción, y la instrucción requiere tiempo. Tiempo y experiencia. Y no digamos los centuriones, que son la columna vertebral de toda legión. Una turba se parece tanto a un ejército como un montón de ladrillos a un edificio —sentenció.

Se hizo un extraño silencio. Nadie hablaba porque nadie sabía qué decir. Al final fue el propio César el que tomó la palabra.

—Hagamos cuentas. Los tectónicos son cien mil, caballería incluida. ¿Es correcto?

Asentimos. Yo hice una puntualización:

—Te olvidas de los erugomos, aunque no son importantes. No los utilizan militarmente, como si fueran elefantes, solo son carros vivos. Bestias demasiado estúpidas para la guerra. Y además perdieron muchos al cruzar el estrecho.

—Bien —continuó César—. Podemos disponer de mis cuarenta mil legionarios acampados al otro lado del Rubicón. Supongamos que Pompeyo alista a cuarenta mil más en los dos meses que nos quedan hasta que los tectónicos lleguen a las puertas de Roma. Ochenta mil. Y la mitad, o sea los de Pompeyo, medio inútiles, porque acabarán de reclutarlos. No será suficiente. ¿Qué más tenemos?

—Bogud de Mauritania —dije yo—. No se enfrentó a los tectónicos cuando cruzaron su país de camino hacia Hispania. Dejó que los tectones pasaran por encima, como un cangrejo que se esconde en la arena cuando ve venir la ola. Bogud dispone de diez mil jinetes númidas. Si tenemos suficientes barcos para transportar a jinetes y caballos, dos meses bastan y sobran para traer a Bogud y su caballería ligera hasta el puerto de Ostia.

—¿Cómo sabes todo eso? —me preguntó Cicerón.

—Bogud es amigo mío y me escribe.

—¡Númidas! —se alegró César—. Buena aportación. Pero seguimos siendo demasiado pocos.

—Pues no hay más hombres de armas disponibles —replicó Cicerón—. ¡Deberán ser suficientes!

—¡Y yo te digo que no lo son! —le replicó César con autoridad—. Tú quizá entiendes de hacer discursos, pero de hacer la guerra sé más yo. O encontramos más legiones, o nos derrotarán.

Pompeyo también había ejercido el mando militar y sabía que César no iba errado.

—Evacuemos Roma —propuso.

—¿Hacia dónde? —dije yo—. Y, en cualquier caso, ¿crees que un millón de civiles pueden dirigirse a algún sitio al que los tectones no puedan llegar?

—¡Tiene que haber más tropas disponibles en alguna parte! —se sulfuró César.

—Claro que las hay —dije yo—. Y todos lo sabéis.

Ninguno de ellos me entendió. Y sin embargo era muy fácil.

—Libertus. Tiene bajo su mando a decenas de miles de hombres de armas, además de valiosísimos aspa. Y está muy cerca de aquí. En las montañas.

—¡Libertus! —se exaltó Pompeyo—. Esclavos, nada más; chusma militarmente inútil.

—No tanto, no tanto… —reflexionó César—. Tomaron Útica antes que los subterráneos, atravesaron el mar, conquistaron Sicilia y el sur de Italia. Para ser una chusma inútil no está nada mal. Yo los derroté, ¿recordáis? Y puedo aseguraros que lucharon bien, bastante bien para ser esclavos.

—No lo dirás en serio —intervino Cicerón—. ¡Alistar esclavos! Peor aún, ¡ofrecer una sagrada alianza nada menos que a ese Libertus, un iluminado rebelde que ha hecho pública su pretensión de destruir Roma! ¡Inimaginable!

—Pues si quieres salvar Roma, ¡piensa en una manera mejor! —le soltó César como quien riñe a un niño malcriado.

Cicerón calló. No supo qué responder. Contuvo su indignación, dio media vuelta y se marchó del Senado. Demasiadas humillaciones en un solo día. Como yo no lo seguía, cosa inaudita, me interpeló:

—Marco, ¿vienes?

Pero los ojos de César me reclamaban. Me decían: «Quédate un rato, tengo que hablar contigo». ¿Quieres saber lo que hice, querida Proserpina? No seguí a mi padre. Como comprenderás, Cicerón se marchó con un disgusto terrible en el corazón.

Cuando hubo salido, Pompeyo se puso de pie y empezó a caminar de de un lado a otro por el Senado.

—Supongamos que ese loco de Libertus se incorpora al ejército. Queda pendiente la cuestión del mando. Porque necesitaremos un comandante supremo de todas las tropas.

César dijo:

—¡Por descontado! Tienes razón en que es una cuestión que tendremos que decidir. —Y añadió—: ¿Qué haces que todavía estás aquí? Tienes trabajo si quieres alistar a esos cuarenta mil hombres que has prometido aportar al ejército.

Y Pompeyo también se marchó. Si lo pensamos bien, Proserpina, fue un acto de lo más revelador: marchándose obedecía a César justo cuando empezaban una discusión sobre quién debía ostentar el mando.

Me quedé solo con él, con César; allí, en el venerable y corrupto, corruptísimo, Senado de Roma. César miró el techo, como si los lémures de todos los magistrados muertos le hablaran en voz baja. Me dijo sin bajar la vista:

—¿Qué te pasó allí abajo?

—Muchas cosas —dije yo—, y todas malas.

—¿El submundo es algo así como la cueva de Trofonio?

Me reí. La cueva de Trofonio, querida Proserpina, era un lugar subterráneo. Se suponía que los que entraban sufrían visiones malignas. César notaba mi resistencia a hablar, pero persistió.

—¿Te denigraron? ¿Sientes repugnancia por ti mismo por todo lo que hiciste y te hicieron?

Bajé la mirada mientras asentía con la cabeza, avergonzado.

A César le gustaba referirse a sí mismo en tercera persona. Cualquier otro habría parecido pedante y presuntuoso. Él no. Estaba demasiado seguro de su grandeza.

—César es César. ¿Sabes por qué? —Él mismo se respondió —: Porque antes no lo era. Algo me hizo mutar y transmutar. —Y se explicó—: Cuando era joven, el dictador Sila quiso

matarme. Me envió unos sicarios. Consiguieron localizarme, y cuando estaban a punto de asesinarme dijeron algo que me ofendió mucho. Tanto que me quemaba más la indignación que el miedo: Sila solo les había ofrecido cien sestercios por mi vida. ¡Tan poco me valoraba! Yo les ofrecí el triple y hui a Bitinia. Allí me acogió el rey Nicomedes. Pero su hospitalidad tuvo un precio: me sodomizaba todas las noches y me obligaba a tragarme su esperma.

Me levantó el mentón con dos dedos para que lo mirara a la cara.

—Marco, ¿qué crees que me ha hecho grande? ¿Mis lémures benignos, mi apellido? ¿Mis victorias? No. Sila y Nicomedes me hicieron grande. El miedo alimenta nuestro valor; y las indignidades nuestra grandeza. Sin ellos, sin Sila y Nicomedes, nunca habría dejado de ser un noble lánguido y voluble de la parte alta de la Suburra. Ellos me cambiaron y me convirtieron en lo que soy. Yo sobreviví a Sila y a Nicomedes; tú a los subterráneos. No te avergüences. En realidad deberíamos compadecer al hombre que nunca ha sufrido grandes adversidades.

Yo negaba con la cabeza.

—No sabes cómo es aquello. Las cosas que te hacen los tectones. Ojalá el inframundo solo fuera un infierno.

César me interrumpió.

—Marco, lo más difícil para un hombre no es vencer en la batalla o conseguir el consulado. No. Lo más difícil de todo es cambiar su perspectiva de las cosas. Cuando somos pequeños adquirimos nuestra visión del mundo sin ser siquiera conscientes de que la adquirimos: ¿has visto a algún dóminus que piense como un servus, o al revés? Imposible. Pero gracias a Sila y a Nicomedes, yo, el poderoso César, puedo entender a los perseguidos y a los esclavos. A la rata que huye y al prostituto más bajo. Eso es lo que me hace mejor que Pompeyo. Él solo piensa como Pompeyo, y morirá sin haber salido nunca de esa jaula de espíritu. Yo, en cambio, puedo pensar como un león y como una rata, y por eso lo venceré. Y ahora dime: ¿te transformaron los subterráneos, ese Nestedum que tanto te odia? ¿Dejaste de ver el mundo como un patricio para verlo de otra forma?

—Sí —concedí—. Infinitamente.

—Pues deberías agradecer infinitamente a Nestedum esos años de tormento en las profundidades del mundo.

No supe qué decir. Él sí.

—¿Sabrías cómo ponerte en contacto con Libertus?

—Creo que sí.

—Bien. Llévale este mensaje: si se une a nosotros, el Senado le ofrece diez millones de sestercios para él y un indulto para su gente. Nadie mejor que tú que has vivido en los dos mundos, el de los esclavos y el de los optimates, para convencerlo.

La grandeza de un hombre, la auténtica grandeza, querida Proserpina, se mide por su capacidad de elevar a los que le rodean. Esta era la diferencia entre Pompeyo y César: Pompeyo era poderoso y manifestaba su poder aplastando a los que tenía por debajo; César, en cambio, los hacía crecer.

Salí del Senado vivificado. Ese mismo día emprendí el trayecto para cumplir la misión encomendada. (No le dije nada a mi padre. Aún estaba enfadado conmigo y no me dirigía la palabra, lo que me permitió marcharme sin tener que darle explicaciones.) Demetrio me preparó un caballo, una bolsa de viaje y una túnica con capucha.

Llegar hasta Libertus no fue nada difícil. Todo el mundo sabía dónde estaba: en las llanuras que se extendían frente al Vesubio. Espoleé al caballo en dirección sur, y varios días de marcha después aparecieron señales de que las fuerzas de Libertus estaban cerca: campos quemados y granjas saqueadas, incluso núcleos urbanos abandonados. A ojos de un ciudadano romano, esa ruina demostraba que Libertus era una plaga en forma humana. Supongo que los esclavos agrarios que habían podido escapar de los azotes de su dóminus para unirse a Libertus pensarían otra cosa.

Un día, tras pasar una curva muy pronunciada, unos vigías del ejército de esclavos me dieron el alto. La verdad es que eran unos tipos más dignos de lástima que intimidadores; esclavos huidos, armados con lanzas de mala calidad y pectorales de cuero deteriorados. Yo ya no veía el mundo con ojos patricios, pero eso no significaba que hubiera olvidado los aires y el tono imperativo de los nobles.

—Llevadme hasta Libertus. Traigo un mensaje del Senado. ¡Y llevadme ahora!

Funcionó. El campamento servil se encontraba casi a los pies del Vesubio y era mucho más grande de lo que imaginábamos en Roma. Calculé que habría al menos unas ochenta mil almas reunidas, incluyendo mujeres, viejos, niños y enfermos. En total Libertus debía de reunir bajo su estandarte algo menos de treinta mil combatientes efectivos. Unos facinerosos sin moral ni calidad humana, según mi padre y las personas como él. Pero César lo veía de otra manera: muchos de esos hombres (y mujeres, que en el ejército de Libertus combatían en pie de igualdad con sus compañeros varones) ya tenían las experiencias de combate de Útica, Sicilia y la propia Italia, donde César los había frenado. En términos puramente militares, no era una fuerza despreciable. Y los necesitábamos desesperadamente.

Me hicieron esperar delante de una tienda. Era una tienda como las demás, ni más grande ni más rica, hecha de piel de cabra y lo bastante grande para albergar a dos personas. Recuerdo que pensé: «¿Dónde he visto una tienda así?». Y justo cuando mi memoria me contestaba: «En África, era el tipo de tienda que utilizaban los cazadores púnicos», alguien, alguien conocido, salió de ella. ¡Baltasar Palusi! Él tampoco salía de su asombro. Exclamó:

—¿Marco? ¡Marco Tulio! ¿Eres tú?

El pobre estaba sometido a dos emociones perfectamente contradictorias: por un lado, los recuerdos comunes y la alegría del reencuentro lo impulsaban a abrazarme. Pero recuerda, Proserpina, que Baltasar había jurado matarme para vengar a su hermano Adad. Yo dudaba si abrazarlo o respetar su desconcierto; él dudaba si abrazarme o apuñalarme.

—Dicen que traes un mensaje del Senado —dijo—. Pero ¿por qué no has enviado a otro? Ahora que estás aquí me obligas a matarte.

Los servus que me habían escoltado hasta allí se pusieron tensos.

—Libertus podría enfadarse si me matas antes de que le haya dicho lo que he venido a decirle.

No me pareció que la idea de aplazar mi muerte lo contrariara demasiado. Más bien nada. Y yo por fin podía

hacer a alguien una pregunta cruel que me había torturado durante siete años.

—Por favor, Baltasar Palusi, contéstame a una pregunta que me corroe: ¿cómo acabó la batalla en el Agujero de la Mantícora?

En lugar de contestar, Baltasar se llenó el pecho de aire, miró la multitud que nos rodeaba, curiosa por mi visita, me cogió por un hombro y proclamó:

—Este hombre se llama Marco Tulio y fue la primera persona que se enfrentó a los tectones que ahora avanzan hacia Italia.

Dicho esto, me rogó que me sentara con él en unas piedras, delante de una hoguera medio extinguida, y habló así:

—Los tectones nos ganaron, pero vencimos. Puede parecer contradictorio pero no lo es. Les causamos un montón de bajas. Recuerdo que el suelo estaba cubierto de cuerpos de esos abominables cabezas de limón, muertos o mutilados. Aun así, ya no podíamos más. La formación estaba disolviéndose y los hombres huían con ignominia. Ya nos tenían. Al final, las únicas que aguantaban, mira por dónde, eran las mujeres que Sitir había adiestrado. Mantenían su falange de lanzas primitivas contra el enemigo y maldecían a los hombres fugitivos acusándolos de querer vivir demasiado. Pero, por más que gritaran, nuestro diminuto ejército estaba deshaciéndose, desmenuzado por el furor tectónico. Creo que nos salvaste tú.

—¿Yo?

—Bueno, Sitir Tra. Cuando los tectones se te llevaron pozo abajo, ella explotó. Nunca había oído un aullido de rabia y dolor como ese. Como si a una leona le arrancaran su feto. Sitir estaba muy malherida, tenía tres costillas rotas. Incluso esa brea de la Piedra Negra que le cubría el cuerpo y todo lo resistía había sufrido tantos cortes, tantos golpes y tantas mordeduras que parecía una telaraña deshilachada. Pero se revolvió con una ira renovada. Hería y mataba moviendo todos los miembros a una velocidad increíble. Eso animó a las mujeres de la falange, que redoblaron sus gritos de bruja y los pinchazos de sus lanzas de punta calentada al fuego. Creo que ese repunte de furia, cuando los tectónicos ya se creían vencedores, fue definitivo. A Nestedum se le escapó un

bramido de derrota y frustración, levantó la mano mutilada y de pronto, todos a la vez como si obedecieran una voz inaudible, los tectones desaparecieron en dirección al Agujero de la Mantícora, como si el propio agujero los llamara. Ya tenían bastante. Fue tal como habías previsto. Demasiado castigo para tan poco provecho.

Me emocioné. Baltasar rememoró el final de Ergaster y la muerte de Qal en la batalla. Se me hizo un nudo en la garganta.

Luego continuó:

—Era una gran derrota, sí, pero también una gran victoria. Algunos supervivientes nos reunimos detrás de una colina. No sabíamos qué hacer. Te he dicho que Nestedum y los suyos se retiraron, sí, pero no Agujero de la Mantícora abajo, sino solo detrás de la murallita de rocas que habían erigido alrededor del pozo. ¿Recuerdas? Aquí Sitir Tra volvió a ser decisiva, creo. Porque nosotros no teníamos ánimo y no sabíamos cómo proceder. Pero ella, en cuanto recuperó las fuerzas, volvió. Solo repetía, obsesa: «Juré protegerlo y no lo he hecho, no lo he hecho». Cada madrugada se acercaba a la murallita. Abroncaba a los tectones, les exigía que te devolvieran a la luz del sol y los retaba a salir a luchar. Los tectones no abrían la boca, nunca. A veces, furiosa, incluso cargaba contra el muro y mataba a un par de cabezas de limón antes de que un bosque de lanzas dentadas la ahuyentara. Y así cuatro días seguidos. Recuerdo que al quinto día Servus habló con ella. «Querida, déjalo correr —le decía, amoroso—. Juraste proteger la vida de Marco Tulio, pero sabes tan bien como yo que fue un juramento secundario». «¡Gea no entiende de juramentos secundarios!», replicó ella. «Sabes tan bien como yo que la virtud predilecta de la diosa Gea es la resignación. Ten fe», insistía él. «La fe lo hace todo posible, no más fácil», sentenció Sitir. Y dicho esto, inició una carga contra la muralla de rocas apiladas. A la carrera, con los puños cerrados. Créeme, no parecía un aspa. Los aspa siempre son fríos, incluso cuando aman, nunca insensatos. Y aquella madrugada Sitir Tra hacía pensar en una loba enloquecida…

»Y ese fue el final. Los tectones vieron llegar a esa furia incansable y Nestedum se ratificó en una decisión que

seguramente ya había tomado: retirarse definitivamente Agujero de la Mantícora abajo…

»Cuando Sitir accedió, cuando saltó por encima del muro de piedras, solo encontró desechos. Los últimos tectones incluso habían sellado el agujero obturándolo con una roca gigante. Y ahí acabó, ahora sí, la batalla y la presencia de los tectones en la superficie de nuestro mundo.

Nos callamos todos: Baltasar, yo y la audiencia espontánea que se había congregado alrededor de la pequeña hoguera. Hice una reflexión en voz alta.

—Fue una victoria. Pero a qué precio. De nuestro grupo murieron el más viejo y el más joven, Ergaster y Qal. Pobre Qal.

—Y Adad —me recordó secamente Baltasar.

—Sí, claro, y Adad —me corregí, pero como no quería tocar esa cuestión tan conflictiva cambié de tema—. ¿Y Qal? Me pregunto si murió sin saber quién era ese amante que le había quitado el amor de Servus.

Baltasar Palusi se echó a reír con ganas. Yo no entendía qué le hacía tanta gracia.

—¡Por favor, Marco Tulio! Por lo que veo, todo el campamento lo sabía menos tú: el amor de Servus, con quien se acostaba y a la que trataba como si fuera su mujer, era ella.

—¿Ella?

—¿Cuántas mujeres había en las dos caravanas, la tuya y la nuestra?

Ante mi expresión de incredulidad, Baltasar decidió ser más explícito.

—Sitir. Sitir Tra. ¿Quién si no?

Me atacó un tartamudeo infame. Todo el mundo me miraba. Me esforcé por ocultar mi rubor y mi desolación, pero era imposible.

—Pero ¡yo vi a Sitir apareándose con aquel coloso, Urf! —repliqué.

—¿Y qué? —dijo Baltasar—. Los aspa son libres y tienen sus distracciones. Pero el auténtico vínculo lo había establecido con Servus.

Tardé un tiempo innoble en recuperar la palabra, y fue para preguntar:

—¿Y de Servus? ¿Qué fue de él?

Te seré sincero, Proserpina: habría dado un brazo por que Baltasar Palusi me dijera que Servus había muerto poco después por la picadura de una víbora, una fiebre africana o un rayo perdido. Pero la respuesta fue:

—Estamos aquí por él —dijo—. Aunque eso ya lo sabrás, claro.

—¿Saber? ¿Qué debería saber?

Por toda respuesta, Baltasar se puso de pie y me pidió que lo siguiera. Llegamos a otra tienda. Al igual que la de Baltasar, era tan pobre y simple como todas las demás, pero mucho más grande. Me dijo que esperara fuera y entró.

Al momento salía acompañado de otro hombre. Servus. O tal vez debería decir, querida Proserpina: Libertus. Porque era él, por supuesto.

En realidad, Proserpina, no fue una sorpresa total. En el fondo del corazón ya lo sabía. Esa insurgencia servil llevaba su sello. «Tengo una Idea», me había dicho antes de la batalla. Y yo me había reído de él. ¡Ja! Hice mal.

Después de la batalla del Agujero de la Mantícora y de la retirada de los tectones, Servus se cambió el nombre y empezó su revolución. Ya sabemos con qué éxito. De alguna manera, incluso podríamos afirmar que los tectónicos lo ayudaron. Unos hombres que habían sobrevivido al ataque de los subterráneos se creían capaces de todo. Y divulgaron por todo el sur de África el nombre de Servus. (Perdón, ahora Libertus.)

Libertus, un hombre de gran intelecto, había construido un relato casi mítico según el cual un grupo de esclavos liberados y él habían derrotado a hordas subterráneas. (No será necesario que te diga que borraron cuidadosamente mi intervención en los hechos. Pero ¿quién era yo para recriminárselo? ¿Por qué debían ser patrimonio de los patricios romanos la manipulación y la mezquindad política?)

Torques y otros como él eran mejores utilizando la lengua que acometiendo asaltos, así que difundieron la buena nueva por toda la provincia. (¿Recuerdas a Torques, Proserpina? Era ese bandido penoso al que habíamos reclutado a última hora.) Cuando Libertus, Sitir y los antiguos esclavos llegaban a los grandes latifundios africanos, su nombre ya los precedía. Los esclavos crucificaban al dóminus de la villa y seguían en masa

a los rebeldes. Y cada vez eran más. Cuando tomó Útica, Libertus convocó una especie de sínodo de la religión Gea en la ciudad. Sus argumentos teológicos se extendieron y muchos aspa se sumaron a su llamada. Cuantos más aspa abrazaban esa original herejía Gea, más fuerza y confianza desprendía la causa de Libertus y más esclavos se unían a él.

Pero volvamos donde estábamos, Proserpina. Te decía que estábamos delante de la tienda de Libertus. A diferencia de Baltasar Palusi, Libertus estaba muy cambiado. Incluso me costó reconocerlo. Se había dejado crecer el pelo, quizá para que le tapara las iniciales de esclavo que llevaba tatuadas en las orejas. (Y porque la cabeza rapada era signo distintivo de la condición servil. ¡Por eso César odiaba tanto su incipiente calvicie!) Vestía más decentemente, aunque sin lujo alguno. El poder y la fama no le habían borrado los surcos de esas mejillas de caballo que revelaban un sufrimiento largo y profundo. Ahora ponderaba más sus gestos y enfocaba con más calma la mirada. Me observó y sonrió tímidamente, no sé si por cariño sincero o porque mi estupefacción le parecía la mar de divertida. En cuanto al sentido del humor, sí que había mejorado un poco.

—Mira qué cosas, un patricio en mis dominios —dijo—. Nuestros hombres necesitan ejercitarse: te ataremos a un palo para hacer tajos y practicar esgrima.

Pero no me asusté. Los dos teníamos memoria: eran más o menos las palabras que había oído de mis labios cuando Gneus Ricitos me regaló la propiedad sobre él.

—Traigo un mensaje para ti —me limité a decir—. Es de César, pero no creo que tenga problemas para que lo ratifique el Senado.

Por toda respuesta hizo un gesto para que entrara con él en la tienda. Porque era su tienda personal. Y como era allí donde vivía y dormía, al fondo estaba su cama, un simple jergón. Y tumbada encima, Sitir Tra.

Me vio y se levantó al estilo aspa, estirando los cuatro miembros como los gatos cuando se desperezan. Nuestras miradas se cruzaron. Nos lo dijimos todo y no dijimos nada. Yo nunca había sentido tantas cosas en un solo instante: alegría y decepción, tristeza, celos, odio y amor. Todo a la vez, todo mezclado y todo en un parpadeo. Fue un momento

horrible, Proserpina.

Nos sentamos todos en el suelo, en unos cojines sencillos y muy finos. Libertus estaba flanqueado por Sitir y Palusi. Mi primera pregunta era obligada:

—¿Cómo conseguiste hacerte con un ejército?

Se echó a reír, sarcástico.

—Roma me lo dio. No lo tendría si no fuera por la opresión que practica, por su crueldad inhumana. No somos el primer ejército de esclavos que se alza, pero seremos el último. Venceremos.

Miré a mi alrededor, la humilde tienda que nos cobijaba. El humor suburriano nunca me dejaba desamparado.

—Pues si vives así antes de tus victorias —me burlé—, no quiero ni imaginar cómo será después de tus derrotas.

—Ríete si quieres —me replicó—. Cada día somos más. Y cuando seamos suficientes atacaremos la propia Roma.

—¿Antes o después de que lo hagan los tectones?

El objetivo de mi pregunta era centrar el debate en la cuestión que me había llevado hasta la falda del Vesubio. Se quedó callado.

—La República os ofrece una amnistía general —continué —. Y diez millones de sestercios para que rehagáis vuestra vida. Lo único que pide es que os unáis al gran ejército que está formándose para combatir a los tectónicos.

Libertus tardó un poco en contestar.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? Unos tipos con toga se reúnen y dicen: «Necesitamos a los que hasta ayer humillábamos, exprimíamos y crucificábamos. Venga, Marco, ve y ofréceles unas cuantas migajas y que vengan a comer de nuestra mano». —A medida que hablaba iba exaltándose—. Para Roma somos unos seres que ni siquiera llegamos a la condición de humanos. ¿Sabes lo más triste de todo, Marco Tulio? Que incluso ahora respetan y valoran más a los tectones que a los servus. Para el Senado somos cosas. No: menos que cosas. ¡Cuántos de nosotros no habríamos querido tener la vida de un perro o una mula! Cuando morimos trituran nuestros huesos, y todo por lucro, el lucro, siempre el lucro. ¡Tú estuviste conmigo en aquella mina africana!

—Tienes razón —lo interrumpí. Y se quedó tan sorprendido que tuve tiempo de añadir—: Lo creas o no, estoy de tu parte.

En África habría refutado tus argumentos. Ahora pienso como tú.

Libertus recelaba.

—¿Y qué diferencia hay entre el Marco Tulio de África y el de ahora?

—Siete años bajo tierra.

Los tres me miraron, escrutadores. Yo seguí:

—Buena parte de ese tiempo lo viví como esclavo de los tectones, y el resto huyendo de ellos o combatiéndolos. Créeme, he experimentado la esclavitud; no, algo mucho peor, y ahora odio muchas cosas de Roma que antes amaba.

No me extendí al respecto; lo que me interesaba era la cuestión que nos ocupaba.

—Libertus, estabas conmigo en el Agujero de la Mantícora. —Miré a los otros dos—. ¡Todos estabais! Nadie sabe mejor que vosotros lo que significa el avance de los tectones. Vienen hacia aquí. Y ahora no son dos o tres centurias, son cien mil, y créeme, Libertus: si en este mundo hay algo inacabable, es la voracidad tectónica. Cuando se hayan comido Roma, subirán hasta estas montañas y se os comerán a todos. Sabes que es cierto. —Y concluí—: Juntos podemos derrotar a los tectónicos; por separado nos devorarán a todos. Libres y esclavos. Es así de simple y lo sabes. Te lo ruego: ¡acepta la amnistía!

Palusi y Sitir miraron a Libertus. Tenía un dilema: aceptar la oferta del Senado era renunciar a sus principios, al sentido mismo de su revuelta e incluso de su vida. Pero rechazarla significaba la muerte de los suyos, de todos. Libertus hizo llamar a media docena de hombres y mujeres de confianza y me ordenaron que esperara fuera de la tienda mientras deliberaban.

—No me gustaría estar en tu lugar —le dije—. Tienes que elegir entre la vida y la libertad.

Salí de la tienda y volví a sentarme delante de la pequeña hoguera. Los que estaban por allí se alejaron rehuyéndome como si fuera un apestado. Sí, eran más pobres que las ratas. Muchos estaban enfermos. ¡Qué humanidad tan desvalida, tan mórbida y desamparada! Y a esos seres pedía auxilio Roma, al estiércol de la tierra. Evitar el Fin del Mundo dependía de ellos. No me miraban con ojos amables. Tampoco podía

recriminárselo: para ellos yo era la encarnación de un horror llamado Roma, al que odiaban y del que habían huido.

Me fijé en una estampa curiosa: no muy lejos, en un espacio libre de tiendas, habían erigido una estatua que representaba a un chico oriental, o eso parecía. No era nada imponente. Una estatua pequeña que no me llegaría ni al ombligo. Para darle algo de altura la habían colocado encima de una roca sin tallar. Estaba esculpida en piedra de mala calidad y pintada de colores llamativos. En conjunto era pobre y de muy mal gusto, pero a juzgar por las ofrendas que había generaba una gran devoción. En el cuello tenía muchas guirnaldas de flores, secas y frescas. A los pies, ramos de tomillo y romero y muchas velas, algunas consumidas y otras todavía encendidas. Cada vez que alguien pasaba junto a la estatua se llevaba tres dedos a la boca, los besaba y después tocaba los pies del chico con veneración.

Hacía fresco. Me abracé a mí mismo mirando las llamas desganadas. Entonces alguien me echó una manta sobre los hombros. Era Sitir.

Se sentó frente a mí, al otro lado del fuego. Ella no necesitaba abrigo. Su cuerpo seguía siendo tan hermoso como siempre, aunque estuviera muy lejos de cualquier canon de belleza. Se dio cuenta de que me fijaba en aquella estatua mediocre y feota y dijo:

—¿Lo reconoces? Es Qal.

—¿Qal?

—Sí. Ahora todo el mundo lo venera. Él fue el mensajero. Dicen que él difundió por África la buena nueva de Libertus.

Me dio un ataque de risa.

—Qal era un prostituto de taberna portuaria en Útica. Lo sabes tan bien como yo.

¡Qué cinismo! El único mensaje que Qal había llevado fue el que yo le di para mi padre, y no había servido de nada porque Cicerón solo me contestó vaguedades que en el desierto perdían todo el sentido.

—Pues ahora, para esta gente, es una especie de dios mensajero. El que lleva la noticia de la libertad a los oprimidos.

¡Qal! Libertus había transfigurado a la persona hasta convertirla en personaje. Al servicio de su causa, claro.

Libertus tenía una Idea, en efecto, y le estaba construyendo un panteón. Volví a mirar a Sitir.

—¿Tú no deliberas? ¿No votas? —le pregunté por decir algo.

—Ya saben lo que pienso. Y los debates me aburren.

Quería decirle lo mucho que significaba para mí, que su recuerdo me había mantenido con vida siete años. Pero no era necesario decir nada. Era un aspa. Podía leerme el corazón con la misma facilidad con que mi padre leía sus discursos, y antes de que le dijera nada se adelantó.

—Calla —dijo. Pero no fue un «calla» ofensivo ni imperativo. Era su manera de decir que no quería hablar de ello. Abordé otro tema.

—¿Lo quieres? ¿Quieres a Libertus? Como mujer, me refiero.

—Calla.

Este segundo «calla» era más difícil de interpretar.

—Todos estos años —continué—, ¿has pensado en mí alguna vez?

—Sí. Aún me persigue ese momento, cuando el agujero se te tragó.

—¿Lo lamentaste por cariño a mi persona o simplemente porque no pudiste cumplir la misión que tenías encomendada?

No dijo nada.

—¿Sabes qué? —dije—. Hay un pequeño detalle que todavía me tiene muy intrigado: si en Roma no te hubieras presentado en la puerta de nuestra casa de la Suburra, todo habría sido muy diferente.

Aquí Sitir esbozó una sonrisa irónica.

—¡Pollito! Mira que sois pretenciosos los patricios romanos. Siempre creéis que el mundo gira a vuestro alrededor. —Y entonces dijo algo que me dejó estupefacto—: Nunca lo entendiste, pollito. En el viaje a África yo no era tu escolta, sino la de Libertus. Fue la Idea de Libertus lo que me atrajo al portal de tu casa, no tú.

Me avergoncé de mí mismo: ¡qué estúpido había sido! Repasaba los hechos y, en efecto, todo encajaba: el auténtico protagonista de ese viaje era Libertus, y no un chaval aristócrata y ridículamente pretencioso. Topar con los

tectónicos, ahora lo entendía, había sido un puro accidente, un imprevisto. Libertus siempre había querido ir a África porque sabía que allí los servus de provincias, antiguos enemigos vencidos, estarían más predispuestos a iniciar una revuelta. Y yo me convertí en su transportista involuntario. El gran momento de ese viaje no fue otro que la epifanía de Sitir en la mina de plata, cuando vio todo el horror de Roma y por fin dejó que Libertus la convenciera. Con un aspa a su lado (dos, si contamos a Urf), Libertus ya podía empezar su revolución.

—Pero tú me exigiste que fuera fiel a lo que tenía que hacer, me dijiste que habías visto grandes cosas dentro de mí —repliqué.

—Eso fue después, cuando embarcamos. Sí, una vez en África noté que dentro de ti había un tesoro que para emerger necesitaba ayuda.

—Si yo no era la misión, ¿por qué te dolió tanto perderme? ¿Llegaste a quererme? ¿Tanto como a Libertus? ¿Más?

Ella me miraba sin hablar.

—El día que te infiltraste en mi casa disfrazada de mujer de Bogud, no te había enviado Libertus, ¿verdad? —La pasión hizo que me atreviera a agarrarla de una muñeca—. Proclama que no quieres a Marco Tulio. Dilo, y así podré ordenar a mi cabeza y a mi corazón que te olviden.

¡Oh, Proserpina, qué momento! ¿Y sabes por qué? Pues porque ella no hacía ningún esfuerzo por liberar la muñeca. Y noté que dentro de esos ojos verdes anidaba una chispa. Pero entonces Sitir Tra miró por encima de mi hombro y dijo:

—Ya han decidido.

Me giré: Libertus, Palusi y los demás hombres salían de la tienda. Me puse de pie. Libertus se plantó delante de mí y dijo:

—Ya tenemos la respuesta para Roma.

Todos me miraban con ojos graves, en especial Baltasar Palusi. Todos menos Libertus, que más bien tenía una expresión burlona.

—¿Y bien?

—La respuesta es esta: no.

Yo no salía de mi asombro.

—¿No? ¿No a qué? —tartamudeé, como si no estuviera lo

bastante claro.

Libertus dijo:

—Te lo repito, por si no lo has entendido. La respuesta es no. ¿Te ves capaz de recordarla?

Admito, Proserpina, que el gran error de la oferta de César fue considerar a Libertus como a un igual. Porque el hecho de tratarlo como a un igual, principio loable, implicaba asumir que César y Libertus compartían intereses comunes. Y no era cierto.

Para un patricio, la finalidad de esa lucha entre dos mundos era preservar el bien primario y supremo sobre el que reposaba todo: la vida. Pero ante este planteamiento un ejército de esclavos siempre replicaría con una pregunta: ¿vivir para qué? Para las personas que seguían a Libertus la muerte y la esclavitud eran destinos casi indistinguibles. ¿Por qué deberían volver a someterse a la autoridad del Senado? ¿Para defender un final en lugar de otro?

No será necesario que te diga, Proserpina, que la decisión de Libertus me sumió en una postración de espíritu casi insuperable. Aun así, me permitirás un añadido: tenía un segundo plan por si todo se torcía. Un plan desesperado, un plan más allá de los límites de la razón, pero un plan para derrotar a los tectónicos al fin y al cabo.

Al rato, Baltasar Palusi me vio cabizbajo y meditativo y se acercó a mí.

—Ya sabes —me dijo— que mis deberes para con mi hermano me obligan a matarte. Desgraciadamente no podrá ser hoy, porque he de tolerar tu regreso a Roma con el mensaje de Libertus.

—¡Oh, no te preocupes por eso! —Esa fue mi original respuesta—. Si enviáis mi cabeza al Senado, incluso la mediocre inteligencia de los senadores entenderá que es un no. ¿Qué importancia tiene morir hoy o mañana? —continué —. Si Libertus no une sus fuerzas a las de César y Pompeyo, estamos muertos. Mátame, Baltasar Palusi, porque así mi muerte servirá al menos para alegrar tu vida. La poca vida que te quede hasta que lleguen los tectónicos, quiero decir. Solo te imploro una cosa: para que sea una muerte

majestuosa, hazlo en la cima del Vesubio.

En realidad Baltasar no quería matarme. Yo siempre lo había sabido. Pero estaba atado por su juramento y accedió a mi deseo. El trayecto duró unas horas. Seguimos una torrentera seca que nos facilitaba el ascenso. De esa subida solo recuerdo una anécdota graciosa. Yo llevaba colgado a la espalda un loculus, es decir, un zurrón de legionario, muy práctico.

—Qué ganas de ir cargado —comentó Baltasar—. Para lo que tienes que hacer allá arriba…

—Ahora que lo dices, Baltasar Palusi, creo que tienes toda la razón: ten.

Y se lo cedí para que me lo cargara él. Cuando llegamos a la cima admiramos un espléndido paisaje, con la refulgente bahía de Neápolis al fondo y una tierra ubérrima detrás. Qué región tan hermosa, tan llena de vida y de futuro. No, no podíamos permitir que los tectones la convirtieran en un paraje muerto. Recuerdo que musité para mí mismo:

—Si no lo evitamos, Neápolis será Necrópolis. Y luego me dirigí a Baltasar.

—Hay algo que no entiendo. Es obvio que acabaste siguiendo a Libertus. Pero tú eres un hombre libre, su causa no es la tuya. Después de la batalla en el Agujero de la Mantícora, ¿por qué no volviste con los tuyos, a los que tanto quieres y con los que tantas obligaciones tienes? ¿Acaso no tenías que casarte con la viuda de tu hermano y adoptar a sus hijos?

Mi pregunta se le clavó como un dardo, porque su rostro se compungió repentinamente.

—Hay un episodio que todavía no te he contado, Marco Tulio. Supongo que recordarás que antes de la batalla volví para vengarme de ti mientras mis cazadores continuaban en dirección a nuestro poblado. Una vez allí, narraron a los míos todo lo que estaba pasando en el Agujero de la Mantícora: la muerte de Adad y mi decisión de quedarme. Aquello causó una gran conmoción. Mi mujer y la viuda de mi hermano, dos mujeres con carácter, decidieron ir a buscarme. Para ellas la muerte de los dos hermanos habría sido una desgracia demasiado insoportable, y querían convencerme de que volviera. Eso sí, conscientes de que soy un hombre tozudo, se

llevaron con ellas a todos mis hijos y a los de mi hermano. Creían que la visión de los niños me conmovería y sería más fácil disuadirme.

Yo me tapé la boca con la mano, porque si todo relato es un río, empezaba a adivinar dónde desembocaría aquel.

—El poblado no estaba muy lejos del Agujero de la Mantícora. Llegaron de madrugada, solo un par de días después de nuestro gran combate. Enseguida vieron a todos esos tectones muertos, aún tendidos en el campo de batalla. Con las mujeres y los niños iban también mis cazadores, haciendo de guías. Ellos ya conocían a los tectones, y dedujeron que habíamos ganado la batalla, porque los tectones se comen a sus propios muertos, y sin reparos. En consecuencia, si no se habían llevado a los caídos solo podía ser por un motivo: porque ya no estaban allí. No podían saber que los tectones no salían de la murallita por miedo a Sitir, que los hostigaba cada mañana, y a nuestros proyectiles. Por tanto, toda la comitiva se acercó sin miedo a la murallita erigida por los tectones.

—¡No! —exclamé.

—Sí. Los supervivientes de la batalla nos habíamos replegado en la falda de una colina mientras nos curábamos las heridas y decidíamos qué hacer. No vimos llegar a los míos. No vimos cómo se dirigían hacia el Agujero de la Mantícora en línea recta. Solo oímos sus gritos. Sitir y yo fuimos corriendo, pero ya era demasiado tarde.

—Se comieron a todos los tuyos… toda tu familia, mujeres y niños… —balbuceé, horrorizado.

Palusi cayó de rodillas llorando a lágrima viva.

—¡Si no hubiera vuelto para vengarme de ti ahora estarían todos vivos!

Yo clavé una rodilla en el suelo y le pasé un brazo por encima del hombro.

—¡No, no te castigues en vano, Baltasar Palusi! —intenté consolarlo—. Hiciste lo que ordenan las buenas costumbres. Los que mataron a tu familia fueron los tectones, nadie más. Buscando venganza solo querías acatar la ley de tu pueblo.

(No dejaba de ser curioso, querida Proserpina, que en ese debate yo defendiera mi propio asesinato como la forma correcta de actuar. En fin, las personas son extrañas.)

Muerto de pena, Baltasar Palusi estuvo a punto de suicidarse allí mismo, junto al Agujero de la Mantícora. Y lo habría conseguido, creo yo, de no ser porque al lado tenía dos personalidades tan poderosas como Libertus (que todavía era Servus) y Sitir.

—La muerte siempre llega, más tarde o más temprano —le dijo Libertus—. Así que ¿por qué quieres ir a buscarla tú a ella? El lapso de vida que te queda puedes aprovecharlo para servir a una causa noble y justa.

Pero el argumento más convincente se lo ofreció Sitir Tra.

—Tu hermano y tú estabais tan unidos como dos agujeros de una misma nariz. Y ahora dime: ¿querría él que te abrieras las venas con el machete?

Al final Palusi optó por vivir y quedarse con ellos. Y a las órdenes de Libertus se convirtió en un magnífico general. Libertus hacía los discursos y las arengas y dictaba la política a seguir. Pero era Baltasar el que dirigía las tropas en el campo de batalla. Aprendió muy deprisa. César era el mejor testigo de ello: había derrotado al ejército de los servus en la batalla, en efecto, pero no había tenido inconveniente en admitir ante mí la pericia de su rival.

—Aún hay otro motivo por el que me siento culpable —me confesó—. ¿Sabes cuál es? Que por mucho que quisiera a mi mujer y a mis hijos, al que no me saco de la cabeza es a Adad. Como si mi amor por él eclipsara todo lo demás.

Cuando mencionó a su hermano tuve que tragar saliva.

—Es normal —me limité a decir—. Nunca han existido dos personas tan iguales y tan unidas.

Pero estábamos perdiendo el tiempo. Yo no había ascendido el Vesubio para morir. No, Proserpina. Levanté a Baltasar del suelo y le hablé así:

—Tengo que decirte algo, y espero que no lo cuestiones, porque no tengo tiempo para muchos detalles. Durante mis peripecias por los mundos subterráneos conocí incontables naciones, tan diversas y diferentes que necesitaría una vida entera para contarte cómo son. Pero el episodio más notable que viví tiene que ver con el mundo divino: resulta, amigo Palusi, que existe un Dios supremo, un Dios que creó todas las cosas, y yo lo conocí.

—¿Conociste a Baal?

—No. Baal no existe. Solo existe un Dios, un Dios único, y habita una cueva en las profundidades más recónditas del mundo.

Un sabio romano se habría reído de mí. Baltasar Palusi poseía otro tipo de sabiduría, más plebeya y más tolerante, y en ningún momento puso en duda mi testimonio. Se limitó a decir:

—¿Y por qué me cuentas todo esto?

—Porque, ahora que Libertus se niega a unirse al Senado, Dios es nuestra última esperanza. La primera y única vez que me entrevisté con él le rogué que me indicara el camino de vuelta a la superficie. Ahora le pediré ayuda para combatir a los tectones.

—Sigo sin entender por qué demonios me necesitas, Marco Tulio.

—Por dos cosas en las que eres la única persona en el mundo que puede ayudarme.

Hizo una mueca incrédula.

—¿Qué dos cosas?

Me limité a señalarle la boca del volcán y a pedirle que mirara hacia abajo.

—Mira, Baltasar. Un africano como tú quizá no conoce cosas que todos los itálicos saben. ¿Te han hablado de los espectaculares colores de la lava que nada en el fondo del Vesubio?

Ciertamente, allí abajo la lava del Vesubio refulgía con una bellísima mezcla de rosado y azul clarísimo. La fuerza volcánica elevaba surtidores líquidos de ambos colores, que se fundían y caían otra vez en la balsa primordial del fondo del cráter. Y entonces, cuando más extasiado estaba Baltasar Palusi, lo empujé con las dos manos.

15

Salté detrás de Baltasar Palusi. Te aseguro, Proserpina, que era una caída de órdago, pero yo ya sabía que la lava me acogería con una placidez amorosa. Fue como sumergirse en una cisterna de aceite.

Esa sensación agradable y absorbente había cogido tan por sorpresa a Baltasar Palusi que el pobre todavía se debatía entre el espanto y la incomprensión. Los dos abrimos los ojos bajo la lava. Yo lo miré y abrí la boca para hacerle entender que la lava no le ahogaría los pulmones ni le inundaría el cuerpo. Pero él estaba angustiado. Se asustaba y retenía aire, y me preocupaba que su propia agitación lo perjudicara. Le agarré de los codos para tranquilizarlo y para que comprendiera que lo mejor que podía hacer era no hacer nada. Ya se encargaría el propio Vesubio. A nuestro alrededor todo era un mar rosa y azul en ebullición, una turbulencia incesante. Palusi entendió por fin que esa fuerza no nos afectaba. Al contrario. Nuestros cuerpos flotaban entre dos aguas, como medusas dormidas, sin que nos golpeara ninguna ola ni nos sacudieran las corrientes líquidas.

Al rato notamos que hacíamos pie. Nos sentimos como dos niños playa adentro, luchando contra la densidad del agua para intentar llegar a la arena. Caminábamos sin ir a ninguna parte, al menos aparentemente; nos conformábamos con dar un paso detrás de otro. De repente, ya teníamos la cabeza fuera. Seguimos caminando, con esfuerzo. Hasta que salimos del todo. Estábamos en una gruta donde la lava hacía de lago, un lago sorprendentemente tranquilo y aceitoso. Cuando estuvimos fuera, todo el líquido que nos empapaba empezó a deslizarse hacia abajo, y hasta la última gota azul-rosa abandonó nuestro cuerpo, la ropa que llevábamos y el calzado, y volvió al lago. En un abrir y cerrar de ojos habíamos quedado tan secos como antes de saltar desde la

cima del Vesubio. Deberías haber visto, Proserpina, la cara desconcertada de Baltasar Palusi.

—Aquí abajo hay muchas cosas que cuesta entender —le dije antes de que tuviera tiempo de abrir la boca—, pero pueden entenderse.

La cueva a la que habíamos ido a parar tenía un techo irregular, no muy alto. Baltasar todavía llevaba colgado mi loculus de legionario. Se lo cogí y me lo eché al hombro.

—Vamos —dije señalándole el túnel que se abría ante nosotros.

El pobre Baltasar Palusi estaba tan maravillado que tardó un buen rato en abrir la boca. De hecho, me anticipé a su pregunta.

—El Dios Único vive tan lejos de aquí que necesitaríamos una caminata de cien años para llegar. Pero no te preocupes, no iremos a pie. Enseguida llegaremos a un sitio que nos será muy útil para el transporte. Yo lo llamo el prado de las Coles.

—Pues espero que sean coles muy veloces —replicó con un murmullo disconforme.

Al rato el túnel desembocó en el prado de las Coles, una superficie más extensa que el Campo de Marte. Una especie de rayos lentos, muy lentos, de color violeta, que iluminaban ese extraño lugar, recorrían constantemente el techo de roca. El nombre de prado de las Coles se lo había puesto porque allí, esparcidas por todas partes, había unas plantas gigantes, altas como un hombre, que recordaban a las coles de la superficie. Bueno, era una manera de decirlo. En puridad, hacían pensar más bien en grandes algas marinas, sacudidas por unos aires que no soplaban. Eran de color grisáceo, como las paredes de roca, pero mucho más llamativas y de hojas espesas y a la vez flexibles. Baltasar recelaba de las «coles», de sus movimientos ondulantes. Y es que ese zarandeo incesante, ciertamente, generaba un fenómeno óptico: nuestros ojos nunca estaban seguros de si las hojas iban o venían; de si se separaban del cuerpo de la planta o se acercaban a ella. Un zum-zum de colmena ingente resonaba por todo el prado.

Saqué dos bolsas pequeñas del loculus y cedí una a Baltasar

Palusi.

—Ahora procederemos de la siguiente manera —le dije—: caminaremos entre las coles ofreciendo esta bolsa a todas las plantas con las que nos crucemos. Si notas algo, detente.

—¿Algo de qué tipo?

—Cuando sientas que la col ronronea como un gatito, acércale la bolsa y ábrela. Eso es todo. Y no te asustes por lo que pasará a continuación.

Dejé que Palusi fuera delante. Al principio las coles nos ignoraban. Hasta que una, tal como había previsto, emitió un ruido como de gato satisfecho.

—¡Abre la bolsa! —le recordé—. Ábrela, que se vea lo que hay dentro.

Así lo hizo. Baltasar no pudo evitar la curiosidad, y cuando abrió la bolsa miró su contenido.

—¿Plata y remolacha? —se extrañó.

Fue lo último que dijo. Al momento, las hojas fluctuantes de la col lo habían abrazado y deglutido entero, como si lo hubieran absorbido. El hombre y la bolsa. Sucedió todo tan rápido que no me dio tiempo a responder a su pregunta.

Hice lo mismo con otra col. También se me tragó. Dentro te sentías como una mosca envuelta en una telaraña, pero sin ahogos. Las hojas de la col eran capas y más capas de una materia translúcida. Empezaron a moverse a una velocidad vertiginosa. Vi los nervios de las hojas acelerándose como los radios de una rueda en movimiento. Pero enseguida se detuvieron. Una vez quietas, aparté las hojas de la col como quien abre unas gruesas cortinas y salí de allí dentro. Ya no estaba en el prado de las Coles.

Me rodeaba otro paisaje, una cueva más vulgar. Veía gracias a una especie de crustáceos adheridos a las paredes cuyo caparazón emitía una luz anaranjada. Palusi salió de otra col. Su rostro me interrogaba.

—Hemos viajado una distancia inimaginable —le dije.

—¿Cómo demonios pueden moverse unas coles arraigadas?

—No se han movido del sitio. Cada col está conectada con todas las demás, y nos han trasvasado. No me preguntes cómo lo hacen ni cómo saben el destino final al que queremos llegar. Hala, vamos, ya falta poco.

Seguimos un túnel. Allí el techo era tan alto que se perdía

en la oscuridad. Seguía una línea imperturbablemente recta, como una avenida artificial. El silencio nos abrumaba, solo se oían nuestros pasos sobre la piedra. Las paredes exudaban una frescura salada. Al fondo de todo, a unos mil pasos de donde estábamos, brillaban dos luces blancas. Detuve a Palusi sujetándolo por el hombro.

—Esas luces iluminan la entrada a la cueva del Dios Único. Aún estamos lejos, pero cuando nos acerquemos verás que debajo hay un guardián, un hombre.

—¿Un humano como nosotros?

—Sí. Un hondero de Minorica.

—¡Por las santas pelotas de Baal! —exclamó Baltasar—. Pero ¿qué hace aquí un hondero baleárico?

—¡Baltasar Palusi! —lo urgí—. ¡Ahora no hay tiempo para explicar todas las singularidades del submundo! El hecho es que está ahí, que es el guardián de la cueva del Dios y que no deja entrar a cualquiera. Ese es el problema.

—Pero tú ya accediste en una ocasión.

—Exacto. Utilicé mi intelecto y la picardía de la Suburra y conseguí colarme. Pero ahora ya me conoce, y no le engañaré dos veces. —Le di unos golpecitos amistosos en el hombro y añadí—: Baltasar Palusi, hace un rato te he dicho que te necesitaba por dos motivos muy importantes. Este es el primero: arréglatelas para convencer al hondero de que nos deje entrar.

—Pero ¿por qué yo? —protestó airadamente—. ¿Qué tengo yo que ver con un maldito hondero de Minorica?

—Que los dos sois cazadores.

No le di tiempo para pensar ni replicar. Le tiré del brazo y seguimos adelante.

A medida que nos acercábamos, las dos luces fueron agrandándose. Eran como dos pequeños soles blancos sobre una abertura muy simple en una pared de piedra. Delante había un hombre: el hondero. Estaba sentado en una roca, aburrido, revisando los tendones de una honda. Al vernos se levantó sin prisas. Me reconoció enseguida.

—¡Vaya, pero si es Marco Tulio! Te dije que si volvía a verte te abriría la cabeza. ¿Lo recuerdas?

Y dicho esto, empezó a armar una honda. Debes saber, Proserpina, que los honderos minorqueses siempre iban

armados con tres hondas. Cada una era de un calibre diferente, para disparar piedras más o menos grandes. Las dos hondas que no empleaban las llevaban alrededor del cuello. Había elegido la mediana, y estaba cargándola con una piedra del tamaño de un huevo. Los honderos baleáricos eran infalibles: si disparaba, podía considerarme hombre muerto.

—¡Espera! —supliqué—. Este hombre que viene conmigo se llama Baltasar Palusi y ha venido expresamente a decirte algo.

Lógicamente, Proserpina, al pobre Palusi se le desencajó la cara.

—¿Cómo puede ser que de una boca tan pequeña como la tuya salga una mentira tan grande? ¡No se me ocurre nada que decir! —me susurró al oído con una mezcla de miedo e indignación.

—Pues yo de ti me apresuraría —repliqué en voz baja—, porque tiene muy mal carácter: primero me matará a mí y después a ti.

Baltasar tragó saliva, dio un paso adelante y dijo:

—Eh, tú. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Xium, y créeme, mis piedras viajan aún más deprisa que mi nombre.

Y dicho esto empezó a voltear la honda, un movimiento tan bello como peligroso. Pero Baltasar, fanfarrón, se rio.

—Con eso no acertarías ni un elefante a diez pasos.

—¡Ah! —se ofendió a Xium—. ¡Con la honda pequeña mataba becadas a cien pasos!

—¿Para eso utilizáis las hondas en Minorica? Parece que no regís demasiado, los minorqueses. Para cazar aves lo mejor es la grasa de pato mezclada con resina de pino viejo. Mojas las ramas y cuando los pájaros se posan, se quedan enganchados y listo.

—¿Y qué mérito tiene embadurnar ramas?

—¡Válgame Baal! ¡Cuando cazo no busco honor, sino llenar el estómago de mi gente!

—De acuerdo —concedió Xium bajando la honda—. Pero admite que cuesta más encontrar la savia de pino viejo que las piedras que utilizo como munición, y que la grasa de pato es mucho más cara de elaborar que una buena honda.

—Lo admito —transigió Baltasar—. Pero ahora dime:

¿cazarías jirafas, avestruces o leones con tus hondas?

—¿Todo eso cazas tú? —se admiró Xium—. ¿Cómo te llamas?

Y a partir de ahí empezaron un amistoso debate que te ahorraré, querida Proserpina, sobre las diversas modalidades de caza. Se entendían tan bien que se sentaron juntos, y Baltasar incluso olvidó el propósito que nos había llevado hasta allí. Al final se me acabó la paciencia y tuve que interrumpirlos.

—Si queréis entrar —decretó Xium—, debe ser para formularle una petición justa y necesaria.

—Yo le traigo la petición más justa y necesaria que le hayan presentado nunca. ¡Créeme! —salté.

—Tú no —replicó Xium—. Tú ya estuviste y me enredaste.

—Pues que entre mi amigo. —Acerqué los labios al oído de Baltasar y le dije en voz baja—: Una vez dentro ya le pediremos lo que nos plazca. Ahora pregunta cualquier cosa. ¿Qué le pedirías a un Dios Único?

Pero Baltasar hizo una mueca de incomprensión.

—¿Quién? ¿Yo? Nada. Ya no me queda nadie a quien complacer, y yo no necesito nada que no tenga.

Era desesperante. Grité:

—¡Baltasar Palusi! ¡Piensa! ¿Qué deseo pedirías a un Dios supremo? ¡Tiene que haber algo!

Su rostro mudó a la pena. Dijo:

—Sí. Quizá le rogaría volver a ver a mis familiares muertos, aunque fuera unos instantes.

—Lo siento —replicó Xium—, pero no dejo entrar a nadie que venga por sus muertos. Si admitiera ese tipo de demandas, la cola para entrar llegaría a la superficie. ¡Todo el mundo tiene un muerto en su familia o en la conciencia!

Te juro, Proserpina, que estaba a punto de echarme a llorar. A día de hoy sigo dudando de si el Fin del Mundo fue una tragedia cósmica o una comedia inefable.

—Es mejor que os marchéis —concluyó Xium—. Tampoco dejo que la gente se quede por aquí estorbando, no vaya a ser que venga alguien con un buen motivo para entrar. No como vosotros, que no sabéis ni qué queréis o que no queréis nada.

Pero entonces Baltasar levantó dos dedos y se dirigió a Xium.

—Bueno, ya que estoy aquí, hay una cuestión que siempre me ha preocupado y que nunca he podido resolver. Es la siguiente: ¿qué red va mejor para cazar cocodrilos? ¿La de esparto tratado con orina de búfalo o la de cuero reforzado con tendones?

Xium miró a Baltasar Palusi entrecerrando los ojos, como si le faltara luz para verlo bien, y de repente exclamó:

—¡Gran cuestión! Adelante, pasad.

El hogar del Dios Único, querida Proserpina, seguramente te sorprendería. Como a Baltasar Palusi. Cruzamos la abertura de la pared de roca y, una vez al otro lado, accedimos a una cueva ni muy grande ni muy pequeña. Baltasar miró a su alrededor, hacia los muros de piedra. Una luz que no venía de ninguna parte, irreal, iluminaba todo el espacio. Sentíamos un cosquilleo en el cuerpo, especialmente en las manos y los dedos. Pero eso era todo.

—¿Dónde está? —preguntó Baltasar—. ¿Dónde está el Dios Único? ¿Se presentará ante nosotros? ¿Hay que postrarse? ¿Qué forma tiene?

—No lo entiendes —respondí—. Estamos dentro de Dios. No tiene forma. Él es el aire que habita la cueva y el cosquilleo que sientes en los dedos.

Baltasar no sabía qué pensar. Se miró las manos, incrédulo. Entonces el Dios Único habló.

—Hola, Baltasar Palusi. Hola, Marco Tulio.

Al igual que la luz, la voz no procedía de ninguna parte y a la vez venía de todos lados. Era muy dulce, ni de hombre ni de mujer. Se dirigió a mí.

—Me alegro mucho de que pudieras volver a la superficie, Marco.

Estuve a punto de decirle: «No fue gracias a tus consejos», pero me movía la urgencia.

—Vengo a pedir tu auxilio —dije—. Los tectónicos han invadido la superficie del mundo, y si tú no nos ayudas la humanidad será exterminada. Sí, ya lo sé: los tectones también son una creación tuya y es muy cruel que te obliguen a elegir. Pero ahora dime: ¿admites que te equivocaste creando la raza tectónica? ¿Reconoces que son una plaga que

amenaza con destruir toda tu creación?

Se hizo un silencio. Baltasar aprovechó para decir:

—¿Es verdad que eres el único Dios? ¿Tú creaste todo lo que existe?

—Sí —dijo Dios.

—¿En serio? —preguntó con expresión cándida—. ¿Y por qué?

—Buena pregunta —dijo Dios—. Supongo que me aburría y empecé a hacer cosas. Primero fueron las paredes que nos rodean. Me animé y empecé a cubrirlas con capas y capas de piedra. Después fui añadiendo razas y naciones, pueblos y más pueblos, todos diferentes. Al final creé la superficie, que fue una idea muy inspirada. Y a partir de ahí seguí con el sol, las estrellas, todo. El universo. Ya sabéis, todo lo que se ve cuando levantas la cabeza en una noche estrellada. Por eso lo creé todo: para animar el vacío.

—Ah, claro —dijo Baltasar, admirado y conforme con esa explicación.

Yo le apoyé una mano en el hombro.

—Baltasar, antes te he dicho que debías acompañarme por dos motivos. El primero es que solo un cazador sabría franquear una puerta guardada por otro cazador. El segundo motivo no te lo he dicho todavía.

Baltasar no me entendía.

—¿Por qué no preguntas a Dios por tu hermano Adad? —añadí.

—Porque el hondero nos ha prohibido preguntar por nuestros muertos.

—Pero es que tu hermano no está muerto.

Baltasar abrió los ojos como un búho.

—En ningún momento te dijimos que estuviera muerto, solo que nunca podrías entender lo que había pasado. Cuando derrotamos al Caput, tu hermano, hombre religioso, sintió un cosquilleo en los dedos. Y una presencia.

—Es cierto —intervino Dios—. Yo siempre estoy, siempre contemplo y presencio. Que los tectones tarde o temprano descubrieran la superficie era previsible. Pero la expedición de Adad, Sitir y Marco Tulio bajo tierra fue una originalidad fuera de lo común: ¡el mundo tectón invadido! ¡La primera vez que unos humanos bajaban a las profundidades no para

encontrar oro o plata sino para luchar contra los tectónicos! Yo siempre estoy, pero no siempre me emociono. Y cuando me emociono, los humanos más sensibles pueden saber que estoy ahí.

—Aquel día, Adad sintió algo —seguí—. Se transfiguró. Habló con una voz invisible.

—Yo siempre hablo con quien habla conmigo —dijo Dios —. Tu hermano se quedó tan fascinado que me pidió venir conmigo. Y se lo concedí.

—No murió, desapareció. Y si no murió, puedes preguntar por él.

—Entonces, ¿está aquí? ¿Mi hermano? —preguntó Baltasar con la voz rota—. ¿Adad Palusi?

En el fondo de la cueva, de un modo que no podría describirte, Proserpina, empezó a hacerse visible una forma. Una forma que avanzaba hacia nosotros. Era él: Adad. Él y su barbita.

Baltasar soltó tres «¡oh, oh, oh!» y cayó de rodillas. Adad lo levantó y se abrazaron entre gritos y sollozos. Los dos lloraban como dos ríos que confluyeran el uno en el otro. Se abrazaban tan fuerte que parecía imposible que no se hicieran daño.

Me alejé un poco para respetar ese momento de intimidad y, por instinto, miré al techo y le dije al Dios Único:

—¡Los tectones se aproximan a Roma! Dios Único: ¿ayudarás a la humanidad? ¡No puedes ser neutral! Si te mantienes al margen, significará que el propio Dios, el único Dios, no hace distinciones entre la justicia y la injusticia. Y de ser así, ¿qué sentido tendría un universo donde el bien y el mal fueran cuestiones indistinguibles?

De momento no me respondió. En la cueva solo se oían las exclamaciones de emoción de los Palusi. El cosquilleo en los dedos se hizo más intenso.

—Marco —dijo por fin el Dios Único—: tienes razón. Yo odio a los tectónicos tanto como tú, porque conozco su malignidad mejor que tú. Y créeme: lamento haberlos creado. Un Dios también se equivoca.

—¡Pues ayúdanos! —le imploré—. Parpadea, y su raza se fundirá.

—Ese es el problema: que no puedo.

—¿No puedes?

—No.

Yo no lo entendía.

—No soy omnipotente. Puedo crear muchas cosas, en efecto, pero no puedo crear todo lo que quiero ni destruir todo lo que no quiero. No lo puedo todo.

«No lo puedo todo.» Era el Dios Único, pero no lo podía todo. Ni se me había pasado por la cabeza que sus poderes no fueran infinitos. Me quedé desconcertado. Yo iba preparado para forzar la intervención divina con argumentos morales. Y él me la denegaba por simple incapacidad: Dios se equivocaba, y tenía límites.

—En ese caso —supliqué como último recurso—, ayúdanos proporcionándonos algún arma invencible. Un rayo fulminante como los que usa Júpiter o algo así.

—Voy a hacerte yo una pregunta, Marco Tulio —replicó—: si os proporcionara un arma tan terrible, ¿cuánto tardaríais en utilizarla contra vosotros mismos?

—¡Seguro que puedes ayudarnos de alguna manera! —exclamé—. Si tú eres el Dios de todos los dioses, en ti también habita la diosa Concordia. Haz lo inimaginable: que humanos y tectones lleguen a un pacto y a la paz.

—Es más fácil crear las estrellas que cambiar el criterio de los humanos y los tectónicos. Piensa lo siguiente, Marco Tulio: si modificara el lejano fulgor de una estrella, tus ojos nocturnos no se darían cuenta. Pero si alterara el carácter de humanos y tectones, dejarían de ser humanos y tectones. Sois vosotros los que tenéis que cambiar, y nadie más puede cambiaros.

Y aquí ya no supe qué decir. Dios, querida Proserpina, no era la solución.

Desanimado, bajé la cabeza para mirar a los hermanos Palusi. Poco a poco ese reencuentro estaba derivando en discordia.

—Vuelve conmigo —decía Baltasar a Adad.

—Quédate —le replicaba Adad.

Aproveché para preguntar:

—Adad Palusi, me extrañó que te marcharas, que abandonaras a los tuyos. Y aún más que en todo este tiempo no volvieras. Y ahora dime: ¿qué puede haber más poderoso

que tu amor por tus familia para que lo antepongas a tus obligaciones?

—Verás, Marco Tulio. En mí siempre había anidado la inquietud espiritual. Cuando me preguntaba por el mundo de los dioses, me decía: «Tiene que ser un lugar donde halle la respuesta a todas, todas las preguntas». Bien, pues si hubiera sido así, tarde o temprano habría vuelto con mi familia. Pero lo que he encontrado aquí, Marco Tulio, lo excede todo en magnificencia: aquí están todas, todas las preguntas.

Adad y Baltasar no se ponían de acuerdo. Yo tenía que marcharme; quería marcharme, de hecho. Interpelé a Baltasar:

—Todos tus parientes, menos Adad, están muertos. Nadie te recriminará que no vuelvas. ¿Por qué no te quedas?

Pero él era Baltasar, no Adad, y me contestó al modo rudo de los cazadores.

—¿Y por qué quieres que sea? Porque los hombres no están hechos para vivir en una maldita cueva.

Y, dicho esto, salió de allí sin esperarme ni mirar atrás.

Hicimos todo el trayecto de regreso en silencio. Los dos habíamos perdido la ilusión y la esperanza. Y en cierto modo Baltasar me acusaba de ese terrible desencanto fraternal. A lo mejor no tenía razón, pero tenía razones. Cuando ya ascendíamos por las paredes interiores del cráter del Vesubio, me dijo:

—Antes tenía que matarte, pero no te odiaba. Ahora ya no tengo que matarte, pero te odio.

¿Qué impotencia es más desoladora, Proserpina? ¿La del hombre que no puede salvar a la humanidad o la del hombre que no puede salvar al hermano tan querido? Sí, tienes razón: son muy parecidas.

Tuve que volver al campamento servil para recuperar mi caballo. Estaba atado muy cerca de la tienda de Libertus y volvimos a vernos. Ella también estaba allí: Sitir. Le pasaba un brazo por el cuello. No sé qué me dolía más, si el rechazo de Libertus o el amor de ella por ese hombre. Bueno, de hecho sí que lo sabía: ese abrazo me dolía más que una puñalada o una caída en un pozo.

Ya no teníamos nada que decirnos, pero mientras ajustaba la silla me dirigí a Libertus.

—Cometes un error fatal —le dije con voz rencorosa—. Pero cuando te des cuenta será demasiado tarde.

—Eres tú el que no quiere entender la potencia de todos los esclavos del mundo alzados —replicó—. Imagínate cuando seamos diez veces más, cien veces más, mil veces más. Ninguna fuerza del mundo, o del submundo, podrá detenerlo.

—¡No es una cuestión de cantidad, sino de entrenamiento y destreza! —exploté—. Tus granujas no pueden compararse con las legiones del Senado, y mucho menos con las tectónicas.

—Esos «granujas», como tú los llamas, fueron derrotados por César, sí, pero por los pelos. Imagínate cuando estén bien armados. Un legionario lucha por la paga; un tectónico, por la carne. Ellos —dijo señalando el campamento— luchan por una Idea.

—¡Sigue soñando! —grité—. César habría podido exterminaros en esa batalla. Sí, lo has oído bien: ¡exterminar! ¿Sabes por qué no lo hizo? ¿Porque tus hombres eran muy buenos luchando? ¡No! ¡Por pura política! César debía volver a las Galias, pero quería dejar un buen follón a Pompeyo para mantenerlo ocupado. Por eso no os persiguió. —Apelé a Palusi—: ¡Baltasar! Tú dirigiste a esa gente en la batalla. ¡Son un ejército inmaduro! ¿Tengo razón o no la tengo?

Baltasar no dijo nada, todavía estaba afligido por lo que acababa de saber de su hermano, pero era obvio que coincidía conmigo. Volví a interpelar a Libertus.

—Y tú, iluso, estás diciéndome que derrotarás a las fuerzas de César y Pompeyo además de a las legiones tectónicas, que son más disciplinadas que las falanges macedónicas, y que encima lo harás con unos hombres que aún no tienes, con unas armas que aún no tienes, y sin tiempo para conseguir las armas ni para entrenar a los hombres.

Libertus avanzó un paso hacia mí. Esbozaba una sonrisa superior, condescendiente.

—Marco Tulio, fui tu esclavo y ahora podría vengarme. Pero no lo haré. Todo lo contrario. Únete a mí, Marco. Ya no eres aquel muchachito patricio arrogante y pretencioso que salió hacia África. Y puedo leerte el alma: tu corazón está más

cerca de nosotros que del Senado.

—¡Sí, es verdad! Pero ¡me siento tan lejos del que dirige a los servus como del que dirige el Senado! —proclamé.

Libertus se limitó a encogerse de hombros en un gesto de indiferencia. Eso me ofendió.

—¿Sabes qué, Libertus? —vomité—. Desde que los tectones irrumpieron en nuestro mundo he podido constatar un fenómeno de lo más sorprendente: la gran cantidad de gente que considera que hay cosas más importantes que el Fin del Mundo. Y hay un patrón que se repite siempre: cuanto más arriba está un individuo, más reacio es a hacer algo por impedir el Fin del Mundo. Pero César y Pompeyo tienen una excusa: no conocen a los tectónicos, o al menos no han visto a ninguno. Tú sí. Y aun así actúas como ellos: poniendo tus intereses por encima de los de la causa general de todos los humanos. Quizá no seas un cínico, como los triunviros, pero eres un fanático.

—Ahora tengo una reunión importante. —Se giró y, cuando ya estaba de espaldas, dijo sarcástico—: Buen viaje. Recuerdas la respuesta, ¿verdad?

No esperó mi confirmación. Volvió a meterse en la tienda, seguido por Baltasar y un par de acólitos. Sitir no. Ella se quedó allí. Mirándome. Yo tenía las riendas del caballo en la mano, pero no acababa de subir.

—Sí, ya lo sé, tu mundo es el de las emociones que flotan en el aire —dije, irritado y sin esperanza—. Pero a mí me han educado en la lógica griega más racional. ¿Y sabes qué me dice la lógica? Que César, el genio militar más grande de Roma, no tiene ninguna duda de que será derrotado inexorablemente por los tectónicos. Si hasta César lo sabe, ¿cómo puedes esperar que Libertus venza a los tectones?

Sitir dudaba. Di un paso hacia ella sin soltar las riendas.

—Solo vivirán los que sean capaces de cambiar —sentencié —. Tú me instabas, me urgías a dejar de ser un pollito. Y desde que nos conocimos mi vida no ha dejado de ser una dolorosa metamorfosis. Y tú, Sitir Tra —añadí con énfasis acusador—, ¿qué piensas hacer? ¿Repartir puñetazos y nada más?

—Yo soy un aspa.

—¡Ayúdame! —bramé.

Creo, Proserpina, que ese fue uno de los instantes más decisivos de nuestra tragedia. Porque Sitir no decía nada, más hermética que nunca. Solo me miraba con sus ojos verdes de gata lúcida. Yo resoplé, desencantado, y monté. Pero cuando el cuello del caballo ya giraba en dirección a Roma, ella retuvo las riendas con mano firme.

—Espera —dijo. Y entró en la tienda en la que estaban Libertus y los demás.

Esperé. ¿Por qué no? Bajé del caballo. Del interior de la tienda me llegaron gritos. Debatían, estaba claro. Me senté en un tronco. Pasó un buen rato. Un poco más allá había un viejo que me recordaba a Demetrio, nuestro criado doméstico.

—Tengo hambre —le exigí.

—Yo también —respondió.

No, no era como Demetrio.

Poco después salían de la tienda: Libertus, Palusi, Sitir Tra y otros. Me puse de pie. Libertus se plantó delante de mí y dijo:

—Hemos tomado otra decisión. Demostraremos a la nobleza romana que somos personas responsables: aceptamos someternos a un mando militar conjunto hasta que derrotemos a los tectones.

No pude contenerme. Me lancé hacia él y le besé las dos mejillas, cuatro veces cada una. Él fue cordial, pero nada efusivo. Retiró mis manos de su cuerpo.

—Solo un detalle más, Marco Tulio: bajaremos de las montañas cuando el Senado se reúna y apruebe públicamente una ley, no antes.

—No será necesario ni que se reúnan —aseguré, contento —. La amnistía ya está lista. Se puede firmar en cuanto…

—Te hablo de leyes, no de amnistías —me interrumpió Libertus—. Nos uniremos a las tropas romanas cuando el Senado vote la abolición de la esclavitud.

Me quedé con la boca abierta, como un perfecto memo. No podía creerme su osadía.

—El Senado votará el fin, la condena y la persecución de esta institución criminal —continuó Libertus—. Concederá un plazo de quince días para liberar a todos los esclavos de la ciudad, del Lacio, de Italia y de las provincias, y pasada esa quincena crucificará a los dóminus que se resistan. Todos los

hombres serán libres. Asimismo, Roma debe comprometerse a declararse enemiga de todo reino o república que mantenga en vigor el esclavismo.

—Pero, pero, pero… —balbuceé— ¡nunca aprobarán algo así!

—¿Por qué no? —dijo Libertus—. Nos necesitan. Es esto o la muerte. Y bastante terrible, por cierto.

Miré a Palusi y sobre todo a Sitir: no hacían falta palabras para saber que ambos habían apoyado la propuesta. Era una locura. Pero al menos no era un no.

Sitir me miraba sin parpadear. Las comisuras de sus labios dibujaron una sonrisa casi imperceptible. Pero sonrisa al fin y al cabo.

En África había pedido ayuda a mi padre y no la había obtenido; en el submundo había pedido ayuda a Dios y no había podido concedérmela. Sí, Proserpina, así es: en esta vida solo podemos contar con la ayuda de los amores furtivos.

Cuando comuniqué la propuesta de Libertus a los triunviros y a Cicerón, el que más indignado y furioso se mostró, mira por dónde, fue mi padre. Nos habíamos reunido los cuatro en una habitación de nuestra casa de la Suburra. Cicerón no podía parar quieto. Parecía un animal encerrado en una jaula. Iba de pared a pared gritando para sí mismo:

—¡Esclavos! La esclavitud es una especie de minusvalía que emparenta a los esclavos con los niños, los dementes y las mujeres. ¿Cómo se nos pudo pasar por la cabeza negociar con esa gente? ¿Y cómo pretenden que aprobemos algo así?

—Porque están en una posición de fuerza —dijo César—. No tenemos alternativa y lo saben. Así funcionan las cosas.

—¡Y una mierda! —protestó Pompeyo—. Somos Roma. Un esclavo no da órdenes a los optimates más poderosos de Roma. ¡Así funcionan las cosas!

—No. Así sería si dando una patada en el suelo aparecieran legiones por toda Italia —ironizó César recordando las palabras de Pompeyo.

Empezaron a discutir entre ellos. Cicerón los hizo callar pidiendo una cuarta opinión. La mía.

—Marco, tú has estado allí, con ellos, en el Vesubio. Los

conoces. Dime: ¿crees que ese Libertus aceptaría un regateo de sus condiciones?

—No —dije rotundo—. Ese hombre no entiende de regateos. Es más: le arranqué esta oferta como una concesión extrema. No modificará su postura. Eso seguro.

—Una indignidad, una indignidad… —musitaba Pompeyo con sus ojitos perezosos clavados en el suelo, como si admirara el mosaico.

—Puede que sea una indignidad, sí, pero muy curiosa, porque Libertus ni siquiera me preguntó por los diez millones de sestercios.

—Solo son esclavos —replicó Pompeyo—. Usémoslos a nuestra conveniencia y ya está.

—¿Crees que será tan fácil? —se desesperó Cicerón.

—¡Engañémoslos! —insistió Pompeyo, como si no hubiera oído a mi padre—. Son la chusma de la chusma, no nos ata ningún pacto de honor con esa gente, y estamos hablando de la salvación de Roma.

—¿Y qué te hace suponer que se dejarán engañar? —intervino Cesar—. ¿Crees que confiarán en ti? ¿En mí? ¿En Cicerón que los trata de niños y dementes?

—En cualquier caso, ¿cómo engañarlos? —añadió Cicerón —. Libertus era un esclavo; en Roma hay miles que simpatizan con su causa. Seguro que tiene espías por todas partes. En casa de los senadores y barriendo el propio Senado. Si intentamos engañarlo, lo sabrá antes que nosotros mismos.

Volvieron a enzarzarse en una discusión a tres bandas, y esta vez a gritos. Cuando llevaban un rato peleándose, Cicerón me cogió del codo y me arrastró hacia la puerta.

—Sal, Marco, pero quédate cerca por si te necesitamos.

Y me hizo salir de la habitación. La puerta era gruesa, pero se oían los gritos perfectamente. Me fui al jardín a leer. Incluso me sentí bien leyendo mientras me llegaba el retumbo de la trifulca. Como diría el poeta en su verso más cruel: «¡Oh, hermosa tormenta! Qué gran placer es observar desde la orilla las dificultades de los demás en alta mar».

Al rato volvieron a llamarme. Se habían calmado un poco, no mucho. Los tres me miraban fijamente, en silencio. Me extrañó tanta atención sobre mi persona.

—Marco, ¿tú qué harías? —me preguntó Cicerón.

—¿Yo? —dije, sorprendido por la pregunta. No tuve ninguna duda sobre la respuesta—: Pactaría con Libertus. Aprobaría su ley. Sin vacilar.

—¡La esclavitud es más que una institución, la esclavitud es Roma! —exclamó Pompeyo—. No podemos concebir la vida sin ella.

—Pues tendréis que hacerlo —dije tranquilamente—. ¿Cuál es la alternativa?

Todos lo sabían: que los tectones se nos comieran. Mi padre me dijo:

—Aunque quisiéramos aprobar esta ley, no podríamos. El Senado se opondría en bloque.

—¿Por qué? —pregunté—. El Senado está dividido en tres tercios. César dirige uno; Pompeyo, otro, y el tercero está huérfano desde la muerte de Craso. Estoy seguro, padre, de que aceptarían que los acaudillara un hombre con tanto prestigio como Marco Tulio Cicerón.

Se puso de pie, indignado.

—¡Somos Roma, Marco, no una tiranía oriental! Podemos representar a un grupo de senadores, no darles órdenes. Y mucho menos contra su conciencia.

Me encogí de hombros.

—O conseguís domesticar la conciencia de los senadores, o los tectones se nos zamparán vivos. Y lo harán con bocas armadas de tres hileras de dientes.

Dicho esto, el que se puso de pie fui yo.

—Padre, tú siempre lo has dicho: cambiar o morir. La vida es cambio y transformación. Los seres humanos cambiamos; las sociedades humanas también. Roma es grande porque se supo adaptar. Empezamos siendo una monarquía, pero echamos a los reyes para convertirnos en República. Cada enemigo que hemos tenido nos ha cambiado, y siempre a mejor. Ahora los tectónicos, que son el peor enemigo imaginable, nos impelen a un nuevo y revolucionario cambio: abolir la esclavitud y convertirnos en una sociedad de hombres libres.

Cicerón volvió a sentarse. ¿Y sabes qué, Proserpina? Se le escapaba una sonrisa feliz. Entonces lo entendí: mi padre solo me había azuzado para que yo dijera por mi boca lo que él pensaba. Ahora les dijo a César y Pompeyo:

—¿Lo veis? Es inevitable. Hay que hacerlo. Aunque no nos guste. ¡Hay que hacerlo!

César y Pompeyo le rehuían la mirada.

—¡Quiero un sí! —exigió Cicerón.

Los dos asintieron. Mi padre añadió con su vozarrón grave:

—Muy bien. Prepararé el discurso.

16

Cicerón estuvo trabajando en su discurso durante tres días con sus noches. Yo nunca lo había visto tan entregado a una tarea, tan absorto y satisfecho consigo mismo. Por un corto espacio de tiempo volvió a ser el Cicerón de antes. Incluso nuestra relación mejoró un poco. Al menos en los pocos momentos en que departíamos, porque apenas lo veía: se pasaba el día encerrado en su escritorio o ensayando su retórica en el jardín, solo.

Mientras tanto, yo me entretenía leyendo y releyendo la última carta de Bogud. En esencia eran buenas noticias. Había seguido mis consejos: la población se había escondido en el Anti-Atlas, y él se había puesto al frente de unos diez mil jinetes númidas. Ya te he referido, querida Proserpina, que cuando los tectones habían cruzado Mauritania, Bogud había tenido el buen juicio de no enfrentarse a ellos con su pequeño ejército. En la carta me confiaba que esperaba recalar muy pronto en la costa italiana: el Senado y César le habían confirmado el envío de una flota de transporte para él, sus númidas y sus caballos. (Transportar tantos caballos por mar era una gesta logística. Pero había que hacerlo. Un númida sin su caballito africano era tan inútil como una flecha sin arco.) También describía pequeñas escaramuzas, y muy exitosas.

Estarás preguntándote, Proserpina, contra qué enemigo luchaba el rey Bogud si las legiones tectónicas ya habían cruzado las Columnas de Hércules y habían dejado atrás el reino mauritano. La respuesta es: contra los calcos.

Durante el tránsito de las legiones subterráneas por Mauritania habían «nacido» algunos tectones. Como sabes, para referirse a los nuevos individuos que aparecían a partir de otros, los tectónicos empleaban una palabra que podía traducirse, muy aproximadamente, por «calco», porque es lo

que venían a ser, calcos casi idénticos del tectón original del que emergían y se desprendían. Cuando un calco se separaba del todo, se quedaba tendido en el suelo un buen rato, sin que nadie lo ayudara. (Recuerdo la primera vez que vi nacer un calco. Ingenuo de mí, pregunté al tectón del que se había desprendido por qué no lo ayudaba, y la respuesta fue: «¿Para qué?».)

El calco aparecía envuelto en una especie de membrana que recordaba a una espesa placenta bovina, pero más asquerosa y maloliente todavía. En un lapso de tiempo que podía durar entre medio día y día y medio, el calco aprendía a respirar, a controlar el movimiento de las extremidades y a mantener el equilibrio, y también se desprendía de su placenta. ¿De qué forma? Comiéndosela, claro. Así pues, podría decirse que el primer alimento de un tectón era él mismo. (A lo largo de mi reclusión en el submundo vi los primeros momentos de vida de bastantes calcos, y te aseguro, Proserpina, que era una visión de lo más inquietante y repulsiva.) Iban poniéndose de pie poco a poco, más o menos como lo hace el ganado recién nacido, pero con un añadido: mientras adquirían verticalidad llamaban a los insectos que había por la zona, que acudían dócilmente, subían por su cuerpo a miles hasta cubrirlos del todo, trenzaban las patas entre sí y se convertían en su primera vestimenta.

Como comprenderás, Proserpina, durante este proceso el calco era un ser de lo más vulnerable. En su mundo subterráneo no tenía la menor importancia: el calco se tomaba su tiempo y, cuando estaba listo, se incorporaba a la república tectónica, que así ganaba un nuevo miembro de pleno derecho, adulto y formado. Pero los calcos que nacían en medio de una campaña militar podían tener problemas. Si el ejército estaba lejos de casa, en territorio enemigo y en movimiento, y querían incorporarse a las legiones tectonas, debían valerse por sí mismos, porque nadie se detenía a esperarlos. Ya te he dicho, Proserpina, que los tectónicos sentían tan poco amor por los calcos como por cualquier otro miembro de su nación, de modo que debían espabilarse solos. No me extenderé en esta cuestión. Solo te diré que una vez pregunté a Nestedum cómo podían ser tan indiferentes al destino de unas criaturas que emanaban de su propio cuerpo.

Nestedum me miró con esos ojos tan grandes, desconcertado; ni siquiera entendía lo que le recriminaba. «Somos muy considerados con ellos —me dijo—. No nos los comemos».

En fin, Proserpina, y resumiendo: que las escaramuzas que Bogud mencionaba eran contra los cientos y cientos de calcos que habían nacido mientras su ejército atravesaba Mauritania y se habían quedado atrás.

Bogud no atacó la larguísima columna tectónica, pero la siguió de cerca, como un zorro a un rebaño de búfalos. No provocó el enfrentamiento con el cuerpo del ejército enemigo, pero fue matando a los calcos que los tectones dejaban a los lados de los caminos. A algunos los encontraban debatiéndose todavía con su membrana, o comiéndosela, o intentando levantarse sobre unos huesos todavía blandos. Otros corrían ya como corzos tratando de incorporarse a la cola del ejército. Los jinetes númidas, naturalmente, los mataban a golpes de lanza.

Y aquí un detalle: Bogud y sus hombres tenían un espíritu observador y constataron algo que ya te he comentado, Proserpina: que después de los grandes banquetes aparecían más calcos que de costumbre, muchos más.

Porque hubo festines con carne mauritana. Pese a los buenos consejos de su rey, en el reino de Bogud se produjeron grandes matanzas de humanos. En la ciudad de Rajnem, por ejemplo. A pesar de las órdenes y advertencias de Bogud, sus habitantes se negaron a marcharse. ¿Que por qué, dices? Vete a saber. Porque no se creyeron una amenaza tan fantástica, o porque mientras las personas sean personas se cometerán estupideces. Y en cualquier caso, Proserpina, las personas son extrañas.

La cuestión es que sus diez mil habitantes se quedaron en la ciudad, que además ni siquiera tenía murallas. (El padre de Bogud había ordenado demoler los amurallamientos de todas sus urbes; no se entendía con el patriciado urbano y temía que algún rebelde se atrincherara.) En fin, no será necesario que te cuente lo que le pasó a la malograda Rajnem. Parafraseando a César, los tectones llegaron, vieron y desayunaron. Y siguieron su ruta. Bogud se enfureció. Y no solo por la barbarie. También por la ofensa al principio estratégico: su plan era negar a los tectónicos el pan y la sal

(o sea, la carne humana y la de cerdo) para que la falta de provisiones consumiera al enemigo. Pero mientras existieran ciudades como Rajnem, los tectones podrían estar tranquilos, porque llegarían a las puertas de Roma llenos y bien llenos.

En cualquier caso, lo más notable, querida Proserpina, fue lo que pasó al cabo de unos días. Tres jornadas después del gran banquete de Rajnem, los hombres de Bogud constataron que aparecían muchos más calcos de lo habitual en los márgenes de los caminos. Tantos que los númidas no daban abasto a matarlos. Unos cien consiguieron incluso agruparse y hacerse fuertes detrás de los muros de una villa agrícola. No tenían ninguna posibilidad, claro, desarmados y rodeados como estaban por los númidas. Pero Bogud no tenía tiempo para sitiarlos. Era un africano astuto y procedió de la siguiente manera: ató un par de cerdos a unas estacas, a la vista de los tectones, y esperó. El hambre y la glotonería de los calcos no pudieron soportar mucho rato esa visión. Salieron a comérselos y, cuando estuvieron todos amontonados como buitres alrededor de una carroña, los númidas cargaron.

Entretanto, Cicerón seguía encerrado en sus estancias, trabajando en un discurso que debería cambiar la historia romana. (Y salvar Roma.) A mí me vencían, a partes iguales, la ansiedad y la admiración. Ansiedad porque los tectónicos cada día estaban más cerca, y admiración por la serenidad de espíritu de mi padre. Se decía que los tectónicos ya habían cruzado los Alpes. Así como Aníbal había perdido casi todos los elefantes que llevaba en las asperezas del paso, y bastantes caballos, ellos habían perdido primero la mayor parte de los erugomos, y ahora muchos tritones. Pero, como el de Aníbal, su ejército había conseguido cruzar los Alpes. Y se acercaba a Roma. Era un hecho.

En cuanto a mi padre, si lo abordaba para intentar hacerle entender que ya apenas nos quedaba tiempo, él se limitaba a responder con esta sentencia:

—Hagamos que el monstruo ceda ante la toga.

(Poco modesto, se parafraseaba a sí mismo, que en cierta ocasión había proclamado: «Hagamos que las armas cedan ante la toga».)

Cuando solo faltaba un día para la sesión del Senado en la

que debía decidirse todo, solicitó por fin mi presencia.

—Quiero que leas esto —me dijo tendiéndome un escrito muy largo.

Lo leí. En efecto: era el discurso. Era soberbio. No, más: insuperable. Y créeme, Proserpina, si te digo que no me guiaba el amor filial. Así se lo dije.

—No me has entendido —replicó—. No estoy pidiéndote tu opinión; estoy pidiéndote que lo leas. En el Senado. Tú. En la sesión de mañana.

¿Te haces idea, Proserpina, de las emociones que me embargaron? Mi padre, Cicerón, me pedía que leyera el discurso más importante de los quinientos años de existencia de la ciudad.

—No, no puedo sustituirte —dije con voz entrecortada—. Nadie puede.

—No me suplantas, me prosigues. Eres mi hijo. Yo soy Roma, y tú eres el futuro de Roma. Yo lo he escrito y tú lo leerás.

Como te imaginarás, Proserpina, me negué con vehemencia. Me miró a los ojos y dijo:

—Marco, piensa: mi larga carrera política, inevitablemente, me ha creado muchos enemigos. En cambio, tú eres un recién llegado. Nadie siente animadversión por ti. Los impresionarás. Y solo así votarán a favor.

De la paternidad: tendemos a exigir a nuestros progenitores que sean los padres que nos gustaría que fueran cuando en realidad solo podemos pedirles que hagan lo que puedan. Y ya está. Había esperado de Cicerón un consuelo imposible, ya que imposibles habían sido mis dolores subterráneos. Si ni yo mismo podía comprender los abismos de horror en los que me había visto sumido, ¿cómo podía exigirle a él que los disipara? No. Mi padre podía ser el mejor romano, pero no era un dios. Y ni los dioses lo pueden todo. El buen padre no es bueno en todo; el buen padre es el que da a su hijo lo mejor de sí mismo. Y en ese momento, como prueba de su amor, ponía en mis manos el mejor de sus talentos: su oratoria.

Al día siguiente, cuando entramos en el Senado, me temblaban las rodillas. Y te aseguro, Proserpina, que no es una metáfora. Porque nada estaba decidido. El Senado debía

votar la propuesta de abolir la esclavitud y el resultado era más que incierto. Sí, claro: Cicerón, César y Pompeyo habían movido los hilos, pero no había ninguna certeza. Déjame explicarte por qué.

Para simplificar las cosas, Proserpina, te he dicho que los tres miembros del triunvirato, César, Pompeyo y Craso, controlaban cada uno un tercio de los senadores. Pero no es del todo exacto. Más que dominio, lo que los triunviros ejercían sobre sus respectivas facciones era una especie de influencia personal, importante pero difusa. Estaban unidos por lazos de amistad, clientelismo, intereses, parentesco y memoria común. Pero nada más. Los tres grupos no tenían fronteras definidas y políticamente estaban diluidos. Los trasvases de votos eran frecuentes, en especial cuando había dinero de por medio. Y lo más decisivo: no había en todo el orbe civilizado pandilla más profundamente corrupta que el Senado de Roma. Mi padre calculaba que, de seiscientos senadores, solo seis eran íntegros. Como decía Cicerón haciendo un juego de palabras cuando solo lo oían los amigos, de los seis centenares de «padres de la patria» solo había seis que no fueran «pederastas», es decir que no hubieran abusado de sus hijos (los ciudadanos).

Empezó la sesión. Se hizo el silencio. Todo el mundo sabía por qué estábamos allí. Yo me sentaba al lado de mi padre. Cuando llegó el momento, me animó a levantarme con una ligera palmadita en el hombro. Me puse de pie para hablar. Los ojos más poderosos del mundo me miraban. Empecé a leer el discurso. Dos líneas, tres. No pude continuar. No, no pude.

No era mi discurso, era el de Cicerón. No eran mis palabras, eran las de mi padre. Y yo no era mi padre. Enrollé el pergamino.

César y Pompeyo miraron a mi padre, alarmados y furiosos. Él estaba desencajado. Pero hablé.

—Yo fui esclavo —dije, para escándalo de todos.

¡Un patricio esclavo! No puedes imaginarte, Proserpina, el impacto que tuvieron esas palabras en una cámara tan augusta. Porque no dije: «Fui cautivo a la espera de que pagaran un rescate por mí», como podía ocurrir si, por ejemplo, unos piratas capturaban a un noble romano. No. Lo

que dije fue: «Yo fui esclavo». Pese a los murmullos, continué: no debíamos poner fin a la esclavitud por necesidad, sino por principios, y así lo manifesté. Les hablé del inframundo. De lo que me había sucedido a mí, un patricio. Les hablé de un horror sin fin. Ahora, por suerte, era libre. Pero nosotros condenábamos a ese destino a nuestros propios congéneres. Yo, cuando estaba en mi cautiverio subterráneo, tenía otro mundo al que volver, al que huir. Nuestros servidores no tenían ni eso: habíamos convertido su mundo en un inframundo. ¿Y todavía nos extrañaba que se alzaran en armas contra nosotros?

—Incluso algo tan horrible como los tectónicos puede ser bueno —dije—. Sí, pueden ser buenos para nosotros. Porque su llegada lo altera todo. Nuestra vida, nuestra historia. Sin ellos, ¿qué habría pasado? Nunca lo sabremos. Quizá la guerra civil. Y decídmelo de corazón, ¿quién querría participar en un conflicto entre hermanos? Nadie. Y al mismo tiempo, ¿qué puede ser más digno que una guerra por la supervivencia del género humano? ¿Quién podría abstenerse de luchar en ella? Nadie. Y el primer paso para vencer esta lucha por la vida es abolir la esclavitud.

Un patricio no llora. Pero cuando estaba culminando mi discurso improvisado sentí que se me acumulaban las lágrimas detrás de los párpados, todo un torrente pugnaba por emerger por mis ojos. Un patricio no llora. ¿Recuerdas, Proserpina? No, no llora. Ese fue el peor momento: si lloraba, todo se iría al garete. Si lloraba, mis lágrimas les dirían que no era digno de mis palabras. Sí, Proserpina, sí, así éramos los patricios antes del Fin del Mundo. Por un instante creí que me explotaría la cara. ¿Cómo pude contener esa emoción tan intensa? Ni siquiera ahora lo sé. Si creyera en la otra vida, Proserpina, te diría que todos los lémures benignos de nuestros antepasados Tulio acudieron a ayudarme.

Inspiré aire, mucho aire. Los conminé a poner fin a la esclavitud. Y concluí:

—Hacedlo.

Estallaron en aplausos. No me lo podía creer. ¡Esas almas podridas me ovacionaban! ¡A mí! Me aclamaban y aplaudían, aplaudían y me aclamaban. Ni siquiera hubo que contar los votos; todos los brazos se levantaron, entusiastas y unánimes.

Cicerón vino hasta mí y me abrazó delante de todo el mundo. Mi padre.

El ujier golpeó el suelo con el bastón de sesiones e hizo este llamamiento solemne:

—Y ahora, padres conscriptos, ocupemos los lugares que nuestros generales nos adjudiquen. Preparaos para el combate y que los dioses protejan la ciudad.

Sí, fue un gran momento. Pocas veces había vivido Roma tanta unidad cívica. Mi abrazo con mi padre ilustraba esa unión de propósitos.

Pero, a pesar de la emoción, no me quedé mucho rato disfrutando del aplauso general. Salí inmediatamente del edificio y pedí una montura rápida. Quería ser el primero en comunicar a Libertus y su gente la decisión del Senado. Cabalgué hacia el sur, en dirección al Vesubio. Solo me detuve para cambiar de caballo. Me planté delante de la tienda de Libertus y Sitir Tra. Allí estaban. También Palusi. Estaban aleccionando a unas docenas de esclavos huidos que acababan de incorporarse al ejército rebelde.

Los interrumpí con mis gritos.

—¡Ya está! ¡Ya está! ¡El Senado lo ha aprobado!

Me miraron con una mueca más de sorpresa que de alegría, tal vez porque la noticia les pillaba de improviso.

Miré a Libertus a los ojos.

—Somos libres.

Ese «somos», en lugar de «sois», querida Proserpina, significaba muchas cosas.

Me quedé callado y miré a mi alrededor. Ya estaba hecho. Y entonces me derrumbé.

Caí de rodillas a los pies de Libertus. No pude contener más el llanto. Un patricio romano no llora. Pues yo lloré. Sí, ese día. Por fin. Vertí todas las lágrimas del mundo, todas las lágrimas del submundo. Allí, de rodillas frente a Libertus, tapándome la cabeza con el manto para ocultar mi vergüenza. Porque era más que dolor, Proserpina, también era vergüenza. Vergüenza porque sabía que si los tectones no me hubieran reducido a la condición de esclavo, nunca habría entendido el sufrimiento de los demás. ¿A cuántos millones de individuos habíamos hecho sufrir un infierno en vida mientras yo lo consentía? Hombres y mujeres como los que

ahora me rodeaban mirándome con ojos de perro apaleado.

Fue Sitir Tra la que vino a mi rescate.

—Levántate —dijo tirándome de un brazo—. Aquí puedes reír o llorar, pero de pie.

Me abrazó. Palusi me puso una mano en el hombro. Libertus me miró a los ojos, a mí, al hombre que había sido su amo, al hombre que le había ofendido el cuerpo y el espíritu, y también me abrazó.

Roma era eso, me dije. La Roma de mi padre era la luz del mundo; mi Roma era ese abrazo. Para mi padre Roma era la cultura; para mí, la fraternidad. Y ahora combatirían unidas.

Libertus se subió a una pequeña roca junto a aquella estatua mediocre dedicada a Qal. Besó la mejilla de piedra y habló a los suyos, que se habían congregado espontáneamente.

—El Senado ha abolido la esclavitud. Ya somos libres —les anunció—. Pero este no es el final de nuestra lucha. Hasta ahora hemos combatido para conquistar la libertad; ahora debemos luchar por conservarla.

No hubo ovaciones. No hubo gritos ni alegrías. Quizá eran los miserables de la tierra, pero unos miserables lúcidos: sabían que aquello no era el final del dolor, solo el de la opresión.

—Ahora sí —me dijo Sitir, a mi lado.

Yo no sabía qué quería decir. Sonrió.

—Ahora sí que has vuelto de allí abajo.

Acercó su mano a la mía, sus dedos se entrelazaron con los míos, y los dos supimos en qué estaba pensando el otro: en aquel día, en el Agujero de la Mantícora, cuando su mano no había podido sostener la mía.

Con el ejército tectónico a solo unas semanas de marcha de nuestros muros, la gran esperanza para salvar Roma se llamaba Julio César. Pero no lo tenía nada fácil.

Mientras los tectónicos se acercaban, imparables, el auténtico problema de César era otro: los amigos y los aliados. O sea Pompeyo, el Senado y Libertus. Con ellos, con esos poderes tan divergentes y hostiles a su persona, debía crear un ejército compacto y eficaz y derrotar a la peor

amenaza del universo.

Para empezar, ni siquiera estaba claro que César ostentara el mando supremo de las tropas. Pompeyo, naturalmente, se lo disputaba. Y la verdad, Proserpina, es que era un conflicto irresoluble en su esencia misma. Es fácil entenderlo: se avecinaba una gran batalla contra los tectones; en caso de derrota, no importaría quién hubiera estado al mando, porque habríamos muerto todos. Pero si vencíamos, todo el mundo sabía lo que el general victorioso, tanto si era César como si era Pompeyo, haría inmediatamente después de la batalla: buscar un motivo cualquiera para asesinar al otro.

Bogud desembarcó en Ostia con sus diez mil jinetes. Después de abrazarme con su gran sonrisa y su manicura en diez colores, lo primero que me preguntó fue:

—¿Y bien? ¿Bajo las órdenes de quién debo poner a mi persona y a mis númidas?

No pude hacer otra cosa que encogerme de hombros.

—Para serte sincero, amigo Bogud, no tengo ni puñetera idea.

Las personas son extrañas, Proserpina.

Luego estaba el Senado. En esa lucha a vida o muerte, en el momento más peligroso y decisivo de los quinientos años de historia de la ciudad, ¿en qué crees, Proserpina, que pensaban nuestros honorables y dignísimos padres conscriptos? ¿En cómo proporcionar más y mejores medios de defensa a la República? ¿En cómo fomentar la piedad hacia los dioses y la concordia entre sus conciudadanos? ¡Ni de lejos! Lo único que tenían en la cabeza era cómo obtener beneficios de esa crisis mortal. Talmente.

Tuvimos muy poco tiempo antes de que los tectones se presentaran al pie de nuestros muros, pero lo suficiente para que los senadores especularan con la comida, las provisiones e incluso las armas y armaduras que la República debía adquirir para formar las legiones de Pompeyo. Y lo más irrisorio: hubo quien compró todas las crías de cerdo en venta. Como los tectones comían carne tanto humana como porcina, calcularon que el precio subiría y ellos podrían enriquecerse acumulando tantos lechones como pudieran. (No tenía ninguna lógica: que los tectones comieran cerdos no haría aumentar su precio, del mismo modo que el precio del

atún no se incrementaba por el hecho de que formaran parte de la dieta de los tiburones. Pero las personas son extrañas, Proserpina.) Hubo incluso senadores tan abyectos que, a falta de porqueras disponibles, llegaron a llenar de marranos sus propias casas, huertos y jardines. Un día que Cicerón y yo pasábamos por delante de uno de esos domicilios, oímos los gruñidos de decenas de cerditos, y mi padre exclamó:

—¡Por los dioses! ¡Cómo ha crecido últimamente la familia de Aulo Murcio!

Pero su sarcasmo no conseguía ocultar la indignación y la decepción que le causaba la mezquindad de la aristocracia romana. Tuvieron un comportamiento infame. Durante la guerra de Aníbal, los ricos competían por ver quién era el que más empréstitos de la República compraba. Eran préstamos sin intereses, y eso en un tiempo en el que podían llegar hasta al treinta por ciento. ¿Qué había cambiado en menos de tres generaciones? Seguramente que Roma se había convertido en propietaria del mundo. Ahora el dinero lo era todo.

—El lucro —se lamentaba Cicerón amargamente—. He aquí nuestra perdición.

Tenía razón, pero yo veía una pizca de esperanza. Pensé en el viejo Ergaster y su relato sobre el fin de Cartago y dije:

—Nos parecemos a esos cartagineses que solo adoraban el dinero, y sin embargo, con todos nuestros defectos, padre, hemos hecho algo que ellos no supieron hacer: hemos cambiado. Roma ha abolido la esclavitud.

—Sí, claro. —Cicerón suspiró.

Y por último estaba Libertus.

César, a la espera de que se resolvieran las disputas sobre quién ostentaba el mando, lo ejercía de forma no oficial. También de manera no oficial me había nombrado enlace con los rebeldes. Un día me adjudicó una misión muy desagradable: ¡que Libertus le transfiriera los aspa que estaban bajo su mando! Yo resoplé: estaba seguro de cuál sería la respuesta.

Fui hasta el campamento. El primero con el que me encontré fue Palusi. Estaba sentado en un tronco, abatido, ocioso, trabajando una madera con un pequeño cuchillo. Antes de preguntarle por Libertus le pregunté por Sitir.

—Está allí —dijo.

Su dedo señalaba un aspa sentada en el suelo, de espaldas a nuestra posición. Estaba compartiendo con un grupo de cinco hombres y mujeres una olla en la que habían cocinado unas liebres. Feliz, fui hacia ella enseguida y le apoyé una mano en el hombro. Se giró. Era un aspa, pero no era Sitir. Por descontado que no.

El entrenamiento que recibían los aspa les moldeaba el cuerpo de muchas maneras, y esta aspa, más que una mujer parecía un gladiador. Ahora que la tenía más cerca podía ver que tenía músculos incluso en las cejas. ¡Qué mujer! Recuerdo que di un saltito, como un gato que tropieza con una serpiente. Debió de ser bastante cómico, porque oí que Baltasar Palusi se desternillaba de risa detrás de mí. Al parecer, el humor africano competía con el de la Suburra. Volví a su lado, enfadadísimo.

—¿Y bien? —se burló—. ¿No es guapa?

—¡Mucha liebre tendrá que comer para ponerse guapa!

(Es un chiste intraducible, Proserpina; en latín, «liebre», *lepus*, y «belleza», *leps*, son palabras casi idénticas, de ahí el juego.) Para que lo perdonara, Baltasar me invitó a un trago de vino caliente. Mientras esperábamos a Libertus rememoramos los viejos tiempos y el Agujero de la Mantícora. Y también lo que pasó después de que los tectones se me llevaran.

—En tu ausencia, Servus era un hombre libre, y allí mismo, en aquel erial desierto, empezó a hablar libremente. Y por los dioses, ¡cómo habló! Le salió de la boca un torrente de amor y de fuerza. Sí, eso era. Amor y fuerza.

—Y os conminó a destruir Roma —dije yo.

—¡Oh, no! Las cosas no fueron así —me corrigió Palusi—. Al principio solo hablaba de libertad y de los horrores de la esclavitud. Sitir decidió seguirlo, y los esclavos del viejo Ergaster, que tampoco tenían amo, también. Fuimos hasta los grandes latifundios agrarios de la provincia predicando esas palabras. Muchos esclavos dejaban caer la azada y nos seguían. Los capataces, al ver a un aspa, no se atrevían a utilizar el látigo. En esos días Servus solo aspiraba a liberar la máxima cantidad posible de servus. Ni siquiera fue él quien se cambió el nombre. Fueron los mismos fugados los que empezaron a llamarlo Libertus en lugar de Servus. Cada vez

éramos más. Y cuando el gobernador envió una tropa contra nosotros, yo mismo me puse al frente de toda esa gente: no tuvimos ningún problema en liquidarlos. Después sí, Libertus empezó a hablar de la destrucción de Roma. Odiaba Roma porque odiaba la esclavitud. —Hizo una pausa y reanudó el relato—. Yo también sentí la influencia de Libertus. Lo seguí por el amor que le tenía y por la curiosidad de ver cosas grandes. Cuando nos plantamos frente a Útica me pidió que asumiera el cargo de general de las tropas.

Palusi había hecho un gran servicio a la causa de Libertus. Desde el primer momento se había convertido en el jefe militar. De Libertus emanaban el aliento revolucionario, los discursos y las estrategias que debía seguir el movimiento servil. Sus adeptos acataban su palabra como la de un semidiós. Pero el que daba las órdenes prácticas, al menos en todo lo relacionado con el mundo marcial, era Baltasar Palusi. Muchos lo llamaban «sufete Palusi», por su origen norteafricano. Y no lo había hecho nada mal. Su ejército de desarrapados había tomado África y Sicilia.

Entonces apareció Libertus. Se sentó con nosotros y yo le comuniqué los deseos de César: que le transfiriera todos los aspa bajo su mando.

Te recuerdo, Proserpina, que desde los inicios de la revuelta de Libertus la religión Gea sufría una especie de guerra civil interna. Aproximadamente la mitad de los monjes y los aspa se habían declarado fieles a las «instituciones terrenales», que era como llamaban ellos a la República, mientras que la otra mitad había secundado a Libertus y los suyos. La cuestión era que había unos sesenta aspa al servicio de Roma y unos cuarenta con Libertus. César quería agruparlos en un único cuerpo.

Al oír la propuesta, Palusi saltó, indignado.

—¡Ni se te ocurra! —gritó a Libertus—. Los aspa son nuestro principal argumento militar.

—Sin un mando conjunto, estamos abocados a la derrota —repliqué yo, y, dirigiéndome a Libertus, añadí—: César me lo ha explicado así: necesitamos agrupar a los aspa del mismo modo que cuando un hombre quiere dar un buen golpe no pega con cada dedo por separado, sino con todo el puño.

Libertus escuchaba sin pronunciarse.

—¿Y cómo sabemos que César no nos traicionará? —argumentó Palusi.

—César es un grandísimo general —dije yo—. Pero ni el mejor de los generales puede vencer si no tiene un ejército detrás.

Palusi advirtió a Libertus:

—Si les entregas los aspa, ¡nos habrán desarmado sin combatir! La mayoría de nuestros hombres están tan mal alimentados que apenas pueden sostener una lanza, y tan poco adiestrados que no saben mantener una formación.

Entendía a Palusi: para un general, prescindir de los aspa era como para una virgen vestal perder la virginidad.

Libertus habló por fin:

—¿Por qué debería fiarme de Julio César?

Fui sincero.

—Por lo mismo que lo hago yo: porque no tenemos más remedio.

Libertus reflexionó allí mismo, ante nosotros. Veíamos cómo pensaba. En su cabeza, mis razonamientos y los de Baltasar luchaban como dos gladiadores en la arena. Al final dijo:

—Está bien. Concedámoslo.

Palusi se llevó las manos a la cabeza.

—¡No! Pero ¿por qué?

—El Senado ha abolido la esclavitud —le respondió Libertus—. Es justo corresponder a su gesto con otro gesto.

En ese momento apareció Sitir. Se quedó de pie al lado de Libertus, que le pasó un brazo por la cintura.

—Llévatelos a todos menos a Sitir —me dijo—. Si la batalla sale mal, ella me matará. No quiero que me devoren los tectones; y menos aún los senadores.

Pero entonces, querida Proserpina, sucedió algo. Una mirada. Yo miré a Sitir y ella me miró a mí. Y en lugar de asentir y marcharme, dije:

—Eso debe decidirlo ella.

Las palabras que nos cruzábamos, querida Proserpina, no expresan bien los significados del momento. Porque los cuatro éramos conscientes de que, en realidad, Sitir no estaba decidiendo una pura cuestión militar, si unirse a las legiones de César o combatir con los esclavos, sino otra cosa. Le dije:

—Sitir Tra: ¿quieres quedarte con Libertus o quieres venir conmigo?

Tardó un suspiro eterno en contestar. Por fin miró a Libertus y dijo:

—Creo que iré con Marco Tulio.

Antes de marcharnos, mientras los aspa se reunían, observé a Libertus, en la distancia. Hablaba con los enfermos de su campamento, los animaba y consolaba. Era un gran hombre. Y un gran dirigente. Sitir Tra había sido su compañera querida, y acababa de perderla contra el mismo hombre que un día lo había poseído. ¿Me odiaba? ¿Quería venganza? No. Libertus sabía que un líder no podía dejarse llevar por el rencor.

Volví a Roma con cuarenta aspa siguiendo la cola de mi caballo. César se sorprendió muy gratamente.

—¡Caramba, caramba! —exclamó al verme—. ¡Esto sí que es ser diligente, Marco Tulio Cicerón! La próxima misión será enviarte a parlamentar con los topitos, a ver si los convences de que coman nabos y espárragos en lugar de cerdos y personas.

(Ya te he contado, Proserpina, que César también había vivido muchos años en la Suburra.)

César acuarteló a los aspa que yo le había llevado junto con los que habían manifestado su fidelidad a la República. En total, casi una centuria. Y resultaba muy extraño ver a tantos aspa juntos. Eran individuos que vivían aislados. La idea misma de aspa, de su misión en el mundo, rehuía los gregarismos. Por eso era tan curioso contemplar a tantos reunidos en un mismo sitio. Era como ver un grupo de faros, de águilas o de unicornios, seres o cosas cuya esencia es individual y solitaria. Ahora bien, ¡qué fuerza, qué energía y qué potencia desprendían! Cada mañana se reunían en el Campo de Marte para ejercitarse. ¡Y qué gran espectáculo era, Proserpina! ¡Todos esos cuerpos perfectos, practicando al unísono una técnica guerrera exótica! Verlos enardecía a la plebe, que se congregaba a su alrededor como público espontáneo y elevaba los ánimos y la moral de los romanos, ricos y pobres.

También debo decirte, Proserpina, que en esos días me invadía una especie de íntima decepción. Porque si el gentío

se congregaba en el Campo de Marte no era para admirar a los aspa como a campeones que lucharían para salvaguardar la vida y la civilización, no. Acudían, simplemente, atraídos por una coreografía atractiva y por la espectacularidad de los ejercicios, del mismo modo que podrían haber ido al circo, al teatro o a ver una carrera de carros. Y yo me preguntaba: «¿No deberían estar alegres por el fin de la esclavitud y celebrando la libertad adquirida?». Porque no hubo fiestas ni celebraciones de ningún tipo. Los pregoneros se limitaron a hacer pública la noticia de la abolición de la esclavitud y los magistrados comunicaron a los dóminus que la ley era efectiva y entraba en vigor. Pero eso fue todo. Ni estallidos de alegría, ni desórdenes o altercados vengativos, ni huidas en masa de esclavos que abandonaran a sus amos. Nada de nada.

También es cierto, Proserpina, que una disposición añadida a la ley dilataba la manumisión de los esclavos que así lo quisieran hasta que los peligros inminentes que amenazaban la República (los tectones, obviamente) se hubieran extinguido. Pero yo no recelaba de esa cláusula, entre otros motivos porque había sido una propuesta mía.

Debes saber, Proserpina, que muchos esclavos de Roma, la mayoría, no tenían adónde ir fuera de los dominios de su amo. Por otra parte, yo había querido evitar que los dóminus aprovecharan la ley para deshacerse de los esclavos más viejos o incapaces y ahorrarse así la manutención mínima que estaban obligados a procurarles.

Sí, debo admitir que eso no me lo esperaba: cuando una sociedad hace un cambio radical, auténticamente radical, en la superficie de las cosas no pasa nada. Recuerdo una anécdota casera, un detalle ínfimo pero que me pareció de lo más significativo.

Yo estaba leyendo en el jardín. Demetrio, el viejo esclavo, pasó por delante con un orinal con las deposiciones de mi padre. Yo bajé el papel.

—Demetrio —dije con voz firme aunque cordial—, ya no tienes que hacer eso.

—Ah, ¿no?

—No. Eres libre.

—Mira por dónde…

Y siguió su camino con el orinal en la mano.

Considera, Proserpina, la profundidad de mi estupefacción. Porque si el hecho de consumar una gran revolución no había alterado nada, la proximidad del Fin del Mundo tampoco. Cada día que pasaba los tectones estaban más cerca de Roma, pero en los foros y calles la actividad habitual seguía al ritmo de siempre y las conversaciones eran tan banales como siempre. O sea que a nadie le interesaba, como si la extinción humana fuera una cuestión menor, fantasiosa o remota. Parecía que toda la plebe pensara: «Alguien hará algo». Y los que debían «hacer algo», es decir los magistrados y los triunviros, estaban ocupados practicando unas artes mucho más elevadas. ¿Quieres saber cuáles, Proserpina? Las de siempre: apuñalarse entre ellos para conservar el poder o alcanzarlo. César contra Pompeyo, Pompeyo contra César, y Cicerón contra los dos. En esas circunstancias, me hacían pensar en calvos peleándose por un peine.

Era de locos. Por eso me alegré tanto cuando, por fin, me sentí interpelado por alguien que hacía algo práctico: una noche César me citó para interrogarme un poco más sobre los tectónicos. No era el primero que lo hacía, pero ninguno había sido tan incisivo y preclaro como él. La primera pregunta fue:

—¿Cómo conseguiste huir del mundo subterráneo y volver a la superficie?

—No es eso lo que hice. Volver del mundo tectónico al nuestro era totalmente imposible.

—¿Y entonces? ¿Cómo lo conseguiste?

—Hui a otro lugar, a una región ubicada por debajo de la que habitan los tectónicos.

Se echó a reír. Le pareció una solución de lo más ingeniosa.

—¡Qué disparate tan divertido! O sea que huiste del inframundo excavando un túnel subterráneo.

—Más o menos.

—¿Y después?

—No te creerías la inmensa cantidad de naciones que habitan bajo nuestros pies. La mayoría son enemigas de los tectónicos, pero también tienen aliados y clientes. Viajé de una región subterránea a otra, y así sucesivamente, siempre

buscando el camino de regreso a la Suburra. Al final, en un lugar extraordinario, tan remoto y distante de la superficie como de los espacios dominados por los tectónicos, encontré a una amiga que me ayudó a volver a nuestro mundo: Proserpina.

—¿La diosa del submundo?

—No. Una criatura única que vive sola. No es una diosa, y tampoco es humana. Le puse ese nombre porque el suyo era impronunciable y porque, al igual que la diosa Proserpina, que a veces resucita a los muertos y los devuelve a la vida, me ayudó a volver a casa. Es un alma muy sabia.

—Brindemos por ella, que hizo volver a casa a nuestro Ulises subterráneo —dijo.

A continuación su interrogatorio se centró en cuestiones más prácticas.

—¿Cómo se llama el general tectón al que debo vencer?

—No tienen generales permanentes. Su idea del poder y la gloria es muy diferente de la nuestra.

—Y entonces, ¿quién imparte las órdenes?

—Tienen caudillos eventuales. Pero si me preguntas por las maniobras de una cohorte en el campo de batalla, lo deciden todo entre todos, y lo hacen por medio de mecanismos invisibles al ojo humano.

Como César no lo entendía, cosa por lo demás muy lógica, me expliqué mejor.

—No hay nada en el cielo más grácil y coordinado que una nube de estorninos y sus volteretas aéreas. Y sin embargo nadie los dirige.

—Y eso —dedujo César, pensativo— tiene grandes aplicaciones militares.

—Por descontado. Su frente de batalla parece un solo hombre; sus mílites levantan los escudos todos a la vez, en una coordinación sobrehumana. Pueden golpear al unísono, atacar o retroceder como si fueran un solo cuerpo. Pero es cierto —admití— que en esta ocasión hay alguien, un tectón en particular, que los dirige: Nestedum.

—Háblame de él.

—Es un poco diferente de los demás tectones. Lo empuja un espíritu curioso y es aún más individualista que los demás. Por eso fue el primero en abrirse paso hasta la superficie,

hasta nuestro mundo. —Suspiré—. Y por eso es tan peligroso para nosotros. Porque innova. Porque está cambiando los métodos oxidados de la república tectónica.

—Sigue.

—Nos odia. Me odia. Durante siete años jugamos al gato y al ratón. Me torturó, hui y me persiguió por mil mundos. Me causó tormentos infames. Y yo a él, aunque no tantos como habría querido.

—¿Estás diciéndome que ese tal Nestedum ha invadido el mundo para vengarse de un jovencito romano?

Me reí.

—¡Oh, no! No soy tan importante. Nestedum los ha incitado a atacarnos porque aquí hay un gran botín: mucha comida, millones de cerdos y millones de personas que saciarán sus dentaduras triples. Porque debes saber que el estómago tectón no tolera todas las carnes. Para nuestra desgracia, aquí han descubierto dos alimentos nuevos para ellos que hacen de la superficie un lugar muy suculento: el cerdo y el humano, que es como si nosotros descubriéramos oro y plata en una región ignota. Con un añadido: que nosotros no podemos criar oro y plata en granjas, y ellos sí pueden hacerlo con nuestros cautivos. Porque a los humanos que no maten se los llevarán a sus granjas del submundo para criarlos como ganado, multiplicarlos y sacrificarlos. —Le di tiempo para digerir mis palabras y proseguí—: En cuanto a Nestedum, el éxito en una empresa tan grande le daría un inmenso prestigio entre los suyos. Pero no lo hace por eso. Si pone todo su empeño en esta expedición es porque Nestedum adora el odio. Es un artista del odio, ya que las únicas disciplinas que ama y fomenta la raza tectona son la intensidad del dolor ajeno y las delicias de contemplar el dolor del odiado.

César era un hombre sumamente práctico. Me pidió más detalles sobre los aspectos marciales.

—El tectón es el guerrero más temible que existe —aseveré—, porque reúne dos cualidades aparentemente contradictorias: es el soldado más disciplinado y al mismo tiempo la bestia más feroz. Han adiestrado los insectos y bichos de su mundo hasta extremos inconcebibles y maravillosos. Sus corazas pectorales son una legión de

pequeños escarabajos que entrecruzan las patas; los cascos, animales sólidos; las botas, animales flexibles; y los escudos, una especie de tortugas rectangulares que los obedecen más y mejor que nuestros perros más listos.

César me dejó hablar sin interrupciones. Cuando me callé, dijo:

—Está bien, Marco, hasta ahora me has hablado de todo lo que hace formidable a nuestro enemigo. Ahora quiero que me expliques sus límites y carencias.

Reflexioné un momento.

—Son lentos tomando decisiones —respondí—, muy lentos; y muy malos en estrategia: sus cohortes se coordinan a la perfección, pero siempre recurren a las mismas maniobras, y desde tiempos inmemoriales.

—¿Por qué?

—Porque siempre les han funcionado. En consecuencia, reaccionan mal ante lo nuevo, y peor aún ante lo imprevisto.

—Sigue.

—Sus tritones son espantosos, pero no pueden compararse con nuestros caballos. Dan miedo, sí, y su boca es un arma más: tienen tres hileras de dientes, como sus amos, y muerden ferozmente cualquier cosa a su alcance. Además, los tectones incrustan en los flancos de los tritones una especie de ostras grandes que aúllan con unos gemidos que aún espolean más nuestros terrores. Todo eso es cierto. Pero los tritones tienen defectos importantes y obvios: no son rápidos ni ligeros. Maniobran mal, necesitan mucho espacio para girar, sobre todo si tienen que hacer un cambio de sentido. Un jinete ágil puede derrotarlos con la misma facilidad con que una pequeña araña envuelve con seda un moscardón mucho más grande que ella. En cuanto a los erugomos, son bestias estupidísimas, útiles solo para el transporte, y por lo tanto inútiles en el combate. Cuando acampan los disponen como un muro, y así se ahorran construir campamentos provisionales, pero eso es todo. Por lo que respecta a los tectónicos, odian el agua salada porque les corroe la piel si están en contacto con ella durante un rato. Lamentablemente ya hemos perdido la ocasión de hacerles frente en una batalla naval en las Columnas de Hércules.

—Más, quiero saber más —insistió César—. ¿Qué otros

defectos y limitaciones tienen?

—El *Impetus*: cuando vencen, pierden el control de sí mismos. Su voracidad es extrema. Necesitan una gran disciplina para contenerla durante la batalla, con tanta carne delante de ellos, pero cuando han vencido se desencadena el «Ansia», como yo la llamo. Su egoísmo los desborda y cada uno toma tanta parte del botín como puede. Sí, cuando sienten que el enemigo está vencido, indudablemente vencido, se deshacen los hilos invisibles que mantienen unida la formación y solo piensan en satisfacer su estómago. Se desata un delirio transitorio, y lo que era un ejército disciplinado se convierte en una horda tumultuosa y desorganizada.

César había escuchado todo mi relato acariciándose el mentón con dos dedos. En este punto se puso en pie de golpe y me dijo:

—Ven, quiero mostrarte mi plan de batalla.

Lo seguí hasta una salita en la que había un gran tablero que simulaba escenarios de batalla, con caballos y soldaditos de madera que reproducían ejércitos, legiones y cohortes. Movió unos cuantos para mostrarme sus intenciones.

—Así formará nuestro ejército: un frente de batalla compacto; a la izquierda, mis cuarenta mil legionarios. A la derecha, los cuarenta mil reclutas de Pompeyo.

—Si los tectones atacan a los hombres de Pompeyo —dije—, hundirán su frente.

—Lo sé, por eso atacaremos nosotros. Los tectónicos no deben tener tiempo de pensar, deben estar sometidos a un ataque constante. Y así los reclutas de Pompeyo no huirán, porque solo huye el que se defiende. En cuanto a Libertus y sus treinta mil esclavos…

—Treinta mil libertos —lo corregí—; la esclavitud ya no existe.

—Sí, claro, libertos. Cuando llegue el momento culminante, la tropa de Libertus atacará a los subterráneos por la retaguardia. Por eso serán tan decisivos.

—¿Y por qué no utilizas para este fin a Bogud y sus diez mil númidas?

—Porque los reservo para que liquiden a los tritones, y no puedo utilizarlos para todo.

Me sorprendió que la estrategia fuera tan sencilla y nítida. Al menos así lo parecía cuando te lo contaba un hombre como Julio César.

—El mejor plan de batalla siempre es el más sencillo —dijo, como si me hubiera leído el pensamiento—. Pero conseguir que funcione es complejísimo.

En ese instante uno de los servus de César entró en la salita.

—Dóminus, nos ha llegado una noticia que deberías conocer inmediatamente: las legiones subterráneas acaban de cruzar el Rubicón.

La expresión de César adquirió una intensidad insólita. Mirando la pared como si fuera transparente y sus ojos negros estuvieran contemplando el infinito, dijo:

—Han lanzado el dado.

Luego se habló mucho de esta frase. Algunos afirman que lo que quería expresar era que la fatalidad ya no podía evitarse. Es falso, y puedo acreditarlo. Yo estaba allí. De hecho, solo estábamos nosotros tres: César, el criado y yo mismo. (Y al criado se lo comieron poco después.) Lo dijo, insisto, en el sentido de prepararse para la batalla, nada más. Pero incluso hoy sigue habiendo voces, mal informadas o malintencionadas, que afirman que ese maldito *«Alea iacta est»* demuestra que presintió una desgracia ineludible. Las personas son extrañas, Proserpina.

17

El río Rubicón, querida Proserpina, era una especie de límite simbólico para los romanos. Allí acampaban las tropas cuando un general volvía victorioso de la batalla, todavía lejos de la ciudad, para demostrar que Roma nunca sería agredida por su propio ejército. Así que cuando llegaron noticias de que los tectones lo habían cruzado, aunque solo fuera por una absurda cuestión simbólica, ya no tuvimos más remedio que salir a interceptarlos; aunque las legiones de Pompeyo siguieran estando poco y mal instruidas y la cuestión de quién se hacía cargo del mando supremo siguiera pendiente. Lo único que hizo el Senado fue nombrar a César y Pompeyo cónsules provisionales. Es decir, mandatarios supremos de la República con un poder compartido y similar. (Lo de «provisionales» era una fórmula jurídica nueva e improvisada. Claro que en este caso se les podía perdonar: una invasión de cien mil guerreros antropófagos y subterráneos también era algo nuevo.) Pero todo el mundo sabía que eso no resolvía el problema del mando, solo lo aplazaba. Nos dirigimos, pues, hacia la gran batalla con un mando dividido y todos los mílites disponibles: los cuarenta mil veteranos de César y los cuarenta mil reclutas de Pompeyo. Los diez mil jinetes númidas de Bogud y el centenar de aspa. En cuanto a Libertus y sus treinta mil hombres, ya hacía días que habían salido de la falda del Vesubio.

Hay un aspecto de los ejércitos, querida Proserpina, que siempre me ha resultado insoportable: su pestilencia. Un ejército es una masa inmensa y embrutecida de hombres en movimiento. El olor que emitían las legiones era tan fuerte que los aldeanos detectaban un ejército que se acercaba antes de verlo. De hecho, nadie pisaba un campamento legionario abandonado, porque años después todavía quedaban hordas

de pulgas, chinches y piojos. César era muy escrupuloso construyendo letrinas y desagües en sus campamentos, incluso en los provisionales, pero era inútil: la pestilencia lo seguía a todas partes. Él mismo lo reconocía. «¡Mis hombres combaten como demonios! —solía decir—. Pero las cosas como son: a veces no sé si lo que asusta al enemigo es su bravura o la peste».

Durante la marcha hacia el norte, Bogud el Justo conoció a César y a Pompeyo, y no tuvo ninguna duda.

—¡Por los dioses! ¡Hasta un ciego vería que César debería dirigir el ejército! ¡Marco, esto apesta a catástrofe! No puede dirigirse una batalla con dos generales, del mismo modo que en el cielo no hay dos soles.

Y tenía razón. Para mí era terrible pensar que estábamos a solo unos días de la batalla más crucial que jamás había librado un ejército humano y ni siquiera sabíamos quién comandaba nuestras legiones. Pero lo peor de todo fue que me obligaron a hacer el trayecto con el séquito de esos grandes hombres, Cicerón, Pompeyo y César. Yo habría querido estar con Sitir Tra, que iba con los demás aspa. Nuestra columna era larguísima y no pude verla. Pero así eran, querida Proserpina, los asuntos humanos antes del Fin del Mundo.

Acampamos en una llanura por la que los tectones debían pasar necesariamente en su camino hacia Roma. Ahora era cuestión de esperar a que llegara el enemigo. El problema fue que la espera no nos benefició, al contrario. Al segundo día Pompeyo convocó consejo en su tienda y acudieron todos: César, Bogud y Cicerón. (A mí me dejaron entrar en calidad de «experto en topitos», como decían ellos.)

Pompeyo habló. Cuando oí su propuesta, poco faltó para que me desmayara: ¡quería que volviéramos a Roma! César explotó.

—Entonces ¿por qué lémures borrachos has venido hasta aquí?

—¡Porque tú insististe! —gritó Pompeyo—. Y ahora nos vemos abocados a jugárnoslo todo a una tirada de dados.

Pompeyo expuso sus reflexiones. Y debo decir que, al menos sobre el papel, no parecía tan mala idea.

Los subterráneos, alegaba, no podían estar más lejos de su

base, que no era más que un sucio agujero africano. Si nos encerrábamos detrás de las murallas de Roma, lo único que tendríamos que hacer era dejar que consumieran sus recursos. Después estarían en una situación desesperada: simplemente se morirían de inanición. Si contábamos con que cada tectón necesitaba el triple de comida que un humano normal, mantener el sitio de Roma les resultaría imposible. Una de dos: o huían debilitados por el hambre, de modo que nos resultaría muy fácil perseguirlos y exterminarlos, o se arriesgaban a un asalto suicida contra las murallas romanas, protegidas por un ejército máximo que incluiría nuestras legiones y a todos los ciudadanos capaces de sostener un arma. Incluso los individuos sin instrucción sabrían tirar piedras desde las almenas.

César y Pompeyo discutieron a gritos. A alguien se le ocurrió pedir mi opinión. Me manifesté en contra de volver, claro.

—En primer lugar —dije—, no podemos estar seguros de que los tectónicos no encuentren provisiones por el camino. La gente hace cosas extrañas, como aferrarse a su casa aunque esté quemándose. A pesar de las sabias advertencias del Senado, ¿sabemos si se han abandonado todas las ciudades? No lo parece, porque los exploradores que siguen y auscultan el avance tectónico aseguran que han engrosado el enorme rebaño de prisioneros que llevan con ellos. En segundo lugar, Pompeyo, obrar como pides exigiría abandonar a esos miles y miles de cautivos a los que los tectones desplazan en su retaguardia, entre los cuales hay patricios como Gneus Iunni. Pero eso no es todo. Cuando comience el sitio, nosotros también consumiremos provisiones. Estamos hablando de una ciudad de un millón de habitantes. Los suministros se agotarán en un abrir y cerrar de ojos. Conozco a los tectones, y estarán dispuestos a devorarse unos a otros antes de suspender un asedio. Es muy propio de su raza. Sus tradiciones les dictan incluso en qué orden deben empezar a zamparse entre ellos en caso de necesidad. ¿Haremos lo mismo? ¿Dejaremos que nuestros ciudadanos se coman unos a otros para impedir que se los traguen los tectónicos? No. Para evitarlo tendremos que salir de la ciudad y enfrentarnos a la batalla hambrientos y

debilitados. Y en este caso se producirá la situación exactamente inversa a la que prevés, Pompeyo. Más vale que luchemos aquí y ahora que todavía estamos fuertes y con valor.

A Pompeyo lo llamaban «el Magno», pero su grandeza ya era cosa del pasado. En la madurez, Pompeyo siempre se había comportado como un jugador que ha ganado una mano muy provechosa y no quiere perderla. No arriesgaba, no era intrépido. Y la invasión tectónica exigía osadía, y mucha. Pompeyo y César reanudaron la discusión sobre quién debía comandar el ejército. Creo que habrían seguido hasta el fin de los tiempos si no nos hubieran interrumpido para advertirnos de la peor de las noticias: la llegada de los tectónicos. Salimos de la tienda del pretor y los vimos.

Estaban allí, en la otra punta de la gran llanura. Habían visto nuestro campamento fortificado y estaban montando el suyo a una distancia prudente. El nuestro era de madera; el suyo estaba rodeado de erugomos. Recuerdo muy bien, Proserpina, las caras de los legionarios cuando vieron por primera vez los pocos erugomos que los tectones aún conservaban. La visión de esos cuerpos tubulares inmensos, de piel amarronada y brillante, como si estuviera húmeda, les encogió el corazón.

—Sois legionarios —los riñó César—. ¿Desde cuándo las legiones de Roma se asustan por cuatro gusanos?

Todos se rieron. Pero eran risas poco sinceras. Ya estaban allí. Al amanecer tendría lugar la gran batalla. Y no podíamos ganarla. Te preguntarás, Proserpina, por qué estaba tan seguro. Te lo contaré.

En primer lugar, Libertus y sus fuerzas todavía no habían llegado. Iban con varios días de retraso, ya que sus hombres no podían mantener un ritmo de marcha legionario. Pero lo peor no era eso. Ni mucho menos. Lo más terrible y nefasto, querida Proserpina, era que si la batalla comenzaba al día siguiente, nuestro comandante en jefe habría de ser Pompeyo. Tal cual. Así sería.

La culpa la tenía el absurdo sistema de gobierno republicano. Como ya sabes, los romanos odiaban los gobiernos unipersonales desde que, en un pasado remoto, habían expulsado a su último rey. Por eso tenían dos

cónsules, no uno solo. Cuando un cónsul combatía en Asia, por decir algo, y el otro en África, no había ningún problema: cada uno ejercía como comandante supremo de su ejército consular. Pero en casos de emergencia extrema (como el nuestro) en los que ambos ejércitos consulares actuaban agrupados y unidos, ¿a quién correspondía el mando? No te rías de la respuesta, Proserpina: el mando se repartía en días alternos; un día mandaba un cónsul y al día siguiente el otro. O dicho de otra manera: un cónsul ostentaba el mando los días pares y el otro los impares. ¡Te lo juro, Proserpina, era así! Cuesta creer que una nación hubiera podido conquistar el mundo con un sistema tan ridículamente ineficaz. Pero así funcionaba Roma antes del Fin del Mundo.

Bien, pues al día siguiente le tocaba a Pompeyo. ¡A Pompeyo! Y ahora dime: ¿cómo se suponía que iba a dirigirnos, en el combate más importante para el género humano, un individuo que ni siquiera creía que tuviéramos que presentar batalla? El desastre.

Por lo que respecta al estado de ánimo de César, era sencillamente indescriptible. Una de sus frases favoritas era: «Prefiero ser el primero en la aldea más perdida de la Galia que el segundo en Roma». Y he aquí que el destino lo subordinaba a otro, y que ese otro era nada menos que su enemigo jurado.

Me abalancé sobre Cicerón.

—¡Padre, tienes que hacer algo! ¡Piensa alguna argucia legal, haz un discurso emocionante, propón un acuerdo político! ¡Lo que sea! Pero ¡retírale el mando a Pompeyo!

Se limitó a negar con la cabeza. Roma era el consulado. Y esa cuestión estaba más allá de la ley, la retórica y la propia política.

Por la noche me encontré mal, quiero decir físicamente. Sufría vómitos y calambres en el estómago, de pura aprensión. El único remedio que se me ocurrió fue salir de mi tienda, aunque fuera en plena noche, y buscar a Sitir Tra.

No estaba en el campamento. Alguien me dijo que la habían visto salir por la puerta norte. No me extrañaba: los aspa tenían unos sentidos diez veces más desarrollados que las demás personas, y para un olfato tan fino la pestilencia legionaria era insufrible.

Seguí la dirección que me habían indicado, un poco al tuntún. La encontré en un cerro boscoso. O mejor dicho: me encontró ella. Yo todavía estaba avanzando entre ramas de pino, bajo la luz de la luna, cuando oí una voz que me decía: «Estoy aquí». Era Sitir. Me había visto mucho antes que yo a ella, claro. Estaba sentada tranquilamente en la cima de ese bosquecillo elevado, con los codos en las rodillas y el mentón en el antebrazo. Desde allí, oculta entre la vegetación, podía contemplar el campamento tectónico.

La luna le iluminaba el cuerpo desnudo. Pensé que era imposible no quererla y desearla. Me senté a su lado. El campamento tectónico era impresionante. Miles y miles de pequeñas hogueras. Lo más probable era que nos mataran al amanecer. Pero ¿quieres saber una cosa, Proserpina? Me eché a reír. Una risa sana, de pura satisfacción. Porque al menos se me concedía pasar un rato de mi última noche junto a Sitir Tra. Y eso era más, mucho más de lo que había soñado con vivir mientras había estado bajo tierra.

—Crees que me amas —dijo—, pero en realidad amas la vida. Mientras estabas allí abajo te serviste de un recuerdo para aferrarte a la existencia y la cordura. Pero eso es todo. En realidad no sabes quién soy, cómo siento o cómo pienso.

—Por descontado que te evoqué. Cuando el miedo y el dolor me concedían una tregua, pensaba en ti. En quién eres. En cómo había sido tu vida. Cuando me torturaban, pensaba en ti. Así pude soportar el dolor. ¿Quiénes eran tus padres? ¿Por qué te habían abandonado? ¿Cómo fue tu formación entre los monjes Gea? ¿Qué sentiste cuando una Piedra Negra se agarró a tu tobillo? ¿Te sentías orgullosa de tus luchas como aspa? ¿Dudabas alguna vez? Como mujer, ¿habías querido a alguien, aspa o no aspa? Estas son las preguntas que me hacía. Ideaba, construía y reconstruía tu vida. Y sí, eso me mantuvo vivo. Eso y el humor de la Suburra. Ahora estoy seguro de una cosa: en la más desesperada de las situaciones, sobrevivir siempre depende de tres cosas, y solo tres: tener suerte, humor y amor.

—Te sentía. Me refiero a cuando estabas allí abajo —dijo. Supongo que hice una mueca—. Es una facultad que nos enseñan los monjes Gea durante la instrucción como aspa.

Yo seguía sin entender.

—¿Nunca te ha pasado que has pensado en alguien y un instante después te has encontrado con esa persona? —se explicó Sitir—. Es un sentido que tienen todos los seres humanos, pero atrofiado. Los monjes Gea enseñan a desarrollarlo. Y yo te sentía, allí abajo. Unas veces te sentía más cerca y otras más lejos. A veces me dolía pensar en ti y me decía: «Lo están atormentando»; a veces sentía alivio y me decía: «Hoy no es tan infeliz».

Yo, claro, no podía creer en esas cosas. Pero las respetaba: también parece imposible que puedan caer piedras del cielo y caen.

Me miró un buen rato fijamente con sus ojos verdes. Después tuvo una de esas reacciones espontáneas e imprevistas tan típicas de los aspa.

—Mañana, si vencemos, me acostaré contigo —anunció.

Y volvió a mirar en dirección al campamento de los monstruos. El viento traía los bramidos de los tritones y los erugomos. Pensé en los cien mil tectones armados que me separaban de ese placer máximo; del abrazo de Sitir. Pensé en Pompeyo, en sus párpados caídos y su nulidad militar. Y supe que moriríamos todos.

Con un dedo di dos toques en el hombro de Sitir Tra, como quien llama a una puerta. Se giró y dije:

—Y en lugar de hacer el amor justo después de la batalla —dije muy serio—, ¿no podríamos hacerlo justo antes?

Se echó a reír. Hasta ese momento ni siquiera estaba seguro de que las mujeres aspa se rieran.

Salió el sol. Nos dispusimos para la batalla. Y ahora, Proserpina, tolerarás que te cuente un poco cómo funcionaban las batallas en nuestro mundo.

Al amanecer, los ejércitos salían de sus respectivos campamentos y formaban en orden de batalla. Esta maniobra normalmente requería bastante tiempo: no era fácil distribuir y alinear a decenas de miles de hombres en posición de combate. Y lo más importante: que los dos ejércitos se colocaran frente a frente no significaba que la batalla fuera a producirse. Había multitud de causas que podían hacer que alguno de los dos bandos prefiriera suspender la lucha: las

condiciones climatológicas, que el general observara algo imprevisto en las líneas enemigas, o incluso que un augur, a última hora, encontrara varices en el hígado de un pato, lo que significaba que el dios Marte no daba su visto bueno. Lo que fuera. En ese caso el ejército volvía al campamento y la batalla se aplazaba hasta el día siguiente. Como es natural, el bando que se retiraba sufría las mofas del enemigo, que se burlaba de su falta de determinación. Pero una batalla campal era un acontecimiento decisivo que solía acabar con un triunfo o una derrota total. Y nadie quería perder un ejército entero.

Mi última esperanza era que ese día los tectones suspendieran la lucha por alguna razón. Pero los conocía, y me constaba que era rarísimo que rehuyeran el combate. ¿Por qué iban a hacerlo? Eran las criaturas más agresivas del planeta y siempre estaban convencidas de que ganarían. Y Proserpina: ¡qué visión tan terrorífica su frente de batalla en formación! Miles y miles de tectónicos, preparados detrás de unos escudos que resoplaban. Qué línea tan perfecta, con todos los pies perfectamente alineados.

Así pues, estaba preparándome para lo peor cuando se produjo un suceso extraordinario: de las líneas tectónicas se adelantó un individuo. No, dos. Al principio no los veíamos bien, porque los dos ejércitos estaban bastante separados. Después, al acercarse, nos dimos cuenta de que eran un tectón y un hombre. Y por fin descubrimos su identidad: por poco me caigo del caballo, Proserpina, ¡porque eran Nestedum y Ricitos! Como te lo digo. ¡Mi amigo Gneus Iunni Ricitos! Y el que le tiraba del codo, casi arrastrándolo, era él: Nestedum.

Pedí permiso para adelantarme e ir a parlamentar. Al fin y al cabo los conocía a los dos. Por inercia, me dirigí a César. Pero Pompeyo, que estaba allí, dio un paso con gesto imperial.

—Ve, Marco Tulio.

Era su forma de hacerme saber que allí mandaba él.

Así que fui. Crucé nuestras filas cabalgando hacia la franja de tierra de nadie que separaba los dos ejércitos. Nestedum había dejado caer a Ricitos al suelo. El pobre estaba maniatado, exhausto, y tenía todo el cuerpo magullado. Mi intención era parlamentar con Nestedum desde lo alto del

caballo, lo que me confería cierta superioridad moral. Pero al ver a Ricitos tan mustio y consumido, me vencieron la amistad y la compasión, salté del caballo y me arrodillé a su lado para sostenerlo.

Era lo que Nestedum quería, claro, porque ahora él estaba de pie y yo arrodillado. Detrás de él, una interminable pared de escudos tectónicos. A mi espalda, un muro de escudos legionarios. Los dos ejércitos estaban tan separados que habría podido matar a Nestedum antes de que alguien hubiera tenido tiempo de socorrerlo. Al menos habría podido intentarlo. Incluso tenía alguna ventaja. Recuerda que le faltaba una mano que yo mismo le había amputado. Ciertamente, la había suplido con esa especie de erizo con largas patas de araña, que en ese momento se retorcían ominosamente girando sobre sus articulaciones, pero nunca sería como el miembro original. Yo llevaba un gladius en la cintura, y él solo un cuchillo de marfil dentado. Podía atacarlo, en efecto, y su muerte sería más decisiva que la huida de Darío en Gaugamela. Sí, yo sabía mejor que nadie lo importantes que eran el ascendiente y la dirección de Nestedum para el ejército tectónico. Entonces, Proserpina, ¿por qué no lo hice? ¿Por qué?

Por miedo. Esa es la verdad. No me atreví. Lo peor de todo es que Nestedum lo sabía y disfrutaba con mi cobardía. Por eso se había adelantado él mismo a entregarnos a Ricitos. Sí, sabía que no tendría valor para hacerlo, para luchar con él, y que mi falta de coraje me heriría más que una lanza. Era típico de la retorcida forma de actuar tectónica.

Ricitos estaba medio desmayado. Yo hablé en lengua tectona.

—No deberías haber vuelto —le dije a Nestedum.

Él me contestó en latín.

—Tú volverás conmigo, Marco Tulio.

Seguramente palidecí. Cuando hubo disfrutado lo suficiente de mi miedo, mi impotencia y mis renuncias, expuso lo que realmente quería: nos entregaba a uno de nuestros patricios como prueba de vida, para negociar el rescate de los demás que estaban en su poder. Tenían a otros diez jóvenes aristócratas y querían a cien servus por cada uno de ellos.

—En Roma ya no hay esclavos —proclamé.

Él preguntó:

—¿Os los habéis comido?

Se rio, si es que algo tan tétrico como las carcajadas tectonas merecen asociarse al sagrado arte del humor. Se rio y se marchó dándome la espalda despreocupadamente.

Levanté a Ricitos y volvimos al campamento romano. Estaba extenuado, semiinconsciente y más flaco que un perro callejero. Ni siquiera me reconoció. Lo dejé en mi tienda, a cargo de un médico, y corrí a comunicar la propuesta de Nestedum a Cicerón, César y Pompeyo. Debían deliberar, y eso, naturalmente, suspendía la lucha hasta que tomáramos una decisión sobre la propuesta: los dos ejércitos volvieron a sus campamentos.

¡Así fue, Proserpina! La batalla se aplazó un día, y los tectónicos nunca supieron la gran oportunidad que habían perdido. Después de transmitir las condiciones de Nestedum volví a mi tienda, con Ricitos. Era de vital importancia que nos contara cualquier detalle que hubiera observado durante su cautiverio y que pudiera sernos útil en la batalla.

Deliraba. Estaba demacrado, pálido, y tenía los ojos inyectados en sangre. Pequeñas convulsiones le sacudían el cuerpo, como si alguien le clavara pinchazos invisibles. No prestaba atención a lo que le decía y su mirada vagaba, como si siguiera el vuelo de una mosca.

—¡Gneus!

Tuvo un instante de lucidez: me miró, sudado, me reconoció y sonrió. Pero hablaba sin sentido, solo decía incongruencias. Suspiré. Era inútil. Necesitaba un poco de reposo. Lo dejé descansar y volví con los triunviros. Cuando entré en la tienda del pretor, estaba hablando Pompeyo.

—Bueno —decía—, propongo una colecta. Que cada noble aporte a los servidores que considere conveniente. Hay de sobra, porque han venido a acompañar a sus amos al ejército. Las familias de los rescatados se lo agradecerán con creces.

—Pero ¿qué estáis diciendo? —exclamé—. ¡No podemos hacerlo!

Me miraron como si hubiera perdido el juicio.

—Os recuerdo que ahora son hombres libres. ¡No podemos obligar a mil personas a ir al campamento tectónico para que se las coman! —Ahora se miraban todos desconcertados—. Si

no os conmueve la moralidad, que lo haga la necesidad: mañana, como muy tarde, llegará Libertus con sus treinta mil hombres. ¿Cómo creéis que se lo tomará?

—Eso es cierto, muy cierto —reconoció César—. Seguramente rompería su alianza con nosotros, y no podemos prescindir de su tropa.

Era un dilema imposible. Pero Cicerón estaba allí y seguía siendo el romano más inteligente. Y dijo:

—No os estáis haciendo la pregunta correcta. La pregunta correcta es esta: ¿por qué nos ofrecen un trato? Si creen que nos vencerán en el campo de batalla, no necesitan pedirnos lo que mañana será suyo.

Sí, ¿por qué lo hacían? Si nos derrotaban, seríamos su comida. Ochenta mil romanos. Si este era su pronóstico, ¿por qué necesitaban hacer un intercambio que solo les reportaría un millar de hombres que obtendrían igualmente al día siguiente?

Volví a la tienda en la que reposaba Gneus. Le habían dado sopa de tomillo y huevo y se había tranquilizado un poco. Dormía. Lógico, teniendo en cuenta la debilidad extrema de su organismo. Había estado prisionero desde la catástrofe de la expedición a África, y me constaba que los tectones alimentaban muy mal a sus cautivos. Tuve que despertarlo.

—Gneus. —Lo sacudí—. Cuéntame una cosa: ¿qué quiere realmente Nestedum?

Le costaba hablar.

—Marco, Marco… —Miró el techo de lona como si la respuesta estuviera escrita allí—. Tengo una laguna en la memoria.

Era normal. Las víctimas de una violencia desmedida tienden a asfixiar los recuerdos. La voz de Gneus se volvió melancólica.

—Es curioso. Lo que más recuerdo es una cerda preñada. Cuando los monstruos la sacrificaron ya le faltaba poco para parir, muy poco. Tan poco que los tectones le abrieron la barriga y de la herida salieron unos cerditos que echaron a correr.

—A lo mejor te acuerdas —reflexioné— porque de la muerte salió la vida. Por eso te aferras a ese detalle. Pero seguro que te vienen más cosas a la memoria. Haz un

esfuerzo.

Me miró como si fuera un extraño.

—Marco… Marco… —dijo en tono inexpresivo—. Lo saben todo de nosotros. —Y de repente gritó—: ¡Algunas de esas bestias incluso saben leer el latín! Alguien les enseñó.

Palidecí de vergüenza, porque ese alguien, por descontado, había sido yo. Excitado, Gneus levantó medio cuerpo del jergón.

—¡Saben incluso lo de Libertus!

De repente miró a un lado y a otro, como si no supiera dónde estaba, e intentó salir corriendo, como si los tectones estuvieran entrando por la puerta de mi tienda. Necesité el auxilio del médico y su ayudante para contenerlo.

La historia de Gneus ya la conocemos: en el desastre de África, siguiendo mis consejos, mostró su anillo patricio y eso le salvó la vida. En lugar de dejarlo con la inmensa masa de cautivos, los tectones hicieron que viajara a lomos de un erugomo con otros diez nobles cautivos. Los interrogaban a menudo. Un grupito de tectónicos sabía latín. Y no será necesario que diga que no eran muy amables: cuando alguno se resistía a responder a lo que le preguntaban, los tectones simplemente le arrancaban los dedos a mordiscos con sus dientes de tiburón. Les preguntaron cosas sobre el ejército romano y la geografía italiana que complementaban todo lo que ya sabían por mí. Pero, como suele pasar, torturados y torturadores no establecieron un monólogo, sino un diálogo: el interrogatorio, las propias preguntas, fueron un trasvase de información entre tectones y humanos.

—Era tan horrible oírlos hablar en latín, Marco, tan horrible… —dijo Ricitos—. Lo hablan como si tuvieran grava en la boca, y sus tres hileras de dientes filtran las palabras con un pitido bífido —añadió en voz baja—. Son el mal, Marco, el mal.

—¿Por qué han exigido a mil servus?

Esbozó una sonrisa amarga.

—Los servus les importan un rábano.

—¿Y por qué quieren intercambiaros? ¿Por qué?

—Para dividirnos. Saben de la alianza entre Libertus y el Senado. Si entregamos a los mil servus, Libertus os odiará; pero los prisioneros son hijos de las mejores familias de

Roma, y si no lo hacéis, el Senado os maldecirá.

Era eso: Nestedum quería fomentar la discordia entre nosotros. Y estaba consiguiéndolo.

He resumido mucho la entrevista con mi amigo, el bueno y frívolo de Ricitos. De camino a la tienda del pretor no podía dejar de pensar en las palabras que más me había repetido: «Ayer pasó algo importante, Marco, pero no puedo recordarlo, no puedo. Es importante, pero no hay manera de que me venga a la memoria. Es como si tuviera una niebla espesa en la cabeza». Y a continuación me repetía la historia de la cerda sacrificada y las crías nacidas de la herida. Era un recuerdo insignificante pero obsesivo.

Cuando volví a la tienda del pretor les hice saber que, en efecto, la cuestión de los mil servus era una estratagema de los tectónicos para dividirnos. Pero entonces Pompeyo hizo un gesto lánguido con la mano y habló con su boquita de piñón.

—Oh, no te preocupes —dijo como si oyera llover—. Ese asunto ya está resuelto.

Yo debí de poner cara de no entender.

—Les hemos entregado los mil esclavos de las narices —dijo César—. Los diez muchachos ya están con nosotros.

Cicerón miraba el techo de lona, avergonzado. Pero no dijo nada.

No puedes imaginarte, Proserpina, cuánto me sulfuré. Pero ¿de qué sirve la cólera, por más justificada que esté, contra los dos hombres más poderosos del mundo? César me hizo callar antes de que tuviera tiempo de abrir la boca.

—¿Y qué querías que hiciéramos? Son de los nuestros, son Roma.

—¡Ahora todos somos Roma! —grité—. Aunque está claro que no acabáis de entenderlo. ¡La esclavitud ya no existe, podrían acusaros de asesinar premeditadamente a hombres libres!

César pidió a Pompeyo y a mi padre que nos dejaran solos. Cuando se fueron me agarró por el codo, casi violentamente, y me dijo:

—¡Eres tú el que no entiende nada de nada! Podemos

vencer a los subterráneos con el Senado o sin el Senado, pero nunca contra el Senado.

(Y la verdad es, Proserpina, que sabiendo lo que sucedió poco después esas palabras no dejaban de ser una paradoja de lo más sarcástica.) Pero el colmo fue lo que pasó a continuación: Libertus y su ejército estaban a punto de reunirse con nosotros, alguien tenía que ir a recibirlos. ¿Y a quién quería enviar Julio César? ¡A mí, a Marco Tulio Cicerón!

—¡Ni hablar! Envía a otro.

—Te envío a ti, precisamente, porque Libertus confía en ti. Ya pensarás en cómo explicarle lo de los mil esclavos. Ocúltaselo o cuéntale una mentira.

Volví a negarme.

—¡Por supuesto que lo harás! —me gritó—. Porque si no le mientes o le ocultas lo que ha pasado, Libertus no luchará. Y si no lucha moriremos todos. Tú, tu padre, yo… Tus hijos aún no concebidos nunca nacerán. ¿Y por qué? Pues porque un día no le contaste una mentira a un antiguo esclavo de mejillas largas y chupadas. ¿Es eso lo que quieres?

Bien, pues ¿sabes lo que hice, querida Proserpina? A regañadientes, accedí. ¿Qué podía hacer? Cuando ya estaba subido al caballo, César me dio las últimas instrucciones.

—Corre, ve a buscar a Libertus enseguida. Haz que él y sus tropas den una amplia vuelta y se sitúen justo en la retaguardia del campamento de los subterráneos. Así evitarás que les lleguen las noticias de esos mil desgraciados. No tendréis problemas para alcanzar la posición: Libertus tiene a muchos guías y naturales del país que conocen la región. Sí, dad una buena vuelta sin que os vean los tritones y los exploradores enemigos. Y si por cualquier circunstancia Libertus llega a tener noticias de los mil sacrificados, niégalo todo. Miente sin rubor y con sagrada indignación: rásgate las vestiduras delante de todos. Quizá no lo convenzas, pero al menos dudará. Con eso ganaremos tiempo. Y lo único que importa es que mañana Libertus combata. ¡Es lo único que importa! Cuando hayamos batido a los subterráneos ya nos ocuparemos de compensar a Libertus por este asunto tan feo. ¡Venga, date prisa! ¡Pienso librar la batalla mañana por la mañana, con Libertus o sin Libertus! ¿Hay algo que no hayas

entendido?

Negué con la cabeza. Antes de que hubiera tenido tiempo de espolear el caballo, César sentenció:

—Así es la guerra, Marco: una parte de violencia y nueve partes de mentiras.

Y él mismo dio un golpe en la nalga de mi montura para que arrancara al galope.

Hice lo que César me ordenaba. Me encontré con Libertus, con Palusi y con su ejército y los acompañé hasta la posición que me había indicado César dando una vuelta para que no entraran en contacto con el campamento legionario. Así no llegarían a enterarse del inmoral canje con los tectónicos.

Nos movimos lentamente y con mil precauciones hasta llegar a la retaguardia del campamento tectón. En la parte final del trayecto pedí a Palusi que sus hombres estuvieran atentos: el enemigo había pasado por allí, y con un ejército tan numeroso era posible que tropezáramos con algún calco en los márgenes del camino. Si se percataban de nuestra maniobra, sería el desastre. E hicimos bien en tomar precauciones: encontramos a tres o cuatro debatiéndose con su placenta o aprendiendo a andar, y los matamos con gusto. Un par ya estaban en pie y tenían el cuerpo cubierto de escarabajos, arañas, pulgas y hormigueros enteros, lo que les confería un aspecto extraño, como de diminuto gregarismo en movimiento. Cuando las lanzas les penetraban el cuerpo, retorcían los miembros y abrían esa bocaza como tiburones heridos por el arpón. Y una vez apagado el estertor de la muerte, las hormigas volvían al hormiguero, como si el hechizo tectónico se hubiera desvanecido.

Aparte de eso, llegamos a la retaguardia de los tectones, al norte del campo de batalla, sin novedad. Libertus acampó a una distancia prudente, detrás de una pequeña elevación del terreno para que no pudieran detectar sombras, olores o ruidos.

Libertus, Palusi y yo departimos un rato. Lo único que tenían que hacer era atacar cuando César diera la orden. Su carga lo resolvería todo. El auténtico jefe militar de los rebeldes, como ya te he dicho, Proserpina, era Palusi. El sufete Palusi. Le pregunté por el valor de su tropa. Me hizo una valoración muy realista.

—Ni son leones ni son ratones. He hecho lo que he podido con ellos. Los aspa me ayudaron mucho a adiestrarlos. Hasta que te los llevaste, claro. —Por el tono de voz no supe si era una recriminación o una simple constatación. Añadió—: César sabe lo que hace. Nuestra tropa no puede hacer operaciones complejas. Pero si se trata de una carga decisiva, los nuestros lo harán mejor que cualquier legión, porque no les pesa armadura alguna y no luchan por una paga sino por la libertad.

Llegó el atardecer. Pronto habría oscurecido del todo. Yo tenía que volver al campamento del ejército, pero antes de marcharme me di cuenta de que el gentío empezaba a encender hogueras para cocinar y calentarse por la noche. Pedí a Palusi que lo prohibiera terminantemente: pasar una noche fría era desagradable, pero lo sería aún más si los tectones nos descubrían.

Nos protegía la pequeña colina, pero un campamento de treinta mil hombres levanta un fulgor considerable. Y fue entonces cuando Libertus se puso de pie en lo alto de un pequeño peñasco y se dirigió a los suyos.

—Amigos, hermanos y hermanas. No podemos encender hogueras porque el cruel enemigo podría localizarnos. Pero nos da igual el frío. Para muchos de nosotros tal vez sea la última noche en el mundo. Así que si anheláis calor, que vuestros cuerpos se abracen unos a otros.

Sí, eso dijo: «Que vuestros cuerpos se abracen unos a otros». Después la frase se ha interpretado y reinterpretado de mil maneras. En realidad solo quería decir lo que dijo: que no podían encender fuego por miedo a que los tectones descubrieran la emboscada de César. Pero Libertus era Libertus. Y por esa época ya tenía un ascendiente sobre los suyos más propio de un profeta que de un cabecilla rebelde. ¿Y quieres que te diga una cosa, Proserpina? Al oír esas palabras yo también me emocioné. «Abrazaos los unos a los otros». Ese era el mensaje de Libertus, para eso había venido al mundo, un mundo que quizá abandonaría al día siguiente. Recordé aquel día en el desierto que ahora me parecía tan lejano, cuando se había sublevado contra la muerte: «Había pensado hacer algo grande con mi vida», había dicho. Y tenía razón. Le quedaba algo por hacer. Aún tenía que decir a los

servus, al mundo: «Abrazaos los unos a los otros».

Miré a Libertus y observé esa masa de indigentes. En unas horas, cuando empezara a amanecer, el destino de toda la humanidad estaría en manos de ellos, de los desarrapados y los hambrientos, de los que soportaban el frío; de los desgraciados del mundo. Y entonces, Proserpina, bajé del caballo y volví con ellos, con Palusi y Libertus, y les conté lo que había pasado con los mil hombres y mujeres entregados a los tectones. Sí, Proserpina, lo hice, se lo conté.

Yo no podía mentirles. Yo no era César. No podía llevarlos a la batalla con engaños. Así era como hacían la política y la guerra el Senado de Roma y sus magistrados. Pero queríamos cambiar el mundo. ¿De qué habría servido abolir la esclavitud si seguíamos actuando igual que antes? De César y Pompeyo podía esperarse una inercia de alma inmutable. Pero yo no era ellos. Yo sí que había cambiado. Yo había estado allí abajo. Como Libertus. Como todos los esclavos del mundo.

Libertus me escuchó consternado, triste, pero sin ira. De hecho, no hubo gritos ni recriminaciones. Y lo que me dijo fue lo que menos esperaba. Esto:

—Ya lo sabemos, Marco Tulio.

Entonces apareció Sitir Tra desde algún lugar del campamento.

Los aspa eran libres. Iban y venían como querían. Sobre todo ella. Había presenciado la entrega del millar de sacrificados y después había ido a buscar al ejército servil.

Me quedé mudo. La reacción de Baltasar Palusi también fue extrañamente sosegada: ni siquiera dejó de masticar una especie de torta seca que estaba comiéndose.

—Os lo dije —se limitó a comentar—. No puedes fiarte de esa gente.

Me dirigí a Libertus:

—Si mañana no atacas, estarás en tu derecho. Pero será el Fin del Mundo.

Crucé una mirada con Sitir y me marché.

El regreso fue un trayecto espectral: el sol se había ocultado del todo, cabalgaba entre tinieblas e iba encontrándome con los cadáveres de los calcos que habíamos matado a la ida, ahora plateados por la luz de la luna.

Cuando llegué al campamento ya era noche cerrada. Ante

las puertas, los centinelas me dieron el alto. Pero el decurión que comandaba la guardia era un veterano de la Suburra.

—Callad, imbéciles —dijo a los soldados de guardia.

Abrieron las puertas y, mientras entraba, el hombre me dijo:

—Me encanta esta guerra. No hace falta aprender ningún santo y seña: si tienes la cabeza de haba, eres enemigo; si eres humano, eres amigo.

«Ojalá fuera así», me dije.

Me fui a mi catre disgustado y atormentado. No, no podía dormir. Pero quiero serte sincero, Proserpina. La causa real, el auténtico motivo de mi enfado y mi malestar no era si Libertus atacaría al día siguiente o dejaría al ejército consular en la estacada. No. Lo que me quitaba el sueño no era si nos vencería el poder tectónico o nuestras propias mezquindades. No. Lo que me frustraba era que Sitir me había prometido dormir conmigo si, por algún giro afortunado, vencíamos. Pero ahora, después de la ignominia cometida por los triunviros, ¿cómo podía pedirle que mantuviera su promesa?

Así éramos los humanos antes del Fin del Mundo, querida Proserpina. Las personas son extrañas.

18

La batalla.

Los niños y los ignorantes del mundo marcial creen que una gran batalla es el encontronazo de dos ejércitos que chocan como toros furiosos. El combate degenera en una multitud de luchas por parejas, y quien más peleas individuales gana acaba venciendo.

Nada más lejos de la verdad. En los tiempos homéricos quizá era así, con campeones de los dos bandos enfrentados en combates singulares. Pero en los sofisticados tiempos de la República, los manípulos y las legiones, las cosas eran muy diferentes. Una gran batalla siempre es un fenómeno complejísimo, brutal y al mismo tiempo muy difícil de entender, y César lo sabía.

Al amanecer, los dos ejércitos salieron de sus respectivos campamentos y se dispusieron cara a cara, legionarios contra tectones. No los separaban ni trescientos pasos. Yo estaba en la retaguardia, con César, Pompeyo y Cicerón, todos a caballo y rodeados de un gran séquito de oficiales. Nos habíamos situado en la cima de una modesta elevación desde la que teníamos una visión total. Pompeyo se había resignado a ceder el poder. No tenía muy buena cara, esa es la verdad, pero la ley de la alternancia dictaba que ese día el mando le correspondía a César. Lo que más recuerdo de él, Proserpina, es la mirada. Esos ojos negros recorriendo nuestras filas y las del enemigo. Estaba tan concentrado que, ¡oh, paradoja!, parecía ausente. Y lo cierto es que aquella llanura de hierba ocre, con aquellos dos grandes ejércitos uno frente a otro, listos para el combate, era una visión magnificente. Todos teníamos la misma sensación: nuestra vida podía acabar ese mismo día o perdurar otros cincuenta años, pero nunca olvidaríamos esa imagen.

La línea de infantería tectónica abarcaba todo el horizonte.

Un ejército de escudos rectangulares, vivos, que mugían y resoplaban como patos o vacas pastando. Caras de un gris blanquecino; escudos oscuros; cascos y armaduras más oscuros todavía. ¡Y qué masa de monstruos! Ochenta mil criaturas armadas, feroces, de cráneos alargados y mandíbulas asesinas. ¿Cómo vencerlas? Parecía imposible. Y eso sin contar a sus veinte mil jinetes. La caballería tritona no se veía por ninguna parte. Probablemente estaba a cubierto detrás de la infantería.

Por lo que respecta a nosotros, César se ciñó al plan que me había detallado. La parte izquierda de nuestra línea la ocupaban sus cuarenta mil veteranos; la derecha, los cuarenta mil de Pompeyo. Detrás de estos estaban los cien aspa, preparados para acudir donde se les pidiera. Y entre ellos, claro, Sitir Tra. Yo no dejaba de mirar en esa dirección, pero lo único que veía era cien cráneos perfectamente depilados y cuerpos desnudos. Eso era lo más chocante: la batalla más trascendente de todos los tiempos estaba a punto de empezar y ellos iban desarmados. (Ya sabes, Proserpina, que los aspa no empuñaban armas. Al menos hasta que empezaban a luchar.)

Todo comenzó con una orden de César. Hizo una señal, el centro de nuestra infantería se abrió y aparecieron Bogud y sus diez mil jinetes. Avanzaron al galope hasta que tuvieron a los tectones al alcance de sus proyectiles, y entonces empezaron a lanzarles las jabalinas. Cada númida llevaba una buena docena de esas lanzas cortas y letales. Se organizaron en círculos de cincuenta jinetes. Iban girando, y el que pasaba más cerca de los tectones les lanzaba una jabalina. De esta forma mantenían una lluvia continuada de proyectiles. No mataban a muchos enemigos, pero los hostigaban sin darles opción a replicar. Era muy frustrante para ellos. Tal vez por eso las filas tectonas se abrieron por fin para dejar pasar a las veinte mil lagartijas. Fue como si sus líneas vomitaran un terremoto.

La tierra tembló bajo el peso de las patas, el aullido de las conchas y los bramidos de esas bocas de dragón. Harto de las jabalinas númidas, Nestedum había enviado los tritones a atraparlos. Y había tardado mucho en hacerlo.

—Tenías razón —me dijo César—; los subterráneos son

lentos de reflejos.

La cuestión es que eso era exactamente lo que César quería: librarse de la caballería tectona. Bogud tenía orden no de enfrentarse a ellos, sino de alejarlos. Desde allí arriba podía verlo perfectamente, montado en su caballo blanco. Siguiendo las instrucciones de César, huyó hacia el este. O hizo ver que huía. Los tritones, naturalmente, fueron tras ellos. Los caballitos númidas y los tritones se perdieron por el flanco derecho de la llanura, como actores que abandonan la escena momentáneamente. Los númidas con una actitud un poco burlona, y los tritones detrás, con las ostras ululando de rabia. Entonces César dio a todo el mundo la orden de avanzar.

Toda la línea romana se puso en marcha y empezó a acercarse lentamente a los tectones repicando en el suelo con las alpargatas claveteadas. El valle retumbó como un tambor. Los hombres llevaban en una mano el escudo que los cubría hasta los ojos y con la otra empuñaban el gladius. Cada vez estaban más cerca de sus enemigos, que los esperaban igualmente amparados detrás de sus escudos vivos.

Pompeyo no podía soportar la lentitud de esa marcha hacia las líneas tectónicas. Acercó su caballo al de César.

—¿Por qué ordenas que avancemos? —le recriminó—. ¡Son ellos los que nos han invadido, y por lo tanto son ellos los que deben asumir los riesgos de un ataque general!

—La guerra consiste en fomentar el ímpetu furioso de los hombres, no en reprimirlo —contestó César.

La línea romana siguió adelante hasta que estuvo a veinte pasos de los tectónicos. Entonces se detuvo. Los legionarios cogieron el pilum, es decir, la lanza, y todos a una los arrojaron contra las filas tectónicas. Fue una auténtica lluvia de pilum, miles y miles cayendo al unísono desde el cielo. Los tectónicos se agacharon y, con los escudos entrelazados, formaron un techo casi perfecto, compacto y sin rendijas. Los gemidos y los vapores que exhalaban los escudos heridos por las puntas de pilum llegaban hasta donde estábamos nosotros.

Y entonces las legiones cargaron. Ochenta mil hombres dieron un grito de batalla y simplemente se lanzaron contra la barrera de escudos enemigos. Chocaron con un estrépito de hierro contra piedra, de escudos de metal contra lomos de dura corteza animal. Ese fue el auténtico inicio del combate.

Los legionarios se protegían con sus grandes escudos en forma de teja y a la vez intentaban pinchar a los enemigos con sus espadas cortas. Buscaban rendijas y proyectaban la punta del gladius por el borde superior de los escudos tectones buscando la cara de sus enemigos. Los tectónicos replicaban con sus arpones intentando pinchar las piernas y las caras romanas.

El griterío y el estrépito del combate eran tan atronadores que a duras penas nos oíamos al hablar entre nosotros, y eso que el estado mayor de César estaba relativamente lejos de la línea de combate. Yo no tenía ojos para seguir todo lo que pasaba en el campo de batalla. Cada golpe, cada herida y cada caído, humano o monstruo, me provocaban una conmoción máxima en un sentido u otro. César se lo tomaba de otra manera. Aquello no era el circo, y su mente pensaba en términos estratégicos. En cierto momento bajó del caballo. Uno de sus servus abrió un taburete portátil y César se sentó. Un segundo servus le dio un masaje en el cuello mientras él miraba el cielo azul. Incluso cerró los ojos.

¿Cuánto tiempo estuvieron luchando los dos ejércitos cuerpo a cuerpo? No demasiado. Quizá el rato que una persona normal tardaría en beberse pausadamente dos o tres vasos de vino. Era imposible prolongarlo mucho más. Piensa, Proserpina, que el escudo legionario ya era un peso considerable. Sumémosle el resto de la armadura y el increíble dispendio de energía que supone luchar por la propia vida. Lo extraordinario, de hecho, es que el envite se prolongara tanto.

En determinado momento, César se levantó del taburete. Sus ojos negros hicieron un barrido rápido del campo de batalla. Levantó un brazo y a continuación volvió a sentarse con el masajista. El brazo alzado había sido una señal. Sonaron trompetas y silbatos. Los legionarios suspendieron los golpes, cortes y estocadas y retrocedieron treinta pasos en orden. (Los de César con mucho más orden que los de Pompeyo, las cosas como son.) Cada cohorte buscó su estandarte para reagruparse. Y para recuperar el aliento.

Esos treinta pasos de retroceso crearon una franja de tierra de nadie en la que solo quedaron los muertos de ambos bandos; la mayoría, delante de la línea tectónica. No será

necesario que te diga, Proserpina, lo que hicieron con ellos: su descanso consistió en comérselos a todos, romanos y tectones por igual. Era típico de los tectones. Salían fulgurantemente de su línea de combate y con tres mordiscos hábiles en las articulaciones arrancaban un brazo o una pierna. ¡Qué rapidez y qué maña! Los tectónicos eran los carniceros más hábiles del universo. Después volvían a la formación con su pequeño botín y se lo comían detrás del escudo como el que toma un tentempié. Yo conocía ese proceder; los legionarios todavía no. No puedes imaginar, querida Proserpina, lo desolador que podía ser ver en una pausa de la batalla cómo unos monstruos se zampaban a bocados a tus amigos muertos o agónicos delante de tus narices.

César dio otra orden y las legiones, airadas, reanudaron el ataque con furor renovado. El escudo legionario era un arma tan eficaz como la espada: lo utilizaban para empujar y derribar o lo levantaban y golpeaban con el canto. César dejó que lucharan durante un lapso de tiempo similar al anterior y volvió a ordenar otro repliegue. Los dos frentes quedaron separados de nuevo por una franja de treinta pasos.

Los hombres sudaban y resoplaban, agotados. Vi muchas espaldas dobladas, con las manos apoyadas en las rodillas; muchos pechos inflándose y desinflándose como un fuelle. Esta vez César les dejó más rato para recuperarse. Después ordenó un tercer ataque, y un cuarto. Y ninguno consiguió romper las líneas tectónicas.

Porque ese era el objetivo de toda batalla. Que la línea enemiga se deshiciera. Que el adversario, agotado o herido, temeroso o desmoralizado, dejara caer las armas y los escudos para correr más ligero y huyera. Pero romper una línea de batalla tectónica era dificilísimo y César lo sabía. Yo mismo le había contado, con detalle, la fortaleza de esa formación: en los dos mil años de historia tectona solo dos enemigos habían conseguido fracturar una línea de batalla tectónica. (Y debes convenir conmigo, Proserpina, que ahora no es el momento de relatarte estas raras excepciones.) ¿Por qué insistía César? ¿Y si detrás de esa expresión impávida estaba perdiendo el control y el oremus? Ni siquiera había enviado un mensajero a Libertus para que iniciara un ataque por la retaguardia

tectona. Yo no entendía nada. Y los demás presentes tampoco.

—Pero ¿por qué? —se desesperaba Pompeyo—. Cualquiera puede ver que no penetrarás su línea. ¿Por qué insistes?

—Si un martillo pica un clavo —sentenció César—, su obligación es clavarlo hasta el fondo.

Y entonces los tectónicos iniciaron el avance.

Venían hacia nosotros en un frente tan compacto como el de los legionarios al inicio de la batalla, con los escudos cosidos entre sí por mil pequeños tentáculos. Llenas de cortes y cicatrices que no sangraban, esas protecciones vivientes soltaban unos bramidos de cachorro de elefante. Por los bordes de los escudos sobresalían las espadas dentadas de marfil. Los mílites tectónicos pisaban firme con las botas de pulpo. Venían hacia nosotros. Los legionarios se alinearon a toda prisa formando un frente que unía a los hombres de César y los de Pompeyo. Los centuriones se desgañitaban, y los hombres ocuparon su lugar, hombro con hombro. Todos contuvimos la respiración: si rompían nuestras filas, todo habría acabado. El Fin del Mundo.

Pompeyo se encaró con César. Le dijo que todo era culpa suya, que Roma moriría y él sería el responsable por las decisiones que había tomado ejerciendo el mando en ese día funesto. Esta vez César sí le replicó. Y lo hizo con las palabras más duras que un político romano había dirigido nunca a otro político romano. (Y lo digo con conocimiento de causa, porque me había leído todos los discursos de mi padre.)

—¡Cierra esa boquita de pollo, viejo chocho! —gritó—. Hoy estás a mis órdenes, y gracias a eso salvarás la vida. Porque si en lugar de luchar en mi bando lucharas contra mí, o contra ellos, morirías sin remedio. ¡Te lo aseguro!

A diferencia de los legionarios, en los últimos metros los tectones no cargaron. Simplemente siguieron adelante hasta chocar con los romanos, como si quisieran atropellarlos. Cuando los dos ejércitos chocaron se produjo un crujido. Un largo y estremecedor retumbo, como una proa de madera que se empotra en arrecifes de piedra. Había empezado el intercambio de golpes y cuchilladas. Nuestra línea tenía una profundidad de ocho hombres: cuando uno caía, el que estaba inmediatamente detrás lo sustituía. Las heridas y los gritos de dolor empezaron a proliferar. Algunos hombres dudaban.

Aunque curiosamente, desde donde estábamos, oíamos a todo el ejército como si fuera un solo hombre. Y ese hombre, cansado, empezaba a dudar de su capacidad para resistir.

En ese instante, querida Proserpina, me invadió un extraño sentimiento de culpa. La sensación, profundísima, de haber hecho las cosas mal, o tal vez de no haber hecho lo suficiente por impedir ese instante catastrófico. Desenfundé la espada, decidido a meterme entre nuestras líneas. Quería morir, supongo. Prefería eso a ver el Fin del Mundo; a ver a Sitir y a Roma devoradas por Nestedum. Pero cuando estaba a punto de espolear mi caballo, el propio César me lo impidió.

—¿Se puede saber qué haces? —me abroncó de muy malas maneras—. ¡Tu vida no es tuya, pertenece a Roma! Tú te quedas y harás lo que se te ordene.

El combate se prolongaba. Aquí debo decir que los cuerpos tectones tenían menos músculos y eran menos fuertes y voluminosos que los humanos, pero eso no los hacía menos resistentes. Los legionarios de la primera línea ya no podían más. César dio la orden de relevarlos, y los centuriones la ejecutaron. Era la orden más difícil de cumplir: que en pleno combate la primera línea de soldados fuera relevada por la siguiente. Normalmente se procedía así: un legionario se colocaba justo detrás del compañero que estaba en primera línea, le advertía de su presencia con un grito lo más cerca posible de la oreja, y entonces este, reuniendo todas las fuerzas que le quedaran, utilizaba el escudo para dar un empujón al adversario. Mientras el enemigo encajaba el golpe como podía, retrocediendo o resistiendo, el segundo legionario aprovechaba para reemplazar al compañero, que se retiraba a la retaguardia. De esta manera, el combate continuaba con un frente de legionarios frescos.

Pero, como puedes imaginar, Proserpina, el relevo de toda la línea del frente en plena batalla era una de las maniobras más complejas de llevar a cabo. Eran miles de sustituciones de un combatiente por otro casi simultáneamente. Podían salir mal muchas cosas. Bien, pues lo hicieron. Se relevaron. Al menos las legiones de César. Las de Pompeyo vacilaron y perdieron a más hombres. Se formaron claros y grietas. César vio algo que los demás no habían visto. Por eso César era César. Entonces se dirigió a mí.

—¡Corre, ahora! —gritó—. Ve a buscar a Libertus y dile que César ordena que cargue con todo lo que tiene, sin reservar a un solo hombre ni a una sola mujer. ¡Que lo lance todo contra la espalda tectona! ¡Ahora! ¡Corre, Marco Tulio, corre como Mercurio!

Y corrí. Obedecer esa orden tenía más sentido que suicidarme. Cabalgué más deprisa que la luz de los rayos. Piensa, Proserpina, que Libertus estaba lejos, en la otra punta de la batalla. Tardaría bastante rato en dar toda la vuelta. César lo sabía; contaba con ello. Pero debía apresurarme, y mucho.

Entretanto, Bogud y sus númidas habían alejado a los tritones más de veinte estadios. Cruzaron un río por un vado bastante ancho, donde el agua llegaba hasta el pecho de los caballos. Los tritones los seguían de cerca, muy de cerca, rugiendo, aullando y chapoteando. No dudaron en meterse en el agua: el mar les quemaba y les fundía la piel, pero ya habían aprendido que nuestros ríos eran de agua dulce. Entonces, y solo entonces, cuando unos y otros habían cruzado el río, Bogud y sus númidas se volvieron contra el enemigo. Se enfrentaron a él sin rubor, con la alegría asesina del que por fin deja de fingir que huye y empieza a luchar. Porque todo había sido un engaño. Quizá eran veinte mil tritones contra diez mil ponis. Daba igual. En la guerra, Proserpina, el número en sí mismo no significa nada.

Los pequeños caballos númidas rodearon a los tritones, mucho más grandes pero torpes. Manteniendo la distancia, los jinetes atacaron con sus jabalinas precisas y mortales. Preferían herir la montura, ya que cuando un tritón era abatido, el largo cuello y la larga cola hacían caer a dos o tres más con sus jinetes. La caballería tectónica muy pronto quedó sumida en el caos. Los númidas los herían sin acercarse a ellos. Los tritones estaban tan apiñados que era imposible fallar el tiro, todas las jabalinas se clavaban en carne tritona o tectónica. Enseguida hubo montones de monturas y jinetes muertos, caídos o aplastados, que dificultaban aún más los movimientos de esas patas monstruosas. Las ostras que los tritones llevaban incrustadas en los omóplatos empezaron a

emitir unos aullidos feroces, casi desesperados, como si hubieran entendido la gravedad de la situación. Hasta que los tectones comprendieron que lo mejor que podían hacer era retirarse y reagruparse con el grueso de su ejército.

Huyeron. Era la primera vez que un contingente humano hacía huir a otro tectónico. Los miles de jinetes tectones corrían para salvar su vida. Volvieron al río. Y allí se encontraron con una sorpresa.

César había hecho llevar cientos de carros cargados de sal. Mientras númidas y tectones luchaban al otro lado, los porteadores habían volcado su contenido en el agua. Como era una poza, el agua se movía poco y la sal no se desplazaba corriente abajo. Cuando trataron de cruzar el río, los tectónicos sintieron el ardor en las piernas. Yo había contado a César que para herir en serio la carne tectónica era necesario un contacto continuado de la piel con el agua salada, y César había intuido lo que pasaría cuando los jinetes sintieran el dolor. Por instinto, tiraron de las riendas para frenar la montura, de modo que cortaron el paso a los que iban detrás. Al momento había un atasco monumental en medio del río.

Lo que vino a continuación fue una carnicería tan extraña como horrible. Tritones chapoteando, tectones caídos en el agua que gritaban entre convulsiones de dolor… Sangre azulada, carne humeante y un río. Y los númidas abalanzándose sobre los tectones con sus machetes africanos, matando y rematando. A los que todavía iban en la montura los apuñalaban por la espalda, y a los que habían caído al agua les abrían la cabeza.

—¡No perdonéis ni a uno! —bramaba Bogud—. Porque si hay una raza que no merece el perdón es aquella que no lo conoce.

Pero la aniquilación de los tritones no serviría de nada si perdíamos la batalla principal.

Nunca he cabalgado tan deprisa. Debía transmitir a Libertus el mensaje de que atacara. Todo dependía de su ataque a la espalda tectona antes de que la línea legionaria cediera. Pero la urgencia hizo que cometiera un error: para no dar tanta vuelta, seguí una ruta más próxima a la batalla. Confiaba en que en medio del fragor de tan magno combate

un jinete solitario galopando por la periferia pasara inadvertido. Bien, pues ocurrió algo muy habitual en mí: que me equivoqué.

Un par de tectónicos montados en tritones me vieron y vinieron detrás de mí. No sé de dónde habían salido. Puede que fueran dos supervivientes de la matanza de tritones en el vado o, más probablemente, una patrulla que vigilaba el flanco de los tectónicos para evitar ataques sorpresa.

Espoleé al caballo y me adentré en un bosque con la esperanza de que la vegetación me ocultara. Fue inútil. Ya sentía en la nuca los gemidos de las ostras de los tritones anticipando mi muerte. Te juro, Proserpina, que me sentí como una liebre perseguida por un zorro. De repente, el caballo me expulsó de su lomo: lo habían herido con una lanza. Salí volando y aterricé de morros un trecho más allá. Cuando levanté la cabeza, los dos tectones me contemplaban desde las modestas alturas de los tritones apuntándome con sus lanzas dentadas. Desesperado, lo único que se me ocurrió fue hablarles en lengua tectona.

—¡No lo hagáis! ¡Mi sangre sabe a iliiigiimj!

Los iliiigiimj eran unos animalitos especialmente repelentes para el paladar tectónico. Sí, ya lo sé, era absurdo: ¿por qué un humano iba a tener sangre de iliiigiimj? Los hombres desesperados improvisan muy mal. Lo que detuvo sus lanzas no fue mi mentira, sino la lengua. Un humano que hablaba tectónico era más que una rareza. Dedujeron la verdad enseguida.

—Eres Marco Tulio. Nestedum nos recompensará con una granja de cerdos.

¿Puedes entender mi desesperación, Proserpina? Volvía a estar cautivo de él. ¡De él! Uno de los jinetes sacó un pequeño animal de una alforja. Pegué un chillido simiesco. Conocía a esos animalitos. Imagínate, Proserpina, dos cabezas de camaleón unidas. Esa forma tenían. De las dos bocas salían una especie de filamentos, medio carnosos medio vegetales, que cuando se adherían a tobillos y muñecas hacían de grilletes. Grité más. El tectón desmontó y se acercó a mí con el camaleón de dos cabezas en las manos. Y entonces cayó fulminado. Había recibido el impacto de una piedra tan gorda en el cráneo que cuando tocó el suelo ya estaba muerto. El

otro jinete soltó un aullido feroz. Sitir Tra estaba a menos de diez pasos. «Qué puntería», pensé. El segundo tectón iniciaba una carga. Y entonces, por una vez, puedo decir que hice algo útil: cogí el camaleón de dos cabezas y lo lancé contra las patas del tritón. El animalito se adhirió a una pata con una lengua y a una roca cercana con otra lengua; el tritón cayó. Sitir remató al jinete como quien pisa una mosca sin alas.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Protegerte. Lo prometí.

Hablaba como si aquel día tan lejano en el que había aparecido en la Suburra hubiera sido ayer. Yo me sacudí la ropa diciendo:

—Bueno, por una vez he sido yo el que te ha salvado la vida.

Me miró sin entender.

—¡Es broma!

Encontramos a Libertus y a Baltasar Palusi en la cima de la colina tras la que se escondía el ejército servil. Desde allí tenían una vista perfecta de la batalla. Sí, allí estaban. Libertus, Baltasar y, justo detrás, un par de hombres que sostenían el pedestal de la mediocre estatuilla de Qal. Algo más allá, ocultos por un declive del terreno, los treinta mil libertos armados, con la mirada fija en la estatua.

Sitir y yo fuimos a buscarlos corriendo.

—¡Me envía César! —les grité—. ¡Hay que atacar, ahora!

—¡Magnífico! —exclamó Palusi—. Todo está listo, solo esperábamos a que nos diera la orden.

Para ser una tropa de desarrapados habían sido muy diligentes. Estaban formados en unidades de unos quinientos hombres, ocultos detrás de las rocas y la vegetación. No tenían el mejor armamento, pero tampoco luchaban con cualquier cosa: eran armas que habían recogido en las victorias de Sicilia o hechas por sus propios herreros. Las lanzas ya eran algo más que puntas de madera endurecidas al fuego, la mayoría tenían puntas de hierro. Muchos llevaban casco y pectorales de metal, o al menos una de las dos cosas. Algunos incluso usaban grebas. Vete a saber de dónde las habían sacado. (Las grebas, querida Proserpina, eran

protecciones que cubrían la pierna entre el pie y la rodilla.) Ya lo decía Palusi: ni leones ni ratones. Pero solo había que ver su estado de ánimo, su predisposición al combate, para entender que serían decisivos. Y eran muchos. Volví la vista hacia la batalla. Allí las cosas estaban empeorando. La mitad de la línea romana, la que ocupaban las legiones de Pompeyo, se derrumbaba. Los tectones los desbordaban poco a poco, empujando, apuñalando y matando. Los pompeyanos eran como una viga sobrecargada que en cualquier momento podía romperse. Como estábamos más allá de la retaguardia de los tectones, podíamos ver claramente cómo Nestedum iba desplazando cada vez más refuerzos hacia esa zona. Sí, eran como las jaurías de hienas, que siempre atacan al animal más débil del rebaño. Sitir dio un paso adelante, hacia la batalla. Observé su tensión interna; comprimía los puños, y la Piedra Negra empezaba a extenderse por todo su cuerpo como una segunda piel. Y entonces me fijé en Libertus.

Algo había cambiado en su expresión. Miraba la batalla como si estuviera en trance, con la boca entreabierta, los labios secos y sin parpadear. Me acerqué. Hablaba en susurros. ¿Con quién? Consigo mismo.

—Están matándose… entre ellos —decía—, bestias contra bestias, bestias contra bestias…

—¿Libertus? —lo interrumpí. Pero no me escuchaba.

—Solo hay que dejar que el mal extermine al mal… —continuó—. Y después rematar el mal que sobreviva… Y seremos libres, libres.

Eso decía, como en sueños. Me alarmé.

—¿Se puede saber qué dices? —grité—. ¡Hay que atacar! ¡Tienes que dar la orden de ataque!

No, no me escuchaba. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Quizá ese había sido su plan desde el principio: dejar que romanos y tectones se desangraran y después recoger el fruto de la victoria.

Miré a Sitir y miré a Palusi. Estaban tan desconcertados como yo.

—¡Sitir! ¡Baltasar! —les imploré—. ¡Tenemos que atacar o morirán todos!

Pero entonces me di cuenta de un hecho terrible: por más que sus corazones estuvieran conmigo, ni Sitir tenía el poder

de oponerse a la voluntad de Libertus ni Palusi la voluntad de oponerse a su poder. No, Palusi nunca daría la orden de ataque si su líder no lo autorizaba.

Allí abajo la batalla empezaba a inclinarse decididamente hacia los tectónicos. Al menos la parte de la línea romana defendida por los pompeyanos. Cuando los hombres caían, los tectones los remataban con sus arpones y espadas dentadas, o les reventaban los órganos internos a golpes de escudo. Si los de Pompeyo acababan por ceder, su miedo se contagiaría a toda la línea, y ya habían empezado a retroceder, con un creciente desorden.

Grité con toda la fuerza de mis pulmones.

—¡Por lo que más quieras, Libertus! ¡Da la orden!

No, no me escuchaba. Entonces Palusi dio un paso adelante, le apoyó una mano en el hombro y dijo:

—Libertus, hermano. ¡Son tectónicos! ¡Han subido desde el Hades para matarnos!

Esa mano amable al menos despertó a Libertus del trance en el que había entrado. Nos miró a todos. A Palusi, a Sitir. A mí también.

—¡Por favor! —supliqué.

Sitir, en un gesto tan veloz como imprevisto, cogió la estatua del pedestal sostenido por los dos hombres y la depositó a los pies de Libertus.

—¡Qal murió luchando contra los tectónicos! ¿Crees que es esto lo que querría? ¿Que nos quedáramos aquí contemplando cómo las legiones tectonas asesinan a humanos?

Libertus la miró.

—Sitir. Si me quieres, dejarás que haga lo que hay que hacer, por doloroso que sea.

Ella fue sincera y al mismo tiempo ambivalente. Se acercó a mí, unió una mano con la mía, con la otra cogió la de Libertus y gritó:

—Claro que te quiero, Libertus. Pero ¡lo que hay que hacer es atacar! ¡Ataquemos! ¡Da la orden!

No, no lo haría. Ni aunque se lo rogara su amada Sitir, nuestra amada Sitir. Yo lo entendí, Sitir lo entendió. Y también lo entendió Baltasar. Pero entonces a este se le transmutó la cara y la voz. Desenfundó su viejo machete y

recriminó a Libertus:

—¡Los tectones mataron a mi mujer y a mis hijos! ¡Mataron a la mujer y a los hijos de mi hermano! Ahora estamos aquí, ellos siguen matándonos, ¡y tú dices que no hagamos nada! ¿Para eso hemos llegado hasta aquí?

Libertus parpadeó, confuso. Creo que no contaba con eso, con la insubordinación del hombre y la mujer más cercanos a él. Y comprendió que debía dar la orden o Sitir Tra y Baltasar Palusi, pasando por encima de sus deseos, atacarían igualmente.

He aquí un principio fundamental del hombre político: no hagas nada si no estás obligado a hacerlo; y cuando lo hagas, proclama que solo actúas movido por voluntad propia. Por fin, Libertus se dirigió a Palusi y pronunció una palabra liberadora.

—Hazlo.

Debes saber, Proserpina, que ese «hazlo» tenía un doble significado, porque también era la palabra que utilizaban los sacerdotes en las ceremonias religiosas para autorizar un sacrificio a los dioses: «hazlo» era la voz que ordenaba el golpe mortal. La cara de Palusi se iluminó. Levantó el machete y gritó un eufórico y vulgar:

—¡Sí! ¡Ahora los joderemos!

Lanzó el machete muy lejos, como quien se deshace de algo inútil. Con los dos brazos levantó la estatuilla de Qal, que era de piedra ligera, y bramó mientras la movía arriba y abajo. Los treinta mil hombres libres de Libertus siguieron la estatua. Gritaban como si todos juntos fueran una ola. Bajaron la ladera dirigiéndose directamente contra la espalda de los tectones. Baltasar Palusi, que iba en cabeza, dio un grito, un simple aullido sin forma. Todo el ejército servil se convirtió en un clamor. Y cargaron, desbocados.

Lo que menos esperaban los tectónicos era un ataque por la retaguardia. Pero lo que resultó realmente decisivo, querida Proserpina, fue el cálculo, el cálculo de César. Porque en esos momentos casi la mitad de los tectónicos, los miles y miles que embestían contra la parte del frente romano defendido por los pompeyanos, ya habían sucumbido al Ansia. El *Impetus*. Habían dejado caer las armas y los escudos para morder a los soldados pompeyanos que huían en desbandada.

Se creían vencedores. Y de repente, un griterío a sus espaldas. Era lo que había previsto César: atacarlos por detrás cuando el Ansia los hubiera poseído y su formidable disciplina se hubiera disuelto. Era la única manera de vencerlos.

La oleada de los libertos derrumbó las espaldas tectónicas. Pinchaban nucas y clavaban hierros entre los omóplatos. Pasaban, literalmente, por encima de los tectones, demasiado lentos para reaccionar ante una amenaza imprevista. Algunos libertos se detenían a rematar a los tectónicos caídos, pero Palusi sabía que su misión consistía en presionar cada vez más la retaguardia enemiga y gritó:

—¡No os detengáis! ¡Seguid, seguid, seguid!

Tenía razón. Lo único que importaba era mantener el avance. Y lo obedecieron, más o menos. Ese torrente humano siguió adelante. Sitir se había armado con dos espadas, un gladius romano y una espada dentada tectona; sus brazos se movían tan rápido que yo no podía seguirlos con los ojos. Su figura transmitía coraje como el sol emite calor, y muchos hombres se agrupaban a su alrededor. Yo estaba entre ellos. Y también gritaba:

—¡Seguid, seguid! ¡Adelante!

Y empujaba hombros y espaldas con las dos manos. En el punto en que nos encontrábamos no había frente, ni líneas de combate, ni formaciones. Solo miles y miles de hombres chocando contra miles de espaldas tectónicas. Solo furor, sangre roja y sangre azul oscuro. En algunas partes los libertos cargaban con la lanza horizontal, como una falange improvisada; en otras, hombres y tectones se enfrentaban en combates singulares. Gritos, choques, batacazos, puñetazos y mordiscos. De pronto los dos hombres que había delante de mí cayeron como segados por una guadaña. Y en su lugar apareció alguien: Nestedum.

Era él. Vete a saber cuánto rato hacía que me había visto. Era él, en efecto. Él y su mano de araña. El tectónico que me había arrastrado al inframundo y me había torturado de mil formas diferentes. Era él, Nestedum, y esos dos ojos llenos de rabia y de rencor. Había jurado que se comería mi carne y se bebería mi sangre. Los dos sabíamos lo que había pasado en el desierto y en las profundidades. Lo que nos habíamos hecho el uno al otro; nuestros dolores y aborrecimientos

mutuos. Mi huida de su mundo y su persecución hasta la misma cima del Estrómboli. ¿Por qué perder el tiempo, querida Proserpina, intentando describir la intensidad de nuestro odio mutuo? No se puede. Solo te diré una cosa: el odio no separa; el odio une a los que se odian con más intensidad que el amor a los amantes.

Yo estaba desarmado. Me atacó con la espada apuntando al cuello para hacerme un tajo horizontal. Eché el torso hacia atrás y la punta pasó a medio dedo de mi garganta. Me atacó con el otro brazo, con esas patas de araña largas y peludas. Yo no era rival para él, y menos en esgrima, así que hice lo más razonable: darme la vuelta e intentar huir esquivando la confusión de combatientes. Pero a veces, Proserpina, lo racional no es lo más justo ni lo más pertinente. Porque me topé con el pecho forrado de piedra de Sitir.

—No deberías huir —me dijo en el tono inexpresivo de siempre—, está mirándote todo el ejército.

Me hizo volver atrás con la intención de enfrentarse a mi enemigo jurado, pero Nestedum estaba protegido por una especie de contubernio, una docena de tectónicos que cayeron sobre ella. ¡Oh, Proserpina, deberías haber visto luchar a Sitir Tra ese día en la gran batalla por la defensa del género humano! Sus golpes aplastaban a los enemigos, y todos los extremos de su cuerpo eran armas: codos y rodillas, pies, manos y cabeza.

Yo, detrás, participaba de una forma poco heroica: insultándolos en lengua tectona. Nunca he escupido palabras más furiosas. Las batallas vuelven locos a los que combaten en ellas.

Sí, la batalla, esa batalla. La última batalla antes del Fin del Mundo.

Suele ocurrir que los individuos que están inmersos en un gran suceso histórico no son plenamente conscientes de todo lo que está pasando. Y menos aún del curso que están tomando los acontecimientos. Pero allí había al menos un hombre que sí sabía lo que estaba pasando: Julio César.

A los que estábamos en medio del tumulto, de la pugna, manchados de sangre de dos colores, matando por vivir, la tensión nos hacía creer que vivíamos un clímax de fuerzas, que el destino del universo era dudoso. No era así. A esas

alturas de la batalla, César ya sabía que habíamos ganado.

Nosotros no podíamos verlo, pero todo estaba yendo exactamente como él había previsto. Incluso el hundimiento de la línea pompeyana figuraba en sus planes.

Como te he dicho antes, Proserpina, cuando los de Pompeyo huyeron, muchísimos tectones se entregaron al Ansia: convertidos en una inmensa jauría de animales salvajes, dejaron caer armas y escudos para morder a sus enemigos. Era exactamente lo que César había buscado. Pero la línea de Pompeyo no se había hundido del todo. Porque detrás estaba ese centenar de aspa, sólidos como un muro. Yo no estaba allí, claro, pero me dijeron que fue una visión inmortal: los cien aspa de pie, con las Piedras Negras extendiéndose simultáneamente sobre su piel desnuda, impasibles como los espartanos de Leónidas. Solo eran cien, así que para cubrir el frente se dispusieron separados por una distancia de diez pasos entre ellos. Los pompeyanos, en la huida, atravesaron esos grandiosos huecos. Se cuenta que entonces César gritó a Pompeyo:

—¡Mira cómo corren tus soldados! Compórtate como un hombre y como un general: ve y reagrúpalos.

Pero, en lugar de obedecer, Pompeyo empezó a discutir con César. Entonces intervino mi padre. La armadura que vestía aquel día no le quedaba muy bien, pero la cuestión es que cabalgó hacia los pompeyanos gritando:

—¡Por la República, por vuestros padres! ¡Manteneos firmes!

Ya te aseguro yo, Proserpina, que un soldado que huye en lo último que piensa es en la República y en los padres conscriptos. Pero tuvo su efecto. Porque Pompeyo no podía quedarse mirando pasivamente cómo Cicerón se reunía con sus hombres, así que también fue hacia allí, y su estado mayor con él. Entre todos contuvieron la desbandada, más o menos.

Pero el auténtico dique no fue mi padre, ni Pompeyo, esta es la verdad. Fue la centuria de aspa. Al ver que ni uno solo de los aspa se movía de su sitio, los legionarios pompeyanos recuperaron la sensatez. Ya fuera por vergüenza o por dignidad, interrumpieron la huida y formaron una nueva línea.

Sí, comprendí que la intención de César siempre había sido provocar el *Impetus* entre los tectónicos. De repente, los que se habían dejado llevar se daban cuenta de que ese enemigo supuestamente derrotado se recuperaba a una velocidad inaudita, y además con el refuerzo de cien guerreros perfectos y de treinta mil libertos que atacaban por la espalda. Pero ya era demasiado tarde, ya habían dejado caer los escudos, los arpones y las espadas dentadas. Y eso no era todo. César aún no había consumado la maniobra.

Como muchos de los tectones que hacían frente a los cesarianos habían basculado hacia la izquierda para comerse a los pompeyanos en desbandada, César ordenó que sus hombres se plegaran en un movimiento lateral para encajonar al enemigo. Es decir, que el ejército tectónico tenía ahora a los aspa y a los pompeyanos delante, a los libertos detrás y a los legionarios de César a la derecha. Solo les quedaba el flanco izquierdo libre. Y por allí llegó la caballería númida del rey Bogud el Justo, que volvía de aniquilar tritones en el río.

El aplastamiento. Ni en Cannas se había visto un cerco tan completo y tan perfecto. ¡Los tectónicos estaban rodeados, los atacaban por los cuatro puntos cardinales, y más de la mitad se había desarmado voluntariamente por culpa del *Impetus*!

Pero que la batalla ya estaba decidida solo podía saberlo César, que desde sus alturas gozaba de un panorama general. Para nosotros, que teníamos la misma perspectiva del campo de batalla que una lombriz, la jornada seguía siendo un intercambio de golpes y heridas. Yo no podía ver mucho más que masas tempestuosas de hombres y de monstruos, y a Sitir y a algunos libertos luchando contra Nestedum y sus escoltas. Hasta que de repente, detrás de los tectones, por encima de todas las cabezas, vi los pendones de las legiones cesarianas.

Eso solo podía significar que estábamos aplastando a los tectones. Incluso Nestedum se dio cuenta. Sus odiosos ojitos dudaron, su cráneo oblongo giró a derecha e izquierda mirando hacia delante y hacia atrás, y supo que estaba perdido.

—¡Vivo! —grité—. ¡Cogedlo vivo!

Y Sitir se lanzó sobre él.

A esas alturas aquello ya no era una batalla, Proserpina,

solo una carnicería a grandiosa escala. Los tectónicos, comprimidos en un espacio cada vez más reducido, ya casi ni podían levantar los brazos para defenderse. Los gladius de las legiones reventaban cráneos como si partieran sandías grises. Los númidas los aplastaban con las patas de sus caballos y los libertos los mataban y remataban con porras claveteadas, lanzas y hachas. Fue horrible, Proserpina. ¿Y quieres saber qué fue lo más espantoso de todo? Pues que había tantísimos tectones que la matanza duró horas. Sí, necesitamos medio día para acabar con todos, aunque su resistencia ya no estaba organizada ni era eficaz. Incluso yo, que ni siquiera había empuñado un arma, estaba empapado de sangre oscura, desde las mejillas hasta las rodillas. Parecía que me habían sumergido en uno de esos pozos líquidos donde se tiñe la ropa. Recuerdo que, ronco de tanto gritar, miré al cielo. También era de un azul violeta pavoroso, como el mar profundo o la sangre tectona.

No podía más. Me alejé un poco. Me dejé caer, jadeando, entre montones de cadáveres tectónicos y humanos. Sitir me vio. Era un aspa, empleaba muy pocas palabras. En lugar de preguntarme cómo me encontraba, me sacó de allí y después me puso una mano amorosa en el hombro. Yo le cogí los dedos. Le pregunté por Nestedum. Me dijo que lo habían capturado y llevado a un lugar seguro.

—¿Quieres vengarte? —me preguntó.

¿Que si quería vengarme? Me puse de pie. ¡Claro que quería vengarme! Nadie entendería jamás lo que había vivido allá abajo. Y buena parte era culpa y obra de Nestedum. Pero no tuve tiempo de nada, porque oímos a hombres que vitoreaban, un clamor largo y fragoroso. Era el fin de la batalla. Vimos espadas y armas de todo tipo alzarse en señal de victoria. Bosques de lanzas en alto, aclamando. Y lo que pasó en ese momento, Proserpina, habría hecho llorar al más inconmovible de los estoicos, porque legionarios y libertos se fundieron en un abrazo. En el fondo no estaban tan alejados, no eran tan diferentes. Todo eran rostros francos, satisfechos y victoriosos. Sí, por toda la línea podía verse a legionarios que dejaban caer armas y escudos y se abrazaban a los cuerpos esmirriados de los libertos. Que los unos y los otros estuvieran cubiertos de sangre azul los igualaba y los

hermanaba. Ese día la diosa Concordia debía de estar muy contenta.

Y la escena tuvo aún un epílogo muy significativo. César, a caballo, había acudido a presenciar los últimos golpes y a asegurarse el triunfo. (O el protagonismo del triunfo.) Su caballo se movía lentamente entre miles y miles de espadas enarboladas y multitudes de legionarios que lo aclamaban. Llevaba una mano alzada y con la otra sostenía las riendas. Lo que pasó fue que, un poco más allá, Palusi había izado a Libertus sobre sus hombros, como había hecho al principio de la batalla con la estatua de Qal.

—¡Lo hemos conseguido, hermano! —gritaba Palusi—. ¡Somos libres, libres! ¡Ahora sí!

Y así, los legionarios gritaban «¡Roma, Roma!», y los libertos «¡Libertad, libertad!», y poco a poco César y Libertus fueron acercándose cada vez más, empujados por masas de hombres victoriosos y felices. Lo más gracioso del caso fue que ambos simularon que no eran conscientes de la presencia del otro. No será necesario que te diga, Proserpina, que se sentían muy incómodos. Pero los legionarios y los libertos fueron empujando a sus líderes hasta que quedaron cara a cara. «¡Roma, Roma!», «¡Libertad, libertad!», aullaba el ejército entero. Al final no los separaban ni dos palmos. Todos los mílites querían que se fundieran en un abrazo y los incitaban a ello. ¿Y qué podían hacer? Se abrazaron, claro. A regañadientes, pero lo hicieron.

Roma abrazando la libertad, la libertad abrazando Roma. Así fue. César y Libertus. Libertus y César. Cuando, a pesar de las muchas reticencias, se abrazaron, el rugido de todas aquellas gargantas debió de oírse hasta en la Suburra. La tropa se llevó a los dos líderes de vuelta al campamento igual que las corrientes arrastran una nave sin timón.

Y así fue como se libró, querida Proserpina, la gran batalla entre las fuerzas humanas y las tectónicas. Sitir Tra y yo nos quedamos solos. Ella tenía prisa por marcharse de allí y me urgió a salir de ese valle donde ya solo reinaba la muerte. Pero yo quería echar un último vistazo al campo de batalla, a esa descomunal cosecha de cadáveres.

Atardecía. Tras el estrépito de la lucha se había impuesto un extraño silencio. Había tantísimos caídos que era

imposible ver una brizna de hierba del inmenso prado en el que se había librado el combate. Debes saber, Proserpina, que la agonía de los tectones recuerda a la de los peces fuera del agua. Sus cadáveres estaban quietos, casi rígidos, hasta que un espasmo brusco los agitaba. Entonces volvían a quedarse inmóviles; y así tres, cuatro veces, hasta que se extinguían definitivamente. Ahora imaginemos un campo con cien mil tectones terminando su existencia. Miles de estremecimientos, de convulsiones finales. Algunos exhalaban el último suspiro con una expresión de inquietud en el rostro, como un moribundo que acaba de darse cuenta de que no lleva encima la moneda para el barquero.

Poco a poco los estertores, los movimientos y los gemidos fueron apagándose. Como el suspiro de un niño, como el amor y el desamor en la vejez. Como la última ola que lame la playa.

Empezó a llover.

19

La victoria.

Legionarios, númidas y libertos confluyeron, eufóricos, en el campamento del ejército. Entraron por la puerta principal arrastrando literalmente a César y a Libertus. Ignoraron la lluvia que el cielo descargaba, y esta, ofendida por el desprecio, se fue poco después a limpiar la sangre del campo de batalla.

Y aquí, Proserpina, me gustaría contarte que los campamentos del ejército romano, por provisionales que fueran, siempre tenían una estructura geométrica perfecta. Eran como una ciudad en miniatura. Todo campamento militar romano se formaba partiendo del eje de dos avenidas cruzadas. Y allí, en el cruce, estaba la tienda principal, la del pretor. Enfrente se alzaba una tarima. César y Libertus subieron a ella, incomodísimos, mientras todo el ejército los aclamaba. Ninguno de esos dos grandes oradores sabía qué decir, y lo que les impedía encontrar las palabras era, precisamente, la presencia del otro.

Pero entonces alguien salvó la situación: mi buen amigo Bogud el Justo, siempre oportuno, subió a la tarima sin que nadie lo hubiera invitado y sin pudor alguno. Era un animal político, y al fin y al cabo su presencia en el podio era más que merecida: los jinetes númidas habían contribuido, y mucho, a la victoria. Muy hábilmente, Bogud, que siempre lucía una sonrisa más amplia que una tajada de sandía, se colocó entre César y Libertus. Los dos se lo agradecieron, ya que ninguno quería volver a abrazar al otro. El sonriente Bogud levantó el brazo de César y a continuación abrazó a Libertus. Todos lo vitorearon. Bogud tenía ese don: caía bien a los soldados y a los generales, a los poderosos y a los oprimidos, a los romanos y a los extranjeros.

Sitir y yo vimos esa tarima, con César, Libertus y Bogud, y

fuimos felices. Roma, la libertad y los amigos foráneos: eso era la tarima del pretor aquel día. Así es la vida, Proserpina: solo los seres que se transforman sobreviven, y de las naciones humanas puede predicarse exactamente lo mismo. Habíamos conseguido derrotar a los tectónicos porque habíamos cambiado. Porque habíamos abolido la esclavitud y eso nos había hecho más fuertes. Porque habíamos luchado juntos libres y oprimidos, italianos y africanos. César, Libertus y Bogud. ¡Qué tres hombres sobre los que edificar un nuevo mundo!

Sitir me acompañó hasta mi tienda de campaña. La compartía con mi amigo, el convaleciente Gneus Iunni Ricitos. Dentro también estaba alguien mucho menos agradable de ver: Nestedum. Lo habían atado, con las manos en la espalda, a una estaca clavada en el suelo.

Gneus estaba en la cama, medio dormido. Aún no se había recuperado. ¿Quién podía entenderlo mejor que yo? Su mente todavía fluctuaba entre la lucidez y el desmayo. Le comuniqué nuestra gran victoria. Él me miró sin entender. Volvió a insistir en la misma idea fija de horas antes: el vacío en su memoria que le impedía recordar algo vital, trascendente. Yo intenté tranquilizarlo: fuera lo que fuese, había caducado ahora que el ejército tectónico estaba exterminado. Pero él volvía a su delirio, a esa imagen singular que había presenciado durante el cautiverio: una cerda preñada que, al ser sacrificada por los tectones, daba a luz por la herida.

—Cerditos… naciendo de una cerda asesinada… Muchos… muchos cerditos… naciendo al morir la cerda, una cerda grande… De la muerte, la vida.

No estaba en condiciones de participar de la alegría general, así que ordené que lo condujeran a Roma, a su casa. Su familia se alegraría de verlo. Después le planté cara a Nestedum.

Necesitaba hacerle daño, verlo sangrar. Que sufriera. Me precipité sobre él, pero Sitir me detuvo. Sus brazos eran como una telaraña, suaves pero implacables.

—Mátalo si tienes que hacerlo —me dijo—, pero no lo maltrates.

Era imposible discutir con un aspa, lo sabía. Nunca

consentiría tormentos gratuitos. Aun así, forcejeé con ella hasta que nos interrumpió una voz:

—*Nubes albae sunt. Mare caeruleum est.*

O sea: «Las nubes son blancas. El mar es azul».

El que había hablado así era el propio Nestedum. Sitir giró la cabeza, sorprendida de oír hablar a un tectón en latín. El tectón siguió:

—El sol calienta. La noche es dulce.

—Se lo enseñé yo —reconocí—. Me obligó. Pero no conseguí pulirle la pronunciación. Arrastra demasiado las eses y hace todas las erres dobles.

Oírlo hablar en nuestro idioma, con esas tres hileras de dientes en movimiento y esos ojos inmensos, daba escalofríos. Sí, de nubes y mares, de soles y noches. De eso hablaban las primeras frases que enseñé al monstruo que me tenía cautivo: de las cosas que más añoraba cuando estaba allá abajo, en un mundo sin sol, sin cielo, sin mar. Sin noches.

Me agaché a la altura de los ojos de Nestedum. Lo miraba a él, pero me dirigía a Sitir.

—Para enseñarle latín tuve que aprender su idioma —dije —. Así que aprendimos muchas cosas los dos, yo de él y de ellos, y él de mí y de nosotros. Estos monstruos no tienen padre ni madre, ni hijos ni hijas. Para reproducirse, como sabes, se dividen. Son calcos. Es decir, el único familiar de un tectón es el individuo del que se desprende. Así que, para un calco, ese ser del que procede, del que nace, es su padre y su madre, todo su linaje y ascendiente. Bien, pues ¿sabes lo que hizo el bueno de Nestedum cuando nació? ¿Cuando apareció como calco de otro tectón? Comérselo. Devorar al tectón del que se había desprendido. Normalmente no lo hacen. Pero nuestro amiguito es una aberración incluso entre los suyos.

—¿Y los suyos no lo odian por eso? —preguntó Sitir.

—Al contrario —dije—, lo admiran superlativamente. Porque fue capaz de idear y consumar un acto de dolor que nadie se había atrevido ni a imaginar.

Para un romano, querida Proserpina, no hay crimen más horroroso y execrable que el parricidio. Por eso le conté esa anécdota a Sitir Tra, para que entendiera la naturaleza de Nestedum: el individuo más perverso de la raza más criminal. Aunque, de hecho, era un esfuerzo inútil: la maldad tectónica

era tan infinita que su misma desmesura la hacía incomprensible. El mal, el ejercicio del mal, su infatigable amor por el Mal había que vivirlo para entenderlo. ¿Sabes cuál era la paradoja, querida Proserpina? Pues que cuando una persona como yo, sometida largamente al régimen maligno de su república, por fin entendía el alcance de ese horror, tampoco podía contarlo: su misma naturaleza, un espanto sin principio ni fin, estaba más allá de las palabras y lo hacía incomunicable.

Aun así, Sitir, indulgente, quería dar a Nestedum la oportunidad de defenderse y le preguntó:

—¿Por qué? ¿Por qué devoraste al tectónico del que procedías? Te desprendiste de uno de tu género; sin él nunca habrías abierto los ojos, no habrías vivido una vida. Y uno de los primeros actos de tu existencia fue buscarlo, matarlo y devorarlo. ¿Por qué?

—Por dos motivos, y los dos muy importantes —se explicó Nestedum—. El primero, para hacer saber a los tectónicos que los calcos no necesitan para nada a aquellos de los que se desprenden. Que pueden obrar por su cuenta inmediatamente después de comerse la placenta.

Aquí hice una aclaración para Sitir.

—Los tectónicos tienen una especie de memoria instintiva y colectiva, y algunos aprendizajes se transmiten a las nuevas generaciones. ¿Verdad que un gatito, el primer día que ve la lluvia, sabe que no le conviene mojarse? Es algo así.

—Antes de que yo matara a mi progenitor, los calcos eran como gatitos indefensos —dijo Nestedum aprovechando mi ejemplo—; ahora nacen como leones. No tienen que esperar ninguna instrucción ni amparo, pueden luchar y matar desde el mismo instante en que se tragan la placenta.

Sitir resopló.

—¡Vaya! O sea que los magistrados y ciudadanos de la república tectónica deberían estarte agradecidos por haberte comido a tu padre.

—Naturalmente, si el agradecimiento fuera algo más que un insulso e inútil principio humano —matizó Nestedum.

—¿Y cuál es el segundo gran motivo por el que cometiste el acto más infame de todos, es decir, canibalizar a tu propio padre?

—El segundo motivo es el más importante —dijo Nestedum. Y mirando fijamente a Sitir, escupió dos palabras —: Porque sí.

Ver a Nestedum me resultaba demasiado desagradable, y no sacaba nada de soportar su mirada y sus argumentos.

Ordené a unos guardianes que se lo llevaran a otro lugar más seguro y sobre todo más lejos de mí, de nosotros. Cuando ya se lo llevaban, le dije:

—Has perdido. No te beberás mi sangre.

—Todo gira, Marco Tulio —replicó.

Su actitud arrogante, como si no hubiera sufrido ninguna derrota, me ofendió. Y también su indiferencia por el destino de los cien mil congéneres a los que había empujado a la muerte.

Detuve a los guardias. Ordené a Nestedum que se arrodillara y que pusiera el brazo encima de un baúl. Recuerda, Proserpina, que había suplido la mano que yo mismo le había cortado con una especie de gran araña doméstica de patas repugnantes. Cogí la espada y le amputé la criatura. Nestedum aulló de dolor. Yo sabía que los tectones llegaban a una sintonía tan grande con esas criaturas que las sentían como parte de su cuerpo.

—Masticaré tu carne y me beberé tu sangre —bramó Nestedum, ya con el muñón desnudo—, ¡y antes me comeré a tu padre!

—Mi padre es tan buen orador que antes te convencerá de que te comas la mano que te queda.

Se lo llevaron, esta vez sí. Yo corrí a abrazar a Sitir. Sus ojos verdes chispeaban con un brillo tembloroso, como el sol cuando reverbera sobre aguas de playas cálidas.

No será necesario que te diga, Proserpina, que me moría por acabar el día, ese día, en los brazos de Sitir Tra. Fuera había oscurecido por fin. La luna se alzaba. El campamento entero era una inmensa bacanal. Las risas, los cánticos, las músicas y las canciones traspasaban la tela de mi tienda. Yo estaba agotado por la jornada y la batalla, pero caímos el uno en brazos del otro. Nos amamos, y mis sentidos, y mi memoria, me decían que ese era el momento más importante de mi vida. Que yo había vivido, sobre todo en los últimos años, para que esa noche llegara a ser real. Languidecimos

juntos, el ardor consumido, y nuestro placer fue completo.

Apenas pude dormir. Cuando aún amanecía vinieron a buscarme para llevarme a la tienda del pretor. Obedecí, qué remedio. Antes de salir abracé a Sitir. Ya estaba despierta. El mensajero, naturalmente, no la había sorprendido. Tuve la sensación de que los aspa nunca dormían.

Para llegar al pretorio tuve que atravesar parte del campamento. El sol ya salía y la fiesta continuaba. Puede que no fuéramos como los antiguos macedonios, que podían pasarse semanas de juerga, pero no estaba nada mal. Y qué caramba: acabábamos de salvar el mundo. Nos lo merecíamos. Todos.

En la tienda del pretor se celebraba un desayuno triunfal. Allí estaban mi padre, César, Pompeyo, Bogud y al menos una docena de magistrados y centuriones. Cuando me vio entrar, César me hizo el honor de levantarse de la mesa y venir en persona a recibirme.

—Mirad quién ha venido —anunció—, el héroe del día, nuestro pequeño Ulises de las profundidades.

Su gesto no era gratuito, claro. Alzar mi brazo era una especie de condecoración, y los únicos que condecoran son los comandantes. O sea, estaba utilizándome para subrayar su preeminencia. También se levantó Bogud, que tenía más olfato político que una hiena. Vino hacia mí sonriendo como un mandril y me abrazó como solo él sabía hacer: con firmeza y al mismo tiempo con cariño, abriendo muchísimo los brazos y cerrándolos alrededor de mi torso con una lentitud oriental. Bogud, sí: era un tipo increíble. No había pasado ni un día de la batalla más terrible de todos los tiempos y él ya volvía a estar perfectamente maquillado, vestido de seda, perfumado y con las uñas pintadas de diez colores.

Ni que decir tiene, Proserpina, que no me esperaba ese recibimiento. Me hicieron sitio en la mesa como a un igual entre los más grandes. Brindaron por mí. Tres veces. Casi me obligaron a acabarme la copa en cada uno de esos brindis alegres. Después hablaron de todo un poco. César y Pompeyo mantuvieron una discusión en la que cada palabra que se decían tenía un significado oculto. El amor y la batalla me

habían dejado agotado y nada de todo aquello me importaba mucho, la verdad. Recuerdo que pensé: «Pompeyo es imbécil. Y un cadáver viviente. Todos los aquí presentes saben que ya está muerto, todos menos él». Porque era así. Era obvio que César se llevaría todo el mérito de la victoria, y con ese prestigio adquirido alcanzaría fácilmente el poder. Y cuando estuviera al frente de la República, su primer acto político sería liquidar a Pompeyo.

En medio de esos pensamientos me asaltó una repentina modorra que fue transformándose en un sopor incontenible. Era incapaz de decir si la causa principal de ese cansancio era la batalla o los brazos de Sitir. Estaba sentado a la izquierda de mi padre. Recuerdo que le tiré de una manga y le dije que esa victoria era una magnífica ocasión para reconsiderar la romanidad. Para fijar nuevas leyes que consagraran el nuevo orden de las cosas. Él era orador y jurista, así que a él le correspondía organizarlo todo. Cada vez más amodorrado, le insistí:

—Padre, recuerda que el plan es agrupar a los libertos en Cuatro Tabernas y concederles allí la ciudadanía. Hasta entonces no dejarán las armas.

Cuatro Tabernas era un popular cruce de caminos a las puertas de Roma. Cicerón me dio unas palmaditas amorosas en la mano que le retenía el brazo y me dijo:

—Estoy muy orgulloso de ti, Marco. Pero estás agotado. Por favor, ahora descansa. El futuro es tuyo.

Y esto es lo último que recuerdo de la tienda del pretor.

Mi siguiente recuerdo es ya en mi cama de Roma. Abrí los ojos, miré a mi alrededor y no entendí nada. Todo estaba como siempre, y al mismo tiempo había algo raro, irreal, en el ambiente. El alboroto de la gran fiesta de la victoria había sido sustituido por una silenciosa luz solar que lo inundaba todo. Me quedé quieto intentando recordar, intentando despertarme del todo. En la habitación había un criado, Demetrio, limpiando. Al ver que había abierto los ojos dejó lo que estaba haciendo y dijo:

—¡Dóminus! ¡Estás despierto! Tienes que reunirte con tu padre en el jardín.

—No me llames dóminus. Ya no hay servus ni dóminus.

La respuesta de Demetrio, Proserpina, fue la prueba de que

la fuerza más grande del universo siempre ha sido y siempre será la inercia.

—Como mandes, dóminus.

Cuando llegué al jardín, la sensación de irrealidad se incrementó. Mi padre estaba recostado, leyendo. Era el Cicerón de siempre. El Cicerón que me había enviado a África a buscar la mantícora. Él. Mi padre.

—Ah, Marco, siéntate —dijo.

Hacía un día magnífico. El jardín estaba muy verde. Miré el retazo de cielo que se abría en el centro del octógono de tejas. Nubes muy blancas, cielo muy azul. Pájaros. Me froté los ojos. Ya no estaba dormido, pero aún no estaba despierto. Pregunté a Cicerón qué había pasado.

—¡Oh, fue una buena fiesta! Y tú has dormido mucho.

Me contó que la juerga había degenerado en orgía cuando las familias de los libertos habían bajado de la montaña. Piensa, Proserpina, que en el campamento de Libertus estaban los combatientes y también sus familiares. Cuando tuvieron constancia de la victoria, las mujeres que no habían combatido, los niños y los ancianos bajaron a reunirse con sus hombres victoriosos. Esa mezcla de géneros y edades era tan excesiva para mi padre, siempre tan contenido, que subió a la tarima y pidió a todos que continuaran con la diversión donde quisieran, pero fuera del sagrado recinto del campamento militar. Y así lo hicieron.

Me reí imaginándome a mi casto padre en la tarima invitando a los libertos a exhibir su falta de virtud fuera de los muros.

—¿Y los aspa? —pregunté—. No me los imagino bailando y bebiendo sin medida.

—¡Ah, no! Claro que no —dijo mi padre, que respetaba mucho el ascetismo y la contención de los aspa—. A los aspa también los saqué del campamento, pero con otro argumento: los monjes Gea habían convocado un consejo general en una localidad cercana con el propósito de resolver pacíficamente sus diferencias en materia de doctrina religiosa. Yo me las arreglé para que fueran más lejos, hasta la costa adriática, al santuario de Proserpina. Después de todo lo que había pasado, el templo dedicado a la diosa de las profundidades parecía un lugar adecuado para sus conversaciones de paz,

¿no crees? Además, si iban juntos se reconciliarían en el camino. Y lo más importante para nosotros: allí no serán un estorbo.

¿Un estorbo? No lo entendía. La cuestión era que todos los aspa, tanto los partidarios de Libertus como los fieles al Senado, estaban lejos de Roma. Supuse que eso incluía a Sitir Tra, de la que, lógicamente, no sabía nada. Me sentía muy aturdido, había algo que no encajaba, pero no sabía lo que era. Pregunté a mi padre por el final de la fiesta.

—Bueno, como cada vez que tienen ocasión de animalizarse, los servus acabaron tumbados en la hierba. La música vulgar, los licores y la fornicación los abocaron a la borrachera y la inconsciencia. —Apuró la copa y después añadió como quien comenta un detalle sin importancia—: Lo de la cumbre de los monjes Gea fue una estratagema para alejar a los aspa, claro. En cuanto se marcharon, César y Pompeyo reunieron sus mejores tropas. Las hicieron formar, rodearon a los esclavos y los exterminaron, aún dormidos y borrachos. A los esclavos que no mataron así, los crucificaron. Todavía están levantándose cruces. En la vía Apia ya hay miles.

Di un bote.

—¡Los habéis matado a todos! ¡A Libertus y a Palusi!

—No, a esos dos aún no. Hay que dar ejemplo, y esos dos nos irán muy bien. Están en la cárcel Mamertina. Serán los últimos en morir.

¿Has tenido alguna vez, Proserpina, la preclara sensación de que el tiempo se detiene? Yo sí: ese día, en el jardín de mi padre.

—¡Tienes que entenderlo! —gritó antes de que tuviera tiempo de recriminarle nada—. No podíamos permitirlo. Eran esclavos y rebeldes.

Me llevé las manos a la cabeza.

—¡No eran esclavos ni rebeldes! ¡Eran libertos y aliados! —rugí—. ¡Yo mismo leí el discurso que abolió la esclavitud!

—¡Y todo el Senado votó a favor porque César, Pompeyo y yo se lo exigimos! —bramó él, como si yo fuera Catilina—. Fue una farsa, Marco.

Enmudecí.

—No sé si te has fijado alguna vez, pero Roma está llena de

esclavos. ¡Había espías de Libertus en todas las casas! —continuó—. Incluso entre los servus que servían en el Senado. Si hubiéramos intentado hacer un chanchullo, Libertus lo habría sabido. La única manera de que una votación como esa tuviera credibilidad era que se votara la propuesta de un hombre en el que Libertus confiara, un amigo suyo.

—Yo —murmuré con un hilo de voz.

—Tú, en efecto. La noche anterior habíamos hecho llegar una consigna discreta a todos los senadores: «Votad afirmativamente a lo que proponga Marco Tulio Cicerón, tanto si es el padre como si es el hijo».

Pensé en mi discurso de aquel día. En la emoción que me embargaba. Los aplausos de los padres conscriptos. Todo falso. Todo política.

—Me utilizaste… tú… mi propio padre… —balbuceé.

—¿Y qué si fue así? ¿Qué puede haber más dulce y digno que ser un instrumento de la patria? Mira ahora: ha salido todo bien; hemos derrotado a los tectones y a los esclavos y todo vuelve a ser como antes.

«¡Somos libres!», había proclamado yo en el campamento de Libertus, delante de su gente. Y había llorado. Yo, un patricio, postrado de rodillas ante la escoria de la tierra. Claro que me creyeron: porque el mejor mensajero de una gran mentira siempre es alguien que se la cree. Sí, por eso César, Pompeyo y mi padre me habían enviado.

Cicerón y yo nos miramos y hablamos solo con los ojos. Al instante él tuvo que bajarlos. Él, Cicerón, avergonzado ante su propio hijo. Con ese gesto manifestaba que no tenía la conciencia limpia. Yo, aplastado por la magnitud de ese crimen, solo pude susurrar:

—Nunca tuviste la menor intención de abolir la esclavitud. Todo era un ardid. Y los habéis matado a todos, a todos… No se concederá la ciudadanía a nadie en Cuatro Tabernas…

—Llevamos a los aspa muy lejos para que no pudieran interferir, y a ti te dormimos. El vino del brindis, en la tienda del pretor… Bueno, era algo más que vino. Por eso has dormido tres días.

Yo solo sollozaba, y Cicerón continuó:

—Marco, Roma es sus instituciones. Y la esclavitud es el eje sobre el que gira todo. Sin la esclavitud no existe el orden

cívico; y sin orden nada tiene sentido. Roma es la civilización, y no podemos destruir la civilización.

Al principio de esta oración que te dirijo, oh, Proserpina, afirmaba que las personas prefieren cambiar el mundo antes que cambiarse a sí mismas. Así fue exactamente con nuestro Senado.

Habrían podido repensarse a sí mismos; habrían podido intentar ver las cosas de otro modo. Pero ni siquiera bajo la insufrible presión de los tectones se decidieron a dar el paso. No. Antes que cambiar ellos, prefirieron alterar el mundo. Prefirieron aligerar la superficie del planeta del peso de treinta mil de sus conciudadanos. Sin rubor. ¿Y mi padre? Él era el peor de todos.

Pensé en el día lejano en que, en ese mismo jardín, me había enviado a África con una misión absurda. ¡Oh, Proserpina, cuánto había cambiado el pobre Marco desde entonces! Él, por el contrario, seguía siendo el mismo. Inmóvil en sus ideas y convicciones, como una vieja roca, impasible a las olas de todos los océanos. Solo era un hombre un poco más embrutecido: «La política debe ser recta, fiel y honrada». Estos eran los principios que proclamaba siempre. ¡Qué paradoja! Para mantener los valores de los antiguos, para salvaguardar la «rectitud, la fidelidad y la honradez», había engañado y manipulado a su propio hijo y había propiciado un asesinato en masa. Y no veía contradicción alguna.

Pero ¿quieres saber, querida Proserpina, qué era lo más doloroso? Te lo diré: que ahora odiaba a mi padre, a mi propio padre, y que ese odio me convertía en un ser más parecido a Nestedum de lo que habría querido. Porque pensé en matarlo, allí mismo, a él, a mi padre. Como había hecho Nestedum con su progenitor. Pero a él al menos lo guiaba el deseo de hacer mejores a los tectones, más autosuficientes desde el día mismo en que nacían. Yo solo lo mataría por el segundo motivo: porque sí.

No, Proserpina, no levanté la mano contra mi padre. Salí de casa. Lo detestaba y lo repudiaba. Me marché sulfurado y poseído por la indignación. Oí su vozarrón, que me decía:

—¿Adónde vas?

—¡A la Roca Tarpeya! —bramé sin detenerme.

(La Roca Tarpeya, Proserpina, era el lugar desde donde se despeñaba a los autores de los crímenes más aborrecibles, especialmente a los parricidas.)

Empecé a vagar por la ciudad y los pies me llevaron al viejo callejón de la Suburra de mis juegos infantiles, a Rodas. Me senté en los escalones de piedra del fondo del callejón. Más triste que un huérfano, más solo que un parricida.

Cada discurso de Cicerón cambiaba Roma, mientras que él siempre se mantenía incólume, inalterable. A mí me ocurría lo contrario: cada vez que volvía, el viejo callejón de la Suburra seguía igual y yo era un Marco Tulio diferente. Ya no era el niño que había jugado allí, ni el joven patricio poseído por las ambiciones de antes de mi viaje a África. Ni siquiera era el hombre torturado que había vuelto del inframundo. Porque ese hombre había vuelto con la misión y la esperanza de salvar Roma de los tectónicos. Pero ¿quién podía salvar Roma de sí misma? Oh, Proserpina, ¡qué lastre tan grande y tan pesado puede ser la melancolía! ¡Sí, el tiempo, ese misterio que no se detiene nunca y que solo se mueve hacia delante!

Pensé en Ricitos. En cómo jugábamos en ese callejón de pequeños. Él también debía de estar en Roma. Aunque solo fuera por salir de mi postración, decidí ir a visitarlo a su casa.

Se había recuperado un poco. Ahora estaba totalmente consciente, aunque seguía débil, muy débil. Se alegró mucho de verme. Me abrazó como un hermano y se puso a llorar en mi hombro. Sus lágrimas me mojaron el cuello. Después nos sentamos cara a cara. Tan presumido como siempre, me preguntó:

—Tengo mala pinta, ¿verdad?

—¿Son gordos los cojones de Júpiter?

Nos reímos. Le pregunté cómo estaba.

—Bien, bien —dijo rehuyéndome la mirada, como un niño mentiroso. Se llevó la mano a la frente, como si le acabaran de dar una pedrada, y dijo—: Estoy mejor. Pero hay algo que no recuerdo… algo… algo… muy importante. Cerditos… muchos cerditos…

Le apoyé una mano en la rodilla.

—Gneus, es normal que te sientas así. Y también que tengas lagunas. Fuiste cautivo de los tectones, y en ese estado todo el

mundo piensa en sí mismo y en nada más. Pero quizá hay cosas que sí recuerdas y que todavía podrían ser importantes. Los cautivos. ¿Dónde los dejaron los tectones? ¿Lo recuerdas?

Ya sabes, Proserpina, que siempre llevaban detrás una recua de prisioneros que eran sus provisiones. (De hecho, en lengua tectona las palabras «prisionero» y «provisión» significan exactamente lo mismo.) Antes de una gran batalla, solían dejarlos en la retaguardia, a unos días de marcha, para asegurarse de que no fueran un estorbo para las operaciones militares. Normalmente los encerraban entre paredes de erugomos y bajo custodia de un grupo de guardianes. Por eso pregunté a Gneus por los cautivos y por la posición exacta en la que los habían dejado. Con el ejército tectónico destruido, podríamos rescatarlos fácilmente. Pero teníamos que saber dónde estaban.

Al oír mi pregunta, Gneus abrió los ojos como una lechuza. Los tenía cada vez más abiertos y más redondos.

—Dioses… oh, dioses… —musitó—. Eso es. ¡Era eso lo que no recordaba!

—¿Dónde? —insistí—. Gneus, ¿dónde dejaron encerrados a los cautivos? Aún deben de estar allí.

—No hay cautivos —replicó—. Ya no quedan cautivos. Ni uno. —Y de repente explotó—: ¡Se los comieron! ¡A todos!

Gneus se había llevado las manos a las orejas, como si temiera que la cabeza le saliera volando. Yo no entendía nada. O no quería entenderlo. Entonces me miró como un loco y dijo:

—¡Querían acumular fuerzas para la batalla y se los comieron! ¡A todos!

Me puse de pie. No, no podía ser.

—¿Cuántos eran? ¡Gneus! ¿Cuántos prisioneros?

—¡Muchísimos! Los días anteriores su caballería había interceptado a los habitantes de Mediolanum, que habían abandonado la ciudad y se dirigían al sur para refugiarse en Roma. Entre estos y los cautivos que ya tenían debían de sumar cien mil almas. ¡Cada tectónico se comió un humano y un cerdo!

Sentí un escalofrío. Como si una serpiente me recorriera todo el cuerpo por dentro. Retrocedí, horrorizado, hasta que una pared me detuvo. Cien mil cuerpos humanos devorados.

Más los cerdos. A veces lo hacían, en efecto. Antes de una batalla decisiva, se comían todo lo que arrastraban con ellos para afrontar el combate con plenitud de fuerzas. Gneus se echó a llorar. Se tapaba la cara.

—Obligaban a la gente a correr entre pasillos de tectónicos —decía entre sollozos—. Mientras pasaban les arrancaban partes enteras del cuerpo a mordiscos. Y oh, dioses, ¡qué dentelladas! Ni los tiburones muerden así. Pero eso solo fue el principio. Una forma de enardecer el hambre. Después perdieron el control.

El *Impetus*. Los cautivos estaban acorralados entre las dos paredes de erugomos. Los tectones entraron. Y se los comieron. A todos.

Gneus y yo estábamos igual de consternados. Pero el horror de tantos asesinatos no era todo.

Como bien sabes, Proserpina, los calcos aparecían de los cuerpos tectónicos de manera espontánea, pero previsible. Porque el fenómeno tendía a ocurrir cuando el tectónico había comido mucho. Un festín como ese necesariamente debía tener consecuencias. Y Gneus fue testigo de ello. Iba a lomos de un erugomo, dentro de esa hendidura que recorría el lomo de las bestias, cuando notó que la marcha del ejército tectónico se ralentizaba hasta detenerse. Gneus asomó la cabeza. Y lo que vio lo dejó helado.

Era como si los tectones sufrieran una epidemia. Caídos, temblaban. Casi todos. Mílites de infantería o jinetes de tritones. Los tritones esperaban pacientemente junto a sus jinetes, que se agitaban entre espasmos y convulsiones. Gneus presenció el fenómeno que ya conocemos: el nacimiento de los calcos. De la espalda de los monstruos surgían otros monstruos. Al principio solo eran bultos, pero poco a poco iban cobrando forma y adquiriendo volumen. Hasta que se desprendían del cuerpo y conquistaban la individualidad. El calco se quedaba tendido en el suelo, envuelto en una especie de placenta transparente y grasa.

—¿Cuántos, Gneus? ¿Cuántos calcos calculas?

Negó con la cabeza; le costaba pensar.

—Casi todos se dividieron. Incluso mis guardianes y los conductores de erugomos se partieron en dos. ¡Habría podido escapar, Marco, y no lo hice! ¡Todavía me odio por eso! Todo

era tan ominoso que no supe qué hacer. Me escondí en el fondo de la zanja que se abría en el lomo del erugomo y me abracé las rodillas. ¡Un romano no se comporta así! ¡Lo siento!

No me extrañaba que su mente, colapsada, hubiera perdido la memoria. Primero fue el horror de esas cien mil víctimas asesinadas a mordiscos; sus gemidos y lamentos, un clamor de multitudes agredidas subiendo al cielo. Y poco después los calcos, una aparición masiva de calcos. Ya te he contado, Proserpina, que la llegada al mundo de un calco no es un fenómeno agradable de ver. La mucosa en la que aparecen envueltos apesta de un modo insoportable; sus huesos y el cráneo en forma de haba se solidifican con un horrible silbido gaseoso; la aparición de las tres hileras de dientes es casi instantánea, pero muy dolorosa, y los tectones chillan como cachorros de jabalí. La visión de uno solo de esos seres es ya repulsiva y atemoriza. Ahora imaginemos una gran extensión del mundo cubierta de ese tipo de fetos que no han salido de ningún vientre, malolientes, amenazantes y con las piernas todavía débiles. El último recuerdo de Gneus era que el ejército tectónico, después de que los calcos se desprendieran, recuperó las fuerzas e, indiferente, se alejó. De hecho, los erugomos aplastaron a muchos calcos que todavía no podían moverse, y los conductores ni siquiera hicieron esfuerzo alguno por evitarlo. Al contrario. ¿Por qué iban a molestarse si no sentían ningún cariño especial por los calcos? Ni por los calcos ni por nadie.

Entendía al pobre Gneus. Tenía la mente bloqueada por la masacre de multitudes y la consiguiente erupción masiva de calcos. Sí, su memoria se resistía a recordar tanto espanto. Por eso, de aquella escena abominable solo le había quedado un rastro: la anécdota de la cerda que, al morir, había parido cerditos. Era una metáfora de lo que había pasado con los calcos, aparecidos gracias a la muerte de tantos seres humanos.

Hice un cálculo rápido. El banquete de carne había sido increíblemente cuantioso. Los cien mil tectones que formaban el ejército quizá habían generado ochenta mil calcos. Pero entre los tectónicos también nacen gemelos, y con más frecuencia que entre los humanos. Antes he comentado que

los tectónicos no mantienen ninguna relación fraternal con nadie. Odian en especial a sus hermanos, a los que ven como competidores de por vida. Nuestros Rómulo y Remo acabaron odiándose; los gemelos tectónicos ya nacen odiándose. (No es este el momento de relatarlo, pero buena parte de las razones que llevaron a Nestedum a invadir la superficie tenían que ver con el conflicto con su hermano gemelo.)

Y he aquí la cuestión principal, Proserpina: que el ejército de Nestedum había dejado atrás otro ejército de calcos formándose y levantándose. Un ejército de calcos agrupados desde el nacimiento. Y de eso ya hacía, como mínimo, cuatro o cinco días. ¡En la superficie del mundo había casi cien mil tectones más de los cuales no teníamos noticias!

Me horroricé. Esa tanda masiva de nuevos calcos había venido al mundo el día anterior a la batalla. Necesitaban un día entero para levantarse y componerse, para dominar el cuerpo y organizar la mente. Otro para unirse entre ellos, porque eran egoístas y al mismo tiempo gregarios. Quizá otro día para orientarse y ponerse en marcha. Su instinto, sus recuerdos prenatales, por así decirlo, y unos sentidos que no eran humanos los guiarían en una única dirección: la de sus congéneres. Y el único tectónico que quedaba vivo en la superficie de la tierra era él, Nestedum, prisionero nuestro. ¿Y dónde? En Roma. «Todo gira, Marco Tulio».

Y ya no pude continuar con mis reflexiones.

¿Quieres saber qué aprendí en esa habitación, querida Proserpina? Pues que cuando llega el Fin del Mundo nunca esperas que sea ese día. Porque así fue. Ese era el día del Fin del Mundo.

Desde el dormitorio oímos un ruido de vajilla rompiéndose. Ricitos, que ni convaleciente dejaba de ser Ricitos, se enfadó con el servus. Fue hasta el umbral de la puerta, dispuesto a azotar al responsable. Lo seguí con la intención de apaciguarlo. Pero ya no sería necesario castigar al esclavo: estaba en el suelo, debajo de dos tectónicos que se lo comían como si fueran hienas.

Gneus no reaccionó. Yo sí. Tiré de él hacia la habitación, cerré la puerta y la atranqué con un mueble. Entonces nos llegó el clamor: un millón de voces movidas por el pánico. Asomamos la cabeza por la ventana. Había riadas de gente

huyendo, perseguidas por hordas velocísimas de tectones. Llamas y humo. Muchos edificios ardían. Aquí y allá se veía gente saltando al vacío desde todas las ventanas, porque preferían encontrar la muerte en la caída que entre bocas tridentadas.

Ya estaban aquí, ya habían llegado.

20

Después supimos que esos cien mil nuevos tectónicos se habían limitado a avanzar siguiendo la vía Apia, directos hacia Roma. Lo más doloroso del caso es que esa multitud de monstruos no debió de pasar a más de diez estadios del grueso del ejército, todavía acampado cerca del campo de batalla. Pero nadie se dio cuenta. Nadie había destacado exploradores porque ya no había motivo para hacerlo. ¿De qué enemigo debían guardarse las legiones?

Al principio, a esos nuevos tectones nuestro mundo les había parecido un lugar extraño. Y con razón: eran de los primeros que no nacían bajo techos de roca. Las nubes los sumían en un extraño desconcierto, les aturdía contemplar el azul de los cielos italianos; el sol les ofendía la retina y les fustigaba la piel gris y pálida. Pero eran tectones. Habían vencido todas las incomodidades. Estaban desnudos. Se habían procurado trajes. Aunque la microfauna latina no era la del submundo, habían reclamado su imperio también sobre los bichos de la superficie, y algunos insectos les habían obedecido, como era habitual. Llevaban pectorales de hormigas agrupadas, botas de gusanos obedientes y cascos de escarabajos compactos. Iban vestidos con prendas inverosímiles, formadas por las criaturas más diminutas y repulsivas de nuestro mundo, domesticadas con urgencia y eficacia. Y eso los hacía aún más aberrantes. El ejército que habíamos combatido vestía uniformes casi idénticos, y en cambio estos iban equipados con vestiduras heterogéneas, multiformes y desconcertantes.

Los calcos no tenían armas. Ni espadas dentadas ni escudos vivos. Pero tenían dientes. Y habían nacido furiosos. Siguieron la vía Apia formando una horda compacta hasta que llegaron a las puertas de la ciudad. Allí se toparon con algunos de los soldados que estaban crucificando a los

hombres de Libertus. Mataron y devoraron con el mismo encarnizamiento tanto a los unos como a los otros, crucificados y crucificadores, en lo que podría considerarse un sarcasmo fatal y una justicia sin poesía, y siguieron adelante.

Una vez frente a los muros de Roma, ni siquiera tuvieron que expugnar la ciudad. Entraron por las puertas abiertas, ya que no había ningún peligro que aconsejara cerrarlas: los romanos todavía disfrutaban de la victoria, precisamente contra ese enemigo monstruoso que ahora había resucitado como por arte de magia. Y si no hubieran entrado por las siete puertas de la ciudad, la habrían invadido erigiendo torres de asalto con sus propios cuerpos, como en Útica, o habrían convertido las salidas de las cloacas en entradas, o tal vez excavado en un santiamén un túnel inmenso y practicable. Al fin y al cabo eran tectones: si habían conseguido abrir un canal que subía desde sus profundidades y las tinieblas hasta la superficie de nuestro mundo, ¿cómo iban a tener alguna dificultad para crear un pasaje bajo nuestros muros? Como calcos que eran, sus mentes conservaban parte de la memoria de los tectónicos de los que habían emanado. Y así, el recuerdo de cosas que no habían vivido, y el deseo de vengar a aquellos a los que nunca habían querido, atizaba su furia. Qué horda tan extraña. Entraron en la capital del mundo y, una vez dentro, todo se redujo a una matanza de dimensiones universales. El horror.

No hubo resistencia. César y Pompeyo estaban intrigando el uno contra el otro, sus ejércitos momentáneamente lejos y semidesmovilizados. ¿Y quién podía recriminarles que ese día no estuvieran alerta? Los tectones entraron en la ciudad como un torrente monstruoso. Corrían como escarabajos por las callejuelas y entraban por puertas y ventanas. Mataban y comían, comían y mataban. Quizá los aspa habrían podido contener su avance y eso habría dado más tiempo al gentío para evacuar la ciudad. Pero estaban en la costa adriática, ¿y gracias a quién? A mi padre y sus argucias e intrigas políticas.

Y en ese punto nos habían sorprendido a Gneus y mí. Sitiados por los dos tectónicos, que ya golpeaban la puerta del dormitorio, no tuvimos más remedio que saltar por la ventana, que por suerte estaba en un primer piso. Caímos en

la lona de un toldo, y de allí al suelo. Una vez en la calle, nos incorporamos a la riada de gente que huía enloquecida y gritando de terror.

Huir, sí, pero ¿adónde? La calle principal de la Suburra desembocaba en el foro. Cuando llegamos allí, la visión fue tan espantosa que Gneus, más débil, estuvo a punto de perder el sentido: cientos y cientos de tectones corriendo arriba y abajo, atacando a miles de hombres, mujeres y niños. Sin duda era la misma masacre que estaba teniendo lugar por toda la ciudad, pero la estrechez de las calles no nos había permitido una perspectiva amplia. En ese espacio abierto teníamos una imagen diáfana del horror. Sí, Proserpina, aquello era el Fin del Mundo. La humanidad extinguiéndose, triturada por tres hileras de dientes. Mordiscos y crujidos. Caían las estatuas, abatidas por docenas y porque sí como grandes árboles de piedra. Roma, ciudad siempre proclive a los incendios, ya ardía con cien hogueras espontáneas. ¿Y quién estaba dirigiéndolo todo? En efecto: él, Nestedum.

Sus nuevos congéneres lo habían liberado y lo reconocían como príncipe, algo rarísimo entre los tectónicos. A lo mejor los calcos, con una experiencia vital mínima, necesitaban subordinarse a alguien que tuviera muchos más conocimientos que ellos. (Después, Proserpina, supimos que Nestedum había planeado todo eso desde el principio para adquirir el control absoluto de un ejército tectónico, pero esto ya es otra historia.) La cuestión era que allí estaba, en el centro del foro, sobre la tarima que usaban los mercaderes de esclavos para las subastas. Él y su muñón impartían órdenes desde esa altura.

Me escondí, claro. Solo nos salvó que era tanta la multitud y la confusión que no me vio. Arrastré a Gneus por una calle estrecha. Aún recordaba el entramado de calles de nuestro barrio, y al final nos escondimos. ¿Quieres saber dónde, Proserpina? En el viejo callejón de nuestra infancia, en Rodas. Detrás de un saliente de piedra que había al fondo de todo. Hasta allí nos llegaban los chillidos de la hecatombe, miles de gritos que se abrazaban entre ellos como el vuelo de las golondrinas; gritos y una humareda pestilente.

No puedes imaginarte, Proserpina, cuánto me duele tener que contarte los detalles de esa jornada, el día del Fin del

Mundo. La caída de Troya debió de ser algo parecido, si no fuera porque Roma era mil veces más grande que Troya y los tectones mil veces más perversos que los griegos. Arrasaron con todo. Vi edificios muy altos cayendo como hombres borrachos. El suicidio no respetaba edades: los viejos imploraban a los que huían que les aplastaran la cabeza con una piedra que ellos mismos les ofrecían; las madres asfixiaban a sus bebés con trapos sucios. Vimos a personas ahogándose en el Tíber. Sí: el Fin del Mundo tuvo tintes de gran naufragio.

Pero el *Impetus* también se agotaba. Cuando tuvieron el estómago lleno, los tectónicos se volvieron más sistemáticos. Se habían armado con espadas romanas y mataban preferentemente a los hombres en edad militar. En especial a los legionarios, a muchos de los cuales sorprendieron en tabernas y prostíbulos, desnudos, desarmados o ambas cosas a la vez. No, no hubo prácticamente resistencia: la ley más sagrada de Roma ordenaba que las legiones esperaran extramuros, y los númidas de Bogud ya estaban en Ostia, a la espera de embarcarse.

Empezaron a agrupar a masas de gente como rebaños y a encerrarlos en los templos. Una de las grandes matanzas del día la cometieron en el Senado. Los senadores estaban reunidos en una sesión extraordinaria, precisamente para celebrar el triunfo, cuando fuera resonaron gritos de espanto y de dolor. Los tectones entraron a cientos, y al momento todas las togas blancas quedaron teñidas de rojo con la sangre de sus propietarios. Fue la última sesión del glorioso Senado, quinientos años después de la fundación de la ciudad. Así acabaron nuestros padres conscriptos: como un grupo de corderos destripados por el carnicero. Y seamos sinceros: no merecían nada mejor. Todos habían preferido cambiar el mundo antes que renunciar a ninguno de sus privilegios, y he aquí que el destino actuaba en consecuencia.

Me preguntas, Proserpina, por Libertus y Baltasar Palusi. Por los treinta mil libertos que habían combatido en la gran batalla. Lo más triste de todo es que habrían podido salvar la ciudad. El plan pactado con el Senado era que el ejército de Libertus se reuniera en el cruce de caminos de Cuatro Tabernas, en las afueras, donde se les concedería la

ciudadanía a cambio de que dejaran las armas. Para llegar a Roma, los cien mil calcos siguieron esa ruta, y por fuerza se habrían encontrado con ellos en Cuatro Tabernas. Atacaron por sorpresa, de acuerdo. Pero esos treinta mil hombres acababan de luchar contra ellos, tenían experiencia en monstruos, y los tectónicos estaban desarmados. Treinta mil hombres, y con la moral por las nubes después de la gran victoria, habrían podido resistir perfectamente hasta que algún mensajero hubiera advertido a los ejércitos legionarios de César y Pompeyo. Los calcos no tenían armamento adecuado ni tritones. No estaban organizados, les faltaba el mando de Nestedum, al que todavía no habían tenido tiempo de liberar, y ni siquiera se habían adaptado al mundo en el que habían nacido porque no era el suyo. Pero cuando los tectones llegaron a Cuatro Tabernas, ese ejército de hombres libres ya estaba en la cruz, y Palusi y Libertus esperaban su destino en la más negra de las cárceles romanas: la cárcel Mamertina. Y todo por voluntad de mi padre.

Pero volvamos a Roma. Cuando hacía un rato que nos habíamos escondido en el callejón, me di cuenta de que no podíamos quedarnos allí. Cada vez había más humo, las llamas no tardarían en rodearnos y los gritos se oían cada vez más cerca. Pensé en mi padre. En Cicerón. Sí, en él. Pese a sus traiciones, me dije que yo no era Nestedum. No, no lo era: ni podía matar a mi padre ni podía abandonarlo. Me sentía obligado a ir a casa, a salvarlo o a compartir su suerte. Gneus no dejaba de llorar como un niño. No, más desconsoladamente que un niño. Cuando éramos pequeños y jugábamos en ese mismo callejón, nunca lo había visto llorar así. Intenté llevármelo, pero él no quería. Estaba muerto de miedo. Y era comprensible. Toda la ciudad se había convertido en un sacrificio, y los humanos éramos la ofrenda. Pero mi amigo se negaba a moverse.

—Si te quedas, morirás. ¡Ricitos, vámonos! —le imploré.

Entendí que no lo sacaría de allí. Quizá había sido un error escondernos en Rodas: Ricitos había sucumbido a la tentación de convertir su infancia en un refugio. Pero la infancia no es un refugio, es el pasado, y el que se queda ahí para siempre la convierte en su tumba. Me marché.

Corrí entre el caos. Cada vez más deprisa. Mi única ventaja

era que conocía las callejuelas de la Suburra y me escabullía por las menos concurridas. Al fin y al cabo, nuestra casa no estaba muy lejos. Pero por todas partes había tectones cazando a humanos. Eran persecuciones sin sentido: tan pronto veías a diez personas huyendo de un solo tectónico como a una docena de tectones persiguiendo a un solo hombre o una sola mujer. Yo me escondía en las esquinas, y cuando veía que el siguiente tramo de calle estaba despejado seguía mi terca marcha esquivando incendios, derrumbamientos, violencias y suicidios.

Solo hubo un momento en el que se invirtieron las tornas: de repente aparecieron unas cuantas docenas de tectones huyendo de un enemigo. Cayeron al suelo, uno tras otro, con la espalda atravesada por jabalinas cortas pero mortales. Era Bogud, a caballo, y con él un grupo bastante nutrido de jinetes númidas. Salí de mi escondite agitando los brazos.

¡Oh, Proserpina, cuánto me alegré de verlo! ¡Y qué hombre! Siempre fiel a sí mismo: era el Fin del Mundo, pero, por descontado, Bogud iba perfectamente acicalado y con su manicura en diez colores recién pintada. Me sonrió desde lo alto del caballo.

—¡Marco! ¡Ven con nosotros! Tenemos que organizar la defensa.

—¡No, es inútil! —repliqué de inmediato—. La ciudad está perdida.

Poca cosa podía hacer con un grupito de númidas, pero aún podía hacer algo útil y bueno. ¿El qué? ¿Salvar mi vida, la de Cicerón? Tuve que pensar más rápido que nunca.

—Ve a la cárcel Mamertina —le pedí— y libera a Libertus y a Palusi. Después salid de la ciudad. Yo voy a buscar a mi padre. Si consigo encontrarlo, me reuniré con vosotros en Cuatro Tabernas.

Bogud era inteligente, supo que tenía razón. Su sonrisa fue su adiós. Sus jinetes y él desaparecieron por una calle que ya ardía con llamas iracundas.

En la parte alta de la Suburra, donde estaba nuestra casa, pululaban menos tectones, aunque solo fuera porque Roma estaba edificada sobre siete colinas y los tectónicos eran como una inundación, que primero invade las partes bajas del valle. Pero era cuestión de tiempo que llegaran allí. Los ricos

estaban encerrándose detrás de puertas y contraventanas, y los esclavos se apresuraban a asegurarlas. Mientras me dirigía a la casa de mi padre les gritaba que huyeran de la ciudad, que encerrarse detrás de una puerta no les serviría de nada. Pero los servus no me obedecían a mí, claro, sino a sus dóminus. ¡Humanos! A veces nos comportábamos como los gusanos de la madera, que cuando alguien lanza el tronco en el que viven al fuego creen que podrán protegerse royéndolo y adentrándose aún más.

Llegué a casa vivo. Ni yo mismo me lo podía creer, porque ya había tectones pululando por todas partes. Dentro, lógicamente, los servus domésticos estaban muy agitados. Mi padre no. En absoluto. Cuando llegué, estaba leyendo tranquilamente. Un texto muy absorbente, supuse, ya que a duras penas levantó la cabeza de él.

—Ah, Marco, has vuelto —se limitó a decir. Después me mostró el pergamino: era un pasaje sobre las mantícoras y el fin de los grandes imperios. Y suspiró—. Lo sospechaba. Esa mantícora era el anuncio de nuestro fin…

—Pero, padre, no era una mantícora, eran tectónicos. Contra las fantasías no se puede luchar; contra legiones subterráneas, sí.

No me escuchaba. Por triste que me resulte recordarlo, creo que ese día, su último día en este mundo, no quería hablar conmigo. Hacerlo era admitir que yo tenía razón y él no. Que deberíamos haber abolido la esclavitud. Que si Roma hubiera cambiado, se habría salvado. Pero él era Cicerón: siempre firme, incólume como una roca.

Su esclavo más diligente, Demetrio, estaba preparándole un baño. Había colocado la bañera en la sala principal de la casa. Mi padre vio que lo miraba extrañado.

—Ah, es para mi suicidio —dijo—. El agua caliente hace que la herida no se coagule y endulza el amargor de la muerte.

Supongo que poner la bañera en el centro de la casa era una cuestión de protagonismo; muriendo a la vista de todos demostraba que no tenía miedo ni nada que ocultar. Además, era Cicerón, todos sus actos tenían algo de puesta en escena. Su querido Demetrio lo asistía con cuidado, como si en lugar de matarse fuera a vestirse para ir a una cena lujosa.

Sí, era un final muy propio de él. Conociendo su carácter y su lucidez, sabía que era imposible disuadirlo, pero intenté apelar a su sentido de la responsabilidad: tenía que vivir, dije, para salvar lo que quedara de Roma.

—Roma ya no existe —respondió.

Demetrio dirigía a los demás esclavos, que vaciaban cubos de agua humeante, casi hirviendo, en la gran bañera colocada en la pieza principal de la casa. Cicerón se desnudó y se sumergió en ese baño vaporoso.

Caí de rodillas y agarré el borde de la bañera. No podía contener las lágrimas y, al mismo tiempo, el esfuerzo de contenerlas me impedía hablar. Él se limitó a levantar el antebrazo y me dijo:

—Si algún día haces como yo, recuerda: no te cortes las venas transversalmente, sino de abajo arriba, desde la muñeca hasta el codo. Así la hemorragia es más intensa. El agua caliente y tu deseo fluente de morir harán el resto.

Hablaba de su muerte como si estuviera explicándome una receta para hervir espárragos. Mientras yo intentaba balbucear algo, irrumpieron en tromba.

Ellos, los tectónicos.

Fue horrible. Empezaron a matar a los servus, que huían como conejos. El único que se quedó para defender a su dóminus fue Demetrio, que, aunque estaba tan aterrorizado como los demás, golpeaba a un tectónico con el cubo de metal como si fuera a servir de algo. Yo, desesperado, forcejeaba con un par que se me habían echado encima. Los otros, unos cinco o seis, volcaron la bañera de Cicerón.

Y esta, Proserpina, fue la escena más obscena que he visto jamás: mi padre siendo objeto de una violencia que no podía repeler; mi padre, Marco Tulio Cicerón, desnudo, empapado, dando de bruces con los codos y las rodillas contra el duro mármol del suelo.

No vi mucho más de lo que pasaba. Solo recuerdo que empecé a bramar como un demente, insultándolos, haciéndoles saber cuánto odiaba su mundo infernal, sus cielos rojos de magma en suspenso y su república asesina. Entonces, de repente, cesaron los golpes. Mis verdugos no salían de su asombro: ni yo mismo me había dado cuenta de que les había hablado en lengua tectónica.

Me sacaron de allí a rastras, sin dejar de darme golpes, pero más o menos vivo. Como me obligaron a andar con la cabeza gacha, no supe adónde me llevaban hasta que entramos: el Senado.

Ahora estaba lleno, llenísimo, de tectónicos. Y donde hay tectones siempre hay una actividad constante, nunca están quietos. Unos cuantos devoraban a senadores muertos, los cuerpos de los padres de la patria tendidos entre las gradas y los bancos del sacrosanto recinto. Otros, la mayoría, se dedicaban a unas tareas infames que su odiosa raza ejercía con gran talento: excavaban un agujero vertical para comunicarse con su mundo.

Justo en el centro del Senado, donde se situaban los oradores para pronunciar sus discursos, ahora había un agujero, un agujero descomunal, negro y redondo. No sé si era casualidad o una muestra de su desprecio por nuestras leyes y nuestras magistraturas. El mundo se abría bajo nuestros pies, literalmente.

Yo conocía su ritmo de trabajo, que podía ser auténticamente plutónico. Ya no se veía el fondo, y salían unos ruidos como de fragua gigantesca y esos gases malolientes que siempre desprendían sus excavaciones mineras. Gracias a mi estancia en el inframundo sabía que ese gas lo producía la orina de los erugomos, que actuaba como un ácido potentísimo que disolvía las rocas más duras y los suelos más compactos, y por lo tanto aceleraba el proceso. Eso sí: apestaba, Proserpina, mucho.

Me empujaron y me maltrataron. Me sentaron en un rincón, como un fardo. No se molestaron en atarme. ¿Para qué?

Durante un lapso de tiempo no muy dilatado pude contemplar una estampa extraordinaria: el Senado, devastado; las estatuas que lo adornaban, rotas y caídas; en las gradas, senadores muertos, sin vísceras, decapitados, muchos a medio devorar. En el otro extremo de esa reverenciada sala había un grupito de cautivos selectos, senadores a los que el hambre tectónica había respetado la vida. ¡Y qué indignos del cargo se mostraban! Estaban apiñados como ovejas; las togas, siempre tan blancas, sucias y pisoteadas. Con la cabeza gacha como si hicieran una

reverencia, juntaban las manos implorando perdón. Ni un conejo desnucado tiembla tanto. De vez en cuando levantaban la cabeza para mirar el atrio central, ese agujero negro, grandioso como un pozo volcánico, que se adentraba verticalmente en la tierra. Ciertamente, Proserpina, no es inadecuado que todavía hoy nos refiramos a esa jornada como el día del Fin del Mundo.

Por la puerta apareció alguien y todos los tectones detuvieron su labor. Muchos de los que excavaban salieron del pozo, y los que estaban a cuatro patas comiéndose a los senadores muertos se pusieron de pie. Era él, sí. Supongo que le habían advertido de la captura de un humano que hablaba tectónico. Dedujo inmediatamente que solo podía ser yo, claro. Vino directo hacia mí. Y sí, era él. Nestedum.

—Hola, Marco. Ya te lo dije: todo gira.

Seguía duplicando las erres y arrastrando las eses, que veneraba en extremo. Cicerón nunca le habría consentido que maltratara así la lengua latina. No me puse de pie. ¿Para qué? Seguí en el suelo, abrazándome las rodillas con las manos. Me miró a los ojos. A lo largo de mi vida me he encontrado frente a frente con muchos seres poderosos, humanos o subterráneos. Con algunos, los más pérfidos, cuando te miran piensas: «Estoy muerto». Con Nestedum era diferente. Con él pensabas: «Ojalá estuviera muerto».

—Marco, ¿quieres saber una cosa? Por fin me he inventado un chiste —anunció—. ¿Quieres oírlo?

Debes saber, Proserpina, que los tectones prácticamente no conocen el concepto de humor. No se ríen casi nunca. No saben, no pueden o no quieren. Los resoplidos de lechuza que soltaban de vez en cuando eran lo más parecido a una risa sincera. Al principio de mi cautiverio subterráneo, cuando oyeron mis carcajadas desesperadas, creyeron que era una enfermedad. Después Nestedum me pidió que le contara qué eran. Me esforcé por explicarles el concepto de humor. Y debo decir que fue capaz de aprender sus rudimentos. Más o menos.

Nestedum me miró con ojos penetrantes y me contó su chiste.

—El odio le dice al dolor: «Oh, ¿dónde estabas? ¡Te necesito! ¡Sin ti mi vida no tiene sentido!». Y el dolor le

contesta: «Me fui porque me sentía utilizado».

Esperó mi reacción y poco después dijo:

—¿No te ríes?

—Nunca lo entendiste. —Suspiré—. Un chiste se define por dos características: debe ser breve y gracioso. Tu diálogo es breve, pero no es gracioso. Es pésimo, de hecho.

—Puede —replicó él—. Pero ¿no te hace gracia imaginar qué harán contigo el odio y el dolor?

¿Alguien puede morirse de puro miedo? A partir de cierto punto, cada ser humano reacciona de manera diferente. Y un buen suburriano solo podía hacerlo de una manera: con humor.

—Ahora seré yo el que te cuente un chiste —dije a Nestedum—: dos tectones llegan casualmente a la superficie del mundo, a la bella y soleada Italia. Uno le dice al otro: «Bueno, ya estamos arriba del todo. Sin embargo, nuestra naturaleza tectónica nos impele a excavar y excavar sin fin». Pero mira el cielo azul y dice: «¡Oh! ¡No puedo excavar hacia arriba, porque solo hay aire y nubes!». Así que, presa de la desesperación, se suicida.

—¿Y el otro? —se interesó Nestedum.

—El otro mira la belleza del mundo, tan diferente de las tinieblas de donde proviene, y dice: «¡Oh! No puedo excavar hacia arriba, solo puedo excavar hacia abajo. Pero si lo hago volveré al mundo tectónico de donde procedo».

—¿Y?

—Presa de la desesperación, se suicida.

Nestedum. Sus ojitos, la mirada. El muñón: me pasó el extremo de su miembro amputado por la mejilla. Pero a Nestedum lo definía sobre todo su voz. Esa voz, sí, esa voz; bífida como una serpiente y a la vez ronca como un gruñido de oso. Acercó la cara aún más a la mía y me dijo con una dulzura criminal:

—Nos veremos allí abajo.

Y se marchó. Supongo que estaba muy ocupado sofocando las últimas resistencias de una urbe tan grande y buscando jaulas para los numerosísimos enjambres de prisioneros. Es decir, de botín, según la perspectiva tectónica de la riqueza. Salieron del Senado, él y una especie de guardia personal que lo seguía a todas partes. Antes de hacerlo impartió algunas

órdenes. Las entendí perfectamente: que se llevaran a los senadores cautivos al agujero, a su mundo. Y a mí también, claro.

En condiciones normales, un túnel que comunicara los dos mundos era un trabajo que podía durar años. Pero los tectones conocían los subsuelos, su composición y los accidentes que podían encontrar por el camino. A veces, me constaba, acortaban las rutas porque abrían túneles que desembocaban en grutas y cavernas subterráneas naturales ya existentes. Y eso era lo que habían hecho en este caso. La finalidad de ese pozo era empalmar con simas y grietas que conducían hasta su república monstruosa.

Empezaron a arrastrar a los senadores agujero abajo. Gritaban como cerdos. No les servía de nada: esa enorme boca negra se los iba tragando uno tras otro, a ellos y sus togas de franjas rojas, empujados y arrastrados por docenas de garras grises. Y cuando terminaron con el último senador vinieron a buscarme.

No, eso no. Otra vez no. El inframundo. Ellos, los tectónicos. ¡Por todos los lémures de los Tulio, no! No podría soportar una segunda reclusión allí abajo. Ahora conocía los horrores y espantos que me esperaban; tormentos que serían redoblados por Nestedum. Pero así era el destino: garras grises que me aferraban muñecas y tobillos; manos y manos en cada muñeca, manos y manos en cada tobillo. Dedos fuertes como grilletes que me apretaban la carne y los huesos. No había escapatoria. ¡Oh, Proserpina, qué impotencia! Solo me decía: «¡Idiota, idiota! ¿Por qué no te has suicidado antes, cuando aún podías?». El pozo era una boca redonda; allí abajo vi unas tinieblas ciegas, espantosas en su negrura.

Cuando llegamos al borde del agujero tuvieron que aflojar la presión para ceder mi cuerpo a los que trabajaban dentro. Lo aproveché para morder manos y brazos, girar el torso y agarrarme a un saliente, un mármol roto del suelo del Senado. Los de abajo tiraban de mis piernas. Sus brazos comprimían mis músculos como serpientes enroscadas. Mis gritos eran obscenos, la desesperación siempre lo es. ¡No!

El fin. Pero justo en ese instante los tres tectones que me empujaban los hombros y la cabeza cayeron en el agujero. Así de simple y extraño fue: sus cuerpos pasaron volando a mi

lado y se precipitaron en el pozo oscuro. En su lugar apareció Sitir. ¿Puedes entender mi mezcla de pánico y de alegría, Proserpina?

Sitir se armó rápidamente con una larga pértiga que los tectones utilizaban para sus trabajos y pinchó violentamente las cabezas de los que todavía me sujetaban las piernas. Después me izó. No tuvo tiempo de abrazarme: en el Senado aún quedaban tectones, que la atacaron con dientes, armas y herramientas. Los mató a todos, o a casi todos, en una especie de danza salvaje. Y los que no estaban muertos estaban en el suelo, retorciéndose de dolor con miembros fracturados o arrastrándose con huesos rotos. La verdad, Proserpina, es que tuvimos mucha suerte de que allí dentro los tectones no tuvieran destacada una guarnición: seguían muy ocupados apoderándose de la ciudad. Salimos de allí, del Senado de Roma en ruinas.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunté en cuanto estuvimos en las calles.

—¿Cómo no iba a encontrarte? Tú me has llamado.

No utilizaba mi lógica, era un aspa.

Yo conocía Roma mucho mejor que ella y la guie hacia las afueras de la ciudad por la ruta más recta posible, atravesando incendios y derrumbamientos. En nuestra huida fue inevitable cruzarnos con varios tectónicos aislados que no eran rival para Sitir.

—¡Seguidnos, seguidnos! —gritaba a todos los hombres y mujeres que querían escucharme.

Muchos me hicieron caso, y fue formándose una cola de gente perdida. Sitir abría camino, y al poco rato, quién lo diría, habíamos salido del casco urbano. Subimos a un montículo desde el que era posible ver gran parte de la ciudad condenada.

Roma. El fin de Roma. El fin de una era, de toda una civilización. El Fin del Mundo. Cientos de columnas de humo se alzaban en vertical, como si el alma de la urbe ascendiera al cielo. Miles y miles de personas fluían hacia el exterior, por todas las puertas de la ciudad, como náufragos alejándose de un pecio: Roma era tan grande, y estaba tan densamente poblada, que ni los tectones podían evitar esas hemorragias masivas.

Lloré, Proserpina. Como Emilio Paulo ante las ruinas de Cartago. Pero no era Cartago; era mi ciudad. La casa de mi padre. La Suburra.

Entre las lágrimas que me anegaban los ojos vi a alguien. No venía de la ciudad: extrañamente, se acercaba a mí desde la dirección contraria. Era imposible no reconocerlo, con las tres hondas colgándole del cuello o de la cintura. Era él, el portero del Dios Único, el hondero de Minorica.

Me saludó con un leve gesto de la cabeza, miró, abrumado, la ciudad invadida, incendiada y aniquilada, y me dijo:

—Ya sabes quién me envía. Quiere hacerte llegar un mensaje. Dice así. —Inspiró y siguió en un tono pausado—: Marco Tulio, hoy piensa esto: el único consuelo que puedo ofrecerte, por extraño que parezca, radica en la propia existencia de la nación tectónica. Porque el hecho de que el Mal absoluto exista nos demuestra, efectivamente, que también es posible que exista su contrario.

Pero no era el mejor momento para que me hablaran de un futuro esplendoroso. Ni el Dios Único ni nadie. Sitir Tra lo comprendió. Me puso una mano en el hombro y me susurró al oído:

—Sopórtalo. —Y añadió con amor y sin elogio—: Ahora eres Roma.

Muchos fugitivos llegaban hasta nuestra posición, pasaban por nuestro lado y seguían huyendo. Entre ellos reconocí a un servus de nuestra casa. Lo retuve por el brazo y le pedí que me contara lo sabía de mi padre.

—Tu padre está muerto.

—Cuéntamelo —le supliqué conteniendo las lágrimas.

—Dóminus, hay cosas que más vale ahorrárselas que saberlas.

—Cuéntamelo.

Lo hizo. Me dio detalles de su fin. Nestedum había prometido comerse a mi padre. ¡Oh, Proserpina!, mientras mis ojos contemplaban, absortos, el fin de Roma, el hombre fue desgranando los últimos momentos de Marco Tulio Cicerón, el más grande de los romanos.

—Después —dijo—, por el gran dolor que le ocasionaba la dilación de la muerte, vueltos los ojos hacia Demetrio…

Título original: *Pregària a Prosèrpina*

Primera edición en castellano: abril de 2023

© 2023, Albert Sánchez Piñol
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Noemí Sobregués, por la traducción

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de portada: *Medusa* (1597), Caravaggio. Galleria degli Uffizi, Florencia

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 9788420475196

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
Twitter: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

SÁNCHEZ PIÑOL SE ENFRENTA AL FIN DEL MUNDO

La nueva novela del autor que «avanza a pasos agigantados hacia el pedestal de los escritores catalanes más leídos de todos los tiempos» (El Periódico).

«Si un hombre, o un pueblo, no son capaces de cambiar su alma, sucumbirán inevitablemente a su destino».

Hasta Roma han llegado voces de la existencia de una terrible fiera que, a buen seguro, hará rico a quien consiga capturarla para exhibirla en el circo. El célebre orador Cicerón decide enviar a su hijo a esas tierras, un viaje que puede espabilar al muchacho y que

quizá le permita recuperar el amor de su padre.

En mitad del desierto, sin embargo, el joven deberá enfrentarse a un peligro que nadie habría imaginado y que amenaza el futuro de Roma, y de la humanidad entera. En *Oración a Proserpina*, Sánchez Piñol se enfrenta al fin del mundo, da un vuelco a la historia de nuestra civilización y con una narración trepidante, llena de giros sorprendentes, deja al lector sin aliento hasta la última página.

«Avanza a pasos agigantados hacia el pedestal de los escritores catalanes más leídos de todos los tiempos».
El Periódico

La crítica ha dicho…
Sobre *El monstruo de Santa Elena*

«Arrastra al lector hasta la última página».
Lídia Penelo, *Público*

«Una novela [que] se va hasta el fin del mundo para poner a prueba el amor y los ideales, transformando lo histórico en fantástico».
Cristina Martín Valbuena, *The New Barcelona Post*

Sobre *La piel fría*
«Me persigue después de haberlo leído. Un libro espléndido».
Enrique Vila-Matas

«Una obra absolutamente imprescindible de un escritor que se revela en el siglo XXI».
Carme Riera

«Se ha dicho que una nueva generación de narradores está aterrizando en las letras catalanas, renovándolas con fuerza imparable […]. Hoy por hoy el imparable de verdad es Sánchez Piñol».
Sergio Vila-Sanjuán, *La Vanguardia*

«Una soberbia novela […] que defiende la literatura con mayúsculas: la que aún es capaz de atrapar al lector desde la primera línea».

Care Santos, *El Cultural*

Albert Sánchez Piñol (Barcelona, 1965) es antropólogo y escritor. Autor del ensayo satírico *Payasos y monstruos* (2000), sobre dictadores africanos, ha publicado además el libro *Compañía difícil* (2000), en colaboración con Marcello Fois, y el conjunto de relatos *Las edades de oro* (2001). Su primera novela, *La piel fría* (Alfaguara, 2015), fue galardonada con los premios Ojo Crítico y Llibreter y ha sido traducida a treinta y siete lenguas, convirtiéndose en un gran éxito, con más de 800.000 ejemplares vendidos en todo el mundo. Posteriormente publicó las novelas *Pandora en el Congo* (Alfaguara, 2005), *Victus* (2012), *Vae Victus* (2015) y *Fungus* (Alfaguara, 2019) y *El monstruo de Santa Elena* (Alfaguara, 2022) y el libro de relatos *Trece tristes trances* (Alfaguara, 2009). *Oración a Proserpina* es su última obra.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Índice

Oración a Proserpina

Primera parte
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

Segunda parte
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20

Créditos
Sobre este libro
Sobre Albert Sánchez Piñol